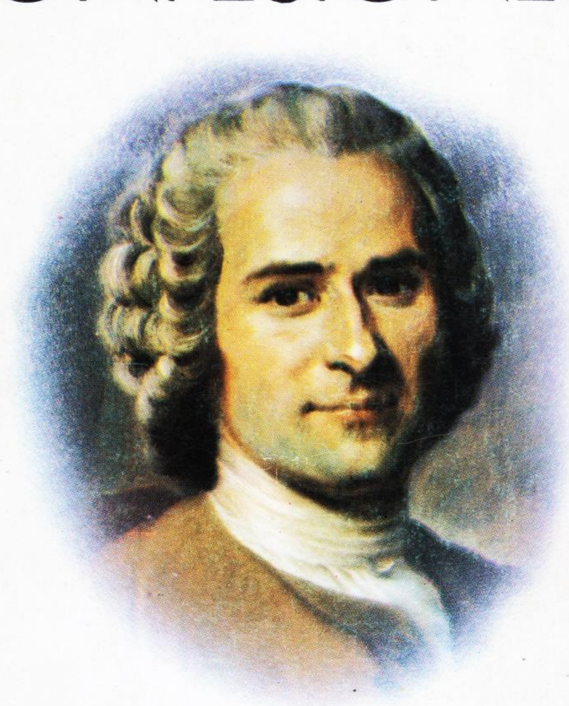
LAS CONFESIONES



Juan Jacobo Rousseau
Introducción de Juan del Agua

SELECCIONES AUSTRAL
ESPASA-CALPE, S.A.

JUAN JACOBO ROUSSEAU

LAS CONFESIONES

INTRODUCCIÓN DE JUAN DEL AGUA

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1979

Edición para

SELECCIONES AUSTRAL

Traducción del francés por Pedro Vances

—

Depósito legal: M. 19.798–1979

ISBN 84–239–2060–7



Impreso en España
Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 15 de junio de 1979

Talleres gráficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200. Madrid-34

LAS CONFESIONES



ÍNDICE



Juan Jacobo Rousseau. Grabado de E. Ficquet sobre un dibujo de Quentin de Latour

INTRODUCCIÓN

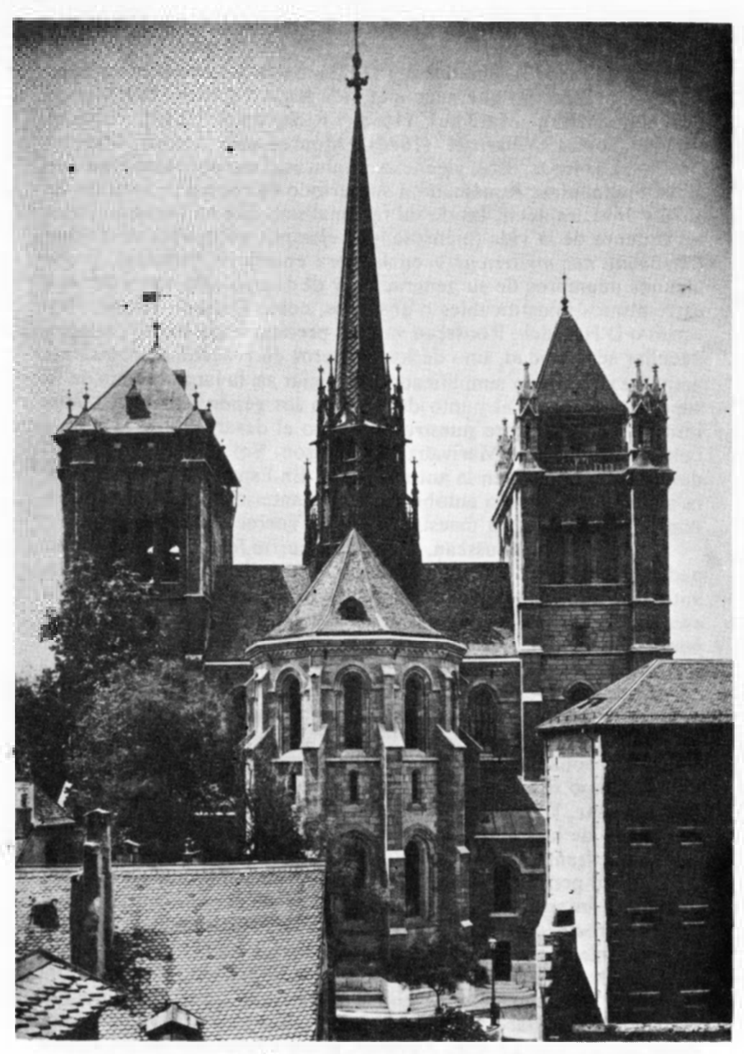
Los orígenes del género autobiográfico son muy antiguos. Los primeros esbozos aparecidos en nuestra civilización datan de la larga crisis en que se debatió el mundo antiguo, cuando el compacto sistema de creencias, usos, valoraciones y sentimientos que lo configuraban empezó a agotar sus posibilidades históricas. Primero en Grecia (*7.ª Carta,* de Platón), luego en Roma (*Bruto,* de Cicerón, reflexiones morales y religiosas de Séneca y de Marco Aurelio), el núcleo constitutivo del género proviene del esfuerzo intelectual que realizaron algunos individuos para arribar a la costa de una nueva edad y que por su eficacia o genialidad adquirieron un carácter paradigmático. Su difusión adoptó a veces la forma narrativa, es decir, el relato de la experiencia personal, intelectual o moral, del itinerario por el que el autor había llegado a un nuevo saber y que era preciso mostrar a los demás hombres para que saliesen de la crítica situación en que se encontraban sumidos. Al mismo tiempo, la narración autobiográfica constituía una interpretación para sí mismo que el individuo elaboraba de la novísima manera de ser hombre que había inaugurado frente a las formas vigentes de su tiempo.

El cristianismo, al introducir en el ámbito del pensamiento las decisivas nociones de *la nada,* de un *Dios creador y transcendente,* de *persona* y de *salvación personal,* creó el hábito del examen de conciencia y, con él, abonó el terreno para la plena constitución de la autobiografía como género literario. San Agustín fue con sus *Confesiones* el gran creador del género. En una carta que envió a un tal Darío con un ejemplar de su obra se encuentra ya plenamente expresada la pretensión que animará desde entonces al autor que escriba su autobiografía: «Recibe mis *Confesiones* –escribe–, ya que tanto te interesas por ellas; obsérvame bien en este libro a fin de no elogiarme más de lo que merezco; cree lo que allí se cuenta, no lo que dicen de mí los demás, sino lo que digo yo; estúdiame bien y

mira lo que he sido en mi verdad cuando me encontraba abandonado a mis solas fuerzas.» Todo está ya en estas líneas: la justificación de la conducta personal conducida por la verdad frente a las maneras vigentes de actuar de los demás hombres, contra las que entra en conflicto, el carácter de modelo que le otorga su *autenticidad*, la interpretación de la innovación humana que representa la historia de la propia vida. Estos elementos van a ser recogidos durante la Edad Media (*Historia calamitatum* de Abelardo), el Renacimiento (Cellini y Montaigne y Santa Teresa) y adquirir mayor flexibilidad y posibilidades expresivas gracias al desarrollo de la novela moderna (el ejemplo máximo anterior a Rousseau es la *Vida* de Torres Villarroel) y, a la par con ésta, del sentimiento de la irreductibilidad de la propia existencia y de la valía personal. Rousseau va a ser justamente uno de los ejemplos más relevantes de esta nueva sensibilidad.

Jean-Jacques Rousseau, segundo hijo de Isaac Rousseau y de Suzanne Bernard, nació en Ginebra el 28 de junio de 1712. El 4 de julio fue bautizado en el templo calvinista de San Pedro. Tres días después, el 7 de julio, moría su madre de consecuencias del parto, de fiebre puerperal, lo que le arrancará melancólicas consideraciones en su atormentada vejez. «Nací deforme y enfermo –una malformación de las vías urinarias que tanto condicionará su vida–; costé la vida a mi madre, y mi nacimiento fue mi primera desgracia.» Pasó, sin embargo, una infancia feliz bajo los cuidados de su tía Suzanne y de una joven sirvienta, «ma mie Jacqueline», dos mujeres hacendosas y alegres, y de un padre soñador, más preocupado por aventuras irrealizables que por su oficio de relojero. La familia de Rousseau pertenecía a la pequeña burguesía. Sus padres eran ciudadanos de la República de Ginebra, un título que más tarde él ostentará con orgullo y, a ratos, con agresividad. Nacido en 1712 y en una ciudad calvinista, esto significa que Jean-Jacques respiró una atmósfera de racionalismo idealista, de rigurosidad moral y de religiosidad cristiana, que va a configurar su exacerbada sensibilidad y a la que se mantendrá vinculado siempre. Rousseau pertenece, pues, a la generación de los nacidos en torno a 1706 [1], la generación de Buffon (1707), Fielding (1707), Mabbly (1709), Hume (1711), Diderot (1712), Raynal (1713). Respecto a ella, la relación entre las generaciones es la siguiente: generación en el poder, la de 1661 –la de Thomassius (1655), Jean Leclerc (1657), Fontenelle (1657), Defoe (1660), Swift (1667), Lesage (1668)–; generación ascendente, la de 1676 –la de

[1] Sigo la escala de las generaciones establecida por Julián Marías en *Literatura y generaciones*, Madrid, 1975, y cuyo fundamento teórico elaboró en *El método histórico de las generaciones* hace ya muchos años, en 1948.



Ginebra. Iglesia de San Pedro

Foto Archivo Espasa-Calpe.

John Toland (1670), Shaftesbury (1671), Saint-Simon (1675), Feijoo (1676)–; generación que nace a la vida histórica, la de 1691 –la de Berkeley (1685), Marivaux (1688), Richardson (1689), Voltaire (1694), Torres Villarroel (1694), Montesquieu (1694), Prévost (1697)–. Las ideas, usos, vigencias y valoraciones, por tanto, con que se va a encontrar Rousseau en su período de formación son las de 1676 y 1691, es decir, las de un racionalismo que ha invadido todos los órdenes de la vida (piénsese, por ejemplo, en la obra de Toland *Chistianity not mysterious* y en la obra entera de Voltaire), y que algunos miembros de su generación y de la siguiente van a llevar a extremismos injustificables o absurdos, como Diderot, Hume, Helvetius o D'Holbach. Rousseau va a ser precisamente, por sus raíces y peculiar sensibilidad, uno de los primeros en reaccionar contra esa actitud extremista y simplificadora e iniciar así la larga cadena de su superación. Desde el punto de vista de los géneros literarios, sólo interesa recordar para nuestro propósito el desarrollo de la novela con Defoe, Lesage, Marivaux, Richardson, Voltaire, Prévost, Fielding y su influencia en la autobiografía. En España, la influencia de la novela en el género autobiográfico es anterior y bien perceptible con la ya citada obra maestra *Vida*, de Torres Villarroel.

La infancia de Rousseau, decía, transcurrió feliz en el taller de su padre Isaac. Tenía éste una gran afición por la lectura, que transmitió a su hijo desde su más temprana edad. Jean-Jacques no fue a la escuela ni estuvo sometido a ninguna disciplina escolar, ya que no se puede llamar tal la casa del pastor Lambercier donde cursó sus primeros estudios. Sin embargo, lo que aprendió en este primer período de su vida fue decisivo para él. Como los libros no faltaban en casa, aprendió a leer en ellos, aunque nunca recordó cómo. Padre e hijo se pasaban las noches leyendo hasta el alba novelas, historias, vidas célebres, y soñando con aventuras, pasiones, acciones heroicas y virtuosas. Como él mismo escribirá más tarde, aprendió a sentir antes que a pensar. Y de este sentimiento íntimo, de esa evidencia que se desprende de la realidad cuando se la mira con ojos limpios Rousseau hará, frente a la «raison» abstracta de los *philosophes*, el principio de su pensamiento, la instancia suprema sobre la que se fundará para interpretar el mundo. El autor de la *Astrée* [1], Plutarco, Tácito, Grocio, Bossuet, Ovidio, La Bruyère, Fontenelle, Molière e innumerables novelas idealizantes modelaron decisivamente y para siempre el alma adolescente de Rousseau. Sobre todo Plutarco. «La lectura de Plutarco –escribe en las *Confesiones*–, especialmente fue mi favorita, y hallaba tal gusto en releerlo, que esto me fue curando de mi afición a las novelas. Agesilao, Bruto y Arístides fueron a poco preferidos por mí a Orondates, Artamenes y Juba. Estas lecturas

---

[1] Novela pastoril francesa muy famosa del siglo XVI.

interesantes y las charlas a que dieron lugar entre mi padre y yo engendraron en mí este espíritu republicano y libre, este indomable y orgulloso carácter, enemigo de todo yugo y servidumbre, que me ha torturado de continuo en las circunstancias menos oportunas por dejarle volar a su antojo. Ocupado siempre con Roma y Atenas; conviviendo, por decirlo así, con sus grandes hombres; ciudadano de una República yo mismo e hijo de un hombre cuya dominante pasión era el amor patrio, entusiasmábame como él y me creía un griego o un romano: me identificaba con el personaje cuya vida leía, y el relato de aquellos rasgos y de constancia e intrepidez que más me impresionaran daban fuerzas a mi voz y centello a mis ojos. Un día, durante la comida, al leer el relato de Scévola, hube de asustar a los circunstantes, porque, remedando su acción, llegué a poner la mano sobre un hornillo.» Un héroe a lo Plutarco, esto es lo que pretendió ser durante toda su vida, un personaje único que perteneciera al raro género de la raza de los justos. Y a lo largo de ella, a pesar de las caídas y de las tentaciones, nunca abjurará del niño que fue, de las pretensiones y de las ilusiones que le animaron. Lástima que ninguna disciplina le enseñara los límites inexorables de las cosas, le tensara los resortes del alma y de la sensibilidad. Ello será fuente de interminables problemas, hasta el punto que en algún momento se le hizo opaca la trayectoria y la transparencia de su propia vida.

En 1725 finalizó su infancia y adolescencia, feliz, libre, sin obstáculos. Hubo que pensar en las necesidades de la existencia, y en el invierno de ese año entró como aprendiz de escribano en el despacho del *greffier* de Ginebra. El oficio no le gustó, y algunos meses después su padre hizo un contrato por cinco años con el grabador Abel Du Commun por el que éste se comprometía a enseñarle su oficio. El trabajo no le disgustaba, pero el comportamiento rudo y violento del maestro chocaron con la sensibilidad del joven Rousseau. Jean-Jacques sintió esta nueva relación como una injuria del destino, y su carácter, sensible, altivo e indisciplinado, no encontró más compensación frente a la grosería y la violencia del maestro que la mentira, la vagancia y, a veces, el hurto. «Este joven lector de Plutarco –escribe su biógrafo Jean Guehenno– que había soñado los sueños de César, reducido por la fuerza a bajos quehaceres y molido a golpes por un maestro que despreciaba, sentía su suerte como una ofensa. No se puede entender nada de su vida ni de su obra si no se tiene en cuenta la larga ofensa que creyó haber soportado durante más de veinte años.» Y en efecto, según cuenta él mismo, desde su fuga de Ginebra, en marzo de 1728, hasta la «iluminación» de Vincennes y la consiguiente «reforma interior», en 1749-1750, tan sólo gozó de un corto período de felicidad, «le court bonheur de ma vie», que pasó bajo la protección de madame de Warens hasta 1740. *La maman*, así la llamará en las *Confesiones*, a pesar del lado turbio de su personalidad, era una mujer generosa y complaciente, cuya ayuda y

protección decidieron la vida de Rousseau. Bajo su amparo, en la soledad de una casa de campo que madame de Warens poseía cerca de Annecy (Les Charmettes), Rousseau se formó intelectualmente leyendo y meditando el *The Spectator*, de Addison (la traducción francesa había aparecido en 1714 en Amsterdam), y obras de Puffendorf, Évremond, Voltaire, el P. Lamy, *La Lógica*, de Port-Royal, Descartes, Malebranche, Locke, Newton, Pascal, Leibniz, Platón, Fenelón, Montaigne y otras de menor importancia. Lecturas que le dieron una idea mucho más aproximada de lo que es filosofía que la que tenían los *philosophes*, hecho que le distinguirá netamente de ellos [1].

En 1740 sale por primera vez al «mundo»: marcha a Lyón como preceptor de dos hijos de M. de Mably, preboste general de la región y hermano de los abates de Mably y Condillac, que pronto serán célebres. Rousseau entra en un mundo que no abandonará jamás, pero en el que no se sentirá a gusto, ni, a última hora, solidario. Inestable e inquieto, deja pronto la casa de M. de Mably y retorna a Les Charmettes. Allí decide definitivamente lo que hará en la vida y lo cuenta en una carta en verso a su amigo Parisot: triunfar en el mundo de los nobles y de los ilustrados. Y como primer paso elabora un nuevo sistema de anotación musical que –gracias a las cartas de recomendación del abate de Mably e introducido por un joven y famoso naturalista, René-Antoine de Réaumur–, presentó en la Academia de Ciencias de París. La Academia elogió el ingenio del autor, pero hizo reservas en cuanto a su utilidad real. Rousseau no quiso darse por vencido y apeló a la opinión publicando su sistema bajo el título *Dissertation de la musique moderne*. Pero ¿por qué un tratado de anotación musical? Aquí yace ciertamente una de las claves de la complicada biografía de Rousseau: su auténtica vocación, la ocupación que le deparaba felicidad no era escribir libros, sino copiar música (siempre consideró esta tarea como su verdadero oficio) y pasear solitario por los campos. Si escribió libros, fue por necesidad, para crear las posibilidades sociales que le permitieran vivir con la dignidad que él creía merecer. Sin tener esto en cuenta, no se puede entender bien nada de la vida ni de la obra de Rousseau.

La publicación del tratado sirvió únicamente para darse a conocer en el mundo en que aspiraba triunfar. Poco a poco se le fueron abriendo las puertas de la aristocracia ilustrada y del mundo de las letras. Madame Dupin, el *fermier-général*, La Pouplinière, madame D'Épinay, Diderot, Condillac, D'Alembert, le ofrecieron su amistad o sus salones, e incluso le tomaron a su servicio, como el

---

[1] Respecto a las relaciones de Rousseau con la filosofía, véanse los excelentes libros de J. Moreau, *Rousseau o la fundamentación de la democracia*, Colección Boreal, Espasa-Calpe, 1977, y de Henri Gouhier, *Les méditations metaphysiques de J. J. Rousseau*, Vrin, París, 1970.

conde de Montaigu, quien, al ser nombrado embajador en Venecia, le hizo secretario particular suyo. Pero pronto vislumbró las enormes divergencias que existían entre el mundo de las ideas y el mundo real de la vida cotidiana. Sobre todo, la incongruencia que minaba la existencia de los que profesaban cierta manera de concebir el mundo y vivían de un modo que poco tenía que ver con ella o, lo que es peor, la mancillaban utilizando sus recursos para otras finalidades de las que habían sido pensadas. Un mundo que pretendía vivir desde la inteligencia y sólo desde ella, pero que por su conducta se apartaba de los nuevos y esperanzadores horizontes de humanidad que aquélla le descubría, fue la paradoja, el gran problema del tiempo que era urgente resolver y cuya solución creyó intuir una tarde del verano de 1749, al ir a visitar a su entonces amigo Diderot, que estaba encarcelado en el castillo de Vincennes, con la iluminación de un auténtico apocalipsis. «En el verano de 1749 –escribe en las *Confesiones*– hizo un calor excesivo. De París a Vincennes hay dos leguas, y yo, que no me hallaba en estado de pagar coches, me iba a pie a las dos de la tarde cuando me hallaba solo y andaba aprisa con objeto de llegar más pronto. Los árboles del camino siempre podados, al estilo del país, apenas daban sombra, y a menudo, rendido de calor y de fatiga, me dejaba caer en tierra no pudiendo más. Para moderar mi paso, llevaba siempre algún libro. Un día tomé el *Mercurio de Francia*, y andando y leyendo, encontré este tema, propuesto por la Academia de Dijón para el premio del siguiente año: *El progreso de las ciencias y de las artes ¿ha contribuido a corromper o a purificar las costumbres?*

»Así que hube leído esto se abrieron a mis ojos nuevos horizontes y me volví otro hombre. Aunque tengo un vivo recuerdo de la impresión que me causó, se me han olvidado los pormenores, después que los inserté en una de las cuatro cartas dirigidas al señor de Malesherbes [...].

»Lo que recuerdo muy claramente en el caso presente es que al llegar a Vincennes me hallaba presa de una agitación que parecía un delirio. Diderot lo notó.» Impresión, pues, vivísima que decidió a Rousseau a reformar radicalmente su manera de vivir. Hasta entonces había vivido con la sola finalidad de realizar sus pretensiones, sin mirar demasiado en los medios para conseguirlo. Pero al entrar en últimas cuentas vio que había conseguido muy poco y, sobre todo, que no era ese el camino que le llevaría a ser quien tenía que ser. Los aristócratas le trataban no como a un igual, sino como a un protegido y, a veces, como a un criado; fuertemente atraído por la mujer, las que hubiera querido amar por representar el nivel de feminidad más alto de la época, desde el punto de vista sentimental, estaban más inclinadas por la sensualidad o la frivolidad que por una pasión ardiente, la única que aceptaba su sensibilidad y temperamento. Hay que añadir que él mismo contribuyó también a sus infor-

tunios a causa de su excesiva timidez, su imaginación calenturienta y sus emociones sentimentales no siempre bien controladas. Después de *la maman*, que le había iniciado en la vida amorosa y alguna muy pasajera aventura posterior, la única mujer que le dejó mirarse en el espejillo de sus ojos y apagar sus angustias fue una criadita del albergue parisiense donde se hospedaba, Thérèse Levasseur. Pero Thérèse no fue más que un último refugio, un pequeño hontanar donde poder apagar la sed. Y aunque de alguna manera la quiso siempre, su conducta con ella fue degradante e indigna. Los hijos –hasta cinco– que tuvieron fueron depositados, nada más nacer, según sus órdenes, en el horfanato de los indeseados, sin que el más leve remordimiento nublara su determinación. Más tarde confesará el dolor que ha padecido por tan grave falta, pero sabía que era el lado torvo de su vida y, justamente, será por ese boquete moral de su existencia por donde sus enemigos tratarán más tarde de introducir los dardos que deban abatirle. Enemigos que en su mayoría ahora eran sus amigos, los *philosophes*, con quienes colaboraba en la *Enciclopedia* (D'Alembert le encargó que escribiera los artículos sobre música), pero que la cuestión de Dios separaba y pronto iba a enfrentarles irreconciliablemente. Rousseau, que se había sentido siempre un poco extranjero en aquel mundo parisiense, *barbarus hic ego sum* solía decir repitiendo al Ovidio desterrado, decidió vivir según su propia inspiración, iniciar una «reforma interior», esto es, vivir desde y para la verdad, *Vitam impendere vero* será su divisa, una verdad que se le había revelado como una gran empresa: volver a la naturaleza.

La preconización de la vuelta a la naturaleza y la apología del buen salvaje no eran una invención de Rousseau. Como ha explicado muy bien Ortega [1], la vuelta a la naturaleza es la solución a la que suele recurrir el hombre en las épocas en que las ideas, valoraciones y formas artísticas o literarias han agotado sus posibilidades desde la perspectiva en que estaban planteadas, y se han convertido en formalismos complicados y estériles que ahogan la inspiración, impidiendo así la creación de un nuevo sistema de recursos intelectuales, morales y artísticos con que hacer frente eficazmente a los problemas insoslayables del tiempo. Vuelta a la naturaleza quiere decir vuelta a los orígenes, y en la era racionalista eso significa vuelta al hombre *racional* primigenio anterior a la historia, que es considerada como una sucesión de errores y desviaciones que han llevado a la insostenible situación en que el hombre se encuentra. De ahí el carácter paradójico de la respuesta de Rousseau a la cuestión de la Academia de Dijón y su exagerada actitud huraña de vida

[1] *O. C.*, tomo V, págs. 79-80. Madrid, 1964.

solitaria a la vida social de su tiempo. Claro que una paradoja es sólo la forma en que se expresa una verdad cuando tiene que enfrentarse contra una opinión fuertemente arraigada, en este caso el progreso que representa una mayor cultura. Naturalmente, Rousseau piensa que las artes y las ciencias han contribuido al progreso del hombre, pero rechaza el uso que se ha hecho de ellas y, lo que es más, el uso que se ha hecho de la razón en la elaboración de las artes y las ciencias. Rousseau no cree, pues, que el hombre primitivo sea mejor que el hombre de su tiempo, sino que el hombre salvaje bueno y razonable es la hipótesis de trabajo, el punto de partida que se le ha revelado en la «iluminación» de Vincennes y cuyo fundamento prefilosófico es la creencia racionalista en la autosuficiencia de la razón del hombre. «Que mis lectores –escribe en el Prefacio del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*– no se imaginen que ose envanecerme de haber visto lo que me parece tan difícil de ver... Ya que no es una tarea fácil desenmarañar lo que hay de originario y de artificial en la naturaleza actual del hombre y conocer bien un estado que ya no existe, que quizá no ha existido nunca y que probablemente no existirá jamás.» Y más adelante añade: «Comencemos, pues, por apartar todos los hechos..., ya que nada tienen que ver con la cuestión.» El estado de naturaleza al que hay que volver no es, por tanto, un hecho; es la intuición de la realidad primaria del hombre, intuición en torno a la cual Rousseau va a elaborar una filosofía que le permita saber a qué atenerse sobre sí mismo, el mundo y Dios, sobre todo Dios, ya que el sentido de su vida y del mundo dependen de Él.

Rousseau, que compartía la misma creencia en la razón con los *philosophes*, guardaba, sin embargo, un rescoldo de fe cristiana que había mantenido vivo a través de su conversión al catolicismo y posterior reconversión al protestantismo, al que no sabía muy bien, dadas las vigencias de la época y del ateísmo beligerante del ámbito en que se movía, defender y vigorizar. Sufriendo desde su nacimiento de una malformación incurable de las vías urinarias que podía producirle la muerte por envenenamiento de la sangre en cualquier momento, su enfermedad le remitía constantemente al sentido de cada instante de su vida, es decir, a la cuestión de Dios. Una vez producida la «iluminación» de Vincennes, la necesidad de llegar a alguna certidumbre acerca de tan capital cuestión fue el motor que puso en marcha la construcción de lo que podríamos llamar su sistema filosófico. «Vivía entonces –cuenta en *Las meditaciones del paseante solitario* (tercer paseo)– con filósofos modernos que no se parecían nada a los antiguos. En vez de disipar mis dudas y acabar con mis irresoluciones habían conmovido todas las certidumbres que creía tener sobre lo que importaba conocer más: pues estos ardientes misioneros del ateísmo, imperiosísimos dogmáticos, no soportaban sin encolerizarse que en algún punto alguien pudiera

pensar de un modo diferente que ellos. La mayoría de las veces yo me defendía bastante mal por odio a la disputa y por el poco talento que tengo para sostenerla; pero nunca adopté su desoladora doctrina... No me habían persuadido, pero me habían inquietado. Sus argumentos me habían conmovido sin convencerme nunca, yo no encontraba la respuesta adecuada, pero sentía que debía haberla. [...] Por fin, me dije: ¿me dejaré eternamente zarandear por los sofismas de los que se expresan mejor, de los que ni siquiera estoy seguro de que las opiniones que predican, y que tanto ardor muestran en que los demás adopten, sean las que ellos tienen para sí? Sus pasiones que gobiernan sus doctrinas, el interés que tienen en hacer creer esto y aquello, hacen imposible saber lo que creen ellos mismos. ¿Se puede buscar buena fe en los jefes de partido? [1]. Su filosofía es para los demás y me haría falta una para mí. Busquémosla con todas mis fuerzas mientras aún sea tiempo, a fin de tener una regla fija de conducta para el resto de mis días. Me encuentro en plena madurez, en plena fuerza del entendimiento. [...] aprovechemos este momento favorable; es la época de mi reforma externa y material, que sea también la de mi reforma intelectual y moral. He de fijar de una vez mis opiniones, mis principios, y ser durante el resto de mi vida lo que habré encontrado deber ser después de reflexionar bien.» El *Discurso sobre las artes y ciencias* publicado en 1750, el *Discurso sobre la desigualdad* (1755), la *Carta a Voltaire sobre la Providencia* (1756), la *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos* (1758), *La nueva Eloísa* (1760), *El contrato social* (1762) y el *Emilio,* que incluye *La profesión de fe del Vicario saboyano* (1762), constituyen los jalones que componen su filosofía. Una filosofía no muy original (Rousseau no tenía ni el talante ni los recursos para ser un filósofo creador), pero de un nivel muy superior a las que estaban vigentes entonces, que parte del sensualismo imperante para, utilizando el pensamiento de Platón, Descartes y Malebranche principalmente, y a través de una crítica del sensualismo, materialismo e inmoralismo, alzarse hasta un dualismo metafísico, la inmortalidad del alma y un Dios bueno, razonable y justo de cuyos atributos participamos y en el cumplimiento de cuya ley se funda nuestra libertad y dignidad humanas. La reivindicación de la ley moral que obliga, del horizonte de las postrimerías y la elaboración de «una cristología racional», por utilizar una certera expresión de Henri Gouhier, le situaba, a pesar de las apariencias, en los antípodas de los *philosophes.* Cuando se publica el *Contrato* y el *Emilio,* que fueron prohibidos y quemados, obligando a su autor a una peregrinación que

---

[1] Como puede ver el lector, el partidismo e inverecundia como actitud intelectual no data de los últimos decenios, sino que con mayor o menor intensidad, es un morbo que vienen padeciendo intermitentemente las naciones europeas desde por lo menos, mediados del siglo XVIII.

habría de durar ocho años, ya había roto con sus antiguos amigos, pero lo que no sospechaba era la interminable guerra que le iban a declarar.

En medio de la persecución de que era objeto y de la lucha que había entablado contra protestantes y católicos, convencido de que estaba defendiendo «la causa de Dios», como réplica a las *Cartas de la Montaña,* donde respondía a los ataques de los pastores ginebrinos, recibió un folleto anónimo de ocho páginas, *El sentimiento de los ciudadanos,* de cuya paternidad Rousseau no sospechó jamás: Voltaire. El libelo comenzaba así: «De un loco se tiene compasión; pero cuando la demencia se convierte en furor, se le ata.» Y después de presentar a Rousseau como un impío que insultaba a la religión, a Jesucristo y a sus pastores, proseguía: «¿Puede permitirse a un hombre nacido en nuestra ciudad ofender hasta ese grado a nuestros pastores, la mayoría de los cuales son nuestros parientes y amigos y, a veces, nuestros consoladores? Examinemos a quien así los trata. ¿Es un sabio que discute con otros sabios? No; es el autor de una ópera y de dos comedias silbadas. ¿Es un hombre de bien que, engañado por un falso celo, hace reproches indiscretos a hombres virtuosos? Confesamos con dolor y sonrojo que es un hombre que lleva aún las huellas funestas de su vida licenciosa, y que, disfrazado de saltimbanqui, arrastra con él, de pueblo en pueblo y de montaña en montaña, a la desgraciada a cuya madre hizo morir, y a cuyos hijos abandonó a la puerta de un horfanato, rechazando los cuidados que una persona caritativa quería darles y, abjurando de todos los sentimientos de la naturaleza, cómo despoja los del honor y de la Religión.» El impacto de estas acusaciones le dejó anonadado y cambió su rumbo de escritor. Él, que no había sentido el mundo más que como un medio hostil, salvo con *la maman* y los enciclopedistas, con los que disentía, pero que admiraba sinceramente [1]; él, que en un mundo que decía creer en la bondad natural del hombre y en su razón había elaborado, a partir de esos supuestos, los instrumentos sociales, morales y religiosos para que se transformara y alcanzara una mayor virtud; él, perseguido por todos, que combatía en solitario por la verdad, el paladín de la dignidad humana, se veía acusado públicamente de demente y malvado; él, que no era ni lo uno ni lo otro, pero que había cometido una falta horrible, que por su reforma interior y su sufrimiento creía haber expiado... y nadie había olvidado, ¿quién era en realidad? ¿El monstruo que le acusaban ser, o un hombre esencialmente bueno que había cometido faltas por

[1] El 18 de febrero de 1758 escribía a su conciudadano el pastor J. Vernes: «He pasado mi vida entre incrédulos sin dejarme conmover, amándolos, estimándolos mucho y no pudiendo soportar su doctrina.»

debilidad, pero cuya única pretensión, y ello de manera radicalmente consciente y premeditada, era llegar a la mayor virtud posible? En el momento en que se había quedado más solo, sin más asidero que su pretensión y la ayuda condescendiente de algún potentado, un virulento ataque contra su persona intentaba acabar con su obra que tanto éxito y fama tenía en toda Europa. Rousseau pensó en una confabulación, y seguramente exageró sus desgracias, sufrimientos y lamentaciones, pero no se equivocó al designar a sus enemigos: los enciclopedistas. Su actitud ante la vida, a pesar de las apariencias, ya lo he subrayado, era diametralmente opuesta a la de ellos. Mientras Rousseau aspiraba a una humanidad más virtuosa y egregia (recuérdese su pasión por los héroes de Plutarco) a la que sólo se podía llegar si se cumplían escrupulosamente los mandatos de la razón que la justicia divina garantizaba, es decir, *distinguiendo* entre las cosas y *jerarquizando* los valores, para la inmensa mayoría de los enciclopedistas, cuyo ateísmo amputaba a la vida su esencial dimensión de eternidad –la necesidad de que la verdad lo siga siendo siempre, para que lo que se haga en su nombre durante la vida tenga verdadero sentido–, sólo importaba lo que conviniera en el instante. «La tierra absorbe igualmente el vicio y la virtud –escribía muy explícitamente Diderot en sus *Tablettes*–. Hay que ser feliz siguiendo las inclinaciones de la naturaleza de cada uno, he aquí toda mi moral.» Esta moral «sin raíces ni frutos», como la calificaba Rousseau, chocaba de frente con la suya, y lo que la tolerancia pudo evitar, fue impuesto por el partidismo y las malas pasiones que lo sustentan. «Si no existió la gran confabulación imaginada por Rousseau –dice Robert Osmont [1]– hubo con seguridad compromisos particulares; en 1766, todo París esperaba el final de la experiencia Hume, y la querella fue, para todos los que se decían filósofos, una ocasión de contarse, de concertarse, bajo la dirección de D'Alembert. Cuando se supo que Rousseau escribía sus memorias, Grimm, Diderot, y madame D'Épinay se dispusieron a hacerle frente. En 1771, madame D'Épinay pide al jefe de la policía que prohíba la lectura de las *Confesiones*. Diderot, después de muerto Rousseau, muestra la magnitud de su odio en el *Ensayo sobre la vida de Séneca* tratando de arruinar por anticipado el testimonio de las *Confesiones;* y pronto orientará contra Rousseau las *Memorias* de madame D'Épinay. Hay casos en que la coalición de intereses se parece a una confabulación, sobre todo cuando se trata de escritores, que son los dueños de la opinión. Rousseau no era el único que les temía. En el preámbulo de *L'Année littéraire*, 1773, Fréron habla en estos términos de la actitud de los filósofos para el que no es de su secta: "no hay trama que no urdan, no hay resorte que no

---

[1] «Introduction», págs. L-LI, Rousseau, *Oeuvres Complètes*, I, La Pléiade, París, 1968.

inventen para hacerle odioso. Espían sus actos y sus discursos para envenenarlos, atacan su probidad, difaman su moralidad. Y de sus obras, aunque sean excelentes, hablan con el máximo desprecio". En el período que precede a los *Diálogos,* Voltaire se ensaña contra Rousseau, multiplicando al mismo tiempo las consignas de silencio...»

Ante las consecuencias de este ataque, Rousseau decidió escribir sus *Confesiones.* No sólo para decirse a sí mismo quién era, para justificar su vida ante sus propios ojos y ante los demás, sino para *denunciar* el peligro moral e intelectual que significaba el ataque de que era víctima: él, cuya vida había estado siempre animada por la verdad y la virtud, que había pretendido emular al hombre primigenio, al hombre tal y como salió de las manos de Dios...: «He aquí –comienza el Preámbulo– el único retrato de hombre pintado exactamente según su naturaleza, y en toda su verdad, que existe y que, probablemente, existirá jamás.» Sus *Confesiones,* añade más abajo, podrán servir «de comparación para el estudio de los hombres que, ciertamente, está aún por empezar». Claro que ha cometido en su vida faltas graves, despreciables, que su pretensión ha excedido con mucho la realización, pero sus limitaciones, sus pecados, se deben a su debilidad, no a su voluntad ni a su entendimiento. Por eso piensa que es digno de *compasión* (concepto muy en boga en la segunda mitad del siglo XVIII), sentimiento que salva, y no de odio, que destruye y aniquila el mundo. Lo que cuenta es, por tanto, su pretensión, una pretensión que debe servir de modelo a la humanidad (encontramos en Rousseau todos los ingredientes constitutivos de la autobiografía que enumeré al comienzo de estas páginas), si es que quiere alzarse a la altura del destino que Dios le ha dado. De ahí el tono solemne del comienzo de sus *Confesiones:* «Emprendo una tarea de la que jamás hubo ejemplo y no tendrá imitadores. Quiero descubrir ante mis semejantes a un hombre con toda la verdad de la naturaleza, y este hombre seré yo. Yo solo. Siento mi corazón y conozco a los hombres. No soy como ninguno de cuantos vi, y aun me atrevo a creer que como ninguno de los que existen. Si no valgo más, soy, al menos, distinto de todos. Tan sólo después de haberme leído podrá juzgarse si hizo bien o mal Naturaleza al romper el molde en que me vaciara.

»Cuando suene la trompeta del Juicio final me presentaré, con este libro en la diestra, ante el Juez Supremo, y diré resueltamente: "He aquí lo que hice, lo que pensé, lo que fui. Bien y mal, descubiertos fueron con la misma franqueza. Nada malo oculté, ni me atribuí nada bueno, y si hay algún adorno indiferente e innecesario, púselo tan sólo para llenar un vacío imputable a mi falta de memoria. Pude dar por cierto lo que por posible tenía, pero nunca lo que consideré falso. Me he mostrado cual fui, despreciable e

indigno, o bueno, sublime y generoso: puse mi alma de manifiesto tal y como Tú la has visto, ¡oh Supremo Hacedor! Reúne en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes; que escuchen mis confesiones, que lamenten mis flaquezas, que se avergüencen de mis ruindades, y que cada cual descubra luego su corazón, con sinceridad idéntica a la mía, a ver si hay alguno que se atreva entonces a decirte: *Yo fui mejor que ese hombre.*"»

Los términos y el tono de estas líneas suelen chocar. Tampoco se suele comprender que fueran escritas por al autor del *Contrato social* sin que éste hubiera cambiado fundamentalmente. Es cierto que son extremosas, exaltadas, grandilocuentes, como lo era su temperamento apasionado, a ratos enfermizo, pero no más que las de cualquier escritor o artista que estaba inaugurando la experiencia histórica del romanticismo. Por otra parte, es preciso recordar que el ciudadano del *Contrato* no es el «demócrata» de nuestro tiempo, el hombre que se conduce siguiendo sus propias inclinaciones, sino el que se eleva esforzadamente por encima de sus conveniencias y apetitos y acepta la ley que le dicte su razón reencontrada, ley transcendente sobre la que fundará *la voluntad general.* Y algo todavía más importante. La experiencia personal que Rousseau tenía de la verdad (una verdad más o menos profunda y original, pero *verdad*), y a la que había llegado a partir de la indeleble intuición que había tenido en la «iluminación» de Vincennes, le impelió constantemente a vivir desde ella y para ella. Atacarle falazmente, era atacar a la verdad misma, esa sustancia tan etérea y volátil, sin la que el hombre no puede subsistir. Pero, además, vivir desde la verdad es aquello para lo que Dios destinó al hombre, «hecho a su imagen y semejanza». Por eso Rousseau no dice que él sea el mejor –«si no valgo más, al menos soy otro»–, sino que no podía haber nadie *mejor* (puesto que había vivido desde y para la verdad) que él.

Durante seis años, pues, desde principios de 1765 hasta finales de 1770, Rousseau, ayudado de su correspondencia y de varios esbozos de autorretrato que había realizado anteriormente, va a ir describiendo, contando, interpretando su vida y justificándola, descubriendo sobre todo al lector la inequívoca pretensión que le había animado siempre: ser él mismo. El resultado es una voluminosa autobiografía, cuyos hechos son confirmados generalmente por los documentos de archivo, pero de cronología no siempre precisa. Nada más acabar su redacción apeló a la opinión pública acerca de la veracidad de los horrores que sus enemigos le imputaban. En dos o tres salones leyó sus *Confesiones* con la esperanza de que las personas allí presentes le ayudarían a propagar su verdad. Peros los hombres y mujeres que más tarde iban a compartir su actitud no habían nacido aún a la vida histórica, y fue un fracaso completo. Nadie comprendió la mezcla de *Miserere* y panegírico que constituye su autobiografía. Sus enemigos, sin embargo, temerosos del poder de

su palabra le impusieron el silencio. Madame D'Épinay pidió y consiguió del jefe de policía que Rousseau cesara la lectura pública de sus *Confesiones*. Pero no consiguieron apagar su voz. Durante los ocho años que le quedaban de vida no dejará de proclamar su inocencia en su correspondencia y en sus dos últimas obras, *Diálogos: Rousseau Juez de Jean-Jacques* y *Las meditaciones del paseante solitario*. Tanto éstas como las *Confesiones* se publicaron después de su muerte. Ambas serán uno de los fermentos más activos de la vida intelectual europea de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Pues Rousseau no es sólo uno de los primeros inventores del hombre romántico, sino que al reivindicar desde la Filosofía la irrenunciable dimensión religiosa del hombre –irrenunciable porque constituye el ámbito del sentido al que nos remite la muerte–, en un período en que hacerlo era considerado como «delito filosófico», abonó el terreno para el futuro resurgimiento del sentimiento religioso y de la metafísica que se concretará en la espléndida cosecha filosófica de la primera mitad del siglo XIX.

JUAN DEL AGUA.

LAS CONFESIONES

Intus et in ente.

Pers., sat. III,. v. 30.

PARTE PRIMERA

LIBRO PRIMERO

Emprendo una tarea de la que jamás hubo ejemplo y que no tendrá imitadores. Quiero descubrir ante mis semejantes a un hombre con toda la verdad de la naturaleza, y este hombre seré yo.

Yo solo. Siento mi corazón y conozco a los hombres: no soy como ninguno de cuantos vi, y aun me atrevo a creer que como ninguno de los que existen. Si no valgo más, soy, al menos, distinto de todos. Tan sólo después de haberme leído podrá juzgarse si hizo bien o mal Naturaleza al romper el molde en que me vaciara.

Cuando suene la trompeta del Juicio final me presentaré, con este libro en la diestra, ante el Juez Supremo, y diré resueltamente: «He aquí lo que hice, lo que pensé, lo que fui. Bien y mal, descubiertos fueron con la misma franqueza. Nada malo oculté, ni me atribuí nada bueno, y si hay algún adorno indiferente e innecesario, puseló tan sólo para llenar un vacío imputable a mi falta de memoria. Pude dar por cierto lo que por posible tenía, pero nunca lo que consideré falso. Me he mostrado cual fui, despreciable e indigno, o bueno, sublime y generoso: puse mi alma de manifiesto tal y como Tú la has visto, ¡oh Supremo Hacedor! Reúne en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes; que escuchen mis confesiones, que lamenten mis flaquezas, que se avergüencen de mis ruindades, y que cada cual descubra luego su corazón, con sinceridad idéntica a la mía, a ver si hay alguno que se atreva entonces a decirte: *Yo fui mejor que ese hombre.*»

1712-1719.–Nací en Ginebra el año 1712 [1]. Fueron mis padres los ciudadanos Isaac Rousseau y Susana Bernard. Una modestísima

---

[1] Rousseau creía que había nacido el 4 de julio de 1712 porque confundía la fecha de su nacimiento con la de su bautizo. Había nacido el 28 de junio.–*N. del T.*

herencia, que hubo de repartirse entre quince hermanos, redujo a casi nada la parte de mi padre, el cual, para vivir, tuvo que acogerse a su profesión de relojero, en la que era ciertamente habilísimo. Mi madre, hija del pastor Bernard, era más rica: tenía buen juicio y belleza. No sin grandes trabajos obtuvo su mano mi padre; comenzaron sus amores casi con la vida; con ocho o nueve años paseábanse juntos en el paseo de la Parra y a los diez ya no les era posible vivir separados. El sentimiento que en ellos despertara la costumbre quedó sellado por la simpatía y el emparejamiento espiritual. De tierna y sensible contextura ambos, sólo aguardaban el momento de descubrir en otro la misma disposición, o más bien aquel momento aguardábales a ellos mismos y cada uno de ellos arrojó su corazón en el primero que abrióse para recibirle. La suerte, que parecía contrariar su pasión, no hizo más que animarla. Consumíase de dolor el joven ante la imposibilidad de obtener la mano de su novia; ésta le aconsejó que viajase para olvidarla; así lo hizo, mas sin fruto, y volvió más enamorado que nunca, encontrando a la que amaba fiel y cariñosa. Después de esto, fuerza era amarse de por vida; así se lo juraron y el Cielo bendijo su juramento.

Gabriel Bernard, hermano de mi madre, enamoróse de una de las hermanas de mi padre, y ésta accedió a ser su esposa, si su hermana se casaba con mi padre, y he aquí cómo el propio amor tuvo a bien allanarlo todo, ya que entrambas bodas se efectuaron en un mismo día. Mi tío, por consiguiente, era marido de mi tía, y sus hijos primos míos por doble consanguinidad. Uno tuvo cada matrimonio al año siguiente, pero después fue preciso separarse de nuevo.

Mi tío Bernard era de profesión ingeniero y ésta llevóle a entrar al servicio del Imperio húngaro bajo las órdenes del príncipe Eugenio, distinguiéndose en el sitio y batalla de Belgrado. Mi padre, tras el nacimiento de mi único hermano, salió para Constantinopla, a donde le llamaran para entrar de relojero en el Serrallo. Mi madre, durante su ausencia, atrájose la admiración de todos con su belleza, su buen juicio y su talento [1] .

El señor de la Closure, residente de Francia, fue uno de sus más rendidos admiradores y la debió amar con apasionamiento, ya que, pasados treinta años, al hablarme de ella, aún le vi conmoverse. Pero mi madre no sólo defendióse por virtud, sino porque amaba con ternura a su marido. Rogóle a éste que volviera, y así lo hizo, abando-

---

[1] Harto brillantes dotes para su condición. El ministro, su padre, que la adoraba, había cuidado mucho su educación. Dibujaba, cantaba, tocaba el tiorba de acompañamiento; había leído mucho y componía versos agradables. Copio una poesía que improvisó, en ausencia de su hermano y de su marido, paseándose con su cuñada y sus dos hijos, sobre unas palabras que alguien dijera: «Las dos personas ausentes – nos son queridas por muchos conceptos; – son nuestros amigos, nuestros enamorados; – son nuestros maridos, nuestros hermanos y los padres de estos niños.»

nándolo todo. Yo fui el triste fruto de su retorno. Débil y enfermo, vine al mundo diez meses más tarde. De este parto murió mi madre y mi nacimiento fue la primera de mis desventuras.

Ignoro cómo pudo mi padre resistir este golpe; sólo sé que jamás logró consolarse. Creía verla en mí, sin que le fuera dado olvidar que era yo el causante de su muerte. Cuantas veces me abrazaba comprendía yo por sus suspiros y convulsos abrazos que en sus caricias se diluía, haciéndolas más cariñosas, un amargo recuerdo. Al decirme: «Hablemos de tu madre, Juan Jacobo», respondíale yo: «Bueno, padre, vamos a llorar», y al oír esto asomaban ya las lágrimas a sus ojos. «¡Ah! –decía sollozando–, devuélvemela, consuélame de su pérdida; llena el vacío que en mi corazón ha dejado. ¿Te querría tanto, por ventura, si no fueras más que mi hijo?» A los cuarenta años de enviudar murió, en brazos de una segunda mujer, pero con el nombre de mi madre en la boca y con su imagen grabada en el corazón.

Tales fueron mis padres. De cuantas prendas el Cielo les otorgara, sólo un corazón sensible me legaron, causa de todas las desventuras de mi vida, aunque para ellos fue origen de felicidad.

Nací casi moribundo y se desconfiaba de salvarme. Vine al mundo con el germen de una enfermedad acrecida con los años [1], y cuyas intermitencias sólo me sirven para sufrir más dolorosamente de otro modo. Una hermana de mi padre, mujer prudente y cariñosa, se hizo cargo de mí y me salvó con sus exquisitos cuidados. En estos momentos vive aún y cuida, no obstante sus ochenta años, a un marido más joven que ella, pero al que la bebida ha agotado. ¡Querida tía, la perdono por haberme hecho vivir y siento que no me sea dado, en su vejez, devolverle los desvelos que en mi infancia le ocasionara! La buena Jaquelina, mi nodriza, vive aún, robusta y sana. Las manos que abrieron mis ojos podrán cerrarlos cuando me muera.

Antes de pensar sentí: tal es el común destino de la humanidad. Ignoro lo que hice hasta los cinco o seis años y cómo aprendí a leer. Tan sólo me acuerdo de mis primeras lecturas y del efecto que en mí produjeron; a partir de entonces empieza sin interrupción la conciencia de mí mismo. Mi padre y yo leíamos por las noches, después de la comida, algunas novelas que había dejado mi madre. Hacíamos esto en un principio para adiestrarme en la lectura con libros amenos; pero poco a poco acrecentóse el interés de tal suerte que nos pasábamos las noches en vela, huyendo uno tras otro y sin abandonar el libro hasta que lo terminábamos. Mi padre, a veces, al oír por la mañana las golondrinas decíame avergonzado: «Ea, vamos a dormir. Soy más niño que tú.»

---

[1] Retención de orina, casi continua, ocasionada por un vicio de conformación en la vejiga.–*N. del T.*

En breve tiempo y por tan peligroso método no sólo adquirí una facilidad extraordinaria para leer y comprenderme, sino un conocimiento único, dada mi edad, de las pasiones. Hallábame familiarizado con todos los sentimientos, sin poseer aún idea alguna de las cosas. Tales nebulosas emociones, alternativamente experimentadas, no modificaron lo más mínimo mi razón, puesto que de ella carecía aún, pero moldearon mi inteligencia, dándome acerca de la vida humana novelesca y extravagantes ideas, de las que jamás, no obstante la experiencia y reflexión subsiguientes, he podido libertarme.

1719-1723.–Con el verano de 1719 acabáronse las novelas. Llegado el invierno y agotada la biblioteca materna, tuvimos que recurrir a la parte que nos tocara de la de mi abuelo. Afortunadamente encontramos en ella muy buenos libros, como era de esperar, puesto que procedía de un pastor verdaderamente sabio –sabio a la manera de entonces– y persona inteligente y de fino gusto.

La Historia de la Iglesia y del Imperio, por Le Sueur; el *Discurso sobre la Historia Universal,* de Bossuet; las *Vidas de varones ilustres,* de Plutarco; la *Historia de Venecia,* de Nanï; *Las metamorfosis,* de Ovidio; *Los caracteres,* de La Bruyère; *La pluralidad de los mundos y los Diálogos de los muertos,* de Fontenelle, y algunos tomos de Molière fueron transportados al taller de mi padre. Mientras él trabajaba leíaselas yo, y hube de aficionarme a ellas por raro modo, cosa acaso única a mi edad. La lectura de Plutarco, especialmente, fue mi favorita, y hallaba tal gusto en releerlo, que esto me fue curando de mi afición a las novelas. Agesilao, Bruto y Arístides fueron a poco preferidos por mí a Orondates, Artamenes y Juba. Estas lecturas interesantes y las charlas a que dieran lugar entre mi padre y yo engendraron en mí este espíritu republicano y libre, este indomable y orgulloso carácter, enemigo de todo yugo y servidumbre, que me ha torturado de continuo en las circunstancias menos oportunas por dejarle volar a su antojo. Ocupado siempre con Roma y Atenas; conviviendo, por decirlo así, con sus grandes hombres; ciudadano de una República yo mismo e hijo de un hombre cuya dominante pasión era el amor patrio, entusiasmábame como él y me creía un griego o un romano: me identificaba con el personaje cuya vida leía, y el relato de aquellos rasgos de constancia e intrepidez que más me impresionaran daban fuerzas a mi voz y centelleo a mis ojos. Un día, durante la comida, al leer el relato de Scévola, hube de asustar a los circunstantes porque, remedando su acción, llegué a poner la mano sobre un hornillo.

Tenía un hermano que me llevaba siete años y que ejercía la profesión de mi padre. El entrañable cariño que para mí tenían daba lugar a que se le tratara con cierto desvío –lo que no apruebo en modo alguno– y de ello se resintiera su educación. Antes de tener edad para ser un libertino entregóse al libertinaje. Entró de aprendiz

en otra casa, de la que se escapaba a menudo, como lo había hecho de la propia. Le veía apenas y casi puedo afirmar que no le conocía, si bien no dejaba de quererle con ternura y aunque él también me amaba como les es dado amar al pilluelo. Un día en que mi padre, encorajinado, le castigaba rudamente, me lancé con ímpetu entre los dos, y abrazándome con fuerza a mi hermano le oculté de esta guisa, recibiendo los golpes que le dirigían, y con tanta tenacidad conservé mi actitud, que mi padre viose obligado a cejar, bien porque mis ruegos y lágrimas le aplacaran, bien para no maltratarme más que al culpable. A la postre fuese maleando tanto que desapareció de improviso y por completo. Algún tiempo después supimos, aunque nunca escribió, que se hallaba en Alemania. Nada se ha sabido de él a partir de entonces, y por esta razón me convertí en hijo único.

Si aquel pobre muchacho fue educado descuidadamente no le ocurrió lo mismo a su hermano. Ni aun los hijos de los reyes podrán ser objeto de tanto esmero como lo fui yo en mis primeros años, y, caro caso, aunque idolatrado por cuantos me rodeaban, siempre se me trató como al hijo querido, pero nunca como al mimado. Jamás, hasta que abandoné el hogar paterno, se me permitió salir solo a la calle con los otros chicos; jamás viéronse en trance de reprimir ni de permitirme antojo alguno de esos que se imputan a la naturaleza y que sólo son consecuencias de la educación. Tenía, eso sí, los defectos propios de la edad: era hablador, goloso, y algunas veces embustero. Hubiese hurtado frutas, dulces y cosas de comer, pero nunca fue de mi gusto dañar, perjudicar ni acusar a nadie, como tampoco molestar a los pobres animales. Recuerdo, empero, que un día hube de orinarme en la olla de una vecina llamada la señora Clot, miestras ésta se hallaba en la iglesia, y aun hoy, al recordarlo, lo confieso, me río, pues aquella buena mujer era la más gruñona que en mi vida he conocido. He aquí la breve y verdadera historia de mis diabluras infantiles.

¿Cómo iba a ser un malvado si no se me ofrecían más que ejemplos de dulzura y si me rodeaban las mejores gentes del mundo? Mi padre, mi tía, mi nodriza, mis parientes, nuestros amigos y vecinos, cuantas personas trataba, aunque sin obedecerme, queríanme y yo les quería a ellos también. Veíanse tan poco excitados y contrariados mis deseos que no tenía por qué mostrarme voluntarioso ni exigente. Hasta que no me vi, lo puedo jurar, en trance de servir a un amo, ignoré lo que era un capricho. A excepción de aquellos momentos dedicados a la lectura con mi padre y a pasear con mi ama, pasábame el tiempo junto a mi tía viéndola bordar y escuchando sus canciones sentado o de pie, y así me consideraba venturoso; tan impresa en mi memoria se hallan su buen humor, su dulzura y su simpático rostro, que aun me parece ver su talante, su mirada y su gesto; me acuerdo de sus cariñosas advertencias; pudiera describir su traje y su tocado,

sin olvidar aquellos dos negros rizos que adornaban, según la moda de la época, sus sienes.

Estoy seguro de que a ella debo la afición, mejor dicho, la pasión por la música, no desarrollada en mí hasta mucho después. Peseía un inmenso caudal de canciones que cantaba con dulcísima voz. La serenidad de alma de esta admirable mujer borraba toda tristeza en torno suyo. De tal modo me cautivaban sus canciones que, a más de conservar en la memoria alguna de ellas, aun hoy, que casi la he perdido, resurgen algunas por completo olvidadas desde la niñez, con encanto que vanamente trataría de explicar, a medida que voy haciéndome viejo. ¿Quién pensara que yo, anciano caduco, corroído por sufrimientos y preocupaciones, al murmurar con cascada y ya trémula voz esas canciones me echo a llorar como un chiquillo? Una de ellas, muy especialmente, ha reaparecido en mi memoria en toda su integridad por lo que a la música se refiere; pero todos mis esfuerzos para recordar toda la letra han resultado inútiles, aunque confusamente he conseguido recordar las consonantes. He aquí cómo empieza y todo lo que de la tal canción recuerdo:

Tirsis, je n'ose
ecouter ton chalumeau
sous l'ormeau,
car on en cause
déjà dans notre hameau.
. . . .
. . . . un berger
. . . . s'engager,
et toujours l'épine est sous la rose [1].

No acierto a explicarme en qué consiste el conmovedor atractivo que de esta copla se desprende, pero me es en absoluto imposible llegar al último verso sin derramar algunas lágrimas. Mil veces he sentido la comezón de escribir a París para conocer lo que no puedo recordar, dado el caso de que haya aún quien lo recuerde. Seguro estoy, empero, que una gran parte del placer que me produce el recuerdo de esta copla desaparecería al cerciorarme de que, a más de mi tía Susana, la habían cantado otras muchas personas.

---

[1] He aquí cómo se completa esta estrofa:

Un coeur s'expose
a trop s'engager
avec un berger;
et toujours l'épine est sous la rose.

La traducción española es: Tirsis, no me atrevo – a escuchar tu caramillo – bajo el olmo, – pues ya se charla – en nuestra aldea. – Un corazón se expone – si se compromete demasiado – con un pastor; – y siempre hay espinas en las rosas.–*N. del T.*

Éstas fueron las primeras emociones de mi vida: así comenzó a forjarse y exteriorizarse este mi tan tierno al par que orgulloso corazón, este mi carácter afeminado pero indomable, y que, al fluctuar de continuo entre el valor y la flaqueza, entre el abandono y la virtud, me ha puesto siempre en oposición conmigo mismo; de aquí que no haya logrado realizar ni la abstinencia, ni la sensualidad, ni la prudencia, ni la disipación.

El curso de mi educación fue interrumpido por un accidente cuyas consecuencias han influido en el resto de mi vida. Mi padre tuvo una riña con un caballero francés apellidado Gauthier y emparentado con miembros del Consejo. El tal, hombre insolente y cobardón, arrojó sangre por la nariz, y para vengarse acusó a mi padre de haber hecho uso de la espada en la ciudad, y así obtuvo un auto de prisión contra el acusado. Mi padre se obstinó en que se prendiera también, conforme a la ley, al acusador; mas como no pudiera conseguirlo prefirió salir para siempre de Ginebra antes que ceder en un asunto en que consideraba comprometidas libertad y honra.

Quedé, pues, bajo la tutela de mi tío Bernard, empleado por entonces en las fortificaciones de Ginebra. Su hija mayor había muerto y le quedaba un hijo de mi misma edad; ambos fuimos enviados a Bossey, donde ingresamos como internos en casa del pastor Lambercier, para que aprendiésemos, a más del latín, todos esos arrequives de que rodean su enseñanza y a las que dan el nombre de educación.

Mis dos años de permanencia en el pueblo suavizaron, en cierto modo, mi romana aspereza, restituyéndome a la niñez. Mientras permanecí en Ginebra, como a nada se me obligaba, me fue grato el estudio, gustábame la lectura y casi carecía de otra diversión; pero en Bossey el trabajo hizo que me aficionase a los juegos que nos servían de descanso. Era para mí tan nuevo el campo que no me cansaba de él, y tal afición hube de cobrarle que no se ha extinguido jamás. Con el recuerdo de los días felices que transcurrieron entonces he echado de menos, en todo tiempo, la vida campesina y sus placeres hasta que he satisfecho mi deseo. El señor Lambercier era un hombre de muy buen sentido; sin descuidar nuestra instrucción, nunca nos impuso temas y trabajos en abundancia. Como prueba de ello diré que, no obstante mi repugnancia a toda traba, nunca he recordado con disgusto aquellas horas de estudio, y aunque aquel hombre no me enseñó gran cosa, lo que aprendí lo aprendí bien y fácilmente y no lo he olvidado nunca.

Es inapreciable el bien que me hizo la vida campesina con su sencillez; mi corazón, gracias a ella, abrióse a la amistad. Hasta entonces sólo sentimientos elevados, pero imaginarios, hube de experimentar; el hábito de vivir juntos y en apacible vida me unió tan íntimamente a mi primo Bernard que en poco tiempo sentí por él

un cariño mucho más profundo que el que me inspirara mi hermano, cariño que no se ha amortiguado nunca. Era un muchacho alto y seco, de delicadísima condición, de corazón bondadoso, débil de cuerpo, que abusó muy poco de la predilección que merecía por ser hijo de mi tutor. Sus gustos, pasatiempos y ocupaciones eran idénticos a los míos; nos hallábamos solos, teníamos la misma edad y entrambos necesitábamos un camarada. Separarnos equivalía, hasta cierto punto, a aniquilarnos. Aunque las ocasiones para acrisolar nuestra amistad no eran frecuentes, el afecto que nos teníamos era grande, de suerte que no sólo podíamos vivir separados un instante, sino que ni tan siquiera concebíamos que pudiésemos estarlo nunca. Sensibles al más mínimo halago y serviciales cuando se nos forzaba, siempre estuvimos de acuerdo. Ante nuestros preceptores, y ello por el favoritismo de que gozaba, él era superior a mí; una vez solos, en cambio, mi ascendiente era manifiesto, lo que restablecía el equilibrio. En el estudio, cuando él balbuceaba, apuntábale la lección; concluido que había mi tema le ayudaba a terminar el suyo, y en los juegos siempre dejábase llevar de mis preferencias, más decididas que las suyas. Era tal, en fin, la armonía de nuestros caracteres, que lo mismo en Bossey que en Ginebra, durante los cinco años de vida común, jamás fue preciso, debo confesarlo, que interviniese nadie en las varias reyertas que tuvimos; nunca, empero, nuestras contiendas duraron más de un cuarto de hora, ni nos delatamos nunca. Acaso todos estos detalles resulten pueriles, pero son reveladores de algo que quizá no se haya repetido desde que hay niños en el mundo.

Tan de mi gusto era la vida que llevaba en Bossey, que hubiese bastado con prolongar mi permanencia en el pueblo para que del todo se afianzara mi carácter. Asentábase éste sobre sentimientos tiernos, afectuosos y apacibles. No creo que haya existido individuo alguno de nuestra especie con menos vanidad ingénita que yo. El entusiasmo a veces me llevaba a lo sublime, de donde pronto descendía para hundirme en mi acostumbrada languidez. Mi más impetuoso deseo consistió en ser amado de cuantos me rodeaban. Mi primo, nuestros preceptores y yo éramos de natural apacible; durante dos años completos no fui víctima ni testigo de violencia alguna; todo contribuía a fomentar las inclinaciones que le debía a la Naturaleza; nada para mí tan agradable como contentar y satisfacer a cuantas personas me trataban. Al recitar en el templo mi lección de catecismo –lo recordaré siempre– lo que más me conturbaba, en los momentos de vacilación, era la inquietud y pesadumbre que se reflejaban en el rostro de la señorita Lambercier, y ello me dolía más aún que el público bochorno de quedar mal, aunque esto me producía una extraordinaria desazón, pues si bien nunca me ha conmovido la alabanza, siempre y en muy alto punto me ha impresionado la vergüenza, pudiendo decir que el miedo a una reprimenda de la

señorita Lambercier no me atosigaba tanto como la idea de haberla disgustado.

Ella, lo mismo que su hermano, no dejaba de mostrarse severa cuando convenía; mas como nunca se conducían violentamente, su severidad, casi siempre justa, me afligía sobremanera, sin que jamás me irritase. Dolíame más desagradar que ser castigado, y una muestra de disgusto era más cruel para mí que cualquier castigo. Es preciso, aunque ello me cueste algún trabajo, resolverme a explicar esto mejor. Pronto se cambiarían los métodos que se aplican en el trato de la juventud, si se percibieran mejor los resultados remotos de esos métodos aplicados siempre sin discernimiento y a veces sin discreción. El hecho que voy a referir, tan común como funesto, nos ofrece una admirable lección y de aquí que me decida a contarlo.

El cariño que la señorita Lambercier nos profesaba, cariño propio de madre, revestíala de la autoridad materna y de ella usaba a veces para imponernos el castigo que se les daba a los niños cuando lo habíamos merecido. Durante mucho tiempo limitóse a la amenaza, antojándoseme espantosa la pena prometida, nueva completamente para mí; pero, una vez sufrida, me pareció mucho menos horrible de lo que imaginara. Y lo más extraño fue que aquel castigo vino a aumentar mi afecto hacia la que me lo impusiera, de suerte que fue necesaria mi ingénita dulzura y el verdadero afecto que la profesaba para no reincidir y procurarme, mereciéndolo, la repetición del castigo; porque había sentido en el dolor y aun en la vergüenza como una mezcla de sensualidad que más me hacía desear que temer el castigo de su mano. Cierto que había en ello una como instintiva precocidad sexual; por lo tanto, el mismo castigo aplicado por su hermano no me hubiera parecido tan deleitoso. Pero, habida cuenta de su carácter, no había que pensar en semejante sustitución, y si me abstenía de merecer el correctivo sólo era por temor de disgustar a la señorita Lambercier, pues es tal el señorío que la benevolencia ejerce sobre mí, aun aquella que tiene su fuente en mis sentidos, que siempre sujetáronse éstos a su ley en mi corazón.

Mas aunque yo, sin temerlo, procuraba evitarlo, llegó un día a repetirse el castigo y no en verdad por mi culpa; no me propuse deliberadamente merecerlo, pero debo confesar que me aproveché de la ocasión. Pero fue por segunda y última vez, porque como se percatase ella, quién sabe si por algún gesto delator, de que no lograba el fin que se proponía, declaró que renunciaba al procedimiento empleado, añadiendo que se fatigaba sobremanera. Hasta entonces habíamos dormido en su cuarto, y a veces, las noches de mucho frío, en su misma cama; dos días después fuimos trasladados a otra habitación y en lo sucesivo tuve la honra, para mí innecesaria, de ser tratado por ella como un adolescente.

¿Quién creerá que este castigo infantil, recibido a la edad de ocho años, de manos de una mujer de treinta, fue lo que decidió de

mis inclinaciones, gustos y pasiones, de mí mismo, en suma, para toda la vida y en un modo precisamente opuesto al que pudiera imaginarse? En tanto que por una parte despertábanse mis sentidos, por otra tal cauce tomaron mis deseos que se limitaron a lo que había experimentado; de suerte que, dotado de una ardorosa sensualidad desde mis tiernos años, me conservé libre de toda impureza hasta la edad en que los más lánguidos y tardíos temperamentos se desenvuelven. Atormentado mucho tiempo sin saber por qué, contemplaba con ardientes ojos las mujeres hermosas, y las representaba luego en mi fantasía con ahincamiento, imaginándolas a mi manera, esto es, convertidas en otras tantas señoritas Lambercier.

Pero esta extraña afición, siempre latente, llevada hasta la locura, incluso después de la pubertad, fue causa de que conservase las honestas costumbres que al parecer debería haberme arrebatado. Difícilmente podría hallarse otra persona cuya educación haya sido más modesta y casta que la mía. Mis tres tías no sólo atesoraban una ejemplar prudencia, sino también un recato que ya las mujeres no conocen hace mucho tiempo. Mi padre, hombre jovial, pero galante a la añeja usanza, incluso con las mujeres que más amó en su vida, nunca se servía de frase alguna que pudiera ruborizar a la más casta doncella, y no es posible un mayor esmero en el respeto que a los niños se debe del observado por mi familia en presencia mía. Iguales miramientos teníanse en casa del señor Lambercier, hasta el punto de que una criada muy buena fue despedida porque hubo de pronunciar en nuestra presencia una frase algo libre. No solamente no tuve idea clara del ayuntamiento sexual hasta la adolescencia, sino que esa confusa idea se me representó siempre en guisa odiosa y repugnante. Las prostitutas producíanme un horror que se ha conservado siempre vivo; no podía ver a un libertino sin que me inspirara menosprecio e incluso terror. Mi aversión al libertinaje era mucha desde que un día yendo a Petit Sacconex por un hondo camino vi a ambos lados sendas cavidades en las que, según me dijeron, entregábanse a sus licencias aquellas gentes. Además cuantas veces en eso pensaba acudía a mi memoria lo que en los perros viera, y este recuerdo me producía el más profundo asco.

Tales preocupaciones, hijas de la educación, suficientes de por sí para retrasar los primeros desbordamientos de un temperamento ardiente, encontraron ayuda en la desviación que me produjo, como dicho queda, el primer aguijón de la sensualidad. No imaginando sino lo que había sentido, no obstante molestísimos hervores de la sangre, mis deseos limitábanse a la especie de sensualidad que me era conocida, sin que nunca rozara con la que me habían hecho odiosa y que, sin que lo sospechara yo, tan cerca estaba de la otra. En mis estúpidos caprichos, en mis eróticos arrebatos y extravagantes acciones a que a veces éstos me empujaban servíame yo imaginaria-

mente del bello sexo sin pensar en que pudiera ofrecerme otro concurso del que yo deseaba con ardoroso ímpetu.

Fue así como, dotado de un temperamento ardiente, lascivo, precocísimo, no sólo pasé de la pubertad sin anhelar ni conocer más placeres sensuales que aquel cuya idea me sugiriera la señorita Lambercier, sino que cuando ya fui hombre, eso mismo que hubiera debido precipitarme fue causa de que me conservase sin mancilla. En vez de esfumarse con el tiempo mi antigua afición de la niñez, de tal guisa asocióse a ella la que al despertar me enseñaron los sentidos, que nunca pudo separarlas. Esta locura, unida a mi ingénita timidez, me ha impedido ser osado con las mujeres, por no poder decirlo todo o hacerlo todo, ya que esa especie de goce que era preliminar indispensable para mí no puede ni ser adivinado por la persona que acaso lo otorgara, ni usurpado por quien lo desea. Así ha transcurrido mi vida, anhelante y silencioso, junto a las personas que más he querido. No atreviéndome a declarar mi afición, entreteníala por medio de conexiones que despertaran su recuerdo en mi imaginación. Hallarme a los pies de una mujer imperiosa, cumplir sus mandatos y verme en trance de pedirle mil perdones eran placeres inefables para mí, y cuanto mayor era el impulso comunicado a mi sangre por mi ardiente imaginación, tanto más parecía un amante tímido. Semejante modo de enamorar, como pueden figurarse, debe producir mínimos resultados y poner en escaso aprieto la virtud de la amada. He conseguido, por lo tanto, muy poca cosa, aunque a mi modo, esto es, imaginariamente, no he dejado de gozar mucho. He aquí cómo mi carácter tímido, mis sentimientos y mi novelesca imaginación se pusieron de acuerdo para conservarme en mi honesta y pura manera de ser, debido ello a una pasión que acaso, y de ser yo menos vergonzoso, habríame hundido en una sima de torpes deleites.

Ya he dado el paso inicial y más difícil en el cenagoso y sombrío laberinto de mis confesiones. Lo criminal, ciertamente, no cuesta tanto confesarlo como lo ridículo y vergonzoso. Ya estoy seguro de mí. No puedo temer ahora que me falte resolución para confesarlo todo. Figúrense cuán penosas deben haber sido para mí estas revelaciones cuando nunca me pude atrever a declararle mi locura a las mujeres que más he amado, ni aun en los momentos en que, sojuzgado por la pasión, hallábame sin sentido, presa de convulsivo temblor y privado del propio dominio, ni menos implorar, en las ocasiones de más íntimo transporte, el único favor que me faltaba conseguir. Sólo una vez lo obtuve, allá en la infancia, con una niña de mi edad, y la iniciativa no partió de mí.

Remontándome a las primeras manifestaciones de mi personalidad sensible, hallo elementos que, aunque parezcan incompatibles, a veces han contribuido, no obstante y de enérgica manera, a la formación de un todo simple y uniforme, y hallo también otros que

podrían tenerse por idénticos y que debido a las circunstancias han dado lugar a combinaciones tan diversas que nunca habríase sospechado que existiese entre ellos relación alguna. Por ejemplo: ¿quién creería que uno de los más varoniles móviles de mi alma estuviese templado en la misma corriente que introdujo en mi alma la molicie y la lujuria? Sin apartarme del asunto que acabo de tratar se va a ver surgir de él una impresión del todo distinta.

Hallábame un día solo estudiando mi lección en una estancia contigua a la cocina. La criada había puesto sobre la chimenea, para que se secasen, los peines de la señorita Lambercier, y cuando presentóse a recogerlos vio que uno de ellos, por un lado, tenía rotas todas las púas. ¿Quién pudo romperlas? En el cuarto sólo había entrado yo. Me interrogan y niego haber tocado el peine. Mi preceptor y su hermana incítanme a que confiese mi culpa, me excitan y me amenazan, pero yo insisto en mi negativa. La convicción de los hermanos era harto profunda y mis protestas resultaron inútiles, si bien por vez primera hallaron en mí una tan grande osadía. El caso fue tomado muy en serio, porque la mentira y la terquedad merecían un castigo. No fue entonces la señorita Lambercier la encargada de castigarme. Escribieron a mi tío Bernard y éste se presentó. Mi pobre primo estaba acusado de otra falta no menos grave que la mía y los dos sufrimos idéntico y atroz tratamiento. De intentar ahogar para siempre mis instintos depravados, buscando en el mal mismo su remedio, no hubieran podido hacerlo mejor. Luego dejáronme en paz por mucho tiempo.

En modo alguno consiguieron arrancarme la confesión deseada. Estrechado varias veces cansáronse de torturarme horriblemente. Pero fui inflexible. La muerte misma no me hubiera hecho variar; estaba resuelto a ello. La fuerza misma tuvo que ceder ante la endiablada terquedad de un chico, que de tal calificaban mi constancia. De esta cruel prueba, a la postre, salí destrozado, pero victorioso.

Han transcurrido unos cincuenta años y no he de sufrir ya por aquel hecho castigo alguno. Pues bien, ante el cielo declaro que era inocente, que no rompí el peine, que no me acerqué a él, que no se me ocurrió siquiera. No me pregunten cómo pudo romperse; ni lo sé ni me lo explico; de lo que estoy seguro es de mi inocencia.

Figúrense ahora un carácter tímido y dócil en el vivir cotidiano, pero indomable y altivo en sus pasiones; un niño encauzado siempre por la voz de la razón, tratado de continuo con dulzura, equidad y benevolencia, ajeno aun a la idea de injusticia, víctima de ella por primera vez y en modo cruelísimo y precisamente por parte de las personas a quienes más ama y respeta. ¡Qué trastrueque en las ideas! ¡Qué trastorno en los sentimientos! ¡Qué desorden tan grande en su corazón, en su cerebro, en todo su ser inteligente y moral! Digo que se figuren esto, a ser posible, porque no me siento capaci-

tado para discernir y examinar el más leve vestigio de cuanto por mí pasó en aquel trance.

Aún carecía del suficiente conocimiento para percatarme de cuán en contra mía estaban las apariencias, ni para ponerme en el lugar de los demás. Manteníame en el mío y sólo sentía el rigor de la espantosa pena que un delito no cometido me acarreó. Aunque intenso, el sufrimiento corporal érame indiferente. La indignación, la ira, la desesperación: he aquí lo que me torturaba. Mi primo, que se encontraba en caso semejante al mío, esto es, castigado por una falta involuntaria que por premeditada se tuvo, irritábase y enfurecíase y se ponía, por decirlo así, a tono conmigo. Juntos en la misma cama nos abrazábamos sofocados y convulsos, e incorporándonos cuando nuestros infantiles corazones nos proporcionaban una tregua para desahogar la cólera que los henchía, repetíamos con todas nuestras fuerzas: *carnifex, carnifex, carnifex.*

Aún ahora, al relatarlo, siento arder mi sangre; aunque viviese mil años no se borrarían nunca de mi memoria aquellos momentos. Tan por lo profundo quedó grabada en mi mente aquella primera impresión de violencia e injusticia, que las ideas similares me producían aquella emoción; y este sentimiento, que sólo a mí me atañía en su origen, ha tomado tal consistencia en sí mismo, desprendiéndose de todo interés personal, que mi corazón se inflama en presencia o al simple relato de cualquier acto injusto, sea cual fuere el sujeto paciente y el lugar donde se cometa, como si a mí mismo me perjudicara. Cuando leo las crueldades de un feroz tirano, las sutiles falacias de un cura trapacero, acudiría de muy gustosa gana a hundir un puñal en su pecho ruin, aunque ello una y mil veces me costase la vida. Con frecuencia he sudado a mares persiguiendo a la carrera o a pedradas a un gallo, a una vaca, a un perro, a un animal cualquiera que, sólo por sentirse más fuerte, atormentaba a otro. Quizá este arranque sea ingénito a mi naturaleza y así lo creo; pero durante tan largo tiempo estuvo enlazado al recuerdo de la primera injusticia sufrida, que ésta debe haber contribuido a arraigarlo en mi alma.

Allí acabó la paz de mi niñez y el deleite de una pura felicidad; aún hoy siento que allí se encuentra el límite de los gratos recuerdos infantiles. En Bossey permanecimos aún algunos meses, a la manera como nos representan al primer hombre en el paraíso terrenal aún, pero sin gozar ya de él; todo en la apariencia parecía lo mismo, mas en lo profundo habíase trastrocado todo. El cariño, el respeto, la confianza, cuantos lazos unían a los discípulos con sus maestros habían quedado rotos; ya no veíamos en ellos a dos seres superiores que leían en nuestras almas; ya no temíamos tanto el obrar mal como el ser descubiertos y ya comenzábamos a disimular, a mentir y a rebelarnos. Corrompían nuestra inocencia y afeaban nuestros juegos cuantos vicios pueden tenerse en tal edad. Incluso el campo despojóse para nosotros de ese sencillo y apacible carácter atractivo

del corazón; parecíanos fosco y vacío, como cubierto por un cielo que ocultaba a nuestros ojos toda su belleza. Dejamos de cuidar nuestras plantas y flores. Ya no escarbábamos en la tierra ni lanzábamos, al descubrir el germen de la semilla sembrada, voces de júbilo. Aquella vida nos disgustaba. Y nosotros disgustábamos también a los demás. A la postre mi tío nos sacó de allí; abandonamos a los hermanos Lambercier sin sentir la separación y hartos ya unos de otros.

Treinta años han transcurrido desde que salimos de Bossey, sin que durante ese tiempo me haya parecido grata, al recordarla, la estancia allí; pasada la edad madura y con rumbo hacia la vejez, esos recuerdos, empero, renacen a medida que los demás desaparecen; se fijan en mi memoria con caracteres cuya fuerza y encanto de día en día aumentan, como si al sentir que la vida se me escapa quisiera recobrarla desde su origen. El recuerdo de hechos insignificantes de aquella época, sólo por ser de aquella época me complace. Rememoro todas las circunstancias atañederas a lugares, personas y momentos. Imagínome ver a la muchacha y al criado brujulear por la estancia, a una golondrina penetrar por la ventana, a la mosca que, a punto de dar yo la lección, se posa en mi mano. Veo, asimismo, el ajuar completo de nuestras habitaciones; a la derecha, el despacho del señor Lambercier, en el que llamaban la atención una estampa con el retrato de los Papas, un barómetro, un enorme almanaque y las frambuesas del jardín a un nivel mayor que el cuarto, y cuyas ramas daban sombra a la ventana, penetrando en ella algunas veces. Demasiado sé que todo esto le importa muy poco al lector, pero siento la necesidad de contárselo. Contaría todas las menudencias de aquella venturosa edad, cuyo recuerdo me estremece de placer, si a tanto me atreviera; son cinco o seis anécdotas sobre todo... Una transacción: pasaré por alto cinco de ellas, si me es permitido extenderme en el relato de una, para alargar mi goce.

Si sólo me propusiera distraer al lector citaría la del trasero de la señorita Lambercier, que se cayó en el prado, con tan mala fortuna, a presencia del rey de Cerdeña, que puso de manifiesto más de lo que ella hubiese querido; pero lo del nogal de la terraza es más entretenido, para mí que fui actor de ella, mientras que de la voltereta fui simple espectador, y aun debo añadir que este incidente, aunque cómico, me hizo muy poca gracia, por recaer en persona a la que tanto quería, más, tal vez, de lo que se quiere a una madre.

¡Oh lectores impacientes por conocer la gran historia del nogal de la terraza, escuchad la horrible tragedia y absteneos de temblar si podéis!

Del lado afuera de la puerta del patio había, a mano izquierda, una terraza a la que frecuentemente, después de la comida, acudíamos para pasar un rato, aunque no hubiese allí nada que la resguardara de los rayos solares, hasta que nuestro preceptor se decidió

a plantar un nogal. Esta operación se hizo con toda solemnidad: los dos pensionistas fuimos los padrinos, y mientras rellenaban el hoyo nosotros sosteníamos el árbol y entonábamos cantos triunfales. A fin de regarlo se hizo una hondonada en torno del tronco. Mi primo y yo, entusiastas espectadores de aquel riego, adquirimos cada vez más la certidumbre de que era más hermoso plantar un árbol en la terraza que una bandera en la lucha del enemigo, y resolvimos, en consecuencia, proporcionarnos, sin ajena ayuda, esta gloria.

Cortamos con tal fin la rama de un sauce joven y la plantamos a unos ocho o diez pasos del soberbio nogal, sin olvidarnos de cavar al pie del arbolillo la correspondiente socava para facilitar el riego. Mas ¿cómo llenarla?, porque sólo había agua en sitio muy distante de allí y no nos permitían ir por ella. Nuestro sauce, empero, la necesitaba imprescindiblemente. Durante algunos días, merced a un sinnúmero de ardides, nos la pudimos proporcionar, y tan feliz resultado obtuvimos que a poco aparecieron yemas y hojitas, cuyo crecimiento medíamos y espiábamos a cada instante, convencidos de que no tardaríamos en cobijarnos bajo su sombra, aunque apenas si el arbolillo se levantaba un palmo del suelo.

Como nuestro árbol nos preocupaba de manera tal que ni estudiábamos ni éramos capaces de la menor aplicación y nos sentíamos como locos, sin saber la causa de ello, nos acortaron las riendas. Así, viendo acercarse el momento en que no podríamos disponer del agua necesaria, afligiónos la idea de ver morir de sed a nuestro árbol. Al fin, la necesidad, madre de la industria, nos sugirió un artificio para librarle a él y a nosotros de una muerte segura. Consistió ello en construir un soterrado canalillo que, arrancando del nogal, llevara a nuestro sauce parte del líquido que para aquél servía. La empresa en un principio no dio buen resultado porque nos equivocamos en el declive; el agua no corría; desmoronábase la tierra y obstruía el canal. La boca se taponaba de barro y desbaratábase todo. No nos arredramos, sin embargo. *Labor omnia vincit improbus.* Hicimos más profundo el hoyo y la reguera; sacamos de unas cajas unas tablillas, y colocándolas horizontalmente unas y otras encima y en forma de ángulo construimos un canal triangular. En la boca, y a guisa de reja o emparrillado, pusimos unos palitos para que contuviesen el barro y dejaran pasar el agua. Después, con bien apisonada tierra, cubrimos nuestra obra, y el día que estuvo todo dispuesto aguardamos, llenos de ansiedad y esperanza, el riego del nogal. Llegó al fin la hora tras un siglo de impaciente espera. El señor Lambercier, como de costumbre, acudió a presenciar el acto y nosotros permanecimos detrás de él para que no viera nuestro sauce, al que afortunadamente daba la espalda.

No hicieron mas que vaciar en el hoyo del nogal el primer cubo de agua cuando la vimos acudir al nuestro. Perdimos en tal punto la serenidad y prorrumpimos en gritos de júbilo que llamaron la aten-

ción del señor Lambercier. Fue una lástima, porque éste, por su parte, vista la pronta absorción del líquido, celebraba la buena calidad de la tierra. Pero sorprendido de que el agua se dividiera en dos partes, lanza él también unas exclamaciones, observa, descubre la artimaña, y apoderándose bruscamente de un azadón hunde de un golpe nuestro canal, hace saltar dos o tres astillas, gritando a voz en cuello: *¡Un acueducto! ¡Un acueducto!*, y golpea acá y allá despiadadamente. Cada golpazo iba a dar en nuestros corazones. Conducto, tablillas, hoyo, sauce, todo quedó destruido en un momento, sin que durante tan horrible estrago se oyera mas que esta exclamación, incesantemente repetida: *¡Un acueducto! ¡Un acueducto!*

Alguien creerá que esta aventura tuvo para los infantiles arquitectos un fin desastroso; nada de eso; todo acabó allí. El señor Lambercier no nos riñó una vez siquiera, ni nos puso mala cara, ni dijo una palabra más sobre el asunto, e incluso algo después, hallándose con su hermana, le oímos reírse a más no poder, pues su risa oíase desde lejos; y es lo particular del caso que, pasada la primera impresión, nos sentimos sobremanera desconsolados. Plantamos un nuevo árbol en otro sitio, y con frecuencia, recordando la catástrofe del primero, repetíamos con énfasis la exclamación: *¡Un acueducto! ¡Un acueducto!* Hasta entonces había tenido arrebatos de orgullo al sentirme Arístides o Bruto; en aquel trance experimenté el primer movimiento de bien determinada vanidad. Haber construido un acueducto con nuestras propias manos, haber puesto en competencia un gran árbol con una débil rama antojábaseme el colmo de la gloria. A la edad de diez años, y sobre este punto, juzgaba mejor que César a los treinta.

Tan fija ha permanecido o reaparecido en mi memoria la idea de aquel nogal y de la historieta con él relacionada, que uno de los más deliciosos motivos que a Ginebra me llevaron en 1754 fue el de ir a Bossey para visitar los monumentos de mis juegos infantiles, y sobre todo el amado nogal, que a la sazón contaría ya un tercio de siglo. Pero tal asedio sufrí y tan sin tiempo disponible que no pude realizar mi anhelo. Ya no es probable que se me ofrezca nueva ocasión de visitar aquellas tierras; sin embargo, aún abrigo este deseo y todavía no he perdido la esperanza, y casi seguro estoy de que si alguna vez lograra volver de nuevo por aquellos queridos lugares regaría con mis lágrimas, de encontrarlo, a mi amado nogal.

Habiendo regresado a Ginebra, permanecí en casa de mi tío tres o cuatro años, en tanto resolvían lo que se había de hacer conmigo. Como trataba de que su hijo fuese ingeniero, hízole aprender nociones de dibujo y los Elementos de Euclides. Yo, por acompañarle, estudiaba lo mismo y me aficioné a ello, sobre todo al dibujo. En el ínterin deliberaban si me dedicarían a relojero, a procurador o a ministro del culto. Esto me era más agradable, porque el predicar parecíame bella cosa; mas la parte que me tocaba y que debía com-

partir con mi hermano de la exigua renta materna era insuficiente para costear mis estudios. Como, por otro lado, mi corta edad no exigía una pronta resolución, proseguí en casa de mi tío, casi perdiendo el tiempo y sin dejar de pagar una pensión bastante cara.

Era mi tío jovial como mi padre, pero sin la bella cualidad de éste, que se complacía en cumplir con sus deberes; por ello se cuidaba poquísimo de nosotros. Mi tía era una beata un poco pietista y más amiga de entonar salmos que de atender a nuestra educación. Nos dejaban, si bien nunca abusamos de ella, en la más completa libertad. Siempre juntos, nuestra compañía nos bastaba, y como no sentíamos el deseo de frecuentar el trato de los chicos de nuestra edad, no adquirimos ninguna de las malas costumbres que podían originarse de nuestra ociosidad. Pero hago mal en decir esto, porque no fuimos ociosos, y es lo más particular que los varios entretenimientos que sucesivamente nos apasionaron nos mantuvieron ocupados dentro de casa, sin que tan siquiera se nos ocurriese salir a la calle. Fabricábamos jaulas, plantas, volantes, tambores, casitas, ballestas y tacos. Estropeábamos las herramientas de mi anciano abuelo para construir, al igual de él, relojes. Lo que nos deleitaba más era embadurnar papel, dibujar, iluminar, lavar y malgastar colores. Un día fuimos a ver a un titiritero italiano llamado Gamba-Corta, que presentó en Ginebra; como nos desagradara no volvimos más, pero al punto nos dedicamos a imitar sus títeres, que consistían en unas como comedias; también nosotros las compusimos para los nuestros. Faltos de aparatos, imitábamos con la garganta la voz del polichinela para dar aquellas deliciosas representaciones a las que tenían la paciencia de asistir nuestros buenos padres. Mas un día que mi tío Bernard leyó un magnífico sermón suyo quedaron arrinconados los muñecos, porque nos dimos a enjaretar sermones. Todos estos detalles sin duda tienen escaso interés, pero muy a las claras prueban que nuestra primera educación debió llevar muy buen camino, para que casi por entero dueños de nosotros mismos en tan tierna edad nos sintiésemos poco inclinados al abuso. Importábanos tan poco tener compañeros, que incluso evitábamos las ocasiones de adquirirlos. Cuantas veces salíamos de paseo veíamos al pasar sus juegos sin codicia ni deseo de mezclarnos con ellos. Tan cumplidamente llenaba la amistad nuestros corazones que bastábanos permanecer juntos para descubrir en los más ínfimos goces el colmo de la felicidad.

El que no nos separáramos nunca comenzó a llamar la atención, tanto más cuanto que formábamos una extraña pareja, pues mi primo era muy alto y yo muy pequeño. Su enjuto y alargado rostro —cara de manzana cocida—, su ademán lacio y su indolente andar eran acuciadores motivos para las burlas de los muchachos. Llamábanle, en el lenguaje del país, *Barná Bredanná*, y cuantas veces salíamos oíamos a nuestro alrededor, con insistencia repetido, aquel

Barná Bredanná. El sufríalo con paciencia; yo, incomodándome, pretendía pelearme. No buscaban los perillanes otra cosa. Pegué y me pegaron; me quiso ayudar mi pobre primo, mas era demasiado endeble y le tumbaban de un puñetazo, lo que me enfurecía hasta la exasperación. A pesar de que me llevé una buena serie de porrazos, no era a mí, sino a *Barná Bredanná,* al que buscaban; mas hasta tal punto empeoré la cosa con mi agresividad que ya sólo nos atrevimos a salir durante las horas de clase, temerosos de que los escolares nos silbaran y persiguieran.

Y heme convertido en desfacedor de agravios. Sólo me faltaba, para ser un paladín completo, una dama, y tuve dos. Iba yo de vez en vez a ver a mi padre a Nyán, pequeña ciudad del territorio de Vand, donde se había establecido. Teníanle allí en mucho aprecio, y este aprecio alcanzaba también a su hijo; de suerte que durante mi breve estancia era obsequiado a más y mejor. Una tal señora Vulson, sobre todo, hacíame mil caricias, y para colmo, su hija me convirtió en su novio. Ya se ve lo que es un galán de once años para una joven de veintidós; pero a todas estas bribonzuelas ¡les gusta tanto poner por delante pequeños muñecos para encubrir a los grandes o para excitarles con un simulacro cuyos atractivos tan a fondo conocen! Sin percatarme de la discordancia tomé la cosa por lo serio y me abandoné con todo mi corazón, o mejor dicho con toda mi cabeza, porque mi amor era de este género, aunque rayase en locura y aunque mis arrebatos, trastornos y delirios originasen escenas en las que había para reventar de risa.

Dos muy diversos modos de amar conozco y ambos verdaderos, entre los cuales nada de común existe, aunque en igual grado vehementes, y que en nada se asemejan a la tierna amistad. Entre estas dos suertes de amores se ha deslizado mi vida e incluso los he sentido a un mismo tiempo; así, por ejemplo, en esta época de que hablo, al par que me señoreaba de la señorita de Vulson de tan pública y tiránica manera que ni siquiera sufría que la hablase cualquier otro, tenía entrevistas con la linda señorita Gotón, las cuales, aunque breves, eran animadísimas, si bien se reducían a que ella representase el papel de maestra de escuela, y nada más; pero este «nada más», que lo era todo para mí, antojábaseme la más grande ventura, y presintiendo ya el valor de lo misterioso, aunque no acertaba a sacar de ello más que un provecho pueril, devolvía a la señorita Vulson, sin que ella lo sospechase, la buena maña de que se valía para hacerme encubridor de otros amores. Pero muy a mi pesar hubo de descubrirse el secreto, o acaso mi pequeña maestra de escuela no fue tan reservada como yo, porque a poco nos separaron.

¡Qué extraña era aquella niña! Tenía, sin ser bella, un rostro que no se podía fácilmente olvidar. Aún lo recuerdo, acaso demasiado a menudo para un hombre tan viejo como yo. Ni su estatura, ni su talante, ni especialmente sus ojos, eran propios de su edad; tenía un

gesto en cierto modo imperioso o imponente que íbale pintiparado a su papel, cuya idea nos había sugerido. Pero lo más extraño era una mezcla de audacia y modestia incomprensibles. Permitíase conmigo las mayores libertades, pero sin dejar que me las tomara con ella; me trataba como a niño, lo que me hace sospechar que no era ya una niña, o que, por contra, lo era bastante aún para no ver más que un simple juego en el peligro a que se exponía.

Yo pertenecía por completo a cada una de aquellas dos personas de tal suerte que nunca hallándome ante la una ocurríaseme pensar en la otra. Por lo demás, el afecto que me inspiraban era en un todo diferente. Hubiera pasado toda mi vida junto a la señorita Vulson, sin pensar nunca en dejarla; pero en su presencia sentía un apacible deleite que jamás llegaba a la emoción. Adorábala en sociedad, a la vista de todos; las chanzonetas, los melindres, e incluso las mismas rivalidades, me atraían e interesaban; hallábame radiante con mi triunfo sobre los rivales mayores a quienes parecía producir enojos. Sentíame desasosegado, pero este tormento me complacía. Los aplausos, las excitaciones y las bromas me enardecían y animaban; tenía arranques y agudezas y me sentía completamente arrebatado de amor cuando me hallaba en sociedad; a solas hubiérame sentido tímido, lánguido e incluso molesto. No obstante, me interesaba tiernamente por ella; cuando estaba enferma, yo sufría; hubiera dado mi salud por conservar la suya, y no se olvide que ya sabía por experiencia qué cosa era la salud y qué la enfermedad. Lejos de ella, perseguíame su recuerdo y la echaba de menos; a su lado, sus halagos conmovían mi corazón, mas no mis sentidos. Nuestra familiaridad no era peligrosa, porque mi imaginación no pedía más de lo que buenamente se le concedía; sin embargo, no me hubiese sido posible aguantar el verla otorgar otro tanto a cualquier otro. La quería como un hermano, pero mostrábame celoso como un amante.

De la señorita Gotón lo habría estado como un turco, como un furioso, como un tigre, de imaginarme tan siquiera que pudiese otorgar a otro el mismo favor que a mí, pues era una merced que debía implorar de rodillas. Me presentaba a la señorita de Vulson lleno de placer, pero sin turbarme; en cambio, la sola vista de la señorita Gotón me trastornaba, desconcertándome por completo. Con la primera, sin llegar a la intimidad, tenía franqueza; ante la segunda mostrábame tan tembloroso como agitado, incluso en los momentos de familiaridad mayor. De seguir junto a ella mucho tiempo creo que hubiera muerto irremediablemente, ahogado por mis palpitaciones. Temía, en modo igual, enojarlas, pero con la una era más complaciente y más obediente con la otra. Por nada del mundo hubiera querido incomodar a la de Vulson; pero si a la de Gotón se le hubiera ocurrido ordenarme que me arrojara al fuego, creo que al punto lo hubiera hecho.

Duraron poco tiempo, felizmente para ella y para mí, mis amores, o mejor dicho, mis entrevistas con la última, y si bien mis relaciones con la de Vulson no eran tan temibles, tras de prolongarse algún tiempo más, terminaron al fin con una catástrofe. Fácil era prever que el desenlace de todo aquello tendría un carácter novelesco, dando lugar a lamentaciones. Aunque mi trato con la de Vulson fuese menos animado era quizá más atractivo: cuantas veces nos separábamos el derrame de lágrimas se imponía, y es de notar el horrible vacío que en mi corazón quedaba después de la separación. Sólo de ella me era dado hablar y sólo en ella pensaba. Mi pesadumbre era sincerísima, aunque en el fondo, y sin que de ello me diese cuenta, creo que en aquel heroico sentimiento había una gran parte para las diversiones que animaba con su presencia. Para templar el rigor de la separación nos escribíamos cartas patéticas que hubieran ablandado a las piedras. Cúpome la gloria, al fin, de que ella, no pudiendo resistir por más tiempo, se presentara en Ginebra, con lo que acabé de volverme loco; los días que permaneció con nosotros me sentí ebrio de dicha. Cuando se fue quise lanzarme al agua en su seguimiento y atroné al espacio con mis gritos. Ocho días más tarde me envió dulces y unos guantes, lo que me hubiera parecido una sutil delicadeza de no enterarme al propio tiempo que había contraído matrimonio y que el viaje en cuestión, con que tuvo la amabilidad de honrarme, hubo de hacerlo para comprar el traje de boda. No describiré mi rabia; es fácilmente concebible. En mi noble despechó juré no verla más, no encontrando mayor castigo para ella; pero ella siguió viviendo tranquila, pues veinte años después, paseándome por el lago con mi padre, al que fui a hacer una visita, pregunté quiénes eran unas señoras que se hallaban en una barca no lejos de la nuestra: «¡Hombre! –replicó mi padre sonriendo–, ¿no te lo dice el corazón? Es tu antigua adorada: la señora de Cristín, la señorita de Vulson.» Me estremecí al escuchar este nombre, ya casi olvidado, y ordené a los remeros que cambiaran de rumbo, considerando que, aunque estaba en la mejor situación para tomarme el desquite, no valía la pena ser perjuro y reproducir con una mujer de cuarenta años una querella de los veinte.

1723-1728.–Antes de decidir cuál había de ser mi destino perdíase el más precioso tiempo en tales frivolidades. Tuvieron lugar prolongadas deliberaciones, a fin de dedicarme a lo que más en consonancia estuviese con mi naturaleza, y, decidiéndose por lo que menos me convenía, acordaron meterme en casa del señor Masseron, escribano de la ciudad, para que, como decía mi tío, aprendiera el arte útil de los picapleitos. Me repugnaba este nombre sobremanera. La esperanza de ganar dinero por medio de una innoble ocupación no iba bien con mi altivo carácter; aquella ocupación se me antojaba enojosa e inaguantable; la asiduidad y la sujeción acabáronme de desalentar, y de aquí que fuese a la oficina con

un sentimiento de repugnancia profundo, que aumentaba cada día. El señor Masseron, por otra parte, descontento de mí, me trataba despreciativamente, echándome en cara mi indolencia y estolidez, repitiéndome a cada momento que mi tío le había asegurado *que yo sabía, que yo sabía,* cuando en realidad no sabía nada; prometióle llevarle un chico listo y le llevó un burro. Fui a la postre ignominiosamente despedido de la escribanía por inepto, y los amanuenses declararon que yo sólo servía para manejar la lima.

Resuelta de esta guisa mi vocación hiciéronme aprendiz, no de relojero, sino de grabador. Hubo de humillarme hasta tal punto el desdén del escribano que obedecí sin murmurar. Mi maestro, el señor Ducammun, era un joven tosco y violento que en poco tiempo logró empañar el radiante recuerdo de mi niñez y embrutecer mi avispado y cariñoso carácter, reduciéndome, tanto en lo intelectual como en lo económico, a mi verdadera condición de aprendiz. Fui dando al olvido mi latín, mis antigüedades y mi historia. Ni siquiera recordaba ya que hubiesen existido en el mundo romanos. Cuando visitaba a mi padre éste no hallaba en mí a su ídolo; tampoco aquellas gentes teníanme ya por el galante Juan Jacobo, y yo mismo, percatándome de que los hermanos Lambercier no reconocerían en mí a su antiguo discípulo, me avergonzaba de que me viesen, y desde entonces dejé de verles. Los más bajos gustos y la más ruin desvergüenza suplantaron a mis delicados entretenimientos, de los que ni siquiera me acordaba. Acaso fuera yo propenso a corromperme, porque el tal cambio se operó en muy poco tiempo. Jamás convirtióse en César precoz tan pronto en un Laridón.

Aquel oficio no me desagradaba en absoluto, porque me atraía mucho el dibujo y el manejo del buril; además parecióme muy entretenido, y como el grabado para la relojería no requiere grandes talentos acaricié la esperanza de perfeccionarme en él, lo que lograra acaso si la brutalidad de mi patrono y la carencia de recursos no me hubieran hecho aborrecer el trabajo. A escondidas dedicábame a otros quehaceres del mismo género, pero con el atractivo de la independencia, como grabar medallas que nos servían a mis compañeros y a mí como de una Orden de Caballería; en esta faena de contrabando fui sorprendido por el patrono, que me molió a golpes diciendo –las medallas tenían las armas de la República– que hacía moneda falsa. Puedo jurar que no tenía conocimiento alguno de la moneda falsa ni casi casi de la corriente. Sabía mucho mejor cómo se hacía un as romano que nuestras monedas de tres sueldos.

La tiránica conducta de aquel hombre acabó por hacerme aborrecible un trabajo al que me hubiera aficionado y por llenarme de vicios –la mentira, la holgazanería, el robo– habría aborrecido. Nada me ha proporcionado una tan clara idea de la diferencia existente entre la dependencia filial y la esclavitud servil como el recuerdo de los cambios que en mí entonces se operaron. Natural-

mente tímido y vergonzoso, de ningún defecto hallábame más lejos que de la desvergüenza; pero había disfrutado de una prudente libertad, que hubo de irse aminorando poco a poco hasta desvanecerse por completo. En el hogar paterno fui atrevido; libre, en casa de los Lambercier; discreto, en la de mi tío; temeroso, en la de mi patrono, y a partir de entonces convertíme en un perdido. Habituado, en cuanto a la clase de vida, a una absoluta igualdad con mis superiores, a no ver una diversión que me fuese vedada ni un manjar del que no participase, a no tener que ocultar deseo alguno, y, en fin, a llevar el alma en los labios, júzguese lo que sería yo en una casa donde ni a despegarlos me atrevía tan siquiera; donde era preciso abandonar la mesa antes de que la comida terminase y salir del cuarto apenas había acabado de hacer lo que tenía que hacer; donde, incesantemente sujeto al trabajo, tan sólo veía satisfacciones para los demás y privaciones para mí; donde la idea de la libertad de mi patrono y de mis camaradas aumentaba el peso de mi esclavitud; donde no me era dado intervenir cuando discutían cosas que yo conocía mejor que ellos; donde, por último, codiciaba cuanto veía, porque me veía privado de todo. Adiós, alegría y bienestar; adiós, felices ocurrencias, que tan a menudo, en tiempos mejores, me valieron el perdón de algún castigo. No puedo recordar sin reírme que un día en la casa paterna, como me condenaran por no sé qué travesura a acostarme sin comer, al pasar por la cocina con un triste pedazo de pan olí y miré el asado en el asador. Hallábanse todos en torno del fuego y debía acercarme para dar las buenas noches; una vez que me hube despedido de todos, mirando de soslayo al asado que tan buen aspecto tenía y que olía tan bien, no pude por menos que inclinarme ante él al par que decía con quejumbroso acento: *¡Adiós, asado!* Hízoles tanta gracia esta candorosa salida que me perdonaron y permitieron que me quedara. Posiblemente hubiese obtenido igual éxito en casa de mi patrono, pero es seguro que en ella no se me ocurriera, o que, de ocurrírseme, no me atreviese a exteriorizarla.

De este modo aprendí a codiciar en silencio, a disimular y a mentir, a ser, en suma, solapado e incluso ratero, cosa ésta que nunca me asaltó y de la que luego no pude librarme en absoluto. Impotencia y codicia conducen siempre a esto. De aquí que sean bribones todos los criados y de aquí que los aprendices deban serlo también; pero éstos pierden más adelante las vergonzosas inclinaciones adquiridas, porque alcanzan un estado de apacible igualdad en el que encuentran a su disposición cuanto ven. Mi suerte no llegó a tanto y por eso tampoco alcancé dicho resultado.

El primer paso hacia el mal suelen darlo casi siempre los niños por mala dirección de sentimientos buenos. No obstante todas las privaciones y tentaciones continuas, más de un año hacía que hallábame en casa de mi patrono sin que me hubiera resuelto a tomar

nada, ni aun cosas de comer. Mi primer hurto fue cosa de complacencia y sirvió de introducción a muchos otros, cuya finalidad no era tan loable.

En el taller de mi patrón había un oficial llamado Verrat; vivía éste al lado, en una casa con huerto, donde se criaban unos espárragos magníficos. Verrat, que andaba escaso de dinero, sintió deseos de robar algunos espárragos primerizos a su madre para organizar un almuerzo agradable; mas como no quería exponerse y no era muy ágil que digamos, escogióme a mí para la empresa. Tras de unas zalamerías iniciales, que me engañaron, tanto más cuanto que no adivinaba su propósito, hízome la propuesta como si acabara de ocurrírsele. Me negué, insistió, y como nunca supe sobreponerme a las caricias, a la postre hube de rendirme. Todas las mañanas apoderábame de los espárragos mejores y los llevaba a Malard, y allí, una mujer cualquiera, comprendiendo que procedían de un hurto, echábamelo en cara para conseguirlos a más bajo precio. Asustado, tomaba lo que querían darme por ellos y se lo entregaba a Verrat y éste organizaba la merienda en seguida, engullándosela con otro compañero y contentándome yo, no obstante debérseme a mí, con las sobras, sin tan siquiera catar el vino.

Este manejo se repitió varios días, sin que se me ocurriera robar al ladrón, cobrando de esta suerte el diezmo del producto. Realizaba la picardía fidelísimamente y sin otra mira que la de agradar al que me incitaba a cometerla, y sin embargo, si me hubieran cogido, ¡qué de golpes, injurias y malos tratos no sufriera!, mientras que el miserable, desmintiéndome, se habría hecho creer bajo su palabra y logrado que me castigaran, ya que él era oficial y yo simple aprendiz, por tratar de disculparme con él. He aquí cómo en todas las épocas el poderoso escapa a expensas del débil inocente.

De esta guisa hube de percatarme de que el robo no era cosa tan terrible como me imaginara, y tal partido saqué a poco de mi descubrimiento que no había cosa segura a mi alcance si la codiciaba. En casa de mi patrón no comía del todo mal y la sobriedad sólo me era enojosa al ver que los demás la practicaban escasamente. La costumbre de echar a los niños de la mesa en el preciso momento de aparecer lo que más les seduce antojóseme el procedimiento mejor para hacerles tan bribones como golosos. De ambas cosas tuve a un mismo tiempo. Con frecuencia íbame muy bien, pero malísimamente cuando me sorprendían.

Tiemblo y río al par recordando una caza de manzanas que hubo de costarme carísima. Hallábanse ocultas en el fondo de una despensa que recibía la luz de la cocina a través de una reja bastante alta. Un día, como me viera solo, me encaramé para contemplar, en aquel jardín de las Hespérides, el sabroso fruto que no me era dado tocar. Fui en busca del asador para ver si podría alcanzar, pero era corto. Lo alargué empalmándolo con otro más pequeño que servía

para la caza menuda, a la que mi patrono era aficionado. Hice sin provecho unas cuantas probaturas, hasta que al fin, lleno de júbilo, logré alcanzar una manzana. Comienzo a tirar con cuidado; consigo que la manzana llegue a la reja; ya la tengo al alcance de la mano, mas era tan grande –¡oh dolor!– que no podía pasar por los hierros. ¡De cuántas artimañas me valí para cogerla! Tuve que buscar algo para mantener fijo el asador, un cuchillo bastante grande para partir la manzana y una pala para sostenerla. Logré al fin, a fuerza de maña y tiempo, dividirla y sacar los trozos uno a uno. Pero aún no había terminado de separar los trozos cuando cayeron dentro de la despensa. ¡Conduélete de mi desgracia, lector compasivo!

No por esto me descorazoné, pero había perdido mucho tiempo, y temiendo que me sorprendieran dejé para el siguiente día el probar nuevamente fortuna, volviendo a mi trabajo como si nada hubiese hecho y sin pensar en los indiscretos y acusadores testigos que en la despensa quedaban.

Al día siguiente, aprovechando una oportunidad, puse en práctica un nuevo ensayo.

Me encaramo en mi caballete, alargo el asador y lo sujeto; hallábame a punto de coger la manzana... El dragón, desgraciadamente, no dormía. De súbito se abre la despensa, surge mi patrono, cruza los brazos, me mira y dice: «¡Adelante!...» Se me cae la pluma de la mano.

En fuerza de sufrir malos tratos no tardé en hacerme menos sensible; parecíanme como compensaciones del robo, que me daban pretexto para proseguir. En vez de mirar a la zaga para enfrontarme con la pena, miraba al frente para atisbar la venganza. Creía que al tratarme como a un granuja me autorizaban para serlo. Veía que robo y castigo iban de la mano; tocábame a mí cumplir mi cometido, que lo demás quedaba a cargo de mi patrono. Discurriendo de esta suerte me dediqué al robo con más tranquilidad que antes. Decíame para mis adentros: «¿Qué puede ocurrir? ¿Que me den una paliza? Bien; para eso he nacido.»

Soy aficionado, si no a atracarme, a comer bien; soy sensual, pero no goloso. Muchas otras aficiones me apartan de ésta; nunca sino cuando mi corazón ha estado ocioso he parado mientes en la comida; pero lo he estado tan pocas veces en mi vida que apenas si he dispuesto de ocio para pensar en los manjares. Poco tiempo, pues, apliqué mi rapacidad a las golosinas; ésta se extendió luego a cuanto me tentaba, y si no llegué a convertirme en un ladrón perfecto debióse a que el dinero no me atrajo nunca mucho. Mi patrono, dentro del taller general, tenía otro para él que cerraba con llave, pero yo descubrí el modo de abrir y cerrar la puerta sin que se notara. En dicho taller guardaba sus herramientas mejores, sus mejores dibujos y grabados, todo, en fin, lo que parecía poner fuera de mi alcance y yo codiciaba. En el fondo aquellos robos eran ino-

centes, porque, en resumen de cuentas, los hacía para su provecho; era para mí un júbilo tener entre mis manos aquellas bagatelas; al apoderarme de tales cosas me figuraba apropiarme su habilidad. Además, en sendas cajitas había recortes de oro y plata, dijes, objetos de valor y dinero. Llevar cuatro o cinco sueldos en el bolsillo era harta cosa para mí; sin embargo, lejos de tocar nada de aquello, no recuerdo haber dirigido a tales cosas mirada alguna de codicia; al contrario, veíalas con más espanto que gusto. Creo firmemente que aquel mi horror a robar dinero o cosa que se le pareciese procedía en mucho de mi educación, porque asociaba al dinero vagas ideas de infamias, de privaciones y tormentos y de patíbulo que, caso de sentir aún tal tentación, hubiérame horrorizado; mis maldades, en cambio, me parecían travesuras y no otra cosa eran, en verdad, que sólo merecían una buena paliza de mi patrono, y estaba decidido a recibirla.

Mas, lo repito, mi codicia no era tanta como para tener que contenerme; no sentía la necesidad de dominarme ni la de luchar conmigo para atar corto a mi ambición. Un pliego de papel a propósito para dibujar atraíame en más alta manera que el dinero para adquirir una resma. Tal extravagancia se debe a una singularidad de mi carácter que me veo obligado a explicar por lo mucho que en mi conducta ha influido.

Tan vehementes son mis pasiones que, en tanto me señorean, no reconoce límites mi impetuosidad; carezco entonces de miramientos, de respeto, de miedo, de vergüenza. Me vuelvo cínico, atrevido, violento, intrépido. Ningún escrúpulo me detiene y no hay peligro que me asuste. El mundo, fuera del objeto que me preocupa, no existe para mí. Esto sólo me ocurre en el momento; luego caigo al punto anonadado.

En los períodos de tranquilidad soy la indolencia y la timidez personificadas. Todo me amedrenta y desanima. El vuelo de una mosca me da miedo. El hacer un gesto o el decir una palabra cosas son a las que mi pereza teme. Miedo y vergüenza se apoderan de mí hasta el punto de que quisiera resultar invisible para todos. Cuando el obrar se impone no sé qué hacer ni qué decir a la hora de hablar, y si me miran, suelo turbarme. Cuando estoy apasionado doy con lo que debo decir, pero no se me ocurre nada que decir en la conversación corriente, que me resulta insoportable por el solo hecho de forzarme a hablar.

Únase a esto que ninguna de mis aficiones son susceptibles de satisfacerse con dinero. Necesito goces puros y el oro los envenena todos. Por ejemplo: los placeres de la mesa me gustan; mas como la etiqueta me solivianta y no me es dado aguantar la crápula de las tabernas, no puedo disfrutarlos más que con un amigo, porque solo me es imposible. A solas mi imaginación se lanza por otras rutas y no encuentro goce alguno en el comer. Si el ardor de la sangre me

empuja a los placeres sensuales, mi corazón, conmovido, exige amor. Las mujeres mercenarias carecen para mí de todo encanto, y hasta dudo de poder aprovechar su interesada benevolencia. Lo mismo me sucede con todos los placeres que a mi alcance se hallan; pagados resúltanme desabridos. Me gusta únicamente lo que sólo pertenece al primero que sabe gustarlo. El oro nunca me ha parecido tan precioso como se le supone. Es más: nunca me ha parecido muy cómodo; por sí mismo no sirve para nada; se necesita transformarlo si se quiere gozar de su posesión; hay que comprar, regatear, ser engañado a veces y pagar mucho para verse mal servido. Si deseo una cosa de buena calidad estoy seguro de obtenerla mala con mi dinero. Compro caro un huevo fresco y resulta que está podrido; una fruta magnífica, y está verde; me agrada una mujer, y no es pura; me gusta el vino, pero ¿dónde encontrarlo? ¿En una taberna? Haga lo que haga me darán veneno. ¿Quiero que me sirvan bien?, ¡todas son dificultades y apuros! ¡Tener amigos, mantener correspondencia, hacer encargos, escribir, ir de acá para allá, esperar, y a la postre, generalmente, ser engañado! ¡Cuántos embarazos con mi dinero! El buen vino es más de temer que de estimar.

Durante mi aprendizaje y después de él he sentido muchas veces el deseo de comprar alguna golosina. Entraba en una confitería, y si veía mujeres en el mostrador antojábaseme que se reían del golosillo. Paso por una frutería, hay unas hermosas fresas que despiden un olorcillo tentador, las miro de reojo y en seguida veo que me contemplan dos o tres zagales, o bien se halla allí un conocido, o vislumbro a lo lejos una muchacha. ¿No es la criada de casa? Mi miopía me engaña a cada momento. Cuantos cruzan me parecen conocidos; hay siempre algo que me intimida y sofrena; mi castidad se acrece con el deseo y me quedo hecho un estúpido, devorado por el ansia, pero sin atreverme a comprar nada, teniendo dinero.

Tendría que descender a los más menudos detalles para explicar el engaño, la vergüenza, la repugnancia y los disgustos de todas clases que he sufrido siempre a la hora de emplear mi dinero, ya por mi cuenta, ya por cuenta de otro. A medida que el lector se vaya percatando de mi modo de ser, por el transcurso de mi vida, se irá dando cuenta también, sin que tenga que explicárselo, de todo lo que digo.

Fácilmente se comprenderá, después de lo apuntado, una de las pretendidas contradicciones de mi carácter, la de ser casi sórdidamente avaro al par que despreciador del dinero. Es para mí una cosa tan molesta, que ni aun a desear me atrevo el que no poseo, y cuando lo poseo estoy mucho tiempo sin gastarlo por temor a no hacerlo a mi gusto; pero cuando se me ofrece una coyuntura oportuna y agradable, de tal modo la aprovecho que, sin percatarme de ello, mi bolsa se queda vacía. Pero no se descubrirá en mí ese defecto de los avaros que consiste en gastar con ostentación; al con-

trario, lo hago secretamente y para íntimo recreo; en lugar de vanagloriarme de ello lo oculto. Tan convencido estoy de que el dinero no se ha hecho para mí, que me avergüenza poseerlo y mucho más servirme de él. Si por fortuna hubiera tenido una renta suficiente para vivir con comodidad es seguro que nunca hubiera sentido la más leve sombra de avaricia; disiparía, sin que se me ocurriese aumentarla, toda mi renta; pero mi situación precaria me atemoriza. Amo la libertad y odio las molestias, fatigas y embarazos. En tanto me queda algún dinero se halla a salvo mi independencia y me evita tener que dedicarme a procurármelo, necesidad que siempre tuve por horrible, y de aquí que, como tema quedarme sin él, lo oculte. El dinero que se tiene es un instrumento de libertad, y de esclavitud el que se busca. Por eso lo encierro y, no obstante, nada codicio.

Mi desinterés, en consecuencia, sólo es pereza; el júbilo de atesorar no vale el trabajo de adquirir; hasta mis propias disipaciones no son más que efecto de la pereza; cuando la coyuntura de gastar a gusto se ofrece no se puede aprovechar demasiado. Téngole menos apego al dinero que a las cosas, porque entre aquél y lo deseado siempre se interpone el intermediario, mientras que entre el objeto y el que lo desea no existe nada. Veo el objeto y me atrae; pero si sólo percibo el medio de conseguirlo ya no lo deseo. Por consiguiente, he sido ratero y aun lo soy en la actualidad alguna que otra vez de minucias que me seducen y que prefiero coger a pedirlas; pero no me acuerdo de haberle quitado a nadie un céntimo, a excepción de una vez –de esto no hace quince años– que robé siete libras y diez sueldos. La aventura merece ser contada por la imperdonable necedad y descaro que revela y que no creería si de otra persona me lo contaran.

Ello fue en París. Paseábame –serían las cinco de la tarde– por el Palais-Royal con el señor de Francueil. Tras de mirar su reloj me dijo: «Vamos a la Ópera.» «Conforme, vamos.» Compra dos butacas de anfiteatro, me da una y sigue adelante; entra y yo tras él. Encuentro la puerta llena de gente, miro a uno y otro lado, veo que todos los espectadores se mantienen aún en pie; pienso que me puedo perder en aquel bullicio, o que al menos puede creerlo así el señor de Francueil, y abandonando la sala pido el importe de mi billete y me voy, sin tener en cuenta que apenas saliera yo los espectadores tomarían asiento y el señor Francueil al punto percataríase de mi desaparición.

Consigno esto para demostrar –puesto que nada hay tan lejos de mi carácter como un acto semejante– que suelen sufrirse desvaríos, durante los cuales no se deben juzgar a los hombres por sus acciones. No era esto precisamente robar dinero, sino desviarlo de su destino; tanto más tenía de infamia cuanto menos de robo.

No acabaría nunca si pretendiera no pasar nada por alto, pues durante mi aprendizaje pasé de la grandeza del héroe a la granujada

del bribón. Mas aunque adquirí los vicios propios de mi estado, nunca me fue posible adquirir del todo sus aficiones. Las diversiones de mis camaradas me aburrían, y cuando la excesiva sujeción me puso de malas con el trabajo, enojábame todo, lo que nuevamente despertó en mí la afición a la lectura, olvidada largo tiempo hacía; para satisfacerla robaba tiempo al trabajo, de donde un nuevo delito me proporcionó nuevos castigos. Esta mi afición, exaltada por los impedimentos, convirtióseme en pasión y a poco en frenesí. Una mujer llamada la Tribu, alquiladora de libros famosa, proporcionábamelos de todas clases. Bueno y malo, todo era admitido; yo no escogía nunca y devorábalo todo con la misma avidez. Leía en el taller, leía por la calle cuando me enviaban a algo, leía en el retrete horas enteras olvidándome de todo; no hacía más que leer, y tanto leía que se me iba la cabeza. Vigilábame mi patrono, me cogía, zurrábame de lo lindo y se apoderaba de los libros. ¡Cuántos volúmenes fueron rotos, quemados o arrojados por la ventana! ¡Cuántas obras quedaron incompletas en casa de la Tribu! Cuando no disponía de otra cosa las pagaba con camisas, corbatas y prendas de vestir, y todos los domingos, sin faltar uno, entregábale los tres sueldos que me daban como propina.

Acaso se me diga: ahí tiene el dinero convertido en necesario. Efectivamente; pero fue cuando la lectura me privó por completo de la actividad. Señoreado en absoluto por mi nueva afición, ya no robaba lo más mínimo. Véase ahora otra de mis más características notas. Cuando más presa soy de un hábito la más fútil cosa me distrae, domina y apasiona; entonces todo lo olvido y sólo pienso en el nuevo objeto que me preocupa. Impaciente, latíame el corazón por hojear la nueva obra que llevaba en el bolsillo; en cuanto me veía a solas sacábala y ya no me acordaba de registrar el cuarto de mi patrono. Aun cuando mis pasiones hubieran sido más costosas, no creo que hubiese robado para satisfacerlas. Limitado al momento presente no estaba en mi carácter el valerme de un medio semejante para lo sucesivo. Fiábame la Tribu, los anticipos eran de muy poca monta, y una vez con el libro, ya no me acordaba de nada; pero igualmente entregábale a esta mujer cuanto dinero me agenciaba por modos naturales, y en caso de apremio recurría sin demora a mi propio ajuar. Robar de antemano hubiera sido previsión grandísima, y en cuanto a lo de hacerlo para pagar ni siquiera se me ocurrió.

A fuerza de riñas, golpes y lecturas a escondidas y mal escogidas, mi carácter se hizo taciturno y huraño; comenzaba a trastornarse mi cabeza y vivía como un hurón. Con todo, y aun cuando mi gusto no me preservó de las lecturas baladíes y sin sustancia, tuve la fortuna de no caer en la de libros obscenos y licenciosos, y no porque la Tribu, mujer sobremanera tolerante en todos los sentidos, se negara por escrúpulo a prestármelos, sino porque para darlos mayor importancia me hablaba de ellos con misterio, lo que tanto por repulsión

como por timidez obligábame a rehusarlos; y tan favorable le fue la suerte a mis instintos pudorosos que a los treinta años aún no había fijado mis ojos en ninguno de esos libros peligrosos, los cuales, según dice una hermosa dama del buen mundo, son incómodos porque no pueden leerse más que con una mano.

Antes del año agoté la reducida librería de la Tribu y entonces el fastidio comenzó a apoderarse de mí en mis ratos de ocio. La lectura me había curado de mis aficiones de niño y de pilluelo; y no sólo la lectura en general, sino los libros que leía, que aunque eran poco selectos y con frecuencia malos, sugeríanme sentimientos más puros que los que en mi otra condición adquiriera. Disgustado por cuanto me rodeaba y sin nada a la vista que pudiese tentarme, no veía nada capaz de halagar a mi alma. Mis sentidos, de larga fecha alterados, me pedían un goce que ni siquiera me figuraba en qué pudiera consistir y del que hallábame tan distante como si hubiese carecido de sexo; púber ya y sensible, pensaba alguna vez en mis locuras, pero nada más allá veía. En tan extraño trance mi inquieta imaginación tomó un rumbo que hubo de salvarme de mí mismo, calmando mi sensualidad naciente. Consistió el artificio en alimentarse de cuantas situaciones me hubieran de interesar en mis lecturas, recordándolas, variándolas, combinándolas y apropiándomelas de tal manera que llegaba a convertirme en uno de los personajes que imaginaba, que me veía colocado en las situaciones más en consonancia con mi gusto, y, en fin, que el artificioso estado en que me veía me hacía olvidar el verdadero, aquel otro que tanto me apesadumbraba. Este mi afecto por los objetos imaginarios y la facilidad para hundirme en ellos acabaron por divorciarme de cuanto me rodeaba y determinaron este apego mío a la soledad, al que desde entonces he permanecido fiel. Ya se verán en lo que sigue, y más de una vez, las particulares consecuencias de esta tan misantrópica y sombría –aparentemente– predisposición, hija en realidad de un corazón sobremanera amante, tierno y afectuoso, que en la imposibilidad de descubrir su semejante se ve forzado a alimentarse de ficciones. Bástame por ahora con haber señalado el origen y causa primera de una inclinación que hubo de modificar todas mis pasiones y que conteniéndolas con ellas mismas siempre y por excesivo ardor en el deseo me ha hecho perezoso para la acción.

De esta suerte llegué a los dieciséis años, inquieto, cansado de todo y de mí mismo, aburrido de mi situación, ajeno a los placeres propios de mi edad, devorado por deseos cuyo objeto me era desconocido, llorando por causas imprecisas, suspirando sin saber por qué, y, por último, acariciando con cariño mis quimeras, ya que nada equivalente a ellas veía en torno de mí. Todos los domingos, al salir de la iglesia acudían en mi busca los camaradas para que les acompañara en sus diversiones. De poder excusarme hubiéralo hecho de muy buena gana; mas una vez engolfado en sus juegos me

entusiasmaba más que todos juntos y era dificilísimo sosegarme o detenerme. Siempre he sido de esta manera: cuando salíamos de paseo por las afueras de la ciudad seguía andando sin pensar en el regreso, a menos que los demás lo hiciesen por mí. Por dos veces llegué a la ciudad cuando ya estaban cerradas las puertas y me tuve que quedar fuera. Ya pueden figurarse cómo me trataron al día siguiente, y fue tal la acogida que me ofrecieron si reincidía que decidí no exponerme a la prueba; la terrible reincidencia, empero, hubo de tener efecto un cierto día. Mi vigilancia fue frustrada por un maldito capitán llamado Minutoli, el cual cerraba siempre la puerta a su custodia entregada media hora antes que los demás. Regresaba ya con dos compañeros cuando he aquí que a media legua de la ciudad oigo la retreta y redoblo el paso; suena el tambor y vuelo más que corro; llego jadeante y sudando a chorros; latíame fuertemente el corazón; vislumbro de lejos a los soldados en sus puestos y avanzo a todo correr y gritando con ahogada voz, pero ya era tarde. A veinte pasos de la avanzada veo levantar el primer puente, y el espectáculo de aquellas terribles astas que se agitan, siniestro y fatal augurio de la desdichada suerte que me aguardaba, me hace estremecer...

En el primer impulso de dolor me dejé caer en la explanada y mordí el polvo; mis compañeros, riéndose de la desgracia, tomaron su partido; yo también tomé el mío, aunque harto diferente al de ellos. Allí mismo juré no regresar a casa de mi patrono, y cuando al abrir las puertas regresaron los demás a la ciudad me despedí de ellos para siempre, encargándoles tan sólo que pusieran en conocimiento de mi primo Bernard la resolución que había tomado y el paraje donde por última vez podría verme.

Desde que entré de aprendiz nos veíamos menos a causa de nuestra separación. Durante las primeras semanas aún nos reuníamos todos los domingos; pero insensiblemente cada uno fue adquiriendo costumbres distintas, y de este modo nos fuimos separando, a lo que su madre hubo de contribuir en gran parte. Él vivía en el barrio alto [1], en tanto que yo, pobre aprendiz, habitaba en el de San Gervasio. Entre los dos, a pesar del nacimiento, no existía igualdad, y tratarse conmigo equivalía a rebajarse. Nuestras relaciones, sin embargo, no terminaron en absoluto, porque como tenía buenos sentimientos, no obstante las advertencias de su madre dejábase llevar por su corazón. Apenas enterado de mi propósito acudió, no para disuadirme, sino para proporcionarme, ya que mis recursos me permitían muy poco, el alivio de lagunos regalos. Diome, entre otras cosas, una espadita, de la que me hallaba prendado y que llevé hasta Turín, donde la necesidad me puso en trance de venderla y, como vulgarmente se dice, comérmela. Cuanto más he reflexionado

[1] Barrio aristocrático de Ginebra.—*N. del T.*

sobre la conducta que en tan apurado momento observara mi primo conmigo, más y más he llegado a convencerme de que obró aconsejado por su madre y acaso también por su padre; porque no es posible que, de seguir los propios impulsos, no hubiera hecho nada por detenerme ni sentido deseos de acompañarme; al contrario, en lugar de disuadirme incitóme a realizar mi proyecto, y cuando me vio firmemente decidido separóse de mí sin derramar muchas lágrimas. Nunca más, a partir de entonces, nos vimos ni escribimos, y fue doloroso que así ocurriera, porque su carácter era esencialmente bueno y habíamos nacido para amarnos.

Permítaseme, antes de entregarme a la fatalidad de mi destino, que por un momento vuelva los ojos al que, de caer en manos de mejor patrono, naturalmente me aguardaba. Nada más en armonía con mi carácter ni más propio para haberme hecho feliz que la oscura y apacible condición de artesano, sobre todo, y entre otras, la de grabador en Ginebra. Lo bastante lucrativo para proporcionar un cómodo vivir y poco a propósito para con él enriquecerse, este oficio hubiera para siempre limitado mi ambición encerrándome al par que me dejara espacio suficiente para entregarme a sencillos recreos dentro de mi esfera y sin ofrecerme coyuntura para de ella salirme. Dotado de una imaginación rica por demás, que me permitía revestir con sus antojos la posición en que me hallara, y capaz de transportarme, conforme a mi gusto, de uno a otro estado, poco me importaba que éste, en la realidad, fuera como fuera. La distancia que pudiese mediar entre lo vivido y lo soñado no podía ser grande hasta el punto de que no me fuese posible salvarla facilísimamente; y de aquí que la situación para mí más conveniente era la que necesitase menos bullicio o cuidados y dejara más en libertad el espíritu, y esta situación precisamente era la mía. En el seno de mi religión, de mi patria, de mi familia y de mis amigos hubiera vivido tranquila y apaciblemente, de acuerdo con mi temperamento, en la uniformidad de una grata ocupación y de una sociedad apropiada para mí. Habría sido buen cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia, buen artesano, en una palabra, un hombre de bien. Hubiera vivido contento de mi profesión; es posible que incluso la honrara, y a la postre, después de una existencia oscura y humilde, pero uniforme y serena, habría muerto en paz, rodeado por deudos y amigos, y aunque al poco tiempo me olvidaran me habrían llorado, al menos mientras conservasen memoria de mí.

En lugar de todo esto... ¡qué espectáculo voy a ofrecer! Pero no anticipemos el relato de mis miserias, que harto he de ocupar la atención de mis lectores con tan triste motivo.

LIBRO SEGUNDO

1728-1731.–Cuanto más triste me pareció el momento en que el miedo me sugirió el proyecto de la huida, más encantador hubo de parecerme el acto de ejecutarlo. Niño aún, abandonar mi país, mis parientes, mis protectores y mis recursos; dar de lado al aprendizaje, sin saber el oficio lo bastante para ganarme la vida con él; entregarme, sin medio alguno para combatirla, a los horrores de la miseria; exponerme, en la edad de la inocencia y la flaqueza, a todas las tentaciones de la desesperación y el vicio; salir al encuentro de los males, los errores, los engaños, la esclavitud y la muerte, bajo un yugo mucho más inflexible que el que no me fuera dado soportar. He aquí a lo que me lanzaba, he aquí la perspectiva que ante mis ojos hubiera debido ofrecerse. ¡Cuán diferente todo lo que yo hube de imaginarme! El sentimiento de la independencia, que creía haber conquistado, era el único que me embargaba. Libre y señor de mi persona, creía poder emprenderlo todo, lograrlo todo; para elevarme y volar por el espacio me bastaba con lanzarme a él. Con planta firme adentrábame por los vastos caminos del mundo; mi mérito iba a llenarlo todo; iba a encontrarme a cada paso con festines, tesoros, aventuras, amigos dispuestos a servirme, mujeres deseosas de complacerme; el universo se iba a llenar con mi aparición; no precisamente todo el universo, pues no siéndome necesario todo, dispensábale yo en parte de ello; me contentaba con un círculo agradable; lo demás nada me importaba. Mi moderación inscribíame en una esfera limitada, si bien deliciosamente escogida, cuyo señorío tenía asegurado. Mi ambición se limitaba a un solo palacio: ser favorito de los señores, amante de la hija, amigo del hermano y protector de los vecinos. Y dábame por satisfecho; nada más necesitaba.

En tanto se me realizaba este modesto porvenir vagué durante unos días por los aledaños de la ciudad, alojándome en casa de algunos campesinos conocidos míos, los cuales me acogieron con

más cariño del que hubieran desplegado las personas ciudadanas. Ofrecíanme alimento y abrigo con tal sencillez como si nada hicieran. Como no se daban aires de superioridad aquello no podía considerarse como limosna.

A fuerza de viajar y recorrer el mundo llegué a Confignón, país de Saboya, a dos leguas de Ginebra. El señor de Pontverre era el cura párroco. Tal nombre, famoso en la historia de la República, llamóme muchísimo la atención. Tenía curiosidad por saber cómo eran los descendientes de los *caballeros de la Cuchara* [1]. Me dirigí, pues, en busca del señor de Pontverre, que me recibió muy bien. Me habló de la herejía de Ginebra, de la autoridad de la Santa Madre Iglesia y me invitó a comer. No sabía yo cómo contestar a argumentos que de tal modo acababan, y consideré que los párrocos que daban buena comida valían, por lo menos, tanto como nuestros ministros. Seguramente, y no obstante su nobleza, sabía yo mucho más que el sacerdote; pero no podía ser tan buen teólogo como convidado, y su vino de Frangi, que tuve por excelente, argumentaba con fuerza tanta en favor suyo que hubiérame avergonzado de hacer callar a tan buen huésped. Cedí, pues, o por lo menos no le llevé la contraria. Cualquiera que hubiese visto mis rodeos me hubiera tomado equivocadamente por hipócrita, cuando no era más que agradecido. La lisonja, o, mejor dicho, la condescendencia, no es un vicio siempre, y sí más bien, y con frecuencia, una virtud, entre los jóvenes sobre todo. La bondad con que nos trata una persona nos atrae, y si cedemos no es para engañarla, sino para no entristecerla, pagando con mal el bien. ¿Qué interés, aparte del mío propio, podía mover al señor de Pontverre a darme hospitalidad y buen trato y a procurar convencerme? Decíamelo así mi corazón, y mi agradecimiento y respeto hacia el buen sacerdote eran grandísimos. Conocía yo mi superioridad; mas no trataba de agobiarle con ella en pago de su hospitalidad. Esta conducta no era hipócrita; no era mi intento, en modo alguno, cambiar de religión; lejos familiarizarme con semejante idea causábame tal horror que por mucho tiempo hubo de permanecer lejos de mi mente; deseaba tan sólo no disgustar a los que con esta mira me halagaban; quería mantener su benevolencia y dejarles en la esperanza de lograr lo que se proponían, presentándome peor armado de lo que realmente estaba. Mi falta asemejábase a la coquetería de las mujeres honradas, las cuales, en ocasiones, para lograr su fin sin prometer ni permitir nada logran hacer esperar más de lo que se proponen conceder.

La razón, la piedad, el amor al orden indudablemente exigían que, lejos de favorecer mi locura, me apartasen de la perdición hacia

---

[1] Asociación de hidalgos saboyanos instituida en 1527 para combatir a los ginebrinos. Llevaban una cuchara de madera colgada del cuello, como símbolo de su propósito de «comerse» a los ginebrinos.—*N. del T.*

la cual corría, volviéndome al seno de mi familia. Esto es lo que cualquier hombre verdaderamente virtuoso hubiera hecho o intentado. Mas el señor de Pontverre, aunque buen hombre, hallábase lejos de ser virtuoso; era, por el contrario, de los que no conocen más virtud que la de adorar a los santos y rezar el rosario; un como misionero que sólo pensaba, para servir mejor a la fe, en publicar folletos contra los pastores de Ginebra.

Lejos de hacerme volver a mi casa aprovechó mi deseo de alejarme de ella para imposibilitarme el regreso, dado que yo lo deseara. Se podía asegurar que me ponía en camino de ser un granuja o de morir de miseria. Pero no reparó en tal cosa. Sólo vio un alma arrancada a la herejía y llevada a la Iglesia. ¿Qué le importaba, con tal de que oyera misa, que fuera un tunante o un hombre honrado? No se crea, empero, que tal modo de pensar sea exclusivamente propio de los católicos; es propio de cualquiera religión dogmática cuya esencia consista no en el obrar, sino en el creer.

«El señor le llama –me dijo–; vaya a Annecy; allí encontrará a una buena señora muy caritativa, a quien los beneficios que el rey le otorga permiten apartar a otras almas del horror en que ella misma se viera sumida.» Aludía a la señora de Warens, recién conversa, a quien los sacerdotes obligaban, en efecto, a compartir con la gentuza que acudía a vender su fe una pensión de dos mil francos que el rey de Cerdeña le señalara. El tener que recurrir a una señora muy caritativa me humillaba.

Placíame, sí, que me diesen lo necesario, pero no recibir limosna; y una devota carecía para mí de atractivo. Empujado por el cura, por el hambre que me acuciaba y por el deseo de emprender un viaje y de llevar un fin determinado, resolvíme, empero, no sin pesadumbre, y me encaminé a Annecy. Podía llegar fácilmente en un día, pero como no me di prisa tardé tres. No vislumbraba castillo alguno a un lado u otro del camino sin correr hacia él en busca de las aventuras que, tal era mi convicción, me aguardaban en ellos. Tan extraordinaria era mi timidez que no me atrevía a entrar ni a llamar; pero cantaba al pie de la ventana que me parecía mejor, extrañándome muchísimo de que, tras de haberme desgañitado, no se asomasen damas ni doncellas atraídas por la belleza de mi voz o el encanto de mis canciones, puesto que las sabía admirables, aprendidas de mis camaradas y las cantaba a la perfección.

Llegué al fin, y vi a la señora de Warens. Aquella época de mi vida determinó mi carácter, y de aquí que no pueda decidirme a ocuparme de ella a la ligera.

Tenía yo diez y seis años. Sin ser lo que se dice un guapo mozo, era, aunque de baja estatura, bien formado; tenía el pie pequeño, bien contorneada la pierna, desenvuelto talante, vivo rostro, boca pequeña, cejas y cabello negros, pequeños y algo hundidos los ojos, pero en ellos fulguraba con fuerza el fuego que me abrasaba. Igno-

raba yo todo esto por desgracia, y nunca se me ha ocurrido pensar en mi figura hasta que ya no era tiempo de servirme de ella. A la timidez propia de mis años uníase la de un carácter afectuoso, siempre turbado por el temor de desagradar. Aunque mi entendimiento, por otra parte, no carecía de cultura, como desconocedor del mundo que era, hallábame falto de urbanidad, y, lejos de suplirla, mis conocimientos sólo conseguían acentuar mi timidez, porque me hacían ver cuán necesitado de aquélla me hallaba.

Temiendo, por consiguiente, que mi presentación produjera mal efecto, tomé mis precauciones y escribí una carta de ampuloso estilo, en la que, mezclando frases de los libros con locuciones de aprendiz, desplegué toda mi elocuencia para atraérme a la señora de Warens. Con esta carta incluí la del señor cura y me dirigí a la temida audiencia. Era el Domingo de Ramos del año 1728. Cuando llegué dijéronme que la señora acababa de salir y que se dirigía a la iglesia. Corro en su busca, la vislumbro, la alcanzo, le hablo... Debo recordar aquel lugar venturoso; lo he regado después con lágrimas y cubierto de besos muchas veces. ¡Si pudiera rodearlo de una balaustrada de oro y atraer a él el homenaje del mundo entero! El que guste honrar los monumentos de la salvación de los hombres no debería llegar allí sin postrarse de hinojos.

Era un pasadizo que había detrás de su casa con un arroyo a la derecha que lo separaba del jardín, y a la izquierda la pared del patio y que conducía a una puerta falsa de la iglesia de los franciscanos. Hallábase la señora de Warens junto a la puerta cuando se volvió al oír mi voz. ¡Qué sorpresa la mía! Habíame figurado una beata ceñuda y vieja, pues no de otro modo podía ser la *buena señora* del señor de Pontverre. Pero vi un rostro rebosante de encantos, unos dulcísimos y bellos ojos azules, una tez deslumbradora, una garganta de encantador contorno. Nada se escapó a la rápida ojeada del joven prosélito, porque suyo lo fui a partir de entonces, convencido de que una religión por tales misioneros predicada no podía por menos de conducir al paraíso. Sonriendo apoderóse de la carta que con trémula mano alargué; la abre, pasa la vista por la del cura y luego por la mía, que lee de cabo a rabo, y que de nuevo leyera si un criado no le hubiese advertido que era ya hora de entrar. «¡Tan joven y errante ya por el mundo!» –me dijo con acento que me hizo estremecer–. «¡Es una verdadera lástima!» Luego, sin aguardar mi respuesta, añadió: «Espéreme en mi casa y diga que le den de comer; cuando salga de misa hablaremos.»

Luisa Leonor de Warens era una señorita de La Tour de Pil, noble y antigua familia de Veval, ciudad del país de Vaud. Casó muy joven con el señor de Warens, perteneciente a la casa de Loys, primogénito del señor de Villardín, de Lausana. Este matrimonio, que no tuvo sucesión, fue muy desgraciado. Un día la señora de Warens, impulsada por algún pesar doméstico, aprovechó la ocasión de



Presunto retrato de madame de Warens, la *mamá*.
Museo Historiográfico de Vaud

Foto Archivo Espasa-Calpe.

hallarse el rey Víctor Amadeo en Evian, y atravesando el lago fue a echarse a sus plantas, y de este modo abandonó a su marido, a su familia y a su país por una ligereza muy semejante a la mía, y que igualmente ha tenido larga ocasión de llorar. El rey, muy dado a mostrarse católico ferviente, la tomó bajo su amparo, señalándole una pensión de 1.500 libras piamontesas, cantidad excesiva para un príncipe tan poco pródigo; pero al ver que por esta acogida se le juzgaba enamorado de ella, la envió a Annecy con una escolta de guardias reales, y allí, bajo la dirección de Miguel Gabriel de Bernex, obispo de Ginebra, abjuró en el convento de la Visitación.

Cuando la vi hacía seis años que allí estaba y contaba veintiocho, pues nació con el siglo. Era la suya una de esas bellezas que se conservan, porque consisten, más que en las facciones, en el conjunto; así se conservaba aún en todo su esplendor primero. Era de afable y cariñoso ademán, de dulce mirada, de angelical sonrisa, de boca como la mía, de negro cabello de una rara belleza, peinado como al descuido y que le daba una graciosísima expresión. Era pequeña, muy pequeña de estatura, y un poco gruesa, aunque sin deformidad; pero no puede darse una cabeza más hermosa, un más hermoso seno, unas manos más delicadas ni unos brazos mejor torneados.

Su educación había sido muy variada; como yo, quedóse sin madre al venir al mundo, y adquiriendo conocimientos sin método y según se presentaban, aprendió un poco de su aya, un poco de su padre, un poco de sus maestros y mucho de sus amantes, principalmente del señor de Tavel, que comunicó a la que amaba parte del buen gusto y conocimientos que tenía. Pero tantos géneros diferentes se dañaron unos a otros y el desorden en que ella los dejó impidió que sus varios estudios alcanzasen el desenvolvimiento que su capacidad permitía, y de aquí que, a pesar de conocer algunos principios filosóficos y químicos, no pudiera librarse de la afición de su padre a la medicina empírica y a la alquimia: componía elixires, tinturas, bálsamos, fórmulas, y pretendía poseer secretos. Los charlatanes, aprovechándose de su debilidad, la arruinaron, y entre drogas y hornillos dieron al traste con su vivacidad, con su talento y sus encantos, que hubieran podido hacer las delicias de la más escogida sociedad.

Pero si algunos malvados abusaron de su educación, mal dirigida, para ensombrecer la luz de su inteligencia, su excelente corazón salió indemne de la prueba, conservándose siempre igual. Su afectuoso y dulce carácter, su compasión hacia los desgraciados, su inagotable bondad, su franco y expansivo buen humor no se alteraron nunca, y hasta en los umbrales de la vejez, sumida en la indigencia, abrumada de males y calamidades, conservó hasta el fin de su vida la serenidad de alma y la alegría de sus más hermosos tiempos.

Un fondo de inagotable actividad que exigía una ocupación constante fue la causa de sus errores. No intrigas mujeriles, sino grandes

empresas que combinar y dirigir era lo que le convenía. Había nacido para los grandes negocios. La señora de Longueville, en su lugar, no hubiera pasado de ser una enredadora. Ella, en el puesto de ésta, habría gobernado el Estado. Su capacidad no fue convenientemente empleada, y lo que la habría hecho célebre en una más elevada posición sirvió para perderla en la que tuvo. De las cosas que se hallaban a su alcance se forjaba siempre un plan y las veía en grande, de donde resultaba que, empleando medios más bien proporcionados a sus miras que a sus fuerzas, fracasaba por culpa de los demás, y una vez sus proyectos fracasados quedaba arruinada allí donde otros casi nada hubiesen perdido. Este carácter emprendedor le ocasionó muchos males, proporcionándole, en cambio, el gran bien de impedirle permanecer el resto de su vida en un asilo religioso, como tenía pensado hacerlo. La monótona y sencilla vida de las religiosas y sus cháchharas de locutorio no podían cautivar un carácter siempre inquieto que, trazando cada día planes nuevos, necesitaba la libertad para entregarse a ellos. El buen obispo de Bernex, con menos inspiración, tenía muchos puntos de contacto con Francisco de Sales, y la señora de Warens, a quien llamaba su hija y que se parecía mucho a la señora de Chantal, hubiera podido parecérsele también en su retiro si sus inclinaciones no la hubieran desviado de la ociosidad del convento. Si aquella amable mujer no se dedicó a las minuciosas prácticas devotas, que parecían convenir a una recién convertida que vivía bajo la dirección de un prelado, no fue seguramente por falta de celo. Cualquiera que fuese el motivo que la indujera a cambiar de religión, fue sincera en la que había abrazado. Pudo arrepentirse de la falta cometida, pero no deseó volver atrás; y no sólo murió como buena católica, sino que de buena fe vivió como tal, y me atrevo a afirmar yo, que creo haber leído en el fondo de su corazón, que si no se la echaba de devota en público era tan sólo por aversión a las gazmoñerías. Era harto sólida su piedad para que se vistiera de devoción. Pero no es ahora el momento de extenderse acerca de sus principios; otras ocasiones serán oportunas para tratar de ellos.

Expliquen los que niegan la existencia de las simpatías, si pueden, cómo es que desde la primera entrevista, desde la primera palabra, desde la primera mirada inspiróme la señora de Warens, no ya un afecto vivo, sino también una completa confianza, jamás desmentida. Supongamos que mi afecto por ella fuese amor verdadero, cosa que parecerá dudosa, por lo menos, a cualquiera que examine nuestras relaciones: ¿cómo pudo esta pasión ir desde el principio acompañada por los sentimientos que menos le convienen, la paz del corazón, la calma, la serenidad, la confianza y la seguridad? ¿Cómo, al hallarme por vez primera con una mujer amable, fina, seductora; con una señora de rango superior al mío y de la que en parte dependía mi suerte, según el mayor o menor interés que por mí se

tomara; cómo, digo, con todo esto, me encontré desde luego tan libre, tan tranquilo, cual si hubiese estado segurísimo de caerle en gracia? ¿Cómo no tuve un instante de embarazo, de timidez, de turbación? Vergonzoso por naturaleza, retraído, desconocedor del mundo, ¿cómo, al tratar con ella, hallé desde el primer día, desde el primer instante los modales fáciles, el lenguaje afectuoso, el tono familiar que tenía diez años después, cuando a ello me condujo una mayor intimidad? ¿Puede tenerse amor sin inquietudes y sin celos, y no digo sin deseos porque yo los tuve? ¿No se desea saber, por lo menos, si es uno correspondido? Es una pregunta que no se me ocurrió hacérsela ni una sola vez, como nunca tampoco me he preguntado a mí mismo si yo me amaba. Ella por su parte no se mostró nunca más curiosa conmigo. Hubo, sí, algo extraño en mi cariño hacia aquella mujer encantadora, y en lo que sigue se hallarán inesperadas singularidades.

Húbose de tratar de mi suerte, y para hacerlo más despacio, me invitó a comer. Por vez primera no tuve apetito, y su doncella, que nos servía, afirmó igualmente que nunca había visto que le faltara a un viajero de mi edad y condición. Tal observación, que en nada se rebajaba ante los ojos de su señora, caía de lleno sobre un paleto que con nosotros comía y que devoró una ración suficiente para seis personas. Hallábame yo tan extasiado que no se me ocurría comer. Mi corazón se alimentaba de un nuevo sentimiento que por todo mi ser se extendía, sin dejarme libertad de espíritu para ninguna otra cosa.

La señora de Warens quiso conocer los detalles de mi historia, y al relatarla recobré todo el calor que había perdido en casa de mi patrono. Mientras más se interesaba por mi relato, más se lamentaba de la suerte a que iba a exponerme. En su ademán y en su semblante reflejábase una tierna compasión. No se atrevía a consejarme que volviese a mi casa, ya que esto, por su posición, hubiera sido un crimen de leso catolicismo y sabía perfectamente cuánto se la vigilaba y lo mucho que se comentaban sus palabras. Pero me habló de la aflicción que debió haber sufrido mi padre, con tan conmovedor acento, que bien claramente revelaba su deseo de que fuera a consolarle. No sabía ella cómo, sin sospecharlo, abogaba contra sí misma. Aparte de que mi resolución, como según creo haber dicho, era irrevocable, cuanto más elocuente y persuasiva la encontraba, tanto más me interesaba y no podía decidirme a desprenderme de ella. Percatábame de que regresar a Ginebra era colocar entre los dos una barrera casi infranqueable, a menos de volver a las andadas, y para esto era preferible no volver atrás. A esto me sujeté, por consiguiente. La señora Warens, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, no quiso continuar comprometiéndose; pero mirándome compasivamente, dijo: «Pobre niño, irás adonde Dios te llame; pero cuando seas hombre te acordarás de mí.» No creo yo que se imaginase de qué modo tan cruel su predicción se cumpliría.

La dificultad proseguía sin desaparecer. ¿Cómo subsistir tan joven lejos de mi país? A la mitad apenas de mi aprendizaje, hallábame muy lejos de conocer mi oficio y aunque lo hubiese conocido suficientemente, tampoco me fuera dado vivir en Saboya, país sobremanera pobre para el desarrollo de las artes. El patán que con nosotros comía, en trance de detenerse para que descansaran sus mandíbulas, emitió una idea que, según él, se la inspiraba el Cielo y que a juzgar por sus resultas debió proceder del lado contrario. Consistía en que fuese yo a Turín, donde hallaría en un cierto hospicio fundado para la instrucción de los catecúmenos, el alimento del cuerpo y del espíritu, hasta tanto que, admitido en el seno de la Iglesia, encontrase almas caritativas que me proporcionaran una conveniente colocación. «En cuanto a los gastos del viaje –prosiguió nuestro hombre–, su eminencia monseñor el obispo no dejará, si la señora le propone esta santa obra, de proceder caritativamente, y la señora baronesa, que es tan caritativa –dijo inclinándose sobre el plato–, seguramente se apresurará también a contribuir.»

Todas estas caridades se me antojaban muy duras; tenía el corazón oprimido, no decía nada y la señora de Warens, sin acoger este proyecto con tanto entusiasmo como fuera expuesto, se contentó con responder que cada cual debía contribuir al bien según sus facultades y que le hablaría a monseñor; pero aquel endemoniado hombre, interesado, sin duda, en el asunto y temiendo que ella no lo tomara con empeño, se fue a prevenir a los limosneros, y tan bien los embaucó que, al ir a ver al obispo, la señora de Warens, no partidaria de aquel viaje, se lo encontró todo arreglado, y de aquí que desde luego recibiera el dinero necesario, no atreviéndose a insistir para que me quedara porque me iba acercando a una edad en que por decoro una mujer como ella no podía retenerme.

Dispuesto así mi viaje por las personas que se interesaban por mí, fue necesario someterse, y esto es lo que sin gran repugnancia hice. Aunque Turín se hallaba más lejos de allí que Ginebra, pensé que por tratarse de la capital tendría con Annecy más relaciones que una ciudad extranjera y diferente en religión; además, obedeciendo a la señora de Warens, me consideraba bajo su dirección, y esto era más que vivir a su lado. En fin, la idea de un viaje, de un gran viaje, halagaba mi espíritu vagabundo, que ya comenzaba a apuntar. Parecíame muy divertido a mis años atravesar los montes y ascender, sobre mis compatriotas, a la altura de los Alpes. Visitar un país es un atractivo al que no puede resistirse ningún ginebrino, y por lo tanto me mostré conforme. Nuestro paleto debía marchar con su mujer pasados dos días, y les fui recomendado, entregándoles mi peculio, que aumentó la señora de Warens; ésta me dio en secreto y con amplias instrucciones una cierta cantidad, y el miércoles Santo partimos.

Al día siguiente de mi marcha de Annecy llegó allí mi padre, que tras de mí iba con su amigo Rival, relojero también, hombre de

ingenio y de singular talento, que hacía versos mejores que los de La Motte y que hablaba casi también como éste; era, por otra parte, hombre muy honrado, pero cuya literatura extravagante sólo sirvió para hacer comediante a un hijo suyo.

Uno y otro vieron a la señora Warens y limitándose a llorar con ella por mi suerte, en lugar de seguirme y alcanzarme, cosa que les hubiera sido facilísima, ya que ellos iban a caballo y yo a pie. Lo mismo ocurrió con mi tío Bernard. Fue a Confignón, desde donde se volvió a Ginebra al enterarse de que yo había partido para Annecy. Dijérase que mis parientes conspiraban con mi sino para entregarme a la suerte que me aguardaba. Mi hermano, por una negligencia parecida hubo de perderse tan a la perfección que nunca más se supo de él.

Era mi padre, a más de honorabilísimo, hombre de una absoluta honradez. Tenía una de esas almas enérgicas, sobre todo para mí, un buen padre. Me amaba tiernamente; pero asimismo amaba sus placeres, y desde que nos separamos otros afectos hubieron de entibiar su paternal cariño. Se había casado en Nyon por segunda vez. Su mujer no se hallaba en edad de proporcionarle hijos, pero tenía padre, y de aquí resultó una nueva familia y una nueva casa, y por eso no se acordaba de mí con la debida frecuencia. Mi padre envejecía, no contaba con nada en su ancianidad; mi hermano y yo poseíamos la escasa fortuna que nuestra madre nos dejara, y ausentes nosotros, quedó para él nuestra renta. Y no es que esta idea se le ocurriese, impidiéndole cumplir con su deber; pero sin que él mismo se percatara le movía ocultamente y enfriaba algunas veces su celo, que sin esto hubiera sido más vivo. He aquí por qué, según creo, aunque fue tras de mí a Annecy, no prosiguió hasta Chambery, donde estaba seguro de alcanzarme. He aquí también por qué habiendo ido a verle con frecuencia, después de mi huida, siempre me prodigó caricias paternales, pero nunca puso mucho empeño en retenerme.

Esta conducta de mi padre, cuya virtud y cariño he conocido tan bien, me han sugerido acerca de mi persona reflexiones que en gran parte han contribuido a mantener sano mi corazón. De ello he sacado esta gran máxima moral, acaso la única adaptable a la práctica: Debemos evitar ocasiones que colocan a nuestros deberes en contraposición con nuestros intereses y hacen consistir nuestra conveniencia en el daño ajeno, seguros de que en tales situaciones, por muy sincero que nuestro afecto sea, tarde o temprano sucumbimos sin percatarnos, haciéndonos injustos y malvados de hecho, sin haber dejado de ser justos y buenos en la intimidad del alma.

Profundamente impresa en mi mente esta máxima, y aunque algo tarde llevada a la práctica, es una de las cosas que me han hecho ser considerado por el público, y sobre todo por mis conocidos, como extravagante y loco. Han dicho de mí que pretendía ser original y proceder de distinto modo que los demás, cuando en el fondo no

pensaba hacer lo que ellos ni tampoco lo contrario. Deseaba sinceramente hacer lo que estuviese bien. Huía con todas mis fuerzas de todas aquellas situaciones en las que mi interés hallárase en oposición con el de otra persona y debido a ello pudiera secretamente impelirme o desearle un mal.

Dos años hace que milord Maréchal quiso favorecerme en su testamento, a lo que con todas mis fuerzas me opuse, diciéndole que por nada del mundo quisiera saber que me hallaba incluido en un testamento, fuese de quien fuese, y mucho menos en el suyo, cedió a mis instancias. Ahora quiere señalarme una pensión vitalicia, a lo que yo no me opongo. Se dirá que me conviene el cambio; puede que así sea; pero, ¡oh bienhechor y padre mío!, si tengo la desgracia de sobrevivirle, sé que al perderle lo pierdo todo y nada podré ganar.

Ésta es, en mi opinión, la buena filosofía, la única verdaderamente conforme con el corazón humano. Cada día me convenzo más de su solidez, y la he desarrollado de mil maneras en todos mis últimos escritos; pero el público, que es frívolo, no ha sabido percatarse de ello. Si sobrevivo lo bastante a la terminación de este trabajo para emprender otro, me propongo ofrecer en la continuación del *Emilio* un ejemplo de esta misma máxima, en tal modo notable y bello, que el lector se verá obligado a fijar su atención en él. Mas ya son éstas muchas reflexiones para un viajero y tiempo es de proseguir nuestro camino.

Parecióme más agradable de lo que podía esperar, y el palurdo no fue tan áspero como se me antojaba. Era un hombre de mediana edad que llevaba en forma de coleta sus cabellos negros medio encanecidos; tenía aspecto de granadero y la voz bronca; era bastante divertido, buen andador, mejor comedor, y hacía todos los oficios por no conocer ninguno. Se había propuesto establecer no sé qué industria en Annecy, en lo que la señora de Warens le hubo de ayudar, y hacía a Turín aquel viaje, bien pagado, para conseguir que el ministro lo aprobara. Tenía nuestro hombre talento de intrigante, colándose siempre entre los curas, y sirviéndoles con solicitud, aprendió en su escuela una jerga devota que usaba de continuo, dándoselas de gran predicador. Hasta sabía en latín un pasaje de la Biblia, lo que valíale tanto como si hubiese sabido mil, porque lo repetía mil veces cada día. Por lo demás, raras veces se encontraba sin dinero, mientras supiese quien lo tenía. Era, sin embargo, más que pícaro, ladino, y al indilgar a troche y moche sus ramplones discursos, con tono de misiones, dijérase Pedro el Ermitaño predicando la cruzada con el sable al cinto.

Por lo que hace a la señora Sabrán, su esposa, era una mujer bastante regular, más quieta de día que de noche. Como yo dormía siempre en su cuarto, con frecuencia despertábanme sus ruidosos insomnios, y más me habrían despertado de comprender la causa de ellos. Pero ni siquiera la sospechaba, siendo tan ignorante y necio

sobre este capítulo, que mi instrucción quedó sólo al cuidado de la Naturaleza.

Caminé alegremente con mi devoto guía y su efervescente compañera. Ningún accidente perturbó el viaje; yo me hallaba en la mejor disposición física y moral que haya experimentado en mi vida. Joven, vigoroso, lleno de salud, tranquilo, lleno de confianza en mí mismo y en los demás, me hallaba en ese breve pero hermoso período de la vida en que su expansiva plenitud extiende, por decirlo así, nuestro ser por todas nuestras sensaciones y embellece a nuestros ojos la Naturaleza entera con el encanto de nuestra existencia. Mi tierna zozobra tenía un objeto que la hacía menos errante y fijaba mi imaginación. Me consideraba como la obra, el discípulo, el amigo, casi el amante de la señora de Warens. Las cosas amables que me había dicho, sus caricias, sus atenciones, el interés tan tierno que pareció tomar por mí, sus hechiceras miradas, que me parecían llenas de amor, porque me lo inspiraban a mí, todo esto alimentaba mi cerebro durante el camino y me hacía soñar deliciosamente. Ningún temor ni duda de mi destino turbaban estos delirios. Enviarme a Turín era, a mi entender, obligarse a sostenerme allí, a colocarme convenientemente. No tenía cuidado por mí; otros se encargaban de ello. Así andaba yo ligero y libre de este peso; los deseos juveniles, la esperanza encantadora, los proyectos brillantes llenaban mi espíritu. Cuantos objetos veía se me antojaban fiadores de mi próxima felicidad. Imaginaba festines rústicos en las casas, en los prados, bulliciosos juegos, paseos, baños, pescas en las riberas, sabrosas frutas en los árboles, voluptuosas entrevistas a su sombra, jarros de leche y de nata en las montañas, una agradable holganza, la paz, la sencillez, el placer de ir sin saber adónde. En fin, cuanto se ofrecía a mis ojos llevaba a mi corazón algún motivo de gozo. La grandeza, la variedad, la belleza real del espectáculo que presenciaba hacíanlo digno de la razón, y la misma vanidad mezclaba en ello su partecita. Ir a Italia tan joven, haber visto ya tanto terreno, seguir a Aníbal atravesando montes, me parecía una gloria que estaba por encima de mi edad. Añádase a todo esto frecuentes y buenas atenciones, mi buen apetito y tener con qué satisfacerlo, aunque, a la verdad, no valía la pena de hablar de ello, pues comparado con el señor Sabrán, lo que yo comía era casi nada.

No me acuerdo haber tenido en todo el curso de mi vida un intervalo más perfectamente exento de cuidados y penas que el de los siete u ocho días que empleamos en aquel viaje, porque el paso de la mujer de Sabrán, al que debíamos someternos, lo convirtió en un paseo. Este recuerdo me ha dejado una afición viva a todo lo que con él se relaciona, sobre todo a las montañas y los viajes pedestres. No he viajado a pie mas que en mis días hermosos y siempre agradablemente. Pronto los deberes, los negocios, el tener que llevar un equipaje me obligaron a echármelas de caballero y a servirme de un

coche, al que conmigo subían el roedor desasosiego, el engorro y la molestia; a partir de entonces, en lugar del solo placer de ir, que antes sintiera, me embargaba el anhelo de llegar pronto. Durante mucho tiempo he buscado en París dos amigos de igual gusto que el mío, que quisiesen consagrar cada uno cincuenta luises y un año a un viaje por Italia hecho así, juntos, sin más equipaje que un saco de noche llevado por un muchacho que nos acompañara. Muchos se prendaron de este proyecto, pero en el fondo lo consideraban como una pura fantasía, como cosa que se proyecta y no se tiene el designio de realizar. Recuerdo que hablando de esta pasión con Diderot y Grimm, logré que entraran en afán de hacerlo. Esta vez ya creía la cosa hecha; pero todo se redujo a querer escribir un viaje en el cual a Grimm nada se le antojaba tan gracioso como que Diderot cometiera muchas impiedades y que a mí me metiesen en la inquisición, en lugar suyo.

El disgusto que me causó llegar tan pronto a Turín fue templado por el placer de visitar una gran ciudad y la esperanza de desempeñar en ella un papel digno de mí, porque ya los humos de la ambición se me subían a la cabeza; creíame ya muy por encima de mi antigua condición de aprendiz; ¡cuán lejos estaba de sospechar que dentro de poco iba a verme muy por debajo!

Antes de proseguir debo excusarme ante el lector, o mejor, justificar todos los pequeños detalles que acabo de enumerar y los que aún he de referir, y que tan poco le interesan. En la empresa a que me he lanzado de mostrarme enteramente al público es preciso que no quede oscuro u oculto nada mío; es necesario que me ofrezca constantemente a sus ojos, que me siga en todas las vicisitudes de mi corazón, por todos los recovecos de mi vida; que ni un solo instante me pierda de vista, y ello por temor de que, al hallar en mi relato la menor laguna, el menor vacío, y al preguntarse: ¿qué hizo en ese tiempo?, me acuse de no haber deseado decirlo todo. Ya doy bastante materia de crítica a la malignidad de los hombres con lo que refiero, para darle más aún con mi silencio.

Había desaparecido mi reducido peculio; charlé demasiado y mis guías no echaron la indiscreción en saco roto. La mujer encontró medio de arrancarme hasta una cinta guarnecida de plata que la señora de Warens me había dado para la espada; esta pérdida me dolió más que todo lo demás junto, y la misma espada hubiera quedado en sus garras si me hubiese resistido menos. Habían pagado fielmente mis gastos durante el camino, pero no me dejaron nada, y llegué a Turín sin vestidos, sin dinero, sin ropa blanca, y sin otra cosa que el honor de la fortuna que iba a alcanzar por cuenta de mi solo mérito.

Llevaba algunas cartas, que presenté, y al punto fui conducido al hospicio de catecúmenos para instruirme en la religión, pues a este precio me vendían la subsistencia. Vi al entrar una gruesa puerta con

barras de hierro que se cerró tras mí, con doble vuelta de llave. Este principio me pareció más imponente que gustoso y comenzaba a darme qué pensar, cuando me metieron en una sala bastante grande, donde no había más muebles que un altar de madera, y sobre él un gran crucifijo; en el fondo de la sala y en torno de ella veíanse cuatro o cinco sillas que dijéranse barnizadas; su lustre, empero, se debía al mucho servicio y frotamiento. Se hallaban en aquella sala de Juntas cuatro o cinco horribles bandidos, mis compañeros de instrucción, que más parecían ministros del diablo que aspirantes a hijos de Dios. Dos de aquellos ruines perillanes eran esclavones, y decíanse judíos o moros, y, como ellos mismos me lo confesaron, vivían recorriendo España e Italia, abrazando el cristianismo y haciéndose bautizar dondequiera que ello les produjese algo que valiera la pena. Abrióse otra puerta de hierro que dividía en dos un gran balcón con vistas al patio y entraron por ella nuestras hermanas las catecúmenas, que venían, como yo, a regenerarse, no por medio del bautismo, sino por una abjuración solemne. Eran, sin duda, las más grandes prostitutas y las más repulsivas aventureras que han apestado jamás el aprisco del Señor. Sólo una me pareció bonita y algo interesante. Tenía mi edad con corta diferencia, acaso uno o dos años más, y unos ojos picarones que a veces se encontraban con los míos, lo que me inspiró el deseo de trabar conversación con ella; mas durante los dos meses que aún permaneció en aquella casa, donde hacía ya tres que entrara, me fue absolutamente imposible acercarme a ella, por lo recomendada que se hallaba a nuestra vieja carcelera y lo asediada que la tenía el santo misionero, que se esforzaba por convertirla con más celo que inteligencia. Preciso es que fuese excesivamente necia, aunque no lo parecía, porque jamás se ha visto instrucción más larga. El santo hombre nunca la encontraba en estado de abjurar; pero ella se cansó de la clausura y declaró que quería marcharse, cristiana o no. Fue preciso aprovecharse de la coyuntura, por temor a que se rebelara y no quisiese después.

En honor del recién llegado reunióse la pequeña comunidad, y exhortáronnos brevemente: a mí, para excitarme a corresponder a la gracia que Dios me hacía; a los otros, para que me recomendasen en sus preces y me edificaran con su ejemplo. Después de esto, nuestras vírgenes entraron de nuevo en su clausura, y me quedó tiempo para sorprenderme a mi talante de aquella en la que veíame encerrado.

Al siguiente día por la mañana nos reunieron de nuevo para la conferencia, y entonces fue cuando comencé a reflexionar por vez primera sobre el paso que iba a dar y las circunstancias que me habían arrastrado a ello.

He dicho ya, repito y repetiré, acaso más veces aún, una cosa de la que cada día estoy más convencido, y es ésta: si hubo alguna vez una educación poco razonable y sana, fue precisamente la mía. Hijo

de una familia que se distinguía del pueblo por sus costumbres, no había recibido de todos mis parientes más que lecciones de buena conducta y ejemplos de honradez. Aunque amigo de diversiones, era mi padre no solamente hombre de una probidad intachable, sino también religioso. Galanteador en sociedad, cristiano en el seno de la familia, desde muy temprano me había inspirado los sentimientos de que estaba poseído. De mis tres tías, prudentes todas y virtuosas, las dos mayores eran devotas, y la tercera, joven llena de gracia, de viveza y talento a la vez, lo era quizá más que ellas, aunque con menos ostentación. Del seno de tan apreciable familia pasé a manos del señor Lambercier, quien, aunque hombre de iglesia y predicador, era creyente de puertas adentro y hacía casi tanto bien como decía. Él y su hermana cultivaron con una enseñanza juiciosa y agradable los principios de piedad que en mi corazón hallaron. Aquellas dignas personas emplearon con dicho fin medios tan verdaderos, tan discretos, tan razonables, que, lejos de aburrirme en el sermón, nunca salía de él sin sentirme interiormente conmovido y sin hacerme el propósito de vivir bien, propósito al que faltaba raras veces. En casa de mi tía Bernard la devoción me fastidiaba un poco más, porque hacía de ello una ocupación. En la de mi patrono apenas si me acordé de la religión, sin que por esto pensara de diferente modo; no hallé jóvenes que me pervirtiesen; me volví tunante, pero no libertino.

Tenía, pues, toda la religión que puede tener un niño a la edad en que me encontraba, y aún más, porque ¿a qué ocultar mi pensamiento? Mi infancia no fue la de un niño; yo sentía y pensaba siempre como un hombre. Sólo he pertenecido a la clase vulgar a medida que me desarrollé y crecí, porque por mi nacimiento estaba fuera de ella. Cualquiera se reirá al ver que me tengo, modestamente, por un prodigio. Enhorabuena; pero cuando se hayan reído bastante, busquen a un niño que a la edad de seis años se aficione a las novelas, y se interese en su lectura hasta el punto de llorar con ella a lágrima viva; entonces hallaré mi vanidad ridícula y convendré en que no tengo razón.

Así es que cuando he dicho que era necesario no hablarles de religión a los niños, si se pretendía que la tuviesen algún día, y que eran incapaces de conocer a Dios, aun a nuestra manera, he sacado esta convicción de mis observaciones, no de mi experiencia propia, porque me constaba que no me podía servir de argumento para los demás. Si encontráis niños que a los seis años sean como era yo, habladles de Dios a los siete; yo respondo de que no se corre peligro alguno.

Créese, por lo general, que el tener religión un niño, y hasta un hombre, consiste en seguir aquella en que ha nacido. Con el tiempo, a veces, el fervor se disminuye; otras, más raras, se robustece; la fe dogmática es un producto de la educación. Además de este principio

común que me ataba al culto de mis padres, tenía por el catolicismo la aversión peculiar a nuestra ciudad, donde lo consideraban como una horrible idolatría y nos pintaban a su clero con los más negros colores. Este sentimiento era en mí tan dominante, que al principio no podía vislumbrar el interior de una iglesia, ni ver a un sacerdote con sobrepelliz, ni oír la campanilla de una procesión sin estremecerme de terror y miedo, que se disipó pronto en las ciudades, pero que se ha reproducido frecuentemente en las parroquias del campo, más semejantes al lugar donde lo había adquirido. Verdad es que esta repulsión era singularmente contrastada por el recuerdo de los halagos que de buen grado prodigan a los niños de Ginebra los párrocos de las cercanías. En tanto que la campanilla del Viático me hacía temblar, la campana que anunciaba la misa o las vísperas me recordaba un almuerzo, una merienda, manteca fresca, frutas o algún manjar aderezado con leche. La buena comida del señor de Pontverre había producido también su efecto. Así es que me ilusioné agradablemente con todo esto. No considerando el papismo más que en su relación con las diversiones y las golosinas, me había familiarizado sin trabajo con la idea de vivir en su seno; pero no se me ocurrió la de ingresar en él solamente sino en mi escapatoria y en porvenir lejano. A la sazón ya no había que engañarme y vi con el horror más vivo la suerte de compromiso que había contraído y su inevitable consecuencia. Los futuros neófitos que me rodeaban no eran muy a propósito para darme valor con su ejemplo, y no pude ocultar a mis ojos que la santa obra que iba a emprender sólo era un acto de bandido. Aunque muy joven, no dejaba de reconocer que cualquiera que fuese la religión verdadera iba a vender la mía, y que, aun cuando escogiese bien, mentiría en el fondo de mi alma al Espíritu Santo, mereciendo el desprecio de la Humanidad. Cuanto más pensaba en ello más me indignaba contra mí mismo y lamentaba la suerte que me había conducido allí; como si no hubiese sido cosa mía. Hubo momento en que estas reflexiones fueron tan vivas que de haber encontrado la puerta abierta me habría escapado; pero no me fue posible ni tampoco tenía una resolución muy decidida.

Eran muchos los deseos secretos que la combatían para no vencerla. Desde luego, la persistencia en mi designio de no volver a Ginebra, la vergüenza, la dificultad de atravesar de nuevo las montañas, el embarazo de verme lejos de mi país, sin amigos y recursos, todo ello concurría a presentarme los remordimientos de mi conciencia como arrepentimiento tardío; afectaba reprocharme lo que había hecho para disculpar lo que iba a hacer. Miraba al porvenir, agravando los errores pasados como cosa necesaria. No me decía: «Aún no hay nada hecho; si quieres puedes ser inocente», sino: «Llora el crimen que has cometido y que tú mismo te has puesto en el trance de consumar.»

Porque ¿cuán rara fortaleza de espíritu no era necesaria a mis años para arrepentirme de todo cuanto hasta entonces había podido prometer o dejar de esperar, para romper las cadenas que hube de ceñirme, para declarar intrépidamente que deseaba proseguir en la religión de mis padres, arrostrando cuanto pudiera acontecer? Semejante fuerza no era propia de mi edad, y es muy probable que no hubiera tenido feliz éxito. Se había ido demasiado lejos para consentir en soportar un desaire, y cuanto mayor hubiese sido mi resistencia, tanto más se habrían empeñado de un modo u otro en sobrepujarla.

El sofisma que me perdió fue el mismo en que caen la generalidad de los hombres que se lamentan de carecer de energía cuando ya no es tiempo de necesitarla. Si la virtud nos cuesta trabajo es por culpa nuestra, y si quisiésemos ser siempre juiciosos, rara vez tendríamos necesidad de ser héroes de virtud; pero nos dejamos llevar por inclinaciones fácilmente combatibles, cedemos a pequeñas tentaciones cuyo peligro despreciamos, e insensiblemente nos llegamos a encontrar en situaciones peligrosas, que fácilmente hubiéramos podido evitar, pero de las que luego no podemos escapar sino por medio de heroicos esfuerzos que nos espantan. Y caemos, al fin, en el precipicio, clamando a Dios: «¿Por qué me hiciste tan débil?» Pero, a pesar nuestro, responde su voz en nuestras conciencias: «Te he hecho harto débil para salir del abismo, porque te he hecho bastante fuerte para no caer en él.»

No adopté precisamente el partido de hacerme católico, sino que, viendo la ocasión aún lejana, me tomé tiempo para acostumbrarme a esta idea, figurándome que mientras tanto ocurriría algún imprevisto acontecimiento que me sacaría de apuros. Para ganar tiempo, me propuse defenderme lo mejor que pudiera, y, a poco, mi vanidad dispensóme de tener presente mi propósito, pues tan luego como noté que a veces ponía en apuro a los que me querían enseñar, no necesité más para procurar confundirlos completamente. Hasta desplegué en la empresa un empeño ridículo, porque mientras trataban de convencerme, yo quería hacer lo mismo con ellos. Creía de buena fe que bastaba convencerlos para persuadirlos a que se hicieran protestantes.

Por consiguiente, no hallaron en mí tanta facilidad como esperaban, ni respecto a las luces del talento ni respecto a la voluntad. Generalmente, los protestantes son más instruidos que los católicos. Es muy natural: la doctrina de los primeros exige la discusión; la de los segundos, la sumisión. El católico debe aceptar lo que le dicen; el protestante debe conocer para decidirse. Esto lo sabían muy bien; pero no esperaban, por mi posición y mi edad, dificultades grandes para gente ejercitada. Además, yo todavía no había hecho la primera comunión ni recibido la enseñanza que con ella se relaciona, y esto lo sabían también; pero ignoraban que había sido, en cambio, muy bien instruido en casa del señor Lambercier, y que poseía por mi

padre un pequeño caudal, que les era muy molesto, sacado de la historia de la Iglesia y del Imperio, aprendido casi de memoria en casa de mi padre y poco menos que olvidado después, pero que nuevamente recordaba a medida que enzarzábase la discusión.

La primera conferencia en común corrió a cargo de un anciano sacerdote, pequeño, pero venerable por demás. Para mis compañeros fue, más que controversia, catecismo, y más bien se precisaba enseñarles que no resolver sus objeciones. No sucedió otro tanto conmigo. Cuando me tocó el turno, deteníale a cada paso, sin perdonar ninguna de las dificultades que podía oponerle, lo que hacía la sesión larga y enojosa para los asistentes. El viejo hablaba por los codos, se acaloraba, desatinaba y salía de los apuros diciendo que no comprendía bien el francés.

Al día siguiente me pusieron aparte, temerosos de que mis indiscretas objeciones escandalizasen a los demás, en otra sala y con otro sacerdote más joven, que hablaba bien, es decir, enjaretador de largos períodos, y muy pagado de sí mismo, como jamás doctor alguno lo fuera. No obstante su imponente gesto, no me dejé subyugar, y comprendiendo que después de todo desempeñaba mi papel, empecé a responderle con bastante aplomo y a atacarle por uno y otro lado lo mejor que pude. Se figuró aplastarme con San Agustín, San Gregorio y los otros Padres, y vio con increíble espanto que yo manejaba todos aquellos autores casi tan diestramente como él, y no es que los hubiese leído nunca, ni quizá él tampoco, pero recordaba muchos pasajes que había leído en mi *Le Sueur*, y así, cuando sacaba a colación una cita, sin ponerla en duda, replicábale con otra contraria del mismo Padre, que muchas veces le desconcertaba. Ganó la partida, al final, por dos razones: porque era él más fuerte, y yo, conociendo que me hallaba en sus manos, consideré prudente, a pesar de mi juventud, no apurarle, pues me constaba que el sacerdote viejo no había visto con agrado mi erudición ni mi persona; la otra razón fue que el joven tenía cultura y yo no. De aquí que no pudiera seguirle en el método de argumentación que empleaba, y al verse estrechado por una objeción imprevista, la aplazaba para el día siguiente, diciendo que yo me salía del asunto. A veces rechazaba mis citas, sosteniendo que eran falsas, y ofreciéndome traer el libro, me desafiaba a que las encontrase. Sabía perfectamente que con esto no se arriesgaba mucho, pues con toda mi prestada erudición tenía muy poca costumbre de manejar los libros, y no conocía bastante el latín para encontrar el pasaje en un gran volumen, aun teniendo la seguridad de que se hallaba en él. Sospecho que hasta echó mano de la infidelidad de que acusaba a los ministros, y de haber inventado algunos pasajes para librarse de objeciones que le confundían.

En el transcurso de tales disputas y mientras pasaban los días discutiendo, barbullando oraciones y haciendo el holgazán, me sucedió

una aventurilla bastante desagradable y que a punto estuvo de acarrearme graves perjuicios.

No hay alma tan vil ni corazón tan bárbaro que no sea capaz de alguna especie de afecto. Uno de aquellos bandidos que pasaban por moros me cobró gran cariño, y se me acercaba placentero, me hablaba en su jerga, era servicial conmigo, en la mesa me daba a veces parte de su porción, y sobre todo me besaba muy a menudo con un ardor que me era muy molesto. Por mucho que me repugnase aquella cara amarillenta adornada con un chirlo enorme, y aquella mirada ardiente, que más parecía de furor que de ternura, soportaba sus caricias, diciéndome: Este pobre hombre siente por mí una amistad muy viva y haría mal en rechazarle. Gradualmente iba creciendo el arrebato de sus demostraciones, y a veces me venía con unas conversaciones tan extrañas, que pensé que perdía el juicio. Una noche quiso dormir en mi cama, a lo que yo me opuse, diciéndole que era muy pequeña; entonces se empeñó en que había de ir yo a la suya; rehusélo también, porque aquel miserable era tan sucio y olía tan fuertemente a tabaco mascado, que me levantaba el estómago.

Al día siguiente estábamos sentados los dos muy de mañana en la sala de Juntas, y empezó a renovar sus caricias, pero con movimientos tan violentos que resultaba espantoso. En fin, quiso pasar gradualmente a las más extravagantes confianzas y forzar mi mano a hacer lo mismo. Yo me desprendí bruscamente, lanzando un grito, y haciéndome atrás y sin descubrir indignación ni coraje, pues no tenía la menor idea de la cosa, di a entender con tanta energía mi sorpresa y disgusto, que me dejó en paz; pero mientras daba fin a sus movimientos, vi dispararse hacia la chimenea y caer en tierra no sé qué cosa glutinosa y blancuzca que me produjo náuseas. Me lancé al balcón más agitado, más turbado, más horrorizado que nunca en mi vida lo estuviera y como a punto de sentirme enfermo.

No acertaba a percatarme de lo que tenía aquel desgraciado; creí que era presa de un ataque de epilepsia o de cualquier otro frenesí aún más terrible; y en efecto, para una persona que esté en su sentido no creo que exista espectáculo más asqueroso que ese obsceno y sucio entretenimiento y ese rostro inflamado por la más brutal concupiscencia. Nunca he visto a otro hombre en semejante estado; si de esta guisa aparecemos ante las mujeres, preciso es que se sientan cegadas o fascinadísimas para que no les causemos horror.

El deseo de referir a todo el mundo lo ocurrido me apremiaba. Nuestra vieja intendenta me dijo que callase; pero yo vi que mi relato la había trastornado mucho y la oía murmurar entre dientes: *¡Can maledet!*, *¡brutta bestia!* Como yo no comprendía por qué había de callarme, seguí divulgando el hecho a pesar de la prohibición, e hice tantos aspavientos, que a la mañana siguiente uno de los administradores me reprendió con bastante viveza, acusándome de

comprometer el honor de una casa santa y armar mucho ruido por poca cosa.

Prolongó su reprensión y hubo de explicarme muchas cosas que yo ignoraba, pero que él no creía enseñarme, persuadido de que yo sabía lo que el otro quería, cuando le rechacé. Me dijo, muy grave, que era un acto reprobado, como la fornicación, pero que, por lo demás, la intención no podía ofender a la persona que lo inspiraba, y que no era cosa de irritarse por que a uno le encontraran atractivo. Luego añadió, sin rodeos, que él había recibido el mismo honor en su juventud, y que habiendo sido cogido en ocasión de no poder oponer resistencia, nó había encontrado en ello nada de cruel. Llevó su imprudencia hasta valerse de las voces propias, y creyendo que la causa de mi resistencia era el miedo al dolor, me aseguró que era un temor vano y que no había que alarmarse.

Escuchaba yo a aquel miserable con tanta mayor sorpresa cuanto que no hablaba para sí, pareciendo que me instruía en provecho mío. Su discurso parecíale tan natural, que ni siquiera procuró que estuviésemos solos, y me hablaba en presencia de un eclesiástico, que no parecía más sorprendido que él mismo. Esta naturalidad me produjo tal efecto que acabé por creer que era aquello, sin duda, una costumbre admitida en el mundo, y que no se me había presentado ocasión de conocerla hasta entonces. Esto hizo que le escuchara sin enojo, aunque no sin disgusto. La idea de lo que me había sucedido, y sobre todo lo que había visto, quedó tan profundamente impresa en mi memoria que todavía me daban náuseas de sólo pensar en ello. Sin que yo mismo me percatase, la aversión que me inspiraba el hecho se extendió a su apologista y no pude contenerme lo bastante para que no viera el mal efecto de sus lecciones. Lanzóme una mirada muy poco cariñosa, y desde entonces no perdonó ocasión de hacer desagradable mi estancia en el establecimiento, y logró tan bien su objeto que no viendo más que un solo medio de salir de allí, me apresuré a admitirlo, así como hasta entonces me había esforzado en alejarlo.

Esta aventura me libró para el porvenir de los asedios semejantes, y la vista de los que pasaban por tener ese vicio me producía tal horror, recordándome al horrible moro, que me costaba mucho trabajo disimularlo. Al contrario, por comparación, ganaron mucho en mi ánimo las mujeres: parecía deberles en ternura y deferencia la reparación de las ofensas de mi sexo, y la más fea tarasca me parecía un objeto adorable al recordar a aquel falso africano.

En cuanto a éste, ignoro lo que de él dirían, pero me pareció que, exceptuando la señora Lorenza, nadie le vio con peores ojos que antes. Sin embargo, no se me acercó ni me volvió a hablar. Ocho días después fue bautizado con toda solemnidad, vestido de blanco de pies a cabeza, para representar el candor de su alma regenerada. Al día siguiente salió del hospicio y nunca más lo he vuelto a ver.

A mí me tocó el turno un mes más tarde, porque todo este tiempo fue necesario para proporcionar a mis directores la honra de una conversión difícil y obligáronme a examinar todos los dogmas para obtener el triunfo de mi nueva docilidad.

Una vez suficientemente instruido y preparado a gusto de mis maestros, fui conducido en procesión a la iglesia metropolitana de San Juan, para abjurar allí solemnemente y recibir los accesorios del bautismo, aunque en realidad no volvieron a bautizarme; pero como la ceremonia es aproximadamente la misma, sirve para hacer creer al pueblo que los protestantes no son cristianos.

Cubríame un ropaje gris guarnecido con alamares blancos y destinado para tales ocasiones. Dos hombres, uno delante y otro detrás, recogían en una bandeja de cobre, que golpeaban con una llave, las limosnas, que cada cual depositaba, según su piedad o el interés que el recién convertido le inspiraba. Nada, en resumen, del fausto católico se omitió, a fin de hacer la ceremonia más edificante para el público y más humillante para mí. El vestido blanco me hubiera sido muy útil; pero no me lo dieron, como se lo habían dado al moro, en atención a que yo no tenía la honra de ser judío.

No paró aquí todo. Se hizo necesario que fuera a la Inquisición para que me absolvieran del crimen de herejía y entrara en el seno de la Iglesia con la misma ceremonia a que se vio sometido Enrique IV por su embajador. El semblante y ademán del muy reverendo padre inquisidor no eran lo más a propósito para disipar el secreto horror que me había inspirado aquel lugar a mi entrada. Después de varias preguntas sobre mis creencias, mi estado y mi familia, preguntáronme bruscamente si mi madre estaba condenada. El espanto contuvo el primer movimiento de mi indignación y me contenté con responder que yo deseaba que no lo estuviese y que Dios pudo haberla inspirado en sus últimos momentos. Callóse el fraile, pero hizo una mueca que me pareció no tener nada de gesto aprobatorio.

Hecho todo esto, y cuando creía que a la postre iban a colocarme, según mis esperanzas, me plantaron en la calle con poco más de veinte francos que produjo la cuestación. Recomendáronme que viviese como buen cristiano, que fuese fiel a la gracia, me desearon buena fortuna, cerraron la puerta tras de mí, y todo se acabó.

De este modo y en un momento desvaneciéronse todas mis grandes esperanzas, no quedándome de mi interesado comportamiento más que el recuerdo de mi apostasía y de haber sido chasqueado. Fácilmente se comprenderá la brusca revolución que se verificó en mis ideas cuando desde la más brillante fortuna me vi caer en la miseria más completa, y después de deliberar por la mañana acerca del palacio que habitaría, veíame por la noche reducido a dormir en la calle. Creerán, tal vez, los lectores que empecé por abandonarme a la desesperación, tanto más cruel cuanto que la pesadumbre por mis culpas debía aumentar, al considerarme como

culpable de ella. No fue así. Acababa de verme encerrado por vez primera en mi vida durante más de dos meses. Así, pues, el primer sentimiento que experimenté fue el de la libertad que había recobrado. Me veía, después de larga esclavitud, dueño de mí y de mis acciones, en medio de una gran ciudad donde abundaban los recursos, llena de personas de posición, donde mi talento y conocimientos no podían menos de proporcionarme buena acogida tan luego como fuera conocido. Tenía además tiempo para esperar y veinte francos en el bolsillo, que se me antojaban un tesoro inagotable del que podía disponer a mi antojo, sin que nadie me pidiese cuentas. Era la primera vez que me veía tan rico. Lejos de abandonarme a la desesperación y a las lágrimas, no hice mas que cambiar de esperanzas, y nada perdió en ello el amor propio. Jamás me había sentido con tanta confianza y seguridad; creía ya hecha mi fortuna, y me agradaba mucho no quedar por ello obligado a nadie más que a mí mismo.

Lo primero que hice fue satisfacer mi curiosidad, y recorrí la población, aunque no más que para hacer uso de mi libertad. Fui a ver montar la guardia, pues los instrumentos militares eran muy de mi gusto. Seguí las procesiones; me gustaba el canto llano de los sacerdotes. Fui luego al palacio del rey; acerquéme temeroso, pero al ver que otros entraban hice lo mismo, y me dejaron entrar, lo que se debió, tal vez, al paquetito que llevaba bajo el brazo; fuera por lo que fuera, al verme dentro del palacio me forjé una gran opinión de mí mismo, considerándome como uno de sus moradores. En fin, a fuerza de idas y venidas, sentíme fatigado; tenía apetito, y como hacía calor, entré en una lechería. Diéronme *giunca* y requesón con excelente pan del Piamonte, que prefiero a cualquier otro, y por cinco o seis sueldos hice una de las mejores comidas de mi vida.

Tuve que buscar albergue, y como ya conocía bastante el piamontés para que me comprendieran, no me fue difícil encontrarlo, y tuve la prudencia de escogerlo más conforme a mi bolsillo que a mi gusto. Encamináronme a una casa de la calle del Po, cuya dueña era la mujer de un soldado y en la que por un sueldo solían dormir los sirvientes sin colocación. Había una cama desocupada y la acepté. La mujer era joven y recién casada, aunque tenía ya cinco o seis hijos, y todos dormíamos en el mismo cuarto: la madre, los hijos y los huéspedes, y esto ocurrió mientras estuve en aquella casa. Era, en resumen, una buena mujer que juraba como un carretero, siempre despeinada y despechugada, pero de corazón blando, oficiosa, que me cobró afecto y que hasta llegó a serme útil.

Durante muchos días no hice otra cosa que entregarme a los placeres de la independencia y de la curiosidad, huroneando, visitando cuanto me parecía curioso y nuevo; y todo lo era para un joven que acababa de salir del cascarón y aún no había visto ninguna capital. Sobre todo era muy asiduo en seguir la vida cortesana, asistiendo

por las mañanas con toda regularidad a la misa del rey. Me agradaba verme en la capilla con aquel príncipe y su séquito; pero mi pasión por la música, que empezaba a declararse, influía en mi asiduidad más que la pompa de la corte, la cual, una vez vista, es siempre la misma y no llama la atención mucho tiempo. El rey de Cerdeña tenía entonces la mejor sinfonía de Europa: Somis, Desjardins, los Bezuzzi brillaban alternativamente. No se necesitaba tanto para atraer a un joven a quien el sonido de cualquier instrumento, con tal de que fuera exacto y justo, transportaba de gozo. Por lo demás, no sentía más que una admiración estúpida y sin codicia por aquella deslumbradora magnificencia. Lo único que me interesaba en todo el esplendor de la corte era ver si habría alguna joven princesa que mereciera mis homenajes y con la cual pudiese hacer una novela.

Poco faltó para que la empezase, no en clase tan elevada, sino en otra donde, si la hubiese llevado a cabo, habría obtenido placeres mil veces más deliciosos.

Aunque vivía muy económicamente, mi bolsillo iba agotándose poco a poco. Por otra parte, aquella economía no era tanto efecto de la prudencia como una sencillez de gustos que aún hoy día la costumbre de las mesas suntuosas no ha alterado en nada. No conocí ni conozco aún comida mejor que la de una mesa rústica. Con lacticinios, huevos, hierbas, quesos, pan moreno y vino regular, puede cualquiera regalarme seguramente; mi buen apetito hará lo demás siempre que no me harten con su aspecto inoportuno un maestresala y un atajo de lacayos. Entonces comía mucho mejor por seis o siete sueldos que después por seis o siete francos. Por tanto, era sobrio por carecer de tentación para dejar de serlo, y aún no debo decir sobrio, porque en mis comidas procuraba satisfacer la sensualidad todo lo posible. Con algunas peras, la *giunca*, el queso, y algunos vasos de vino espeso de Montferrato, que se podía cortar, era el más feliz de los golosos. Mas con todo esto podían acabarse mis veinte libras. Esto es lo que notaba más sensiblemente cada día, y a pesar de la ligereza de mi edad, mi inquietud por el porvenir pronto llegó hasta el espanto. De todas mis ilusiones sólo me quedó la de procurarme una ocupación que me diese para vivir, y aun esto no era nada fácil. Pensaba en mi antiguo arte, pero no lo dominaba lo necesario para trabajar en un establecimiento, y éstos no abundaban en Turín. Entretanto me resolví a ir de tienda en tienda, ofreciéndome para grabar cifras o escudos en las vajillas, esperando tentar a la gente con lo módico del precio y sometiéndome a su discreción. En esta prueba no fui muy afortunado; rechazábanme casi siempre y tan poco trabajo me salía que apenas me daba para comer algunas veces. Un día, sin embargo, al pasar muy temprano por la *Contrá nova*, vi a través de los cristales de un escaparate a una joven tendera tan graciosa y seductora, que, a pesar de mi timidez con las mujeres, entré sin vacilar y le ofrecí mis pobres servicios. Esta vez no me vi

rechazado: hízome sentar y referirle mi vida, y compadeciéndose de mí, díjome que tuviese valor y que los buenos cristianos no me abandonarían; luego, mientras enviaba a un platero vecino por la herramienta que dije necesitaba, subió a la cocina y me sirvió de almorzar ella misma. Este comienzo me pareció de buen agüero, y el tiempo no lo desmintió. Pareció quedar satisfecha de mi pequeño trabajo y todavía más de mi conversación, cuando me hube repuesto un poco; porque estaba tan compuesta y tan radiante que, a pesar de su afabilidad, me había impuesto. Su acogida bondadosa, su tono compasivo, sus maneras dulces y cariñosas me tranquilizaron, sin embargo, después. Vi que producía buen efecto y esto me hizo producirlo mejor. Mas, aunque italiana y demasiado bonita para no ser algo coqueta, era tan modesta y yo tan tímido que difícilmente podíamos llegar a un desenlace en breve tiempo. No lo tuvimos para llevar a término la aventura. Con el mayor encanto recuerdo los cortos instantes que pasé con ella, y puedo decir que gocé con sus primicias los más dulces y más puros placeres del amor.

Era una morena muy viva y con tan buen natural reflejado en el rostro, que hacía más conmovedora aquella vivacidad. Se llamaba la señora de Basile. Su marido, de más edad y medianamente celoso, la dejaba durante sus viajes bajo la custodia de un dependiente harto ceñudo para ser seductor y que no dejaba de tener pretensiones, si bien no las manifestaba más que con su mal humor. Me tomó ojeriza, aunque me gustase a mí oírle tocar la flauta, lo que hacía bastante bien. Este nuevo Egisto gruñía siempre que me veía en casa de su señora, y me trataba con un desdén que ella le devolvía con creces. Hasta parecía complacerse en acariciarme delante de él, para atormentarle, y esta especie de venganza, muy de mi gusto, más lo hubiera sido sin testigos. A solas no la llevaba empero más allá, o por lo menos no del mismo modo.

Bien porque me encontrase demasiado joven, o porque no supiese tomar la iniciativa, o porque quisiese formalmente seguir honrada, observaba entonces una especie de reserva que, sin ser repulsa, me intimidaba sin saber por qué. Aunque no sentía hacia ella aquel respeto tan tierno como sincero que me inspiraba la señora de Warens, me sentía más temeroso y con menos familiaridad. Me hallaba embarazado, tembloroso; no me atrevía a mirarla; a su lado no osaba respirar, y sin embargo temía su ausencia más que la muerte. Miraba con ojos ávidos cuanto podía descubrir sin ser notado: los adornos de su vestido, la punta de su bonito pie, la parte de un brazo blanco y redondo que aparecía entre guante y manga, y el espacio que se formaba entre su garganta y su pañoleta al volver el rostro. Cada objeto reforzaba la impresión de los demás. A fuerza de mirar lo que podía ver y algo más, mis ojos se turbaban, mi pecho se oprimía, mi respiración tornábase de un momento a otro más dificultosa, me costaba mucho contenerla, y todo lo que podía hacer

era dejar escapar suspiros ahogados, muy molestos por lo indiscretos en el silencio que con frecuencia nos rodeaba. Pero ocupada en su labor, no lo notaba a lo que parecía; alguna vez, por una como simpatía, latíale el pecho con bastante rapidez. Este peligroso espectáculo acababa de perderme, y cuando estaba próximo a ceder a mi exaltación, ella me dirigía algunas palabras en tono tan tranquilo que inmediatamente hacía que me recobrase.

De este modo, a solas, la vi varias veces sin que jamás una palabra, un gesto ni una mirada expresiva revelasen la menor inteligencia entre nosotros. Esta situación para mí penosa constituía, sin embargo, mi delicia, y en la sencillez de mi corazón apenas me era dado imaginar en qué consistía mi tormento. Parecía que estas pequeñas entrevistas tampoco a ella le desagradaban, a lo menos buscaba la ocasión de que se repitiesen, cuidado seguramente inútil por el uso que de él hacía y por el que me permitía hacer.

Un día, fastidiada de la estúpida conversación del dependiente, subió a su cuarto; procuré concluir mi pequeña tarea en la trastienda, donde estaba, y me apresuré a subir también. Su habitación estaba entreabierta, y entré sin ser visto. Hallábase bordando junto a la ventana, de espaldas a la puerta; no podía verme entrar ni oírme a causa del ruido que hacían los carros que pasaban por la calle. Vestía siempre con esmero; pero aquel día lo estaba con un gusto que tenía asomos de coquetería. Hallábase en una actitud graciosa: su cabeza, un poco inclinada, dejaba ver su garganta; su cabello, recogido con elegancia y adornado con flores, y en toda su figura un encanto que pude contemplar a mi sabor y trastornó mis sentidos. Hinquéme de rodillas a la entrada del cuarto, alargando los brazos hacia ella con un movimiento apasionado, convencido y seguro de que no podía verme ni oírme; pero había en la chimenea un espejo que me hizo traición. Ignoro el efecto que pudo producirle mi arrebato, porque, sin mirarme, sin decir nada absolutamente, pero medio volviendo la cabeza, con un simple movimiento de la mano me indicó la estera que a sus pies había. Estremecerme, lanzar un grito y precipitarme al sitio que me había señalado fue obra de un instante; pero, lo que se creerá difícilmente, en esta situación nada osé emprender, ni pronunciar una sola palabra, ni levantar los ojos hacia ella, ni aun tocarla siquiera, a pesar de que la actitud era muy a propósito para haberme apoyado un instante en sus rodillas. Permanecía mudo, inmóvil, pero no seguramente tranquilo; todo indicaba en mí la agitación, el gozo, el agradecimiento, los deseos ardientes, inciertos en su objeto, contenidos por el temor de disgustarla; así es que mi juvenil corazón no podía estar sereno.

No parecía ella más tranquila ni menos tímida que yo. Turbada de verme allí, cortada por habérmelo permitido, y comenzando a sentir toda las consecuencias de una señal, escapada, sin duda, antes de reflexionar, no me acogía ni me rechazaba; trataba de hacer

como si no me hubiese visto a sus pies, no apartando los ojos de su labor. Mas toda mi estolidez no me impedía ver que participaba de mi embarazo, quizá de mis deseos, y que se hallaba encogida por una vergüenza semejante a la mía, sin que esto me diera bastante fuerza para vencerla. Los cinco o seis años que tenía más que yo me parecía que la obligaban a que el atrevimiento estuviese de su parte, y yo me decía que, puesto que no hacía nada para excitar el mío, no quería que lo tuviese. Aun hoy día encuentro que juzgaba bien, y seguramente tenía ella harta penetración para no ver que un novicio como yo necesitaba no sólo que le animasen, sino que le instruyesen.

Ignoro cómo habría concluido esta escena muda y viva, ni cuánto tiempo hubiera yo permanecido inmóvil, en un estado tan ridículo como delicioso, si no hubiésemos sido interrumpidos. En el momento más violento de mi agitación oí abrir la puerta de la cocina, situada junto a la habitación donde estábamos, y la señora de Basile, alarmada, me dijo vivamente con el gesto y la voz: «Levántese; viene Rosina.» Levantándome aprisa, tomé una de sus manos, que me tendía, y estampé en ella dos besos ardientes, sintiéndola, al segundo, oprimir ligeramente mis labios. En mi vida he tenido un momento tan dichoso; mas la ocasión que había perdido ya no volvió, y nuestros nacientes amores quedaron así.

Acaso por esto mismo conservo impreso en el fondo de mi alma y con tan hermosos rasgos la imagen de aquella cariñosa mujer. Aún se ha ido haciendo más bella a medida que he ido conociendo el mundo y las mujeres. Por poca experiencia que hubiese tenido, hubiera obrado de otro modo para animar a un jovencito; pero si su corazón era débil, era también honrado; cedía involuntariamente a la inclinación que la arrastraba, y, según todas las apariencias, aquélla era su primera infidelidad, y tal vez me hubiera costado más vencer su vergüenza que la mía. Sin llegar a tanto, gocé junto a ella inexplicables dulzuras. Nada de cuanto me ha hecho sentir la posesión de las mujeres vale tanto como los dos minutos que pasé a sus pies sin atreverme a tocar sus ropas. No; no existen goces iguales a lo que puede proporcionar una mujer honrada a quien se ama. Cuanto procede de ella son favores: una leve señal con el dedo, una mano que apenas oprimió mis labios son las únicas mercedes que recibí de aquella mujer, y el recuerdo de ellos aún me llena de gozo.

Aunque los dos días siguientes espié con afán la ocasión de una entrevista a solas, no pude hallarla ni observé en ella empeñó por prepararla. Estuvo, si no más fría, más reservada que de costumbre, y creo que evitaba mis miradas, como si temiera no poder contener las suyas. Su maldito dependiente, más inoportuno que nunca, burlón y chocarrero, díjome que haría carrera con las mujeres. Temía, además, haber cometido alguna indiscreción, y considerándome ya como de acuerdo con ella, quise cubrir nuestro afecto con el misterio, del que hasta entonces no había tenido gran necesidad,

por cuyo motivo fui más cauto en aprovechar las ocasiones y, a fuerza de serlo tanto, no encontré ninguna más.

He aquí otra locura novelesca de la que nunca pude desprenderme y que, unida a mi natural timidez, ha contribuido mucho a desmentir la predicción del dependiente. Amaba con mucha sinceridad y acaso demasiado bien para poder ser fácilmente afortunado. Nunca hubo pasiones más vivas ni más puras a la vez que las mías; nunca un amor más tierno, verdadero y desinteresado. Habría sacrificado mil veces mi felicidad a la de la persona que amaba; su reputación me era más cara que mi vida, y por todos los placeres del mundo no hubiera deseado comprometer su tranquilidad ni un solo instante. Esto me ha hecho desplegar tanto cuidado, tanto secreto, tantas precauciones en mis empresas amorosas, que ninguna ha podido llegar nunca a buen término. Mi poca fortuna con las mujeres ha sido siempre efecto de amarlas con exceso.

Volviendo al flautista Egisto, lo que ofrecía de singular era que, haciéndose más insoportable, el tunante párecía más complaciente. Desde el día que su señora me cobró afecto, ésta había pensado colocarme en el almacén. Yo sabía algo de aritmética, y le propuso que me enseñara a llevar los libros; pero el ordinariote aquel recibió muy mal la propuesta, temiendo quizá verse suplantado. Así es que, después del buril, todo mi trabajo se reducía a copiar algunas cuentas y notas, poner en limpio algunos libros y traducir algunas cartas del italiano al francés.

Súbito, nuestro hombre pensó en la proposición que rechazara y dijo que me enseñaría la partida doble y quiso ponerme en condiciones de ofrecer mis servicios al señor Basile cuando éste estuviese de vuelta. Había en su tono y en su semblante un no se qué de falso, de maligno, de irónico, que no me inspiraba confianza. Su ama, sin esperar mi respuesta, le dijo secamente que yo quedaba reconocido a sus ofertas y que ella esperaba que al fin la fortuna favorecería mis merecimientos, añadiendo que sería una gran lástima si yo, con tanta capacidad, no llegaba a ser más que un dependiente. Varias veces hubo de decirme que quería presentarme a una persona que podría serme muy útil. Pensaba con la suficiente cordura para comprender que era tiempo de separarme de ella. Nuestras mudas declaraciones habían tenido lugar el jueves. El domingo dio una comida a la que asistí, y donde se halló también un dominico de agradable presencia, a quien me presentó. El fraile me trató muy afectuosamente; me felicitó por mi conversación y aludió a cosas de mi vida pasada, de donde deduje que ella se la había contado detalladamente, y después, dándome dos golpecitos en el carrillo con el revés de la mano, me dijo que fuese bueno, que tuviese valor y que fuese a verle, porque hablaríamos más despacio. Por las atenciones que le guardaban todos, imaginé que sería una persona de gran consideración, y por el tono paternal con que hablaba a la señora de Basile, que era

su confesor. Recuerdo muy bien que su decente familiaridad iba mezclada con señales de estimación y aun de respeto hacia su penitente, que entonces me causaron menos impresión que ahora. Si hubiese conocido el mundo mejor, ¡cuánto me hubiera conmovido el ver que había merecido el afecto de una mujer joven respetada por su confesor!

La mesa no era muy grande y hubo que utilizar otra pequeña donde yo estaba en la agradable compañía del señor dependiente. No perdí con ello nada, tocante a las atenciones y buena comida; muchos platos llegaron a la mesa pequeña, que no iban seguramente dirigidos al dependiente. Hasta aquí todo marchaba bien. Las mujeres mostrábanse muy contentas y los hombres muy galantes. La señora hacía los honores de la mesa con una gracia sorprendente; pero a lo mejor de la fiesta oyóse parar un coche a la puerta, y luego alguien que subía. Era el señor Basile. Todavía lo estoy viendo como si fuese ahora, en traje de escarlata, color que desde entonces me ha repugnado, con botones de oro. Era el señor Basile un hombre alto, buen mozo, que sabía presentarse muy bien. Entró con estruendo y con aire de quien sorprende a su gente, aunque no había allí más que amigos suyos. Su mujer le saltó al cuello, le cogió las manos y le hizo mil caricias, que él recibió sin devolvérselas. Saludó a los demás, púsose un cubierto para él y comió. Apenas se había empezado a hablar de su viaje cuando, dirigiendo la vista a la mesa pequeña, preguntó con tono severo: «¿Quién es ese muchacho que veo allí?» A lo que contestó ella, explicándoselo con la mayor ingenuidad. Pregunta si vivo en la casa. Dícenle que no. «¿Por qué no? –replica groseramente–. Si está aquí de día, bien puede estar de noche.» El fraile, tomó la palabra y tras un elogio grave y verdadero de la señora, hizo brevemente el mío, añadiendo que, lejos de vituperar la piadosa caridad de su mujer, debía darse prisa en asociarse a ella, puesto que en nada se traspasa los límites de la discreción. El marido contestó con mal humor no bien disimulado, contenido por la presencia del fraile, pero lo bastante claro para hacerme comprender que tenía instrucciones con respecto a mí y que el dependiente se había despachado a su gusto.

Apenas se había levantado de la mesa, cuando el tal dependiente se me presentó con aire de triunfo, diciéndome de parte del amo que saliera inmediatamente de su casa para no volver a poner los pies nunca más en ella. El mensaje fue sazonado con cuanto podía hacerlo cruel y humillante. Salí sin decir palabra, con el corazón lacerado, no tanto por tener que apartarme de una mujer tan amable cuanto por verla presa de la brutalidad de su marido. Sin duda tenía éste razón en querer que su mujer no le fuera infiel; pero, aunque juiciosa y bien nacida, era italiana, esto es, sensible y vengativa, y él obraba mal, en mi sentir, pues empleaba los medios más propios para atraerse la desdicha que temía.

Tal fue el resultado de mi primera aventura. Dos o tres veces pasé por la calle, esperando ver de nuevo a la que mi corazón echaba de menos; pero en su lugar no hallé más que al marido y al vigilante dependiente, el cual al verme me hizo con la vara de medir un signo más expresivo que halagüeño. Viéndome tan espiado, perdí el valor y no pasé por allí más. Quise al menos ver al protector a quien ella me presentara; mas, por desgracia, ignoraba su nombre. Varias veces rondé inútilmente por el convento tratando de verle, hasta que al fin otros sucesos arrebatáronme los gratos recuerdos de la señora Basile, y a poco la olvidé de tal modo que, aunque tan simple y novicio como antes, ni siquiera me quedó afición a las mujeres hermosas.

Sin embargo, su liberalidad había aumentado un poco mi reducido equipaje, aunque muy modestamente, y con la precaución de una mujer prudente que se atenía más a la limpieza que al ornato, y que deseaba más bien evitarme sufrimientos que hacerme lucir. El traje que había traído de Ginebra todavía estaba en buen estado; a él juntó solamente un sombrero y alguna ropa blanca. Yo no tenía puños vueltos, y ella no quiso dármelos por más que mostré deseos de ellos. Contentóse con facilitarme medios de vestir con limpieza; recomendación que no fue preciso hacerme mientras estuve ante ella.

Pocos días después de la catástrofe, mi patrona, que, como tengo dicho, me había cobrado afecto, díjome que acaso tuviera una colocación para mí, y que una señora de posición quería verme. Al oír estas palabras creí de veras que iban a comenzar las famosas aventuras, porque tal fue siempre mi manía; pero no resultó, ni con mucho, lo que yo me había figurado. Fui a casa de aquella señora acompañado por el criado que le habló de mí. Me interrogó, me examinó, no le desagradé, y en seguida quedé a su servicio, más no en calidad de favorito, sino en la de lacayo. Me vistieron del mismo color que a los criados; pero éstos, y aquí estribaba la diferencia, lucían agujetas y yo no; mas como la librea carecía de galones, resultaba, aproximadamente, un traje ordinario. He aquí el inesperado término de mis grandes esperanzas.

La señora condesa de Vercellis, a cuyo servicio entré, era una viuda sin hijos; su marido era piamontés; a ella la he tenido siempre por saboyana, pues no podía imaginar que una piamontesa hablara tan bien el francés y tuviese un acento tan puro. Era de mediana edad, noble figura, inteligencia cultivada y aficionada a la literatura francesa, que conocía bastante. Escribía mucho y siempre en francés. Sus cartas tenían el corte y casi la gracia de las de madame de Sévigné, de tal modo, que con algunas de ellas era fácil equivocarse. Mi principal trabajo consistía en escribirlas, dictándome ella, porque no podía hacerlo por sí misma a causa de tener en el seno un cáncer que le hacía sufrir mucho.

La señora de Vercellis tenía no solamente mucho talento, sino un alma fuerte y elevada. Yo seguí su última enfermedad, y la vi sufrir y morir sin dar nunca señal de debilidad, ni hacer el menor esfuerzo para reprimirse, ni apartarse un ápice de su carácter de mujer, y sin sospechar que en ello hubiese filosofía, palabra que aún no estaba de moda ni se empleaba entonces en el sentido que hoy tiene.

Esta entereza de carácter llegaba a veces hasta la sequedad. Siempre me pareció tan poco sensible para con los otros como para consigo, y cuando favorecía a los desgraciados era para hacer el bien por ser tal, pero no por verdadera conmiseración. Esta insensibilidad la experimenté yo un tanto en los tres meses que estuve a su lado. Era natural que se interesase por un joven lleno de esperanzas, a quien tenía constantemente a la vista, y que pensara, sintiéndose morir, que, al faltar ella, necesitaría yo apoyo y protección. Pues, sin embargo, sea porque no me creyese digno de particular atención, o porque los demás no la dejaran pensar más que en ellos, lo cierto es que nada hizo por mí.

A pesar de todo, recuerdo perfectamente que había manifestado alguna curiosidad por conocerme. A veces me hacía preguntas y le agradaba que le enseñase las cartas que dirigía a la señora de Warens, y que le diese a conocer mis sentimientos; pero para obtenerlo no seguía el procedimiento de mostrarme los suyos. Mi corazón era expansivo, pero siempre que hallara otro que lo fuese. Las preguntas, secas y frías, sin ningún signo de aprobación ni de censura a mis respuestas, no me inspiraban ninguna confianza. Como nada me indicaba si le era grata o no mi conversación, estaba siempre temeroso y procuraba no decir nada que me pudiera perjudicar, limitándome a exteriorizar mi pensamiento. Mucho después he observado que este modo seco de interrogar a las personas para conocerlas es una manera bastante común en las mujeres que se precian de tener talento. Se imaginan que, no dejando aparecer su modo de sentir, lograrán penetrar el de los demás; pero no comprenden que de este modo le quitan a uno el valor para exponerlo. Sólo por esta causa, la persona a quien se interroga comienza a ponerse en guardia, y si cree que, sin tomarse por ella un interés verdadero, no se desea más que hacerla hablar, miente, o se calla, o anda con tiento exquisito, prefiriendo pasar por tonta a ser juguete de la mera curiosidad. En fin, siempre es un mal sistema para leer en el corazón de los demás el dejar entrever que se oculta el propio.

La señora de Vercellis nunca me dijo una palabra que revelase afecto, ni piedad, ni benevolencia. Me interrogaba fríamente y yo respondía con reserva. Mis respuestas eran tan tímidas que debió hallarlas insulsas, y se enojó, no preguntándome ya nada a la postre, ni hablándome más que para que la sirviera. Me juzgaba menos por lo que yo era que por lo que de mí había hecho, y a fuerza de no ver en mí más que un lacayo, no pude parecerle otra cosa.

Creo que desde entonces experimenté este juego maligno de las miras ocultas que ha perturbado toda mi vida y me ha inspirado una aversión muy natural hacia el orden aparente que las produce. Como la señora de Vercellis no tenía hijos, la heredaba su sobrino, el conde de la Roque, que la visitaba asiduamente. Fuera de éste, sus criados principales, que veían su fin cercano, no se descuidaban, y había tantos oficiosos junto a ella, que difícilmente podía quedarle tiempo para acordarse de mí. Estaba al frente de todo en su casa cierto señor Lorenzi, hombre mañoso, cuya mujer, más ladina aún, había sabido granjearse también la voluntad de su ama, que en la casa vivía más bien como amiga que como sirviente. Le había llevado como camarera una sobrina suya, la señorita Pontal, muchacha astuta que se daba aires de doncella acompañante y ayudaba a su tía a obsesionar también a su ama, que ésta no veía más que por sus ojos ni obraba más que por sus manos. Yo no tuve el honor de agradar a estas tres personas; las obedecía, pero no las servía, ni pensaba que, además de servir a nuestra común ama, tuviese también que ser criado de sus criados. Por otra parte, era yo para ellos una especie de personaje que les tenía intranquilos. Veían perfectamente que no estaba en el lugar que me correspondía, temiéronse que también lo viese la señora y que lo que hiciera para colocarme convenientemente disminuyera sus partes, porque esta clase de gentes, harto voraces y codiciosas para ser justas, miran todos los legados hechos a otros como usurpaciones de lo que les corresponde. Así, pues, se confabularon para apartarme de su vista. A la señora le gustaba escribir cartas; ello era, en su estado, una distracción para ella; hiciéronselo desagradable y lograron que se lo prohibiera el médico, persuadiéndola de que la fatigaba. So pretexto de que yo no sabía cuidarla, pusieron en mi lugar a dos palurdos portasillas para servirla; en fin, tal maña se dieron, que cuando hizo el testamento hacía ya ocho días que yo no entraba en su cuarto. Verdad es que, después de esto, entré allí lo mismo que antes, y aun fui más asiduo que otro alguno, porque los padecimientos de aquella pobre mujer me desgarraban el corazón; la constancia con que los soportaba me la hacían en extremo respetable y querida, y en su cuarto he derramado muchas lágrimas sinceras sin que ni ella ni nadie lo notase.

En fin, la perdimos para siempre. Yo la vi expirar. Su vida había sido la de una mujer de talento y de juicio; su muerte fue la de un sabio. Puedo decir que ella me hizo amable la religión católica por la serenidad de espíritu con que llenó sus deberes, sin descuido ni afectación. Era naturalmente seria, y hacia el fin de su existencia tuvo una especie de alegría harto uniforme para ser fingida, y que sólo era el contrapeso ofrecido por la razón para soportar la tristeza de su estado. Sólo guardó cama los dos días anteriores al de su muerte, y nunca dejó de conversar con todo el mundo. Cuando cesó de hablar, ya en las ansias de la muerte, soltó una ruidosa ventosidad y, vol-

viéndose, dijo: «¡Bueno! Mujer que ventosea no está muerta.» Estas fueron sus últimas palabras.

Había legado a sus criados inferiores un año de sueldo; pero no hallándome incluido en la lista de sus servidores, nada saqué. No obstante, el conde de la Roque me mandó dar treinta libras y me dejó el vestido nuevo que llevaba puesto, y que el señor Lorenzi quería quitarme. Prometióme además que me colocaría, y me permitió que fuese a verle. Fui dos o tres veces sin poder lograrlo, y como me hastiaba pronto, dejé de ir. Luego se verá que hice mal.

¡Cuánto siento que no sea esto todo lo que tengo que decir de mi residencia en casa de la señora de Vercellis! Pero si en la apariencia mi situación siguió siendo la misma, no salí de su casa tal cual había entrado. Llevéme de allí el indeleble recuerdo del crimen y el insoportable peso del remordimiento, que aun después de transcurridos cuarenta años oprime mi conciencia; amargo pesar que, lejos de debilitarse, se irrita a medida que voy envejeciendo. ¿Quién dijera que el delito de un niño pudiese tener tan crueles consecuencias? De estas consecuencias más que probables es de lo que no puede consolarse mi corazón. Tal vez he hecho morir en el oprobio y en la miseria a una niña cariñosa, honrada, apreciable, y que seguramente valía más que yo.

Es muy difícil que la disolución de una casa no lleve consigo alguna confusión y que no se pierdan cosas. Sin embargo, era tal la fidelidad de los criados y la vigilancia de los señores Lorenzi, que no se encontró que faltara nada en el inventario. La señorita Pontal, tan sólo, perdió una cintita rosa y plata, ya usada. Pude echar mano de innumerables cosas mucho mejores; pero sólo me tentó aquella cinta. La cogí, y como no tenía gran cuidado en ocultarla, en seguida me la descubrieron. Preguntáronme dónde la había hallado. Yo me turbé, balbucí, y al fin dije, poniéndome como una amapola, que me la había dado Mariquita. Mariquita era una muchacha de Maurienne, a quien la señora de Vercellis tomó de cocinera, cuando dejó de dar comidas y despidió a la que tenía, en vista de que lo que necesitaba eran buenos caldos y no sabrosos manjares. Mariquita, a más de ser una preciosa muchacha, tenía una frescura de color que sólo se hallaba en las montañas, y además un tan humilde continente, que no era posible verla sin amarla, siendo también buena y de una probidad a toda prueba. Por esto, al nombrarla, todos quedaron sorprendidos. Pero como yo gozaba de igual confianza, fue del caso averiguar cuál de los dos era el culpable. Hiciéronla comparecer; la asamblea era numerosa, y el conde de la Roque estaba allí presente. Así que llegó enseñáronle la cinta y yo la acusé descaradamente; ella se quedó aterrada; calló y me dirigió una mirada que habría desarmado al mismo diablo y a la que mi bárbaro corazón pudo resistir. En fin, negó con firmeza, pero sin enojo; me apostrofó, me exhortó a que volviese en mí y a que no deshonrase a una joven inocente que

ningún daño me había hecho; más yo, con una impudencia infernal, confirmé mi declaración y sostuve, cara a cara, que ella me había regalado la cinta. La pobre niña se echó a llorar y sólo me dijo estas palabras: «¡Ah Rousseau, yo había creído que era usted bueno! ¡Cuán desdichada me hace! ¡Pero yo no quisiera estar en lugar suyo! Nada más.» Continuó defendiéndose con tanta sencillez como firmeza, pero sin permitirse la menor invectiva contra mí. Esta misma moderación, comparada con mi tono resuelto, le hizo daño, pues no parecía natural suponer de una parte tan diabólica audacia y tan angelical dulzura de la otra. A pesar de todo, no se falló terminantemente la cuestión, pero las apariencias inclinaban los ánimos en favor mío; con el trastorno que había, nadie se detuvo a deslindar la verdad, y el conde se contentó con decir, despidiéndonos a los dos, que la conciencia del culpable vengaría al inocente. No ha sido vana su predicción, porque ni un solo día deja de cumplirse.

Ignoro lo que ha sido de esta víctima de mi calumnia, mas no es de suponer que con aquel antecedente hallase con facilidad una buena colocación. Pesaba sobre su honra una acusación terrible bajo todos los conceptos. Lo robado era una bagatela; pero al fin era un robo, y, lo que es peor, verificado para seducir a un joven; además, ¿qué podía esperarse de la mentira y terquedad de quien tantos vicios reunía? Aun la miseria y el abandono a que la expuse no son los mayores peligros; ¿quién sabe adónde pudo conducirle en aquella edad el desaliento de la inocencia envilecida? Y si el remordimiento de haber podido hacerla desgraciada es insoportable, júzguese cómo será el de haber podido hacerla peor que yo.

A veces, este recuerdo me conturba y trastorna hasta el punto de ver en mis insomnios avanzar hacia mí a aquella pobre niña para reprocharme mi crimen, como si lo hubiese cometido el día anterior. Mientras he vivido con tranquilidad poco me ha atormentado; pero en medio de una vida borrascosa, me arrebata el consuelo más dulce la imagen de la inocencia perseguida, haciéndome experimentar lo que creo haber dicho en alguna obra: que los remordimientos se adormecen en el estado próspero y en la adversidad se recrudecen. Nunca he podido resolverme a aliviar mi corazón de este enorme peso, confesando mi culpa en el seno de un amigo; ni la confianza de la mayor intimidad me lo ha arrancado nunca, ni siquiera la señora de Warens. Todo lo que he podido hacer ha sido confesar que tenía que reprocharme una acción atroz, pero nunca dije en qué consistía; por lo tanto, hasta hoy ha permanecido sin aligerarse mi conciencia, y puedo asegurar que el anhelo de libertarme de él, en cierto modo, ha contribuido a la resolución de escribir mis confesiones.

Lisa y llanamente he expuesto la que acabo de hacer, y a buen seguro no dirá nadie que he procurado paliar la fealdad de mi delito. Pero faltaría al objeto de este libro si no manifestara la disposición de mi ánimo y temiese de excusarme en lo que es conforme a la

verdad. Nunca estuvo la malicia más lejos de mí que en aquel cruel momento; y de haber calumniado a esa desdichada joven –será extravagante, pero es la verdad– fue causa el amor que la tenía. Me excusé con la primera persona que se me ocurrió, y ella ocupaba mi mente. Acuséla de haber hecho lo que yo quería hacer: haberme dado la cinta, porque yo quería dársela a ella. Así, cuando la vi comparecer se me desgarró el corazón; mas la presencia de tanta gente pudo más que mi arrepentimiento. Poco miedo me daba el castigo, sólo la vergüenza me producía espanto, y la temía más que a la muerte, más que al crimen, más que a todo lo del mundo. Hubiera querido hundirme y ahogarme en el centro de la tierra. La invencible vergüenza imperó sobre todo; ella sola fue la causa de mi imprudencia, y cuanto más criminal era, tanto más osado me hacía el temor de confesarlo. Sólo tenía en cuenta el horror de verme descubierto y públicamente declarado en presencia mía, ladrón, embustero y calumniador. Una turbación general me alejaba de cualquier otro sentimiento ajeno a éste. Sin duda habría declarado la verdad si me hubieran dejado recobrarme, si el señor de la Roque me hubiera llamado aparte y me hubiera dicho: «No pierda a esta pobre niña; si es culpable confiésemelo a mí.» Inmediatamente me hubiera echado a sus plantas, estoy seguro de ello; más no hicieron sino intimidarme, cuando debían haberme alentado. También hay que tener en cuenta la edad: yo apenas había salido de la infancia, o mejor, estaba en ella todavía. Las verdaderas maldades son en la juventud aún más criminales que en la edad adulta; pero lo que es debilidad únicamente lo es mucho menos, y en el fondo casi no era otra cosa mi delito. Así es que su recuerdo me aflige menos por el mal que era en sí que por el que debe de haber causado; y todavía le debo un bien: el haberme guardado para siempre de toda acción que tendiese al crimen, por consecuencia de la terrible impresión que me ha dejado el único que en la vida he cometido; y conozco que mi aversión a la mentira proviene en gran parte del sentimiento de haber llegado a decir una tan enorme. Si es un crimen que puede ser expiado, como me atrevo a creerlo, debe haberlo sido por el cúmulo de males que me agobian hacia el fin de mi existencia, por mis cuarenta años de probidad y honradez en circunstancias difíciles; y la pobre Mariquita halla tantos vengadores en este mundo, que, por grande que sea el agravio que por mí le fue inferido, no temo mucho llevar conmigo el pecado. He aquí cuanto sobre este asunto tenía que decir. Séame permitido no volver a hablar de ello jamás.

LIBRO TERCERO

1728-1731.–Salí de casa de la señora de vercellis casi como entrara en ella. Regresé a la de mi antigua patrona, donde permanecí unas seis semanas, durante las cuales la salud, la juventud y la ociosidad excitaron con frecuencia mi temperamento. Sentíase inquieto, distraído, meditabundo; lloraba, suspiraba y anhelaba un goce del que no tenía idea, pero cuya privación sentía. No puede describirse semejante estado y son muy pocos los hombres que pueden imaginarlo, porque la mayor parte de ellos se adelantan a esta plenitud de vida que causa tormento y placer al mismo tiempo, ofreciendo en la embriaguez del deseo un preliminar del deleite. Mi sangre enardecida llenaba sin cesar mi mente de niñas y de mujeres; pero no acertando a dar con su verdadero uso, las empleaba extravagantemente en mi imaginación, sin saber hacer otra cosa, y estas ideas mantenían mis sentidos en una actividad muy modesta, de la que, por fortuna, no me enseñaban a libertarme. Hubiera dado la vida por encontrarme, un cuarto de hora siquiera, con otra señorita Goton. Pero ya habían cambiado los tiempos en que los juegos de la infancia conducían a esta clase de expansiones por sí mismos. Con los años había venido la vergüenza, compañera de la conciencia del mal; se había acrecentado mi timidez natural hasta el punto de hacerla invencible, y nunca, ni en aquel tiempo ni después, he podido hacer una proposición lasciva, como no haya sido empujado por la iniciativa de aquella a quien pudiera hacérsela, aun sabiendo que no era escrupulosa, y estando casi seguro de su consentimiento.

Creció mi agitación de tal suerte que, no pudiendo safisfacer mis deseos, los azuzaba con los manejos más extraños. Buscaba pasadizos oscuros, sitios ocultos donde pudiera mostrarme, de lejos, a las miradas de las mujeres en el estado en que hubiera querido verme a su lado. No era el objeto obsceno lo que veían, ni yo pensaba siquiera en ello, sino el ridículo. Es imposible describir el placer

imbécil que experimentaba ofreciendo este espectáculo a sus ojos. De esto a lograr lo que deseaba no había más que un paso, y no me cabe duda de que alguna atrevida, al pasar, habría satisfecho mis deseos, si yo hubiese tenido la audacia de aguantar. Esta locura tuvo un desenlace casi igualmente cómico, pero menos divertido para mí.

Un día me situé en el extremo de un patio donde había un pozo y al que a menudo acudían las muchachas de la casa en busca de agua. En el extremo aquel del patio había un ligero declive que conducía a unas cuevas por varios conductos. En la oscuridad sondeé aquellas avenidas subterráneas, y, hallándolas lóbregas y prolongadas, pensé que no tenían fin y que tendría allí un refugio seguro si me veía sorprendido. Con esta confianza, ofrecía a las muchachas que iban a sacar agua un espectáculo más risible que seductor. Las más discretas fingieron no ver nada; otras, echáronse a reír; otras se alborotaron, creyéndose insultadas. Yo me oculté en mi retiro, pero me persiguieron. Oí una voz masculina, con lo que no contara, y esto me alarmó. Entonces me interné en los subterráneos, a riesgo de perderme en ellos; el ruido, las voces, especialmente la del hombre, no cesaban de seguirme. Había contado con la oscuridad, y vi luz. Entonces me estremecí y me hundí más y más, hasta que una pared me atajó los pasos, y no pudiendo ir más lejos fue preciso aguardar allí mi destino. En un momento fui alcanzado y cogido por un hombretón de bigotes enormes, que llevaba un gran sombrero y un sable descomunal, rodeado de cuatro o cinco viejas armadas con mangos de escoba, entre las cuales vi a la bribonzuela que me había descubierto y que sin duda quería verme la cara.

El hombre del sable, cogiéndome por un brazo, me preguntó rudamente qué hacía allí. Fácilmente se comprenderá que mi respuesta no fue muy pronta. Con todo, me rehíce un poco, y esforzándome en tan crítico momento, forjé un recurso novelesco que me salió bien. Con tono suplicante le dije que tuviese misericordia de mi edad y estado, que yo era un joven extranjero de elevada alcurnia, que había perdido la cabeza y que me había escapado de la casa paterna porque me querían encerrar; que estaba perdido si él me daba a conocer; mientras que si me hacía el favor de soltarme, quizá podría algún día probarle mi agradecimiento. Contra lo que yo me esperaba, mis palabras y mi exterior hicieron efecto; el hombre temible compadecióse, y después de una corta reprensión me soltó suavemente, sin preguntarme nada más. Por la actitud de la joven y las viejas, cuando me dejaron salir, conocí que el hombre que tanto miedo me inspiró me había servido de mucho y que con ellas solas no hubiese salido de allí tan bien librado. Vilas murmurando no sé qué, pero me tenía sin cuidado, pues mientras no se mezclaran en el asunto el sable ni el hombre, estaba seguro de librarme de ellas y de sus palos, porque me sentía ágil y vigoroso.

Algunos días después, yendo en compañía de un joven abate, vecino mío, por poco doy de hocicos con el hombre del sable, quien me reconoció al instante y, remedando mi voz, díjome en tono de mofa: «¡Yo soy príncipe!, ¡yo soy príncipe!, ¡y yo soy un un cobarde!; pero no trate su alteza de repetir el lance.» No dijo una palabra más, y yo me escurrí con la cabeza baja, agradeciendo en el fondo de mi alma su discreción. Aquellas malditas viejas debían haberse burlado de su crueldad. Sea como quiera, por más que fuese un piamontés, era un buen hombre y su recuerdo va unido siempre a mi reconocimiento, pues el caso era tan chusco que, por el solo gusto de hacer reír, cualquiera en su lugar me habría puesto en ridículo. Aunque no tuvo las consecuencias que podía tener, esta aventura no dejó de moderarme por mucho tiempo.

Mi estancia en casa de la señora de Vercellis me procuró algunas relaciones, que traté de cultivar con la esperanza de que podrían serme útiles. Una de ellas era la de un abate saboyano llamado el señor Gaime, preceptor de los hijos del conde de Mellarede. Joven aún, y poco conocido, era un hombre de buen juicio, probo, culto y uno de los más honrados que he conocido en mi vida. De nada me sirvió, en cuanto al móvil que a su casa me llevaba, pues no tenía la bastante influencia para poderme colocar; pero encontré en su trato ventajas más valiosas que me han servido durante toda la vida: lecciones de sana moral y máximas de la razón. En el curso de mis gustos y de mis ideas me había creído siempre demasiado alto o demasiado bajo; Aquiles o Tersites, tan pronto un héroe como un tunante. El señor Gaime tomó a su cargo la tarea de colocarme en mi sitio y hacer que me conociera yo mismo, sin perdonarme nada, pero sin desanimarme. Me habló muy favorablemente de mi sinceridad y de mis buenas prendas; pero añadió que de ellas mismas veía surgir el obstáculo para que púdieran servirme; de manera que, según él, debían servirme, más que de escalones para conseguir la fortuna, de recursos para poder pasar sin ella. Me trazó un cuadro exacto de la vida humana, de la que yo sólo tenía falsas ideas; me hizo ver cómo en la adversidad el hombre prudente siempre puede encaminarse a la felicidad y seguir el derrotero más conveniente para alcanzarla; cómo no existe verdadera felicidad sin la virtud y cómo ésta es compatible con todos los estados. Disminuyó mucho mi admiración por la grandeza, probándome que los que dominan a los demás no son más sabios ni más dichosos. Díjome una cosa que frecuentemente he tenido ocasión de recordar, y es que si cada uno pudiese leer en el corazón del prójimo, serían muchos más los que desearían bajar que los que anhelaran subir. Esta reflexión, cuya verdad choca y nada tiene de exagerada, me ha sido de suma utilidad durante el curso de mi vida, para mantenerme en mi puesto tranquilamente. Él me dio las primeras ideas verdaderas de lo bueno, porque yo, con mi carácter dado a la exageración, sólo había

conocido los extremos. Hízome notar que el entusiasmo por las virtudes sublimes era poco corriente en la sociedad; que, remontándose demasiado, estaba uno sujeto a las caídas; que la continuidad de los deberes menudos, cumplidos siempre bien, no requerían menos temple que las acciones heroicas; que aquéllos producían mejor resultado para nuestra honra y nuestra dicha, y que era infinitamente mejor contar siempre con la estimación de los hombres que no con su admiración alguna vez que otra.

Para determinar los deberes del hombre, preciso era remontarse a sus principios. Por otra parte, el paso que yo acababa de dar –la situación en que me hallaba sólo era una consecuencia del mismo– nos llevó a hablar de religión. Ya habrá comprendido el lector que el honrado señor de Gaime era, en gran parte al menos, el verdadero original del vicario saboyano. Sólo que, obligado por la prudencia, se explicó con menos claridad sobre ciertos puntos; pero por lo demás, sus máximas, sus sentimientos, sus opiniones fueron las mismas, y hasta lo de aconsejarme regresar a mi patria, todo fue como posteriormente he dicho en público.

Así, pues, sin extenderme en consideraciones de que cada cual puede darse cuenta en sustancia, diré que sus prudentes lecciones, aunque infructuosas al principio, fueron un germen de virtud y de religión que jamás se extinguió en mi corazón, y que para fructificar sólo esperaban los cuidados de una mano más querida.

Aunque mi conversión no fuese por entonces muy firme, no dejaba de hallarme conmovido, y en vez de serme su conversación molesta, resultó de mi gusto, a consecuencia de su claridad, su sencillez y sobre todo de cierta sensibilidad que de ella rebosaba. Tengo un corazón cariñoso y siempre me he sentido atraído hacia las gentes, más por el cariño que me han demostrado que por el bien que me han hecho; y en esto casi nunca me engañó mi tacto. Así es que me aficioné al señor Gaime, siendo, por decirlo así, su segundo discípulo, y esto me hizo por lo pronto el inestimable bien de apartarme de la pendiente del vicio adonde me precipitaba la ociosidad.

Cuando menos lo pensaba, un día vinieron a buscarme de parte del señor conde de la Roque, en cuya casa había dejado de presentarme, en vista de que nunca podía verle y creyendo que me había ya olvidado o que conservaba de mí una impresión poco favorable. Pero me equivocaba: más de una vez había presenciado el gusto con que desempeñaba mis deberes en casa de su tía, y aun la había hablado de ello, y en nuestra entrevista lo volvió a recordar cuando yo ya no me acordaba. Me recibió muy bien y me dijo que no había querido entretenerme con vagas promesas, sino que me había buscado una colocación, y habiéndola encontrado me ponía en camino de ser alguna cosa, tocándome a mí hacer lo demás; que la casa donde iba a entrar era poderosa y distinguida; que no necesitaba otra protección para hacer carrera, y que si bien entraría al principio

de simple criado, como antes lo fui, podía estar seguro de que estaban dispuestos a no dejarme en tal estado, si me juzgaban superior a él por mis sentimientos y mi conducta. El final de este discurso desmintió cruelmente las risueñas esperanzas que su principio me había hecho concebir. «¡Cómo! ¡Siempre lacayo!», díjeme con amargo despecho. Pero luego recobré la confianza. Me sentía demasiado poco a propósito para semejante condición, por lo que no temía que me dejasen en ella.

Condújome a casa del conde de Gouvón, primer caballerizo de la reina y jefe de la ilustre casa de Solar. El noble aspecto de aquel venerable anciano hízome más tierna la afabilidad de su acogida. Interrogóme afectuosamente, y yo le respondí con sinceridad. Y dirigéndose al conde de la Roque le dijo que yo tenía una fisonomía agradable y que prometía ingenio; que le parecía no carecer de él efectivamente, pero que esto no era bastante y que convenía ver lo demás; luego, dirigiéndose a mí, añadió: «Hijo mío, casi todos los principios son difíciles; sin embargo, los tuyos no lo serán mucho. Sé discreto y procura agradar a todos; he aquí, por ahora tu obligación; por lo demás, pierde cuidado, que no faltará quien cuide de ti.» En seguida me presentó a su nuera, la marquesa de Breil, y luego al abate de Gouvón, hijo suyo.

Esta entrada me pareció de buen agüero, pues ya sabía por experiencia que no se tienen tantos miramientos para admitir a un lacayo. En efecto, no fui tratado como tal. Me destinaron a ayuda de mesa y no me dieron librea; y habiendo querido el conde Favria, joven atolondrado, hacerme subir a la trasera de su carroza, su abuelo lo prohibió en absoluto, como asimismo que acompañase a nadie fuera de casa. Sin embargo, servía a la mesa y hacía, poco más o menos, el quehacer de un lacayo; pero lo hacía hasta cierto punto voluntariamente, y sin que estuviese destinado de exprofeso al servicio de nadie. Fuera de algunas cartas que me dictaban y de los dibujos que me hacía recortar el conde de Favria, podía disponer a mi antojo de casi todo el día. Esta prueba, en la que yo no paraba mientes, era sobremanera peligrosa; y no era tampoco muy humanitaria, porque tanta ociosidad podía hacerme contraer muchos vicios que de otra suerte no habría tenido.

Mas, por fortuna, no ocurrió esto. Me hallaba bajo la impresión de las lecciones del señor Gaime, y las oía con tanto gusto que aun algunas veces me escapaba para ir a escucharle. De seguro que quienes me veían salir a hurtadillas estaban lejos de sospechar adónde iba. No puede imaginarse nada más sensato que los consejos que me dio acerca de mi conducta. Mis comienzos fueron admirables; mostraba una asiduidad, una atención y un celo que eran el encanto de todos. El abate Gaime me advirtió prudentemente que moderara este ardor primero, temeroso de que se debilitara y fuese notado. «Se le exigirá –me dijo– con arreglo a lo que haga ahora;

procure hacer más en lo sucesivo, pero guárdese de hacer nunca menos.»

Como apenas había examinado mis habilidades, y no me suponían más dotes de las que la Naturaleza me concediera, no parecían dispuestos a utilizarme en nada, no obstante lo que el conde de Gouvón me había dicho. Ocurrieron además algunos incidentes, y yo quedé poco menos que olvidado. Era entonces embajador en Viena el marqués de Breil, hijo del conde de Gouvón, y en la corte verificáronse acontecimientos que influyeron en la familia, de modo que durante algunas semanas reinó en ésta tal agitación que no hubo tiempo de pensar en mí. No obstante, hasta entonces me había maleado muy poco. Una cosa me hizo bien y mal a un mismo tiempo, alejándome, por una parte de toda distracción exterior, si bien por otra hubo de apartarme algo de mis deberes.

La señorita de Breil era una joven aproximadamente de mi edad, bien formada, bastante hermosa, muy blanca, con el cabello muy negro, y aunque morena, reflejábase en su rostro esa dulzura propia de las rubias a la que jamás ha sabido resistir mi corazón. El traje de corte, que tanto favorece a la juventud, dibujaba su hermoso talle y realzaba su seno y hombros, contribuyendo al mayor atractivo de su tez el vestido de luto que entonces se llevaba.

Se dirá que un criado no debe notar tales cosas. Efectivamente, hacía mal; mas con todo esto, yo lo observaba, y no era el único. El maestresala y los ayudas de cámara hablaban de ella en la mesa, algunas veces de tan grosero modo, que me hacía sufrir cruelmente. Sin embargo, no perdí el juicio hasta el punto de enamorarme de verdad. No olvidaba mi situación; manteníame en mi sitio, y hasta mis deseos permanecían dormidos. Me agradaba ver a la señorita de Breil y oírle decir algunas palabras que revelaban talento, juicio y honestidad; ciñéndose mi ambición al placer de servirla, no traspasaba los límites de mis deberes. En la mesa espiaba las ocasiones de hacerlo ver. Si su lacayo se apartaba un instante de su silla, en seguida ocupaba yo el puesto; fuera de esto, me situaba frente a ella, adivinando en sus ojos lo que iba a pedir y atisbando el momento de cambiar su plato. ¡Qué no habría hecho yo para que se dignara mandarme alguna cosa, dirigirme una mirada, decirme una sola palabra! Pero nada; tenía la mortificación de no ser nada para ella; ni siquiera percatábase de que yo estuviese allí. Sin embargo, un día, su hermano, que alguna vez me dirigía la palabra en la mesa, me dijo no sé qué cosa agradable y yo le di una respuesta tan delicada e ingeniosa que le llamó la atención y me dirigió una mirada que, aunque fugaz, no dejó de regocijarme. Al día siguiente se presentó nueva ocasión, y la aproveché. Dábase una gran comida, en la que por primera vez vi al maestresala servir con la espada al cinto y el sombrero puesto, lo que me sorprendió sobremanera. Por casualidad hablóse del lema de la casa de Solar, que se veía en los tapices junto

con los blasones: *Tel fiert qui ne tue pas.* Como los piamonteses no son generalmente muy fuertes en la lengua francesa, alguno halló una falta de ortografía en el lema, y dijo que en la palabra *fiert* sobraba la t.

El anciano conde de Gouvón iba a responder; mas habiendo visto que yo me sonreía, sin atreverme a decir nada, me ordenó que hablase. Entonces dije que, en mi opinión, no estaba de más la t; que *fiert* era una voz francesa anticuada que no procedía de *ferus,* fiero, amenazador, sino del verbo *ferit,* golpea, hiere, y que, por lo tanto, no me parecía que el lema dijese: *Tal amenaza,* sino *Tal hiere que no mata.*

Todos me miraron, y se miraron sin decir una palabra. Jamás se ha visto un asombro semejante. Pero lo que más me halagó fue la satisfacción que claramente hubo de reflejarse en el rostro de la señorita de Breil. Esta joven tan desdeñosa se dignó dirigirme otra mirada que, por lo menos, valía tanto como la primera; en seguida, volviéndose hacia su abuelo, pareció esperar con impaciencia el elogio que me debía, y que me tributó, en efecto, tan completo y con tan señaladas muestras de satisfacción, que todos los que estaban en la mesa se apresuraron a hacerle coro. Este instante fue breve, pero por todos conceptos delicioso. Fue uno de esos momentos harto raros que vuelven las cosas a su orden natural y vengan al mérito desconocido de los ultrajes de la fortuna. Algunos minutos después, la señorita de Breil, levantando los ojos expresamente para mirarme, me rogó, con acento tan tímido como afable, que le sirviese de beber. No me hice esperar, como pueden figurarse; mas al acercarme a ella se apoderó de mí tal turbación que, habiendo llenado demasiado el vaso, derramé una parte del agua sobre la servilleta e incluso sobre su vestido. Su hermano me preguntó, atolondradamente, por qué temblaba de tal modo. Esta pregunta fue poco a propósito para serenarme, y la señorita de Breil se puso como una amapola.

Aquí concluyó la novela; por ella se verá –tal me ocurrió con la señora de Basile y tal me ha ocurrido siempre– que soy muy poco afortunado en la conclusión de mis amores. Me aficioné inútilmente a la antecámara de la señora de Breil, pues jamás obtuve una sola prueba de atención por parte de su hija. Salía y entraba sin mirarme, y yo apenas me atrevía a levantar los ojos a su paso. Y aun era tan imbécil y desdichado, que un día que al pasar se le cayó un guante, en vez de lanzarme a coger aquella prenda que hubiera querido comerme a besos, no me atreví a moverme de mi sitio y dejé que la cogiera un animal de criado a quien de buena gana hubiese aplastado.

Para acabar de intimidarme noté que no tenía el honor de agradar a la señora de Breil. No sólo no me mandaba nunca nada, sino que ni siquiera quería mis servicios. Hallándome en su antecá-

mara en dos ocasiones me dijo, con tono altanero, si no tenía nada que hacer. Fue, pues, preciso renunciar a este amado refugio. Al principio me fue muy doloroso, pero después vinieron las distracciones y no pensé más en ello.

Me consolé de los desdenes de la señora de Breil con las bondades de su suegro, que al fin se acordó de que yo estaba allí. La noche de la comida de que he hablado tuvo conmigo una conversación que pareció satisfacerle y que a mí me encantó. Aunque hombre de talento, este buen anciano distaba mucho de tener tanto como la señora de Vercellis; pero tenía más corazón, y adelanté más en su casa. Díjome que me arrimase a su hijo el abate Gouvón, que sentía afecto por mí, lo cual podría serme útil si yo sabía aprovecharlo, y proporcionarme lo que me faltaba para lo que se pretendía hacer conmigo. A la mañana siguiente fui a visitar al señor abate, que no me recibió como a un criado, sino que, haciéndome sentar junto al brasero, me interrogó con la mayor dulzura, dándose cuenta, desde luego, que había comenzado a aprender muchas cosas, sin llegar a terminar ninguna. Al notar, sobre todo, que me hallaba muy atrasado en latín se propuso enseñármelo mejor, para lo cual quedamos en que iría yo todos los días muy de mañana a su habitación, como así lo hice desde el siguiente. Así es que por una de esas anomalías tan frecuentes en mi vida era a un tiempo discípulo y criado en la misma casa, teniendo allí mismo donde servía un maestro que podía serlo, por su nacimiento, de hijos de reyes.

El abate de Gouvón era un segundón destinado por su familia al episcopado, por lo cual su enseñanza fue mucho más allá de lo que suele ir la de los hijos de las familias distinguidas. Había asistido a la Universidad de Siena, donde estudió varios años y de donde trajo una dosis de *cruscantismo* [1] bastante considerable para ser en Turín, poco más o menos, lo que otro tiempo en París el abate Dangeau. El cansancio de la teología le había hecho entregarse a las bellas letras, cosa muy común en Italia entre los que siguen la carrera de la prelatura, de modo que había leído a los poetas; componía regulares versos italianos y latinos y, en una palabra, tenía el gusto necesario para formar el mío y poner algún orden en el fárrago de que atiborraba mi cabeza. Pero bien porque mi locuacidad le hubiese ilusionado respecto a mi saber, bien porque no pudiese sufrir el fastidio de los elementos del latín, el caso es que a poco hízome adelantar demasiado, y apenas me había hecho traducir algunas fábulas de Fedro, cuando ya me metió en el Virgilio, del que yo no entendía casi nada.

Como se irá viendo, mi destino era estudiar latín a menudo y no saberlo jamás. Mientras tanto yo trabajaba con bastante asiduidad, y el señor abate prodigábame sus cuidados con tal cariño que todavía

[1] Purismo.

su recuerdo me enternece. Pasaba con él una buena parte de la mañana, así para mi instrucción como para su servicio, no el de su persona, porque nunca permitió que le hiciese ninguno, sino para escribir al dictado y para copiar; y mi papel de secretario fue para mí de más provecho que el de discípulo.

No sólo aprendí de este modo el italiano en toda su pureza, sino que también me aficioné a la literatura y a apreciar los buenos libros, cosa que no podía adquirirse en casa de la Tribu, y que me sirvió mucho cuando más tarde me dediqué a trabajar por mi cuenta.

Ésta fue la época de mi vida en la que, sin proyectos novelescos, pude entregarme de más razonable modo a tener esperanzas en lo por venir. El señor abate hablaba muy bien de mí a todo el mundo, y su padre cobróme tal cariño, que, según me dijo el conde de Favria, le habló de mí al rey. Hasta la misma señora de Breil dejó de mirarme con menosprecio. En fin, llegué a ser una especie de favorito de la casa, con gran envidia de los demás criados, que al verme favorecido por las lecciones del hijo de su amo diéronse perfecta cuenta de que ello no sería para dejarme mucho tiempo al nivel de ellos.

Por lo que he podido colegir de algunas frases cogidas al vuelo, referentes a lo que se proponían hacer conmigo y acerca de las cuales sólo he reflexionado cuando ya no era tiempo, me ha parecido que, deseando la casa de Solar consagrarse a la carrera diplomática y quizá más tarde a la del ministerio, hubiera deseado formar con tiempo una persona de mérito y capacidad que, dependiendo sólo de ella, hubiese podido merecer su confianza en lo sucesivo y serle de utilidad. Este proyecto del conde de Gouvón era noble, discreto, magnánimo y verdaderamente digno de un prócer previsor y benéfico; pero aparte de que yo entonces no veía este plan en toda su amplitud, era demasiado sensato para mi cabeza y exigía una sujeción harto prolongada. Mi loca ambición sólo buscaba la fortuna por medio de las aventuras; y como no veía mujer alguna en todo esto, semejante modo de lograrla me parecía lento, penoso y triste; siendo así que hubiera debido hallarlo tanto más honroso y seguro cuanto que no se mezclaban en él las mujeres, ya que las cualidades que ellas favorecen no valen seguramente lo que aquellas otras que me suponían.

Todo marchaba a pedir de boca. Había obtenido, casi arrancado, la estimación de todos; había concluido el tiempo de las pruebas; en la casa miraban, generalmente, como a un joven que prometía mucho, que no estaba en su lugar y que era de suponer llegase a ocupar el puesto merecido. Mas no era mi destino el que me señalaban los hombres y debía llegar a él por caminos muy diferentes. Y ahora se me ofrece uno de esos rasgos característicos que me son propios, y que basta exponer, sin añadir reflexión ninguna.

Aunque había en Turín muchos neófitos en el mismo caso que yo, no me inspiraban ninguna simpatía, de modo que ni siquiera traté de acercarme a ellos. Pero había visto a algunos ginebrinos que no lo eran, uno de los cuales se llamaba Musard, y de sobrenombre «Bocatorcida», pintor de miniaturas, algo pariente mío, quien descubrió mi residencia y vino a verme acompañado de otro ginebrino llamado Bâcle, del que fui compañero durante mi aprendizaje. El tal Bâcle era un muchacho divertidísimo, chancero, bromista y lleno de agudezas burlonas que su edad hacía agradables. Y he aquí que de repente me aficiono al señor Bâcle, hasta el punto de no poder vivir sin él. Iba a partir en breve para regresar a Ginebra. ¡Qué pérdida para mí! Me percaté de toda su magnitud, y para aprovechar el tiempo no me separé más de él, o mejor dicho, él no se separó de mí, porque al principio no perdí el juicio hasta el extremo de pasar con él fuera de casa todo el día sin pedir permiso; pero luego, al ver que me asediaba de continuo, prohibiéronle la entrada: me acaloré de tal suerte que, olvidándolo todo, menos a mi amigo Bâcle, no iba por casa del abate ni por la del señor conde, y no me veían en todo el día. Hiciéronme reflexiones que no escuché; me amenazaron con que me despedirían, y esta amenaza fue mi perdición, porque me hizo pensar en la posibilidad de que Bâcle no se marchara sólo. Desde aquel momento ya no imaginé otro placer, otra fortuna, otra felicidad que la de hacer un viaje semejante, y sólo veía en ello la inefable dicha de hacer el viaje, a cuyo término entreveía, para colmo de ventura, a la señora de Warens, pues en cuanto a volver a Ginebra no lo pensé nunca. Los montes, los prados, los bosques, los arroyos y los pueblos se sucedían sin fin y sin intervalo con nuevos atractivos; este venturoso trayecto parecía que debía absorber mi vida entera. Acordábame, con delicia de cuán hermoso hubo de parecerme al venir, aquel viaje. ¡Qué no me parecería entonces, cuando a todos los atractivos de la independencia se juntaba el de hacer el camino con un compañero de mi edad, de mi gusto y de buen humor; sin molestias, sin deberes, sin restricciones, sin obligación de andar o parar y sin más ley que nuestro antojo! Era preciso estar loco para sacrificar semejante suerte a proyectos ambiciosos, de ejecución lenta, difícil, incierta, y que, suponiéndolos realizados algún día con todo su esplendor, no valían un cuarto de hora de verdadero placer y libertad durante la juventud.

Llena la cabeza de estas ilusiones, de tal suerte me comporté que a la postre me despidieron y, a la verdad, no sin mucho trabajo. Una noche, al volver a casa, el maestresala me notificó mi despedida en nombre del señor conde. Esto era precisamente lo que yo deseaba, porque conociendo, a pesar mío, la extravagancia de mi conducta, para disculparme añadí a ella la injusticia y la ingratitud, creyendo inducirles de este modo a mostrarse injustos y a justificar ante mí mismo un partido tomado por la fuerza de las circunstancias. Me

dijeron de parte del conde de Favria que fuese a hablarle a la mañana siguiente, antes de irme; y como ya se echaba de ver que habiendo perdido la cabeza era yo capaz de no obedecer, el maestresala dejó para después de esta entrevista la entrega de algún dinero que me habían destinado, y que seguramente gané muy mal, porque no queriendo dejarme en la situación de criado, no me habían asignado sueldo.

A pesar de su juventud y ligereza, el conde de Favria me hizo en aquella ocasión las observaciones más sensatas, y casi me atrevo a decir las más afectuosas; tan halagüeña y tierna fue la exposición que me hizo de las atenciones de su tío y las miras de su abuelo. En fin, después de haberme manifestado cuánto sacrificaba para correr en pos de mi perdición, me ofreció interceder en mi favor, exigiendo por toda condición que no viese más a aquel desgraciado muchacho que me había seducido.

Era tan claro que no me decía todo esto por su cuenta, que a pesar de mi estúpida ceguera conocí toda la bondad de mi anciano señor y me conmoví; pero aquel amado viaje hallábase harto impreso en mi fantasía para que hubiese nada capaz de contrarrestar su encanto. Estaba enteramente fuera de mí; me revestí de valor, me endurecí, echélas de orgulloso, y repuse con arrogancia que, dado que me despedían, yo me conformaba; que ya no era tiempo de volver atrás, y que a pesar de todo lo que pudiera acontecerme en la vida, estaba resuelto a no hacerme despedir dos veces de una casa. Entonces, justamente irritado, me calificó como me merecía, y echándome de su habitación, cerró la puerta tras de mí. Yo salí triunfante, como si acabase de ganar una gran victoria, y por temor de verme obligado a sostener un nuevo combate cometí la villanía de marcharme sin ir a dar las gracias al abate por sus bondades.

Para que se pudiera juzgar hasta dónde llegaba mi delirio sería preciso conocer hasta qué punto es susceptible mi corazón de entusiasmarse con las cosas más insignificantes, y cuán locamente se embriaga con la imagen del objeto que le seduce, por vano que sea muchas veces. Vienen a acariciar mi favorita idea los planes más caprichosos, más infantiles y más locos, presentándome como muy verosímil su realización. ¿Quién creerá que casi a los diecinueve años pueda nadie fundar en una redomita vacía la subsistencia del resto de la vida? Pues bien, escuchad.

El abate Gouvón me había regalado, algunas semanas antes, una fuentecita de Herón muy linda y de la que yo estaba enamorado. A fuerza de hacer funcionar la fuente y hablar de nuestro viaje, el discreto Bâcle y yo imaginamos que la primera podía muy bien servirnos para el segundo y prolongarlo. ¿Qué había más curioso en el mundo que una fuente de Herón? Ésta fue la base sobre la cual construimos todo el edificio de nuestra fortuna. En cada pueblo reuniríamos público en torno de nuestra fuente, y así las comidas y aga-

sajos nos lloverían en tanta mayor abundancia cuanto que uno y otro creíamos de buena fe que los víveres no les costaban nada a quienes los cogían, y que si a veces no se les ofrecían a los caminantes, ello era por pura mala voluntad. No imaginábamos otra cosa que bodas y festines por todas partes, contando con que sin emplear más que el aire de nuestros pulmones y el agua de nuestra fuente nos veríamos libres de todo gasto en el Piamonte, Saboya, Francia y en todas partes. Hacíamos proyectos de viajes interminables, y encaminábamos nuestra ruta primero hacia el Norte, más por el gusto de pasar los Alpes que por la supuesta necesidad de detenernos al fin en algún sitio.

1731-1732.–Tal fue el plan que puse en práctica, abandonando sin pesar a mi protector, a mi maestro, mis estudios, mis esperanzas y la probabilidad de una fortuna casi segura, para dar principio a una vida de verdadero vagabundo. Adiós capital, adiós corte, adiós ambición, vanidad, amor, mujeres hermosas, y todas las grandes aventuras cuya esperanza me había guiado el año anterior. Partí con mi fuente y mi amigo Bâcle, con el bolsillo escasamente provisto, pero con el corazón henchido de júbilo y sin otra idea que la de gozar de esa felicidad ambulante a la que súbitamente limitara mis brillantes proyectos.

Aquel extravagante viaje lo llevé a cabo casi tan a gusto como me lo prometiera, pero no enteramente del mismo modo, pues aunque nuestra fuente divertía algunos ratos a las dueñas y criadas de las posadas, no por ello nos librábamos de pagar el gasto a la salida. Pero esto nos inquietó muy poco, y no pensábamos en sacar partido de aquel recurso sino cuando nos faltase el dinero. Un accidente nos evitó este trabajo: la fuente se rompió cerca de Bramante; ya era tiempo, porque conocíamos, sin atrevernos a comunicárnoslo, que empezaba a sernos molesta. Esta desgracia nos puso más alegres que antes, y nos reímos mucho de la ligereza cometida al no tener en cuenta que nuestros zapatos y vestidos se estropearían, o creyendo reemplazarlos por medio de nuestra fuente. Proseguimos el viaje tan jubilosos como lo empezáramos, si bien caminando algo más de prisa hacia su término, al que nos obligaba a llegar cuanto antes la circunstancia de irse agotando nuestro bolsillo.

En Chamberí empecé a meditar, no sobre la estupidez cometida, porque nadie supo nunca resignarse con lo pasado tan pronto ni tan bien como yo, sino sobre la acogida que me aguardaba en casa de la señora de Warens; porque yo consideraba su casa ni más ni menos que como si fuese la mía paterna. Habíale escrito comunicándole mi entrada en casa del conde Gouvón; ella sabía de qué modo estaba en la misma, y al felicitarme por ello, me aleccionó muy bien, diciéndome cómo debía corresponder a la liberalidad con que me trataban. Consideraba hecha mi fortuna, si yo no la destruía por mi culpa. ¿Qué diría al verme llegar? Ni un instante siquiera pensé que pudiera

rechazarme; pero me espantaba la idea del dolor que iba a producirle y temía sus reproches, más terribles para mí que la miseria; sin embargo, tomé la resolución de sufrirlo todo en silencio y hacer lo posible para apaciguarla. Nada veía en el mundo más que a ella; vivir en su desgracia me era de todo punto imposible.

Lo que más me inquietaba era mi compañero de viaje, al que no quería dejar plantado y del que temía no poder desembarazarme fácilmente. Para preparar nuestra separación, me conduje con él fríamente durante la última jornada. El pícaro me comprendió; era más atolondrado que necio. Yo había creído que mi inconstancia le apesadumbraría y hube de equivocarme; a mi amigo Bâcle nada le causaba profunda impresión. Al llegar a Annecy, apenas habíamos entrado en la ciudad, me dijo: «Cátate en tu casa.» Me abrazó, se despidió de mí, hizo una pirueta y desapareció. No he vuelto nunca a oír hablar de él. Nuestras relaciones y nuestra amistad duraron, en junto, unas seis semanas; pero sus consecuencias durarán mientras yo viva.

¡Cómo latía mi corazón al acercarme a la casa de la señora de Warens! Temblábanme las piernas, cubría mis ojos un velo; nada oía, nada veía, ni habría reconocido a nadie; me vi obligado a detenerme varias veces para respirar y recobrarme. ¿Era tal vez el temor de no obtener el socorro que necesitaba lo que me ponía en tal estado? A la edad que yo tenía entonces, el miedo a morir de hambre, ¿produce tal inquietud? No, no; lo digo con tanta verdad como orgullo; nunca, en ninguna circunstancia de mi vida, pudieron dilatar u oprimir mi corazón la abundancia ni la indigencia. En el transcurso de una vida desigual y memorable por sus vicisitudes, sin asilo y sin pan muy a menudo, siempre he mirado con iguales ojos la opulencia y la miseria. En caso necesario hubiera podido mendigar o robar como cualquier otro, pero no turbarme por verme reducido a tal extremo. Pocos hombres habrán sufrido tanto como yo, pocos habrán derramado tantas lágrimas; pero ni la pobreza ni el temor de caer en ella me han arrancado jamás un suspiro ni una lágrima. Capaz de resistir a los vaivenes de la fortuna, mi espíritu no ha conocido más bienes ni más males que aquellos no dependientes de él; y precisamente cuando no me ha faltado nada de lo necesario es cuando me he sentido el más infeliz de los hombres.

Apenas me vi en presencia de la señora de Warens tranquilizóme su fisonomía, y al oír su acento sufrí una vivísima emoción, me precipité a sus plantas, y en un rapto del más grande júbilo posé en su mano mi boca. En cuanto a ella, ignoro si había tenido noticias de mi viaje; pero no se reflejó en su semblante gran sorpresa ni la más leve sombra de disgusto. «¡Pobre muchacho! –me dijo con cariñoso acento–. ¿Estamos ya de vuelta? Ya sabía yo que eras harto joven para emprender este viaje; pero me alegra, al menos, que no haya resultado tan mal como temía.» Luego me hizo relatar mi historia,

que no fue larga, y que referí con toda fidelidad, sin perdonarme ni excusarme nada, aunque suprimiendo algunos puntos.

Tratóse en seguida de mi albergue, y al efecto consultó con la doncella. Yo no me atrevía a respirar durante aquella deliberación; mas cuando oí que dormiría en la casa, con trabajo pude contenerme, y vi conducir mi reducido equipaje al cuarto que me destinaban, poco más o menos como Saint-Preux vio meter su silla de posta en casa de la señora de Wolmar. Para colmo de ventura, supe que este alojamiento no sería interino, y en un momento en que me creían distraído en otra cosa oí que decía: «Dirán lo que quieran, pero ya que la Providencia me lo devuelve, estoy resuelta a no abandonarle.»

Vime, al fin, establecido en su casa. Sin embargo, aún no comenzaron con esto los días felices de mi vida; pero ello sirvió de preparación. Aunque esa sensibilidad de corazón que nos permite verdaderos goces íntimos sea obra de la Naturaleza, y tal vez un efecto del organismo, necesita sin embargo situaciones propicias para su desarrollo. Sin esas causas ocasionales, una persona que hubiese nacido muy sensible no sentiría nada y moriría sin haberse conocido a sí misma. Tal, o poco menos, había sido yo hasta entonces, y así probablemente habría continuado siendo de no conocer a la señora de Warens, o si, aun conociéndola, no hubiese vivido a su lado tiempo bastante para contraer el dulce hábito de los sentimientos afectuosos que me inspiró. Me atrevo a afirmar que el que sólo ha sentido el amor no ha sentido lo más dulce que puede experimentarse. Conozco otro sentimiento, tal vez menos violento, pero mil veces más delicioso, que puede hallarse junto con el amor, pero que se presenta con frecuencia separado de él. Este sentimiento no es tampoco amistad; es más voluptuoso, más tierno, y no creo que pueda existir entre personas de un mismo sexo; a lo menos yo he rendido culto a la amistad como el que más y, sin embargo, no he experimentado nunca ese sentimiento por ninguno de mis amigos. Esto no es muy inteligible, pero ya se aclarará con lo que sigue; los sentimientos no se describen bien sino por sus efectos.

Vivía la señora de Warens en esa casa antigua, pero bastante capaz para disponer de una hermosa habitación de reserva, que tenía destinada a sala de estrado, y allí fue donde me alojaron. Este aposento daba al pasadizo antes citado, donde tuvo lugar nuestra primera entrevista; al otro lado del arroyo y de los jardines se extendía la campiña. Este espectáculo no era una cosa indiferente para mí. Desde mi estancia en Bossey, era la primera vez que veía el campo desde mi ventana. Enterrado siempre entre paredes, no había tenido ante mis ojos más que tejados y el color gris de las calles. ¡Cuán agradable fue para mí esta novedad, y cómo aumentó mi predisposición a la ternura! También consideraba aquel hermoso paisaje como uno de los favores de mi cara protectora. Parecíame que

lo había colocado allí de exprofeso para mi deleite: allí me situaba yo tranquilamente junto a ella; la veía por todas partes, entre las flores y la verdura; sus encantos y los de la primavera se confundían ante mis ojos. Mi corazón, comprimido hasta entonces, se hallaba más a sus anchas en este espacio y mis suspiros se exhalaban más libremente entre aquellos vergeles.

En casa de la señora de Warens no había la magnificencia que yo había visto en Turín; pero sí mucho aseo y una abundancia patriarcal, que nunca se aviene con el fausto. Tenía poca vajilla de plata, nada de porcelana; no entraba caza en su cocina, ni vinos extranjeros en su bodega; pero una y otra estaban bien provistas y a la disposición de todo el mundo, y en sencillas tazas de loza ofrecía un café excelente. Cualquiera que fuera a visitarla quedaba invitado a comer con ella o en casa; y nunca, obrero, transeúnte o mensajero, salían de allí sin comer o beber. Su servidumbre se componía de una doncella friburguesa bastante linda, llamada Merceret; de un criado, paisanos suyos, llamado Claudio Anet, del que hablaremos más adelante; de una cocinera y dos conductores de alquiler para la silla de manos, cuando iba de visita, cosa que hacía raras veces. Mucho era para una renta de sólo dos mil libras; sin embargo, su reducido peculio, bien administrado, habría sido suficiente en un país donde la tierra es muy buena y muy escaso el dinero. Desgraciadamente, nunca fue la economía su virtud favorita; se llenaba de deudas, después pagaba, entraba el dinero por un lado y salía por otro, y así iba pasando.

El modo como estaba montada su casa era exactamente el que yo hubiera escogido; puede juzgarse, por lo tanto, si me aprovecharía de ello con gusto. Lo que más me disgustaba era que teníamos que permanecer mucho tiempo en la mesa. La primera impresión del olor de la sopa y los manjares era para ella muy penosa, hasta el punto de que casi le hacía desmayarse; y esta penosa impresión duraba mucho rato, hasta que poco a poco, se reponía y hablaba, pero no comía. Hasta después de media hora no probaba el primer bocado. Yo habría comido tres veces en aquel intervalo, y hacía rato que había concluido cuando ella empezaba. Para acompañarla, volvía a comer; así es que comía por dos, y no me iba del todo mal. En fin, entregábame tanto más al goce del bienestar que a su lado experimentaba, cuanto que no iba mezclado con la menor inquietud acerca de los medios para poder sostenerlo. No estando aún iniciado en la íntima confidencia de sus negocios, la suponía en estado de proseguir viviendo siempre de la misma manera. En lo sucesivo, nunca dejé de hallar en su casa idénticas satisfacciones; pero mejor enterado de su posición real, y viendo que su renta se disipaba, ya no me fue posible gozarlas tan tranquilamente. La previsión ha amargado siempre mis goces. De nada me ha servido adivinar el porvenir, porque nunca me ha sido posible evitarlo.

Desde el primer día se estableció entre nosotros la más dulce familiaridad y de la misma manera siguió hasta el final de su vida. *Niño* fue mi nombre y el suyo *Mamá;* y siempre seguimos siendo Niño y Mamá respectivamente, aun después de que los años casi borraran la distancia que entre los dos había. Yo creo que estos nombres expresaban perfectamente nuestra posición respectiva, la sencillez de nuestras relaciones y sobre todo la correspondencia de nuestras almas. Ella fue para mí la más tierna de las madres; jamás buscó su placer, sino mi bien; y si los sentidos se mezclaron en mi afecto hacia ella, no fue ciertamente para cambiar su naturaleza, sino para hacerlo más exquisito, para embriagarme con el encanto de tener una mamá joven y hermosa que me complacía en acariciar; digo acariciar al pie de la letra, porque nunca trató de escatimarme los besos y las más tiernas caricias maternales, ni jamás entró en mi corazón el deseo de abusar de ello. Se dirá que, no obstante, al fin hemos tenido relaciones de otra especie; es cierto, pero es preciso esperar; no es posible decirlo todo de una vez.

El primer instante de nuestra primera entrevista fue el único verdaderamente apasionado que me inspiró, y aun fue un efecto de la sorpresa. Mis indiscretas miradas no se dirigían nunca a escudriñar debajo de su pañoleta, aunque su seno turgente mal velado hubiera podido bien atraerlas. A su lado no me acometían deseos ni arrebatos; me hallaba en estado de calma sorprendente, gozando, pero sin saber de qué. Así habría pasado toda la vida y aun la eternidad, sin fastidiarme ni un instante. Ella es la única persona con quien no he experimentado nunca esa sequedad de conversación que me hace hallar un suplicio en el deber de sostenerla. Nuestras conversaciones eran una charla interminable, que para acabar tenía que ser interrumpida. Lejos de costarme trabajo hablar, me tenía que violentar para callarme.

A fuerza de meditar sus proyectos, caía a menudo en una especie de ensimismamiento. Durante esta especie de éxtasis yo me callaba, la contemplaba, y era el más dichoso de los hombres. Además, tenía yo una especie de manía algo extraña. Sin pretender los favores de las conversaciones íntimas, los buscaba sin cesar, y era tal el placer que con ellas me proporcionaba, que degeneraba en furor cuando venía a turbarlas algún importuno. Tan luego como llegaba alguien, fuese hombre o mujer, salía yo murmurando, porque no podía sufrir la presencia de un tercero. Íbame a contar los minutos a su antecámara, maldiciendo mil veces a los pesados visitantes, y no pudiendo concebir que tuviesen tanto que hablar, porque yo tenía que hablar más aún.

No conocía toda la fuerza de mi cariño hacia ella sino cuando no la veía. Estando a su lado, no sentía sino contento; pero mi inquietud por su ausencia llegaba al punto de ser insoportable. La necesidad de vivir con ella empujábame a arranques de ternura que a menudo

llegaban a hacerme llorar. Nunca olvidaré que un día de gran fiesta se marchó a vísperas, y entre tanto me fui a dar un paseo por las afueras; mi imaginación sólo acariciaba su imagen y el deseo ardiente de pasar toda la vida a su lado. Tenía bastante buen sentido para conocer que por entonces era ello completamente imposible, y que una felicidad en que tanto gozaba sería de corta duración. Esto comunicaba a mis pensamientos cierta tristeza que, no obstante, nada tenía de hosca y que era templada por una esperanza halagadora. El sonido de las campanas, que siempre me ha conmovido de un modo singular; el canto de los pájaros, la belleza del día, la dulzura del paisaje, las casas de campo dispersas acá y allá, donde mentalmente colocaba nuestra común morada; todo me impresionaba de una manera tan viva y tierna, tan triste y patética, que me sentí en éxtasis transportado a ese venturoso tiempo y a esa feliz mansión en que, poseyendo mi alma toda la dicha que podía apetecer, la gozaba en arrobamiento inexplicable, sin soñar siquiera en el placer de los sentidos. No recuerdo haber sondeado nunca el porvenir con mayor fuerza e ilusión que en aquellos instantes; lo que más me ha impresionado en el recuerdo de este sueño, cuando lo llegué a ver realizado, fue encontrar objetos tales exactamente como los imaginara. Si el sueño de un hombre despierto pudo tener alguna vez el carácter de visión profética, fue aquél seguramente. Sólo me engañé en su duración imaginaria, pues en ella pasaban los días, los años y la vida entera en tranquilidad inalterable, mientras que en la realidad todo esto no duró más que un momento. ¡Ay de mí! La más constante dicha mía fue un sueño, y a su realización siguió casi instantáneamente el despertar.

No acabaría nunca si hubiese de entrar en detalles sobre todas las locuras a que me incitaba el recuerdo de aquella querida mamá cuando no la tenía delante de mis ojos. ¡Cuántas veces besé mi cama pensando que se había acostado en ella; los cortinajes, todos los muebles de mi estancia, al recordar que le pertenenecían, que sus hermosas manos los habían tocado, y hasta el mismo suelo, en el que me prosternaba, pensando que ella lo había hollado con sus pies! A veces, en su misma presencia cometía extravagancias que sólo el más violento amor parecía capaz de inspirar. Un día, en la mesa, en el momento en que había llevado un bocado a la boca, exclamé que había visto en él un cabello; ella lo dejó caer en el plato, y entonces yo lo cogí con avidez y me lo tragué. En una palabra, de mí al amante más apasionado no había más que una diferencia, aunque esencial, y por eso mi situación es casi inconcebible.

Había vuelto de Italia, no enteramente como había ido, pero tal vez como nunca la haya dejado ningún joven de mis años; había vuelto con mi virginidad, aunque no limpio de toda impureza. Con el vigor de la juventud, al fin habíase manifestado mi naturaleza

ardiente, y su primera erupción, por completo involuntaria, me alarmó sobremanera, creyéndome presa de alguna enfermedad; lo que prueba mejor que nada el estado de inocencia en que hasta entonces había vivido. Me tranquilicé en seguida, y conocí esa peligrosa sustitución que burla a la naturaleza y evita innumerables desórdenes a los jóvenes de mi temperamento, a expensas de su salud, de su robustez, y a veces de su vida. Este vicio que tan cómodo hallan los tímidos y vergonzosos tiene, además, un gran incentivo para las imaginaciones vivas, que consiste en disponer, por decirlo así, de todo sexo y poder servirse a su antojo de la hermosura que les incita, sin necesitar su consentimiento. Seducido por esta funesta ventaja, destruía la buena constitución que había restablecido en mí la naturaleza y a la que yo había dejado tiempo suficiente para formarse.

Añádase a esta predisposición la circunstancia de mi alojamiento en casa de una mujer hermosa, cuya imagen estaba grabada en el fondo de mi corazón, viéndola continuamente durante el día, rodeado durante la noche de objetos que excitaban su recuerdo, y durmiendo en un lecho donde me consta que ella se había acostado. ¡Cuántos estímulos! El lector que lo considere me juzgará ya medio muerto.

Ocurrió todo lo contrario; precisamente lo mismo que debía perderme fue lo que me salvó, a lo menos durante algún tiempo. Alucinado por el placer de vivir a su lado, por mi vehemente deseo de pasar así la vida, veía siempre en ella, ya estuviese ausente o presente, no más que una tierna madre, una hermana querida o una agradable amiga. Así la veía siempre, siempre la misma; y sin ver nunca más que a ella, ocupado completamente mi corazón con su imagen, no cabía otra alguna; era para mí la única mujer que existía; y la extraordinaria dulzura de los sentimientos que me inspiraba, quitando a mis sentidos toda ocasión de revelarse, me preservaba de ella misma y de todo su sexo. En una palabra, yo era prudente porque la amaba. Diga ahora quien pueda de qué especie era mi afecto hacia ella. Lo que yo puedo decir es que si ahora parece ya muy extraordinario, aún lo irá pareciendo mucho más en los sucesivo.

Pasaba el tiempo lo más agradablemente que pueda imaginarse en las ocupaciones que menos me agradaban: redactar proyectos, poner memorias en limpio, transcribir recetas, elegir hierbas, moler drogas, manejar alambiques. En medio de esto, llegaban a casa innumerables pasajeros, mendigos o visitas de todas clases. Era forzoso dar conversación, al mismo tiempo, a un soldado, a un boticario, a un canónigo, a una hermosa dama, a un lego. Yo echaba pestes, refunfuñaba, profería improperios y mandaba al demonio a toda aquella gente. Pero ella, que todo lo tomaba a broma, se divertía con mis arrebatos, que le hacían llorar de risa. Y lo que más le hacía reír

era ver que yo mismo no podía por menos de reírme cuanto mayor era mi furia.

Estos breves intervalos en que yo me daba el gustazo de gruñir eran encantadores; y si mientras refunfuñaba interrumpíanos de nuevo otro importuno, aún sabía sacar partido de ello, para divertirse prolongando maliciosamente la visita y dirigiéndome de cuando en cuando miradas por las que de buena gana la hubiese golpeado. Ella contenía la risa a duras penas al verme, constreñido y sujeto por el bien parecer, lanzarles miradas furibundas, mientras en mi interior, y aun a pesar mío, encontraba todo aquello muy cómico.

Tales cosas, ya que no agradarme en sí, me divertían, porque formaban parte de un modo de ser que me era grato. Nada de cuanto tenía que hacer estaba de acuerdo con mis inclinaciones, pero sí con mi corazón. Creo que hasta me habría llegado a gustar la medicina si la aversión que me causaba no hubiese motivado escenas cómicas que nos divertían continuamente; acaso sea la primera vez que este arte haya producido un tal efecto. Yo pretendía conocer por el olor los libros de medicina; y lo gracioso es que pocas veces me equivocaba. Hacíame probar las drogas más detestables. En vano trataba de huir o resistirme; a pesar de mi repugnancia, de mis horribles visajes, a pesar mío y de mis dientes, cuando veía sus hermosos dedos embadurnados aproximarse a mi boca, acababa por abrirla y chupar. Cuando todos sus utensilios hallábanse reunidos en la misma estancia, al oírnos correr y chillar, riendo a carcajadas, hubiérase creído cualquiera que representábamos un sainete, y no que estábamos confeccionando opiatas o elixires.

Sin embargo, no todo el tiempo lo dedicaba a tales niñerías. Había hallado en mi cuarto algunos libros: *El Espectador,* Pufendor, Saint-Evremond, *La Henriada,* y aunque no sentía ya mi antiguo delirio por la lectura, leía un poco para entretenerme. Sobre todo *El Espectador* me gustó mucho y me sirvió de provecho. El abate Gouvón me había enseñado a leer con menos prisa y más atentamente, de modo que sacaba mejor partido de lo que leía. De este modo me acostumbré a reflexionar sobre la elocución y las construcciones elegantes, y me ejercitaba en distinguir el francés puro de mis provincialismos. Por ejemplo, me corregí de una falta ortográfica que cometía, como todos los ginebrinos, leyendo estos dos versos de *La Henriada:*

> Soit qu'un ancien respect pour le sang de leurs maîtres
> parlât encor pour lui dans le coeur de ces traîtres [1].

---

[1] Ya sea que una tradición al respecto por la sangre de sus amos hablase aún a su favor en el corazón de aquellos traidores.

Este vocablo *parlât,* que me llamó la atención, descubrióme que llevaba una t la tercera persona del subjuntivo, mientras que yo lo escribía y pronunciaba *parla,* como el perfecto del indicativo.

A veces hablaba de mis lecturas con ella, o leía a su lado, lo que me placía mucho y así me ejercitaba en leer bien; también esto me fue de utilidad. He dicho que poseía una instrucción esmerada. Entonces hallábase en toda su lozanía. Varios literatos se habían apresurado a complacerla y habíanla enseñado a juzgar las obras literarias. Tenía, permítaseme la frase, el gusto un poco protestante; no hablaba más que de Bayle y tenía en mucha estima a Saint-Evremond, que hacía tiempo había muerto en Francia. Pero esto no obstaba para que conociera la buena literatura y le hiciese justicia. Había sido educada en medio de sociedades escogidas; y habiendo ido a Saboya joven aún, con el agradable trato de la nobleza del país había perdido ese tono animado de la región de Vaud, donde las mujeres consideran la afectación como de buen tono y sólo saben hablar por epigramas.

Aunque sólo conociera la corte de paso, una rápida ojeada le bastó para percatarse de ella. Siempre le quedaron amigos allí a pesar de la oculta envidia y de las murmuraciones a que daban pábulo su conducta y sus deudas, y jamás perdió su pensión. Conocía lo que es el mundo, y poseía el talento de saber aprovecharse de él. Éste era el tema favorito de sus conversaciones y precisamente la clase de instrucción que me era más necesaria, atendidas mis quiméricas ideas. Juntos leíamos a La Bruyère, que ella prefería a La Rochefoucauld, libro triste y desconsolador éste, sobre todo para la juventud, que no gusta de ver al hombre tal cual es. Cuando le daba por moralizar, elevábase a veces a los espacios imaginarios; pero yo me armaba de paciencia besándola en la boca o en las manos de vez en cuando, y no me fastidiaba la extensión de su discurso.

Esta vida era demasiado dulce para que pudiese durar. Yo lo presentía, y el temor de verla acabarse era lo único que turbaba mi goce. En medio de nuestros juegos, *mamá* procuraba estudiarme; me observaba, me hacía preguntas, e imaginaba para mi porvenir innumerables proyectos, sin los que hubiera podido pasarme muy bien. Por fortuna, no todo consistía en conocer mis habilidades, mis aficiones, mi capacidad; era necesario encontrar o procurar ocasiones de aplicarlas, y todo esto no podía hacerse en un día. La misma exagerada opinión que la pobre se había formado de mi mérito retardaba el momento de ponerlo a prueba y aumentaba la dificultad para escoger los medios. En fin, todo iba a medida de mis deseos gracias al buen concepto en que me tenía, pero fue preciso caer de aquella altura, y entonces, ¡adiós tranquilidad! Vino a verla un pariente suyo, el señor de Aubonne, hombre muy despejado, intrigante, amigo de proyectos, como ella misma, pero que no se arrui-

naba con ellos; una especie de aventurero. Venía de proponer al cardenal Fleury un proyecto de lotería muy complicado que no había sido admitido y se iba a ofrecerlo a la corte de Turín, donde fue adoptado y puesto en práctica. Detúvose en Annecy algún tiempo y se prendó de la intendenta, señora muy amable, que me agradaba mucho y la única que veía con gusto en casa de *mamá*. El señor de Aubonne me vio; su parienta le habló de mí y él se encargó de examinarme, de ver a qué podría dedicarme con provecho, y, caso de descubrir mi disposición, procurar emplearme en algo.

La señora de Warens me hizo ir a su casa dos o tres días seguidos, por la mañana, con pretexto de encargos y sin prevenirme nada. Él se las compuso muy bien para hacerme hablar, se familiarizó conmigo, hizo cuanto le fue posible para que yo estuviese a gusto, me habló de frivolidades y de diversas materias, todo sin descubrir que me observaba, sin la menor afectación y como si, distrayéndose conmigo, hubiese querido conversar sin cortapisas. A mí me tenía encantado. El resultado de sus observaciones fue que, a pesar de lo que prometían mi exterior y mi animado rostro, era, si no enteramente inepto, a lo menos un muchacho de poco talento, falto de ideas, casi sin instrucción; en una palabra, limitadísimo por todos conceptos, y que lo más que podía esperarse de mí, era que llegara algún día a cura de aldea. Tal fue el informe que dio a la señora de Warens. Ésta fue la segunda o tercera vez que así me juzgaban, y no fue la última; el juicio del señor Masserón ha sido a menudo confirmado.

La causa de estas apreciaciones tiene harta relación con mi carácter, y hay necesidad de explicarla aquí; porque, como ya se comprenderá, no puedo admitirlas sinceramente, y con toda la imparcialidad posible, dijeran lo que dijeran los señores Masserón, d'Aubonne y muchos otros, yo no podía creerles por su palabra.

En mí se juntan dos cosas casi incompatibles, sin que yo mismo pueda comprender cómo: un temperamento muy ardiente, pasiones vivas, impetuosas, y lentitud en la formación de las ideas, las cuales nacen en mi mente con gran trabajo, y nunca se me ocurren hasta después que ha pasado su oportunidad. Parece que mi corazón y mi cabeza no pertenecen a un mismo individuo. El sentimiento, más rápido que una centella, se apodera de mi espíritu; pero en vez de iluminarle, me quema y me deslumbra. Lo siento todo, pero nada veo. Estoy como arrebatado, pero estúpido; necesito hallarme tranquilo para poder pensar. Lo particular es que, no obstante, tengo bastante acierto, penetración y hasta agudeza de ingenio, con tal de que me dejen tiempo; hago una improvisación excelente con calma, pero de pronto no he hecho ni dicho nunca más que tonterías. Podría sostener magníficamente una conversación por correo, como dicen que los españoles juegan al ajedrez. Cuando leí el rasgo de un

duque de Saboya que yendo de camino se volvió para exclamar: *A vuestro gaznate, mercader de París,* pienso: Heme aquí.

Esta lentitud de pensamiento y esta viveza de sensibilidad no sólo me dominan en la conversación, sino hasta cuando trabajo solo. En mi cerebro las ideas se ordenan con una dificultad increíble; allí fermentan hasta conmoverme, enardecerme, ponerme en estado febril; y en medio de esta emoción, nada veo distantemente ni sabría escribir una palabra; tengo que esperar. Poco a poco toda esta batahola va cesando, se despeja el caos, y cada cosa se coloca en su sitio, pero lentamente y después de una agitación confusa y prolongada. ¿Han visto ustedes alguna vez una ópera en Italia? En los cambios de decoración de esos grandes teatros reina un desorden desagradable, bastante prolongado; todo anda revuelto, por todas partes se ve un penoso vaivén, parece que todo se derrumba; sin embargo, poco a poco todo se compone, no falta nada, y se queda uno sorprendido al ver que a tan prolongado desbarajuste sucede un espectáculo maravilloso. Esa maniobra, poco más o menos, es la que se opera en mi cerebro cuando me propongo escribir. Si yo hubiese sabido primero esperar y luego describir en toda su belleza cuanto de este modo se me ha ofrecido, pocos me habrían aventajado.

De aquí procede esa dificultad extrema que siento al escribir. Mis manuscritos, llenos de enmiendas, embrollados, mezclados, ininteligibles, prueban el trabajo que me han costado. Ni uno solo he dejado de tener que copiarlo cuatro o cinco veces antes de darlo a la prensa. Sentado ante una mesa, con la pluma en la mano y el papel a la vista, jamás he podido hacer nada. En el paseo, en la montaña, en medio de los bosques, por la noche en la cama y durante mis insomnios, es cuando escribo mentalmente; ya pueden figurarse con qué lentitud, sobre todo careciendo, como carezco, absolutamente de memoria verbal, pues en toda mi vida no he podido retener seis versos. Cláusulas hay que he formado y reformado durante cinco o seis noches en mi mente antes de estamparlas en el papel. De aquí proviene, asimismo, el hecho de que salga más airoso en las obras que exigen trabajo que en aquellas que requieren cierta ligereza, como las cartas, género de literatura al que nunca he podido acostumbrarme; no escribo carta sobre cualquier asunto que no me cueste horas de fatigas, y si quiero escribir de corrido lo que se me ocurre, no sé cómo comenzar ni terminar; resulta entonces una larga y confusa retahíla, y al leerla, casi no se entiende.

No solamente me cuesta trabajo emitir las ideas, sino también el concebirlas. He estudiado a los hombres, y me tengo por bastante buen observador; sin embargo, no sé distinguir nada de lo que veo; no veo claro sino lo que recuerdo, y sólo al recordar es cuando surge mi penetración. De cuanto se dice, de cuanto se hace, de cuanto pasa a mi alrededor, nada comprendo. Todo lo que veo es la superficie. Pero después se me presenta todo, recuerdo el lugar, el

tiempo, el tono, la mirada, el gesto, la ocasión; nada se me escapa. Entonces, por lo que se hacía o decía, conozco lo que se pensaba, y raras veces me equivoco.

Siendo tan poco dueño de mí mismo cuando estoy solo, júzguese cómo debo hallarme en conversación, donde, para hablar a propósito es preciso pensar en mil cosas a un tiempo, y rápidamente. Sólo la idea de tener que sujetarme a tantas cosas, con la seguridad de faltar a alguna de ellas, basta para intimidarme. Ni siquiera comprendo cómo pueda haber quien se atreva a hablar en una reunión de diversas personas; porque a cada palabra sería preciso examinar a todos los presentes y conocer el carácter de cada uno y su historia, para estar seguro de no ofender a nadie. A este propósito, los que frecuentan la sociedad tienen una gran ventaja, y es que, sabiendo mejor lo que conviene callar, están seguros de lo que dicen, aunque, a pesar de ello, a menudo se les escapan también tonterías. ¿Qué no hará, pues, el que se encuentra en ella como caído de las nubes? Le será casi imposible hablar durante un momento impunemente. En el diálogo se da otro inconveniente que me parece aún peor, y es la necesidad de hablar sin cesar. Cuando uno habla, el otro ha de responder, y si calla, es necesario animar la conversación. Esta insoportable obligación hubiera bastado para disgustarme de la sociedad. No encuentro mayor tontería que el tener que hablar siempre y a renglón seguido. Ignoro si esto se debe a la repugnancia enorme que me inspira toda sujeción. Basta que me vea en la imprescindible necesidad de hablar para que, infaliblemente, diga una tontería.

Y lo peor es que, en vez de saber callarme cuando nada tengo que decir, me aguijonea entonces la comezón de hablar para pagar más pronto mi deuda. Me apresuro a balbucear algunas palabras, sin idea ninguna, siendo harto afortunado cuando lo que digo no significa nada. Queriendo vencer u ocultar mi inepcia, rara vez dejo de ponerla de manifiesto. Entre mil ejemplos que podía citar he aquí uno que no se refiere a mi juventud, sino a una edad en que, por el mucho tiempo de vivir en sociedad que llevaba, debiera haber poseído el tono, las maneras y la conveniente soltura, caso de que hubiera sido fácil para mí el conseguirlo. Hallábame una noche en compañía de dos encopetadas señoras y de un caballero a quien puedo nombrar. el señor duque de Gontaut. No había nadie más en la sala y yo me esforzaba por intervenir –¡Dios sabe de qué modo!– en una conversación entre cuatro personas, de las que tres, seguramente, no necesitaban mi concurso. La dueña de la casa hizo traer una opiata que tomaba dos veces al día para el estómago. La otra dama, al verla hacer mohínes, le preguntó riendo: «¿Es una opiata del señor Tronchin?» «No lo creo», respondió la primera con el mismo tono. «No creo que sea mucho mejor», añadió galantemente el ingenioso Rousseau. Todos quedaron estupefactos, a nadie se le

escapó la menor palabra ni la más leve sonrisa, y en seguida se cambió el curso de la conversación. Tratándose de otra persona, aquella necedad hubiera podido parecer una chanza; pero dirigida a una mujer harto amable para no haber hecho hablar bastante de sí, y a quien yo no tenía el menor deseo de ofender, era una burla insultante, y estoy persuadido de que los dos testigos, la otra señora y el duque, se vieron en apuros para contenerse. He ahí las agudezas que se me escapan por querer hablar cuando no tengo nada que decir. Ésta la olvidaré difícilmente, porque, además de ser bastante memorable por sí misma, se me figura que ha tenido consecuencias que me la recuerdan muy frecuentemente.

Lo dicho me parece bastante para hacer comprender cómo, sin ser un tonto, muchas veces he pasado por tal, aun entre personas que estaban en el caso de juzgar con exactitud; y he sido tanto más desdichado cuanta mayor viveza revelaban mis ojos y mi rostro y cuanto más chocante era mi estupidez. Este detalle, nacido de una circunstancia especial de la narración, no será inútil en el curso de la misma, pues encierra la clave de muchas cosas extrañas que se me han visto hacer y han sido atribuidas a un carácter salvaje, que no tengo en manera alguna. A mí me gustaría la sociedad tanto como al primero si no estuviese seguro de aparecer en ella no sólo con desventaja, sino hasta enteramente distinto de lo que soy en realidad. El partido que he tomado de ocultarme y escribir es precisamente el que me convenía. En el trato social nunca se hubiera sabido lo que yo valía, ni siquiera se hubiera sospechado; y esto es lo que le sucedió a la señora Dupín, a pesar de ser una mujer de talento y a pesar de que viví en su casa muchos años; después me lo ha dicho ella misma muchas veces. Por lo demás, esto tiene algunas excepciones, como veremos más adelante.

Determinado de este modo el límite de mis alcances, fijada ya la posición a que podía aspirar, sólo se pensó, por segunda vez, en hacerme seguir mi vocación. La única dificultad que se presentaba era que carecía de estudios y ni siquiera sabía bastante latín para ser cura de aldea. La señora de Warens se propuso hacerme instruir durante algún tiempo en el seminario, a cuyo efecto habló con el superior. Era éste un lazarista llamado Gros, un buen hombre, pequeño, medio tuerto, flaco, canoso, el más despejado y menos pedante de cuantos lazaristas he conocido; lo que no es mucho decir, a la verdad.

Venía algunas veces a casa de *mamá*, que le recibía con agrado, le agasajaba y hasta a veces hacíale que le atase el corsé, a lo que él se prestaba con gusto. Durante esta operación, ella iba de un lado a otro del cuarto, ya hacía esto, ya lo otro; el superior seguía detrás, gruñendo, con el cordón en la mano, y repetía a cada instante: «Pero, señora, no se mueva.» De donde resultaba una escena bastante divertida.

El señor Gros se prestó gustoso a secundar el proyecto de *mamá*, y, contentándose con una pensión muy módica, se encargó de mi instrucción.

No faltaba más que el consentimiento del obispo, que no solamente lo concedió, sino que hasta quiso pagarme la pensión, y también hubo de permitir que continuara usando el traje seglar hasta que por la prueba se viese lo que podía esperarse de mí.

¡Qué cambio! Pero fue preciso someterse. Iba al seminario como a un suplicio. ¡Qué triste casa es un seminario para un joven que sale de la de una mujer adorable! Sólo un libro me llevé –prestado, a ruegos míos, por la de Warens– y me sirvió de gran consuelo. Se trataba –no sería fácil adivinarlo– de un libro de música. Éste era un conocimiento que ella no había descuidado; tenía buena voz, cantaba regularmente y tocaba un poco el clavicordio; había tenido la amabilidad de darme algunas lecciones de canto, y era preciso comenzar por los rudimentos, porque yo apenas conocía la música de nuestros salmos. Ocho o diez lecciones de canto dadas por una mujer, y aun muy interrumpidas, lejos de ponerme en estado de solfear, apenas me enseñaron la cuarta parte de los signos musicales. Con todo, tal era mi afición a este arte, que me propuse ejercitarme solo. La obra que me llevé no era de las más fáciles; fueron las cantatas de Clérambault. Júzguese, por consiguiente, cuál sería mi aplicación y mi empeño cuando, ignorando la transposición y la cantidad, logré descifrar y cantar sin cometer una sola equivocación la primera parte de *Alfeo y Aretusa;* verdad es que esa composición está tan bien medida, que con sólo recitar los versos con exactitud en el compás basta para dar con el aire de la misma.

Había en el seminario un maldito lazarista que me tomó por su cuenta y me hizo aborrecer el latín que quería enseñarme. Tenía el cabello lacio, grasiento y negro, cara de pan de especias, voz de búfalo, mirada de lechuza, y por barbas, cerdas de jabalí; su sonrisa era sardónica, y sus brazos se agitaban como los de un maniquí. He olvidado su odioso nombre, pero su cara repugnante y su aire dulzón me han quedado impresos en la memoria y todavía me estremezco al recordarlos. Aún me parece que le encuentro en los corredores, alargando su mugriento bonete con un movimiento que quería ser gracioso, para indicarme que entrara en su celda, más horrible para mí que un calabozo. Considérese el contraste de semejante maestro con el abate de quien ya había sido discípulo.

De seguir dos meses más a la disposición de aquel monstruo, tengo la convicción de que mi cabeza no hubiera podido resistirlo. Pero el buen señor Gros, como observara que yo estaba triste, que no comía y enflaquecía, adivinó la causa de mi pesar, cosa que no era muy difícil, y sacándome de aquellas garras me entregó, por un contraste aún más notable, al más cariñoso de los hombres, a un joven abate del Faucigny llamado Gâtier, que se preparaba para

ordenarse, y que por complacer al señor Gros, y creo que también por humanidad, accedió a distraer de sus estudios el tiempo necesario para dirigir los míos. Yo no he visto en la vida más dulzura en rostro humano. Era rubio, con la barba tirando a rojo; su semblante tenía el carácter general de los de su provincia, que parecen muy obtusos y son, sin embargo, muy despejados; pero lo más notable de aquel hombre era la sensibilidad de su alma, toda bondad y amor. Había en sus grandes ojos azules una mezcla de dulzura, de ternura y de tristeza, que hacía que no se le pudiese ver sin quererle. Por la mirada y la voz de aquel hombre dijérase que adivinaba su porvenir y que se sentía nacido para ser desgraciado.

Su carácter no desmentía su fisonomía: tenía una paciencia y una benevolencia sumas, y más parecíamos compañeros de estudios que no maestro y discípulo. No se necesitaba tanto para que yo le amase, pues me bastaba con salir de las garras de su predecesor. A pesar de esto, del tiempo que me dejaba y de la buena voluntad que nos animaba a uno y otro, y de que empleó todos los medios, yo adelantaba poco, trabajando mucho. Es muy singular que, teniendo bastante facilidad de concepción, nunca he podido aprender nada con los maestros, excepto con mi padre y con el señor de Lambercier. Lo poco que sé, además de lo que éstos me enseñaron, lo he aprendido solo, como se verá luego. No pudiendo por mi carácter soportar ninguna clase de yugo, me es imposible sujetarme a la necesidad del momento; el mismo temor de no aprender me quita la atención; por miedo de impacientar al que habla, hago como que lo entiendo; él sigue adelante y no comprendo nada. Mi espíritu quiere seguir su inspiración y no puede someterse a la de otro.

Habiendo llegado la época de las órdenes, el señor Gâtier se volvió de diácono a su país, llevándose mi cariño y mi agradecimiento. Hice por su felicidad votos que no fueron más escuchados que los que he hecho por mí mismo. Algunos años después supe que, siendo vicario de una parroquia, tuvo un hijo de una soltera, únicos amores que sintió, a pesar de ser su alma un modelo de ternura. Esto fue un escándalo espantoso para una diócesis en la que reinaba la mayor severidad. En buena regla, los clérigos no deben tener hijos sino de mujeres casadas. Por haber faltado a esta ley de conveniencia, fue preso, difamado y desterrado. Ignoro si en lo sucesivo habrá podido rehabilitarse, pero el dolor que me causó su infortunio, grabado profundamente en mi alma, se renovó cuando escribí el *Emilio;* y fundiendo al abate Gâtier con el abate Gaime, formé de estos dos dignos sacerdotes el original del vicario saboyano, y me lisonjeo de que la imitación no ha desvirtuado a sus modelos.

Durante mi permanencia en el seminario, el señor de Aubonne había tenido que salir de Annecy. Se le había ocurrido al señor intendente llevar a mal que aquél galantease a su mujer, lo cual equivalía a hacer como el perro del hortelano, pues aunque la señora

Corvezi era amable, se llevaba con ella muy mal; sus gustos ultramontanos la hacían enteramente inútil para él, y la trataba tan brutalmente que se llegó a hablar de divorcio. El señor Corvezi era un hombre ruin, negro como un topo, ladrón como una urraca, y que a fuerza de vejaciones acabó por hacerse echar de su destino. Se dice que los provenzales se vengan de sus enemigos por medio de canciones; el señor de Aubonne se vengó del suyo componiendo una comedia, de la que remitió un ejemplar a la señora de Warens, y ésta me lo enseñó. Leíla, me agradó, y me dieron tentaciones de escribir una, para probar si sería tan estúpido como su autor me había calificado; pero no llevé a cabo mi propósito hasta que estuve en Chamberí, donde escribí *El amante de sí mismo.* Así, pues, cuando dije en el prólogo de esta comedia que la había escrito a los dieciocho abriles, eché un embuste de algunos años.

Poco más o menos a esta época se refiere un hecho que tiene poca importancia en sí mismo, pero que ha tenido consecuencias para mí, por haber metido ruido cuando yo lo había olvidado. Salía yo una vez a la semana. Adonde iba, no creo que necesite decirlo. Un domingo, estando en casa de *mamá,* se pegó fuego a un horno de los padres franciscanos, que estaba junto a la casa en que ella vivía. Aquel edificio estaba atestado de haces de leña seca. En breves instantes todo fue presa de las llamas, que pronto cubrieron nuestra casa, atraídas por el viento, poniéndola en inminente peligro. Fue preciso desamueblarla rápidamente, llevándolo todo al jardín que se hallaba situado debajo de mis antiguas ventanas, y al otro lado del arroyo ya mencionado. Me hallaba yo tan confuso, que tiraba por la ventana cuando me venía a mano indistintamente, hasta un gran mortero de piedra que en cualquier otra ocasión hubiera levantado con trabajo, y, de no impedírmelo, hubiera echado también un gran espejo. El bueno del obispo, que había venido a visitar a *mamá,* tampoco permaneció ocioso; llevósela al jardín, y allí se puso a rogar con ella y todos los que se hallaban presentes; de modo, que al llegar yo, pocos momentos después, vi a todo el mundo de rodillas e hice como los demás. Durante la plegaria del santo varón cambió la dirección del aire, mas tan bruscamente y tan a tiempo, que las llamas, que cubrían la casa y entraban ya por las ventanas, fueron llevadas al otro lado del patio, y la casa no sufrió ningún daño. Dos años después, habiendo muerto el señor de Bernex, los antoninos, sus antiguos hermanos, comenzaron a reunir los testimonios que podían servir para su beatificación. A ruego del padre Boudet yo añadí a aquellos documentos un certificado del hecho que acabo de relatar, en lo cual obré bien; pero hice mal en darlo por un milagro. Yo había visto al obispo orando, y durante su oración vi cambiar el viento, con mucha oportunidad: he aquí lo que podía decir y certificar; pero no que una de estas dos cosas fuese causa de la otra, porque no podía saberlo. Mas por lo que puedo recordar de lo que

pensaba entonces, sinceramente católico, obré de buena fe. Además, la afición a lo maravilloso, tan natural en el corazón humano, mi veneración hacia aquel virtuoso prelado y el secreto orgullo de haber contribuido yo mismo, quizá, a que se hiciera el milagro, fueron mucha parte para seducirme; y es bien seguro que de ser efecto de las oraciones más ardientes, hubiera podido muy bien atribuirme una parte del mismo.

Más de treinta años después, cuando hube publicado las *Cartas de la montaña,* el señor Frerón desenterró aquel certificado, no sé de dónde, y se valió de él en sus escritos. Hay que confesar que fue un feliz descubrimiento, y la oportunidad me pareció a mí mismo muy graciosa.

Hallábame destinado a ser el desecho de todas las profesiones. Aunque el abate Gâtier dio de mis adelantos el informe menos ventajoso que pudo, bien se veía que no eran proporcionados a mi trabajo, lo cual no era parte para animar a nadie a hacerme seguir los estudios. Así es que el obispo y el superior se disgustaron y me devolvieron a la señora de Warens, como un sujeto que ni siquiera servía para cura; «por lo demás, decían, es buen muchacho y nada vicioso»; por lo cual, a pesar de tantos calificativos desfavorables, ella no me abandonó.

Yo volví a casa con el libro de música en triunfo, por el partido que había sacado de él. El aria de *Alfeo y Aretusa* era casi todo lo que había aprendido en el seminario. Mi afición a este arte la hizo pensar en hacerme músico, y la ocasión era oportuna; entonces dedicábase en su casa, un día a la semana por lo menos, a dar pequeños conciertos, y el maestro de música de la catedral que los dirigía venía a verla muy a menudo. Era un parisiense llamado Le Maître, buen compositor, vivaracho, divertido, joven aún, de buena figura, no de gran capacidad, pero muy hombre de bien. La de Warens me lo presentó, fueme simpático y no le desagradé. Se trató de la pensión, y llegaron a un acuerdo. En conclusión: entré en su casa, donde pasé el invierno, tanto más agradablemente cuanto que, no distando la capilla más que unos veinte pasos de la casa de *mamá,* en un momento nos llegábamos a verla y hasta cenábamos juntos con frecuencia.

Como se comprenderá, la vida de la capilla, llena siempre de cantos y alegría, con los músicos y los niños de coro, me agradaba mucho más que la del seminario, con los padres de San Lázaro. Y no obstante con ser más libre esta vida, no era menos uniforme y reglamentada. Yo había nacido para amar la independencia y no abusar nunca de ella. Durante seis meses no salí más que para ir a la iglesia o ver a *mamá;* ni siquiera sentí la tentación de ir a cualquier otra parte. Este intervalo es uno de aquellos en que viví con la mayor tranquilidad y que siempre he recordado con el mayor placer. En las diversas situaciones en que me he encontrado, algunas se distinguen

por un sentimiento tal de bienestar, que, al recordarlas, me parece que aún disfruto de ellas. No sólo recuerdo el tiempo, los lugares, las personas, sino hasta los objetos que nos rodeaban; la temperatura de la atmósfera, el olor, el color, cierto carácter local, cuya impresión sólo he sentido allí y cuyo vivo recuerdo me transporta a tales sitios nuevamente. Por ejemplo, cuanto en la capilla se ensayaba, cuanto en el coro se cantaba, todo lo que allí se hacía, el bello y noble traje de los canónigos, las casullas de los sacerdotes, las mitras de los chantres, las facciones de los músicos, un anciano carpintero cojo que tocaba el contrabajo, un abate pequeñito y pelirrubio que tocaba el violín, la sotana rota que, tras de desceñirse el espadín, se ponía el señor Le Maître encima de su traje seglar, y la magnífica sobrepelliz de tela fina que cubría los jirones de la sotana para ir al coro; lo ufano que iba yo con mi pequeña dulzaina, para situarme en la orquesta, en la tribuna, y ejecutar allí un trozo de solo que el señor Le Maître había compuesto expresamente para mí; la buena comida que nos esperaba en seguida, el buen apetito que teníamos; este conjunto de objetos vivamente delineados en mi memoria me ha halagado mil veces tanto y más que en la realidad. Siempre he recordado con ternura un trozo del *Conditor alme siderum,* que está en yambos, porque un domingo de adviento, desde la cama, oí este himno que se cantaba antes del alba en las gradas de la catedral, según un rito de aquella iglesia. La señorita Merceret, doncella de *mamá,* sabía un poco de música; nunca olvidaré un motete *Afferte* que Le Maître me hizo cantar con ella y que su ama escuchaba con el mayor placer. En fin, todo, hasta la buena criada Petra, que era tan buena muchacha y a quien los chicos hacían rabiar tanto, todo, en el recuerdo de aquellos tiempos de ventura y de inocencia, viene a menudo a transportarme para luego entristecerme.

Vivía en Annecy hacía cerca de un año, sin que hubiese dado lugar a un reproche; todo el mundo hallábase contento de mí. Desde mi salida de Turín no había hecho ninguna tontería, y no cometí ninguna mientras estuve en presencia de *mamá.* Guiábame y siempre bien; mi cariño hacia ella había acabado por ser mi pasión única; y lo que prueba que no era una pasión loca es que mi corazón formaba mi inteligencia. Cierto es que un sentimiento único, absorbiendo, por decirlo así, todas mis facultades, me dejaba en estado de no poder aprender nada, ni aun la música, a pesar de todos mis esfuerzos. Pero no era culpa mía; yo ponía de mi parte en el estudio toda mi asiduidad y la mejor voluntad. Estaba distraído, meditabundo y siempre suspirando; ¿qué había de hacer? Para progresar hice cuanto pude; pero para cometer nuevas locuras, sólo faltaba algo que me las inspirase. Ofrecióseme este algo: la casualidad dispuso las circunstancias y, como se verá, mi mala cabeza las aprovechó.

Una noche del mes de febrero, en que hacía mucho frío, estando todos arrimados a la lumbre, oímos llamar a la puerta de la calle.

Petra coge la linterna, baja y abre; un joven entra con ella, sube, se presenta con naturalidad, y saluda al señor Le Maître con brevedad y gracia, diciendo ser un músico francés a quien el mal estado de su bolsa obliga a ir de ciudad en ciudad, ofreciendo sus servicios en las capillas para seguir el camino. Al oír esta frase *músico francés*, el corazón le estalló de gozo al buen Le Maître; sentía un apasionado cariño por su país y su arte. Acogió benévolamente al pasajero, le ofreció la hospitalidad que tanto parecía necesitar, y éste la aceptó sin muchos cumplimientos. Yo estuve examinándole mientras se calentaba y charlaba esperando la cena. Era pequeño de estatura, pero ancho de espaldas; tenía un no sé qué de contrahecho, sin ninguna deformidad particular; era algo así como un jorobado sin joroba, y aun me parece que cojeaba un poco. Llevaba un traje negro, más bien usado que viejo, que se le caía a pedazos; una camisa muy fina, pero muy sucia; unas elegantes mangas vueltas de flequillo, unos botines, en cada uno de los cuales le hubieran entrado ambas piernas, y, para resguardarse de la nieve, un sombrerito que podía llevar debajo del brazo. Apesar de este risible indumento, trascendía de él un aire de nobleza no desmentido por su fisonomía, agradable y reveladora de ingenio: se expresaba muy bien y con facilidad, aunque con poca modestia. Todo contribuía a descubrir en él un joven libertino, de buena educación, que no mendigaba como un pobre, sino como un loco. Dijo llamarse Venture de Villeneuve, que venía de París, que se había extraviado en el camino, y, olvidando un poco su papel de músico, añadió que iba a Grenoble a ver a un pariente que tenía en el Parlamento.

Durante la cena se habló de música, y lo hizo con mucho acierto. Tenía noticias de todos los artistas notables, de todas las obras célebres, de todos los actores y actrices, de todas las mujeres hermosas, de todos los grandes personajes. De cualquier asunto de que se tratara parecía estar al corriente; pero una vez entablada la conversación, embrollábala con alguna salida libre que hacía reír y olvidar lo que se decía. Era sábado y al día siguiente había concierto en la catedral; el señor Le Maître le propuso que cantara, a lo que contestó: «Con mucho gusto.» Le preguntó qué voz tenía y contestó que de *contralto;* y sin añadir palabra, pasó en seguida a hablar de otra cosa. Antes de ir a la iglesia le ofrecieron su papel para que se preparara, y ni siquiera quiso mirarlo. Al ver esta fanfarronada, el señor Le Maître me dijo al oído: «Verá como no sabe una nota de música.» «Mucho lo temo», repliqué, y les seguí con gran zozobra. Cuando empezaron, el corazón me latía fuertemente, porque aquel joven me inspiraba un interés extraordinario.

Pronto, empero, tuve motivo para tranquilizarme, porque cantó sus dos trozos con toda la precisión y buen gusto que puedan imaginarse, y, lo que es más, con muy buena voz. Pocas veces he tenido una tan agradable sorpresa. Acabada la misa, Venture fue objeto de

mil elogios y felicitaciones por parte de los canónigos y de los músicos, a los que respondía con bromas algo libres, pero siempre con mucha gracia. El señor Le Maître le abrazó con efusión, yo hice otro tanto, y pareció que se alegraba de verme tan contento.

Cualquiera convendrá conmigo en que, habiéndome prendado de Bâcle, que en resumidas cuentas no pasaba de ser un aldeanote, era muy fácil que me entusiasmara con Venture, que había recibido una buena educación, que tenía conocimientos, ingenio, trato social y que podía ser considerado como un libertino amable. Esto es precisamente lo que me sucedió, como creo que le hubiese pasado a cualquier otro joven de verse en mi lugar, tanto más fácilmente cuanto más tacto hubiese tenido para apreciar el mérito y más gusto para aficionarse a él; porque tenía mérito, sin duda alguna, sobre todo uno muy raro a su edad, el de no apresurarse a poner de manifiesto sus prendas. Cierto que presumía de saber muchas cosas que ignoraba; pero en cuanto a las que sabía, y no eran pocas, nunca las sacaba a relucir: esperaba la ocasión oportuna, y entonces las hacía valer, aunque sin empeño, lo cual producía gran efecto. Y como a cada nueva dote que revelaba se detenía, sin mostrar las demás, nunca se sabía cuándo las acabaría de manifestar todas. Chancero, jocoso, inagotable, seductor en la conversación, sonriendo siempre, sin reír jamás, decía con tanta gracia las cosas más groseras, que todo se le perdonaba. Las mujeres, aun las más sencillas, no sabían darse cuenta de cómo le permitían tanta libertad. Y aunque comprendiesen que su deber era enfadarse, no podían hacerlo. Lo que él necesitaba era mujeres de costumbres licenciosas, y me parece que no había nacido para hacer conquistas, sino para hacer las delicias de la sociedad que le rodeaba. Difícil era que, adornado de tan bellas cualidades, en un país donde se reconocen y se estiman, permaneciese mucho tiempo en la esfera de los músicos.

Aunque más vivo y duradero, mi cariño por Venture, como más razonable en su causa, fue menos extravagante en sus efectos que el que sentí por Bâcle. Me agradaba verle y oírle; hallaba excelente cuanto él hacía, su voz era para mí la de un oráculo, pero mi pasión no me llevaba al extremo de no poder vivir sin él. Tenía allí cerca un gran preservativo contra tal exceso. Por otra parte, comprendiendo que sus máximas eran magníficas para él, me di cuenta, instintivamente, que para mí no servían; yo necesitaba otra clase de placeres, que él ni siquiera sospechaba, y de que yo me guardaba muy bien de hablarle, seguro de que había de burlarse de mí. Con todo, hubiera deseado aliar esta adhesión con la que me dominaba. Yo hablaba de él a *mamá* con entusiasmo y Le Maître le elogiaba; así es que consintió en que se lo presentásemos. Pero la entrevista no fue satisfactoria; él la juzgó presumida; ella a él, libertino; y alarmada de que yo tuviera semejante amistad, no sólo me prohibió que volviese a conducirlo a su casa, sino que me hizo una descripción tan enérgica de

los peligros a que me exponía yendo con aquel joven, que puse un mayor tiento en confiarme a él y en breve nos vimos separados, para bien de mi cabeza y mis costumbres.

Le Maître tenía los gustos propios de los que cultivan su arte: era aficionado al vino. En la mesa, empero, mostrábase sobrio; pero a la hora de trabajar en su gabinete, tenía que beber forzosamente. Su criada lo sabía tan bien, que tan luego como preparaba el papel para componer y cogía el violoncelo, llegaban el jarro y el vaso, y el primero renovábase de vez en vez. Sin estar nunca completamente ebrio, hallábase casi siempre medio achispado, y era una verdadera lástima, porque era un hombre de bien a carta cabal, y tan festivo, que *mamá* le llamaba *el gatito*. Desgraciadamente, tenía mucho cariño a su arte, trabajaba mucho y bebía de la misma manera, lo que hubo de atacar a su salud, y al fin llegó a resentirse su carácter; a veces mostrábase receloso y susceptible en extremo. Incapaz de cometer la menor grosería ni de faltar a ninguno, jamás dijo una mala palabra a nadie, ni aun a los niños de coro; pero asimismo exigía que nadie le faltase, lo cual era muy justo. Lo malo era que, no teniendo gran penetración, no discernía los tonos ni los caracteres y a menudo se amoscaba por una tontería cualquiera.

El antiguo cabildo de Ginebra, donde tenían a honra, en otros tiempos, entrar tantos príncipes y prelados, ha perdido su primitivo esplendor en el destierro, pero ha conservado su arrogancia. Para poder entrar en él es necesario ser gentilhombre o doctor de la Sorbona; y si hay orgullo perdonable, después del que se funda en el mérito personal, es aquel que tiene por origen el nacimiento. Además, los sacerdotes que tienen seglares a sueldo los tratan, por lo general, con bastante altanería. Así trataban los canónigos, con sobrada frecuencia, al pobre Le Maître. Sobre todo el chantre, el abate de Vidonne, quien por lo demás era un hombre muy cumplido, pero muy orgulloso de su nobleza, no siempre tenía con él los miramientos que sus prendas merecían, y el otro no sufría con resignación tales desdenes. Aquel año, durante la Semana Santa, tuvieron un altercado más vivo que de ordinario, en una comida de ritual que daba el obispo a los canónigos y a la que siempre invitábase a Le Maître. El chantre cometió con él un desafuero, y le dijo alguna palabra dura que no pudo digerir, y desde aquel instante tomó la resolución de largarse a la noche siguiente; y no hubo manera de hacerle desistir, aunque la señora de Warens, de quien fue a despedirse, no escaseó medio alguno para apaciguarle. No quiso renunciar al placer de vengarse de aquellos tiranos, poniéndoles en un aprieto en las fiestas de Pascua de Resurrección, en cuya época era más necesario. Pero lo que le apuraba más era sus obras musicales, que quería llevarse, y esto no era muy fácil, porque llenaban una caja bastante grande y muy pesada que no se podía conducir debajo del brazo.

Mamá hizo lo que yo hubiera hecho y lo que haría aun hoy mismo. Después de intentar en vano cuanto pudo para retenerle; viéndole resuelto a partir a toda costa, tomó el partido de ayudarle, en cuanto le fuese posible. Casi me atrevo a decir que era un deber que ella tenía. Le Maître se había consagrado, por decirlo así, a su servicio. Ya se tratase de cosas de su arte, ya en punto a atenciones, siempre le tenía a sus órdenes, y el gusto con que la servía daba nuevo realce a su condescendencia. Por lo tanto, no hacía más que pagar a un amigo en una situación crítica lo que él había hecho por ella durante tres o cuatro años, aunque para llenar semejantes deberes su corazón no necesitaba recordar que estaba obligada a ello. Me llamó a mí y me encargó que siguiera a Le Maître lo menos hasta Lyón, y que permaneciera a su lado todo el tiempo que me necesitara. Posteriormente, me confesó que había entrado por mucho en este arreglo el deseo de alejarme de Venture. Consultó con Claudio Anet, su fiel criado, acerca del modo de llevar la caja, y éste fue de parecer que, en vez de tomar una acémila en Annecy, lo que indudablemente nos descubriría, era preciso sacar la caja a brazos, cuando fuese de noche, llevarla hasta cierta distancia y alquilar un asno en algún pueblo para transportarla hasta Seyssel, donde, una vez en territorio francés, ya no correríamos ningún riesgo. Éste fue el consejo que siguió: salimos a las siete de aquella misma noche, y *mamá*, so pretexto de pagar el gasto que me correspondiese, reforzó el bolsillo del pobre *gatito* con un aumento que no le fue seguramente inútil. Claudio Anet, el jardinero y yo, llevamos la caja, como pudimos, hasta el pueblo más cercano, donde nos relevó un burro, y aquella misma noche llegamos a Seyssel.

Ya creo haber hecho notar que hay ocasiones en que me parezco tan poco a mí mismo, que cualquiera me tomaría por otro enteramente distinto. Ahora se presenta un ejemplo de ello. El señor Reydelet, cura párroco de Seyssel, era canónigo de San Pedro; por consiguiente, conocido de Le Maître y una de las personas de quienes más debía ocultarse. Pues bien, mi opinión fue que, por el contrario, fuésemos a visitarle y le pidiésemos hospitalidad con cualquier pretexto, como si estuviésemos allí con el beneplácito del cabildo. A Le Maître le agradó la idea, porque ello dábale un tinte chistoso y burlón a su venganza. Por consiguiente, nos presentamos con la mayor audacia al señor Reydelet, quien nos acogió muy bien.

Le Maître le dijo que iba a Bollay, a ruego del obispo, a dirigir la música de las Pascuas, y que contaba volver a los pocos días; y yo, a favor de esta mentira, le endilgué otras muchas, con tanta naturalidad, que al señor Reydelet le pareció que yo era un muchacho muy gracioso, y me hizo mil caricias. Allí estuvimos regaladamente y tuvimos buenas camas. El señor Reydelet no sabía cómo obsequiarnos, y nos despedimos hechos grandes amigos y no sin prometerle que a la vuelta nos detendríamos más tiempo. Apenas solos,

soltamos el trapo a reír, y confieso que aún me dan ganas de reír al pensar en ello, porque difícilmente puede imaginarse una travesura mejor sostenida ni más afortunada. Ella sola hubiera bastado para alegrarnos toda la jornada, si el señor Le Maître, que no dejaba de beber y hacer de las suyas, no se hubiese visto dos o tres veces acometido de un ataque que sufría con frecuencia, y que se parecía mucho a la epilepsia. Esto me puso en apuros que me tuvieron en continuo sobresalto, por lo que me propuse escurrirme tan luego como pudiese.

Como habíamos dicho al señor Reydelet, fuimos a pasar las Pascuas a Bellay, donde, aunque no nos esperaban, fuimos recibidos por el maestro de música y acogidos por todo el mundo de buen grado. Le Maître gozaba de una reputación envidiable entre sus compañeros de arte, y era muy merecida. El maestro de música de Bellay le dio a conocer sus mejores obras, y procuró lograr la aprobación de juez tan competente, porque, además de ser perito, Le Maître era equitativo, sin tener nada de envidioso ni adulador. Era tan superior a todos los demás maestros de música provincianos y hallábanse todos tan persuadidos de ello, que más bien le consideraban como jefe que como colega.

Después de haber pasado en Bellay tres o cuatro días muy agradablemente, seguimos el camino sin otro accidente que los ya mencionados. Una vez en Lyón, fuimos a hospedarnos a Nuestra Señora de la Piedad, y mientras esperábamos la caja, que gracias a otra mentira habíamos embarcado en el Ródano, con la ayuda de nuestro buen patrón el señor Reydelet, Le Maître visitó a sus conocidos, entre ellos al padre Catón, franciscano, de quien tendremos que hablar más adelante, y al abate Dortán, conde de Lyón. Uno y otro le recibieron bien, pero le hicieron traición, como vamos a verlo; su buena estrella se había eclipsado al salir de casa del cura Reydelet.

Dos días después de nuestra llegada a Lyón, y a punto de pasar por una callejuela no distante de nuestra posada, acometióle a Le Maître uno de sus ataques; pero esta vez fue tan violento que yo me sobrecogí de espanto. Grité, pedí socorro, dije dónde vivía y supliqué que le hicieran llevar allá; y luego, mientras la gente se reunía y agolpaba en torno de un hombre que yacía en tierra, sin sentido y echando espumarajos por la boca, lo abandoné yo, el único amigo que hubiese podido socorrerle. Aproveché la ocasión en que nadie se acordaba de mi; doblé la primera esquina de la calle y desaparecí. A Dios gracias, ya he salido de esta tercera penosa confesión. Si me quedaran muchas que hacer semejantes a ésta, abandonaría el trabajo comenzado.

De cuanto hasta ahora he dicho han quedado algunas huellas en todos los lugares donde he vivido; mas lo que tengo que decir en el libro siguiente se ignora casi por completo. Son las mayores extravagancias de mi vida, y es una verdadera suerte que no hayan acabado

peor. Pero mi cabeza, templada en armonía con un instrumento extraño, estaba fuera de su diapasón. Cuando lo recobró por sí misma, entonces cesaron mis locuras, o al menos pusiéronse más a tono con mi carácter. Esta época de mi juventud es de la que conservo una idea más confusa. Entonces no ocurrió casi nada que interesase bastante a mi corazón para que haya conservado un recuerdo vivo, y es difícil que con tantas idas y venidas, con tantos cambios sucesivos no haya algunas trasposiciones de tiempos o de lugares. Escribo enteramente de memoria, sin documentos y sin materiales que me ayuden a recordar.

Hay acontecimientos en mi vida que los tengo tan presentes como si acabaran de verificarse, pero también hay lagunas y vacíos que no puedo llenar sino con relatos tan confusos como los recuerdos que de ellos me han quedado. Por consiguiente, es posible que haya cometido algunos errores, y aun puede ser que en adelante los cometa en asuntos poco importantes, hasta la época en que tengo noticias más seguras de mí mismo; por lo que se refiere a lo que verdaderamente importa, estoy seguro de ser exacto y fiel, como procuraré serlo siempre en todo; esto se puede tener por seguro.

Apenas me vi libre del señor Le Maître tomé decididamente el partido de volver a Annecy. La causa y el misterio de aquel viaje habían encaminado todo mi pensamiento a procurar la seguridad de nuestra retirada, y este interés me había distraído durante algunos días de lo que me hacía volver atrás; pero desde el momento en que la seguridad me permitió tranquilizarme, recobró su lugar el sentimiento dominante. Nada me halagaba, nada me tentaba, no tenía más deseos que el de volver al lado de *mamá*. La ternura y la verdad de mi cariño hacia ella habían desarraigado de mi alma todos los proyectos imaginarios, todos los delirios de la ambición. No veía ya otra felicidad que la de vivir a su lado, y no daba sin dolor un solo paso que contribuyese a alejarme de ella. Así, pues, tan pronto como me fue posible volvíme sin vacilar un momento. Tan rápida fue mi vuelta y de tal modo señoreábame esta idea que, a pesar de recordar con tanto placer todos mis otros viajes, no tengo de éste el menor recuerdo; sólo tengo presente mi salida de Lyón y mi llegada a Annecy. ¡Considérese, sobre todo, si esta última época se habrá borrado de mi memoria! A mi llegada no encontré a la señora de Warens; había salido para París.

No he llegado a conocer nunca la finalidad de aquel viaje. Seguro estoy que, de suplicárselo, me la hubiese dicho; pero no creo que nadie tenga menos curiosidad que yo por conocer los secretos de sus amigos; mi corazón, al que sólo el presente atrae, se llena de él por completo, y fuera de los placeres pasados, que constituyen mis únicos goces, no queda en él un solo punto vacío para el pretérito. Cuanto he podido vislumbrar, en lo poco que me dijo de este viaje, es que con la revolución acaecida en Turín después de la abdi-

cación del rey de Cerdeña temió que la olvidaran, y valiéndose de las intrigas del señor Aubonne quiso probar si podría obtener el mismo beneficio de la corte de Francia, lo que hubiera preferido, según me dijo en varias ocasiones, y ello porque el cúmulo da lugar a que no se vea uno tan desagradablemente vigilado. Si así fue, parece extraño que a su vuelta no le pusieran peor cara y que siempre, y sin interrupción alguna, haya percibido su pensión. Muchas personas han creído que le fue encomendada una comisión secreta, ya por parte del obispo, que tenía entonces asuntos pendientes en la corte de Francia, adonde se vio obligado a ir él mismo, ya por la de alguien más poderoso, que supo procurarle un feliz regreso. Lo seguro, si así sucedió, es que la embajadora no fue mal acogida, y que, joven y bella aún, tenía todas las condiciones necesarias para salir airosa de una negociación.

LIBRO CUARTO

1731-1732.–Llego y no la encuentro. ¡Figúrese mi sorpresa y mi dolor! Entonces fue cuando empecé a arrepentirme de haber abandonado cobardemente al señor Le Maître, y fue mayor mi pesar cuando supe la desgracia que sobre él cayera. Su caja de música que contenía toda su fortuna, aquella preciosa caja salvada con tanto trabajo había sido detenida al llegar a Lyón, gracias a la diligencia del conde Dortán, a quien el cabildo había hecho escribir participándole esta substracción furtiva. En vano había reclamado Le Maître lo que constituía su fortuna y su único medio de ganarse la subsistencia, el trabajo de toda su vida. La propiedad de aquella caja hallábase, cuando menos, en litigio; pero no fue necesario. La cuestión quedó resuelta desde luego por la ley del más fuerte, y el pobre Le Maître perdió así el fruto de su talento, el trabajo de su juventud y el recurso de su ancianidad.

Nada faltó para hacer más abrumador el golpe que recibí. Pero me hallaba en una edad en que los pesares ahondan poco, y no tardé en procurarme yo mismo algún consuelo. Esperaba tener en breve noticias de la señora de Warens, aunque ignoraba su paradero y ella no sabía mi regreso; y en cuanto a mi deserción, bien considerado, no la hallaba tan culpable. Había ayudado a Le Maître durante su retirada, y éste era el único servicio que podía prestarle. Si hubiese permanecido con él en Francia no le hubiera curado de su enfermedad, no hubiera podido salvar su caja, ni hubiera hecho más que aumentar sus gastos, sin poderle servir de nada. He aquí cómo pensaba entonces; ahora pienso de muy otro modo. Cuando cometemos una mala acción, ésta no nos atormenta inmediatamente, sino mucho tiempo después, porque su recuerdo no se extingue.

Lo mejor que podía hacer para tener noticias de *mamá* era esperarlas, porque ¿cómo iba a encontrarla en París? ¿Con qué iba a hacer el viaje? No había lugar más seguro que Annecy para averi-

guar, tarde o temprano, dónde estaba; por consiguiente, allí me quedé, pero me conduje bastante mal. No fui a ver al abispo, que me había protegido y aún podía protegerme. Como ya no tenía allí amparo, temía sus reprensiones por nuestra evasión. Menos aún pensaba en acercarme al seminario; ya no se hallaba allí el señor Gros. No vi a ninguna persona conocida; sin embargo, de buena gana hubiera visitado a la señora intendente, pero no me atreví. Aún hice algo peor que esto; hallé otra vez a Venture, en quien, a pesar de todo mi entusiasmo, ni siquiera había pensado desde mi salida de Annecy. Halléle radiante y festejado por todas partes; las damas se lo disputaban. Aquel éxito acabó de trastornarme la cabeza, y ya no tuve ojos más que para Venture, que casi me hizo olvidar a la señora de Warens. Para aprovechar mejor sus lecciones, le hice la proposición, que admitió, de compartir su albergue conmigo. Estaba alojado en casa de un zapatero, hombre chocarrero y divertido, quien, en su dialecto, no daba a su mujer otro nombre que el de *gorrina,* y a la verdad lo merecía bastante. A cada momento tenían altercados que Venture procuraba prolongar fingiendo querer apaciguarlos. Con la mayor sangre fría dirigíales, con su acento provenzal, algunas palabras que producían el mayor efecto, dando lugar a escenas capaces de hacernos desternillar de risa. Así pasaba sin sentir toda la mañana; a las dos o las tres tomábamos un bocado; Venture se iba a sus reuniones, donde cenaba, y yo a pasearme solo, meditando sobre lo mucho que él valía, admirando, codiciando su raro talento y maldiciendo mi mala estrella que me negaba aquella dichosa vida. ¡Ah, qué malamente juzgaba! La mía hubiera sido mil veces más hermosa si yo hubiera sido menos simple y hubiese sabido aprovecharla mejor.

La señora de Warens se había ido acompañada solamente por Claudio y había dejado a Merceret, la doncella de que he hablado, a quien hallé ocupando aún la vivienda de su ama. La señorita Merceret era una joven de alguna más edad que yo, no hermosa, pero sí bastante agradable; una buena friburguesa sin malicia, en quien no observé otro defecto que el de ser a veces un poco rebelde con su ama. Yo iba a menudo a visitarla; era una antigua conocida que me recordaba a otra más querida, lo cual me hacía quererla. Tenía varias amigas, entre ellas una ginebrina, la señorita Giraud, la cual, por culpa de mis pecados, tuvo el capricho de prendarse de mí. Continuamente rogaba a Merceret que me llevase a su casa; yo me dejaba conducir allá, porque quería bastante a esta última y porque allí encontraba a otras jóvenes que no me desagradaban. En cuanto a la señorita Giraud, que me hacía toda clase de arrumacos, producíame una aversión profunda. Cuando me acercaba a la cara su negro y seco hocico embadurnado de rapé me acometían los más violentos deseos de escupirle; pero lo llevaba con paciencia. Fuera de esto, me hallaba perfectamente en medio de aquellas muchachas;

y ya fuese para agradar a la Giraud, ya por mí mismo, el caso es que todas me festejaban a porfía. Yo en todo esto no veía más que la amistad. Después me he percatado de que hubiera dependido de mí el ver en ello algo más, pero no lo sabía entonces, ni lo pensaba siquiera.

Por otra parte, las costureras, las doncellas y las tenderillas me tentaban poco; yo necesitaba señoritas. Cada cual tiene sus caprichos; éste ha sido siempre el mío; en este punto no pienso como Horacio [1]. Pero no se crea por esto que me atraiga la vanidad de la posición y del rango, sino la tez mejor conservada, las manos más bellas, más gracia en el vestir, cierto aire de finura y limpieza en toda la persona, un gusto más delicado en el habla y compostura, vestidos más elegantes, un calzado más bonito, cintas, encajes y un peinado más lindo. Siempre preferiría la menos bonita como reuniese mejor estas circunstancias. Confieso que yo mismo hallo ridícula esta preferencia, pero la siente mi corazón, a pesar mío.

¡Pues bien! Se me presentó también la ocasión de satisfacer este capricho, y sólo de mí dependió el aprovecharme de ella. ¡Cuánto me gusta volver, de vez en cuando, a los momentos agradables de mi juventud! ¡Fueron tan dulces! ¡Fueron tan breves, tan raros, y los disfruté a tan poca costa, que su solo recuerdo inunda mi corazón de una voluptuosidad pura, de la cual necesito para reanimar mi valor y conllevar los achaques de mis años!

Un día la aurora me pareció tan hermosa que, vistiéndome precipitadamente, me lancé al campo para presenciar la salida del Sol. Gocé de este placer en todo su encanto. Esto fue una semana después de San Juan. La tierra, vestida con todas sus galas, estaba cubierta de verdor y flores; los ruiseñores, llegando casi al fin de sus cantos, se complacían en reforzarlos. Todos los pájaros se despedían a coro de la primavera; saludaban el alba de un hermoso día de verano, de uno de esos bellos días que ya no se gozan a mi edad y que no se han visto nunca en el triste suelo donde vivo ahora [2].

Habíame alejado insensiblemente de la ciudad; el calor aumentaba y yo marchaba por la sombra de un valle a lo largo de un riachuelo. De pronto oí detrás de mí pisadas de caballos y voces de muchachas que parecían hallarse en algún apuro, lo cual no les impedía reír bulliciosamente. Yo me volví; oí que me llamaban por mi nombre; me acerqué y me encontré con dos jóvenes conocidas mías, la señorita de Graffenried y la de Galley, las cuales, como no eran buenas jinetes, no sabían cómo componérselas para obligar a los caballos a pasar el río.

La de Graffenried era una joven de Berna, muy amable; hallándose expatriada por causa de alguna locura, propia de su edad, había

[1] *Horacio*, lib. I, sat. II.

[2] En Wooton de Stafforshire.—*N. del T.*

imitado a la señora de Warens, en cuya casa la había visto algunas veces; pero no disponiendo de una pensión como ésta, tuvo la fortuna de acogerse a la señorita Galley, que trabó amistad con ella, rogándole a su madre que se la tomase por compañera en tanto que se le proporcionaba una colocación. La de Galley, que tenía un año menos que ella, era más hermosa aún; tenía un nosequé de mayor distinción, de más delicadeza; era al propio tiempo muy delicada y completamente formada, lo cual constituye el momento más favorable para una joven. Ambas se querían con la mayor ternura, y el buen carácter de ambas debía prolongar indefinidamente su amistad, caso de no estorbarla algún amante. Dijéronme que iban a Toune, viejo castillo de la señora Galley, e imploraban mi socorro para hacer pasar sus caballos, no pudiéndolo hacer por sí solas. Yo quise valerme del látigo; pero temieron, por mí, que me alcanzara alguna coz, y por ellas, los saltos de los caballos. Entonces me valí de otro medio, y fue tomar por la rienda el de la señorita Galley y llevarlo así hasta pasado el riachuelo, con lo cual siguió el otro fácilmente, y yo me mojé hasta media pierna. Esto hecho, quise despedirme, yéndome como un bendito; mas ellas se dijeron algunas palabras en voz baja, y dirigiéndose a mí la de Graffenried, dijo: «¡Oh, no, no, señor; no nos abandone así! Se ha mojado por nuestra causa, por consiguiente, en conciencia, estamos obligadas a facilitarle un medio para que se seque; es preciso, si no le molesta, que nos acompañe; le hacemos nuestro prisionero.» A mí me dio un vuelco el corazón, y consulté el rostro de la señorita Galley. «Sí, sí –añadió ésta riendo al ver mi gesto azorado–, prisionero de guerra; suba a la grupa de ese caballo, queremos dar cuenta de su conducta.» «Pero, señorita, yo no tengo el honor de conocer a su señora madre; ¿qué va a decir cuando me vea?» «Su madre –replicó la de Graffenried– no está en Toune, estamos solas; volveremos al anochecer y usted volverá con nosotras.»

Estas palabras me produjeron un efecto tan rápido como el de la electricidad. temblaba de gozo al lanzarme sobre el caballo de la señorita de Graffenried; y cuando fue preciso abrazarme a ella para sostenerme, el corazón me latía con tanta fuerza que ella lo notó, y me dijo que a ella le latía también por miedo a caerse; esto, en mi posición, casi era invitarme a examinarlo, mas no me atreví, y durante la travesía mis brazos ciñeron su cintura, algo apretados en verdad, pero sin moverse un instante. Mujer habrá que al leer esto me daría de bofetones y tendría razón sobrada.

La alegría que reinó en aquella excursión y la charla de las dos doncellas aguzaron la mía de tal modo, que hasta la noche, y mientras estuvimos reunidos, no callamos un momento. Hallábame tan a gusto, que mi lengua hablaba tanto como mis ojos, aunque no dijese lo mismo. Solamente cuando, por poco tiempo, me quedaba a solas con una de las dos, la conversación se hacía algo más dificultosa;

mas la que se hallaba ausente venía en seguida y no nos dejaba tiempo para vencer la dificultad.

Llegados a Toune, almorzamos, después de haberme secado. Luego fue preciso preparar la comida; mientras la preparaban, besaban de cuando en cuando a los hijos de la granjera, y el pobre marmitón tenía que mirarlo tascando el freno. Habían enviado provisiones de la ciudad y tenían con qué disponer una excelente comida, sobre todo en punto a golosinas; pero desgraciadamente habían olvidado el vino. Esto no era de extrañar, tratándose de una comida para jóvenes que apenas lo bebían; pero a mí me contrarió porque había contado un poco con él para animarme. También ellas lo sintieron, quizá por la misma razón, aunque no lo creo. Su alegría viva y simpática era la inocencia misma; y además, ¿qué habrían hecho de mí entre las dos? Enviaron a buscar vino por todos los alrededores y no pudo encontrarse; tan pobre y sobria es la gente de aquel país. Como ellas me encarecieran cuánto lo sentían, yo les dije que no valía la pena y que no necesitaban el vino para embriagarme. Esta fue la única galantería que me atreví a decirlas en todo el día, aunque yo creo que las picarillas percatábanse perfectamente que la tal galantería era una realidad.

Comimos en la cocina de la granja, sentadas las dos amigas en sendos bancos, una a cada lado de una larga mesa, y su huésped en un escabel de tres pies, en la cabecera. ¡Qué comida! ¡Qué recuerdo tan lleno de satisfacciones! ¿Por qué correr desalado en busca de otros placeres, pudiendo gozarlos a tan poca costa? Ninguna de esas cenas galantes que tienen lugar en ciertas casas de París puede compararse con aquella comida, no ya por el buen humor que reinó en ella por la dulce alegría, sino por la misma sensualidad.

Terminada que fue la comida hicimos una economía: en vez de tomar el café que nos sobrara del almuerzo, lo dejamos para saborearlo con la crema y los pastelillos que habían traído; y para excitar el apetito fuimos al huerto, como remate, a comer cerezas. Yo me encaramé al árbol y les tiraba manojitos de cerezas, cuyos huesos me devolvían al través de las ramas. Hubo una ocasión en que la señorita Galley, avanzando el delantal e inclinando atrás la cabeza se presentó tan bien y yo apunté con tanto acierto, que le dejé caer un manojito en el seno; ¡cuánto nos reímos con aquello! Yo decía para mi coleto: «Lástima que mis labios no sean también cerezas, que de buena gana se los echaría de igual modo.»

Así pasamos el día retozando con la mayor libertad, y siempre con la mayor decencia. No se oyó una sola frase de doble sentido, ni se dio la menor broma atrevida. Y esta discreción no nos la imponíamos, sino que surgía naturalmente; era el eco de nuestros corazones. En fin, tal fue mi modestia (otros dirían mi simpleza), que la mayor libertad que se me escapó fue la de besar una sola vez la mano de la señorita Galley. Verdad es que nuestra situación avalo-

raba este pequeño favor. Nos hallábamos solos, yo respiraba con dificultad, ella tenía los ojos bajos; mis labios, en vez de encontrar palabras, no supieron más que estamparse en su mano, y ella la retiró despacio, después del beso, dirigiéndome una mirada que no respiraba disgusto. No sé qué hubiera podido decirle, pero entró su amiga, que por cierto en aquel momento me pareció fea.

Acordaron al fin que no convenía esperar la noche para volver a la ciudad, y sólo nos quedaba el tiempo preciso para el camino si queríamos llegar de día; por eso nos apresuramos a partir, volviendo en la misma forma que habíamos llegado. Si yo me hubiese atrevido habría permutado, porque la mirada de la señorita Galley me conmovió hondamente; pero no tuve valor para proponerlo, y a ella no le correspondía. Al volver, camino de la ciudad, íbamos lamentando que se acabase el día; aunque en vez de hallar que había sido corto, estuvimos conformes en que habíamos hallado el secreto de prolongarlo por medio de las diversiones que habíamos sabido proporcionarnos.

Dejélas poco más o menos en el mismo sitio dónde nos habíamos reunido. ¡Con cuánto sentimiento nos separamos! ¡Con cuán buen deseo nos propusimos volver a vernos! Las doce horas que pasamos juntos valían tanto como siglos de familiaridad. El dulce recuerdo de aquella jornada nada les costaba a aquellas amables niñas; el tierno lazo que nos unía a los tres valía tanto como otros placeres más vivos, con los cuales no hubiera subsistido; nos amábamos sin vergüenza y sin misterio, y así queríamos amarnos siempre.

La inocencia de las costumbres tiene también su voluptuosidad, que bien equivale a la otra, porque carece de intervalos y es constante. En cuanto a mí, sólo diré que el recuerdo de un día tan hermoso me es más grato, más conmovedor, se despierta más frecuentemente en mi espíritu que el de cualesquiera otros placeres que haya gozado en la vida. Aquellas jóvenes me interesaban vivamente, sin que yo mismo me pudiese dar cuenta del móvil de tan tierno afecto. No digo que si hubiese podido escoger hubiera dividido mi corazón entre ellas, porque me sentía algo más inclinado a la una que a la otra. Ser el amante de la de Graffenried hubiera sido mi dicha; pero me parece que, a estar en mi mano, la hubiera preferido por confidente. Como quiera que sea, al despedirme de ellas me parecía que ya no podría vivir sin las dos. ¡Quién había de decirme que no las vería más en la vida y que allí morirían nuestros efímeros amores!

Los que esto lean no dejarán de reírse de mis aventuras amorosas viendo que después de tantos preliminares las que van más allá acaban con un beso en una mano. ¡Oh lectores míos, no os dejéis engañar por este solo hecho!, quizá he gozado yo más en mis amores, terminados de esta suerte, que podáis gozar vosotros en los vuestros, comenzando, cuando menos, por ese beso en la mano.

Venture, que se había acostado muy tarde la víspera, entró poco después que yo. Esta vez no le vi con tanto gusto como de costumbre, y me guardé muy bien de explicarle cómo había pasado el día. Aquellas señoritas habláronme de él con menosprecio, y me habían parecido descontentas de saber que me hallaba en tan malas manos; esto le rebajó mucho en mi concepto; y además, todo cuanto me distrajera de ellas no podía serme agradable. Sin embargo, pronto me hizo pensar en él, y en mí mismo, recordándome mi situación. Era demasiado crítica para que pudiese seguir así. Aun cuando mis gastos fuesen muy reducidos, mi escaso peculio se agotaba, y yo no tenía ningún recurso. No se recibían noticias de *mamá;* no sabía qué hacer, y me oprimía cruelmente el corazón ver al amigo de la señorita Galley reducido a la mendicidad.

Venture me dijo que había hablado de mí al señor juez, con quien me llevaría a comer al día siguiente; que era un hombre que podía favorecerme por sus buenas relaciones; hombre, por otra parte, de agradable trato, de ingenio y de cultura; hombre de muchas prendas, que sabía apreciar el talento, y, en fin, un buen conocimiento; luego, mezclando, como de costumbre, las mayores frivolidades con las cosas más serias, me enseñó unas graciosas coplas, procedentes de París, con aplicación a un aire de una ópera de Mouret, que a la sazón se representaba. Estas coplas agradaron tanto al señor Simón (éste era el nombre del juez), que quiso escribir otras sobre el mismo tema; había dicho a Venture que también él hiciese algunas; y éste tuvo el capricho de inducirme a mí a que escribiera otras, con el objeto, dijo, de que al día siguiente se viesen aparecer las coplas como las angarillas de la *Novela cómica.*

No pudiendo conciliar el sueño por la noche, hice las coplas como pude. Para ser las primeras salieron bastante regulares, y mejores, o a lo menos hechas con más gusto que lo habrían sido la víspera, por ser el tema una situación muy tierna, para la cual me hallaba predispuesto. A la mañana siguiente enseñé a Venture mis versos, y, hallándolos bonitos, se los metió en el bolsillo, sin decirme si había hecho los suyos.

Fuimos a comer a casa del señor Simón, que nos dispensó muy buena acogida. La conversación fue agradable, como no podía menos de ser entre dos hombres de ingenio que habían leído mucho y con provecho. Yo desempeñaba mi papel a las mil maravillas, escuchando y callando. Ni uno ni otro hablaron de las coplas, y yo tampoco; y nunca, que yo sepa, se habló de las mías.

Parece que al señor Simón le agradó mi porte, y poco más o menos fue todo lo que vio de mí en aquella entrevista. Me había visto ya diferentes veces en casa de la señora de Warens, sin que fijara en mí su atención. Así es que puede decirse que de aquella comida dató nuestro conocimiento, que de nada me sirvió, respecto

al motivo que me impulsó a adquirirlo, pero con el que logré otras ventajas, que me lo recuerdan agradablemente.

Haría mal en no diseñar su retrato, pues por su calidad de magistrado y por el ingenio de que se envanecía nadie podría representarse su figura. Seguramente no tenía dos pies de estatura. Sus piernas rectas, delgadas y aun bastante largas, le hubieran levantado un poco si hubiesen sido verticales; pero las tenía oblicuas como las de un compás muy abierto. Su cuerpo no sólo era corto, sino delgado y de una pequeñez tal en todos sentidos que difícilmente puede concebirse. Desnudo debía parecer una langosta. Su cabeza, de tamaño corriente, de correctas proporciones, aire noble y ojos bastante bellos, parecía una cabeza postiza colocada sobre un muñón. Hubiera podido excusarse de gastar nada para vestir, porque su enorme peluca le cubría enteramente hasta los pies.

Tenía dos voces enteramente distintas, que se oían constantemente mezcladas en su conversación, formando un contraste que al principio tenía gracia, pero que no tardaba en hacerse desagradable; una grave y sonora era, por decirlo así, la de la cabeza; la otra, clara, aguda y penetrante, parecía la voz de su cuerpo. Cuando hablaba con parsimonia, escuchándose a sí mismo y sin esfuerzo, podía conservar su voz grave; pero por poco que se animara y expresara con más energía, su acento parecía el chirrido de una llave, y ya no podía recobrar el otro sin gran trabajo.

Con todo, a pesar de la figura que acabo de describir, sin la menor exageración, era un hombre galante, gran decidor de anécdotas y agudezas, y llevaba hasta la coquetería el ornato de su persona. Como procuraba colocarse siempre en el terreno más ventajoso, gustábale dar en la cama las audiencias mañaneras, porque al ver tan hermosa cabeza sobre la almohada nadie hubiera imaginado que allí se acababa todo. Esto daba lugar algunas veces a escenas que de fijo recuerda todo Annecy aún.

Una mañana que esperaba a los litigantes en la cama, o mejor dicho, sobre la cama, cubierto con un magnífico gorro de dormir muy blanco y fino, adornado con dos grandes lazos de cinta de color de rosa, llegó un campesino y llamó a la puerta. La criada había salido. El señor juez, al oír llamar repetidas veces, exclamó: «¡Adelante!», con su voz aguda, por haber tenido que hablar un poco recio. Entra el hombre, busca de dónde proviene aquella voz de mujer; y viendo en aquel lecho una cofia, una especie de moño, quiere retirarse, tras de pedir a la señora mil perdones. El señor Simón se incomoda y grita, con tono aún más agudo. El campesino, afirmándose en su idea, comienza a desbarrar y le dice que, por lo visto, no era más que una aventurera correntona, y que el señor juez no daba muy buen ejemplo en su casa. Furioso el juez y no hallando a mano otra cosa que el vaso de noche, iba a tirarlo a la cabeza de aquel pobre hombre, cuando llegó la sirvienta.

Aquel enano, tan desfavorecido por la Naturaleza en cuanto a la figura, había sido recompensado en la parte del ingenio; era naturalmente simpático, y había tenido buen cuidado de cultivar y embellecer sus facultades. Aunque, según era fama, fuese un buen jurisconsulto, no tenía apego a su carrera, y se dedicó a la amena literatura con buen éxito. Sobre todo había adquirido esa brillante superficie, ese barniz que hace el trato agradable aun con las mujeres. Sabía de memoria todos los chismes, cuentos y agudezas publicadas en colecciones, y poseía el arte de realzarlos, refiriendo con interés, con cierto misterio y como cosa de la víspera, lo que había sucedido sesenta años atrás.

Sabía música y cantaba con su voz de hombre que daba gusto oírle; en fin, para ser un magistrado poseía multitud de agradables dotes. A fuerza de requebrar a las damas de Annecy, se había hecho de moda entre ellas y le tenían tras de sí como un mono. Hasta pretendía sus favores, y esto las divertía en extremo. Cierta señora de Apagny decía que el último favor para él era besar a una mujer en la rodilla.

Como conocía los buenos libros y se complacía en hablar de ellos, su conversación, además de agradable, resulta instructiva. Después, cuando me aficioné al estudio, cultivé su amistad, que me fue muy grata. Desde Chamberí, donde entonces me encontraba, iba a verle algunas veces, elogiaba y animaba mi emulación, y a menudo me daba prudentes consejos sobre lo que leía, que me fueron muy provechosos. Fue una gran lástima, porque era un hombrecillo de quien empezaba uno por reírse y a quien acababa por querer. Aunque su vida y la mía se hallen tan poco enlazadas, como recibí de él algunas lecciones útiles, he creído que debía consagrarle este recuerdo.

En cuanto me vi libre, corrí a la calle donde vivía la señorita Galley, imaginándome que vería entrar o salir a alguien o abrirse, por lo menos, alguna ventana; pero nada; no surgió ni una rata, y todo el tiempo que permanecí allí siguió la casa cerrada, como si deshabitada estuviese; y como la calle era pequeña y estaba desierta, notábase desde luego la presencia de una persona. De cuando en cuando pasaba alguno, entraba o salía alguien de la vecindad, de suerte que me sentía corrido, imaginándome que todos adivinaban el motivo de mi permanencia allí, y esta idea me atormentaba sobremanera, porque siempre he preferido a mi gusto el buen nombre y tranquilidad de las personas que me eran queridas. En fin, cansado de hacer el papel de amante español y no teniendo guitarra, resolví escribir a su amiga, pero no me atreví, y además convenía comenzar por la que me había hecho conocer a la otra, con la cual tenía mayor familiaridad. Escrita una vez la carta, fui a llevarla a la señorita Giraud, como habíamos convenido con aquellas señoritas al separarnos, siendo ellas las que me indicaban este medio. La señorita Giraud era tapicera, y como trabajaba a veces en casa de la señora

Galley, tenía entrada en ella. No me pareció, sin embargo, bien escogida la mensajera; pero temí que si manifestaba mi repugnancia, la dejasen sin proponer a otra. Además, no me atreví a decir que aquélla pretendía trabajar por su cuenta, pues me sentía humillado de que osara creer que yo había de considerarla como del mismo sexo que ellas. En fin, prefería admitir aquella medianera a quedarme sin ninguna, y la acepté a todo riesgo.

A las primeras palabras la señorita Giraud me comprendió, lo que no era difícil; aunque la misión de llevar una carta a unas jóvenes no hubiese bastado por sí sola, me hubieran descubierto la turbación y el embarazo con que hice el encargo. Como se comprende, semejante comisión fue muy poco de su gusto; pero ella la tomó por su cuenta y la desempeñó con fidelidad. Por la mañana temprano fui a su casa volando y encontré la respuesta. ¡Con qué ansiedad me apresuré a salir para ir a verla y besarla sin testigos, no tengo necesidad de decirlo! Lo que sí debe conocerse es el partido que tomó la señorita Giraud, con lo que me demostró más delicadeza y discreción que hubiera podido esperar de ella. Conociendo demasiado que con sus treinta y siete años, sus ojos de liebre, su nariz empolvada, su voz agria y su piel negra no podía luchar contra dos jóvenes llenas de gracia y en todo el apogeo de su belleza, no quiso traicionarlas ni servirlas, y prefirió perderme a que yo fuese para ellas.

1732.–De algún tiempo atrás la Merceret, viendo que nada se sabía de su ama, pensaba volver a Friburgo. La Giraud la hizo determinarse a efectuarlo y le dio a entender que sería conveniente que alguien la acompañase a casa de su padre, y le propuso que ese alguien fuese yo. Merceret, a quien yo no desagradaba tampoco, encontró la idea muy buena, y me hablaron las dos del arreglo aquel mismo día como si fuera cosa hecha; y como no hallé nada que me disgustase en este modo de disponer de mí, accedí a ello, creyendo que aquel viaje sería, a lo más, asunto de ocho días. La Giraud, que no pensaba de igual manera, lo dispuso todo. Preciso fue confesar el estado de mi bolsa. No se apuraron por esto: Merceret se encargó de pagar por mí; y para resarcirla en parte, a mi ruego, se resolvió enviar delante el equipaje y que nosotros fuésemos a pie, haciendo jornadas cortas, y así se hizo.

Ya me molesta tener que presentar tantas muchachas enamoradas de mí; pero como no puedo envanecerme por el resultado obtenido de todos esos amores, me parece que puedo decir la verdad sin ningún escrúpulo. Más joven y menos ladina que la Giraud, Merceret nunca me acaeció con tanta viveza; pero imitaba el tono de mi voz y mi acento, repetía mis palabras, me prodigaba las atenciones que yo hubiera debido usar con ella, y como era muy miedosa, procuraba siempre que durmiésemos en un mismo cuarto; rara vez se limita a esto la cosa cuando ocurre entre un joven de veinte años y una muchacha de veinticinco.

Sin embargo, aquella vez todo se redujo a eso. Tal fue mi bobería que, a pesar de que Merceret nada tenía de desagradable, no se me ocurrió siquiera en todo el viaje la menor tentación ni la menor idea que remotamente pudiese despertarla, y aun cuando se me hubiese ocurrido semejante pensamiento, era incapaz de aprovecharlo. Yo no comprendía cómo podían llegar a acostarse juntos un joven y una muchacha, y antojábaseme que se necesitaban siglos para preparar una cosa tan terrible. Si la pobre Merceret creyó resarcirse del gasto que le ocasionaba, se llevó buen chasco, y llegamos a Friburgo tal como habíamos salido de Annecy.

Al pasar por Ginebra no fui a ver a nadie, pero casi me sentí enfermo al llegar a los puentes. Jamás he visto las murallas de esa dichosa ciudad, nunca he entrado en ella sin sentir una especie de desmayo precursor de un exceso de enternecimiento. Al mismo tiempo que la noble imagen de la libertad elevaba mi alma, las de la igualdad, la unión y la dulzura de las costumbres me conmovían hasta arrancarme lágrimas e inspirábame un dolor intenso por haber perdido todos aquellos beneficios. ¡Cuánto me equivocaba, pero cuán natural era mi sentimiento! Creía ver todo esto en mi patria porque lo llevaba en mi corazón.

Habíamos de pasar por Nyón. ¡Cómo no ir a ver a mi padre! Si hubiese tenido valor para hacerlo, hubiera muerto de remordimiento. ¡Ah, qué poca razón tenía en temerle! A mi llegada abrió su corazón a los sentimientos paternales de que estaba henchido. ¡Cuántas lágrimas derramamos abrazados! Al principio creyó que volvía al hogar paterno; pero yo le manifesté mi resolución, después de contarle mi historia. Combatióla débilmente, haciéndome ver los peligros a que me exponía, y me dijo que las locuras más cortas eran las mejores. Por lo demás, no tuvo siquiera la intención de retenerme a la fuerza, y creo que en esto hizo muy bien; pero, a la verdad, no hizo cuanto pudo para obligarme, ya fuera juzgando que no debía volver después del paso que había dado, ya por que se encontrase embarazado por no saber qué podría hacer de mí a la edad que a la sazón tenía. Después he sabido que se formó una opinión injusta de mi compañera de viaje, opinión que estaba muy lejos de la verdad, pero que era muy natural. Mi madrastra, buena mujer y algo meliflua, aparentó querer que me quedara a cenar. Yo no accedí, pero les dije que a la vuelta pensaba detenerme un poco más en su compañía y les dejé en depósito mi hatillo, que había venido por el barco y me molestaba. Partí a la madrugada siguiente, satisfecho de haber visto a mi padre y haber sabido cumplir con mi deber.

Llegamos a Friburgo con toda felicidad. Hacia el fin del viaje disminuyeron un poco las atenciones de Merceret, y después de nuestra llegada sólo manifestóme frialdad. Su padre, que no nadaba en la abundancia, tampoco me acogió muy bien, y encaminéme a

un bodegón. Al día siguiente fui a verles, me invitaron a comer y acepté. Nos separamos sin derramar una lágrima; por la noche volví a mi figón, y me marché a los dos días de haber llegado, sin saber a punto fijo adónde pretendía ir.

He aquí otra circunstancia de mi vida en la que la Providencia me ofrecía precisamente lo que yo necesitaba para ser dichoso. Merceret era una buena muchacha, no encantadora, ni hermosa siquiera, pero tampoco fea; poco vivaracha, muy razonable, que si bien tenía ratos de mal humor, los desahogaba llorando y nunca tenían consecuencias borrascosas. Me quería de veras; hubiera podido casarme con ella sin trabajo y seguir el oficio de su padre, que habríamelo hecho agradable mi afición a la música, y me hubiera establecido en Friburgo, ciudad de poca importancia, nada hermosa, pero habitada por muy buenas gentes. Perdería, sin duda, así grandes placeres; pero habría vivido en paz hasta el fin de mi vida; y yo sé mejor que nadie que no se debe vacilar en esta alternativa.

Partí, pero no fui a Nyón, sino a Lausana. Quería satisfacer mi anhelo de ver el hermoso lago que desde allí se vislumbra en toda su extensión. La mayor parte de los secretos motivos de mis determinaciones no han sido más sólidos que éste en ninguna ocasión, pues las miras muy lejanas raras veces son capaces de hacerme adoptar una resolución. La incertidumbre del porvenir me ha hecho mirar siempre los proyectos de ejecución lenta como señuelos para mayor engaño. Yo me entrego a la esperanza como cualquier otro, mientras nada me cuesta alimentarla; pero si es preciso una prolongada molestia, ya no soy hombre para ello. El placer más insignificante que se me ofrece a mano me atrae más que los goces del paraíso. Exceptúo, sin embargo, los placeres que traen aparejado el dolor; éstos no me tientan, porque sólo me agradan los placeres puros, y jamás se obtienen tales cuando se sabe que han de ir seguidos del arrepentimiento.

Sentía una necesidad grande de llegar a un lugar u otro, cualquiera que fuese, y el mejor era el más cercano, pues habiéndome extraviado en el camino, al anochecer me encontré en Moudon, en donde gasté lo poco que me quedaba, exceptuando diez *kreutzer*, que empleé al día siguiente en comer; llegado por la noche a un lugar cercano de Lausana, entré en un mesón sin tener un sueldo con qué pagar mi alojamiento y sin saber lo que sería de mí. Tenía un hambre atroz; procuré poner buen semblante y pedí de cenar como si tuviese de sobra con qué pagar. Me acosté sin inquietarme, me dormí tranquilamente, y al día siguiente, después de haber almorzado y pedido la cuenta, quise dejar la chupa en pago de los siete *batz* a que ascendía. El bueno del mesonero rehusó y me dijo que, a Dios gracias, nunca había desnudado a nadie; que no quería empezar a hacerlo por cuestión de siete *batz*, que guardase mi chupa

y que ya le pagaría cuando pudiese. Su bondad me conmovió, pero no tanto como debía y como después me ha conmovido al recordarlo. No tardé mucho en enviarle el dinero y las más rendidas gracias por medio de una persona segura; pero cuando, quince años después, volví a pasar por Lausana, a mi vuelta a Italia, tuve un verdadero sentimiento por haber olvidado el nombre del mesón y el del mesonero. Había ido a verle; hubiera tenido un placer en recordarle su buena obra y en probarle que no había caído en mal terreno. Otros servicios, sin duda más importantes, pero prestados con más ostentación, no me han parecido tan dignos de agradecimiento como los humanitarios sentimientos de aquel buen hombre, revelados sin vanagloria y con tanta sencillez.

Al acercarme a Lausana iba pensando en la estrechez a que me veía reducido y en el modo de salir de ella sin ir a manifestárselo a mi madrastra; y en esta peregrinación pedestre me comparaba a mi amigo Venture, cuando llegó a Annecy. Tanto me penetré de semejante idea, que, sin tener en cuenta que no contaba con su despejo ni su instrucción, se me puso en la cabeza que había de ser Lausana un segundo Venture, enseñar música, aunque no la sabía, y hacerme pasar por parisiense, aunque nunca había estado en París. En consecuencia, resuelto a llevar a cabo este proyecto, y como no había capilla adonde ir a ofrecerme, y por otra parte no tenía ningún deseo de alternar con los músicos de la población, empecé por enterarme de dónde podría hallar posada decente sin que fuese cara. Diéronme noticia de un tal Perrotet que tenía pupilos, y resultó ser un hombre que se caía de bueno y que me dispensó excelente acogida. Hícele una mentirosa relación, tal como me la tenía estudiada, y me prometió darme a conocer y procurarme lecciones, añadiendo que no me pediría dinero hasta que lo hubiese ganado. Costaba el hospedaje cinco escudos, lo cual era bien poco, pero mucho para mí. Así, pues, me aconsejó que al principio no me pusiese más que a media pensión, que consistía en una buena sopa y nada más a la comida, y en una confortable cena al anochecer. Yo convine en ello, y el pobre Perrotet me hizo todos los adelantos con la mejor buena voluntad, y nada escaseó para favorecerme.

¿Cómo es que habiendo hallado tan buenas gentes en mi juventud las encuentro tan escasamente a edad avanzada? ¿Será que se ha extinguido su raza? No, sino que el rango donde ahora tengo necesidad de buscarlas no es el mismo en que en otro tiempo las descubría. Entre la gente del pueblo, que sólo siente las grandes pasiones por intervalos, la voz de la Naturaleza se hace escuchar más a menudo. En las clases altas permanece ahogada por completo, y sólo hablan la vanidad o el interés, bajo la máscara del sentimiento.

Desde Lausana escribí a mi padre, que me envió el equipaje, dándome varios consejos excelentes de los que hubiera debido hacer

más caso. Ya he dicho que a veces señoreábame un como delirio, durante el cual era yo otro hombre enteramente distinto. He aquí uno de los ejemplos más notables. Para que se comprenda hasta qué punto había perdido la cabeza, cuán *venturizado*, por decirlo así, me hallaba, basta ver las extravagancias que hice a un tiempo. Heme convertido en maestro de canto sin saber leer música siquiera, pues aun cuando hubiese aprovechado los seis meses que permanecí al lado de Le Maître, nunca habría sido suficiente; además, habiéndome enseñado un gran maestro, esto era lo bastante para que no aprendiese nada. Parisiense de Ginebra y católico de un país protestante, creí deber cambiar de nombre, así como de religión y de patria. Siempre imitaba a mi gran modelo en cuanto era posible. Él se había llamado Venture de Villeneuve; yo hice del nombre Rousseau el anagrama de Vaussore, y me llamé Vaussore de Villeneuve. Venture sabía de composición, aunque no lo hubiese dicho; yo, sin conocerla, me jactaba de compositor delante de todo el mundo, siendo incapaz de ponerle música a una copla. Habiendo sido presentado al señor de Treytorens, profesor de Derecho, que era aficionado a la música y daba conciertos en su casa, quise ofrecerle una muestra de mi talento, y me puse a escribir una pieza para el concierto, con tanto atrevimiento como si hubiese conocido el terreno perfectamente. Tuve la constancia de estarme quince días componiendo esa grande obra, de ponerla en limpio, de sacar las diferentes partes y de distribuirlas con tanta confianza como si hubiese sido una obra maestra de armonía. En fin, aún cuesta trabajo creerlo, y, sin embargo, es la pura verdad, para coronar dignamente esa producción sublime puse al final un lindo minué, que se oía por las calles, y que tal vez muchos recuerden aún con la ayuda de estas palabras tan conocidas en otro tiempo:

Quel caprice!
Quelle injustice!
Quoi, ta Clarisse
trahirait tes feux?, etc. [1].

Venture me había enseñado el aire con el contrabajo acompañado de otra letra indecorosa, con ayuda de la cual yo lo había retenido. Así, pues, coloqué al final de mi composición este minué, con el contrabajo, suprimiendo la letra, y lo di por mío, tan resueltamente como si hubiese tratado con los habitantes de la Luna.

Reuniéronse los músicos para ejecutar mi composición; expliqué a cada uno el corte y el gusto de ella, y les distribuí los papeles; andaba muy atareado. Ensayaron unos y otros durante cinco o seis minutos, que para mí fueron siglos. Al fin, todo dispuesto, di con un rollo de papel sobre mi pupitre magistral los cinco o seis golpes pre-

[1] ¡Qué capricho, – qué injusticia! – ¿Qué, Clarisa – traiciona tu amor?

liminares de atención. Reinó un momento de completo silencio; empecé con la mayor gravedad a llevar el compás, y sonaron los instrumentos... Desde que existen óperas francesas, jamás se oyó una cencerrada semejante. Por muy mal concepto que se hubiesen podido formar de mí como músico, el efecto fue peor de lo que parecía esperar. Los músicos reventaban de risa, el auditorio abría desmesuradamente los ojos y quería taparse los oídos; pero no hubo remedio; mis verdugos, los sinfonistas, que querían divertirse, rascaban de modo que eran capaces de romper un tímpano de cuero. Tuve la constancia de seguir siempre adelante, a la verdad sudando a mares; pero retenido por la vergüenza, no me atrevía a escaparme dejándolo todo plantado. Como único consuelo oía en derredor lo que unos a otros se decían o, mejor dicho, me decían. Uno: «En esta pieza no hay nada que pueda tolerarse»; otro: «¡Qué música de los diablos!»; otro: «¡Qué demonio de algazara es ésta!» ¡Pobre Juan Jacobo! ¡Cuán lejos te hallabas de presumir, en aquel cruel momento, que un día, en presencia del rey de Francia y de toda su corte, tus armonías excitaran murmullos de sorpresa y aplauso, y que en todos los palcos diríanse las damas a media voz, en torno de ti: «Qué música tan hermosa! ¡Esto conmueve las más hondas fibras del corazón!»

Pero lo que regocijó a todo el mundo fue el minué. Apenas se oyeron los primeros compases cuando oí resonar las carcajadas de todos lados. Todos me felicitaban por mi buen gusto; me repetían que aquel minué me haría célebre y que mis inspiraciones merecían ser cantadas por todo el ámbito del globo. No creo tener que describir mi angustia ni que confesar cuán merecida la tenía.

Al día siguiente vino a verme uno de los músicos, llamado Lutold, y fue bastante amable para no felicitarme por mi éxito. El profundo sentimiento que me había causado mi solemne tontería, la vergüenza, el arrepentimiento, la desesperación por el precario estado en que me hallaba, la imposibilidad de tener el corazón cerrado en medio de tantas aflicciones hicieron que me franqueara con él; di rienda suelta al llanto, y en vez de contentarme con la confesión de mi ignorancia, se lo dije todo, suplicándole que me guardara el secreto, lo cual me prometió, cumpliendo como puede imaginarse. Aquella misma noche todo Lausana supo quién era yo; y lo notable es que nadie me lo dio a entender, ni aun el mismo Perrotet, quien a pesar de todo no se desentendió de alimentarme y darme alojamiento.

Yo vivía, mas ¡cuán tristemente! Con semejante estreno, como era natural, mi estancia en Lausana no fue muy feliz. Los discípulos no venían en tropel; ni siquiera se presentó una alumna, ni una sola persona de la ciudad. Tuve, por junto, dos o tres alemanotes, casi tan estúpidos como yo ignorante, que me aburrieron a más no poder y que de mis manos no salieron grandes solfistas.

Sólo en una casa me llamaron, en donde a un diablo de chiquilla ocurriósele enseñarme varias piezas de música, de las cuales no pude leer una nota y que tuvo la malicia de cantar en seguida delante del señor maestro, para enseñarle cómo se hacía. Tan lejos me hallaba de leer una pieza de repente, que en el brillante concierto de que he hablado no me fue posible seguir la ejecución ni un solo momento, para saber si se ejecutaba bien lo que tenía delante de los ojos y lo que había compuesto yo mismo.

En medio de tantas humillaciones hallaba algún consuelo en las cartas que de vez en cuando recibía de mis dos encantadoras amigas. Siempre he hallado en el sexo femenino una virtud extraordinaria para proporcionar algún consuelo; y nada calma tanto mi aflicción en mis quebrantos como ver que una persona amable se interesa por mí. Sin embargo esa correspondencia se acabó al poco tiempo, y nunca más fue reanudada. Cuando me trasladé a otro punto no tuve el cuidado de participárselo, y obligado por la necesidad a pensar de continuo en mí mismo, pronto las olvidé por completo.

Tiempo hace que no hemos hablado de mi pobre *mamá*. Mas no se crea que por eso la olvidaba. No dejaba nunca de pensar en ella y deseaba hallarla nuevamente, no sólo por la necesidad de mi subsistencia, sino, principalmente, por la de mi alma. Por vivo y tierno que fuese el cariño que le tenía no cerraba mi corazón a otros amores; pero no eran de la misma clase. Todas debían el afecto que me inspiraban a sus atractivos; pero mi corazón no amaba otra cosa que éstos en las demás, y no habría sobrevivido a ellos; en cambio, *mamá* podía volverse vieja y fea sin que yo dejase de amarla con igual ternura. El homenaje rendido al principio a su belleza se había transmitido enteramente a su persona; y cualquier cambio que experimentase, mientras fuese ella misma, no podía hacerme cambiar de sentimientos. Ya sé muy bien que le debía agradecimiento; pero a la verdad no pensaba en ello. Que hubiese hecho o no mucho por mí, siempre hubiera sido lo mismo; no la amaba por deber, ni por interés, ni por conveniencia; la amaba porque había nacido para amarla. Confieso que cuando me prendaba de otra, me distraía un poco y pensaba en ella con menos frecuencia; pero siempre la recordaba mi corazón con idéntico placer, y enamorado o no, jamás he pensado en ella sin conocer que no podía existir en el mundo dicha verdadera para mí mientras no viviese a su lado.

A pesar de transcurrir tanto tiempo sin tener noticias suyas, nunca creí haberla perdido ni que ella hubiese podido olvidarme.

Yo me decía: «Ella sabrá tarde o temprano por dónde me hallo errante, y dará señales de que vive; volveré a encontrarla, estoy seguro de ello.» Servíanme de consuelo, mientras tanto, vivir en su país natal, recorrer las calles por donde ella había pasado, cruzar por delante de las casas donde había vivido; y todo esto hacíalo por conjeturas, pues consistía una de mis mayores tonterías en no atreverme

a informarme de nada que tuviese relación con ella ni pronunciar su nombre sin la más estricta necesidad. Me parecía que al nombrarla daba a entender el afecto que me inspiraba, que mis labios revelaban el secreto de mi corazón y que hasta cierto punto la comprometía; y creo que también me hallaba dominado por cierto temor de que me hablasen mal de ella, porque su partida había dado mucho que hablar y se había murmurado un poco de su conducta. Por temor de que no me hablasen de ella como yo quería, prefería que no me dijeran nada.

Como mis alumnos no me ocupaban mucho y su pueblo natal no distaba más de cuatro leguas de Lausana, fui a pasar allí dos o tres días, y en todo este tiempo siempre fui presa de una dulce emoción. El aspecto del lago de Ginebra y de sus admirables orillas tuvo siempre para mis ojos un atractivo particular que no sabría explicarme y que consiste, no sólo en la belleza del espectáculo, sino en un nosequé interesante que me conmueve y enternece. Cada vez que me acerco al país de Vaud experimento una sensación en la que entran el recuerdo de la señora de Warens, que nació en él; el de mi padre, que en él vivió; el de la señorita de Vulson, que obtuvo en él las primicias de mis amores; el de muchos viajes de recreo que hice por él durante mi infancia, y me parece que hasta el de alguna otra causa más secreta y todavía más viva que todo esto. Cuando el ardiente deseo de esta vida feliz y dulce, que huye de mí y para la cual he nacido, viene a inflamar mi imaginación, siempre me la represento en el país de Vaud, a orillas del lago, en medio de campiñas deliciosas. No puedo prescindir de un huerto junto a este lago precisamente, con exclusión de otro alguno; necesito un amigo seguro; una mujer amable; una vaca y una barquilla. No gozaré una felicidad verdadera en este mundo hasta que tenga todo esto. Cuando pienso en la ingenuidad con que varias veces he ido a Vaud en busca de esa felicidad imaginaria no puedo menos de reírme. Siempre me sorprendía ver que sus habitantes, y sobre todo las mujeres, eran completamente distintos de lo que yo me imaginaba. ¡Cuánto me extrañaba esto! El país y el pueblo que lo habita nunca me han parecido formados el uno para el otro.

En esta excursión a Vevey, siguiendo aquella hermosa orilla, me entregaba a la más dulce melancolía; mi alma lanzábase ardientemente en pos de los más inocentes placeres; me enternecía, suspiraba y lloraba como un niño. ¡Cuántas veces, deteniéndome para llorar, sentado en una gran piedra, me he entretenido en ver cómo caían mis lágrimas en el agua!

Una vez en Vevey, me hospedé en «La Llave», y durante los dos días que permanecí en aquella población sin ver a nadie le cobré un cariño tal, que su memoria me ha seguido siempre en todos mis viajes, y al fin me ha hecho colocar allí al protagonista de mi novela. Yo diría a los que tienen buen gusto y son muy sensibles: «Vayan a

Vevey, visiten el país, examinen sus paisajes, paséense por el lago y díganme si la Naturaleza no parece haber creado aquel hermoso lugar para una Julia, una Clara y un Saint-Preux; pero no se cansen en buscarles allí.»

Volvamos a mi historia.

Como yo era católico y por tal pasaba, seguía públicamente y sin escrúpulo el culto que había abrazado. Los domingos, cuando hacía buen tiempo iba a oír misa a Assens, a dos leguas de Lausana. Generalmente hacía esas excursiones en compañía de otros católicos, sobre todo de un bordador parisiense, cuyo nombre se me ha olvidado. Éste no era un parisiense como yo, sino un verdadero parisiense de París, un archiparisiense de Dios, honrado como un champañés. Amaba tan entrañablemente a su patria, que jamás quiso dudar de que fuese también la mía, por temor de perder la ocasión de hablar de ella. El señor de Crouzas, lugarteniente del bailío, tenía un jardinero, parisiense también, pero menos complaciente, y que juzgaba comprometida la gloria de su patria porque hubiese quien se atreviera a darse por nacido en ella no teniendo semejante honor. Me hacía preguntas con el tono de que está seguro de coger en falta a su interlocutor, y sonreíase luego maliciosamente. Un día me preguntó qué había de notable en el Mercado Nuevo. Como es fácil de comprender, salí por otro registro. Ahora, después de haber vivido en París por espacio de veinticinco años, debo conocerlo un poco. Hoy mismo, sin embargo, si me hicieran una pregunta semejante me vería en idénticos apuros para satisfacerla, de donde podría deducirse que nunca había estado en tal ciudad. Así de fácil es fundarse en principios erróneos, aun cuando se dé con la verdad.

No podría decir exactamente cuánto tiempo permanecí en Lausana. No llevé de allí gratos recuerdos, y sé tan sólo que, no encontrando medios de vivir, salí para Neufchatel, en donde pasé el invierno. En esta ciudad me fue mejor, pues tuve algunos discípulos y pude ganar con qué satisfacer a mi buen amigo Perrotet, que me había remitido fidelísimamente mi reducido equipaje, a pesar de haberme ido debiéndole bastante dinero. Enseñando la música, iba aprendiéndola insensiblemente. Mi vida era bastante tranquila. Un hombre razonable hubiera podido contentarse con ella; pero mi corazón inquieto me pedía otra cosa. Los domingos y los días que tenía libres me iba a recorrer la campiña y los bosques vecinos, errante, meditabundo y suspirando siempre; y una vez fuera de la ciudad, no volvía a entrar en ella hasta la noche. Un día, hallándome en Boudry, entré a comer en una taberna; vi a un hombre con una gran barba y un traje griego de color de violeta, un gorro guarnecido de pieles, aire y traje que revelaban bastante nobleza. Mi hombre veíase a cada paso en apuros para hacerse comprender, porque hablaba una jerga casi ininteligible, aunque se parecía algo al italiano. Comprendíale casi todo lo que decía, pero era el único. Con el

mesonero y la gente del país sólo podía entenderse por señas. Dirigíle algunas palabras en italiano y me entendió perfectamente; entonces se levantó y vino a abrazarme con el mayor júbilo. A poco rato establecióse un amistoso vínculo entre los dos, y en lo sucesivo le serví de intérprete. Su comida era buena, la mía menos que mediana; me invitó a comer con él, y yo acepté sin hacerme rogar mucho. Bebiendo y chapurreando acabamos por intimar, y al terminar la comida éramos inseparables. Díjome que era prelado griego y archimandrita de Jerusalén y que estaba encargado de hacer una cuestación en Europa para el restablecimiento del Santo Sepulcro. Me enseñó unas magníficas patentes de la zarina y del emperador, y las tenía de varios otros soberanos. Estaba bastante satisfecho de lo que hasta entonces había recogido; pero viose en increíbles apuros en Alemania, a causa de no entender una palabra de alemán, latín ni francés, viéndose reducido a expresarse en griego, en turco y, como último recurso, en lengua franca, lo cual hacía que obtuviese poco resultado en el país donde se había metido. Hízome la proposición de irme con él de secretario e intérprete. A pesar de mi traje de color de violeta, nuevecito, y que no cuadraba mal con mi nuevo empleo, tenía yo aire de tan poca ropa que creyó ganarme fácilmente, y no se equivocó. Pronto nos arreglamos: yo no pedí nada y él me prometió mucho. Sin garantía, sin ninguna seguridad ni conocimiento, me entregué en sus manos, y desde el día siguiente vine camino de Jerusalén.

Empezamos nuestra expedición por el cantón de Friburgo, donde obtuvo poca cosa. La dignidad episcopal no le permitía hacer el papel de mendigo y pedir limosna a los particulares; pero dimos parte de nuestra misión al Senado, que le entregó una pequeña suma, y nos dirigimos a Berna. Nos alojamos en «El Halcón», posada excelente por aquel entonces, donde se hallaba uno en buena compañía. La mesa era numerosa y bien servida. Mucho tiempo hacía que yo andaba mal comido; así es que tenía gran necesidad de reponerme; entonces se ofreció la ocasión y no dejé de aprovecharla. Monseñor el archimandrita era un buen comensal, alegre, que expresábase muy bien con los que le entendían, bastante instruido y que revelaba su erudición griega de un modo por demás agradable. Un día, a los postres, rompiendo avellanas, se hizo una cortadura bastante honda en un dedo, y como le saliese sangre con alguna abundancia, dijo riéndose y mostrando el dedo a la concurrencia: *Mirate, signori, questo e sangre pelasgo.*

En Berna, mi concurso le fue de alguna utilidad, y no desempeñé mi cometido tan mal como temía. Fui más atrevido y me expresé mucho mejor que lo hubiera hecho tratándose de mí mismo. La cosa no fue tan sencilla como lo había sido en Friburgo; hubo necesidad de tener frecuentes y prolongadas conferencias con los principales personajes del Estado, y el examen de los títulos no fue cosa de un

día. En fin, una vez todo en debida forma, fuele concedida una audiencia por el Senado. Yo entré con él como intérprete y me dijeron que hablase. Nada estaba más lejos de mi ánimo, y ni siquiera se me ocurrió que, después de haber hablado tanto con los miembros del Senado, fuese preciso dirigirse a todos en conjunto como si nada se hubiese dicho.

Figúrense el apurado caso en que me hallaba. Un tímido como yo tener que hablar no solamente en público, sino ante el Senado de Berna, y de improviso, sin siquiera un minuto para prepararse. En verdad que había sobrado motivo para sentirme anonadado. Sin embargo, ni siquiera me asusté. Expuse sucinta y sencillamente la misión del archimandrita; elogié la piedad de los príncipes que habían hecho generosos donativos; excitando la emulación de sus excelencias, dije que no había que esperar menos de su acostumbrada generosidad; luego traté de probar que aquella buena obra lo era igualmente para todos los cristianos sin distinción de sectas, y concluí prometiendo las bendiciones del Cielo a todos los que a ella contribuyeran. No diré que mi discurso produjese efecto, pero es lo cierto que fue oído con gusto, y que al salir de la audiencia, el archimandrita recibió un presente nada mezquino, y además fue felicitado por el despejo y facilidad de su secretario, cumplidos que tuve el satisfactorio encargo de traducirle, pero que no me atrevía a transmitir al pie de la letra. He aquí la única vez que en mi vida he hablado en público y ante un soberano, y quizá también la única que lo he hecho bien y con osadía. ¡Qué diferencia en el modo de ser de una misma persona! Tres años hace que habiendo ido a Iverdún a ver a mi antiguo amigo Roguin vino una Comisión a cumplimentarme porque había regalado algunos libros a la Biblioteca de aquella ciudad. Los suizos son grandes oradores; me echaron un discurso, y yo me creí obligado a contestar; pero me embrollé de tal modo en la contestación, y hasta tal extremo perdí la cabeza que me quedé cortado, por lo que se burlaron de mí. Aunque naturalmente tímido, en mi juventud he sido atrevido algunas veces; pero en edad avanzada, nunca. Cuanto más he conocido el mundo, tanto menos he podido hacerme a sus maneras.

Al salir de Berna fuimos a Soleure, pues el archimandrita se proponía tomar nuevamente el camino de Alemania y volverse por Hungría o Polonia, lo que constituía una ruta muy larga; pero como durante el camino se llenaba su bolsillo más que se vaciaba, importábanle poco los rodeos. En cuanto a mí, que casi me gustaba tanto ir a caballo como a pie, nada más hubiera querido que pasar así la vida; pero estaba escrito que no iría tan lejos.

La primera cosa que hicimos al llegar a Soleure fue presentarnos al embajador de Francia. Desgraciadamente para el obispo, este embajador era el marqués de Bonac, que lo había sido de la Puerta y que debía estar al cabo de todo lo relativo al Santo Sepulcro. El

archimandrita tuvo con él una entrevista que duró, aproximadamente, un cuarto de hora, a la cual no fui admitido, porque el señor embajador entendía la lengua franca y hablaba el italiano por lo menos tan bien como yo. Cuando salió el griego quise seguirle, pero me detuvieron, y llegó mi vez. Habiéndome dado por parisiense, entraba de lleno bajo la jurisdicción de su excelencia. Preguntóme quién era, y me exhortó a que dijese la verdad. Yo se lo prometí, pidiéndole una audiencia particular que me fue concedida. Condújome a su despacho y cerró la puerta; entonces, arrojándome a sus pies, cumplí mi palabra. Lo mismo hubiera dicho aun cuando nada hubiese prometido, porque una indefinible necesidad de expansión me pone de continuo el corazón en los labios; y después de haberlo abierto a Lutold, no tenía para qué echarlas de misterioso con el marqués de Bonac. Tanto le agradó mi relato y mi efusión al hacerlo, que tomándome por la mano y entrando en las habitaciones de la señora embajadora me presentó a ella, haciéndole un compendio de mi historia. La señora de Bonac me acogió bondadosamente, diciendo que no convenía dejarme ir con el monje griego; y se resolvió que me quedaría en palacio, mientras se determinaba lo que había de hacerse conmigo. Yo quise ir a despedirme del pobre archimandrita, a quien habría cobrado afecto; mas no me lo permitieron. Enviaron a darle cuenta de mi detención, y un cuarto de hora después vi llegar mi pequeña maleta.

Fui en cierto modo encargado al secretario de la Embajada, señor de La Martinière, quien, al indicarme el aposento para mí destinado, me dijo: «Esta habitación ha sido ocupada, cuando estaba de embajador el conde del Luc, por un hombre célebre, de su mismo apellido; sólo de usted depende reemplazarle en absoluto y hacer que se diga algún día: "Rousseau primero, Rousseau segundo." Esta conformidad, que entonces estaba lejos de mi ánimo, no habría halagado tanto mis deseos si hubiese podido prever a qué precio la compraría.»

Lo que me dijo el señor de La Martinière despertó mi curiosidad. Entonces leí las obras de aquél, cuya estancia ocupaba; y creyendo tener disposición para la poesía por el cumplido de que fuera objeto, compuse, a modo de ensayo, una cantata en loor de la señora de Bonac. Esta afición no duró mucho. De vez en cuando he hecho versos regulares; es un ejercicio bastante bueno para hacerse a las construcciones elegantes y aprender a escribir mejor en prosa; pero nunca he hallado bastante atractivo en la poesía francesa para entregarme a ella por completo.

El señor de La Martinière, deseando conocer mi estilo, me pidió que pusiera por escrito la misma relación que había hecho al embajador. Escribíle una larga carta que, según creo, conserva el señor de Marianne, quien desde hacía largo tiempo tenía frecuente trato con el marqués de Bonac, y después sucedió a La Martinière, siendo

embajador el señor de Courteilles. He suplicado al señor de Malesherbes que procurase obtener una copia, y si puedo obtenerla por su intermedio, o de algún otro modo, se hallará entre los documentos que deben unirse a las *Confesiones.*

La experiencia que comenzaba a tener moderaba poco a poco mis proyectos novelescos; así, por ejemplo, no sólo no me enamoré de la señora de Bonac, sino que desde luego conocí que no podía hacer gran carrera en casa de su marido. Colocado La Martinière, y teniendo como presunto sucesor a de Marianne, no podía esperar más que un empleo de subsecretario, que no me era sumamente halagüeño. De ahí provino que cuando me consultaron acerca de lo que deseaba manifesté vehementes deseos de ir a a París, idea que agradó al señor embajador, pues por lo menos tendía a desembarazarle de mi persona.

El secretario intérprete de la Embajada, señor de Merveilleux, dijo que su amigo Godard, coronel suizo en el ejército francés, deseaba hallar un joven para que acompañara a su sobrino que iba a entrar muy joven en el ejército, y añadió que yo le parecía a propósito para el caso. Tomando, pues, este consejo con bastante ligereza, se resolvió mi marcha con gran contento mío, porque se trataba de emprender un viaje cuya meta era París. Diéronme algunas recomendaciones, cien francos para los gastos del viaje y una porción de excelentes advertencias, y me marché.

En este viaje empleé unos quince días que pueden contarse entre los más dichosos de mi vida. Era joven, morigerado, tenía bastante dinero y muchas esperanzas; viajaba a pie e iba solo. Podría alguien extrañarse al ver incluida la última circunstancia en esta enumeración de ventajas, si no estuviesen ya los lectores familiarizados con mi carácter. Acompañábanme mis gratas quimeras, y nunca las imaginó más bellas mi ardiente fantasía. Cuando me ofrecían algún asiento vacío en los coches o se me acercaba alguien por el camino, me incomodaba, al ver derrumbarse la fortuna cuyo edificio construía mientras caminaba. Aquella vez eran marciales mis ideas. Iba a juntarme con un militar y a serlo yo también, pues hubo de acordarse que yo entraría de cadete. Ya me veía vestido con el uniforme de oficial, con un magnífico plumero blanco. Este noble pensamiento dilataba mi corazón. Sabía algunas nociones de geometría y fortificación, y tenía un tío ingeniero; por consiguiente, era en cierto modo hijo de la milicia. Ofrecía algún obstáculo mi miopía, pero no me apuraba por esto, pues contaba suplir este defecto a fuerza de intrepidez y sangre fría. Había leído que el mariscal Schomberg era muy corto de vista; ¿por qué no había de poder serlo el mariscal Rousseau? Tanto me entusiasmaba con tales desvaríos, que por doquiera sólo veía tropas, murallas, gaviones, baterías, y me consideraba en medio del humo y del fuego dictando órdenes tranquilamente, con el anteojo en la mano. Sin embargo, cuando atravesaba

campiñas agradables con sotos y riachuelos, su delicioso aspecto me hacía suspirar por tener que abandonarlos; en medio de mis lauros, el corazón me decía que no había nacido para tanto estruendo; y súbito, sin saber cómo, veíame rodeado por mis queridos vergeles, renunciando para siempre a los trabajos de Marte.

¡Cómo, en un principio, desmintió París la idea que de él tenía! La decoración externa que había visto en Turín, la belleza de sus calles, la simetría y alineamiento de las casas me hacían buscar algo más todavía en París. Habíame figurado una ciudad tan hermosa como grande, de imponente aspecto, donde no se veían sino soberbias calles, palacios de mármoles y oro. Al entrar por el arrabal de San Marcelo, sólo vi callejuelas sucias y hediondas, casas feas, negras, con todos los caracteres del descuido y la pobreza, mendigos, carreteros, remendones, vendedores de tisanas y sombreros viejos. Todo esto me causó un efecto tal que, cuando después he visto la verdadera magnificencia de París, no he podido borrar aquella impresión primera, y siempre me ha quedado una secreta repugnancia a vivir en esta capital. Puede decirse que todo el tiempo que permanecí más tarde en ella lo empleé en procurarme medios para poder irme a vivir lejos. Tal es el fruto de una imaginación demasiado activa que traspasa los límites de las mismas exageraciones humanas y siempre ve más de lo que le dicen. Tanto hubieron de alabarme a París que me lo había figurado como la antigua Babilonia, de la que tal vez formara más desventajosa idea que la que tengo, si hubiera llegado a vivir en ella. Lo mismo me sucedió con el teatro de la Ópera, donde me apresuré a ir al día siguiente de mi llegada; lo mismo en Versalles, y lo mismo me sucedió también, más tarde, cuando vi el mar; y siempre me sucederá otro tanto cuando llegue a ver lo que me hayan pintado con exageración; porque es imposible que los hombres sobrepujen la riqueza de mi imaginación y muy difícil a la misma Naturaleza.

Por el recibimiento que me hicieron las personas para quienes llevaba recomendaciones consideré hecha mi fortuna. A quien iba más especialmente recomendado, y fue el que estuvo menos atento, era al señor de Surbeck, militar retirado, que vivía filosóficamente en Bagneux, adonde fui a verle varias veces, sin que jamás se dignase ofrecerme un vaso de agua. La señora de Merveilleux, cuñada del secretario intérprete, y su sobrino, oficial de la Guardia, fueron los que se portaron mejor: no solamente me recibieron bien, tanto la madre como el hijo, sino que me ofrecieron su mesa, donde comí varias veces durante mi permanencia en París.

La señora de Merveilleux me pareció que debía haber sido bella. Su cabello, de un negro hermoso, formaba, con arreglo a la antigua moda, un bucle sobre cada sien. Le quedaba lo que los años no arrebatan, un hermoso carácter. Parecióme que le agradaba el mío, e hizo cuanto pudo para ayudarme; pero nadie la secundó, y pronto

me desengañé de aquel interés tan grande que parecían tomar por mí unos y otros. Sin embargo, hay que hacer justicia a los franceses; no se deshacen, tanto como se dice, en protestas de amistad, y las que hacen son casi siempre hijas de la sinceridad; pero tienen un modo de manifestar el interés que uno les inspira, que engaña más que las mismas palabras. Los burdos cumplimientos de los suizos no pueden engañar más que a los tontos; los modales de los franceses son más seductores, por lo mismo que son más sencillos; parece que no dicen todo lo que piensan hacer, para proporcionar una agradable sorpresa. Aún me atrevo a decir más: no hay falsedad en sus demostraciones; son naturalmente obsequiosos, humanitarios, benévolos y, dígase lo que se diga, hasta más sinceros que otra nación cualquiera; pero son ligeros y volubles. Sienten, efectivamente, lo que manifiestan; pero este sentimiento desaparece con la misma facilidad con que nace. Mientras están hablando con una persona, son suyos completamente: así que vuelven la espalda, la olvidan. Nada hay permanente en su corazón; todo es en ellos obra del momento.

Por consiguiente, me hallé muy agasajado y poco favorecido. El coronel Godard, a cuyo sobrino me habían destinado, resultó ser un viejo ruin y avaro, quien, con ser un hombre forrado de oro, al ver mi pobreza quiso tenerme por nada. Pretendió que fuese una especie de criado sin sueldo, más bien que un verdadero ayo, dedicado constantemente a él; y, por lo tanto, dispensado del servicio, había de vivir de la paga de cadete, es decir, de soldado; y ni aun siquiera quería pagarme el uniforme; hubiera querido que me contentase con el del regimiento. La misma señora de Merveilleux, indignada de ver tales proposiciones, me indujo a rechazarlas, y su hijo fue de la misma opinión. Dieron pasos para procurarme alguna colocación, pero no encontraron nada. Entretanto, yo comenzaba a verme apurado, pues los cien francos, de los cuales había tenido que pagar el viaje, no podían durar mucho. Por fortuna, recibí una pequeña cantidad que me remitía el señor embajador, y me hizo un favor grande, y aún creo que no me habría abandonado si yo hubiese sabido tener paciencia; pero consumirse, esperar, solicitar, son para mí cosas imposibles. Me fastidié, no fui más, y todo concluyó. No dejaba de acordarme de *mamá;* pero ¿dónde encontrarla?, ¿adónde ir en su busca? La señora de Merveilleux, que conocía mi historia, me había ayudado a buscarla mucho tiempo inútilmente. Por fin averiguó que había regresado hacía más de dos meses; pero se ignoraba si se fue a Saboya o a Turín, y hasta algunos afirmaban que había vuelto a Suiza. No necesité más para resolverme a seguirla, seguro de que adondequiera que hubiese ido la encontraría más fácilmente que en París.

Antes de partir ejercité mi nuevo talento poético en una epístola al coronel Godard, satirizándole a mi gusto. Enseñé aquel mamarracho a la señora de Merveilleux, la cual, en vez de censurar mi

conducta, como debió hacerlo, se rió grandemente con mis sarcasmos, lo mismo que su hijo, quien no creo tuviese el menor cariño por su padre, si bien hay que decir que no tenía el tal nada de amable. Estuve tentado de enviarle mis versos, y ellos me animaron para hacerlo. En efecto, los puse en un sobre a su dirección, y como no había entonces en París correo interior, los guardé en el bolsillo y los envié desde Auxerre a mi paso. Todavía me río alguna vez, figurándome los gestos que haría al leer el panegírico, donde estaba retratado rasgo por rasgo. Empezaba así:

Tu croyais, vieux penard, qu'une folle manie
d'elever ton neveu m'inspirerait l'envie [1].

Esta pequeña composición, mala en verdad, pero que no carecía de gracia y revelaba algún talento para la sátira, es, sin embargo, el único escrito satírico que ha salido de mi pluma. Tengo un corazón poco rencoroso para prevalerme de semejante ventaja, pero creo que por algunas polémicas escritas, de cuando en cuando, para defenderme se puede ver, en mi sentir, que de haber tenido un temperamento batallador hubiera hecho reír más de una vez a costa de mis contrarios.

Lo que más siento, en punto a detalles de mi vida que se me han olvidado, es no haber hecho un diario de mis viajes. Nunca he pensado tanto, existido y vivido; nunca he sido tan yo mismo, si se me permite la frase, como en los viajes que he hecho a pie y solo. El andar tiene para mí algo que me anima y aviva mis ideas; cuando estoy parado apenas puedo discurrir: es preciso que mi cuerpo esté en movimiento para que se mueva mi espíritu. La vista del campo, la sucesión de espectáculos agradables, la grandeza del espacio, el buen apetito, la buena salud que se logra caminando, la libertad del mesón, el alejamiento de todo lo que me recuerda la sujeción en que vivo, de todo lo que me conduce a mi situación, todo esto desata mi alma, me comunica mayor audacia para pensar, parece que me sumerge en la inmensidad de los seres, para que los escoja, los combine y me los apropie a mi gusto, sin molestias ni temores. Así dispongo como árbitro de la Naturaleza entera; mi corazón, vagando de uno a otro objeto, se asocia, se identifica con los que le halagan, se rodea de encantadoras imágenes, se embriaga de sentimientos deliciosos. Si para darles mayor fijeza me entretengo en describirlos dentro de mí mismo, ¡qué pincel tan vigoroso, qué frescura de colorido, qué energía de expresión logro comunicarles! Dícese que en mis obras se ha encontrado algo de todo esto, a pesar de haber sido escritas en el ocaso de mi vida. ¡Ah, si se hubiesen visto las de mis

---

[1] ¿Te figurabas, viejo carcamal, que una loca manía -- me iba a inspirar el deseo de educar a tu sobrino?

primeros años, las que he hecho durante mis viajes, todas las que he compuesto, pero que no he escrito nunca!... «¿Por qué no escribirlas?», se dirá. «¿Y para qué?», replicaré yo. ¿Por qué desprenderme del encanto de mis goces para decir a los demás cuánto gozaba? ¿Qué me importaban a mí los lectores, ni el público, ni la tierra, mientras yo me cernía en los espacios? Y además, ¿llevaba acaso papel ni plumas? Si hubiese pensado en ello no se me hubiese ocurrido nada. Yo no adivinaba que tendría más tarde ideas que revelar al mundo. Se me ocurren cuando quieren, no cuando a mí me acomoda. O no se me ocurren, o vienen en tropel y me anonadan por su fuerza y por su número. No habrían bastado diez volúmenes diarios. ¿Ni cómo tener tiempo para tanto? Cuando llegaba a un punto no pensaba más que en comer bien; cuando me ponía en marcha, sólo en hacer mi camino. Conocía que un nuevo paraíso me esperaba fuera, y no tenía otro pensamiento que ir en busca suya.

Nunca experimenté todo esto con tanta fuerza como al salir esta vez de París. Cuando a él me dirigía, mis ideas limitábanse a lo que iba a hacer. Lanzábame por la carrera en que iba a entrar, y le había recorrido gloriosamente; pero no me llamaba mi corazón a ella, y los seres reales molestaban a los imaginarios. El coronel Godard y su sobrino hacían un mal papel al lado de un héroe como yo. Gracias al Cielo ya estaba libre de todos aquellos obstáculos; podía internarme a mi sabor en los países imaginarios, pues sólo esta perspectiva me quedaba. Y de tal modo divagué que realmente me perdí varias veces, y hasta me hubiera disgustado caminar más en línea recta, porque sabiendo que iba a encontrarme de nuevo en la tierra, al llegar a Lyón, hubiera deseado no llegar nunca.

Un día, entre otros, en que habiéndome desviado de intento, para dominar más de cerca un paisaje admirable, me extasié de tal modo y di tantas vueltas que al fin me perdí completamente. Después de varias horas de vano caminar, cansado y muerto de hambre y de sed, entré en una casa de campo que no tenía muy buen aspecto, única que se divisaba en todo el contorno. Figuréme que sería como en Ginebra y en Suiza, donde todos los habitantes se hallan en estado de ejercer la hospitalidad a su gusto; por consiguiente, pedí a un hombre que hallé en la casa que me diese de comer, por lo que fuera; me dio leche desnatada y un pedazo de tosco pan de cebada, diciéndome que era cuanto tenía. Bebí la leche con el mayor placer y me comí el pan con pajas y todo; pero esto era muy poco confortable para quien hallábase extenuado de fatiga. El campesino, que me estaba contemplando, juzgó por mi apetito de la verdad de mis palabras. De pronto, después de decirme que ya veía que yo era un hombre de bien [1], y que no había ido para venderle,

[1] Entonces, a lo que parece, no tenía aún la fisonomia que con posterioridad se ha ofrecido en mis retratos.

levantó una pequeña trampa que había cerca de la cocina, bajó y al poco rato volvió con pan de trigo candeal, un jamón muy apetitoso, aunque empezado, y una botella de vino, cuyo aspecto me regocijó más que todo lo demás. A todo esto añadió una tortilla bastante espesa, y tuve una comida como no la habrá conocido nadie que no haya viajado a pie. Cuando fui a pagar, volvieron a apoderarse de él la inquietud y los temores; no quería absolutamente tomar el dinero que le ofrecía, rechazándolo con una turbación extraordinaria, y lo singular era que yo no podía figurarme la causa de sus temores. Por fin pronunció, estremeciéndose, las terribles palabras de empleado del fisco y visitador de bodegas. Diome a entender que ocultaba el vino a causa de las contribuciones, que escondía el pan por miedo a los tributos y que era hombre perdido si llegaban a olfatear que no se moría de hambre.

Todo lo que me dijo sobre este particular, del que no tenía yo la menor idea, me causó una impresión indeleble que no se borrará nunca. Éste fue el germen de ese odio inextinguible que después hubo de desarrollarse en mi corazón contra las vejaciones que sufre el pueblo desdichado y contra sus verdugos. A pesar de ser medianamente acomodado aquel hombre, no se atrevía a comer el pan que ganara con el sudor de su frente, y si quería evitar su ruina no tenía más remedio que manifestar una miseria igual a la que le rodeaba. Salí de su casa tan indignado como enternecido y deplorando la suerte de esas bellas regiones que la Naturaleza ha favorecido para hacerlas presa de los bárbaros publicanos.

Éste es el único recuerdo preciso que conservo de aquel viaje. Tengo presente, asimismo, que al hallarme cerca de Lyón me dieron impulsos de continuar el camino hasta las márgenes del Liñón, pues entre las novelas que había leído con mi padre, la *Astrea* no había sido olvidada y era la que acudía más a menudo a mi memoria. Pregunté por el camino de Forez, y charlando con una posadera, supe por ella que era un país muy socorrido para los obreros, donde había muchas herrerías y se trabajaba muy bien el hierro. Este elogio calmó de repente mi curiosidad novelesca y no me pareció conveniente ir en busca de Silvandros y Diana a una población de herreros. La buena mujer que de tal suerte me animaba, seguramente me había tomado por un oficial de cerrajero.

No me dirigía a Lyón sin algún fundamento. Apenas llegué fui a las Chasottes a visitar a la señorita del Chatelet, amiga de la señora Warens, quien me había entregado una carta para ella cuando salí con el señor Le Maître; así es que ya era una persona conocida. La señorita del Chatelet me dijo que, efectivamente, su amiga había pasado por Lyón, pero que ignoraba si habría seguido hasta el Piamonte, y añadió que al marcharse ella misma no estaba segura de si se detendría en Saboya, y que si yo lo deseaba, ella escribiría para tener noticias suyas, y que el mejor partido que podía seguir era

esperar dichas noticias en Lyón. Acepté la oferta; pero no me atreví a decir que tenía prisa por conocer la respuesta y que mi escaso caudal no me permitía esperar mucho. Lo que me contuvo no fue que me recibiese mal, por el contrario, me recibió con mucho agasajo, y me trataba con una igualdad que me quitó las fuerzas para descubrir el estado en que me hallaba y descender del lugar de amigo al de un infeliz pordiosero.

Paréceme ver con bastante claridad la continuación de cuanto dejo consignado en este libro. Sin embargo, creo que me acuerdo de haber hecho otro viaje a Lyón, dentro de este mismo intervalo, pero no puedo precisar la fecha y sólo recuerdo que me hallaba ya bastante apurado. Nunca lo olvidaré a causa de una aventurilla que me sucedió y que no es fácil relatar. Un día me hallaba en Bellecour, después de una miserable cena, meditando en los medios de salir de apuros, cuando vino a sentarse a mi lado un hombre con gorra, que parecía uno de esos tejedores de seda a quienes llaman en Lyón tafetaneros. Dirigióme la palabra, yo le respondí. Apenas había un cuarto de hora que estábamos conversando, cuando, siempre con la misma tranquilidad y sin cambiar de tono, me propuso que nos divirtiésemos juntos. Yo esperaba que me explicase en qué había de consistir la diversión; pero sin añadir palabra, creyó de su deber darme ejemplo. Casi nos tocábamos y la oscuridad de la noche no era tanta que no me permitiese ver a qué clase de ejercicio se preparaba. Parece que no pretendía nada de mí, a lo menos nada vi que revelase lo contrario, y además el sitio no le hubiera sido favorable; no quería sino exactamente lo que me había dicho, divertirse y que yo me divirtiera, cada cual por su lado; y la cosa le parecía tan sencilla que ni siquiera se le ocurrió que a mí pudiese no parecérmelo tanto. Yo me asusté de tal modo al ver tanto impudor, que me levanté precipitadamente sin responderle, y me eché a correr a escape, creyendo que aquel miserable me perseguía. Tan turbado me hallaba, que en vez de dirigirme a casa por la calle de Santo Domingo me metí por el lado del malecón, y no me detuve hasta pasado el puente de madera, temblando como si acabase de cometer un crimen. Yo era presa del mismo vicio, pero este recuerdo me libró de él por mucho tiempo.

En este viaje tuve otra aventura aproximadamente del mismo género, pero que me puso en mayor peligro. Viendo que mi dinero se acababa por momentos, empleé con mayor economía lo poquísimo que me quedaba. Comía con menos frecuencia en la posada, y a poco no volví a comer en ella, pudiendo llenar el estómago en una taberna por cinco o seis sueldos lo mismo que allí por veinticinco. No yendo a comer, no sabía cómo ir a dormir a la posada, no porque debiese gran cosa, sino porque me daba vergüenza ocupar un cuarto sin dejar ganancia a la posadera. La estación era agradable; una noche que hacía mucho calor resolví pasarla al raso, y ya me había acomodado sobre un banco, cuando un clérigo que pasaba, vién-

dome acostado en aquel sitio, se acercó preguntándome si no tenía dónde ir a dormir. Yo le confesé mi situación, que pareció afligirle; se sentó a mi lado y entramos en conversación. Hablaba bastante bien, y por lo que me dijo, formé de él la opinión más ventajosa. Cuando me vio bien dispuesto me confesó que su vivienda no era muy holgada, que sólo tenía un cuarto, pero que de todos modos no me dejaría dormir a la intemperie; que ya era tarde para procurarme alojamiento, y que por aquella noche me ofrecía la mitad de su cama. Yo acepté el ofrecimiento, con la esperanza de adquirir un amigo que pudiese favorecerme. Marchamos, hizo fuego con el pedernal, entramos en el cuarto, que me pareció limpio en su pequeñez, e hizo los honores con mucha urbanidad. Sacó de su bote de vidrio algunas cerezas en aguardiente, comimos un par cada uno, y nos acostamos.

Aquel hombre tenía las mismas aficiones que mi judío del hospicio, pero no las revelaba tan brutalmente. Ya sea que sabiendo que podían oírme temiera obligarme a defenderme, ya que, en efecto, no estuviese tan resuelto en su propósito, el hecho es que, no atreviéndose a hacerme una proposición abiertamente, procuraba conmoverme sin molestarme. Más instruido que la vez primera, pronto comprendí su intento, lo que me hizo estremecer, e ignorando en dónde ni en poder de quién me hallaba, temí, si metía ruido, pagarlo con la vida. Fingí no comprender lo que quería; pero dando a entender que sus caricias me molestaban y mostrando la resolución de no permitir su curso, logré ponerlo en trance de contenerse. Entonces le hablé con la mayor dulzura y firmeza de que era capaz, y sin descubrir sospecha alguna, le expliqué mi inquietud, contándole lo que me había pasado en el hospicio, y procuré hacerlo con gesto tal de aversión y horror, que a él mismo –tal creo– revolviósele el estómago, y renunció por completo a su repugnante designio. Tranquilamente pasamos el resto de la noche; hasta me dijo una porción de cosas muy buenas, llenas de buen sentido, y seguramente no era hombre que careciese de algún mérito, aunque fuese un gran sinvergüenza.

Por la mañana, el señor abate, que no quería parecer disgustado, habló de almuerzo, y suplicó a una de las hijas de la patrona, bonita muchacha, que lo hiciese traer. Ella respondió que no tenía tiempo. Entonces se dirigió a la otra hija, que no se dignó responder. Aguardamos el desayuno, pero inútilmente. Al fin nos dirigimos al cuarto de aquellas señoritas, que recibieron al abate con aire muy poco halagüeño; en cuanto a mí, aún tuve menos de qué envanecerme. La mayor, al volverse, apoyó su agudo tacón sobre la punta de mi pie, donde un callo, que me dolía en extremo, me había obligado a cortar el zapato; la otra retiró bruscamente una silla que estaba detrás de mí y en la que iba a sentarme; su madre me salpicó la cara tirando agua por la ventana; dondequiera que me colocaba, me hacían

apartar para buscar alguna cosa; en la vida me había visto en semejante fiesta. En sus miradas insultantes y burlonas descubríase un odio oculto que tuve la estupidez de no comprender. Pasmado, estupefacto, próximo a creerlas poseídas del demonio, comenzaba a espantarme de veras, cuando el abate, que hacía como si no viera ni oyera, conociendo que era de todo punto inútil esperar el almuerzo, se resolvió a salir; yo me apresuré a seguirle, muy contento de poder escaparme de entre aquellas furias. Mientras íbamos andando, me propuso ir a almorzar al café; yo no quise aceptar, aunque tenía un hambre canina; él no insistió mucho, y nos separamos en la tercera o cuarta esquina; yo, alegrándome de perder de vista cuanto se relacionaba con aquella maldita casa, y él, muy satisfecho, si no me equivoco, por haberme alejado lo bastante, para que no me fuese fácil reconocerla. Como ni en París ni en ninguna otra ciudad me ha sucedido nunca nada semejante a estas dos anécdotas, me ha quedado de Lyón una impresión desagradable, y siempre he mirado esta ciudad como la más corrompida de Europa.

Tampoco contribuye a hacerme grata la memoria de aquella población el recuerdo del extremo a que me vi en ella reducido. Si yo hubiese sido como otros y hubiese sabido pedir prestado y hacer trampas en el mesón, fácilmente saliera del aprieto; pero en este punto mi ineptitud igualaba a mi repugnancia. Para hacerse cargo del punto a que llegan una y otra basta saber que, después de haber pasado casi toda la vida en la escasez y a menudo próximo a carecer de pan, nunca me ha sucedido que habiéndome pedido dinero algún acreedor no se lo haya dado al momento. Nunca he sabido comprar al fiado, y siempre he preferido sufrir privaciones a deber.

No hay duda de que es doloroso verse obligado a pasar la noche en la calle, y esto me ha sucedido en Lyón diferentes veces. Prefería emplear en comer mejor que en dormir los pocos sueldos que me quedaban, porque después de todo era menos fácil morir de sueño que de hambre. Lo sorprendente es que en medio de tan aflictiva situación no me hallaba inquieto ni afligido. No me importaba poco ni mucho el porvenir, y esperaba la contestación que debía recibir la señorita del Chatelet, acostándome al raso y durmiendo en el suelo o en un banco, tan tranquilamente como sobre un lecho de rosas. Recuerdo que hasta pasé una noche deliciosa fuera de la ciudad, en un camino que seguía el curso del Ródano o del Sacra, no sé fijamente cuál de los dos. Adornaban el camino jardines escalonados por el lado opuesto al río; era el crepúsculo verpertino de un día muy caluroso; el relente humedecía la marchita hierba; no se sentía ni un átomo de viento. Se presentaba una noche tranquila; el aire era fresco sin ser frío; el sol, después de sepultarse, cubrió el cielo de encarminados matices, cuyo reflejo teñía el agua de color de rosa; los árboles de los jardines estaban llenos de ruiseñores que se respondían unos a otros. Yo me paseaba poseído de una especie de éxtasis,

abandonando mis sentidos y mi corazón al goce de tanta belleza y sintiendo algún tanto, únicamente, el gozar de ella solo. Hundido en dulce arrobamiento, proseguí mi paseo hasta muy entrada la noche, sin observar que me hallaba fatigado. Al fin hube de notarlo. Me acosté voluptuosamente sobre la meseta de una especie de nicho o puerta falsa que había en la pared de uno de los huertos; el techo de mi cama eran las copas de los árboles; precisamente se hallaba un ruiseñor posado en una de las ramas que sobre mí se extendían, y me dormí arrullado por su canto; dulce fue mi sueño; más dulce el despertar. Era ya bien de día; al abrir los ojos vi el agua, el verdor, un paisaje admirable. Me levanté, me limpié la ropa y me dirigí alegremente a la ciudad, resuelto a gastar en un buen almuerzo dos piezas de seis blancas que me quedaban aún. De tan buen humor estaba, que fui cantando por todo el camino, y hasta me acuerdo que entonaba una cantata de Batistin, titulada *Los baños de Thomery,* que sabía de memoria. Bendito sea el buen Batistin y su cantata, que me valió un almuerzo mucho mejor de lo que yo me suponía y una comida mejor aún. Pues he aquí que a lo mejor de mi canto y de mi camino oigo que alguien viene detrás de mí, me vuelvo y veo a un antonino [1] que caminaba a mi zaga y que parecía oírme con gusto. Se me acercó, me saludó y preguntóme si sabía de música. Contesté que un poco, para dar a entender un mucho. Siguieron las preguntas y le conté parte de mi vida. Me preguntó si había copiado música alguna vez. Respondíle que a menudo, y era la verdad; el mejor modo como podía aprenderla era copiándola. «Pues bien —me dijo—, venga conmigo; podré darle ocupación algunos días, y en ese tiempo no le faltará nada, con tal que se conforme con no salir de la habitación.» Accedí de buena gana y me fui con él.

Aquel antonino se llamaba Rolichón; era aficionado a la música, la conocía y cantaba en unos pequeños conciertos que daba con sus amigos. Nada había en esto que no fuese inocente y digno; pero esa afición degeneraba, al parecer, en furor y se veía obligado a ocultarla en parte. Condújome a una pequeña estancia, donde quedé instalado y en la que vi mucha música copiada por él. Diome otras piezas para copiar, y en particular la susodicha cantata, que él había de cantar a los pocos días. Allí estuve tres o cuatro, copiando constantemente todo el tiempo que no empleaba en comer, porque en la vida había estado tan hambriento ni había tenido tan buena mesa. Él mismo me traía de comer de la cocina; y por cierto que había de ser buena, si su comida correspondía a la mía. En la vida he comido con tanto gusto; si bien hay que confesar que aquellos bocados llegaron muy a tiempo, porque yo estaba como una espátula. Casi trabajaba con tanto ahínco como comía, que no es poco decir; si bien es cierto que no era tan correcto como diligente. Algunos días después

---

[1] Los *antoninos* eran frailes secularizados que llevaban la cruz de Malta.—*N. del T.*

encontré por la calle al señor Rolichón, y me dijo que mis copias habían puesto la música de modo que no podía ejecutarse, pues estaban llenas de omisiones, repeticiones y transposiciones. Preciso es confesar que escogí la ocupación que menos me convenía; no es que mis copias no fuesen limpias y hasta bellas; pero el fastidio de un trabajo interminable me causa tales distracciones que paso más tiempo raspando que escribiendo, y si no pongo la mayor atención en confrontar las partes, estropeo siempre la ejecución. Así es que, aun queriendo hacerlo bien, lo hice mal, y por ir de prisa, cometí errores. Esto no impidió que el señor Rolichón me tratase siempre bien, y cuando hube concluido me dio un escudo, por cierto muy mal ganado, que fue mi salvación, pues a los pocos días recibí noticias de *mamá,* que se hallaba en Chamberí, y dinero para ir a reunirme con ella, lo que hice con la mayor satisfacción. Desde entonces mi caudal ha sido frecuentemente muy reducido, pero nunca hasta tal extremo que me haya visto en el caso de quedarme en ayunas. Recuerdo esta época de mi vida con gratitud hacia la Providencia. Es la última vez que he experimentado el hambre y la miseria.

Todavía permanecí siete u ocho días en Lyón, esperando los encargos que *mamá* hizo a la señorita del Chatelet, a quien durante aquel tiempo visité con más frecuencia, teniendo el gusto de hablar con ella de su amiga, no sintiéndome ya perturbado por la desdicha cruel que me obligaba a ocultar mi situación. La señorita Chatelet no era joven ni hermosa, pero no carecía de cierto encanto; era franca y afable, y su viveza realzaba su familiaridad. Tenía esa moral observadora que induce a estudiar a los hombres, y de ella me ha provenido, en primer término, esa misma tendencia. Era aficionada a las obras de Le Sage, principalmente al *Gil Blas;* hablóme de él, y me lo prestó; yo lo leí con gusto; pero no tenía aún bastante madurez para esa clase de lecturas; necesitaba novelas llenas de grandes sentimientos. Así pasaba el tiempo en la reja de la señorita del Chatelet, con tanto gusto como provecho; y es muy cierto que las interesantes conversaciones de una mujer de talento son más eficaces para formar a un joven que toda la pedantesca filosofía de los libros. En las Chasottes conocí a otras amigas suyas y pensionistas, entre ellas a una niña de catorce años, la señorita Serre, en quien no fijé mucho la atención entonces, pero de quien me apasioné ocho o nueve años más tarde, y con razón, porque era una joven encantadora.

Absorbida mi atención por la idea de ver pronto a *mamá,* dio alguna tregua a mis quimeras, y la felicidad real que se me ofrecía dispensábame de buscarla en mis visiones. No solamente volvía a encontrarla, sino que a su lado y por ella obtuve una posición agradable, pues me dijo que me había encontrado una ocupación que esperaba me convendría y que me permitiría permanecer a su lado. Me deshice en conjeturas para adivinar cuál sería esa ocupación, y,

a la verdad, hubiera tenido que devanarme los sesos para descubrirla. Me encontraba con dinero bastante para hacer el viaje con comodidad y la señorita del Chatelet quería que tomase un caballo; mas no quise de ningún modo, y tuve razón sobrada; hubiera perdido el placer del último viaje a pie que he hecho en mi vida, pues no puedo dar este nombre a las excursiones que he hecho a menudo por los alrededores, cuando vivía en Motiers.

Es muy extraño que nunca se remonta mi imaginación tan alegremente como cuando mi estado es aflictivo; y al contrario, cuando todo ríe en derredor mío, entonces es menos risueña mi fantasía. Mi mala cabeza no puede sujetarse a la realidad. No puede embellecer, necesita crear. Los seres reales se pintan en ella, cuando más, tales como son; sólo sabe adornar los objetos imaginarios. Si quiero describir la primavera, es preciso que me halle en el invierno; si quiero pintar un hermoso paisaje, he de hallarme entre cuatro paredes; mil veces he dicho que, si algún día me hallase preso en la Bastilla, escribiría allí el cuadro de la libertad. Al salir de Lyón sólo vislumbraba un grato porvenir; sentíame tan contento y tenía tantos motivos para estarlo, cuanto los tenía para estar disgustado al salir de París. Sin embargo, durante este viaje no tuve aquellos deliciosos delirios que en el otro me habían acompañado. Tenía el corazón tranquilo, y nada más. Me aproximaba enternecido a la excelente amiga que iba a ver otra vez; gozaba anticipadamente, pero sin delirio, el placer de vivir con ella; siempre lo había esperado; era como si nada nuevo me hubiese sucedido. Me inquietaba lo que iba a hacer, como si hubiese habido por qué inquietarse. Mis ideas eran agradables y apacibles, no celestiales y arrobadoras. Me fijaba en todo lo que veían mis ojos, ponía atención en los paisajes, observaba los árboles, las casas, los riachuelos; me detenía a deliberar en las encrucijadas; temía extraviarme, pero no me extraviaba. En una palabra, ya no me hallaba en el empíreo; unas veces estaba realmente en el lugar en donde estaba; otras, en el sitio a que dirigía mis pasos; pero nunca vagaba mi imaginación más allá.

Refiriendo mis viajes me ocurre lo mismo que al hacerlos; no sé nunca llegar a su término. Al aproximarme a mi querida *mamá*, el corazón me latía de gozo y, sin embargo, no apresuraba el paso. Me gusta andar tranquilamente y detenerme cuando me acomoda. La vida ambulante es la que mejor me conviene. Ir de camino con buen tiempo, por un país hermoso, sin llevar prisa y tener un objeto gustoso por término del viaje, he aquí, de todos los modos de vivir, el que más me agrada. Sabido es lo que yo entiendo por un país hermoso. Nunca me lo ha parecido el que está formado de llanuras, por más que realmente lo sea. Yo quiero torrentes, peñas, abetos, bosques sombríos, montañas, caminos escabrosos por donde tener que subir y bajar, precipicios que me hagan estremecer. Este goce hube de experimentarlo al acercarme a Chamberí, y lo disfruté con todo

su atractivo. No lejos de una montaña cortada, llamada el Paso de la Escala, debajo de la carretera abierta en la roca, en el lugar llamado Chailles, corre y bulle, por un espantoso abismo, un riachuelo que parece haber empleado millares de siglos en abrirse paso. A lo largo del camino hay un parapeto para evitar las desgracias que podrían ocurrir; así es que podía contemplar el fondo y tener el gusto de experimentar vértigos a mi satisfacción, porque lo más extraño que hay en mi afición a los lugares escarpados es que me causan desvanecimientos; y esto me agrada, con tal de que no corra peligro de caerme. Apoyado en el parapeto avanzaba la cabeza y así pasaba horas enteras, entreviendo de cuando en cuando la espuma y el agua azulada, cuyo rugido oía, mezclado con los chillidos de los cuervos y las aves de rapiña que volaban de una a otra roca y de uno en otro matorral a cien toesas debajo de mí. En los puntos donde la pendiente era bastante lisa y los matorrales no muy espesos, de suerte que dejasen pasar las piedras, iba a buscarlas, aunque hubiese de andar bastante, tan grandes como me permitían mis fuerzas, las amontonaba sobre el parapeto, y luego, lanzándolas una tras otra, me deleitaba viéndolas rodar y dar botes y romperse con estrépito antes de llegar al fondo del precipicio.

Más cerca de Chamberí presencié un espectáculo semejante, pero en sentido contrario. El camino pasa junto a la cascada más hermosa que en mi vida he visto. La montaña es tan escarpada, que el agua se desprende completamente y cae en arco bastante abierto para permitir pasar entre el agua y la peña, a veces sin temor de mojarse; pero si no se va con cuidado es muy fácil verse burlado, como a mí me sucedió; pues a causa de la gran altura de donde cae, una parte del agua se divide en polvo, y el que se aproxima demasiado a aquella nube sin darse cuenta, al principio, de la mojadura, se encuentra calado después.

Llegué al fin, y la volví a ver. No estaba sola. En el momento de mi llegada hallábase en su casa el intendente general. Ella, sin decirme una palabra, me cogió por la mano y me presentó a él con aquella gracia que le granjeaba todos los corazones. «He aquí –dijo– a este pobre joven; dígnese protegerle, mientras lo merezca, y ya quedo tranquila por el resto de su vida.» Luego añadió dirigiéndose a mí: «Hijo mío, vas a servir al rey; da las gracias al señor intendente que te proporciona el pan.» Yo abría desmesuradamente los ojos, sin decir palabra, sin saber qué pensar; a punto estuve de abandonarme a la naciente ambición y verme hecho ya todo un señor intendente. No resultó mi fortuna tan brillante como me había parecido en vista de aquella introducción; pero mientras tanto era lo suficiente para vivir, y esto para mí era mucho. He aquí de lo que se trataba.

El rey Víctor Amadeo, juzgando por el éxito de las guerras precedentes y por la situación del antiguo patrimonio de sus mayores que

éste se le escaparía de entre las manos algún día, no procuraba otra cosa que agotarlo. Hacía algunos años que, queriendo obligar a la nobleza a que pagase los pechos, había dado orden de que se hiciese un catastro general en todo el país, a fin de que al realizar el tributo pudiese hacerse el reparto con más equidad. Este trabajo, comenzado en vida del padre, fue concluido en el reinado del hijo. Se emplearon en él doscientos o trescientos hombres, entre agrimensores, que se llamaban geómetras, y escribientes, que se llamaban secretarios, y *mamá* me hizo inscribir entre los últimos. Era un empleo que sin ser lucrativo daba para vivir con holgura en aquel país. El mal estaba en que era por corto tiempo; pero daba espacio para buscar otra cosa y esperar, y ella procuró obtenerme la protección particular del intendente, por previsión, a fin de que, terminada la tarea, pudiese pasar a otro empleo más fijo.

Pocos días después de mi llegada empecé a desempeñar mi cometido, que no ofrecía ninguna dificultad, y pronto estuve al corriente. Así es cómo después de cuatro o cinco años de correrías, de locuras y penalidades, desde mi salida de Ginebra, empecé a ganarme honradamente la vida por vez primera.

Estos minuciosos detalles de mi primera juventud habrán parecido pueriles, y lo siento. Aunque siendo ya un hombre desde la infancia, en cierto modo, he sido, por otra parte, niño durante mucho tiempo, y aun lo soy en bastantes cosas. No me he comprometido a presentar al público un gran personaje; he prometido manifestarme tal cual soy, y para conocerme en mi edad avanzada, preciso es conocerme bien en mi juventud. Como generalmente los objetos me impresionan menos que su recuerdo, y todas mis ideas estriban en imágenes, los primeros caracteres que se han impreso en mi alma han sido permanentes, y los que han venido con posterioridad, más bien se han combinado con los primeros que no los han borrado. Existe cierta sucesión de ideas y de afectos que modifican a los que las siguen y que es necesario conocer para juzgar con exactitud. Siempre procuro desarrollar bien los principios para hacer sensible el encadenamiento de las causas y efectos. Quisiera poder hacer, en cierto modo, que mi alma se transparentase a los ojos del lector; y para esto procuro mostrársela desde todos los puntos de vista, presentarla bajo todos sus aspectos, hacer de manera que no pase inadvertido ningún movimiento, a fin de que pueda juzgar por sí mismo el principio que los produce.

Si yo tomase a mi cargo describir el resultado y le dijese: «Éste es mi carácter», podría creer, si no precisamente que le quiero engañar, al menos que me equivoco; pero detallando con sinceridad cuanto me ha pasado, todo lo que he hecho, lo que he pensado, lo que he sentido, no puedo inducirle a error, al menos de intento y a sabiendas; y aun cuando lo quisiese, no me sería fácil de este modo. Toca al lector reunir los elementos y determinar el ser que com-

ponen; el resultado ha de ser obra suya; y entonces, si se equivoca, no será por culpa mía. Ahora bien, para esto no basta que mis relatos sean fieles, también deben ser exactos. A mí no me corresponde juzgar de la importancia de los hechos; debo decirlos todos y dejarle el cuidado de escoger. A esto me he dedicado hasta aquí con todas mis fuerzas y no me cansaré de ello en lo sucesivo. Mas los recuerdos de la edad adulta son siempre menos vivos que los de la infancia. He comenzado por sacar de éstos el mejor partido que me ha sido posible. Si los demás se refrescan en mi memoria con la misma fuerza, los lectores impacientes tal vez se aburran, pero yo no quedaré descontento de mi trabajo. Sólo una cosa tengo que temer en esta empresa, y es, no ya el decir demasiado o decir mentiras, sino al contrario, el no decirlo todo y callar verdades.

LIBRO QUINTO

1732-1736.–Creo que era el año 1732 cuando llegué a Chamberí y comencé a desempeñar un empleo en el catastro al servicio del rey. Tenía yo veinte años, cerca de veintiuno. En cuanto al espíritu estaba bastante formado para mi edad; pero mi juicio distaba mucho de estarlo, y para aprender a conducirme me eran muy necesarias las manos en que me hallaba, porque algunos años de experiencia no habrían sido suficientes para curarme de un modo radical de mis novelescas visiones. Además, a pesar de todos los males que había sufrido, conocía tan poco el mundo y los hombres como si el aprender sus lecciones no me hubiese costado muy caro.

Vivía en mi casa, es decir, en casa de *mamá;* pero no volví a encontrar mi habitación de Annecy y perdí el jardín, el río y el paisaje. La casa que había tomado era triste y sombría, y mi habitación la más triste y sombría de la casa. Por toda vista tenía una pared y por todo desahogo un callejón sin salida. El poco aire, la escasa luz, lo reducido del espacio, los grillos, los ratones y unos tallones podridos que había allí me hacían poco grata la habitación; pero en medio de ello sabía que estaba a su lado. Pasaba el tiempo en mi despacho o en su habitación, sin pensar en la fealdad de la mía, por no tener tiempo para ello. Parecerá extraño que *mamá* fuese a establecerse a Chamberí, expresamente para vivir en aquella abominable casa; éste fue un rasgo de habilidad suya, que no debo pasar en silencio. Iba a Turín con repugnancia, conociendo que, después de las recientes revoluciones y cuando aún estaba agitada la corte toda, no era ocasión oportuna para presentarse en ella. Pero sus negocios lo exigían; temía ser olvidada o que no quisiesen favorecerla y, sobre todo, sabía que el conde de Saint-Laurent, intendente general de Hacienda, no le era favorable. Tenía éste una casa vieja en Chamberí, mal construida y tan mal situada, que hallábase siempre desalquilada; *mamá* la alquiló y se instaló en ella. Esto

le valió más que un viaje; su pensión no fue suprimida, y desde entonces el conde de Saint-Laurent le fue siempre adicto.

Hallé la casa dispuesta, sobre poco más o menos, como antes, y al fiel Claudio Anet siempre con ella. Como ya creo haberlo dicho, era éste un campesino de Moutrú, que en su infancia herborizaba en el Jura para hacer té suizo y a quien había tomado por criado a causa de su afición a la farmacia, hallando muy cómodo tener un lacayo que fuera herbolario al par. Él se apasionó de tal modo por el estudio de las plantas y ella favoreció tan bien esta inclinación que llegó a ser un verdadero botánico, y de no morir joven se hubiera conquistado un nombre en esta ciencia, como lo merecía entre los hombres de bien. Como era una persona formal y hasta grave, y yo era más joven que él, vino a ser para mí una especie de ayo, que me evitó cometer locuras, porque su persona me imponía respeto y no me atrevía a dejarme llevar de mi carácter en su presencia. Aún a su propia ama hacía contener en cierto modo, porque ella conocía su buen sentido, su rectitud y el inviolable afecto que le profesaba y al que correspondía perfectamente. Claudio Anet era, sin disputa, un hombre raro y el único en su género que he conocido. Lento, grave, reflexivo, circunspecto en su conducta, frío en sus maneras, lacónico y sentencioso en sus palabras; sus pasiones eran impetuosas, pero jamás descubría esa impetuosidad que le devoraba, encerrada en su interior y que una sola vez en su vida llevóle a cometer un disparate, pero terrible: el de envenenarse. Esta trágica escena tuvo lugar poco después de mi llegada y fue preciso que así sucediese para que yo llegara a conocer la intimidad que existía entre aquel joven y su ama, porque si no me lo hubiese dicho ella misma, yo jamás lo hubiera sospechado. Indudablemente, si el cariño, el celo y la fidelidad pueden merecer semejante recompensa, le era bien debida; y en prueba de que era digno de ella es que nunca abusó de su posesión. Raras veces tenían cuestiones y éstas acababan siempre bien. Sin embargo, hubo de ocurrir una que acabó mal; su ama, en un arrebato de cólera, le dirigió una frase injuriosa que él no pudo soportar, y dejándose llevar por su desesperación y como hallara a mano un frasco de láudano, bebióselo y se fue a dormir tranquilamente, contando con no despertar nunca. Por fortuna, la señora de Warens, que inquieta y agitada igualmente por su parte iba de uno a otro lado de la casa, halló el frasco vacío y adivinó lo sucedido. Los gritos que lanzó, mientras se dirigía a socorrerle, me sobresaltaron, y acudí para enterarme de la causa que los motivaba. Entonces ella me lo confesó todo, imploró mi ayuda, y al fin, con harto trabajo, logró hacerle devolver el opio. Yo, testigo de esta escena, no sabía darme cuenta de la simpleza mía en no haber ni remotamente sospechado nunca las relaciones que me revelaba. Pero Claudio Anet era tan discreto que otros más listos que yo se hubieran engañado. La reconciliación fue tal que yo también me conmoví profundamente, y

desde entonces al aprecio que le tenía se añadió el respeto, y vine a ser discípulo suyo, en cierto modo, con lo que no salí perdiendo.

Sin embargo, no dejó de causarme pena el saber que había quien pudiese vivir con ella en más intimidad que yo. Nunca había pensado siquiera en desear para mí aquel puesto; pero, como es natural, me desagradaba verle ocupado por otro. Con todo, en vez de sentir antipatía por el que habíame suplantado, hube de notar que extendíase a él el cariño que ella me inspiraba. Mi mayor deseo era que fuese dichosa; y puesto que le necesitaba para serlo, me consolaba de que también él lo fuese. Él, por su parte, se acomodaba perfectamente a las miras de su ama y sintió una amistad sincera por el amigo que ella se había buscado. Sin afectar conmigo la autoridad que su posición le permitía, adquirió naturalmente la que le daba la superioridad de su inteligencia. Yo no me atrevía a hacer nada que no pareciese de su agrado, y él no desaprobaba sino lo que merecía serlo. Así vivíamos felices, unidos por un lazo que sólo pudo romper la muerte. Una de las pruebas de la excelencia del carácter de aquella apreciable mujer es que los que la querían también se amaban entre sí. Los celos, la misma rivalidad cedían al sentimiento dominante que inspiraba, y no he visto nunca que existiese el menor rencor entre las personas que la rodeaban. Los que me lean interrumpan por un momento su lectura en este elogio, repasen su memoria, y si encuentran alguna mujer de quien se pueda decir lo mismo, únanse a ella para la paz de su vida, aunque sea la última prostituta.

Aquí principia, después de mi llegada a Chamberí, hasta que marché a París en 1741, un intervalo de ocho o nueve años, durante los cuales tendré pocos acontecimientos que relatar, porque mi vida fue tan sencilla como apacible, y esta uniformidad era precisamente lo que más necesitaba para que se acabase de formar mi carácter, al que una continua agitación impedía efectuarlo. Durante este agradable intervalo fue cuando mi educación, falta de orden y unidad, tomó consistencia, haciéndome lo que he sido siempre, aun a través de las tempestades que me esperaban. Esa formación fue insensible y lenta; durante ella ocurrieron pocos hechos memorables; mas no por eso merece menos que se siga su curso y sea bien desarrollada.

Al principio casi no me ocupaba más que de mi obligación, porque la oficina no me permitía pensar en otra cosa. El poco tiempo que me quedaba libre pasábalo junto a la buena *mamá;* tampoco me aguijoneaba el deseo de leer, por falta de tiempo para ello. Mas cuando mi trabajo vino a convertirse en una especie de rutina, embargaba menos mi espíritu y entonces reapareció mi inquietud y me fue necesaria la lectura; y como la dificultad de satisfacerla hubo de avivar siempre esta mi inclinación, cosa que me sucedió ya en casa de mi patrono, hubiérase convertido en pasión a no haberse atravesado otras aficiones que me distrajeron.

Aunque para nuestras operaciones no fuera precisa una aritmética muy trascendental, se necesitaba la bastante para ponerme a veces en un apuro. Para vencer esta dificultad compré libros de aritmética y la aprendí bien, porque la estudié solo. La aritmética práctica se extiende más de lo que parece, cuando se quiere llegar a una exactitud precisa. Tiene operaciones larguísimas en que he visto perderse buenos matemáticos. La reflexión unida a la práctica aclara las ideas y entonces se hallan procedimientos abreviados, cuyo descubrimiento halaga el amor propio, cuya exactitud satisface la inteligencia y dan por resultado el que se haga con gusto un trabajo de suyo ingrato. Yo me dediqué a él de tal modo que no había problema soluble por las cifras que me fuera difícil resolver; y aún hoy mismo, que se va borrando de mi memoria paulatinamente cuanto he sabido, este conocimiento subsiste en parte, después de un intervalo de treinta años. No hace muchos días, en un viaje que hice a Devonport, asistí, en casa de mi huésped, a la lección de aritmética de sus hijos e hice, sin equivocarme y con increíble satisfacción, una de las operaciones más intrincadas. Cuando iba escribiendo las cifras me parecía hallarme todavía en Chamberí y en mis mejores días. Era como volver atrás desde muy lejos.

El lavado de los mapas de nuestros geómetras me hizo cobrar también afición a la pintura. Compré colores y me dediqué a pintar flores y paisajes. Es una lástima que no haya tenido más disposición para este arte, porque sentí hacia él una afición decidida. Habría pasado en casa meses enteros en medio de mis lápices y mis pinceles. Cuando vieron que esta ocupación me dominaba demasiado, trataron de distraerme de ella. Lo mismo me sucede con todas las cosas apenas me dedico a su estudio; me encariño con ellas, me apasiono y luego ya no existe para mí en el mundo otra cosa sino aquella que me domina. La edad no ha bastado a curarme de este defecto, ni siquiera a disminuirlo; y en la época en que esto escribo estoy entusiasmado como un viejo chocho con otro estudio inútil, del que no entiendo una palabra, y que hasta los mismos que lo han cultivado desde su juventud se ven obligados a abandonarlo en la edad en que yo pretendo empezar.

Entonces hubiera sido tiempo, pues las circunstancias eran favorables; y alguna vez tuve intención de aprovecharlas. La satisfacción que veía asomar a los ojos de Anet cuando venía cargado de plantas nuevas me tuvo dos o tres veces a punto de irme a herborizar con él. Casi estoy seguro de que si hubiese ido una vez siquiera me habría cautivado; y tal vez hoy día fuera un gran botánico, pues no conozco otro estudio que mejor se avenga con mis naturales inclinaciones que el de las plantas; y la vida que llevo en el campo, de diez años a esta parte, casi no es más que una continua herborización, aunque, a decir verdad, sin progresos y sin objeto. Pero entonces, no teniendo la menor idea de la botánica, la miraba con una especie de menos-

precio y aun de repugnancia, pareciéndome un estudio sólo digno de boticario. *Mamá* no se servía de él para otra cosa, porque le gustaba la farmacia; sólo buscaba plantas usuales para componer sus específicos. Así es que la botánica, la química y la anatomía se hallaban mezcladas en mi mente, formando un todo confuso al que llamaba medicina, que me ofrecía materia abundante para estar de broma todo el día y ganarme algunos bofetones de cuando en cuando. Por otra parte, se iba desarrollando en mi espíritu la afición a otro estudio muy diferente y por demás contrario a aquél, el cual absorbió pronto todas mis aficiones. Me refiero a la música. Fuerza es que haya nacido para este arte, puesto que desde mi infancia me ha cautivado siempre, siendo el único al que he tenido un amor constante en todas las épocas de mi vida. Lo más notable es que a pesar de haber nacido con esta predisposición me ha costado tantísimo su estudio y he obtenido tan lentos resultados que, después de una práctica de toda la vida, nunca he logrado poder cantar de repente con seguridad. Lo que entonces me hacía este estudio más agradable que otro alguno era poder hacerlo con *mamá*. Como nuestros gustos eran muy diferentes, era la música para nosotros un punto de reunión que me complacía frecuentar. Ella no se excusaba; entonces hallábame yo, aproximadamente, tan adelantado como ella; en dos o tres lecturas descifrábamos un aire. A veces, viéndola atareada alrededor de un hornillo, le decía: «Mamá, he aquí un dúo que o mucho me equivoco o ha de hacer que sus drogas huelan a quemado.» «A fe mía –replicaba– te juro que si se me queman por tu culpa te las he de hacer tragar.» Así, mientras disputábamos, yo la arrastraba hacia el clavicordio; una vez allí, todo dábase al olvido. Luego, hallando calcinado el extracto de enebro o de ajenjo, lo cogía y venía a mancharme la cara. Todo esto era delicioso.

Como se ve, no obstante el poco tiempo que me quedaba libre, tenía muchas cosas en qué emplearlo. Pues todavía vino a aumentarlas una nueva diversión que sirvió para dar más incentivo a las demás.

Vivíamos en un calabozo tan estrecho que a menudo teníamos necesidad de ir a tomar el aire. Anet logró que *mamá* alquilase un jardín en los arrabales para cultivar en él algunas plantas. Aquel jardín tenía una casita de campo bastante linda, que se amuebló simplemente con lo más necesario. Íbamos allí a comer con frecuencia y yo me quedaba algunas noches, a cuyo efecto pusieron una cama. Poco a poco me fui aficionando a aquel retiro, me llevé a él algunos libros y muchas estampas; me pasaba adornándolo una parte del tiempo de que podía disponer y preparando alguna sorpresa agradable para cuando *mamá* fuera a pasearse por el jardín. Me separaba de ella para ir a ocuparme de ella, para verla con mayor placer en mi fantasía; otra rareza que no trataré de excusar ni de explicar, pero que confieso, porque así sucedía. Recuerdo que un día la señora de

Luxembourg me hablaba con zumba de un hombre que se alejaba de su amada para escribirle. Respondíale que yo hubiera podido muy bien ser aquel hombre y aún podía añadir que lo había sido algunas veces. Sin embargo, al lado de *mamá* nunca he sentido esta necesidad de alejarme de ella para quererla más, pues en su compañía me hallaba tan a mis anchas como estando solo, cosa que no me ha sucedido con nadie, hombre ni mujer, por mucho cariño que les haya tenido. Pero era tan frecuente verla asediada de personas que me agradaban muy poco, que el despecho y el fastidio me lanzaban a mi asilo, donde la tenía como yo deseaba, sin temor de que nos siguiesen importunos.

Mientras yo vivía en tan grato sosiego, distribuyendo el tiempo entre mi trabajo, mi instrucción y mis placeres, no estaba la Europa tan tranquila como yo. Francia y el emperador acababan de declararse la guerra; el rey de Cerdeña andaba metido en la contienda, y el ejército francés atravesaba el Piamonte para penetrar en el Milanesado. Por Chamberí pasó una columna, y entre otros el regimiento de Champaña, cuyo coronel era el duque de la Trimouille, a quien me presentaron, el cual me hizo muchas promesas y seguramente no se acordó más de mí. Nuestro jardincito se hallaba situado precisamente en lo alto del arrabal por donde entraban las tropas, de suerte que yo iba a satisfacer el gusto que me proporcionaba el verlas pasar y me interesaba por el éxito de aquella guerra como si me hubiese importado muchísimo. Hasta entonces nunca había pensado en ocuparme de los asuntos públicos; y por vez primera me puse a leer los periódicos, pero con tal parcialidad a favor de Francia que me saltaba el corazón de gozo al saber que había obtenido alguna ventaja, aun la más insignificante, y sus reveses me afligían tanto como si hubiesen recaído sobre mí. Si esto hubiese sido una locura pasajera no hubiera hecho mención de ella; pero se ha arraigado en mi corazón tan hondamente, sin razón ninguna, que cuando con posterioridad he hecho en París el papel de antidéspota y de indomable republicano, a despecho mío experimentaba una secreta predilección por la nación que yo calificaba de servil y por aquel gobierno que trataba de vituperar. Lo raro es que, avergonzándome de tener una inclinación tan contraria a mis ideas, no me atrevía a confesárselo a nadie y ridiculizaba a los franceses por sus derrotas, mientras que me desgarraban el corazón más que a ellos mismos. Yo soy indudablemente el único que viviendo en una nación que adoraba y de la cual se veía bien tratado haya hecho como que sentía por ella desdén. En fin, tan desinteresado ha sido este afecto, tan profundo, tan constante, tan invencible, que aún después de mi salida del reino, después que el gobierno, los magistrados y los escritores se han desencadenado contra mí, después que se ha puesto de moda agobiarme a ultrajes e injusticias, no he podido sanar de mi locura. Les amo, a pesar mío, aunque me maltraten.

Durante mucho tiempo he procurado inquirir la causa de esta parcialidad y no he podido hallarla sino en la que le dio origen. Un gusto creciente por la literatura me aficionaba a los libros franceses, a los autores de esos libros y al país de esos autores. Precisamente cuando veía desfilar el ejército francés estaba leyendo los grandes capitanes de Brantôme. Tenía llena la cabeza de los Clisson, los Bayard, los Lautres, los Coligny, los Montmorency, los de la Trimouille y me interesaba por sus descendientes, como herederos de su valor y de sus prendas. A cada regimiento que pasaba me parecía ver aquellas famosas bandas negras que antiguamente tantas proezas habían llevado a cabo en el Piamonte. En fin, aplicaba a lo que veía las ideas que había bebido en los libros, y mis continuadas lecturas, que versaban acerca de las obras de la misma nación, alimentaron mi cariño hacia ella y engendraron una pasión ciega que nada ha podido dominar. Posteriormente he tenido ocasión de observar en mis viajes que esta impresión no me era peculiar, y que hallándose más o menos en todos los países entre las personas aficionadas a leer y las que se dedican a la literatura, equilibraba el odio general que inspira el aire petulante de los franceses. Las novelas les atraen las simpatías de las mujeres más bien que las de los hombres de todos los países; sus obras maestras dramáticas aficionan la juventud a su teatro. Innumerables extranjeros acuden al de París, llamados por su fama y vuelven entusiasmados. En fin, el excelente gusto que campea en su literatura les gana la voluntad de todas las personas de gusto, y he visto que sus autores y filósofos han sostenido la gloria del nombre francés, debilitada por sus soldados en la desdichada guerra que han tenido últimamente.

Por lo tanto, yo era francés ardiente y esto me hizo novelero. Íbame con la multitud de papanatas que acuden a la plaza a esperar la llegada de los correos; y más tonto que el asno de la fábula, me inquietaba por saber cuál sería el amo que me pondría la albarda; porque se decía entonces que pasaríamos a poder de Francia, la cual cambiaría la Saboya por el Milanesado. Preciso es convenir, sin embargo, en que yo tenía por qué temer el resultado de la guerra, pues si la suerte hubiese sido contraria a los aliados la pensión de *mamá* corría gran riesgo. Pero yo confiaba enteramente en mis buenos amigos; y esta vez, a pesar de la sorpresa del señor de Broglie, no salieron fallidas mis esperanzas, gracias al rey de Cerdeña, en quien yo ni había pensado tan siquiera.

Mientras se batían en Italia, en Francia se cantaba. Las óperas de Rameau empezaban a meter ruido y dieron a conocer sus obras teóricas, que, habiendo permanecido ignoradas, poseían muy pocos. Por casualidad oí hablar de su tratado sobre la armonía y no me di reposo hasta que lo hube adquirido. Por otra casualidad caí enfermo. La enfermedad era inflamatoria; fue violenta y corta, pero larga la convalecencia, y en todo un mes no pude salir de casa.

Durante ese tiempo hojeé, devoré mi Rameau; pero era tan largo, tan difuso, tan desordenado, que vi que necesitaría mucho tiempo para estudiarlo y desembrollarlo. Suspendí, pues, mi aplicación y me recreé con la música. No se me iban de la cabeza las cantatas de Bernier, en las que me ejercitaba. Aprendí cuatro o cinco de memoria, y entre ellas una titulada *Los amores dormidos,* que no he visto más desde entonces y que, sin embargo, todavía sé casi de memoria, lo mismo que *El amor picado por una abeja,* cantata muy linda de Clarambault, que aprendí, sobre poco más o menos, por aquel entonces.

Y por si esto fuera poco, llegó del valle de Aosta un joven organista llamado el abate Palais, buen músico, buen hombre y que acompañaba muy bien con el clavicordio. Nos conocimos y nos hicimos inseparables. Él era discípulo de un monje italiano, gran organista. Me habló de sus teorías, que comparé con las de Rameau, y me llené la cabeza de acompañamientos, de acordes y de armonías. A todo esto era preciso educar el oído; propuse a *mamá* que diéramos un pequeño concierto cada mes y consintió en ello. Desde aquel momento me dediqué con tal ardor a organizarlo que ni de día ni de noche me ocupaba de otra cosa; y realmente me ocupaba, y mucho, para reunir las piezas, los concertantes, los instrumentos, sacar las partes, etc. *Mamá* cantaba; el padre Catón, de quien he hablado y de quien tendré que hablar aún, cantaba también; un maestro de baile llamado Roche y su hijo tocaban el violín; Canavas, músico piamontés, empleado en el catastro y que después se ha casado en París, tocaba el violoncelo; el abate Palais acompañaba con el clave; yo tenía el honor de dirigir las piezas, sin olvidar el bastón del leñador. Figúrense lo magníficos que serían aquellos conciertos. Si no eran como los de casa del señor de Tremytorens, no les faltaba mucho.

Los pequeños conciertos de la señora de Warens, neófita, que vivía, al decir de las gentes, de las limosnas del rey, daban pábulo a las murmuraciones de los devotos; mas para muchas gentes de bien era una diversión agradable. No sería fácil adivinar a quién me refiero en primer lugar en esta ocasión; a un monje, pero hombre de mérito y apreciable, cuyas desgracias me afectaron vivamente más tarde, y cuya memoria, ligada con la de mis días hermosos, me es más querida aún. Era el padre Catón, franciscano, quien, con el conde Dortón, había hecho detener en Lyón la caja de música del pobre *gatito;* hecho que no constituye seguramente el rasgo más hermoso de su vida. Era bachiller de la Sorbona; había vivido mucho tiempo en París, en el gran mundo, donde lograra introducirse principalmente con el marqués de Autremont, entonces embajador de Cerdeña. Era alto, bien formado, carirredondo y de ojos saltones; el cabello, de negro color, formaba bucles, sin afectación, en las sienes; franco, noble y modesto al par, de porte, presentábase muy

bien y con naturalidad, no teniendo las maneras insolentes e hipócritas de los frailes, ni la desenvoltura de un personaje a la moda del día, aunque realmente lo era, sino la serenidad de un hombre de bien que sin avergonzarse de su hábito se honra a sí mismo y se halla siempre en su puesto entre las personas honradas. Aunque no tuviese grandes conocimientos para un doctor, el padre Catón era muy instruido para hombre de mundo, y no teniendo prisa por revelar su erudición, la usaba tan a propósito, que parecía poseer mucha más. Habiendo vivido mucho en sociedad se había dedicado más a la instrucción amena que a los estudios serios. Tenía ingenio, hacía versos, se expresaba bien, cantaba mejor, tenía una voz agradable, tocaba el órgano y el clave. Para verse solicitado no eran necesarias tantas dotes; así es que se le buscaba; pero estorbábale esto tan poco para atender a los cuidados propios de su estado, que a pesar de celosos competidores llegó a ser nombrado definidor de su provincia, o, como se dice, uno de los padres graves de la orden.

Este padre Catón conoció a *mamá* en casa del marqués de Autremont. Oyó hablar de nuestros conciertos y quiso tomar parte en ellos, contribuyendo a que fuesen más brillantes. Pronto nos sentimos ligados por nuestra común afición a la música, que tanto para él como para mí era una pasión muy viva, con la diferencia de que él era un verdadero músico y yo un principiante. Íbamos con Canavas y el abate Palais a su cuarto, donde dedicábamos buenos ratos a la música, y alguna que otra vez cantábamos acompañados de su órgano los días de fiesta. A menudo comíamos en su modesta mesa; pues lo sorprendente, para ser fraile, es que además era generoso, magnífico y sensual sin grosería. Los días de concierto cenaba en casa de *mamá*. Aquellas cenas eran muy divertidas y deliciosas; allí se hablaba sin ambages; allí se cantaban dúos; yo me hallaba a mi sabor; nunca me faltaban chistes y felices ocurrencias; el padre Catón mostrábase encantador, y *mamá*, adorable; el abate Palais, con su voz de buey, era el blanco de las bromas. Dulces instantes de bulliciosa juventud, ¡cuánto tiempo hace que habéis desaparecido!

Como no tendré que hablar ya más de este pobre padre Catón, permítaseme concluir aquí en dos palabras su triste historia. Los otros frailes, celosos, o más bien furiosos de ver que se distinguía por su mérito y por una elegancia en sus costumbres que nada de común tenía con la crápula monástica, le cobraron odio, porque no era tan odioso como ellos. Los corifeos se confabularon en contra suya y concitaron a los frailezuelos que envidiaban su posición y que antes no se atrevían a mirarle. Hiciéronle mil afrentas, le destituyeron, quitáronle su aposento, que él había amueblado con gusto, aunque con sencillez; confináronle no sé dónde, y, en fin, aquellos miserables le agobiaron con tantos ultrajes que su espíritu recto y con justicia altivo no pudo resistirlos; y después de haber hecho las delicias de las reuniones más agradables sucumbió de dolor,

muriendo sobre un lecho miserable, en un rincón de una celda o calabozo, siendo sentido y llorado por cuantas personas honradas le habían conocido, las cuales no le hallaron otro defecto que el de ser fraile.

Con este sencillo modo de vivir resultó que, poco a poco absorbido enteramente por la música, me hallaba por completo imposibilitado de pensar en otra cosa alguna. Ya no iba a la oficina sino con disgusto; la sujeción y asiduidad hiciéronme considerar el trabajo como suplicio insoportable, y acabé por querer abandonar el empleo para dedicarme a la música. Ya se comprenderá que esta locura no pasó sin oposición. Dejar una tarea decente y de un provecho seguro para ir en pos de lecciones problemáticas era una resolución harto insensata para agradar a *mamá.* Aún considerando mis progresos futuros tan grandes como yo me figuraba, reducir mi ambición a quedarme en la esfera de músico toda la vida era limitarla muy modestamente. Ella, que siempre formaba proyectos magníficos y que de ningún modo me juzgaba como el señor de Aubonne, veía con pesar que me entregara seriamente a una ocupación que consideraba tan frívola, y frecuentemente me repetía este proverbio provinciano, algo menos exacto en París, que *el que bien canta y bien danza trabaja mucho y no avanza.* Por otra parte, me veía arrastrado por una afición irresistible; mi pasión iba siendo excesiva y era de temer que resintiéndose el trabajo por culpa de mis distracciones me despidiesen, y creía, por lo tanto, preferible retirarme. Además, le hice presente que mi empleo no podía durar mucho, que me era muy necesario un medio de ganarme la vida, y que era más seguro acabar de adquirir por medio de la práctica aquel al que mi gusto se inclinaba y ella misma me había escogido, que ponerme a merced de las pretensiones o hacer nuevos ensayos, que podían salir mal, y quedarme sin recursos para ganarme el pan, después de haber pasado la edad de aprender. En fin, arranqué su consentimiento, más bien a fuerza de importunidades y caricias que de razones que la satisficiesen. Inmediatamente fui a despedirme del señor Coccelli, director general del Catastro, con tanta satisfacción como si acabase de ejecutar el hecho más heroico, y abandoné voluntariamente mi empleo, sin motivo, sin razón, sin pretexto, con mucho más gusto del que había tenido en hallarlo dos años hacía escasamente.

Por más que fuese un disparate, este paso me granjeó una especie de consideración en el país que me fue útil. Unos me supusieron recursos que no tenía; otros, viéndome exclusivamente dedicado a la música, juzgaron de mi talento por mi sacrificio y creyeron que, teniendo tal pasión por este arte, debía poseerlo con perfección. En tierra de ciegos, el tuerto es rey; allí pasaba por un buen maestro, porque todos los que había eran malos. Por lo demás, no careciendo de cierto gusto en el canto, favorecido por la edad y la figura, en poco tiempo tuve más alumnos de los que necesitaba para reemplazar mi sueldo de secretario.

Para hacerme agradable la vida, ciertamente no podía pasar con mayor rapidez de uno a otro extremo. En el Catastro tenía que estar ocho horas diarias ocupado en un trabajo de los más fastidiosos, rodeado de gentes más fastidiosas todavía, encerrado en una triste oficina apestada con el aliento de todos aquellos patanes, la mayor parte sucios y desgreñados; de suerte que, a veces, casi me causaban mareos la atención, el hedor, la fatiga y el fastidio. En lugar de todo esto heme aquí de improviso lanzado en medio de la buena sociedad, admitido y solicitado en las mejores casas, bien recibido en todas partes, acariciado y festejado; señoritas amables, bien compuestas, me esperaban y recibían con efusión; no veía más que objetos agradables, ni olía más que a azahar y rosa; siempre cantando, conversando, riendo y divirtiéndome; no salía de un sitio sino para ir a hacer lo mismo en otra parte. Nadie negará que siendo igual el provecho no debía vacilarse en la elección. Así es que me hallaba tan satisfecho de la mía, que jamás se me ha ocurrido arrepentirme de ella, ni aún ahora mismo en que examino el peso de la razón de las acciones de mi vida y en que me hallo libre de los motivos poco sensatos que me han podido guiar en ocasiones.

Ésta es quizá la única en que, no escuchando más que mis deseos, no han salido fallidas mis esperanzas. El modo tan cortés de recibir a las personas que tienen los habitantes de aquel país, su afabilidad y franqueza, me hizo amable el trato social; y el gusto que en él hallé entonces me ha probado completamente que, si no me agrada vivir entre los hombres, es culpa de ellos más bien que mía.

Es lástima que los saboyanos no sean ricos, o quizá sería lástima que lo fuesen, porque tales como son constituyen el pueblo mejor y más sociable que conozco. Si existe en el mundo una pequeña ciudad donde se gocen las dulzuras de la vida, en un trato agradable y sincero, es Chamberí. La nobleza de la provincia que se halla en él reunida no tiene más bienes que los necesarios para vivir, no tiene lo bastante para medrar, y no pudiendo entregarse a la ambición, sigue por necesidad el consejo de Cineas. Pasa su juventud en la milicia, y luego vuelve a envejecer tranquilamente en su casa. El honor y la razón presiden este arreglo. Las mujeres son hermosas y podrían pasar sin serlo, porque poseen todo lo que puede dar realce a la belleza y hasta suplirla. Es notable que llamado por mi profesión a ver muchas jóvenes no recuerde haber visto en Chamberí una sola que no fuese encantadora. Se dirá que me hallaba predispuesto a encontrarlas tales, tal vez no sin razón; mas para esto no tenía necesidad de poner nada de mi parte. No puedo traer a la memoria sin complacerme el recuerdo de mis jóvenes alumnas. ¡Que no pueda al ir, una a una, nombrando a las más amables, hacerlas volver, y a mí con ellas, a la dichosa edad que teníamos, cuando pasaba en su compañía momentos tan dulces como inocentes! Fue la primera una vecina, la señorita de Mellarede, hermana del discípulo del señor

Gaime. Era una morena muy viva, mas de una viveza agradable, llena de gracia y de discreción. Era algo delgada, como la mayor parte de las niñas de su edad; pero sus ojos brillantes, su gracioso talle y su simpático rostro no necesitaban la gordura para agradar. Iba a su casa por la mañana y generalmente la hallaba todavía sin vestir, sin más tocado que el cabello sencillamente recogido, adornado con algunas flores que le ponían cuando yo llegaba y se quitaba para peinarse cuando yo salía. A nada temo en el mundo tanto como a una mujer hermosa en traje de casa o de mañana; la temería mil veces menos bien ataviada. La señorita de Menthón, a cuya casa iba por la tarde, lo estaba siempre, y me hacía una impresión igualmente dulce, pero enteramente distinta. Tenía el cabello rubio, ceniciento; era muy linda, muy tímida y blanca; su voz era clara, melodiosa y dulce, pero no osaba desplegarse. Tenía en el seno la cicatriz de una quemadura de agua hirviendo, que no ocultaba enteramente la pañoleta de felpilla que llevaba. Esta señal atraía a veces hacia aquel sitio mi atención, pero no tardaba en fijarse en otras cosas distintas de ella. Otra vecina, la señorita de Challes, era una mujer ya hecha, alta, de formas robustas, llena y fresca; había sido muy bella. Ya no era una hermosura, pero sí una mujer notable por su gracia, por su constante buen humor y natural bondad de carácter. Su hermana, la señora de Charly, la mujer más hermosa de Chamberí, ya no aprendía música, pero sí su hija, aunque era muy niña todavía, y cuya naciente belleza hubiera prometido igualar a la de su madre de no ser, desgraciadamente, un poco pelirroja. En la Visitación tenía una jovencita francesa cuyo nombre he olvidado, pero que merece un lugar en la lista de mis preferencias. Había adquirido el tonillo lento y monótono de las monjas, y con aquella languidez decía cosas que revelaban una agudeza mal avenida con su porte. Por lo demás, era perezosa, poco amiga de tomarse la molestia de revelar su ingenio, y era esto un favor que no dispensaba a todo el mundo. Sólo después de uno o dos meses de lecciones y de negligencia se decidió a valerse de este medio para obligarme a ser más asiduo, pues yo nunca he podido serlo por mi sola voluntad. Cuando daba las lecciones gozaba en ellas; pero no me gustaba estar obligado a acudir ni verme sujeto al imperio de la hora; yo no puedo soportar la molestia y la sujeción en nada, y me harían aborrecer el placer mismo. Se dice que entre los mahometanos, a la hora del alba pasa un hombre por la calle para dar a los maridos orden de cumplir con su deber conyugal. Yo, a semejante hora, hubiera sido un pésimo turco.

También tenía algunas alumnas entre la clase media, una de las cuales fue indirectamente de un cambio de relación del que debo hablar, puesto que al fin he de decirlo todo. Era hija de un especiero; se llamaba la señorita Lard; un verdadero modelo de estatua griega, y no vacilaría en decir que era la más bella joven que en la

vida he visto, si existiese alguna belleza verdadera sin alma ni vida. Su indolencia y su frialdad llegaban a un extremo increíble. Tan difícil era complacerla como disgustarla, y estoy convencido de que si alguien se hubiese tomado alguna libertad con ella no se hubiera resistido por pura estupidez. Su madre, que no quería correr este riesgo, no la dejaba de vista un solo instante. Haciéndola aprender música con un maestro joven era lo mejor que podía hacer para animarla; pero no dio resultado. La señora Lard unía a su viveza natural la que hubiera debido tener su hija. Mientras el maestro estimulaba a la hija, la madre excitaba al maestro sin obtener mejor éxito. Era la de ésta una carita animada, marchita y picada de viruelas. Tenía los ojos pequeños, muy vivos y un tanto rojos, a causa de tenerlos malos con mucha frecuencia. Cada mañana, a mi llegada, hallaba preparado el café con leche, y la madre no se olvidaba nunca de recibirme con un beso bien aplicado en la boca, y que por curiosidad hubiera yo querido devolverle a la hija, para ver cómo lo tomaba. Por lo demás, todo esto se hacía tan sencillamente y tan sin consecuencias que los obsequios y los besos no se omitían cuando el señor Lard estaba presente. Era éste un hombre bonachón, a quien su mujer no engañaba porque no tenía necesidad de hacerlo.

Yo me prestaba a todas aquellas caricias con mi ordinaria candidez, considerándolas simplemente como señales de pura simpatía. Con todo, a veces me importunaban, pues la vehemente señora de Lard no dejaba de ser exigente, de modo que si hubiese pasado alguna vez por delante de su casa sin entrar en la tienda habría promovido un alboroto. Así es que me veía precisado a dar un rodeo para pasar por otra calle cuando tenía prisa, pues ya sabía que no era tan fácil salir como entrar en su casa.

La señora de Lard se cuidaba demasiado de mí para que yo me ocupase por completo de ella. Sus atenciones me conmovían mucho. Hablaba de ellas a *mamá* como de una cosa sin misterio, y aún de haberlo, no hubiera podido por menos de decírselo, porque tener para ella un secreto, fuese el que fuese, me hubiera parecido imposible, pues mi corazón estaba abierto a sus ojos lo mismo que a los de Dios. Ella no tomó la cosa con la misma sencillez que yo. Creyó ver ciertos preliminares donde yo no había visto más que amistad; juzgó que la señora de Lard, empeñándose en no dejarme tan ignorante como me había hallado, quería hacerse entender de un modo u otro, y aparte de no ser conveniente que otra mujer se encargara de la educación de su discípulo, tenía otros motivos más dignos de ella para ponerme a cubierto de los lazos a que mi edad y mi estado me exponían. En el mismo tiempo tendiéronme uno de otro género más peligroso, al que pude escapar, pero ello hízole ver que los peligros que de continuo me amenazaban exigían todas las prevenciones de que podía echar mano.

La señora condesa de Menthón, madre de una discípula mía, era una mujer de mucho ingenio y, según fama, de no menos malicia. Decíase que había sido causa de muchas disensiones, una de las cuales hubo de tener consecuencias fatales para la familia Autremont. *Mamá* había estado bastante relacionada con ella para conocer su carácter; habiendo agradado muy inocentemente a cierta persona, sobre la que tenía pretensiones la señora de Menthón, imputó ésta como un delito una preferencia que ni había sido buscada ni admitida, y desde entonces la señora de Menthón se empeñó en jugar a su rival malas pasadas, aunque ninguna surtiese efecto. Citaré una de las más cómicas, a título de ejemplo. Estaban las dos en el campo con varios caballeros de las cercanías, y entre ellos el referido pretendiente. Un día, la señora de Menthón dijo a uno de aquellos señores que la de Warens era una remilgada, que carecía completamente de gusto, que vestía mal y que se tapaba el pecho como las plebeyas. «En cuanto a esto último –replicó su interlocutor, que era un bromista– no le falta motivo para hacerlo; yo sé que tiene impresa en el pecho la figura de un ratonazo feo, pero tan a lo vivo que parece estar corriendo.» El odio, lo mismo que el amor, vuelve a las personas crédulas. La señora de Menthón se propuso sacar partido de este descubrimiento, y un día que *mamá* estaba jugando con el ingrato favorito de la dama, ésta fue muy quedo a colocarse detrás de su rival, y luego, medio derribando su silla, le apartó el pañuelo con destreza; pero en lugar del ratón el caballero vio otra cosa muy distinta, tan difícil de olvidar como de ver, y que no era lo que buscaba la dama.

Yo no era un personaje digno de ocupar a la señora de Menthón, que sólo quería rodearse de gente de alto copete; con todo, se fijó un tanto en mí, no por mi persona, pues de seguro nada le importaba, sino por el ingenio que me suponían y que hubiera podido hacerme a propósito para satisfacer sus instintos. Tenía una afición decidida a la sátira, y gustábale componer versos y canciones a las personas que le desagradaban. Si hubiese hallado en mí bastante ingenio para escribírselas, entre los dos habríamos revuelto a todo Chamberí en poco tiempo. Se habría inquirido el manantial de esos libelos; la señora de Menthón habría salido del paso sacrificándome a mí, y yo hubiera estado preso, tal vez, por todo el resto de mi vida, para enseñarme a hacer el papel de Apolo al servicio de las damas.

Afortunadamente nada de esto sucedió. La señora de Menthón me hizo quedar a comer dos o tres veces para hacerme hablar, y le parecí un estúpido. Yo mismo lo conocía y me afligía, envidiando las cualidades de mi amigo Venture, cuando hubiera debido agradecer a mi insuficiencia los peligros que me evitaba. Para la señora de Menthón no fui más que el maestro de canto de su hija; pero viví tranquilo y estimado de todos, y esto era mejor que ser un ingenio para ella y un escorpión para el resto del país.

A pesar de todo, *mamá* vio que para librarme de los peligros de mi juventud era ya ocasión de tratarme como a hombre; y esto fue lo que hizo, pero del modo más singular que jamás haya empleado mujer en caso semejante. La hallé más formal, y en la conversación más moral que de ordinario. La bulliciosa jovialidad que comúnmente se mezclaba a sus instrucciones fue repentinamente sustituida por un tono constante que, sin ser familiar ni severo, parecía preparar una explicación. Después de haber intentado en vano adivinarla, le pregunté cuál era la causa de semejante cambio; esto era lo que esperaba. Como respuesta, me propuso un paseo por el jardín para el siguiente día. Desde por la mañana nos dirigimos a él. Había tomado sus precauciones para que nos dejasen solos todo el día, y lo empleó en prepararme para los favores que me quería dispensar, mas no como una mujer vulgar, con melindres y agasajos, sino por medio de conversaciones llenas de afecto y de buen sentido, más bien encaminadas a mi enseñanza que a mi seducción, y que hablaban más a mi corazón que a mis sentidos. Sin embargo, por muy excelentes y útiles que fuesen sus razonamientos, aunque no tuviesen nada de fríos y tristes, no les presté toda la atención que merecían y no los grabé en mi memoria, como en cualquier otra ocasión lo hubiera hecho. Su modo de empezar aquella especie de preparación me causó ciertas inquietudes; mientras ella hablaba, yo, meditabundo y distraído, a pesar mío, preocupábame menos de atender a lo que me decía que de penetrar en el término a que se encaminaba; y tan pronto como me di cuenta, lo que no logré sin dificultad, la novedad de esta idea, que ni una sola vez se me había ocurrido desde que vivía con ella, absorbiendo entonces todas mis facultades, no me permitió pensar en lo que me decía. No hacía sino pensar en ella, pero sin escucharla.

Pretender que los jóvenes estén atentos a lo que se les dice, dejándoles entrever por término un objeto que les interesa sobremanera, es un contrasentido muy común en los maestros y que tampoco he podido evitar en mi *Emilio*. El joven arrebatado por el objeto que se le ofrece, se ocupa de él exclusivamente y salta por encima de los discursos preliminares para llegar más pronto adonde se le conduce con sobrada lentitud para su gusto. Si se quiere que escuche es preciso que no pueda adivinar el fin de antemano; y en esto *mamá* fue poco diestra. Por una singularidad, hija de su espíritu de sistema, tomó la vana preocupación de imponerme condiciones; mas tan luego como supe su precio, ni siquiera las oí y me apresuré a consentir en todo. Tengo para mí que no hay un hombre en toda la tierra que en trance semejante sea bastante franco o tenga bastante valor para andar regateando, ni una sola mujer capaz de perdonar lo que haya hecho. Por consecuencia de la misma singularidad, acompañó este convenio con las mayores formalidades, y me dio para pensarlo ocho días, a lo que dije que no los necesitaba, faltando a la

verdad, pues, para colmo de extrañeza, me vino perfectamente este plazo; tanto me había sorprendido la novedad de semejante idea y tal trastorno experimentaba en las mías, que necesitaba tiempo para reponerme.

Se creerá que esos ocho días fueron para mí ocho siglos. Todo lo contrario; hubiera querido que lo hubiesen sido en efecto. No sé cómo describir el estado en que me hallaba, lleno de miedo con mezcla de impaciencia, temiendo lo que deseaba, hasta el extremo de buscar de todas veras en mi mente algún medio decoroso de evitar la dicha que iba a ofrecérseme. Figúrense mi temperamento ardiente y lascivo, mi sangre inflamada, mi corazón ebrio de amor, mi robustez, mi juventud y mi estado perfecto de salud. Recuérdese que en tal situación, ávido de mujeres, aún no había tocado a ninguna; que la fantasía, la necesidad, la vanidad y la curiosidad concurrían para devorarme con el deseo ardiente de ser hombre y parecerlo. Añádase a todo esto –lo que sobre todo no debe olvidarse– que el cariño vivo y tierno que le tenía, lejos de entibiarse, no había hecho más que aumentar cada día; que no me hallaba bien sino a su lado; que no la dejaba sino para pensar en ella; que mi corazón veíase completamente dominado, no sólo por sus mercedes y por su amabilidad, sino por su sexo, por su semblante, por su persona, por ella; en una palabra, por todos los conceptos que podían hacérmela querer. Y no vaya a creer el lector que teniendo diez o doce años más que yo estuviese envejecida o me pareciese tal; no; desde que había experimentado aquella emoción tan dulce que me causó su primera vista habían pasado cinco o seis años; realmente había cambiado poquísimo, y a mí me parecía idéntica. A mis ojos siempre ha sido hermosa y todavía lo era a los de todos. Sólo estaba algo más gruesa. Por lo demás, eran los mismos ojos, la misma tez, el mismo seno, las mismas facciones, el mismo hermoso cabello rubio, la misma jovialidad; todo, hasta la misma voz, esa voz argentina de la juventud, que siempre me impresionó tan vivamente, de suerte que aún hoy no puedo oír sin emoción el sonido de una bella voz de niña.

Naturalmente, lo que tenía que temer, esperando la posesión de una persona tan querida, era anticipar el plazo y no poder dominar bastante mis deseos y mi imaginación para mantenerme dueño de mí mismo. Más adelante se verá que, en una edad avanzada, la sola idea de los más ligeros favores que esperaba de la persona querida inflamaba mi sangre hasta el punto de serme imposible atravesar impunemente el corto espacio que separábame de ella. ¿Cómo, pues, gracias a qué prodigio, en la flor de la edad, tuve tan poca solicitud para el primer goce? ¿Cómo pude ver aproximarse la ocasión con más sentimiento que placer? ¿Por qué, en lugar de la voluptuosidad que debía embriagarme, sentía casi repugnancia y miedo? Es indudable que si hubiese podido escapar a mi ventura, sin hacer mal papel, lo

hubiera hecho con el mayor gusto. He prometido extrañezas en la historia de mi amor por ella; he aquí una seguramente inesperada.

El lector, ya indignado, creerá que por pertenecer a otro hombre se degradaba a mis ojos al dividir su amor y que un sentimiento de menosprecio entibiaría los que me había inspirado; si tal piensa se equivoca. Esta partición me causaba un cruel pesar, a la verdad, tanto por mi delicadeza como porque en efecto me parecía poco digna de ella y de mí; mas en cuanto al afecto que me inspiraba en nada alterábalo y puedo jurar que nunca la amé con mayor ternura que cuando tan poco deseaba su posesión. Conocía demasiado la castidad de su corazón y su temperamento de hielo para poder creer, ni por un momento, que el placer de los sentidos pudiese tener parte alguna en aquel su abandono; estaba completamente seguro de que sólo el deseo de preservarme de los peligros, casi inevitables de otro modo, y conservarme entero para mí y para mis obligaciones, le hacía faltar a una que no consideraba como la consideran las mujeres, conforme lo explicaré más adelante. A mí me daba lástima y yo mismo me compadecía. Hubiera querido decirle: «No, mamá, no es necesario; le respondo de mí sin necesidad de eso.» Pero no me atrevía, primero porque no debía decirlo, y luego, porque, en el fondo, conocía que no era la verdad, sino que, efectivamente, sólo una mujer había que pudiera preservarme de las demás y ponerme a cubierto de toda tentación. Sin anhelar su posesión me agradaba que me quitase el deseo de poseer otras; tan cierto es que consideraba como una desventura todo lo que podía contribuir a distraerme de ella.

La costumbre de vivir juntos y con inocencia, lejos de entibiar el afecto que me inspiraba, habíalo acrecentado; pero al propio tiempo le había comunicado un carácter especial que le hacía más cariñoso, quizá más tierno, pero menos voluptuoso. A fuerza de llamarla *mamá* y de usar con ella la familiaridad de un hijo, hube de acostumbrarme a tenerme por tal. Esto creo que era realmente la causa de la poca solicitud que sentía por obtener su posesión, a pesar de quererla tanto. Recuerdo muy bien que al principio, mi cariño, sin ser más vivo, encerraba más sensualidad. En Annecy me hallaba como embriagado; en Chamberí ya no era lo mismo. Siempre la amaba lo más apasionadamente que pueda imaginarse; pero la amaba más por ella y menos para mí, o al menos más bien buscaba a su lado mi felicidad que mi placer; para mí era más que una hermana, más que una madre, más que una amiga, más aún que una amada. En fin, la quería demasiado para codiciarla; he ahí lo que veo más claro en mis ideas.

El día, más bien temido que deseado, llegó por fin. Lo prometí todo y no mentí. Mi corazón confirmaba mis promesas, sin desear su premio. Pero lo obtuve, sin embargo. Por vez primera me vi en los brazos de una mujer que adoraba. ¿Fui dichoso? No; sólo experi-

menté el placer. Yo no sé qué invencible tristeza lo envenenaba; hallábame como si hubiese cometido un incesto. Por dos o tres veces, abrazándola con efusión, inundé su pecho de lágrimas. En cuanto a ella, no estaba triste ni alegre, sino cariñosa y tranquila. Como era muy poco voluptuosa y de ningún modo había buscado la sensualidad, no experimentó el placer ni sintió jamás remordimiento.

Lo repito: todas sus faltas provenían de sus errores, nunca de sus pasiones. Era bien nacida, su corazón puro amaba la discreción, sus propensiones eran rectas y virtuosas; su gusto, delicado; había nacido para vivir en una elegancia de costumbres a que fue siempre aficionada y nunca practicó, porque en vez de seguir las indicaciones de su corazón, que la guiaba bien, sólo escuchaba a su razón, que la aconsejaba mal. Cuando la descarriaron los falsos principios, siempre fueron desmentidos por sus verdaderos sentimientos; pero desgraciadamente se preciaba de filósofa, y la moral que se había formado corrompió la que su corazón le dictaba.

El señor de Tavel, su primer amante, fue su maestro de filosofía, y le enseñó los principios que le convenían para seducirla. Hallándola fiel a su marido y a sus deberes, siempre fría, razonadora e inexpugnable del lado de los sentidos, la atacó con sofismas y logró hacerla considerar aquellos deberes a que tan adicta se mostraba como una charlatanería doctrinaria, creada únicamente para entretener a los niños; la unión de los sexos, como el acto más indiferente en sí; la fidelidad conyugal, como una apariencia obligatoria, cuya moralidad consistía en la opinión; la tranquilidad de los maridos como la única regla del deber de las mujeres; de suerte que las infidelidades ignoradas, nulas para aquel a quien ofendían, también lo eran para la conciencia; en fin, logró convencerla de que en sí mismo el hecho no era nada, que sólo tomaba cuerpo por el escándalo y que toda mujer que aparecía honrada, por esto sólo lo era en efecto. Así es cómo aquel hombre funesto logró su objeto, corrompiendo la razón de una niña, cuyo corazón no había podido pervertir. Pero lo pagó con los celos más devoradores, persuadido de que se conducía con él del mismo modo que le había enseñado a obrar con su marido. Ignoro si se equivocó, pero el ministro Perret pasaba por su sucesor. Lo que puedo asegurar es que esa frialdad de temperamento que hubiera debido preservarla de este sistema fue cabalmente lo que la privó de renunciar a él en lo sucesivo. No podía concebir que se diese tanta importancia a una cosa que para ella no tenía ninguna. Jamás quiso honrar con el nombre de virtud una abstinencia que tan poco le costaba guardar.

Por consiguiente, a ser por ella, no habría abusado de este falso principio; pero lo hizo por los demás, y ello por efecto de otra máxima casi igualmente falsa, aunque más conforme con la bondad de su corazón. Siempre creyó que lo que más contribuía a que un

hombre quisiese a una mujer era la posesión; y ella, aunque no sintiese nada más que amistad por las personas que le eran queridas, sentía un afecto tan tierno, que empleaba todos los medios que estaban a su alcance para granjearse mejor su cariño. Lo que hay de extraordinario es que le salió bien casi siempre. Era verdaderamente tan digna de ser amada que cuanto mayor era la intimidad en que con ella se vivía tantos más motivos se hallaban para quererla. Hay otra cosa notable: después de su primera debilidad, no favoreció más que a seres desgraciados; los personajes distinguidos que la querían perdían el tiempo; pero había de ser muy poco apreciable un hombre para que, empezando ella por compadecerle, no acabase por amarle. Cuando hizo elecciones poco dignas de ella, lejos de ser efecto de bajas inclinaciones, que jamás tuvieron entrada en su corazón, fueron debidas únicamente a su carácter generoso, humano, compasivo y sensible por demás, que no siempre la guió con bastante discernimiento.

Si algunos principios falsos la desviaron, ¡cuántos otros admirables no tenía, de los que no se apartaba jamás! ¡Con cuántas virtudes no rescataba sus flaquezas, si puede darse tal nombre a los errores en que para nada entraban los sentidos! El mismo hombre que la engañó en una cosa sobre otras mil la instruyó excelentemente; y permitiéndole sus pasiones, que nada tenían de fogosas, seguir la luz de su razón, iba bien dirigida cuando sus sofismas no la extraviaban. Los motivos que servíanla de guía eran laudables hasta en sus faltas; cuando se engañaba podía obrar mal, pero no podía querer nada que fuese malo. Aborrecía la doblez y la mentira; era justa, equitativa, humana, desinteresada, fiel a su palabra, a sus amigos, a los deberes que reconocía por tales; incapaz de sentir odio ni venganza, el perdonar no era para ella un mérito. Y volviendo a lo menos disculpable que atesoraba, sin estimar sus favores en lo que valían, jamás hizo de ellos un vil comercio; prodigábalos, pero no los vendía, a pesar de hallarse continuamente en apuros para vivir; y me atrevo a decir que si Sócrates pudo estimar a Aspasia, hubiera seguramente respetado a la señora de Warens.

Atribuyéndole una naturaleza sensible y un temperamento frío, ya sé de antemano que se me acusará de contradicción, como de ordinario y con la misma razón que siempre. Tal vez obró mal la naturaleza y no debió formar semejante combinación; pero lo cierto es que existía. Cuantas personas conocieron a la señora de Warens, muchas de las cuales viven aún, pudieron convencerse de que realmente era ésta su naturaleza. Y aun me atrevo a añadir que no conoció más que un placer verdadero en el mundo, el de complacer a las personas que amaba. Con todo, cualquiera tiene derecho a combatir como se le antoje lo que digo y a probar doctamente que no es cierto. Mi obligación es decir la verdad, pero no imponerla.

Cuanto acabo de decir lo supe poco a poco, en las conversa-

ciones que tuvimos después de nuestra unión, deliciosa por el solo conjuro de aquéllas. Con razón había esperado que su condescendencia me sería útil, pues me sirvió de mucho para mi instrucción. Hasta entonces me había hablado de mí solo, como a un niño; desde aquel momento empezó a tratarme como a un hombre y me habló de sí misma. Me interesaba tanto cuanto me decía, conmovíame hasta tal punto, que, concentrándome en mí mismo, sacaba de sus confidencias un provecho mayor del que había sacado de sus lecciones. Cuando sentimos que realmente habla el corazón, el nuestro se abre para recibir sus expansiones, y toda la moral de un pedagogo no valdrá nunca tanto como la locuacidad afectuosa y tierna de una mujer sensata a quien se quiere.

Habiendo tenido ocasión de juzgarme más favorablemente, por la intimidad en que vivía con ella, creyó que, a pesar de mi encogimiento, merecía que se tomase el trabajo de instruirme para vivir en el gran mundo, y que si algún día aparecía en él con cierto carácter, me hallaría en estado de hacer carrera. Con esta idea procuraba formar no sólo mi razón, sino también mis maneras, a fin de hacerme tan amable como digno de aprecio; y si es cierto (lo que yo no creo) que puede aliarse la virtud con los triunfos en sociedad, estoy seguro, por lo menos, de que no hay otro camino que el que ella había tomado y quería enseñarme. Porque la señora de Warens conocía a los hombres y poseía en alto grado el arte de tratar con ellos sin falsedad ni imprudencia, sin engañarles ni disgustarles. Pero este arte radicaba más bien en su carácter que en sus lecciones; lo ponía en práctica mejor que lo enseñaba, y yo era el hombre menos apto del mundo para aprenderlo. Por lo tanto, fue poco menos que inútil todo el trabajo que se dio para lograrlo. Lo mismo debo decir del cuidado que puso en procurarme maestros para el baile y el manejo de las armas; a pesar de ser ágil y airoso, no pude aprender a bailar ni un minué. De tal modo me había acostumbrado a caminar, apoyándome en el talón a causa de mis callos, que Roche no pudo quitarme dicha costumbre; y a pesar de mi donaire, jamás he podido saltar una zanja regular. Todavía fue peor en la sala de armas. Después de tres meses de lección tiraba todavía contra la pared, siendo incapaz de sostener el asalto y nunca tuve la muñeca bastante flexible o el brazo bastante firme para retener el florete cuando el maestro quería hacérmelo saltar. Añádase a esto que sentía una aversión invencible hacia este ejercicio y hacia el maestro que trataba de enseñármelo. Nunca hubiera imaginado que pudiese infundir tanto orgullo el enseñar a matar a un hombre. Para poner a mi alcance su vasta ciencia se expresaba siempre por medio de comparaciones, sacadas de la música, que ignoraba por completo. Hallaba sorprendentes analogías entre las estocadas en tercia y cuarta y los intervalos musicales del mismo nombre. Cuando quería dar un ataque en falso me decía: «Cuidado con este sostenido»,

porque antiguamente se daba a este signo musical el mismo nombre que a dicho ardid de la esgrima; cuando me había hecho saltar el florete de la mano decía en tono de zumba que esto era una pausa. En fin, no he visto en mi vida un pedante más insufrible que aquel pobre hombre con su peto y su plumero.

Por lo tanto, adelanté poco con tales ejercicios, que hube de abandonar por falta de afición; pero en cambio hice mayores progresos en otro arte más útil, el de contentarme con mi suerte y no desear otra más brillante, para la que comenzaba a comprender que no había nacido. Enteramente señoreado por el anhelo de que *mamá* fuese dichosa, cada día me agradaba más permanecer a su lado, y cuando era forzoso dejarla para recorrer la ciudad, a pesar de mi pasión por la música, comenzaba a sentir la molestia de mis lecciones.

Yo no sé si Claudio Anet notó la intimidad de nuestras relaciones, pero tengo algún motivo para pensar que no fue un misterio para él. Era un joven muy despejado, pero muy discreto, que jamás decía lo que no pensaba, aunque no siempre declaraba su pensamiento. Sin darme a entender en lo más mínimo que estaba enterado, parecía estarlo por la conducta que seguía; y ésta no provenía seguramente de bajeza de sentimientos, sino de que, habiendo aceptado los principios de su ama, no podía desaprobar que obrase con arreglo a ellos. Aunque tan joven como ella, era tan juicioso y grave que nos consideraba casi como dos niños dignos de indulgencia, y nosotros, tanto ella como yo, veíamos en él un hombre respetable, cuya estimación debíamos conservar. Hasta después de haberle sido infiel no conocí todo el cariño que ella le tenía. Como sabía que yo no pensaba, ni sentía, ni respiraba sino por ella, me dejó ver cuánto le quería a fin de que le amase igualmente; y se fundaba menos en su amor que en su estimación, porque era el sentimiento que yo podía compartir más de lleno. ¡Cuántas veces nos enterneció y nos hizo abrazarnos, con lágrimas en los ojos, diciéndonos que entrambos éramos necesarios para la felicidad de su vida! Y no se sonrían maliciosamente las mujeres que esto lean, pues dado el temperamento que tenía, esta necesidad no era equívoca; era exclusivamente la de su corazón.

Así fue como entre los tres se estableció una unión acaso sin ejemplo en toda la tierra. Nuestras aspiraciones, nuestros cuidados, nuestros corazones marchaban al unísono y nada traspasaba los límites de este reducido círculo. La costumbre de vivir juntos, y con exclusión de otro alguno, fue tan grande, que si a las horas de comer faltaba alguno de los tres o sobrevenía un cuarto, todo se desbarataba; y a pesar de nuestras relaciones particulares las entrevistas a solas nos eran menos gratas que la reunión. Lo que evitaba que estando juntos nos hallásemos molestos era la recíproca confianza, y el estar todos muy ocupados ahuyentaba el fastidio. *Mamá,* siempre con sus

proyectos y siempre activa, nos dejaba pocos momentos ociosos a uno y otro, y además cada cual tenía por su parte en qué emplear el tiempo completamente. La ociosidad es en la sociedad, a mi entender, un mal tan grande como la soledad. Nada envilece tanto el entendimiento; nada engendra más fruslerías, chismes, murmuraciones, enredos y mentiras que el estarse cara a cara varias personas en una habitación, viéndose reducidas a la necesidad de charlar continuamente por toda ocupación. Cuando cada cual tiene su quehacer, nadie habla sino cuando tiene algo que decir; pero cuando no se hace nada es forzoso estar hablando siempre; y he ahí la más incómoda y peligrosa de todas las sujeciones. Y aún me atrevo a ir más lejos, a firmar que para formar una reunión verdaderamente agradable es necesario no solamente que cada cual haga alguna cosa, sino que esta cosa exija alguna atención. Hacer punto de malla no es hacer nada, y se necesita tanto cuidado para distraer a una mujer en ello entretenida como a la que está de brazos cruzados. Pero si está bordando es otra cosa; ya se halla bastante distraída para llenar los intervalos de silencio. Lo más chocante y ridículo entonces es ver a una docena de gaznápiros levantarse, sentarse, ir y venir, girar sobre sus talones, manosear doscientas veces las figuritas de la chimenea y apurar su facundia para mantener un interminable flujo de palabras: ¡laudable ocupación! Esas gentes, por más que hagan, siempre fastidiarán a los demás y se fastidiarán mutuamente. Yo cuando estaba en Motiers me iba a hacer cordones a casa de mis vecinas; si volviese a la sociedad llevaría siempre un dominguillo en la faltriquera, y me estaría jugando todo el día para no tener que hablar cuando no supiese qué decir. Si todos hiciesen lo propio, los hombres serían menos perversos, su trato más formal y, a mi entender, más agradable. Finalmente, y ríanse cuanto quieran los burlones, afirmo que la única moral aplicable al presente siglo es la del dominguillo.

Por lo demás, apenas nos dejaban ocasión de evitarnos el fastidio por nosotros mismos, y los importunos nos lo traían con sobrada abundancia con su afluencia, para que lo experimentásemos al quedarnos solos. La impaciencia que en otro tiempo me causaban las visitas no se había disminuido, con la diferencia de que en la época a que me refiero tenía menos lugar para entregarme a ella. La pobre *mamá* conservaba toda su antigua propensión a las empresas y proyectos; cuanto más apremiantes iban siendo sus necesidades domésticas, tanto más se entregaba a sus visiones para proveer a ellas; cuanto más reducidos eran sus recursos presentes, tanto más discurría para lo por venir.

Con el transcurso de los años iba en aumento su manía; y a medida que iba perdiendo la afición a los placeres del mundo y de la juventud, sustituíala con la que tenía a los secretos y proyectos. La casa no cesaba de estar llena de charlatanes fabricantes, alquimistas,

empresarios de todas clases, quienes contando el oro a montones concluían por tener necesidad de un escudo. Ninguno salía de su casa sin llevarse algo, y una de las cosas que más me admiran es que hubiese podido resistir aquello tanto tiempo, sin agotar jamás los recursos ni fatigar a sus acreedores.

El proyecto que a la sazón la preocupaba más, y no seguramente el más descabellado de los suyos, era el de establecer en Chamberí un jardín real de plantas, con un encargado bien remunerado, cuya plaza ya se comprende de antemano a quién se destinaba. El hallarse esta ciudad situada en medio de los Alpes le daba condiciones favorables para la botánica, y *mamá,* que siempre procuraba apoyar un proyecto en otro, añadió a aquél un colegio de farmacia, que en verdad había de ser muy útil en un país tan pobre, donde casi no hay otros médicos que los mismos farmacéuticos. La circunstancia de hallarse retirado en Chamberí el protomédico Grossi, desde la muerte del rey Víctor, le pareció que favorecería su idea e incluso acaso se la sugirió. Fuera como fuera, lo cierto es que empezó a agasajar a Grossi, no obstante ser muy poco agradable, pues era el hombre más brutal y mordaz que en mi vida he conocido. Voy a citar dos o tres de sus rasgos por los cuales podrá conocerse su carácter.

Celebraba un día consulta con otros compañeros, uno de ellos el de cabecera, a quien se había hecho venir de Annecy. Éste, joven y poco experto aún, se atrevió a no ser del mismo parecer que el señor proto; él, por toda contestación, le preguntó cuándo se iba, por qué camino y en qué coche. El otro, después de contestarle, le preguntó a su vez si se le ofrecía algo. «Nada, nada –replicó Grossi–, sino que voy a situarme en mi ventana para tener el placer de ver pasar un asno a caballo.» Era tan avaro como rico e insensible. Un amigo suyo le pidió dinero prestado con garantías. «Amigo mío –le dijo, apretándole el brazo y rechinando los dientes–, aunque San Pedro bajara del cielo para pedirme diez pistolas, y en garantía me ofreciese la Trinidad, no se las prestaría.» Un día, que fue convidado a comer en casa del conde de Picón, gobernador de Saboya, hombre muy devoto, llegó antes de la hora. Su Excelencia se hallaba ocupado en rezar el rosario y le propuso este recreo. No sabiendo cómo excusarse se puso de rodillas, haciendo una horrible mueca; mas apenas había rezado dos avemarías, cuando no pudiendo aguantar más, se levantó bruscamente, tomó su bastón y se fue sin decir una palabra. El conde de Picón corrió tras él, exclamando: «Señor Grossi, señor Grossi, no se vaya; abajo tiene en el asador una excelente bartavela.» «Señor conde –replicó el otro volviéndose–, no me quedaría, aunque me diese un ángel asado.» He aquí quién era el protomédico Grossi, a quien *mamá* se propuso y logró amansar. A pesar de que estaba sumamente ocupado, se fue acostumbrando a frecuentar su casa, cobró cariño a Anet, dio a entender que esti-

maba mucho sus conocimientos, hablaba de él con aprecio, y lo que no podía esperarse de semejante oso, afectaba tratarle con cierta consideración, para borrar las impresiones del pasado. Porque si bien es verdad que Anet ya no era doméstico, se sabía que lo había sido, y bien se necesitaba el ejemplo y la autoridad del señor protomédico para que aquél fuese tratado con un tono que ningún otro había logrado imponer. Con su casaca negra, su peluca bien peinada, su aspecto grave y digno, su conducta prudente y circunspecta, sus conocimientos bastante vastos en materia médica y botánica y con la protección del jefe de la Facultad, Claudio Anet podía esperar fundadamente que desempeñaría con buen éxito el puesto de encargado real de las plantas, si se realizaba el establecimiento proyectado, cuyo plan había gustado realmente a Grossi, y para proponerlo a la corte sólo esperaba el momento en que la paz permitiese pensar en las cosas de utilidad y disponer de fondos para realizarlas.

Mas este proyecto, que de llegar a plantearse probablemente habría hecho que me dedicara a la botánica, para cuyo estudio paréceme haber nacido, no pudo realizarse por culpa de uno de esos inesperados golpes que desbaratan los designios mejor concertados. Era mi sino ser un viviente ejemplo de las miserias de la humanidad, pues parece que la Providencia, que me destinaba a esas grandes pruebas, se empeñó en apartar de mi ruta todo lo que podía contribuir a que no lo fuese. En una excursión que hizo Anet a lo alto de las montañas, en obsequio del señor Grossi, en busca de jenipa, planta rara que sólo se cría en los Alpes, el pobre joven se fatigó tanto que le sobrevino una pleuresía, de la cual no pudo salvarle ni la misma planta jenipa, a pesar de ser específico para dicho mal, según es fama, ni todo el arte de Grossi, indudablemente hombre muy hábil; y a pesar de los infinitos cuidados de su buena ama y míos, expiró al quinto día en nuestros brazos, después de la agonía más cruel, durante la cual no tuvo otras exhortaciones que las mías, y se las prodigué con arranques de dolor y de celo que, caso de que se hallara en estado de comprenderme, debían servirle de algún alivio. He aquí cómo perdí al amigo más fiel de toda mi vida; hombre apreciable y raro, en quien la Naturaleza suplió la falta de educación, que tuvo en la servidumbre todas las virtudes de los grandes varones y a quien no le faltó más que coyuntura y vida para manifestarse como tal a la faz del mundo.

Al día siguiente hablé de él a *mamá* con la más viva y sincera aflicción, y de repente, en medio de la conversación, tuve el vil e indigno pensamiento de que heredaba cuanto poseía, y sobre todo una magnífica casaca negra de la que hallábame prendado. Así lo pensé y así lo dije, pues estando con ella era una misma cosa. Nada le hizo sentir tanto la pérdida que acababa de sufrir como esta miserable y odiosa expresión, puesto que el desinterés y la

nobleza de alma eran cualidades que el difunto había poseído en alto grado. La pobre mujer, sin responder palabra, volvió la cabeza y se echó a llorar. ¡Oh queridas y preciosas lágrimas, os comprendí y caísteis una a una sobre mi corazón, lavando las últimas huellas de un sentimiento bajo y ruin! Jamás ha abrigado otro semejante mi pecho desde entonces.

Esta desgracia causó a *mamá* tanto daño como dolor; desde aquel momento sus intereses fueron en continua decadencia. Anet era un joven cuidadoso y muy mirado que mantenía el orden en casa de su ama. Se temía su vigilancia, y esto hacía disminuir el despilfarro. Ella misma temía su censura y era más comedida en sus gastos, porque no le bastaba su cariño, quería conservar su estimación y temía el justo cargo que algunas veces se aventuraba a hacerle de que prodigaba lo mismo lo ajeno que lo suyo. Yo pensaba como Anet y decíaselo también, pero no tenía el mismo ascendiente sobre ella y mis razones no se le imponían como las suyas. Al faltar él me vi obligado a ocupar su puesto; para el que tenía tan poca aptitud como afición, desempeñándolo muy mal. Yo era descuidado, muy tímido y, refunfuñando en mi interior, dejaba que las cosas siguiesen el camino que llevaban. Había obtenido, por lo demás, la misma confianza, pero no la misma autoridad. Veía el desorden y me lamentaba de él, pero no era escuchado. Era demasiado joven y exaltado para tener el derecho a ser razonable, y cuando quería echármelas de censor *mamá* me daba unos cachetitos, llamándome su joven mentor, y me obligaba a adoptar el carácter que me correspondía.

El profundo sentimiento de la estrechez a que debían reducirla más o menos tarde sus gastos desmesurados me impresionó tanto más vivamente cuanto que, siendo como era el inspector de la casa, vi por mí mismo el desequilibrio entre el «debe» y el «haber». Yo creo que de aquí dimana la inclinación que desde entonces he sentido a ser avaro. Nunca fui muy pródigo, salvo en las épocas de borrascoso desarreglo; pero hasta entonces, jamás me había preocupado el tener poco o mucho dinero. Por primera vez me fijé en ello y cuidé de mi bolsillo. Me volví tacaño por un motivo generoso, porque, en verdad, sólo pensaba en proporcionarme recursos para *mamá*, a fin de atajar la catástrofe que preveía. Temí que sus acreedores se apoderasen de su pensión y le fuese completamente suprimida; y me imaginaba, en mis estrechas miras, que mis pequeños ahorros le serían entonces de provecho. Pero para realizarlos, y sobre todo para conservarlos, era menester ocultarme de ella, pues no me convenía que supiese que mientras ella se hallaba apurada yo tenía algún dinero. Yo iba, pues, buscando escondrijos por todas partes, donde ocultar algunos luises, contando aumentar incesantemente este depósito, hasta que llegase la ocasión de ponerlo a su disposición. Pero era tan desgraciado al elegir mis escondrijos que

siempre los venteaba; luego, para darme a entender que los había encontrado, quitaba el oro que yo había puesto y en su lugar colocaba otros objetos de más valor. Entonces, todo corrido, llevaba mi pequeño tesoro al bolsillo común, y nunca dejaba ella de emplearlo en bagatelas o en otros objetos para mi uso, como una espada de plata, un reloj u otras cosas por el estilo.

Convencido de que no sería posible acumular y que para ella resultaría un recurso mezquino, comprendí que el único que me quedaba contra la desgracia que temía era ponerme en estado de poder por mí mismo proveer a su subsistencia, cuando al dejar ella de atender la mía se viera próxima a carecer de pan. Desgraciadamente, echando cálculos del lado de mis gustos, me obstinaba locamente en buscar mi fortuna en la música; y sintiendo nacer en mi cabeza cantos e ideas, me hice la ilusión de creer que tan luego como me hallase en el caso de saber aprovecharlos sería un hombre célebre, un Orfeo moderno, cuyos sones debían atraer todo el oro del Perú. Como ya comenzaba a leer regularmente la música, sólo tenía, en mi sentir, que aprender la composición. La dificultad estaba en hallar quien me la enseñase, porque sólo con Rameau no esperaba poder conseguirlo por mí mismo; y desde que se fue Le Maître no había quedado en toda Saboya quien entendiese nada de armonía.

Aquí se verá una de esas inconsecuencias de que está llena mi vida, y que tan a menudo me han hecho tomar una dirección contraria, cuando precisamente creía encaminarme en línea recta al fin que me proponía. Venture me había hablado mucho del abate Blanchard, su maestro de composición, hombre de mucho valer y de gran talento, que en aquel entonces era maestro de capilla de la catedral de Besanzón, y lo es hoy día de la de Versalles. Se me puso en la cabeza que había de ir a Besanzón a tomar lecciones del abate Blanchard, y me pareció tan razonable esta idea que logré que la aceptara *mamá*. Hela aquí trabajando en mi pequeño equipaje con la profusión que ponía en todo. Así, con objeto de prevenir una bancarrota y reparar en el porvenir las consecuencias de su prodigalidad, empezaba en aquel mismo instante por causarle un gasto de ochocientos francos; aceleraba su ruina para ponerme en estado de remediarla. Por loca que fuese esta conducta hubo de ilusionarnos por completo; uno y otro estábamos persuadidos: yo, de que trabajaba para serle útil; ella, de que trabajaba para mi utilidad.

Conté con encontrar a Venture en Annecy aún y pedirle una carta para el abate Blanchard; pero se había marchado. Tuve que contentarme, por toda recomendación, con una misa a cuatro voces compuesta por él y escrita de su propio puño, que Venture me había dejado. Con este documento fui a Besanzón, pasando por Ginebra, donde fui a visitar a mis parientes, y por Nyón, donde vi a mi padre, que me recibió como de costumbre, y se encargó de remitirme el

equipaje que venía tras de mí, porque yo iba a caballo. Llegado a Besanzón, el abate Blanchard recibióme afectuosamente; me prometió enseñarme y me ofreció sus servicios. Estábamos dispuestos a comenzar cuando supe, por una carta de mi padre, que mi equipaje había sido detenido y confiscado en las Rousses, aduana francesa de la frontera suiza. Sorprendido con esta noticia, me valí de las relaciones que había adquirido en Besanzón para averiguar el motivo de aquella confiscación; porque seguro como estaba de no llevar nada de contrabando, no podía figurarme en qué habrían podido fundarla. Súpelo al fin, y bueno será decirlo, pues es un hecho curioso.

En Chamberí había conocido a Duvivier, un viejo lionés, muy buen hombre, que fue empleado en tiempo de la Regencia y que habiendo quedado sin empleo entró a trabajar en el Catastro. Había vivido en la buena sociedad, era sujeto de relevantes prendas, de vastos conocimientos, de carácter afable y muy cortés; sabía de música, y como trabajábamos en la misma sala, nos habíamos hecho amigos, manteniéndonos separados de todos aquellos patanes mal educados que nos rodeaban. Tenía en París persona que le remitía esas novedades efímeras, esas fruslerías que corren sin saber por qué, mueren sin saber cómo y nadie se acuerda más de ellas, cuando han cesado de estar en boga. Como algunas veces lo llevaba a comer a casa de *mamá*, me hacía la corte en cierto modo, y para hacerse agradable procuraba aficionarme a aquellas frivolidades, por las que sentí siempre tal repugnancia que jamás he leído una por mi propio gusto. Desgraciadamente, uno de aquellos malhadados papeles había quedado en la faltriquera de la chupa de un traje nuevo, que sólo había llevado dos o tres veces para ponerme al nivel de los demás oficinistas. El tal papel era una parodia jansenista, bastante insulsa, de la hermosa escena del *Mitrídates*, de Racine, que había dejado olvidada en el bolsillo, habiendo leído apenas diez versos. He aquí lo que produjo la confiscación de mi equipaje. Los empleados hicieron en el preámbulo del inventario de mi maleta un magnífico proceso verbal, y en él, suponiendo que aquel escrito se remitía de Ginebra con el intento de ser impreso y distribuido en Francia, extendíanse en piadosas invectivas contra los enemigos de Dios y de la Iglesia, y en elogios de su fervorosa vigilancia que había evitado la ejecución de este infernal proyecto. Descubrieron sin duda que mis camisas olían a herejía, porque en virtud de este terrible papel fue confiscado todo, sin que jamás me hayan dado cuenta ni noticia alguna de mi pobre pacotilla. Los empleados de Hacienda, a quienes se acudió en reclamación, exigían tantas instrucciones, señas, certificados y memoriales, que perdiéndome mil veces en este laberinto, me vi obligado a abandonarlo todo. Siento, en gran manera, no haber conservado el proceso verbal del resguardo de las Rousses, pues era un documento que debía figurar preferentemente en la colección de los que han de acompañar a este trabajo.

Esta pérdida me hizo volver a Chamberí sin haber hecho nada con el abate Blanchard; y bien considerado, viendo que la desgracia me perseguía en todas mis empresas, resolví unir en todo mi suerte a la de *mamá*, y no inquietarme por un porvenir contra el cual nada podía. Ella me recibió como si hubiese vuelto cargado de tesoros; poco a poco volvió a proveerme de ropas, y mi desgracia, bastante grande para ambos, fue olvidada a poco de ocurrida.

Aunque este contratiempo entibió mis esperanzas en la música, no dejaba de estudiar siempre mi Rameau, y a fuerza de trabajo logré al fin entenderlo y hacer algunos pequeños ensayos de composición, cuyo buen éxito me animó. El conde de Bellegarde, hijo del marqués de Autremont, volvió de Dresde después de la muerte del rey Augusto. Había vivido mucho tiempo en París, tenía una afición extraordinaria por la música, y apasionábale la de Rameau. Su hermano, el conde de Nangis, tocaba el violín, y su hermana, la señora condesa de la Tour, cantaba un poco. Esto hizo que la música se pusiese de moda en Chamberí, cuya dirección quisieron al principio encomendarme, pero luego echaron de ver que era cargo superior a mis fuerzas y se arreglaron de otra suerte. Con todo, no dejaba de dar algunos trozos de mi cosecha, y entre ellos una cantata, que fue muy aplaudida. No era una pieza completa, pero estaba llena de cantos nuevos y de efectos que no se esperaban de mí. Aquellos señores no pudieron creer que leyendo tan mal la música me hallase en estado de poder componer algo que pudiera pasar, y no dudaron de que me había engalanado con plumas ajenas. Para cerciorarse de ello vino a buscarme una mañana el señor de Nangis, con una cantata de Clerambault, en la cual había cambiado el tono, según decía, para comodidad de la voz, y a la que era preciso poner un acompañamiento nuevo, porque el cambio de tono hacía inejecutable el de su autor. Yo respondí que esto era un trabajo considerable y que no podía hacerse de repente, lo cual le hizo creer que trataba de buscar una evasiva y me instó para que, a lo menos, compusiese el de un recitado.

Lo hice mal, sin duda, pues para dejar un trabajo bien acabado necesito estar con libertad y a mis anchas; pero al menos me ajusté a las reglas, y como lo hice en su presencia no pudo dudar de que poseía los elementos de la composición. Así no perdí mis alumnas, pero se enfrió un poco mi afición a la música viendo que se daba un concierto y se prescindía de mí.

Por aquella época, aproximadamente, fue cuando, habiéndose firmado la paz, el ejército francés volvió a pasar los montes. Varios oficiales visitaron a *mamá*, entre ellos el señor conde de Lautrec, coronel del regimiento de Orleans, después ministro plenipotenciario en Ginebra y posteriormente mariscal de Francia, a quien me presentó. Por lo que le dijo pareció que él se interesaba mucho en mi favor, y me hizo varias promesas, de que no se volvió a acordar

hasta el último año de su vida, cuando ya no lo necesitaba. El joven marqués de Sennecterre, cuyo padre era embajador entonces de Turín, pasó por Chamberí al mismo tiempo. Un día que comía en casa de la condesa de Menthón asistía yo también a la comida, y acabada ésta, se trató de música, que él conocía perfectamente. Se habló de la ópera *Jephte* [1] a la sazón en boga; la trajeron y me hizo temblar proponiéndome que entre los dos la ejecutásemos. Abriendo el libro al acaso, se encontró con este trozo a dos coros:

La terre l'enfer, le ciel même,
tout tremble devant le Seigneur.

Me dijo: «¿De cuántas partes quiere encargarse?» «Yo, por mi parte, tomo estas seis.» No estaba aún acostumbrado a la petulancia francesa, y aunque hubiese tarareado algunas partituras no comprendía cómo una misma persona podía cantar seis voces a un mismo tiempo, ni siquiera dos. Nada me ha costado tanto en el ejercicio de la música como saltar con facilidad de una parte a otra, sin perder de vista el conjunto de la partitura. Por la manera de salir del paso, el señor de Sennecterre debió sospechar que yo no sabía música. Quizá para comprobarlo me propuso que anotase una canción que quería ofrecer a la señora de Menthón. No pude excusarme de hacerlo, la cantó y yo la escribí sin hacérsela repetir mucho. En seguida la leyó y encontró que estaba correctamente escrita. Como había visto mi embarazo, se complacía en divulgar este pequeño triunfo, a pesar de ser una cosa muy sencilla. En el fondo yo conocía bien la música; sólo me faltaba esa facilidad del primer golpe de vista que nunca tuve en ninguna cosa y que no se adquiere en música sino después de una práctica consumada. Sea como quiera, le agradecí en el alma el buen cuidado que tuvo de borrar del ánimo de los demás y del mío el aprieto en que me vi; y doce o quince años después, como me lo tropezara en diversas casas de París, tentado estuve varias veces de recordarle aquella anécdota y probarle que conservaba su recuerdo. Mas como entonces había perdido la vista, temí renovar su pena recordándole el uso que había sabido hacer de ella, y me callé.

Llego al momento que empieza a ligar mi pasado con mi presente. Algunas amistades de aquel tiempo, conservadas hasta ahora, me han sido muy preciosas. Con frecuencia me han puesto en el caso de echar de menos aquella feliz oscuridad en que los que se llamaban amigos míos lo eran por mí, por pura benevolencia, no por vanidad de tener amistad con un hombre conocido o por el secreto deseo de tener así más ocasiones de perjudicarle. De esta fecha data mi primer conocimiento con mi antiguo amigo Gauffecourt, que lo

[1] Del abate Pellegrín, música de Monteclaire.–*N. del T.*

ha sido siempre, a pesar de los manejos que se han puesto en juego para quitarme su amistad. Siempre no, ¡ay de mí!, pues le acabo de perder, pero no ha dejado de quererme sino al dejar de existir; nuestra amistad sólo ha terminado con su vida. El señor de Gauffecourt era uno de los hombres más amables que han existido; era imposible verle sin quererle; imposible vivir en intimidad con él sin serle adicto de corazón. Jamás he visto fisonomía más franca, más simpática, que revelase más serenidad, más sensibilidad y más talento, y que inspirase mayor confianza. Por reservado que uno fuese, desde la primera entrevista no podía menos de familiarizarse con él, como si le conociera de veinte años. Y yo, que generalmente no estoy a gusto cuando trato por vez primera a una persona, experimenté con él todo lo contrario desde el primer momento. Su tono, su acento, su conversación. concordaban perfectamente con su fisonomía. Su hermosa voz de bajo, limpia, robusta, de buen timbre, sonora y vibrante, llenaba el oído y llegaba al corazón. Es imposible tener un carácter más alegre, afable y entero; una gracia más verdadera y sencilla y un talento natural cultivado con tanto gusto. Añádase a esto un corazón cariñoso; pero que lo era demasiado para todo el mundo; un carácter obsequioso, sin distinción de personas; servía a sus amigos con celo o, mejor, se hacía amigo de aquellos a quienes podía servir, y sabía hacer con destreza su negocio, al paso que gestionaba con gran calor los ajenos. El señor Gauffecourt era hijo de un simple relojero, arte que también él ejercía, pero su porte y sus méritos le llamaban a una esfera más elevada, donde no tardó en colocarse. Trabó relaciones con el señor de la Closure, ministro residente de Francia en Ginebra, que le cobró afecto y le procuró otras relaciones en París que le fueron útiles y por medio de las cuales logró tener el suministro de sales del Valais, lo que le proporcionaba veinte mil libras de renta. Su fortuna, bastante halagüeña, se limitó a esto con respecto a los hombres; mas en cuanto a las mujeres, se lo disputaban; así es que pudo escoger a su antojo e hizo lo que quiso. Lo más singular y lo que más le honra es que estando relacionado con gente de todas condiciones fue estimado en todas partes y solicitado por todo el mundo, sin que jamás excitase el odio ni la envidia de nadie; y creo que murió sin tener un solo enemigo. ¡Hombre feliz! Todos los años iba a los baños de Aix, donde se reúne la buena sociedad de las comarcas vecinas. Relacionado con toda la nobleza de Saboya, desde Aix iba a Chamberí a visitar al conde de Bellegarde y a su padre, el marqués de Autremont, en cuya casa le conoció *mamá* y me hizo conocerle. Esta amistad, que no parecía conducir a nada y siguió sin interrupción durante largos años, se renovó en la ocasión que diré, convirtiéndose en una cordial intimidad. Esto solo me autoriza para hablar de un amigo con quien he estado tan estrechamente unido; pero aun cuando no tuviese ningún interés personal en recordar su memoria, era un hombre tan

amable y dotado de tan relevantes cualidades que lo creería digno de eterna recordación para honra de la especie humana. No obstante ser tan buen sujeto, no dejaba de tener sus defectos como los demás –lo que se verá más adelante–; pero de no tenerlos, tal vez no hubiera sido tan amable. Para hacerle todo lo interesante que podía serlo era preciso que tuviese algo que perdonarle.

Otra amistad adquirida por aquella misma época no se ha extinguido aún y todavía me ilusiona con esa esperanza que tenemos de la felicidad temporal y que difícilmente se apaga en el corazón del hombre. El señor de Conzié, hidalgo saboyano, que era entonces un joven amable, tuvo el capricho de aprender música, o, mejor, de trabar relaciones con el que la enseñaba. Al ingenio y afición a los bellos conocimientos unía el señor de Conzié una dulzura de carácter que le hacía complaciente, y yo lo era también mucho con las personas en quienes hallaba esta cualidad. Pronto nos hicimos amigos [1]. El germen de literatura y de filosofía que empezaba a fermentar en mi cerebro, y que sólo aguardaba un poco de cultivo y estímulo para desarrollarse enteramente, los encontró en él. El señor de Conzié tenía escasa disposición para la música, y esto redundó en provecho mío, porque pasábamos las horas de lección en cosa muy distinta del solfeo. Almorzábamos, conversábamos y leíamos algunas noticias, sin hablar una palabra de la música. Hablábase mucho por entonces de la correspondencia de Voltaire con el príncipe real de Prusia, y a menudo tratábamos de estos dos hombres célebres, uno de los cuales, que a poco hubo de ocupar el trono, se revelaba ya tal y como se mostraría al mundo después; y el otro, tan desacreditado entonces como admirado ahora, nos movía a una compasión sincera por la desgracia que le perseguía y que tan frecuentemente es el patrimonio de los grandes talentos. El príncipe de Prusia había sido poco afortunado en su juventud, y Voltaire parecía haber nacido para no serlo jamás. El interés que ambos nos inspiraban se extendía a todo lo que se relacionaba con ellos. Nada de cuanto escribía Voltaire se nos escapaba. La afición que entonces cobré a estas lecturas me inspiró el deseo de aprender a escribir con elegancia, y hacer lo posible para imitar el buen colorido de este autor, a quien admiraba. Poco tiempo después aparecieron sus cartas filosóficas que, a pesar de no ser seguramente su mejor trabajo, fue el que más me aficionó al estudio, y esta naciente afición no se ha extinguido en mí desde entonces.

Pero no había llegado todavía el momento de entregarme a ella formalmente. Aún tenía un carácter veleidoso, un deseo de ir y venir que más bien se hallaba amortiguado que extinguido, alimentado

[1] Le vi de nuevo posteriormente y le hallé completamente transformado. ¡Gran mago es el señor de Chaiseul! Ninguna de mis antiguas amistades ha escapado a sus metamorfosis.

por el trajín de la casa de la señora de Warens, harto ruidoso para mi natural solitario. Este fárrago de desconocidos que afluían a ella diariamente de todas partes, y la persuasión en que yo estaba de que toda aquella gente sólo acudía a engañarla cada cual a su modo, convertían mi morada en un verdadero tormento. Me había echado a sus plantas, describiéndole vivamente la catástrofe que la amenazaba; la había exhortado fuertemente a que redujese sus gastos, empezando por mí; a que prefiriese sufrir un poco siendo joven aún, a multiplicar continuamente sus deudas y acreedores, exponiéndose a sus vejaciones y a la miseria en la vejez. Ella, agradecida a la sinceridad de mi celo, se enternecía conmigo y me hacía las más halagüeñas promesas; pero llegaba un tunante y al momento olvidábase todo. Después de haber repetido muchísimas veces esta prueba sin resultado, ¿qué podía hacer, sino apartar la vista de un daño que no podía evitar? Me alejaba de la casa cuya puerta no podía guardar; emprendía excursiones a Nyón, a Ginebra, a Lyón, que si adormecían algo mi dolor secreto, aumentaban sus motivos a causa de mis gastos. Juro que me habría abstenido de todo con el mayor gusto si *mamá* hubiese sabido aprovecharse verdaderamente de mis ahorros; pero seguro de que los bribones se hubieran aprovechado de mis economías, abusaba de su condescendencia para partir con ellos, y cual perro que vuelve del matadero, me llevaba un pedazo del trozo que no había podido salvar.

No me faltaban pretextos para todos aquellos viajes, y *mamá*, por sí sola, me los hubiera dado; tantas eran las relaciones, negocios, quehaceres y misiones de confianza que por dondequiera tenía. Sólo deseaba que viajara, y yo no pensaba más que en marcharme; de donde había de resultar para mí una vida asaz vagabunda. Estos viajes me facilitaron algunas buenas relaciones, que en lo sucesivo me han sido gratas o de utilidad; entre ellas, la del señor Perrichón, que adquirí en Lyón, y me arrepiento de no haber cultivado bastante, en atención a las bondades que me dispensaba; la del buen Parisot, de quien hablaré a su tiempo; en Grenoble, las de la señora Deybens y la señora presidenta de Bardonanche, mujer de gran talento, que me hubiera cobrado cariño de depender de mí el verla más a menudo; en Ginebra, la del señor de la Closure, ministro residente de Francia, que me hablaba con frecuencia de mi madre, de cuyo recuerdo no había podido desprenderse su corazón, a pesar de su muerte y del tiempo transcurrido; la de los dos Barillot, de los que el padre, que me llamaba su nieto, tenía un trato muy agradable y era uno de los hombres más dignos de cuantos he conocido. Durante las agitaciones de la República, estos dos ciudadanos militaron en partidos contrarios: el hijo, en el del pueblo, y el padre, en el de los magistrados; los vi, cuando en 1737 Ginebra se levantó en armas, salir armados de la misma casa, cada cual con dirección a su cuartel, seguro de que al cabo de dos horas habían de hallarse el uno

frente al otro, expuestos a matarse mutuamente. Este horrible espectáculo me causó una impresión tan viva, que juré allí mismo no mezclarme jamás en ninguna guerra civil, ni sostener en el interior la libertad con las armas, ni personalmente, ni de palabra, ni de hecho, si algún día recobraba mis derechos de ciudadano, juramento que aseguro haber cumplido en ocasión delicada; y el lector comprenderá, a lo que pienso, que esta moderación tuvo algún mérito.

Pero entonces aún no era yo presa del primer impulso patriótico que me hizo sentir el levantamiento en armas de Ginebra. Se comprenderá lo lejos que de tal cosa estaba por un hecho muy grave en contra mía, que había olvidado referir en su lugar y que no debe omitirse.

Desde hacía algunos años mi tío Bernard hallábase en La Carolina para levantar la ciudad de Charlestown, cuyo plan había formado, muriendo allí al poco tiempo. Mi pobre primo había muerto también al servicio del rey de Prusia, y mi tía perdió a su hijo y su marido en plazo breve. Estas pérdidas aumentaron su amistad hacia mí, el más próximo pariente que le quedaba. Cuando iba a Ginebra paraba en su casa, donde me entretenía en revolver y hojear los libros y papeles que mi tío había dejado. Encontré escritos curiosos y cartas cuya existencia difícilmente se sospecharía. Mi tía, que hacía poco caso de estos papelotes, me hubiera permitido que me quedase con ellos, si así se me antojara, pero me contenté con dos o tres libros comentados por mi abuelo, el ministro Bernard, y entre otros, con las obras póstumas de Rohault, in-4.º, cuyas márgenes estaban llenas de excelentes escolios que hicieron aficionarme a las matemáticas. Este libro quedó entre los de la señora de Warens, y siempre me ha dolido no haberlo guardado. A éstos añadí cinco o seis Memorias manuscritas y sólo una impresa, que era del famoso Micheli Ducret, hombre de gran talento, sabio, despejado, turbulento, que fue tratado con excesiva crueldad por los magistrados de Ginebra, y finalmente murió en la fortaleza de Arberg, donde estuvo encerrado largos años, según se decía por hallarse complicado en la conspiración de Berna.

Esta Memoria era un juicio crítico bastante razonado del grande y ridículo plan de fortificación que en parte se ha adoptado en Ginebra, con escándalo de los inteligentes que ignoran el móvil secreto que inducía al Consejo a llevar a cabo dicha grande empresa. Habiendo sido excluido de la comisión de fortificaciones, por combatir ese plan, el señor Micheli creyó que, como miembro del *Consejo de los doscientos*, y hasta como simple ciudadano, podía dar su parecer más por extenso, y esto fue lo que hizo en su Memoria, que tuvo la imprudencia de mandar imprimir, aunque no era para publicarla, porque no hizo más ejemplares que los que remitió a los *doscientos*, interceptados en el correo por orden del Consejo local. Yo la encontré entre los papeles de mi tío, junta-

mente con la réplica que éste recibió el encargo de hacer, y me llevé una y otra. Esto fue durante un viaje que realicé poco después de mi salida del Catastro, quedando en amistad con su jefe, el abogado Coccelli. Algún tiempo después, el director de la Aduana me rogó que le bautizara un hijo, y me dio por comadre a la señora Coccelli. Los honores me volvían loco; y orgulloso de emparentar casi con el señor abogado, me las daba de hombre importante para mostrarme digno de una tal distinción.

Con este motivo pensé que nada podía hacer mejor que enseñarle la Memoria impresa de Micheli, que realmente era un documento raro, para probarle que yo pertenecía a los notables de Ginebra, conocedores de los secretos del Estado. Sin embargo, por una semirreserva que me sería difícil explicar, no le manifesté la respuesta de mi tío a esta Memoria, acaso porque estaba manuscrita y al señor abogado no le interesaba más que lo impreso. Pero tanto apreció el escrito, que cometí la necedad de confiarle, que nunca he podido rescatarlo ni volverlo a ver; y plenamente convencido de la inutilidad de mis esfuerzos, haciendo de la necesidad virtud, transformé este robo en regalo. No me cabe duda de que este trabajo le sirvió de mucho en la corte de Turín, a pesar de ser un objeto más curioso que útil y de que tuvo buen cuidado de hacerse reembolsar, de un modo u otro, el dinero que hubiera debido costarle su adquisición. Afortunadamente, la contingencia de que en lo porvenir el rey de Cerdeña ponga sitio a Ginebra es muy poco probable; pero como no hay nada imposible, siempre culparé a mi estúpida vanidad el haber puesto a la vista de su tradicional enemigo los defectos capitales de esta plaza fuerte.

Así pasé dos o tres años, entre la música, el magisterio, los proyectos y los viajes, fluctuando incesantemente entre varias cosas, deseando fijarme, sin saber en qué, pero sintiéndome arrastrado por grados al estudio, tratando con literatos, oyendo hablar de literatura, mezclándome de vez en cuando en estas conversaciones y aprendiendo más bien la jerigonza de los libros que los conocimientos en ellos contenidos. En mis viajes a Ginebra iba de cuando en cuando a ver de paso a mi antiguo amigo el señor Simón, que fomentaba mucho mi naciente estímulo, con las novedades más recientes en la república de las letras, sacadas de Baillet o de Colomiés. También veía a menudo, en Chamberí, a un dominico, profesor de física; he olvidado el nombre de este buen fraile, que con frecuencia hacía pequeños experimentos, muy a satisfacción mía. A ejemplo suyo, quise fabricar tinta simpática, y al efecto, después de haber llenado una botella, hasta casi la mitad, de cal viva, oropimente y agua, la tapé bien. La efervescencia empezó a desarrollarse casi de pronto con la mayor violencia; corrí a destaparla, pero no llegué a tiempo, y me saltó a la cara, como una bomba. Tragué oropimente y cal y estuve a la muerte. Más de seis semanas estuve ciego, y de este

modo aprendí a no hacer experimentos sin los previos estudios elementales.

Esta aventura perjudicó notablemente a mi salud, que de tiempo atrás se alteraba visiblemente. Ignoro de dónde provenía el que, teniendo un buen estómago y no cometiendo exceso de ningún género, decayera de un modo ostensible. Ancho de espaldas y bastante robusto de pecho, mis pulmones debían funcionar con desahogo, y, sin embargo, era corto de resuello, me sentía oprimido, suspiraba involuntariamente, tenía palpitaciones, arrojaba sangre, y me sobrevino una fiebre lenta, de la que jamás me he curado por completo. ¿Cómo es posible caer en semejante estado en la flor de la juventud, sin tener ninguna víscera dañada ni haber hecho algo que pudiera destruir mi salud?

La espada gasta la vaina, dice el proverbio. He aquí mi historia. He vivido de mis pasiones, y mis pasiones me han matado. «¿Qué pasiones?», me preguntarán. Pequeñeces; las cosas más pueriles del mundo, pero que me afectaban como si se hubiese tratado de la posesión de Elena o del trono del Universo. Al principio, fueron las mujeres; cuando hube poseído una, mis sentidos se calmaron, pero mi corazón, jamás; las necesidades del amor me devoraban en medio del placer. Poseía una tierna madre, una amiga querida, pero me faltaba una amante. Yo me la representaba e imaginaba de mil modos para satisfacerme a mí mismo. Si cuando *mamá* se hallaba en mis brazos hubiera recordado yo que era ella, no la hubiera estrechado contra mi corazón con mayor viveza, pero todos mis deseos se habrían amortiguado; hubiera sollozado de ternura, sin gozar. ¡Gozar! ¿Es esto, acaso, el destino del hombre? ¡Ah! ¡Si una sola vez en mi vida hubiera gustado en toda su plenitud todas las delicias del amor, creo que mi frágil existencia no hubiera podido resistirlo y hubiera muerto al instante!

Me hallaba, pues, ardiendo de amor sin objeto, y es así como tal vez aniquila más. Me sentía inquieto y atormentado por el estado de los intereses de mi pobre *mamá* y de su imprudente conducta, que no podía dejar de causarle su ruina en plazo breve. Mi cruel imaginación, que siempre se anticipaba a las desgracias, me representaba la suya sin cesar, con toda su extensión y consecuencias. Veíame de antemano inevitablemente separado, por la miseria, de aquella a quien había consagrado la vida y sin la cual me hubiera sido imposible vivir. He aquí cómo mi espíritu hallábase en constante agitación. Los deseos y los temores me consumían alternativamente.

La música era para mí otra pasión menos fogosa, pero no me dañaba menos por el ardor con que a ella me consagraba; por el tenaz estudio de las oscuras obras de Rameau; por mi obstinación invencible en querer recargar mi memoria que de continuo rechazaba; por mis no interrumpidos progresos; por las complicaciones inmensas que amontonaba, pasando muy a menudo noches enteras

copiando. ¿Y por qué he de detenerme en las cosas duraderas cuando todas las locuras que se sucedían en mi voluble mente, los placeres fugitivos de un solo día, un viaje, un concierto, una cena, el tener que dar un paseo, que leer una novela, que ver una comedia, todo lo más accidental de mis diversiones o de mis asuntos se convertía para mí en otras tantas pasiones violentas que en su ridícula impetuosidad me ocasionaban un verdadero tormento? La lectura de las desgracias imaginarias de Cleveland, ardorosamente hecha y recientemente interrumpida, creo que me hizo más daño que las propias.

Había un ginebrino, el señor Bagueret, que estuvo empleado en la corte de Rusia, en el reinado de Pedro el Grande; era el hombre más feo y uno de los mayores locos que he visto en mi vida, siempre cargado de proyectos, tan disparatados como él, que hacía caer los millones cual lluvia y que cuidaba poco de economizar los ceros. Habiendo venido este hombre a Chamberí, en virtud de no sé qué proceso en el Senado, se amparó de *mamá*, como acontecía de ordinario, y a cambio de los tesoros de ceros que le prodigaba generosamente, llevábase sus pobres escudos, uno a uno. Esto me exasperaba, él lo veía, cosa muy fácil conmigo, y no había bajeza que no empleara para engatusarme. Ocurriósele entonces enseñarme el juego del ajedrez, que él conocía un poco; lo ensayé casi a pesar mío; y después de medio aprendida la marcha de las piezas, mi progreso fue tan rápido que antes de concluir la primera sesión yo le daba la torre, que él me había dado en las primeras partidas. Esto fue bastante para que ese juego absorbiese todo mi espíritu. Me proporcioné un tablero y compré el Calabrés; me encerré en mi cuarto, donde pasaba días y noches empeñado en aprender de memoria todas las partidas; quería encajarlas en mi entendimiento, de buen o mal grado, jugando a solas, sin descanso ni fin. Al cabo de dos o tres meses de este divertido ejercicio y de esfuerzos inauditos fui al café, delgado, amarillo y atontado. Me ensayé y volví a jugar con el señor Bagueret; me ganó una vez, dos, veinte veces; se habían enredado tantas combinaciones en mi mente, y mi imaginación se había ofuscado de tal manera, que delante de mí sólo veía una nube. Cuantas veces quise ejercitarme en el estudio de jugadas con el libro de Filidor o con el de Stamma, me ocurrió lo mismo, y después de haberme extenuado con la fatiga, me encontré más decaído que antes. Por lo demás, haya abandonado el ajedrez o jugando me haya repuesto, no he adelantado un ápice desde la primera sesión y me he encontrado siempre en el mismo punto en que me hallaba al concluirla. Aunque estuviera ejercitándome millares de siglos, siempre acabaría por poder dar la torre a Bagueret y nada más. He aquí un tiempo bien empleado, se dirá; y que no fue poco; no cejé en este mi primer ensayo, hasta que me faltaron las fuerzas. Cuando me dejaba ver saliendo de mi cuarto parecía un cadáver, y de haber persistido

en este empeño, no lo hubiera parecido mucho tiempo. Como se comprenderá, es difícil, sobre todo en el ardor de la juventud, que una cabeza como la mía deje gozar siempre al cuerpo de salud.

La alteración de la mía influyó en mi carácter y templó la impetuosidad de mi fantasía; sintiéndome decaer, me aquieté un poco y se entibió mi furor por los viajes. Más sedentario, se apoderó de mí no el fastidio, pero sí la melancolía; la displicencia sucedió a las pasiones, mi languidez se transformó en tristeza; lloraba y suspiraba por los motivos más insignificantes; sentía escapárseme la vida sin haberla disfrutado, me condolía del estado en que dejaba a mi pobre *mamá* y del en que la creía próxima a caer, y puedo afirmar que era mi única pena abandonarla a su desconsuelo. En fin, caí gravemente enfermo; ella me cuidó como jamás madre alguna cuidó a su hijo, y esto fue provechoso para ella misma, distrayéndola de los proyectos y manteniendo alejados a los proyectistas. ¡Cuán dulce hubiera sido mi muerte si hubiese llegado entonces! Poco había gozado del mundo, mas tampoco había experimentado sus miserias; mi alma podía partir tranquila, sin el sentimiento cruel de la injusticia humana, que emponzoña la vida y la muerte. Tenía el consuelo de sobrevivirme en la mitad mejor de mí mismo; esto apenas era morir. A no ser por las inquietudes que me agobiaban acerca de su suerte, habría muerto con la tranquilidad del que se duerme, y aun estas mismas inquietudes tenían un objeto afectuoso y tierno, que templaba su amargura. Yo le decía: «Eres la depositaria de todo mi ser; procura que sea dichoso.» Por dos o tres veces, cuando más enfermo estaba, se me ocurrió levantarme por la noche y arrastrarme hasta su cuarto, para darle acerca de su conducta consejos que estoy seguro contenían un gran fondo de verdad y buen sentido. Mas el interés que por su suerte me tomaba era lo que más resaltaba en ellos. Como si las lágrimas fuesen para mí un alimento y un remedio, me sentí reanimado por las que vertíamos juntamente, sentado yo en su cama y con sus manos entre las mías. Las horas deslizábanse en estas nocturnas conversaciones y me volvía mejor de lo que había ido. Contento y tranquilizado por las promesas que me hiciera y las esperanzas que me infundía, dormíame con la paz en el corazón y resignado con los designios de la Providencia. Plegue a Dios que después de tantos motivos para aborrecer la vida, de tantas tempestades como han agitado la mía, convirtiéndola en una pesada carga, la muerte que ha de ponerle término sea tan poco cruel como lo hubiera sido en aquellos momentos.

A fuerza de cuidados, de vigilancia y de increíbles esfuerzos, me salvó, y ciertamente nadie más hubiera podido lograrlo. Tengo poca fe en la medicina de los médicos, pero la tengo grande en la de los verdaderos amigos; las cosas de que depende nuestra ventura se hacen siempre mucho mejor que las demás. Si en la vida existe algún sentimiento delicioso es el que experimentamos recobrando al

amigo que creímos perdido. Nuestro mutuo cariño no se aumentó, pues era imposible; pero adquirió cierto no sé qué de mayor intimidad y de más ternura, en medio de su gran sencillez. Venía a ser obra suya, enteramente su hijo y más que si ella hubiera sido mi verdadera madre. Sin advertirlo, comenzamos a no separarnos, confundiendo en cierto modo nuestra existencia en una sola, y sintiendo que no sólo nos éramos necesarios, sino que nos bastábamos recíprocamente, nos acostumbramos a no pensar en nada extraño a ambos, a limitar absolutamente nuestra dicha y nuestros deseos a esta posesión mutua y quizá única entre los humanos, que de ningún modo era, como llevo dicho, la del amor, sino una posesión más esencial que, sin radicar en los sentidos, en el sexo, en la edad, en la figura, consistía en todo lo que constituye el ser en sí, y que no puede perderse más que dejando de existir.

¿De qué dependió que aquella preciosa crisis no originase la ventura para el resto de sus días y de los míos? No fue mía la culpa, lo cual me sirve de consuelo; tampoco lo fue suya, al menos de su voluntad. Estaba escrito que el invencible carácter natural recobraría en breve su imperio; mas no se verificó de repente la fatal reincidencia. A Dios gracias, hubo un intervalo; intervalo corto y precioso que no terminó por mi causa y que no tengo que arrepentirme de haber aprovechado mal.

Aunque curado de mi grave dolencia, no había recobrado mi vigor; mi pecho no estaba aún restablecido, y me quedaba un resto de fiebre que me mantenía en estado de languidez. Sólo anhelaba acabar mis días al lado de la que tanto amaba, sostenerla en sus buenas resoluciones, hacerle comprender en qué consistía el verdadero encanto de una vida feliz y en hacer que la suya lo fuera en cuanto de mí dependiese. Mas veía y hasta experimentaba que viviendo en una casa sombría y triste acabaríamos por hallar triste nuestra soledad misma. El remedio se presentó por casualidad. *Mamá* me había prescripto la leche y quería que fuese a tomarla al campo; yo consentí en ello bajo condición de que me acompañaría; no necesitó más para resolverse, faltando únicamente escoger el lugar. El jardín del arrabal no estaba propiamente en el campo; rodeado de casa y de otros jardines, no tenía los atractivos de un retiro campestre. Por otra parte, después de la muerte de Anet habíamos dejado este jardín por razón de economía, puesto que ya no teníamos empeño en cultivar plantas, y otras razones hacían que no echásemos de menos aquel sitio.

Aprovechando ahora la aversión que en ella observaba hacia la ciudad, le propuse abandonarla por completo y establecernos en un lugar solitario y agradable, en alguna casita bastante oculta para alejar a los importunos. Ojalá lo hubiese hecho, y esta resolución que mi buen ángel y el suyo me sugería nos hubiera asegurado probablemente días dichosos y tranquilos hasta el momento en que la

muerte nos separase. Mas semejante situación no era la que nos destinaba la Providencia. *Mamá* debía sufrir todas las penalidades de la indigencia y del malestar, después de haber pasado su vida en la abundancia, para que sintiese menos perderla. Yo, por un cúmulo de males de todo género, había de servir de ejemplo a todo aquel que, inspirado por el solo amor del bien público y de la justicia, se atreva, escudado únicamente en su inocencia, a decir a los hombres la verdad abiertamente, sin apoyarse en las intrigas y sin procurarse partidarios que le apoyen.

Un malhadado temor la detuvo; le faltó valor para abandonar su desagradable vivienda por miedo de incomodar al propietario. «Tu proyecto de retiro es magnífico –me dijo– y muy de mi gusto, mas es preciso contar con medios de vivir. Si dejo mi prisión, me expongo a perder el pan, y cuando en el bosque se nos haya concluido, preciso será volver a buscarlo a la ciudad. Para que sea menos necesario volver no la dejemos del todo; paguemos esta pequeña pensión al conde de Saint-Laurent, a fin de que me deje la mía; busquemos algún sitio bastante lejano para vivir en paz, mas no tanto que no sea fácil volver siempre que lo necesitemos.» Así se hizo. Después de haber buscado un poco, nos fijamos en las Charmettes, tierra del señor de Conzié, a las puertas de Chamberí, pero solitaria y oculta, como si hubiera estado a cien leguas. Entre dos colinas de bastante altura hay un pequeño valle que se extiende de Norte a Sur y por cuyo fondo se desliza un arroyo entre árboles y guijarros. A lo largo de este valle, en la falda de la colina, se yerguen algunas casas dispersas, muy agradables para quien busque un asilo agreste y retirado. Después de habernos detenido en dos o tres casas de éstas, escogimos finalmente la más bonita, propiedad de un gentilhombre que estaba en el servicio, llamado Noiret. Se podía vivir en ella. Por delante tenía un jardín, en forma de terraza, coronado por una viña, a cuyo pie se extendía un huerto. Detrás había un bosque de castaños, con una fuente cercana. Más arriba, en la montaña, prados para el ganado. En fin, todo cuanto podía desearse para la vida sencilla que allí queríamos llevar. Por lo que puedo recordar de las épocas y de las fechas, fue a fines del verano de 1736 cuando allí nos instalamos. Sentíame transportado de gozo el primer día que allí dormimos. «¡Oh *mamá* –dije a aquella querida amiga, abrazándola e inundando su seno con lágrimas de ternura y alegría–, ésta es la mansión de la dicha y de la inocencia! ¡Si aquí no la encontramos, no hay que buscarla en ninguna otra parte!»

LIBRO SEXTO

1736.—*Hoc erat votis; modus agri non ita magnus,*
hortus ubi, et tecto vicinus jujis aquœ fons,
et paulum silvae super his foret... [1].

Y no puedo añadir:

Auctius atque
Di melius fecere [2].

Pero no importa; no necesito más, ni siquiera ser propietario de la casa. Bastábame con disfrutarla; hace ya mucho tiempo que dije y observé que propietario y poseedor son dos personas diferentísimas, excluyendo incluso a los maridos y los amantes.

De esta época arranca el breve tiempo de mi felicidad y se deslizan los rapidísimos y apacibles instantes que me autorizan a decir que he vivido. ¡Instantes hermosos y tan añorados! ¡Empezad nuevamente vuestro agradable curso! ¡Deslizaos por mi memoria, no como en la realidad lo hicisteis, sino con más lentitud! ¿Cómo lograré prolongar a mi gusto este relato tan conmovedor y sencillo? ¿Cómo me valdré para repetir lo mismo siempre, sin fastidiar a mis lectores, recordándoles que yo no me fastidiaba, al comenzar incesantemente de nuevo? Si todo consistiera, al menos, en hechos, acciones o palabras, fácil me fuera describirlo y representarlo en cierto modo; mas, ¿cómo referir lo que no era dicho ni hecho, ni siquiera pensado, sino gozado, sentido y sin que pueda enunciar otro objeto de mi dicha que este mismo sentimiento? Levantábame con el

---

[1] «He aquí cuanto yo deseaba: una no muy grande extensión de terreno, un huerto, una fuente de agua viva junto a la casa y un bosquecillo además.» *Horacio*, lib. II, sát. VI.

[2] «Los dioses concediéronme más de lo que pedía.» *Ibíd.*

sol y era feliz; me paseaba y era feliz; veía a mi madre y era feliz; me apartaba de ella y era feliz; recorría bosques y pendientes, vagaba por los valles, leía, entregábame al ocio, trabajaba en el huerto, cogía la fruta, ayudaba a los quehaceres caseros y por dondequiera seguíame la felicidad; en ningún objeto determinado se hallaba, sino en mí mismo y sin que la fuera dado abandonarme por un solo momento.

Nada de cuanto me acontecía en aquella grata época, nada de cuanto dije, hice o pensé mientras durara, ha desaparecido de mi memoria. Las épocas anteriores o posteriores reprodúcense en ella por intervalos; las recuerdo en modo confuso y desigual, pero ésta la tengo tan presente como si persistiera aún. Mi imaginación, que en los años mozos adelantábase sin cesar, así como ahora retrocede, compensa con estos dulces recuerdos la esperanza que para siempre he perdido. Nada vislumbro ya en lo por venir; sólo las andanzas por lo pretérito tienen fuerza para halagarme, y los recuerdos, tan verdaderos y palpitantes, de la época a que me remonto, hácenme, no obstante mis infortunios, vivir felizmente.

Sólo un ejemplo citaré de estos recuerdos para que pueda juzgarse de su verdad y fuerza. El primer día que pernoctamos en las Charmettes, mi *madre* iba en silla de manos y yo seguíala a pie. Nos vimos ante una cuesta; mi *madre* pesaba mucho y, temerosa de fatigar demasiado a los conductores, quiso apearse a mitad del camino, aproximadanente, para seguir a pie, como lo hizo, y al vislumbrar algo azul en el vallado, hubo de decirme: «Mira una vincapervinca aún en flor.» Nunca había yo visto esta planta; no me agaché para contemplarla y soy algo corto de vista para que, sin hacerlo así, pueda distinguir una planta. Me limité a mirarla de reojo al pasar. Treinta años han transcurrido sin que yo haya vuelto a ver una vincapervinca, o si la he visto, no me he dado cuenta. En 1764, hallándome en Cressier con mi amigo Du Peyron, ascendíamos a un cerro en cuya cumbre existe una linda explanada a la que con razón se le da el nombre de Bellavista; por aquel entonces comenzaba yo a aficionarme a las plantas. Al subir mirando entre las breñas, lancé un grito de júbilo y exclamé: «¡He aquí una vincapervinca!» Y en efecto, lo era. Du Peyron percatóse de mi emoción, pero ignoraba la causa de ella; espero que la sabrá, si lee estas líneas alguna vez. El lector podrá apreciar, por la impresión que esto me produjo, la que ha debido producirme todo lo que a la misma época se refiere.

El aire campesino, empero, no me devolvió mi primitiva salud; mi estado era lánguido, y más aún lo fue. No pude soportar la leche y me vi obligado a dejar de tomarla. Hallábase entonces en auge la costumbre de aplicar el agua para todo como remedio; pero con tan poca discreción hube de entregarme a ella, que a poco me cura, no ya mis achaques, sino de la vida. Todas las mañanas, a punto de levantarme, dirigíame a la fuente con una gran copa y me bebía,

paseándome y una tras otra, hasta un par de botellas. Abandoné por completo el vino en las comidas. El agua que bebía era algo fuerte y de difícil digestión, como la mayoría de las aguas montañosas. En resumen: tan a la perfección lo hice, que en menos de dos meses me eché a perder –hasta entonces había funcionado muy bien– el estómago. No pudiendo digerir, comprendí que ya no me era dado aguardar mi curación. Por esta misma época sucedióme un accidente tan singular por sí mismo como por sus consecuencias, que durarán mientras viva.

Una cierta mañana, sin sentirme más achacoso que de ordinario, al levantar una mesita experimenté de pies a cabeza una súbita y casi inconcebible revolución; fue aquello –no encuentro símil más apropiado– una como tempestad que se levantó en mi sangre y recorrió en un momento todos mis miembros. Con tal ímpetu latíanme las arterias que no sólo sentía sus latidos, sino que hasta las oía latir, las carótidas sobre todo. Unióse a esto un gran zumbar en los oídos, un zumbar triple, o mejor cuádruple; un zumbido grave y bronco; un más definido murmullo, como de agua corriente, un agudísimo silbido y la agitación antes mencionada y cuyas pulsaciones fácilmente me era dado contar sin recurrir, para tomarme el pulso, a las manos. Este soterrado ruido era tan grande, que despojóme de la delicadeza auditiva que antes poseyera, dejándome, si no sordo por completo, con cierta dificultad para oír, que a partir de entonces persiste.

Figúrense mi espanto y mi sorpresa. Creíame moribundo; me metí en la cama; llamaron al médico; le referí lo ocurrido, estremeciéndome y en la creencia de que no tenía cura. El médico, tal creo, fue del mismo parecer; sin embargo, desempeñó su cometido. Largóme una retahíla de razonamientos que me resultaron incomprensibles; luego, y como consecuencia de su admirable teoría, empezó, *in anima vili,* la cura experimental que a bien tuvo. Pero tan desagradable y penosa era y tan escasos sus efectos, que me cansé pronto, y al cabo de algunas semanas, en vista de que no mejoraba ni empeoraba, abandoné el lecho y emprendí mi vida ordinaria, con aquella mi palpitación arterial y aquellos zumbidos, los cuales, desde entonces, es decir, desde hace treinta años, no me han abandonado un solo momento. Hasta entonces hube de ser muy dormilón. El desvelo, que añadióse a todos aquellos síntomas y que hasta ahora los ha acompañado constantemente, acabó por convencerme de que me quedaba poco tiempo de vida, y este convencimiento me hubo de tranquilizar por algún tiempo, respecto al cuidado de curarme. En vista de que no me era posible prolongar mi existencia, resolví sacar el mayor partido que pudiera de la poca que me quedaba, lo que me era asequible, por singular merced de la naturaleza, pues, no obstante mi fatal estado, no sufría los dolores que debiera sufrir. Sentíame a disgusto y molesto con este zumbido, al que ninguna otra incomodidad habitual acompañara, aparte del insomnio y de una

continua y entrecortada respiración que no llegaba al asma y que sólo dejábase sentir cuando corría o me agitaba con exceso.

Este accidente, que debía acabar con mi materia, sólo acabó con mis pasiones, y a diario bendigo al cielo por el efecto admirable que en mi espíritu produjo. Puede muy bien asegurarse que no comencé a vivir hasta que por muerto me tuve. Considerando en su justo valor las cosas que iba a dejar, comencé a ocuparme de otras de más enjundia, como anticipándome a las que me habrían de ocupar cuanto antes y que hasta entonces había descuidado. Frecuentemente hube de disfrazar la religión a mi modo, pero sin dejar de tener alguna, y de aquí que me costase menos volver a esta materia, tan triste para muchos, como dulce para el que de ella hace un objeto de consuelo y esperanza. Mi *madre,* en tal coyuntura, me fue mucho más útil que todos los teólogos.

Ella, que nunca dejaba de sistematizar, no dejó de hacerlo con la religión, y su sistema componíase de ideas raras, sanísimas las unas, muy extravagantes las otras, y de sentimientos relacionados con su idiosincrasia y de preocupaciones hijas de su educación. Los creyentes, por lo general, se forjan un Dios a su imagen y semejanza: los buenos, buenos; los malos, malos; los beatos, rencorosos y biliosos, como condenarían a todos, no ven más que el infierno, en el que apenas creen las almas dulces y amantes. Una de las cosas que menos me puedo explicar es ver al bondadoso Fenelón hablar del infierno en su Telémaco, cual si creyera verdaderamente en él; pero confío en que mentiría, porque por muy verídico que se sea, cuando se es obispo hay que mentir alguna vez. Mi *madre* no me mentía, y aquella alma sin hiel, incapaz de concebir un Dios vengativo y siempre airado, no veía más que clemencia y misericordia donde los demás sólo descubren justicia y castigo. Decía con frecuencia que Dios no sería justo si procediera justamente con nosotros, ya que no habiéndonos otorgado lo necesario para serlo exigiría que le devolviésemos más de lo recibido. Lo más extraño es que, sin creer en el infierno, no dejaba de creer en el purgatorio. Debíase ello a que no sabía qué hacer de las almas de los malos, ya que no era posible condenarlas ni colocarlas entre las de los buenos hasta que lo fuesen; convengamos, efectivamente, en que los malos, así en este mundo como en el otro, constituyen un estorbo grandísimo.

Otra rareza: toda la doctrina del pecado original y de la redención, como se ve, queda destruida con este sistema que conmueve la base del cristianismo vulgar, y el catolicismo, por lo menos, no puede subsistir con ella. Mi *madre,* empero, era buena católica o pretendía serlo, y es seguro que esta su pretensión era de buena fe. Antojábasele que las Escrituras se interpretaban en sentido demasiado literal y duro. Cuanto en ellas se dice acerca de los tormentos eternos parecíale conminatorio o figurado. La muerte de Jesús, para ella era un ejemplo de caridad, verdaderamente divino para que los

hombres aprendiesen a amar a Dios y a sus semejantes. En resumen: fiel a la religión que abrazara, admitía toda la profesión de fe; mas, descendiendo a pormenores, descubríase que sus creencias se apartaban mucho de las de la Iglesia, a la que, no obstante, se sometía. En esta materia era de una sencillez de corazón, de una franqueza más elocuente que todos los ergotismos y que frecuentemente ponía en aprietos a su confesor, al que nada ocultaba. «Soy –decíale– buena católica y deseo serlo siempre; acepto con todas mis fuerzas las decisiones de la Santa Madre Iglesia; no soy dueña de mi fe, pero sí de mi voluntad; la someto sin reserva y quiero creerlo todo. ¿Qué más puede exigirme?»

En caso de no haber moral cristiana, creo que ella la habría seguido: de tal suerte se acomodaba ésta a su carácter. Practicaba cuanto estaba prescrito, pero de no estarlo, su conducta hubiera sido la misma. En las cosas indiferentes le era agradable la obediencia, y si no le hubiera estado permitido e incluso prescrito comer carne, habría comido de vigilia a solas con Dios y su conciencia, sin que la prudencia hubiese para nada intervenido. Pero toda esta moral hallábase supeditada a los principios del señor de Tavel, o más bien ella pretendía no ver en la suya nada contradictorio. Habríase acostado con veinte hombres cada día con la conciencia tranquila y sin sentir más escrúpulo que deseo. Sé perfectamente que muchas devotas tampoco son, por lo que a esto atañe, muy escrupulosas; pero la diferencia está en que a éstas las seducen las pasiones, y sus sofismas a ella. En las más patéticas y hasta en las más edificantes conversaciones, me atrevo a decir, tocó dicho punto sin cambiar de tono y de gesto y sin contradecirse. De ser necesario, hubiera abandonado la conversación para pasar al hecho, y después hubiera seguido con la serenidad de antes; tal era su convencimiento de que todo era máxima de buen orden social, que toda persona juiciosa podía interpretar y aplicar o no, según las circunstancias, sin ofender al Altísimo. Aunque en este punto yo no era, seguramente, de su parecer, confieso que no me atrevía a replicarla, porque me avergonzaba el poco galante papel que para ello hubiera debido desempeñar. Gustosamente habría procurado establecer la regla para los demás, procurando descartarme; pero aparte de que su temperamento bastábala para evitar el abuso de sus principios, sé perfectamente que no era mujer a propósito para dejarse engañar y que reclamar la excepción para mí era dejársela para todos los que la quisiesen. Cuento aquí accidentalmente esta inconsecuencia entre las demás, aunque produjo poco efecto en su conducta, y entonces ninguno, porque he prometido fielmente exponer sus principios, y quiero cumplir lo que prometiera. Volvamos de nuevo a mí.

Como descubriera en ella todas las máximas que necesitaba para poner mi alma a salvo de los terrores de la muerte, sumergíame con seguridad en este piélago de confianza. Me entregaba a ella como

nunca hubiera querido transmitirle toda mi vida, que sentía próxima a dejarme. De este exceso de cariño hacia ella, de la firme creencia en mi muerte próxima, de la arraigadísima seguridad en mi futura suerte, resultaba un estado habitual muy tranquilo e incluso sensual, pues al extinguir cuantas pasiones prolongan nuestros temores y esperanzas, permitíame, sin inquietudes ni recelos, gozar de la escasa vida que me quedaba. Una cosa contribuía a hacerla más agradable, y era el deseo de alimentar su afición al campo, por medio de cuantas diversiones me era posible reunir. Haciéndola encariñarse con su huerto, sus crías de animales domésticos, sus palomas y sus vacas, aficionábame yo mismo a todo esto, y estas livianísimas ocupaciones, que me ocupaban sin turbar mi reposo todo el día, sentáronme mejor que la leche y que todos los remedios que empleara para conservar mi pobre máquina e incluso restablecerla en lo posible.

Las vendimias, la recolección de frutas nos entretuvieron durante el resto del año y nos encariñaron más y más con la vida campesina en medio de las buenas gentes que nos rodeaban. Con pesadumbre vimos llegar el invierno y regresamos, como a un destierro, a la ciudad; más aún: como quien no espera ver nuevamente la primavera y pensara despedirse para siempre de las Charmettes, las abandoné, no sin besar la tierra y los árboles y volver varias veces al marcharnos. Habiéndome separado, desde hacía mucho tiempo, de mis alumnas y perdida la afición a las diversiones y reuniones ciudadanas, ya no salía de casa ni con nadie me veía, a no ser con mi *madre* y con el señor Salomón, médico de entrambos desde hacía poco, hombre honrado e ingenioso, cartesiano notable, que hablaba bastante bien del sistema del mundo y cuyas gratas e instructivas conversaciones sirviéronme de más que todas sus recetas. Nunca he podido soportar la insignificante y pueril retahíla de las conversaciones corrientes, así como las útiles y profundas siempre me han producido un gran placer y jamás las he rehusado. Me aficioné a los profundos conocimientos que iba a adquirir mi espíritu cuando hubiese roto sus trabas. El placer que me proporcionaba hacíase extensivo a los asuntos por él tratados y comencé a buscar los libros que podían facilitarme la comprensión de aquéllos. Los que emparejaban devoción y ciencia eran los que más me convenían, y particularmente los del Oratorio y de Port-Royal. Con inaudito arrebato me entregué a su lectura. Cayó en mis manos uno del padre Lamy intitulado *Conversaciones sobre las ciencias*, el cual era como una introducción al estudio de las obras que de ellas tratan; lo leí y releí numerosas veces y me lo propuse como guía.

Poco a poco y a pesar de mi situación, o mejor aún, a causa de la misma, me sentí atraído con irresistible fuerza por el estudio, y creyendo que cada día era el postrero de mi existencia, estudiaba con tanto ardor como si por inmortal me tuviera. Decían que esto

me perjudicaba; yo creo que no sólo a mi espíritu favoreció, sino a mi cuerpo también, porque este mi arrebato estudioso, que degeneró en pasión, túvelo por tan delicioso que mis males, en fuerza de no pensar en ellos, me torturaban menos. Lo cierto, sin embargo, es que nada me producía un alivio real; pero como no sentía agudos dolores, me acostumbré a languidecer, a no dormir, a meditar en vez de obrar, y, por último, a ver la continuada y despaciosa decadencia de mi organismo que sólo la muerte podía contener.

Esta opinión no sólo libertóme de los vanos cuidados de la vida, sino también de la molestia de los remedios a que hasta entonces y a pesar mío me sometieran. Salomón, convencido de la ineficacia de sus drogas para salvarme, ahorróme el trabajo de tomarlas y se contentó con mitigar el dolor de mi pobre *madre,* dándome algunas de esas recetas inofensivas que engañan la esperanza del enfermo y mantienen el buen nombre del médico.

Abandoné el estrecho régimen; volví a beber vino y a seguir el método de vida de un hombre lleno de salud, según la medida de mis fuerzas, sobrio en todo, mas sin abstenerme de nada. Hasta salí de casa y reanudé mis relaciones, sobre todo las que me unían con el señor de Conzié, cuyo trato hallaba sumamente agradable. En fin, sea que me pareciese conveniente estudiar hasta mi última hora, o que se ocultase en el fondo de mi corazón un resto de esperanza de vivir, la perspectiva de la muerte, lejos de entibiar mi afición al estudio, parecía animarla; y me apresuraba a adquirir algunos conocimientos para el otro mundo, como si hubiese creído que no tendría en él más que lo que de éste me hubiese llevado. Me aficioné a la tienda de un librero llamado Bouchard, en la que se reunían algunos literatos, y al aproximarse la primavera, que no creía volver a ver, me proveí de algunos libros para leer en las Chamettes, por si tenía la dicha de pasar allí otra temporada.

Se realizó este deseo y lo aproveché cuanto pude. El placer con que vi apuntar las primeras yemas es inexplicable: ver la nueva primavera era para mí resucitar en el paraíso. No bien comenzaron a fundirse las nieves, cuando abandonamos nuestros calabozos y llegamos a las Charmettes a tiempo para gozar las primicias del ruiseñor. Desde aquel momento ya no pensé en morir; y realmente es muy extraño que jamás haya sufrido enfermedades graves en el campo. He padecido mucho en él, pero nunca me he visto obligado a guardar cama. Con frecuencia, sintiéndome más enfermo que de ordinario, he dicho: «Cuando me vean proximo a la muerte, llévenme a la sombra de una encina, y les prometo revivir.»

Aunque me hallaba débil, desempeñé de nuevo mis funciones campestres, pero en proporción a mis fuerzas. Sentí vivamente no poder cuidar el jardín yo solo; mas cuando había dado seis golpes con la azada quedaba sin aliento, inundábame el sudor y no podía más. Cuando me inclinaba, redoblábanse las pulsaciones de mi

sangre y se me subía a la cabeza con tanta violencia, que me obligaba a enderezarme con rapidez. Limitado a cuidados menos fatigosos, me dediqué, entre otros, al del palomar, y me encariñé con él de tal suerte, que hubo días en que me entretuvo largas horas sin sentirlo. La paloma es muy tímida y difícil de domesticar; sin embargo, logré inspirar a las mías una confianza tan grande, que me seguían por todas partes y se dejaban coger sin ningún temor. En cuanto salía al jardín o al corral, volaban a posárseme dos o tres en los brazos y en la cabeza, llegando al extremo de que, a pesar de lo mucho que me divertía este cortejo, me llegó a ser tan molesto, que me vi obligado a enfriar esa familiaridad. Siempre he gustado en gran manera de amansar a los animales, especialmente los tímidos y salvajes. Me parecía encantador infundirles una confianza que no fuera burlada por mí. Quería que me amasen con libertad.

Dije que me había llevado algunos libros; me serví de ellos, pero de tal suerte, que antes contribuían a anonadarme que a instruirme. La errónea idea que tenía de las cosas inducíame a creer que para leer un libro con provecho era necesario poseer todos los conocimientos que el mismo suponía, bien lejos de sospechar que con frecuencia carecía de ellos el mismo autor, quien iba a buscarlos en otros libros a medida que los necesitaba. Con esta falsa idea veíame obligado a detenerme a cada instante para recorrer incesantemente uno y otro libro; y a veces, antes de llegar a las diez páginas del que deseaba estudiar, hubiera tenido que leerme bibliotecas enteras. Sin embargo, me obstiné de tal modo en seguir este extravagante método, que perdí en ello mucho tiempo, y por poco me embrollo de tal suerte, que no me hubiera sido posible comprender ni saber nada. Afortunadamente, vi que andaba por mal camino y que me extraviaba en un laberinto enorme, de donde me salí antes de perderme por completo.

Por poco apego que se tenga a las ciencias, lo primero que se experimenta al dedicarse a ellas es su enlace, que hace que se atraigan mutuamente, se ayuden y se aclaren, y que una no pueda subsistir sin la otra. Aunque la inteligencia humana no baste para abarcarlas todas y sea siempre preciso dedicarse a una con preferencia a las demás, si se carece de nociones de las otras, aun en la preferida se halla uno con frecuencia a oscuras. Yo conocía que lo que había emprendido era bueno y útil en sí mismo y que sólo debía cambiar de método. Tomando por de pronto la enciclopedia, la iba distribuyendo en sus distintas ramas. Y vi que era mejor hacer todo lo contrario, esto es, tomarlas por separado y elevarse en cada una separadamente hasta el punto de concurrencia. Así vine a parar a la síntesis común, mas como hombre que sabe lo que hace. La meditación en este punto reemplaza en mí a los conocimientos, y una reflexión muy natural me ayudaba a encaminarme bien. Sea que viviese o que muriese, no tenía tiempo que perder. No saber nada, próximo a

los veinticinco años y querer aprenderlo todo, es obligarse a aprovechar mucho el tiempo. Ignorando en qué punto podía detener mi celo la suerte o la muerte, me proponía a todo trance adquirir ideas sobre todas las cosas, así para sondear mis inclinaciones naturales como para juzgar por mí mismo cuál de ellas merecía ser cultivada.

De la ejecución de este plan saqué otra ventaja que no había esperado, y fue la de aprovechar mucho el tiempo. Preciso es que yo no haya nacido para el estudio, porque una atención continuada me fatiga de tal modo que me es imposible ocuparme con actividad durante media hora sin interrupción de una misma cosa, sobre todo siguiendo ideas ajenas; pues algunas veces me ha sucedido que, a pesar de detenerme mayor tiempo en las mías, he logrado un resultado favorable. Cuando me he fijado en algunas páginas de un autor que debe ser leído con atención, mi espíritu le abandona y se cierne en los espacios. Si me obstino, me fatigo inútilmente, se agotan mis fuerzas y nada veo; pero cuando se suceden asuntos diferentes, aun sin interrupción, uno me hace descansar del otro, y sin necesidad de reposo sigo con más facilidad. En mi plan de estudio me serví de esta observación, y lo varié de tal manera, que trabajaba todo el día sin fatigarme jamás. Cierto es que los cuidados domésticos y campestres hacían el papel de muy útiles diversiones; pero en mi creciente fervor hallé en breve el medio de cercenar el tiempo de éstas para aumentar el del estudio y ocuparme en dos cosas a la vez, sin pensar en que se perjudicaban mutuamente.

En el relato de tantos detalles que a mí me halagan y con los que frecuentemente al lector, uso, sin embargo, una discreción que éste no sospecharía si yo no me cuidara de advertírsela. Ahora, por ejemplo, me acuerdo con fruición de todos los diferentes ensayos que hice para distribuir el tiempo de modo que me produjese a la vez tanta utilidad como deleite; y bien puede decirse que aquel tiempo en que viví retirado y siempre enfermo ha sido en el que he estado menos ocioso y menos aburrido. Dos o tres meses pasaron así, tanteando la inclinación de mi espíritu y gozando, en la mejor estación del año y en un lugar que la primavera convertía en un jardín encantado, de las delicias de la vida, cuyo valor también experimentaba, de las de una compañía tan libre como dulce, si puede darse semejante nombre a una unión tan perfecta, y del placer de los bellos conocimientos que me proponía adquirir, pues que para mí era como si ya los poseyese, o mejor dicho, era más todavía, porque el gusto de aprender entraba por mucho en mi felicidad.

Es necesario pasar por alto todos estos ensayos, que para mí eran goces, pero harto simples para poder explicarse. Hay más: el verdadero placer no se describe, sólo se siente, y tanto más cuanto menos puede describirse, porque no resulta de un conjunto de hechos, sino de un estado permanente. Incurro en repeticiones, pero incurriría aún en muchas más si dijera una cosa tantas veces como se me

ocurre. He aquí, aproximadamente, la distribución del tiempo, cuando, a la postre, mi método de vida, a menudo modificado, comenzó a seguir un curso uniforme.

Todos los días me levantaba al amanecer; por un vecino vergel subía a un hermoso camino, que se extendía por encima de la viña y seguía la cuesta hasta Chamberí. Allí, mientras me paseaba, hacía mi oración, que no consistía en balbucear algunas vanas palabras, sino en una sincera elevación de espíritu hacia el autor de aquella admirable Naturaleza, cuyas bellezas se desplegaban ante mis ojos. Nunca me ha gustado hacer mis oraciones en una habitación; me parece que las paredes y todas esas pequeñas obras del hombre se interponen entre Dios y yo. Me gusta contemplarle en sus obras, mientras mi corazón se eleva a él. Mis preces eran puras y, por lo tanto, dignas de ser escuchadas; pedía para mí y para aquella de quien en mis aspiraciones jamás me separaba, una vida inocente y tranquila, exenta de vicio, de dolores, de penosas necesidades, la muerte de los justos y su suerte en la posteridad. Por lo demás, este acto consistía más en admiración y contemplación que en súplicas; y no ignoraba que el mejor medio de obtener del Dispensador de los verdaderos bienes los que nos son necesarios es, más que pedirlos, merecerlos. Al volver, daba un rodeo de bastante consideración, embebido en considerar con interés y voluptuosidad los objetos campestres que me rodeaban, únicos que jamás fatigan los ojos ni el corazón. De lejos observaba si *mamá* estaba levantada; cuando veía abiertas las maderas de su ventana, me estremecía de gozo y acudía volando; si estaba cerrada, entraba en el jardín, esperando que despertase, entreteniéndome en repasar lo que había aprendido la víspera o bien trabajando en el huerto. Así que se abría la ventana iba a abrazarla en su lecho, a menudo medio dormida; y este abrazo, tan puro como tierno, hacía brotar de su misma inocencia un encanto que nunca va unido a la voluptuosidad de los sentidos.

Nos desayunábamos de ordinario tomando café con leche. Era la hora del día en que estábamos más tranquilos, en que hablábamos con más desahogo. Estas conferencias, por lo regular largas, me han dejado una viva afición a los desayunos; y prefiero infinitamente la costumbre de Inglaterra y de Suiza, en que se reúnen todos para el desayuno, a la de Francia, en donde cada cual se desayuna solo en su cuarto y aun con más frecuencia no se desayuna. Después de una o dos horas de conversación, dedicábame a mis libros hasta la hora de comer. Empezaba por alguno de filosofía, como la *Lógica*, de *Port-Royal; el Ensayo*, de Locke; Malebranche, Leibnitz, Descartes, etcétera. Pronto eché de ver que todos aquellos autores estaban en perpetua contradicción entre sí y formé el quimérico proyecto de concertarlos, proyecto que me fatigó mucho y me hizo perder bastante tiempo. Me llenaba de confusión la cabeza y no adelantaba nada. También renuncié a este método y adopté otro infinitamente mejor,

al que atribuyo cuantos progresos puedo haber hecho, a pesar de mi escasa capacidad, porque es muy cierto que siempre he tenido muy poca para el estudio. Al leer cada autor, me impuse la obligación de seguir el curso de sus ideas sin mezclar en ello las mías ni las de otro alguno y sin discutir con él. Decía para mí: «Empecemos por formar un almacén de ideas, verdaderas o falsas, pero claras, hasta tanto que mi cabeza posea datos suficientes para comparar y escoger.» Ya sé que este método no está exento de defectos, pero me ha producido buen resultado para mi objeto, que era instruirme. Al cabo de algunos años empleados en no pensar más que amoldándome a las ideas de otros, sin reflexionar, por decirlo así, y casi sin raciocinar, me encontré con un fondo de conocimientos bastante considerable para bastarme a mí mismo y meditar sin ajeno auxilio. Desde entonces, cuando los viajes y los quehaceres me han quitado los medios de consultar los libros, me he entretenido en repasar y comparar lo que había leído, en pesar cada cosa con la balanza de la razón y a veces en juzgar a mis maestros. Por haber comenzado tarde a ejercitar mi raciocinio no he notado que hubiese perdido su vigor; y cuando he dado a luz mis propias ideas, nadie me ha acusado de servil discípulo y de jurar *in verba magistri.*

De aquí pasé a la geometría elemental, porque nunca he ido más allá, por obstinarme en vencer mi falta de memoria a fuerza de volver cien y cien veces atrás, empezando de nuevo y sin cesar la misma marcha. No me gustó la de Euclides, quien más bien busca el encadenamiento de las demostraciones que la trabazón de las ideas; preferí la del padre Lamy, que desde entonces fue uno de mis autores favoritos y cuyas obras siempre leo con gusto. Siguió el álgebra y continuó siendo mi guía el padre Lamy; cuando me hallé más adelante tomé *La ciencia del cálculo,* del padre Reynault, luego su *Análisis demostrado,* que no hice más que hojear. Nunca he estado a bastante altura para conocer en toda su extensión la aplicación del álgebra a la geometría. Era poco amigo de ese método que tienen algunos de operar sin ver lo que se hace; y me parecía que resolver un problema de geometría por medio de ecuaciones era tocar una sonata dando vueltas a un manubrio. La primera vez que encontré por medio de un cálculo que el cuadrado de un binomio estaba compuesto del cuadrado de cada una de sus partes y del doble producto de la una por la otra, a pesar de la exactitud de la multiplicación, no quise creerlo hasta que hube construido la figura. Y no es que me agradase en extremo el álgebra, que sólo considera la cantidad en abstracto; pero, una vez aplicada a la extensión, quería ver las operaciones en los cuerpos, y no siendo así, nada comprendía.

Después de esto venía el latín. Éste era mi estudio más penoso y en el cual jamás he adelantado mucho. Al principio seguí el *Método latino,* de Port-Royal, pero sin fruto. Aquellos versos ostrogodos me daban náuseas y no podían pegarse a mi oído. Me perdía en aquel

cúmulo de reglas, y al aprender la última olvidaba todo lo que le precedía. Un estudio de palabras no es conveniente para un hombre sin memoria, y precisamente para obligar la mía a desarrollarse me empeñaba en este ejercicio; pero al fin hube de abandonarlo. Comprendía la construcción lo bastante para entender un autor fácil, con ayuda del diccionario, y seguí este camino, que me fue mucho mejor. Dediquéme a la traducción, no escrita, sino mental, y no pasé de aquí. A fuerza de práctica he logrado leer con bastante facilidad los autores latinos, pero nunca he podido hablar ni escribir en esta lengua; cosa que me ha puesto en apuros con frecuencia cuando, sin saber cómo, me he hallado afiliado entre los literatos. Otro inconveniente, consecuencia de este modo de estudiar, es que nunca he sabido la prosodia y menos aún las reglas de la versificación; sin embargo, deseando conocer la armonía de la lengua en verso y en prosa, me he esforzado en lograrlo, mas estoy convencido de que sin maestro es casi imposible. Habiendo aprendido la composición del más fácil de los versos, que es el más hexámetro, tuve la paciencia de medir en casi todo el *Virgilio* los pies y la cantidad; luego, cuando dudaba de si una sílaba era larga o breve, consultaba mi *Virgilio*. Como se comprende, esto me hacía cometer muchos errores a causa de las licencias consentidas por las reglas de la versificación. Mas si el estudiar solo tiene sus ventajas, también tiene grandes inconvenientes y sobre todo produce un trabajo increíble. Yo sé esto mejor que nadie.

Antes de mediodía dejaba los libros, y si la comida no estaba pronta, hacía una visita a mis palomas o me entretenía en el jardín aguardando la hora. Cuando me llamaban, acudía en seguida muy contento y con gran apetito, pues es otra cosa digna de anotarse que éste nunca me falta por muy enfermo que me halle. Comíamos apaciblemente, hablando de nuestros asuntos, mientras llegaba el momento que *mamá* pudiese empezar a comer. Dos o tres días a la semana, cuando hacía buen tiempo, íbamos a tomar el café detrás de la casa en una deliciosa glorieta cubierta de árboles, y que yo había adornado con lúpulo, donde nos recreábamos durante el calor; allí permanecíamos una hora escasa visitando nuestras legumbres, nuestras flores y conversando sobre nuestro modo de vivir, lo cual nos hacía saborear mejor su dulzura. En el extremo del jardín tenía yo otra pequeña familia: eran las abejas. No me descuidaba, y *mamá* conmigo muchas veces, en ir a visitarlas; tomaba gran interés por su trabajo; me divertía grandemente viéndolas volver de la pecorea, tan hartas de néctar que apenas podían andar. Al principio, la curiosidad me hizo indiscreto y me picaron dos o tres veces; pero luego entablamos buenas relaciones y por mucho que me acercase no me molestaban. Cuando las colmenas estaban tan repletas que casi no quedaba espacio para los enjambres, éstos me rodeaban a veces y tenía abejas en las manos y en la cara, sin que jamás me picase

alguna. Todos los animales desconfían del hombre, no sin razón; pero desde el momento en que tienen la seguridad de que éste no quiere dañarlos, cobran una confianza tan grande que es preciso ser más que bárbaro para abusar de ella.

Volvía luego a mis libros; pero mis ocupaciones de la tarde, más que verdadero estudio eran pasatiempo. Nunca he podido sobrellevar un trabajo atento y sedentario después de haber comido, y en general, ninguna clase de faena durante las horas de calor. Por consiguiente, me ocupaba, sin orden ni molestia, en leer sin estudiar. Lo que seguía con exactitud era la historia y la geografía; y como éstas no exigían ningún esfuerzo, adelantaba cuanto lo permitía mi falta de memoria. Quise estudiar el P. Petau, y me sumergí en las tinieblas de la cronología; pero me cansé de la parte crítica, que no tiene fondo ni orillas, y me aficioné preferentemente a la exacta medida de los tiempos y al curso de los cuerpos celestes. También me habría apasionado por la astronomía si hubiese tenido instrumentos; pero tenía que contentarme con algunos elementos hallados en los libros y algunas observaciones verificadas con un anteojo de larga vista, para conocer solamente la situación general del cielo, pues mi cortedad de vista no me permitía distinguir con bastante claridad los astros. Sobre esto me viene a las mientes una aventura cuyo recuerdo me ha proporcionado alegres ratos. Había comprado un planisferio para estudiar las constelaciones; lo puse en un marco, y durante las noches en que el cielo estaba sereno lo colocaba sobre cuatro palos de mi altura, de modo que el planisferio mirase hacia abajo, y para iluminarlo sin que el viento apagase la bujía, coloqué ésta en un cubo, en el suelo entre las cuatro estacas; luego, examinando alternativamente el planisferio que tenía a la vista y los astros con el anteojo, me ejercitaba en conocer los astros y las constelaciones. Creo haber dicho que el jardín del señor Noiret tenía forma de terraza; de modo que desde el camino veíase todo lo que contenía. Una noche, al pasar algunos campesinos a hora algo avanzada me vieron en un traje extraño ocupado en mi operación. Reflejábase en mi planisferio la luz cuyo origen quedaba oculto a sus ojos por los bordes del cubo; esto, los cuatro palos, aquel gran papel manchado con figuras, aquel marco y el movimiento de mi anteojo, que veían ir y venir, daba todo aquello un aspecto fantasmagórico que les espantó. Mi apariencia no era muy a propósito para tranquilizarles; un sombrero alicaído puesto sobre mi gorra y una bata acolchada de *mamá,* que me obligó a ponerme, ofrecían a sus ojos la imagen de un verdadero brujo, y como era cerca de medianoche, se figuraron que comenzaba el aquelarre. No queriendo ver más, huyeron despavoridos, despertando a los vecinos para contarles su visión; y la historia se divulgó tanto, que desde el día siguiente supo todo el vecindario que en casa del señor Noiret un aquelarre tenía lugar. Ignoro lo que hubiera podido resultar de este rumor si uno de los campesinos, tes-

tigo de mis conjuros, no hubiese ido el mismo día a lamentarse a los jesuitas, que nos visitaban, y que, sin saber de qué se trataba, por de pronto les desengañaron. Nos refirieron la historia; yo les relevé la causa y nos reímos grandemente. Sin embargo, por temor de reincidencia resolvimos que en adelante haría mis observaciones sin luz, yendo luego a consultar el planisferio a la casa. Los que hayan leído mi magia de Venecia en las *Cartas de la montaña,* no me cabe duda que verán que tenía desde hacía largo tiempo gran vocación de hechicero.

Tal era mi método de vida en las Charmettes, cuando no me ocupaba de los cuidados domésticos, pues éstos eran siempre preferidos, y en lo que no era superior a mis fuerzas trabajaba como un patán, si bien es cierto que mi extrema debilidad dejábame en este punto casi únicamente el mérito de la buena voluntad. Por otra parte quería hacer dos cosas a la vez, y por esta razón no salía bien ninguna. Se me puso en la cabeza adquirir memoria a la fuerza y me obstinaba en retener mucho; para conseguirlo, siempre me llevaba algún libro, que con increíble esfuerzo estudiaba y repasaba trabajando. No sé cómo mi tenacidad en continuar tan vanos trabajos no acabó por atontarme. Lo menos he aprendido veinte veces las églogas de Virgilio, de las que no sé una palabra. He perdido o truncado una multitud de libros por la costumbre que tenía de llevarme algún volumen a todas partes, al palomar, al jardín, al huerto, a la viña. Cuando algo me distraía, colocaba mi libro al pie de un árbol o sobre la cerca; luego me olvidaba de recogerlo, y me sucedió muchas veces hallarlo al cabo de quince días podrido o bien estropeado por las hormigas y los caracoles. Este furor de aprender se convirtió en una manía que me dejaba como entontecido, estando sin cesar ocupado en murmurar entre dientes alguna cosa.

Leyendo con más frecuencia las obras de Port-Royal y del Oratorio, me había vuelto medio jansenista, y a pesar de toda mi confianza, su dura teología a veces me espantaba. El terror del infierno, que hasta entonces había temido muy poco, turbaba lentamente mi serenidad, y si *mamá* no hubiese tranquilizado mi alma, esta horrible doctrina hubiera acabado por trastornarme completamente. Mi confesor, que lo era también suyo, contribuía por su parte a mantenerme en calma. Era éste el padre Hemet, jesuita, bueno y sabio anciano, cuya memoria veneraré siempre; a pesar de ser jesuita, era sencillo como un niño, y su moral, menos austera que dulce, era cabalmente la que me convenía para contrarrestar la influencia del jansenismo. Este buen hombre y su compañero el padre Coppier iban con frecuencia a visitarnos a las Charmettes, no obstante ser muy áspero el camino y asaz largo para personas de su edad. Sus visitas me hacían mucho bien, así Dios se los premie a sus almas, pues ya eran entonces harto viejos para presumir que vivan todavía. Yo iba igualmente a verles a Chamberí; me familiaricé poco a poco

con su casa, y su biblioteca estuvo a mi disposición. El recuerdo de este dichoso tiempo se enlaza con el de los jesuitas hasta el punto de hacerme amar el uno por el otro, y aunque su doctrina me haya parecido siempre peligrosa, jamás he podido aborrecerles de corazón.

Yo quisiera saber si por los corazones de los demás pasan puerilidades semejantes a las que a veces pasan por el mío. En medio de mis estudios y de la vida más inocente que darse puede, y a pesar de cuanto me hubiesen dicho, aún me agitaba frecuentemente la idea del infierno. Preguntábame de cuando en cuando: «¿En qué estado me hallo? Si muriese en este momento, ¿sería condenado?» Según mis jansenistas no había que dudarlo; pero según mi conciencia, me parecía que no. Siempre temeroso y fluctuando en esta cruel incertidumbre, para librarme de ella acudía a los medios más ridículos y por los cuales de buena gana haría encerrar a un hombre a quien viese hacer otro tanto. Un día, pensando en este triste asunto entreteníame maquinalmente en tirar piedras a los troncos de los árboles, y esto con mi habitual destreza, es decir, sin acertar casi ninguna vez. En medio de este lindo ejercicio tuve la feliz ocurrencia de hacerme una especie de pronóstico para calmar mis inquietudes. Dije para mí: «Voy a tirar esta piedra contra el árbol situado enfrente de mí; si le toco, será señal de salvación; si yerro, signo de condenación.»Al decir esto lanzo la piedra con trémula mano y tembloroso corazón, mas con tan buena fortuna, que di de lleno en medio del tronco, lo que ciertamente no era muy difícil, pues había tenido buen cuidado de escogerlo cercano y muy grueso. Desde entonces no he vuelto a dudar de mi salvación. No sé si al recordar este rasgo debo reírme o compadecerme a mí mismo. Felicitaos, grandes hombres, vosotros que seguramente os reís; pero no insultéis mi miseria, pues os juro que la siento perfectamente.

Por lo demás, aquellas turbaciones, aquellas alarmas, quizá inseparables de las creencias, no constituían un estado permanente. Por lo común, hallábame bastante tranquilo y la impresión que en mi alma producía la idea de una muerte próxima no era tanto de tristeza como de una apacible languidez, que hasta encerraba sus dulzuras. No ha mucho que he encontrado entre mis papeles viejos una especie de exhortación que me hacía a mí mismo, donde me felicitaba por morir a la edad en que se siente uno con bastante valor para arrostrar la muerte, y sin haber padecido grandes males de cuerpo ni de espíritu durante mi vida. ¡Cuánta razón tenía! Un presentimiento me impulsaba a temer que viviría para sufrir; parecía prever la suerte que esperaba a mi vejez. Jamás he estado tan cerca de la sabiduría como en aquella feliz etapa. Sin grandes remordimientos por mi pasado, libre de cuidados por el porvenir, el sentimiento siempre dominante en mi espíritu era gozar del presente. Los devotos tienen comúnmente una pequeña sensualidad muy viva, que les consiente

saborear con delicia los inocentes placeres que les son permitidos. Los mundanos se lo achacan a crimen, ignoro por qué razón; o mejor, la sé muy bien; es porque envidian a los demás el goce de los placeres sencillos, para los cuales han perdido el gusto. Éste lo tenía yo y me encantaba poder satisfacerlo con la conciencia tranquila. Mi corazón, joven todavía, se abandonaba con la alegría de un niño, o más bien, si se me permite la frase, con una sensualidad de ángel, porque, a la verdad, esos tranquilos goces envuelven la serenidad de los del Paraíso. Comidas hechas sobre la hierba en la Montañola, cenas debajo del emparrado, la recolección de los frutos, las vendimias, las veladas en que agramábamos con nuestros labradores, todo esto constituía para nosotros otras tantas diversiones en que *mamá* disfrutaba tanto como yo mismo. Los paseos solitarios tenían un atractivo mayor aún, porque el corazón esparcíase con más holgura. Realizamos, entre otros, uno que forma época en mi memoria; un día de San Luis (nombre de *mamá*) salimos juntos y solos, muy temprano, después de la misa que había venido a celebrar un carmelita al amanecer en una capilla de la casa. Yo había hecho la proposición de ir a recorrer la falda de la montaña opuesta a la nuestra y que no habíamos visitado aún. Enviamos provisiones de antemano, porque la excursión debía de durar todo el día. Aunque algo gruesa, *mamá* no andaba con dificultad; íbamos de colina en colina y de bosque en bosque, ya expuestos a los rayos del Sol, ya cobijados por la sombra, reposando de vez en vez y olvidándonos así horas enteras; hablando de nosotros, de nuestra unión, de la dulzura de nuestra apacible suerte y haciendo por su duración votos, que no fueron escuchados. Todo parecía coadyuvar a la felicidad de esta jornada; poco antes había llovido; no se levantaba polvo alguno y corrían los arroyos; el céfiro ligero agitaba las hojas blandamente; el aire puro, limpio el horizonte; reinaba la serenidad en el cielo como en nuestros corazones. Comimos en casa de un campesino, acompañándonos toda su familia, que nos bendecía de corazón. ¡Cuán buenos son esos pobres saboyanos! Acabada la comida, nos colocamos a la sombra de unos frondosos árboles, donde mientras yo recogía algunas ramas secas para hacernos el café, *mamá* se entretenía en herborizar entre la maleza; y con las flores del ramillete que por el camino había compuesto para ella, me hizo observar en su estructura mil cosas curiosas que me complacieron mucho y debían infundirme gusto por la botánica; mas no era llegado el momento de dedicarme a ella aún; me distraían sobrados estudios. Vino a apartarme de las flores y de las plantas una idea que me sorprendió. La situación de espíritu en que me hallaba, cuanto habíamos dicho y hecho aquel día, cuantos objetos me habían admirado trajeron a mi memoria la especie de sueño que tuve en Annecy hallándome despierto, siete u ocho años antes, y que referí en su lugar. La conexión entre éste y la realidad era tan extraña, que al pensar en ello me conmoví hasta saltárseme

las lágrimas. En un rapto de ternura abracé a aquella querida amiga. «*Mamá* –le dije apasionadamente–, este día me fue prometido mucho tiempo hace y nada veo superior a él. Gracias a ti, mi felicidad llega a su colmo; ¡ojalá no decaiga en adelante! ¡Ojalá tarde tanto en acabar como en dejar de agradarme, pues entonces no concluiría sino con mi vida!»

Así corrieron mis días felices y tanto más dichosos cuanto que, no vislumbrando nada que pudiese turbarlos, figurábame que, en efecto, no habían de tener fin sino con los míos. Y no es que la causa de mis recelos hubiese cesado por completo; pero la veía tomar otro curso que yo encaminaba lo mejor que podía a objetos útiles, a fin de que en sí misma encerrase su remedio. *Mamá* tenía una inclinación natural al campo, gusto que seguramente no se entibiaba conmigo. Poco a poco lo halló en los entretenimientos campestres; le agradaba cuidar de las tierras, y en esta materia poseía conocimientos de que hacía uso con placer. No contenta con lo que estaba anejo a la casa que había tomado, ya arrendaba un campo, ya un prado; y en fin, aplicando su carácter emprendedor a los objetos de la agricultura, en vez de permanecer ociosa en su casa, se encaminaba a ser en breve una gran agricultura. No me agradaba mucho verla tomar tanto vuelo y me oponía cuanto me era posible, seguro de que ella siempre se vería engañada y de que su carácter liberal y pródigo daría constantemente lugar a que fuera mayor el gasto que el provecho. Sin embargo, me consolaba con la idea de que éste no sería nulo y que por lo menos ayudaría a vivir. De cuanto estaba en su mano emprender, esto me parecía lo menos ruinoso, y sin esperar resultados como ella, consideraba que tenía una ocupación continua que la libraba de los negocios malos y de los petardistas. Pensando en esto, deseaba recobrar ardientemente toda la fuerza y salud que me eran necesarias, a fin de velar por sus intereses, para ser el sobrestante de sus trabajadores, o su primer jornalero, y el ejercicio que esto me imponía, distrayéndome naturalmente de mis libros y de mi estado, debía mejorarlo.

1737-1741.–Al invierno siguiente, a su regreso de Italia, Barillot me trajo algunos libros, entre ellos el *Bontempi* y la *Cartella per musica* del padre Banchieri, que me aficionaron a la historia de la música y a las investigaciones teóricas sobre este bello arte. Barillot permaneció varios días con nosotros, y como hacía algunos meses que yo había entrado en la mayor edad, convinimos en que a la primavera siguiente iríame a Ginebra a reclamar la herencia de mi madre, o por lo menos la parte que me correspondía, hasta saber qué había sido de mi hermano. Y así fue; pasé a Ginebra, adonde por su parte acudió mi padre, quien iba allí hacía mucho tiempo, sin que nadie le molestara a pesar de no haberse terminado la causa; mas como se apreciaba su valor y se le respetaba por su probidad, hicieron como que se había olvidado; y los magistrados, que se ocu-

paban del gran proyecto que salió a luz después [1], no querían asustar a la clase media recordándole inoportunamente su antigua parcialidad.

Temía que se me opusieran dificultades por haber cambiado de religión; mas no fue así. Las leyes de Ginebra son en este punto menos duras que las de Berna, donde el que cambia de religión pierde no solamente su estado, sino también sus bienes. Los míos, por tanto, no me fueron disputados, pero se encontró, no sé cómo, que quedaban reducidos a muy poca cosa. Aun cuando hubiese la casi seguridad de que mi hermano había muerto, no existía prueba alguna jurídica; me faltaban pruebas suficientes para reclamar su parte, y la dejé con gusto para ayudar a vivir a mi padre, que disfrutó de ella hasta el fin de su vida. Tan luego como fueron cumplidas las formalidades judiciales y hube recibido mi dinero, empleé una parte en libros y volé a depositar el resto a los pies de *mamá*. El corazón me latía de gozo durante el camino, y el momento en que le entregué este dinero me fue mil veces más grato que aquel en que lo recibí. Ella lo tomó con esa sencillez de las almas nobles que haciendo esas cosas sin esfuerzo las ven sin admiración. Casi todo se empleó en mí, y esto con un desprendimiento igual, empleo que hubiera sido exactamente el mismo de recibirlo por otro conducto.

Mi salud, empero, no se restablecía; al contrario, decaía visiblemente; estaba pálido como un muerto y flaco como un esqueleto; la agitación de mis arterias era terrible, más frecuentes mis palpitaciones, me sentía constantemente oprimido, y, en fin, era tal mi debilidad que me costaba trabajo moverme; no podía agacharme sin sentir vértigos, no podía levantar el peso más mínimo; me hallaba reducido a la inacción más atormentadora para un hombre tan inquieto como yo. Cierto es que en todo esto se mezclaba mucho flato, que es la enfermedad de las personas felices; ésta era la mía; las lágrimas inmotivadas que derramaba a menudo, los sobresaltos que me producían el ruido de una hoja o de un pájaro, la falta de fijeza viviendo en la calma de la más dulce vida, todo indicaba ese fastidio del bienestar, que hace, por decirlo así, desbarrar a la sensibilidad. Es tan cierto que no hemos sido hechos para ser felices acá abajo, que es fuerza que sufría el alma o el cuerpo, cuando no padecen los dos, y que el buen estado del uno casi siempre daña al otro. Cuando hubiera podido gozar deliciosamente de la vida, la decadencia de mi organismo lo impedía, sin que fuese fácil acertar dónde tenía asiento la causa. En lo sucesivo, no obstante el declinar de los años y a pesar de males muy reales y muy graves, parece que mi cuerpo ha recobrado fuerzas para sentir mejor mis desgracias; y a la hora en que esto escribo, doliente y casi sexagenario, encorvado por los sufrimientos de todo género, me siento para sufrir con más

---

[1] La pacificación de Ginebra, agitada entonces por luchas interiores.—*N. del T.*

vigor y más vida que tuve para gozar en la flor de mis años y en el seno de la más verdadera felicidad.

Para concluir conmigo, habiendo enlazado con mis lecturas un poco de filosofía, habíame entregado al estudio de la anatomía; y examinando la multitud y el juego de las piezas que formaban mi máquina, se me figuraba que todo esto se me había de descomponer veinte veces cada día; lejos de extrañarme el verme moribundo, sorprendíame que viviese aún, y no podía leer la descripción de una enfermedad que no creyese ser la mía. Estoy seguro de que si no hubiese estado enfermo, hubiera enfermado con este fatal estudio. Hallando en cada enfermedad síntomas de la mía, creía tenerlas todas, y contraje una más cruel de que me conceptuaba libre, el anhelo de curar, y es una enfermedad difícil de evitar cuando se leen libros de medicina. Tras de mucho buscar, reflexionar y comparar, vine a creer que la base de mi mal era un pólipo en el corazón, y Salomón mismo pareció sorprenderse de semejante idea. Razonablemente, yo debía partir de esta opinión para confirmarme en mi precedente resolución. Lejos de hacerlo así, puse en juego todas las fuerzas de mi espíritu para averiguar cómo podía curarse un pólipo en el corazón, resuelto a emprender esta maravillosa cura. En un viaje que Anet había hecho a Montpellier para visitar el jardín de plantas y a su encargado, señor Sauvages, le dijeron que el señor Fizes había curado un pólipo semejante. *Mamá* se acordó y me habló de ello. No necesité más para sentir el deseo de ir a consultar al señor Fizes. La esperanza de curar me infundió valor y fuerzas para emprender este viaje, para lo cual nos sirvió el dinero de Ginebra. *Mamá*, lejos de disuadirme, me animó; y heme aquí en camino hacia Montpellier.

No tuve necesidad de ir tan lejos para encontrar el médico que me interesaba. El caballo me fatigaba demasiado y había tomado una silla en Grenoble. En Moirans llegaron detrás de mí cinco o seis sillas más. Esto era verdaderamente la aventura de las angarillas. La mayor parte de aquellas sillas eran el cortejo de una recién casada, la señora de Colombier. Iba con ella otra mujer llamada la señora de Larnage, menos joven y bella, pero no menos amable, y que desde Romans, donde ésta se detenía, debía proseguir su camino hasta la villa de Saint-Andiol, junto a Port-Saint Esprit. Dada mi timidez, fácil es de presumir que no trabé en seguida conocimiento con aquellas mujeres distinguidas y con el séquito que las rodeaba; pero fui siguiendo el mismo camino, parando en las mismas posadas, y, so pena de pasar plaza de hurón, como me veía obligado a presentarme en la misma mesa, era forzoso que trabásemos relaciones. Así sucedió, y aún más pronto de lo que hubiera querido, porque aquel barullo convenía poco a un enfermo, y sobre todo a un enfermo de mi genio. Mas la curiosidad hace a esas pícaras tan insinuantes, que para conocer a un hombre comienzan por encapricharle. Así me

sucedió a mí. La señora de Colombier, sobremanera asediada por sus mequetrefes, apenas tenía tiempo para dedicarme su atención, y por otra parte tampoco valía la pena, puesto que íbamos a separarnos; mas la de Larnage, menos importunada, debía procurarse compañía para el resto del camino; he aquí que me toma por su cuenta, y adiós, pobre Juan Jacobo, o mejor, adiós fiebre, flato y pólipo; a su lado desapareció todo, a excepción de ciertas palpitaciones que me quedaron y de que seguramente no quería curarme. El mal estado de mi salud fue el primer motivo de nuestro conocimiento. Bien se echaba de ver que estaba enfermo; era sabido que me dirigía a Montpellier; preciso es que mi semblante y mis maneras no anunciasen un disoluto, pues claramente se echó de ver que no se había sospechado que fuese allá con el objeto de tomar las fumigaciones. Aunque el estado de enfermedad no sea en un hombre una gran recomendación para con las mujeres, me hizo, sin embargo, interesante a los ojos de éstas. Por la mañana enviaban a preguntar por mi salud, e informábanse de cómo había pasado la noche. Una vez, según mi loable costumbre de hablar sin pensar, respondí que no lo sabía. Esta respuesta les hizo creer que estaba loco, y me examinaron más, examen que no me dañó seguramente. En una ocasión oí que la señora de Colombier decía a su amiga: «Le falta mundo, pero es amable.» Esto me tranquilizó mucho y me hizo serlo en efecto.

Al familiarizarse, preciso era hablar de sí mismo, decir de dónde se venía, quién se era. Esto me molestaba, pues conocía muy bien que entre personas distinguidas, como entre meretrices, la palabra neófito iba a aplastarme. No sé por qué extravagancia se me ocurrió pasar por inglés; me di por jacobita, y me tomaron por tal; dije que me llamaba Dudding, y me llamaron señor Dudding. Un maldito marqués de Torignán, que estaba enfermo como yo, viejo por añadidura, y de bastante mal humor, se le antojó trabar conversación con el señor Dudding. Me habló del rey Jacobo, del pretendiente, de la antigua corte de Saint-Germain. Yo estaba sobre ascuas; de todo esto sólo sabía lo poco que había leído en Hamilton y en las gacetas; sin embargo, utilicé tan bien este poco, que salí del paso; por fortuna, no se le ocurrió hacerme preguntas acerca de la lengua inglesa, que me era completamente desconocida.

Toda la compañía fraternizaba y veía con sentimiento el instante de separarse, así es que hicimos jornadas de tortuga. Hallándonos un domingo en San Marcelino, la señora Larnage quiso ir a misa, yo fui con ella, y esto por poco me pone en conflicto. Me conduje como siempre, y por mi continente modesto y recogido me creyó devoto, y formó de mí la peor opinión del mundo, según me confesó dos días después. Mucha galantería hube de usar después para borrar aquella mala impresión; o más bien, la de Larnage, como mujer de experiencia y que no se desalentaba fácilmente, quiso correr el riesgo de

ser la primera en insinuarse, para ver cómo saldría yo del paso. De tal modo se insinuó, que, bien lejos de presumir por mi figura, creí que se burlaba de mí. Con esta loca idea no hubo tontería que no hiciese; era peor que el marqués del *Legado.* Aquella señora supo aguantarse, me agasajó tanto y me dijo cosas tan tiernas, que un hombre mucho menos tonto, con trabajo hubiera podido tomarlo seriamente. Cuanto más hacía, más me confirmaba en mi idea; y lo que más me atormentaba era que, entre tanto, me enamoraba de ella de veras. Me decía y le decía suspirando: «¡Ah, todo esto no es verdad! Sería el más feliz de los hombres.» Creo que mi sencillez de novicio no hizo más que avivar su fantasía y no quiso verse desairada.

En Romans habíamos dejado a la señora Colombier y su séquito. Proseguimos la ruta, del modo más pausado y agradable, la señora Larnage, el marqués de Torignán y yo. El marqués, aunque enfermo y regañón, era bastante buen hombre, pero no le gustaba comer su pan seco al olor de un buen asado. La de Larnage disimulaba tan poco la preferencia que yo la merecía, que él lo notó antes que yo mismo; y sus malignos sarcasmos hubieran debido inducirme a la confianza que no me atrevía a adquirir en vista de las bondades de la dama, si por una singularidad de carácter, de que yo solo era susceptible, no hubiera imaginado que estaban de común acuerdo para burlarse de mí. Tamaña estupidez acabó de trastornarme la cabeza y me hizo representar el papel más ridículo, cuando pude hacerlo sobremanera brillante, ya que mi corazón se hallaba verdaderamente cautivado. No concibo cómo no se desanimó con mi grosería y no me despidió con el más solemne chasco. Mas era una mujer de ingenio que conocía con quién trataba, y veía claramente que en mi proceder había más inocencia que tibieza.

Por fin logró darse a entender, aunque no sin trabajo. Habíamos llegado a Valence a la hora de comer, y, según nuestra laudable costumbre, continuamos allí el resto del día. Nos albergamos en Saint-Jacques, fuera de la ciudad; siempre me acordaré de esta posada, así como de la habitación que en ella ocupaba la de Larnage. Después de comer, quiso dar un paseo; sabía que el marqués no se hallaba en estado de andar, y éste era el medio más a propósito para tener una entrevista a solas, de la cual estaba resuelta a sacar partido, pues no era cosa de desperdiciar las ocasiones. Nos paseamos en torno de la ciudad y a lo largo de los fosos. Allí volví a empezar la larga historia de mis querellas, y ella respondía con un tono tan tierno y apretando a veces mi brazo contra su corazón de tal modo, que era necesario toda mi estupidez para no descubrir si hablaba con formalidad. Lo chocante era que yo mismo me hallaba excesivamente conmovido. He dicho que era amable; el amor la hacía encantadora. Comunicábale todo el atractivo de la juventud, y sabía poner en sus halagos tanto arte, que hubiere seducido a un hombre de mármol. Hallá-

bame, empero, cortado y deseoso de desprenderme; pero el temor de ofender o de disgustar, el miedo, aún mayor, de verme burlado y silbado, de ser objeto de zumba, de dar motivo para un cuento de sobremesa y de que me felicitara por mis conquistas el implacable marqués, contuviéronme hasta el punto de que yo mismo me indignaba por mi estúpida cortedad y por no poder vencerla, aun echándomela en cara. Me hallaba en un potro; había ya abandonado mi propósito de hacer el amor por lo fino, cuyo completo ridículo conocía; no sabiendo qué hacer ni qué decir, me callaba; parecía mohíno; en fin, hacía todo lo indispensable para que me aplicaran el trato que merecía. Por fortuna, la señora de Larnage tomó una resolución más humana; interrumpió bruscamente este silencio pasando su brazo alrededor de mi cuello, y, de improviso, su boca se expresó con harta claridad sobre la mía, para dejarme en mi error. La crisis no podía llegar más oportunamente y me volví amable; ya era tiempo. Me había dado esta prueba de confianza, cuya falta casi siempre me ha privado de mostrarme como soy. Entonces lo logré. Mis ojos, mis sentidos, mi corazón y mi boca jamás se han expresado tan bien; jamás he reparado tan completamente mi torpeza, y si esta pequeña conquista hubo de costarle tanto trabajo a aquella señora, tuve motivos para creer que no le dolía.

Aunque viviese cien años, siempre seríame grato el recuerdo de aquella encantadora mujer. Digo encantadora, aunque no fuese joven y hermosa; mas no siendo tampoco fea ni vieja, nada había en su porte que impidiese producir el mejor efecto a su ingenio y a su donaire. Al contrario de las demás mujeres, lo menos fresco que tenía era la cara, a la que sin duda hubo de perjudicar el colorete. No dejaba de tener sus motivos para mostrarse asequible, pues era el mejor medio de hacer conocer cuánto valía. Podíasele ver sin amarla, mas no poseerla sin adorarla. Y esto prueba, a mi entender, que no prodigaba siempre sus favores, como lo hizo conmigo. Se había aficionado demasiado pronto y con harta viveza para ser disculpable; mas era un afecto en que el corazón entraba tanto como los sentidos; y durante el corto y delicioso espacio que permanecí a su lado, tuve ocasión de convencerme, por las limitaciones que me imponía, de que, a pesar de ser sensual y voluptuosa, anteponía mi salud a su placer.

Al marqués no le pasó inadvertida nuestra familiaridad, mas no por esto dejó de atormentarme; al contrario, más que nunca tratóme como a un pobre amante tímido, mártir de los rigores de la dama. No se le escapó una palabra, ni una sonrisa, ni una mirada que pudiese inducirme a presumir que hubiese adivinado nuestra intimidad; y habíale creído engañado si la de Larnage, que veía más que yo, no me hubiese dicho que no lo estaba, pero que era un hombre galante, y, en efecto, no pueden darse más finas atenciones ni comportamiento más urbano que el que usó constantemente, incluso

conmigo, salvo sus sátiras, sobre todo después de mi triunfo. Quizá me atribuía el honor de haberlo logrado y me suponía menos estúpido de lo que antes le había parecido. Se equivocaba, como se ha visto; mas no importa; yo me aprovechaba de su error, y lo cierto fue que las ventajas entonces estuvieron de mi parte; por esta razón no me importaba servir de blanco voluntario a sus epigramas; algunas veces pagábale con la misma moneda y con acierto, orgulloso de hacer gala al lado de la señora de Larnage del valor que me había infundido. Ya no era yo el mismo hombre.

Nos hallábamos en un país y en una estación en que se comía espléndidamente, como lo hicimos durante todo el viaje, gracias al buen cuidado del marqués. Sin embargo, le hubiera agradecido que no le extendiera a las habitaciones, pues enviaba por delante a su lacayo para tomarlas, y el tunante, ya fuese por inspiración propia, ya por mandato de su amo, le colocaba siempre al lado de la de Larnage, y a mí me arrinconaba en el otro extremo de la casa. Mas esto me ofrecía poca dificultad y dio luego estímulo a nuestras entrevistas. Esta deliciosa vida duró cuatro o cinco días, durante los cuales me embriagué en las más dulces voluptuosidades. Las saboreé puras, vivas, sin la más ligera sombra de pesar; fueron las primeras y las únicas que he saboreado así; y puedo afirmar que debo a la señora de Larnage no morir sin haber conocido el placer.

Si lo que por ella sentía no era precisamente amor, era, por lo menos, una correspondencia tan afectuosa por el que ella me manifestaba, una sensualidad tan ardiente en el placer y una intimidad tan dulce en la conversación, que tenía todo el embeleso de la pasión sin su frenesí, que hace perder la cabeza y arrebata el verdadero goce. No he sentido el verdadero amor más que una vez en mi vida, y seguramente no fue hacia ella. Tampoco la quería como había amado y amaba aún a la señora de Warens; mas por esto mismo la poseía cien veces mejor. Con *mamá,* mi sensualidad estaba siempre turbada por un sentimiento de tristeza, con una secreta opresión de espíritu que no podía vencer sin trabajo; en vez de felicitarme de que fuese mía, hacíame un cargo de ello porque la degradaba. Al contrario, con la de Larnage, satisfecho de ser hombre y afortunado, me entregaba a mis sentidos con gusto, con confianza; la satisfacción de ambos era de igual intensidad; tenía bastante dominio sobre mí mismo para contemplar mi triunfo con tanta vanidad como voluptuosidad y para conseguir de este modo aumentarlo.

No recuerdo bien dónde nos dejó el marqués, que era hijo del país; pero nos encontramos solos antes de llegar a Montélimar, y desde aquel momento la señora de Larnage mandó a su doncella a mi silla y yo pasé a la suya con ella, y de este modo no nos fastidiaba el camino; me vería apurado para decir cómo era el país que recorrimos. En Montélimar algunos negocios detuviéronla tres días, du-

rante los cuales sólo me abandonó un cuarto de hora para recibir una visita que le produjo desoladoras importunidades e invitaciones que tuvo buen cuidado de no aceptar. Pretextó molestias que sin embargo no impedían que fuésemos a pasear juntos todos los días por el bello país y bajo el cielo más hermoso del mundo. ¡Oh! ¡Qué tres días! Alguna vez he tenido que echarlos de menos; no han vuelto a presentarse jamás otros semejantes.

Los amores de viaje se olvidan fácilmente; fue preciso separarnos, y confieso que ya era sazón, no porque me sintiese saciado ni próximo a ello; cada día me aficionaba más; pero, a pesar de toda la discreción de la dama, casi no me quedaba más que la voluntad. Nos consolamos del sentimiento que experimentábamos al separarnos, formando proyectos para volvernos a ver. Se decidió que, pues, convenía aquel régimen me sometería a él, yendo a pasar el invierno a la villa Saint-Andiol, bajo la dirección de la señora de Larnage. Sólo debía de permanecer en Montpellier cinco o seis semanas para que ella tuviese tiempo de preparar las cosas de manera que se cubriesen las apariencias. Diome amplias instrucciones acerca de lo que debía decir y de mi conducta. Entre tanto debíamos escribirnos; me habló detenidamente y con mucha formalidad de mi salud, me exhortó a consultar a gente entendida, que tuviese cuidado con lo que me prescribiesen y se encargó de hacerme ejecutar sus órdenes, por severas que fuesen, mientras permaneciese a su lado. Yo creo que hablaba sinceramente porque me quería; mil pruebas me dio de ello más elocuentes que sus favores. Por mi equipaje conoció que yo no nadaba en la opulencia, y aunque tampoco ella fuese rica, al separarnos quiso obligarme a compartir su bolsa, que de Grenoble traía bien repleta, y me vi apurado para rehusarlo. Me separé de ella, finalmente, con su imagen en el corazón y dejándole, a lo que me parece, un verdadero afecto hacia mí.

Concluí mi camino, repasándolo en mi memoria, y desde luego contentísimo de ir en buena silla para soñar más a mis anchas en los placeres que había gozado y en los prometidos. Sólo pensaba en la villa de Saint-Andiol y en la venturosa vida que en ella me esperaba; no veía más que a la señora de Larnage y a sus allegados; el resto del universo nada era para mí; hasta de *mamá* me olvidaba. Ocupábame en combinar en mi fantasía todos los detalles en que entraba la de Larnage para formarme una idea de su vivienda, de su vecindad, de su sociedad y de todo su modo de vivir. Tenía una hija, de la que repetidas veces me habló como madre cariñosa. Esta hija contaba quince años cumplidos; era vivaracha, graciosa y de un carácter amable. Se me había prometido que la hallaría cariñosa; yo no había olvidado esta promesa y tenía gran empeño en imaginar cómo trataría la señorita de Larnage al buen amigo de su madre. Tales fueron los motivos de mis delirios desde Pont-Saint-Esprit hasta Remoulin. Me habían dicho que fuese a ver el puente del Gard y no dejé de

hacerlo. Después de haberme desayunado con excelentes higos, tomé un guía y fuime a visitar el puente de Gard. Era éste el primer monumento romano que veía; esperaba encontrar una obra digna de sus constructores, y por esta vez, única en mi vida, la realidad sobrepujó a mis esperanzas. Sólo a los romanos era dado obtener tal resultado. El aspecto de aquella sencilla y admirable obra me llamó la atención, tanto más cuanto que se halla situada en medio de un desierto, donde el silencio y la soledad hacen el objeto más admirable y la impresión más viva; el pretendido puente sólo era un acueducto. Uno se pregunta cómo piedras tan enormes se trasladaron a aquel lugar tan alejado de toda cantera y cómo se reunieron millares de hombres para trabajar en medio de un desierto. Recorrí los tres pisos de este soberbio edificio, que el respeto casi me impedía hollar con mis plantas. El eco de mis pisadas bajo aquellas inmensas bóvedas me hacían imaginar la potente voz de los que las habían levantado. Me perdía como un insecto en su inmensidad. Al considerarme pequeño sentía un nosequé que elevaba mi alma, y suspirando me decía: «¿Por qué no nací romano?»

Allí permanecí largas horas en arrobadora contemplación. Volvíme pensativo y delirante, y este delirio fue muy poco favorable para la señora de Larnage. Ella habría pensado en precaverme de las mujeres de Montpellier, mas no del puente del Gard. Nunca se piensa en todo.

En Nimes fui a visitar el anfiteatro; es una obra muy superior al puente de Gard y que me impresionó mucho menos, bien porque mi admiración se hubiese agotado con el primer objeto, bien porque la situación del otro, en medio de una ciudad, fuese menos propicia para excitarla. Este vasto y magnífico circo está rodeado de casas pequeñas y feas, y otras más pequeñas y feas llenan su interior; de suerte que el conjunto sólo produce un efecto disparatado y confuso, en el que el sentimiento y la indignación ahogan el placer y la sorpresa. Posteriormente he visto el circo de Verona, mucho más pequeño y menos hermoso que el de Nimes, pero cuidado y conservado con toda la decencia y propiedad posibles, y que por esto mismo me causó una impresión más viva y agradable. Los franceses no tienen cuidado de nada y no respetan ningún monumento. Son todo fuego para emprender y no saben concluir ni conservar nada.

De tal modo cambié, y mi sensualidad, puesta en ejercicio, tan bien se había despertado, que me detuve un día en el *Pont-de-Lunel* para comer en la alegre compañía de los que en él se encontraban. Esta fonda, la más acreditada de Europa, entonces merecía serlo. Los que la tenían habían sabido sacar partido de su favorable situación, para mantenerla escogida y abundantemente provista. Realmente era una cosa curiosa hallar en una casa, sola y aislada, en medio del campo, una mesa donde aparecían pescados de mar y de agua dulce, excelente caza, vinos delicados, servidos con esa finura y

diligencia que sólo se encuentran en las casas de los grandes y de los ricos, y todo por treinta y cinco sueldos. Mas no permaneció mucho tiempo en semejante tren el *Pont-de-Lunel*, y a fuerza de extenderse su reputación, perdióla al fin por completo.

Durante el camino me olvidé de que estaba enfermo y no lo recordé hasta llegar a Montpellier. Mi flato se había curado, pero los otros males subsistían íntegros, y aunque la costumbre hizo que no lo sintiera tanto, eran lo bastante para que cualquiera que se sintiese atacado por ellos repentinamente se creyera muerto. En efecto, eran menos dolorosos que terribles, y hacían sufrir más en el espíritu que en el cuerpo, cuya destrucción parecían anunciar. De ahí provenía el que, distraído por vivas pasiones, no pensara en mi estado; mas como no era imaginario, percibíalo tan pronto como recobraba mi sangre fría. Por lo tanto, pensaba seriamente en los consejos de la señora de Larnage y en el objeto de mi viaje. Fui a consultar a los más famosos prácticos, sobre todo al señor Fizes, y por exceso de precaución me hospedé en casa de un médico. Era éste un inglés llamado Fitz-Moris, que tenía una mesa bastante numerosa de estudiantes de medicina; el enfermo hallaba en su casa la ventaja de que Fitz-Moris se contentaba con una módica pensión por la manutención y no llevaba nada a sus pensionistas por sus cuidados como médico. Se encargó de ejecutar las prescripciones de Fizes y de velar por mi salud. Pronto se cobró su trabajo por medio del régimen; en aquella pensión estaba uno seguro de no padecer nunca indigestiones, y aunque no doy importancia a otras cosas, los términos de comparación hallábanse tan cercanos, que no pude menos de convenir conmigo mismo en que el señor Torignán era mejor proveedor que Fitz-Moris. Sin embargo, como tampoco se moría uno de hambre, y como todos aquellos jóvenes eran muy divertidos, aquel modo de vivir me fue realmente provechoso, evitándome caer de nuevo en mi languidez. Empleaba la mañana en tomar medicina, sobre todo nosequé aguas, creo que las de Vals, y escribiendo a la señora de Larnage, pues la correspondencia era activa, y Rousseau se encargaba de recoger las cartas de su amigo Dudding; a mediodía iba a dar un paseo por la Canourge con algunos de nuestros jóvenes comensales, que eran todos muy buenos muchachos; luego nos reuníamos a comer. Después de comer, la mayor parte de nosotros se ocupaban en un asunto importante, cual era jugar la merienda en dos o tres partidas de mallo. Yo no jugaba, pues me faltaban fuerzas y destreza, pero apostaba, y siguiendo con el interés de la apuesta a los jugadores y sus bolas a través de caminos ásperos y pedregosos, hacía un ejercicio grato y saludable que me era conveniente. Merendábamos en una fonda fuera de la ciudad. No necesito decir que estas meriendas eran alegres; y debo añadir bastante decentes, a pesar de que las muchachas de la fonda eran lindas. Fitz-Moris, gran jugador de mallo, era nuestro presidente; y no obstante

la mala reputación de los estudiantes, puedo decir que hallé mejores costumbres y honradez en aquella juventud, de la que hubiera podido encontrar entre hombres formales. Eran más bullangueros que crapulosos, más divertidos que libertinos; y yo me adapto tan fácilmente a un método de vida, cuando es voluntario, que sólo hubiera deseado que éste durase siempre. Entre aquellos estudiantes había algunos irlandeses con los cuales procuré aprender algunas palabras inglesas, por precaución, previniéndome, puesto que la época se acercaba para marchar a Saint-Andiol. La señora de Larnage me apremiaba a cada correo y yo me disponía a obedecerla.

Era evidente que mis médicos, que no habían visto claro en mis dolencias, tomábanme por un enfermo imaginario, y me trataban en consecuencia con su quina, aguas y sueros. Enteramente al revés de los teólogos, los médicos y los filósofos no admiten como verdadero sino lo que pueden explicar, y hacen de su inteligencia la medida de lo posible. Aquellos señores no sabían nada de mi enfermedad; luego yo no estaba enfermo; porque, ¿cómo suponer que unos doctores no lo supiesen todo? Vi que sólo trataban de entretenerme y hacerme perder el dinero, y juzgando que su substituto de Saint-Andiol obtendría igual resultado que ellos, pero más agradablemente, resolví darle la preferencia, y con esta sana intención me marché de Montpellier.

Partí a fines de noviembre, después de haber permanecido mes y medio o dos en esta ciudad, donde dejé una docena de luises sin provecho para mi salud ni para mi instrucción, fuera de un curso de anatomía que había comenzado con Fitz-Moris y que me vi obligado a dejar a causa de la horrible hediondez de los cadáveres que se disecaban y que me fue imposible soportar.

Mal satisfecho de mí mismo por mi resolución, iba reflexionando, camino de Port-Saint-Esprit, que lo era igualmente de Saint-Andiol y de Chamberí. El recuerdo de mi *mamá* y de sus cartas, aunque menos frecuentes que las de la señora de Larnage, despertaban en mi alma el remordimiento que había ahogado al principio de mi marcha, y vino siendo tan vivo a la vuelta que, equilibrando el amor con el gusto, me pusieron en situación de oír la razón sola. Desde luego, en el papel de aventurero que iba a seguir nuevamente podía ser menos afortunado que la vez primera. Bastaba que hubiese en toda la villa de Saint-Andiol una sola persona que hubiese estado en Inglaterra y conociese a los ingleses o su lengua para desenmascararme. La familia de la señora de Larnage podía mirarme y tratarme con poco afecto. También inquietábame su hija, en quien pensaba, a pesar mío, más de lo que era menester; temía enamorarme de ella, y este temor hacía por sí solo la mitad del trabajo. ¿Iba yo a corromper a la hija, a trabar las más detestables relaciones, a introducir las querellas, la deshonra, el escándalo y el infierno en su casa, en pago a las bondades de la madre? Esta idea me causó espanto, y

tomé la firme resolución de combatirme y vencerme a mí mismo si desgraciadamente se apoderaba de mí deseo semejante. Mas ¿para que exponerme a aquella lucha? ¡Qué miserable estado el de vivir con la madre, que al fin me saciaría, y desear ardientemente a la hija sin poder mostrarle mi corazón! ¿Qué necesidad tenía yo de ir en busca de semejante estado y exponerme a los disgustos, a las afrentas, a los remordimientos, y todo por unos placeres cuyo mayor encanto había gozado ya de antemano? Porque es muy cierto que mi fantasía había perdido su primer fuego. El gusto del placer existía aún, mas la pasión había desaparecido. A todo esto se agregaban reflexiones referentes a mi situación, a mis deberes, a aquella *mamá* tan buena, tan generosa, que, agobiada ya de deudas, estábalo aún más con mis insensatos dispendios, que se arruinaba por mí, mientras yo la engañaba tan vilmente. Este reproche creció tanto, que al fin ganó la partida. Próximo a Saint-Esprit, tomé la determinación de no pararme en Saint-Andiol y pasar de largo. Lo ejecuté valerosamente, no sin lanzar algunos suspiros, lo confieso; mas también con la satisfacción interior, que experimentaba por vez primera, de poder decirme: «Merezco mi propia estimación, sé preferir mi deber a mi placer.» He aquí lo primero que debo verdaderamente al estudio; por él había aprendido a reflexionar y comparar. Con la pureza de principios que había adoptado hacía poco tiempo, con las reglas de prudencia y de virtud que me había formado y que tan satisfecho estaba de seguir, la vergüenza de ser tan poco consecuente conmigo mismo, de desmentir tan pronto y tan escandalosamente mis propias máximas, triunfó sobre la voluptuosidad. Quizá tomó tanta parte en mi resolución el orgullo como la virtud; mas si este orgullo no es la virtud misma, produce efectos tan semejantes que es disculpable confundirlos.

Una de las ventajas de las acciones buenas es elevar el alma y disponerla a otras mejores; porque tal es la flaqueza humana que hay que colocar en el número de las buenas acciones la abstinencia de un mal que se han tenido teantaciones de cometer. Así que hube tomado esta resolución, me convertí en otro hombre, o mejor, volví a ser el de antes, el que había desaparecido en un momento de embriaguez. Henchido de buenos sentimientos y de buenas resoluciones, proseguí mi camino con el buen intento de expiar mi falta proponiéndome arreglar en adelante mi conducta a las leyes de la virtud, consagrarme sin reserva a la mejor de las madres, a ofrecerle tanta fidelidad como cariño le profesaba y a no escuchar otro amor que el de mis deberes. ¡Ay de mí! La sinceridad con que me restituí al bien parecía prometerme otro destino; mas el mío estaba ya escrito y comenzado; y cuando mi corazón, lleno de amor por el bien y la pureza, no veía en la vida más que inocencia y ventura, tocaba ya al funesto momento que debía inaugurar la larga cadena de mis desdichas.

La prisa por llegar me hizo ser más diligente de lo que había pensado. Desde Valence habíale anunciado el día y hora de mi llegada, y habiendo adelantado media jornada sólo en mi cálculo, permanecí igual tiempo en Chaparillant con el fin de llegar exactamente a la hora que había indicado. Quería gozar con todo su atractivo el placer de volver a verla, prefiriendo diferirlo un poco, para aumentarlo con el de ser esperado. Esta precaución siempre hubo de darme buen resultado; siempre vi señalarse mi llegada por medio de una especie de fiesta. No esperaba menos esta vez, y sus halagos, que me gustaban tanto, bien valían el trabajo de conseguirlos.

Llegué, pues, exactamente a la hora indicada. De lejos iba mirando por si la veía aparecer en el camino, y el corazón me latía más fuertemente a medida que me aproximaba. Llego jadeante, pues había dejado el coche en la ciudad; a nadie veo en el patio, la puerta ni la ventana. Empecé a turbarme temiendo algún accidente. Entro; la más completa tranquilidad; los trabajadores comían en la cocina y no se notaba preparativo alguno. La criada se sorprendió al verme; ignoraba mi llegada. Subo, y veo al fin a aquella querida *mamá* tan tierna, tan pura, tan vivamente amada; corro, me precipito a sus pies: «Hola, hijo mío –dijo abrazándome–. ¿Has tenido buen viaje? ¿Cómo estás?» Este recibimiento me sorprendió un poco. Le pregunté si no había recibido mi carta, y me contestó que sí. «Yo hubiera creído que no», repliqué; y aquí acabaron las explicaciones. Hallábase con ella un joven a quien conocía yo por haberle visto en la casa antes de mi partida; mas aquella vez parecía establecido en ella, y lo estaba en efecto. En una palabra, hallé mi puesto ocupado.

Este joven era del país de Vaud, hijo de un tal Vintzenried, conserje, aunque él se llamaba capitán, del castillo de Chillón. El hijo del señor capitán era un oficial peluquero, y recorría el mundo en calidad de tal cuando se presentó a la señora de Warens, quien le acogió bien, como hacía con todos los transeúntes, y sobre todo con los de su país. Era hombre muy insulso, pelirrubio, bastante bien formado, de fisonomía y alma vulgares, que hablaba como el bello Leandro; confundía todos los tonos, todas las aficiones de su profesión con la larga historia de sus conquistas; sólo nombraba la mitad de las marquesas con quienes había tenido relaciones íntimas, y pretendía no haber peinado mujer bonita a cuyo marido no le hubiese puesto los cuernos; vano, estúpido, ignorante e insolente, aunque por lo demás era un buen muchacho. Tal fue el que me substituyó en mi ausencia y el asociado que se me ofreció a mi regreso.

¡Oh!, si las almas desprendidas de las terrestres trabas ven aún desde el seno de la luz eterna lo que pasa entre los mortales, perdona, sombra querida y respetable, si no encubro más tus faltas que las mías y si levanto igualmente el velo que cubre unas y otras a los ojos de los lectores. Debo, quiero ser veraz por ti como por mí mismo; siempre perderás en ello mucho menos que yo. Además, tu carácter

amable y dulce, la inagotable bondad de tu corazón, tu sencillez y todas tus relevantes virtudes, ¡cuán bien compensan y expían tus flaquezas, si es que así pueden llamarse a los extravíos de tu razón! Padeciste errores, pero no vicios; tu conducta fue reprensible, pero tu corazón se conservó siempre puro.

El advenedizo se había mostrado celoso, diligente, exacto en todas sus comisiones, que eran siempre en gran número, y se había convertido en capataz de sus trabajadores. Tan activo como yo quieto, hacíase ver y sobre todo oír, al par, en el arado, en los henos, en el bosque, en la cuadra y en el corral. Sólo descuidaba el jardín, porque era un trabajo harto apacible, en el cual no podía meterse ruido. Su mayor placer consistía en cargar y acarrear, en aserrar o partir leña; siempre se le veía empuñando el hacha o el azadón; se le oía correr, golpear y gritar a voz en cuello. No sé por cuántos hombres trabajaba, pero metía ruido por diez o doce. Aquel alboroto subyugó a mi pobre *mamá,* que creyó descubrir una alhaja para sus intereses, y queriendo granjeárselo, empleó todos los medios que le parecieron conducentes, sin olvidar aquel en que más confiaba.

Ya debe conocerse mi corazón, sus sentimientos más constantes, más verdaderos, sobre todo los que a la sazón me conducían al lado de ella. ¡Qué rápido trastorno en todo mi ser! Póngase cada uno en mi lugar para juzgarlo. En un instante vi desvanecerse para siempre todo el porvenir de ventura que yo me había imaginado. Todas las ideas placenteras que tan afectuosamente acariciaba huyeron; y yo, que desde mi infancia no podía concebir mi existencia separada de la suya, me vi solo por vez primera. Aquel momento fue horrible; los que le siguieron fueron siempre sombríos. Yo era joven aún, pero la dulzura de las ilusiones y de las esperanzas que vivifican la juventud me abandonó para siempre. Desde entonces el ser sensible permaneció medio muerto. Ya no vi para lo por venir más que los tristes restos de una vida insípida; y si alguna vez aún dio algún aliento a mis deseos una imagen de felicidad, no era ésta la que me convenía; sospechaba que, aun obteniéndola, no sería realmente dichoso.

Era yo tan simple y mi confianza tan completa, que a pesar de que el advenedizo usaba un tono familiar que me parecía efecto de la franqueza de *mamá,* que atraía hacia sí a todo el mundo, nunca se me hubiera ocurrido presumir la verdadera causa, a no habérmela revelado ella misma; pero apresuróse a confesármelo todo con franqueza capaz de aumentar mi rabia si ésta hubiese podido entrar en mi corazón, afirmando que la cosa no tenía nada de particular, echándome en cara mi negligencia en la casa y alegando mis frecuentes ausencias, como si su temperamento la hubiese inducido a llenar el vacío que yo con mis viajes dejaba. «¡Ah *mamá*! –le dije con el corazón oprimido por el dolor–. ¿Cómo tienes valor para decirme eso? ¡Qué pago para un afecto semejante al mío! ¡Me has conservado la vida mil veces sólo para quitarme lo que me la hacía

estimable! Moriré, pero me echarás de menos.» A lo que respondió con un tono tranquilo, como para volverse loco, que yo era un niño y que nadie se moría por eso; que nada perdería con ello; que no dejaríamos de ser tan buenos amigos como antes, y tan íntimos, en todos sentidos; que su tierno afecto hacia mí no podía cesar sino con su vida. En una palabra, me dio a entender que todos mis derechos permanecían intactos y que no se me privaba de ellos, aunque los compartiera con otro.

Jamás la pureza, la verdad, la fuerza de mi cariño hacia ella; jamás la sinceridad, la honestidad y el vigor de mis sentimientos reveláronse a mi alma con tanta energía como en aquel momento. Me precipité a sus pies y abracé sus rodillas deshecho en lágrimas. «No, *mamá* –le dije con efusión–; te amo demasiado para envilecerte; tu posesión me es demasiado apreciada para compartirla; el pesar que acompañó su adquisición ha crecido con mi amor; no, no puedo conservarla al mismo precio. Siempre te adoraré; hazte digna de ello; todavía me es más necesario honrarte que poseerte. Te cedo a ti misma, ¡oh *mamá*!; sacrifico todos mis placeres a la unión de nuestros corazones. ¡Muera yo mil veces antes de permitir nada que degrade al objeto de mi amor!»

Cumplí esta resolución, me atrevo a decirlo, con una constancia digna del sentimiento que me indujo a tomarla; desde este momento ya no vi a aquella *mamá* tan querida sino con los ojos de un verdadero hijo; y es de notar que aunque en su interior no aprobaba mi resolución, como tuve ocasión de observarlo, jamás empleó para hacerme renunciar a ella insinuaciones, ni caricias, ni ninguna de esas diestras zalamerías que tan bien manejan las mujeres sin comprometerse y que raras veces dejan de salirles bien. Reducido a procurarme una posición independiente de ella, no pudiendo siquiera imaginarla, pronto pasé al extremo opuesto y la busqué en ella exclusivamente. Y tanto me empeñé en lograrlo, que casi llegué a olvidarme de mí mismo. El deseo ardiente de verla feliz a todo evento absorbía todas mis aficiones; por más que ello separase de la mía su felicidad, yo consideraba la suya como mía a despecho suyo.

Así, con mis desgracias comenzaron a germinar mis virtudes, cuya semilla estaba en el fondo de mi alma; el estudio las había cultivado, y para desarrollarse sólo esperaban el fermento de la adversidad. El primer fruto de esta disposición tan desinteresada fue alejar de mi corazón todo sentimiento de odio y de envidia contra el que me había suplantado; al contrario, quise con sinceridad bienquistarme con aquel joven, dedicarme a formarle, a educarle, a hacerle conocer todo el precio de su fortuna, a convertirlo en digno de ella si fuese posible; en una palabra, a hacer por él todo lo que Anet hizo por mí en ocasión semejante. Mas faltaba la paridad entre las personas. Teniendo yo mayor dulzura y más luces, carecía de la sangre fría y de la firmeza de Anet, así como de aquella entereza de

carácter que imponía y que tanto hubiera necesitado para salir adelante en mi empresa. Además, tampoco hallé en aquel joven las cualidades que Anet había encontrado en mí: la docilidad, el afecto, la gratitud, sobre todo el sentimiento que a mí me animaba de la necesidad de sus cuidados y el deseo ardiente de procurar que me fuesen de utilidad. Ahora faltaba todo esto. Aquel a quien yo quería formar sólo veía en mí un pedante sin más que la cháchara. Es más, hasta se admiraba a sí mismo como a un hombre importante en la casa, y midiendo los servicios que creía prestar por el ruido que metía, consideraba sus hachas y azadones como infinitamente más útiles que todos mis librotes. Hasta cierto punto no le faltaba razón; pero señoreado por esta idea se daba una importancia capaz de hacer reventar de risa. Se las echaba con los labradores de hidalgo lugareño; a poco hizo lo mismo conmigo y, al fin, con *mamá*. Pareciéndole poco noble su nombre de Vintzenried, lo cambió por el de señor de Courtilles; y bajo este último fue conocido después en Chamberí y en Maurienne, donde se ha casado.

En fin, tanto se las dio de ilustre personaje, que acabó por serlo todo en la casa, y yo nada. Como cuando yo tenía la desdicha de disgustarle era a *mamá* a quien regañaba y no a mí, el temor de exponerla a sus brutalidades sometíame dócilmente a sus exigencias, y cada vez que partía leña, empleo que desempeñaba con singular altanería, preciso era que yo permaneciese allí como espectador ocioso y como tranquilo admirador de su proeza. Sin embargo, este muchacho no carecía enteramente de buen fondo; quería a *mamá*, porque era imposible no quererla; a mí mismo no me tenía aversión; y cuando los intervalos de su impetuosidad permitían hablarle, a veces nos escuchaba con bastante docilidad y convenía francamente en que era un mentecato; después de lo cual, no dejaba de cometer nuevas tonterías. Por otra parte, su inteligencia era tan limitada y sus gustos tan bajos, que difícilmente se podía razonar con él y era casi imposible complacerse en su trato. A la posesión de una mujer llena de encantos añadió la salsa de una doncella vieja, de pelo rojo y desdentada, cuyo desagradable servicio *mamá* tenía la paciencia de soportar, aunque le revolvía el estómago. Yo eché de ver este nuevo manejo, que me exasperó de indignación; pero observé también otra cosa que me afectó más vivamente todavía y me hundió en un profundo abatimiento más que todo cuanto hasta entonces había sucedido, y fue la frialdad de *mamá* conmigo.

La privación que habíame impuesto y que ella hizo como que aprobaba es una de las cosas que las mujeres no perdonan nunca, aunque no lo demuestran, no tanto por la privación que para ellas resulta, cuanto por la indiferencia con que se mira su posesión. Supóngase la mujer más filosófica, menos afecta al goce de los sentidos; el crimen más imperdonable que el hombre que menos le interese puede cometer con ella es que, pudiendo poseerla, no lo haga.

Forzoso es que esta regla no tenga excepción, pues alteró una simpatía tan natural y tan fuerte, una abstinencia que no reconocía más causa que la virtud, la estimación y el afecto. A partir de entonces, cesé de encontrar en ella esa afinidad de los corazones que fue siempre la mayor ventura para el mío. Ya no se desahogaba conmigo sino cuando tenía que lamentarse del recién venido; cuando se hallaban en buena armonía, se mostraba menos confidencial. Finalmente fue poco a poco adquiriendo un modo de vivir en el que yo ya no figuraba para nada. Mi presencia le complacía aún, pero ya no le era indispensable; y aunque hubiese pasado días enteros sin verme, no se hubiera dado cuenta de ello.

Insensiblemente me hallé aislado y solo en aquella casa de la que antes fuera el alma, y donde, por decirlo así, hallábame como un suplente. Poco a poco me acostumbré a separarme de cuanto en ella se hacía, como también de los que la habitaban; y para ahorrarme continuas amarguras, encerrábame con mis libros, o me iba a suspirar o llorar en la soledad de los bosques. Pronto me fue esta vida del todo insoportable. Comprendía que la presencia personal y el alejamiento de corazón de una mujer que tanto amaba irritaba mi dolor, y que cesando de verla sentiría menos cruelmente la separación. Formé el proyecto de abandonar la casa, se lo dije y, lejos de oponerse, convino en ello. Tenía ella en Grenoble una amiga, llamada la señora Deybens, cuyo marido estaba relacionado con el señor de Mably, gran preboste de Lyón. El señor Deybens me propuso el cargo de maestro de los hijos del señor de Mably, yo acepté y partí para Lyón sin dejar tras de mí ni casi sentir el menor pesar por una separación cuya sola idea nos hubiera costado en otro tiempo las angustias de la muerte.

Poseía casi todos los conocimientos necesarios para un preceptor y creía tener la disposición indispensable para serlo; mas durante el año que permanecí en casa del señor de Mably tuve ocasión de desengañarme. La dulzura de mi carácter me hubiera hecho muy a propósito para el caso, si el arrebato no hubiese dado lugar a tempestades. Mientras todo iba bien y veía que mis cuidados y fatigas producían resultado, ningún trabajo me dolía y era un ángel; pero era un diablo cuando las cosas iban mal. Si mis alumnos no me entendían, me exasperaba, y cuando se mostraban indóciles, les habría matado; esto no era seguramente el mejor medio de hacerles sabios y prudentes. Uno de ocho a nueve años, llamado Sainte-Marie, era de buena figura, de inteligencia bastante despejada, vivo, bullicioso y muy tarambana, pero divertido y alegre en su malignidad. El menor, llamado Condillac, parecía casi estúpido, huraño, más testarudo que un borrico e incapaz de aprender nada. Como puede suponerse, con este par de cabezas de nada servía mi trabajo; a fuerza de paciencia y sangre fría, tal vez habría salido del paso; mas faltándome una y otra, no hice nada que valiese la pena, y mis

alumnos no adelantaban nada. No me faltaba asiduidad, pero sí entereza y sobre todo prudencia. Sólo acertaba a emplear tres medios inútiles siempre y frecuentemente perniciosos con los niños: el sentimiento, los razonamiemtos y la cólera. Ya me enternecía con Sainte-Marie hasta derramar lágrimas y quería enternecerle, como si el muchacho hubiese sido susceptible de una emoción verdadera; ya me fatigaba haciéndole discursos, como si hubiese podido entenderme; y como a veces me contestaba con mucha sutileza, le tomaba de veras por razonable, porque era razonador. El pequeño Condillac era todavía más embarazoso, pues sin entender nada, ni responder nada, ni conmoverse por nada y obstinado a toda prueba, nunca triunfaba mejor de mí que cuando me había encolerizado; entonces él era el discreto y yo el niño. Yo veía todas mis faltas y dolíame; estudiaba el carácter de mis alumnos, penetraba perfectamente en su interior y no creo que ni una sola vez me viese engañado por sus mañas. Mas ¿de qué servía ver el mal sin saber aplicar el remedio? Conociéndolo todo, nada evitaba, nada lograba y hacía todo lo que no debía hacer.

No obtenía casi mejor resultado para mí que para mis discípulos. La señora Deybens me había recomendado a la de Mably. Aquélla había rogado a ésta que procurase formar mis maneras y comunicarme el tono de sociedad. La de Mably hizo algo para conseguirlo y quiso que yo aprendiese a hacer los honores de su casa. Pero lo hice tan mal, de manera tan vergonzosa y simple, que pronto se disgustó y dejóme plantado. Esto no impidió que, según mi costumbre, me enamorase de ella, lo que dejé traslucir lo bastante para que se lo figurara, pero nunca osé declararme. No la encontré dispuesta a tomar la iniciativa y me quedé con mis miradas y mis suspiros, de lo que luego me cansé yo mismo, viendo que a nada conducían.

En casa de *mamá* había perdido enteramente mi afición a robar bagatelas, porque perteneciéndome todo, nada tenía que robar. Además, los elevados principios que me había forjado debían hacerme para lo sucesivo superior a tales bajezas, y es muy cierto que desde entonces generalmente lo he sido; pero no es tanto por haber cortado la raíz como por haber aprendido a vencer mis tentaciones; y temería mucho volver a robar, como en mi infancia, si me viese sujeto a iguales deseos. Se me ofreció una prueba de esto en casa del señor de Mably. Rodeado allí de varias chucherías que ni siquiera miraba, se me antojó codiciar cierto vinillo blanco de Arboix, muy agradable, a que me habían aficionado algunos vasos, que de vez en cuando bebía en la mesa. Estaba algo áspero; yo creía saber clarificarlo; me lo confiaron y lo clarifiqué deteriorándolo, aunque sólo a la vista, pues fue siempre sabroso, y esto hizo que me apoderase de algunas botellas de cuando en cuando para beberlo a mis anchas particularmente. Por desgracia, nunca he podido beber sin comer; mas ¿cómo componérmelas para tener pan? Guardarlo

era imposible; mandarlo comprar por lo lacayos era descubrirme y casi insultar al amo de la casa, y no me atreví a comprarlo yo mismo; todo un caballero con espada al cinto, ¿podía ir a buscar un pedazo de pan a una tahona? Me acordé entonces de lo que contestó una princesa a quien dijeron que los labradores no tenían pan: «Que coman tortas.» ¡Cuántas dificultades para lograrlo! Saliendo sólo para este objeto recorría a veces toda la ciudad y pasaba por delante de treinta pastelerías antes de entrar en ninguna. Preciso era que no hubiese en la tienda más que una persona y que su fisonomía me inspirase mucha confianza para que me atreviese a pisar el umbral. Mas una vez dueño de mi cara torta y encerrado en mi cuarto, iba a sacar mi botella del fondo de un armario.¡Qué deliciosas comidillas hacía allí solo leyendo algunas páginas de novelas! Porque leer comiendo fue siempre mi mayor capricho, a falta de mejor compañía: es el suplemento de la sociedad que me falta. Alternativamente devoro una página y un bocado; es como si mi libro comiese conmigo.

Jamás he sido disoluto ni crapuloso, ni me he embriagado en la vida. Así, pues, mis pequeños robos no eran muy indiscretos; sin embargo, fueron descubiertos; las botellas me vendieron. No me lo dieron a entender, pero me quitaron el encargo de la bodega. En todo esto el señor de Mably se conducía con discreción y prudencia. Era un hombre muy galante, que bajo un aspecto tan duro como su empleo poseía un carácter verdaderamente dulce y una rara bondad de sentimientos; era juicioso, equitativo y, lo que no podría esperarse de un oficial de la prebostería, hasta muy humano. Agradeciendo su indulgencia, le cobré mayor afecto, y esto fue causa de que prolongase mi estancia en su casa más de lo que de otra suerte lo hubiera hecho. Pero al fin, disgustado de un empleo para el cual no servía, y de una situación muy embarazosa que nada tenía de agradable para mí, después de un año de prueba, durante el cual no escaseé mis cuidados, resolvíme a dejar a mis discípulos, profundamente convencido de que jamás lograría educarlos bien. El mismo señor de Mably lo veía tan claramente como yo; sin embargo, creo que nunca se hubiera resuelto despedirme si yo no le hubiese ahorrado este trabajo, exceso de condescendencia que yo no apruebo seguramente en semejante caso.

Lo que hacíame más insoportable mi estado era la continua comparación que establecía entre él y el que anteriormente tenía; el recuerdo de mi querida casa de las Charmettes, de mi jardín, de mis árboles, de mi fuente, de mi vergel, y sobre todo de aquella para quien yo había nacido, que daba vida a todo esto. Volviendo a pensar en ella, en mis placeres, en nuestra inocente vida, oprimíaseme el corazón, el ahogo me dejaba sin aliento para hacer nada. Cien veces me acometió el deseo de partir repentinamente y a pie para volar a su lado; con tal de verla una vez siquiera, hubiera

muerto contento en seguida. Al fin no pude resistir tan tiernos recuerdos, que me impelían hacia ella a toda costa. Decíame yo que no había sabido tener suficiente paciencia, que no había sido bastante complaciente y cariñoso; que todavía podía vivir feliz en el seno de una amistad tan dulce, poniendo algo más de mi parte. Formé los más bellos proyectos del mundo y estaba frenético por ejecutarlos. Entonces lo dejé todo, renuncié a todo, partí, volé, llegué con todo el arrebato de mi juventud primera, y me encontré de nuevo a sus pies. ¡Ah!, hubiera muerto allí de gozo si hubiese vuelto a encontrar en su acogida, en sus ojos, en sus caricias, en su corazón, en fin, la cuarta parte de lo que en ella encontraba en otro tiempo y de lo que yo le llevaba todavía.

¡Horrible ilusión de las cosas humanas! Me recibió con aquella cordial excelencia que no podía acabar sino con ella; pero yo iba en busca de un pasado que ya no existía y cuyo renacimiento era imposible. Apenas transcurrida media hora, cuando sentí muerta para siempre mi antigua felicidad. Nuevamente me hallé en la misma situación desoladora que habíame visto forzado a abandonar, y esto sin que pudiese achacarlo a nadie, porque en el fondo Courtilles no era malo y pareció verme con más gusto que desagrado. Mas ¿cómo sufrir verme de supernumerario cerca de aquella para quien lo había sido todo y que no podía dejar de serlo todo para mí? ¿Cómo vivir cual extraño en la casa donde había sido hijo? El aspecto de los objetos de mi pasada felicidad me hacían la comparación más cruel. En otra vivienda no hubiera sufrido tanto; pero ver incesantemente seres que me recordaban momentos tan dulces era irritar el dolor de mi pérdida. Consumido por vanos pesares, sumergido en la más negra melancolía, volví a tomar la costumbre de permanecer solo, fuera de las horas de comer. Encerrado con mis libros, buscaba en ellos distracción provechosa; y sintiendo el peligro inminente que antes tanto había temido, me mortificaba con el fin de hallar en mí mismo los medios de remediarlo cuando *mamá* quedase exhausta de recursos. Yo había dispuesto en su casa las cosas de modo que marchase todo sin empeorar; pero después de mi salida todo había cambiado. Su mayordomo era un disipador; quería brillar, lucir buen caballo y buen tren; le gustaba presentarse a lo noble delante de los vecinos; acometía, sin cesar, empresas de las que no entendía palabra; la pensión, de la cual reteníanle la cuarta parte, se gastaba por adelantado; los alquileres iban atrasados y las deudas aumentando. Yo preveía que la pensión sería embargada en breve y quizá suprimida. En fin, sólo ruina y desastres vislumbraba, y tan cercano me parecía el momento, que experimentaba con anticipación todos sus horrores.

Mi querido gabinete era mi única distracción. A fuerza de buscar en él remedios contra la turbación de mi espíritu, me apliqué a buscarlos contra los males que presentía, y volviendo a mis antiguas

ideas, me llené la cabeza de nuevos planes utópicos para sacar a *mamá* de la fatal estrechez en que la veía próxima a hundirse. No me sentía con bastantes conocimientos ni bastante ingenio para figurar en la república de las letras y adquirir una fortuna por este camino, y una nueva idea que se me presentó inspiróme la confianza que no podía proporcionarme la medianía de mi capacidad. No había abandonado la música, aunque hubiese dejado de enseñarla; al contrario, había estudiado la teoría lo suficiente para considerarme perito en esta parte. Reflexionando sobre el trabajo que me había costado aprender y descifrar las notas musicales, y en el que me costaba aún cantar de repente, pensé que dicha dificultad podía muy bien provenir lo mismo de la cosa como de mí, sobre todo sabiendo que, en general, el aprender música no es para nadie cosa fácil. Examinado la combinación de los signos, a menudo se me antojaban mal inventados. Muy anteriormente había pensado en notar la escala por medio de cifras, a fin de evitar tener que trazar siempre líneas y pentagramas cuando se había de notar la más pequeña cantata. Pero hubo de detenerme la dificultad de las octavas y la del compás y valores de las notas. Esta antigua idea se reprodujo en mi mente, y discurriendo de nuevo sobre ella, vi que estas dificultades no eran insuperables. Medité acerca del asunto con buen éxito y logré notar alguna pieza de música por medio de mis cifras con la mayor exactitud, y puedo añadir que con la mayor sencillez. Desde este momento di por hecha mi fortuna; y con el ardiente deseo de compartirla con aquella a quien todo lo debía, no tuve otro anhelo que marchar a París, convencido de que, presentando mi innovación a la Academia, causaría una revolución. Me había traído de Lyón algún dinero, vendí mis libros, y en quince días mi resolución quedó tomada y ejecutada. Al fin, presa de las magníficas ideas que me habían inspirado, y siempre el mismo en todos los tiempos, partí de Saboya con mi sistema de música, como partí en otro tiempo de Turín con mi fuente de Herón.

Tales han sido los errores y faltas de mi juventud. He narrado su historia con una fidelidad que por completo me satisface. Si en lo sucesivo he honrado mi edad madura con algunas virtudes, con igual franqueza lo refiriera, y éste era mi designio; pero es preciso que me detenga aquí. El tiempo puede levantar muchos velos. Si mi memoria llega a la posteridad, acaso sepa ésta algún día lo que tenía que decir. Entonces se sabrá por qué me callo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

PARTE SEGUNDA

LIBRO SÉPTIMO

1741.—Después de dos años de silencio y de paciencia, a pesar de mi resolución, vuelvo a tomar la pluma. Lector: suspende tu juicio acerca de los motivos que me obligan a ello, porque no puedes juzgar hasta después de haberme leído.

Se ha visto deslizarse mi apacible juventud en una vida tranquila, suave por demás, sin reveses excesivos ni exageradas bienandanzas. Esta medianía fue en gran parte efecto de mi naturaleza, ardiente sí, pero débil, y más propia para descorazonarme que para animar; la cual, abandonando el reposo por medio de sacudidas violentas, pero volviendo a él por cansancio y por gusto, conduciéndome siempre lejos de las grandes virtudes y aun más de los grandes vicios, a los que una vida ociosa y tranquila me inclinaba, jamás me permitió en bien ni en mal lanzarme a nada grande.

¡Qué cuadro tan diferente tendré que trazar dentro de poco! La suerte, que durante treinta años favoreció mis inclinaciones, las contrarió durante otros treinta; y de esta oposición continuada entre mi situación y mis inclinaciones se verán nacer faltas enormes, inauditas desventuras y, excepto la fuerza, todas las virtudes que pueden honrar a la adversidad.

La primera parte de mi vida ha sido escrita toda de memoria y, por lo tanto, he debido cometer muchos errores. Obligado a escribir la segunda de memoria también, probablemente cometeré muchos más. Los dulces recuerdos de mis bellos años, pasados con tanta tranquilidad como inocencia, me han dejado mil gratas impresiones que me halaga de continuo recordar. Pronto se verá cuán diferentes son los del resto de mi existencia. Recordarlos es renovar su amargura. Lejos de agriar la de mi situación con estos tristes recuerdos, los evito cuanto puedo; y a veces lo he logrado hasta el punto de no poder hacerlos revivir cuando me ha convenido. Esta

facilidad de olvidar los males es un consuelo que el cielo me ha concedido en medio de los que un día la suerte debía acumular sobre mí. Mi memoria, que únicamente me recuerda los objetos agradables, es el feliz contrapeso de mi espantada fantasía, que sólo me hace prever desdichas en el porvenir.

Cuantos papeles hube de juntar para suplir a mi memoria y guiarme en esta empresa han pasado a otras manos y jamás volverán a las mías.

Sólo me queda un guía fiel de que servirme: la cadena de sentimientos que han señalado la sucesión de mi ser, y con ellos la de los acontecimientos que han sido sus causas o sus efectos. Fácilmente olvido mis pesares, mas nunca mis faltas, y menos aún mis buenos sentimientos. Me es harto grato su recuerdo para que se borren de mi corazón. Puedo cometer omisiones en los hechos, transposiciones, errores de fechas, mas no puedo equivocarme acerca de lo que he sentido, ni acerca de lo que mis sentimientos me han inducido a ejecutar; y he aquí de lo que se trata principalmente. El verdadero objeto de mis confesiones es descubrir con exactitud mi intimidad en todas las situaciones. He prometido la historia de mi alma, y para escribirla con fidelidad no necesito otros recuerdos: me basta, como lo he dicho hasta aquí, con entrar dentro de mí mismo.

Hay, sin embargo, felizmente, un intervalo de seis o siete años del cual tengo datos seguros merced a una colección de copias de cartas, cuyos originales obran en poder del señor Du Peyrou. Esta colección, que acaba en el año 1760, comprende todo el tiempo de mi permanencia en l'Ermitage y de mi rompimiento con los que se llamaban amigos míos; época memorable de mi vida, que fue el manantial de todas mis desdichas. Con respecto a las cartas originales más recientes que pueden quedarme y que son en número muy reducido, en vez de transcribirlas al final de la colección, harto voluminosa para que pueda esperar sustraerla a la vigilancia de mis Argos, las copiaré en este mismo escrito cuando crea que pueden derramar alguna claridad, ya sea en favor, ya en contra mía, pues no temo que el lector olvide alguna vez que escribo mis confesiones en la creencia de que hago mi apología, pero tampoco debe esperarse que me calle de verdad cuando ésta me enaltezca.

Por lo demás, esta segunda parte no tiene de común con la primera más que la verdad, ni tiene sobre ella otra ventaja que la importancia de los hechos. Fuera de esto, no puede menos de serle inferior en todo. Escribía la primera con placer, con complacencia, a satisfacción, en Wooton o en el castillo de Trye [1]; todos los recuerdos que tenía que renovar eran otros tantos goces. Los refrescaba sin cesar con nueva fruición y podía dar vueltas a mis descripciones sin dificultad hasta que me satisfaciesen. Hoy día, mi

---

[1] Del príncipe de Conti. Quedan las ruinas, a quince leguas de París.—*N. del T.*

memoria y mi cabeza debilitadas, me hacen incapaz para todo trabajo; me ocupo en éste casi por fuerza y con el corazón oprimido por la angustia. No me ofrece más que desventuras, traiciones, perfidias, recuerdos tristes y desgarradores. Yo quisiera encerrar, por todo lo del mundo, en la noche de los tiempos lo que tengo que decir; y obligado a hablar contra mi voluntad, me veo reducido también a ocultarme, a valerme de astucias, a procurar engaños, a envilecerme con las cosas menos adecuadas a mi naturaleza. El suelo que piso tiene ojos, las paredes que me rodean tienen oídos; cercado de espías y vigilantes malévolos que me celan, inquieto y perturbado estampo apresuradamente en el papel algunas palabras interrumpidas, que apenas tengo tiempo de releer y menos aún de corregir. Sé que, a pesar de las inmensas barreras que se amontonan a mi alrededor, siempre temen que la verdad se escape por alguna hendedura. ¿Cómo saltarlas? Lo intento con escasa esperanza. Júzguese si así pueden trazarse agradables cuadros y comunicarles un colorido halagüeño. Advierto, pues, a los que quieran emprender esta lectura que al proseguirla nada puede distraer su fastidio, si no es el deseo de acabar de conocer a un hombre y el amor sincero a la justicia y a la verdad.

Dejé la primera parte cuando, partiendo con pesar, depositando mi corazón en las Charmettes y forjándome mi última ilusión, proyecté llevar allá algún día a los pies de la señora de Warens los tesoros que hubiese adquirido, y contando con mi sistema musical como con una fortuna segura.

Me detuve algún tiempo en Lyón con objeto de visitar a mis conocidos, buscarme algunas recomendaciones para París y vender mis libros de geometría que me había llevado. Todos me dispensaron buena acogida. Los señores de Mably manifestaron el placer que les causaba mi visita y me dieron de comer durante algunos días. En su casa trabé conocimiento con el abate de Mably, como asimismo con el abate Condillac, los cuales habían ido a visitar a su hermano. El primero me dio algunas cartas para París, entre ellas una para Fontenelle y otra para el conde de Caylus. Ambas relaciones me fueron muy gratas, sobre todo la primera, que no ha cesado de manifestarme amistad hasta su último instante y de darme en nuestras entrevistas consejos que hubiera debido aprovechar mejor.

Volví a ver al señor de Bordes, a quien conocía de mucho antes y que a menudo me había favorecido con gusto y verdadera satisfacción. En aquel momento le encontré como siempre. Por mediación suya pude vender mis libros y me dio o me procuró recomendaciones para París. Vi de nuevo también al señor intendente, con quien trabé conocimiento gracias a Bordes, y a quien debí una recomendación para el duque de Richelieu, que fue a Lyón por entonces. Fuile presentado por el señor Pallu: me recibió bien y me dijo que fuese a verle a París, lo que hice varias veces, y no obstante

el conocimiento de tan elevado personaje, de quien hablaré con frecuencia, nunca me fue útil para nada.

Vi de nuevo al músico señor David, que me había ayudado en la estrechez sufrida durante uno de mis viajes precedentes. Me había dado o prestado un gorro y unas medias, que no le he devuelto ni me ha pedido nunca, a pesar de haberle visto varias veces desde entonces. Más adelante, empero, hícele un regalo que equivalía, sobre poco más o menos, a lo recibido, y aun diría de más valor si se tratara de lo que he adeudado, mas se trata de lo que he hecho, y desgraciadamente no es lo mismo.

También vi nuevamente al noble y generoso Perrichón, quien me dio pruebas de su ordinaria magnificencia, pues me dispensó el mismo obsequio que antes hiciera al gentil Bernard, pagándome el puesto de la diligencia. Volví a ver al cirujano Parisot, el mejor y más bondadoso de los hombres; volví a ver a su querida Godefroi, a quien sustentaba hacía diez años y cuya dulzura de carácter y bondad de corazón constituían casi todo su mérito, pero a quien no se podía tratar sin interés ni abandonar sin enternecerse, pues se hallaba en el último grado de una tisis que la mató al poco tiempo. Nada manifiesta tanto las verdaderas inclinaciones de un hombre como las clases de relaciones que contrae [1]. El que veía a la dulce Godefroi conocía al buen Parisot.

Yo estaba obligado a todas estas personas. Más adelante me olvidé de todas, no por ingratitud, a buen seguro, sino a causa de esa pereza invencible que con frecuencia me ha hecho parecer ingrato; jamás se ha borrado de mi corazón la gratitud que les debo; pero me hubiera costado mucho menos darles de ello una prueba evidente que manifestárselo con mi asiduidad. La exactitud en escribir ha estado siempre por encima de mis fuerzas; cuando empiezo a dejar pasar tiempo, la vergüenza y la dificultad de reparar mi falta me la hacen agravar, y ya no escribo. Por lo tanto, he guardado silencio y ha parecido que les olvidaba. Parisot y Perrichón ni siquiera se han fijado en ello, y siempre han sido los mismos para mí; mas en cuanto a Bordes, se verá, veinte años después, hasta dónde llega la venganza del amor propio de un hombre presumido que se cree menospreciado.

Antes de salir de Lyón no debo olvidar una amable persona que volví a ver con más placer que nunca, y que dejó en mi corazón

---

[1] A menos que no se haya equivocado en su elección o que aquella a la cual se ha unido haya cambiado después de carácter, debido a causas extraordinarias, cosa que no es de todo punto imposible. Si se admitiera sin excepción esta consecuencia, debería juzgarse a Sócrates por su mujer Xantipa, y a Dión por su amigo Calippo, lo que sería el más inicuo y más falso juicio que jamás se haya formado. Por lo demás, no se haga ninguna aplicación injuriosa a mi mujer. Ella es, a la verdad, más corta y fácil de engañar de lo que yo había creído; pero por su carácter casto, excelente, sin malicia, es digna de toda estimación y se la tendré mientras viva.

tiernos recuerdos: es la señorita de Serre, de quien he hablado en la primera parte [1], y con quien había trabado nuevas relaciones mientras estuve en casa del señor de Mably. Como disponía de más tiempo en este viaje, la vi más a menudo; mi corazón se prendó grandemente de ella y tuve motivos para creer que el suyo no me era hostil; pero me hizo una revelación que me quitó todo deseo de abusar de su cariño. Ella no tenía nada, yo tampoco; nuestras situaciones eran harto semejantes para unirnos, y con las miras que yo llevaba estaba muy lejos de pensar en el matrimonio. Me hizo saber que un joven comerciante, llamado Genève, parecía querer casarse con ella. Le vi en su casa una o dos veces; me pareció hombre de bien, y por tal pasaba. Persuadido de que con él sería dichosa, deseé que se unieran, lo que se efectuó posteriormente; y para no turbar sus inocentes amores, me apresuré a partir, haciendo votos por la felicidad de esta encantadora joven, votos que no han sido oídos aquí abajo sino por breve tiempo, pues supe que había muerto a los dos o tres años de casada. Ocupado durante todo el camino con el recuerdo de mi dulce pesar, sentí y he sentido, posteriormente, a menudo, pensando de nuevo en ello, que si los sacrificios que se hacen en aras del deber y de la virtud exigen un esfuerzo, queda éste bien recompensado por los recuerdos dulces que deja en el fondo de nuestro corazón.

Así como en mi primer viaje había visto a París por su lado feo, en el presente lo vi por su lado brillante; no me refiero ciertamente a mi morada, pues gracias a unas señas que me había dado el señor Bordes fui a parar a la fonda de San Quintín, calle de los Cordeleros, cerca de la Sorbona, calle fea, fonda fea y cuarto feo, pero donde, sin embargo, se habían albergado hombres de mérito, tales como Gresset, Bordes, los abates de Mably, de Condillac y muchos otros, a ninguno de los cuales, por desdicha, encontré; hallé, empero, a un cierto señor de Bonnefond, hidalgüelo cojo, litigante, que se las echaba de purista, a quien debí el conocimiento del señor Roguin, decano ahora de mis amigos, y por su conducto el del filósofo Diderot, de quien tendré que hablar mucho en lo sucesivo.

Llegué a París por el otoño de 1741, con quince luises de moneda corriente, mi comedia *Narciso* y mi proyecto de música por todo recurso, teniendo, por consecuencia, poco tiempo que perder para sacar de él algún provecho. Me apresuré a presentar mis recomendaciones. Un joven que llega a París, como tenga una regular figura y haga vislumbrar su talento, está siempre seguro de hallar buena acogida. Tal fue la mía, y esto me proporcionó muy buenos ratos, sin conducirme a gran cosa. De todas las personas a quienes fui recomendado, sólo tres me sirvieron: el señor Damesin, hidalgo saboyano, entonces caballerizo y creo que favorito de la señora princesa

---

[1] Libro IV.

de Cariñán; el señor de Boze, secretario de la Academia de las Inscripciones y conservador de las medallas del gabinete del rey, y el padre Castel, jesuita, autor de la clave ocular. Todas estas recomendaciones, excepto la del señor Damesin, me provenían del abate de Mably.

El señor Damesin me proporcionó lo más necesario merced a dos relaciones que me procuró: la del señor de Gasc, presidente en el Parlamento de Burdeos, y que tocaba perfectamente el violín, y a la del señor abate de León, que por entonces vivía en la Sorbona, joven caballero muy amable, muerto en la flor de la vida después de haber brillado breve tiempo en el mundo bajo el nombre de caballero de Rohan. Uno y otro tuvieron la humorada de aprender la composición. Les di lecciones algunos meses, y esto contribuyó a sostener un poco mi escuálida bolsa. El abate de León me cobró amistad y quiso tomarme de secretario; pero como no era rico no pudo ofrecerme más que ochocientos francos, que rehusé con pesar, pues no eran suficientes para pagar mi vivienda, mi alimentación y mis demás atenciones.

El señor de Boze me recibió muy bien, apreciaba los conocimientos, y él, por su parte, los poseía, pero era un poco pedante. Su señora hubiera podido ser su hija; era llamativa y presumida. Yo dormía algunas veces en su casa, y no puede darse un aspecto más soso ni más estúpido que el que yo tenía, colocado enfrente de ella. Me intimaba su desenfado, poniendo más de relieve mi cortedad. Cuando me presentaban un plato, adelantaba mi tenedor para tomar modestamente un trocito de lo que ella me ofrecía, devolviéndole al criado el plato que me destinara y volviéndose ella para ocultar su risa. No sospechaba siquiera que en la cabeza de un lugareño como yo hubiese capacidad alguna. El señor de Boze me presentó al de Réaumur, amigo suyo que iba a comer a su casa todos los viernes, día de sesión en la Academia de Ciencias. Hablóle de mi proyecto y de mi deseo en someterlo al examen de la Academia, y el señor de Réaumur se encargó de la proposición, que fue atendida. El día señalado fue introducida y presentada por él mismo, y el mismo día 22 de agosto de 1742 tuve el honor de leer a la Academia la Memoria que al efecto tenía preparada. Aunque esta ilustre Academia fuese en verdad muy imponente, me sentí ante ella menos tímido que ante la señora de Boze y quedé regularmente con mis lecturas y respuestas. La Memoria produjo buen efecto y me granjeó felicitaciones que me sorprendieron tanto como me halagaron, imaginando apenas que, ante una Academia, cualquiera que a ella no pertenezca puede tener sentido común. Los comisionados examinadores fueron los señores de Mairan, Hellot y de Fouchy, personas seguramente de mérito, pero que ninguna sabía música, al menos la suficiente para hallarse en condiciones de apreciar mi proyecto.

1742.—Durante mis conferencias con aquellos señores me convencí, con tanta seguridad como sorpresa, de que si a veces los

sabios tienen menos preocupaciones que los demás hombres, en cambio están más aferrados a las suyas. Por débiles y falsas que fueran la mayor parte de sus objeciones, y aunque yo respondiese con mucha timidez, como lo confieso, y me explicase mal, aunque con razones decisivas, ni una sola vez logré hacerme entender y satisfacerles. A mí me tenía siempre absorto el ver con qué facilidad, por medio de algunas frases sonoras, me refutaban sin haberme comprendido. No sé de dónde sacaron que un monje llamado padre Souhaitti había ideado, mucho tiempo antes, el pentagrama con cifras, y esto les bastó para pretender que mi sistema no era nuevo. Y esto aun puede pasar, pues –aunque yo nunca hubiese oído hablar del padre Souhaitti, y aunque su modo de escribir las siete notas del canto llano sin soñar siquiera en las octavas, de ningún modo mereciese compararse con mi sencilla y cómoda invención para notar cualquier música imaginable, claves, pausas, octavas, compases, tiempos y valores de las notas, cosas en que ni siquiera había pensado el padre Souhaitti– era ciertísimo, y así se podía decir, que en cuanto a la expresión elemental de las siete notas era él el primer inventor. Pero además de haber dado a esta invención primera más importancia de la que merecía, no se contentaron con sólo esto; y tan luego como quisieron hablar del fondo del sistema no hicieron más que desbarrar. La ventaja mayor del mío era suprimir las transposiciones y las claves, de suerte que el mismo trozo se hallaba notado y transpuesto a voluntad, en cualquier tono que se quisiera, con el cambio de una letra inicial al principio de la composición. Aquellos señores habían oído a los musicastros de París que el método de ejecutar la música por transposición no valía nada, y en esto se apoyaron para formular una invencible objeción contra la más notable ventaja de mi sistema, y resolvieron que mi notación era buena para la parte vocal y mala para la instrumental, cuando hubieran debido juzgarla buena para la vocal y mejor para la instrumental. Con semejante dictamen, la Academia me concedió un certificado lleno de halagüeñas frases, en cuyo fondo se traslucía que no consideraba mi sistema útil ni nuevo. No creí, por consiguiente, deber incluir este documento en la obra titulada *Disertación sobre la música moderna,* con lo cual apelaba al público.

Con tal motivo tuve ocasión de ver cómo, aun con talento escaso, el conocimiento único, pero profundo de una materia, es preferible, para juzgarla bien, a todas las luces que da la cultura de las ciencias, cuando no se agrega a la misma el estudio particular de la materia de que se trata. La única objeción sólida que podía oponerse a mi sistema la hizo Rameau. Apenas se lo hube explicado, cuando vio el lado endeble. «Sus signos –me dijo– son muy buenos en cuanto determinan, sencilla y claramente, los valores; en cuanto representan, de visible modo, los intervalos y muestran siempre lo simple en lo complicado, cosas todas de que carece la notación;

pero son malos por cuanto exigen una operación de la inteligencia, que no siempre permite seguir la rapidez de la ejecución. La posición de nuestras notas –continuó– se manifiesta a la vista sin el concurso de ese trabajo. Si dos notas, una muy alta y otra muy baja, se hallan enlazadas por una serie de notas intermedias, desde la primera ojeada veo la progresión de una a otra por grados continuos; mas para estar seguro de esta progresión en su sistema es indispensable deletrear todas las cifras, una a una; el golpe de vista no sirve para nada.» Esta objeción me pareció que no tenía réplica, y convine en ello al punto; aunque sea natural y salte a la vista, sólo una dilatada práctica del arte puede sugerirla, y nada tiene de extraño que no se le hubiese ocurrido a ningún académico; pero sí lo es que todos esos grandes sabios que saben tantas cosas ignoren que no deberían juzgar de lo que no entienden.

Mis frecuentes visitas a los comisionados y a otros académicos me facilitaron el entrar en relaciones con lo mejor de París en punto a literatura; y de ahí resultó que estas relaciones estaban ya contraídas cuando me vi inscrito de repente entre ellos. Concretándome al caso presente, concentrado en mi sistema de música, me obstiné en querer causar por medio de él una revolución en el arte y lograr así una celebridad que, tratándose de bellas artes, en París va siempre unida a la fortuna. Me encerré en mi cuarto y me estuve trabajando dos o tres meses con inexplicable afán, refundiendo en una obra destinada para el público la Memoria que había leído a la Academia. La dificultad estuvo en encontrar un librero que quisiese tomar mi manuscrito, y ello debido a que era preciso hacer algunos gastos para los caracteres nuevos, ya que los libreros no prodigan su dinero en las obras de los escritores noveles; sin embargo, me parecía muy justo que mi obra me valiese el pan que había comido escribiéndola.

Bonnefont me puso en relaciones con Quillau padre, el cual hizo conmigo un convenio en el que se estipulaba que los beneficios se repartirían a medias, corriendo por mi cuenta el pago –que hice– del privilegio. Tan bien se las compuso el mentado Quillau, que perdí lo que me costó el privilegio y jamás obtuve un ochavo de esta edición, que probablemente alcanzó una venta mediana, aunque el abate Desfontaines me había prometido hacerla correr y aunque los otros periodistas la recomendaron.

El mayor obstáculo con que tropezaba mi sistema era el temor de que si no se extendía resultara inútil el tiempo gastado en aprenderlo. A esto decía yo que la práctica de mi notación aclaraba de tal modo las ideas, que aun para aprender la música con los caracteres ordinarios todavía se ganaba tiempo empezando por los míos. Para ofrecer una prueba de ello enseñé gratis la música a una joven americana, la señorita de Roulins, a quien fui presentado por el señor Roguin. En tres meses se halló en estado de descifrar con mi notación cualquier pieza de música que se le presentase, y aun de cantar

repentinamente, mejor que yo mismo, cualquiera que no estuviese erizada de dificultades. Este resultado fue sorprendente, pero ignorado. Otro que no hubiese sido yo lo hubiera difundido por medio de los diarios; pero aunque tenía cierta capacidad para descubrir cosas útiles, siempre fui nulo para hacerlas valer.

He aquí cómo se rompió mi nueva fuente de Herón. Mas a la sazón contaba treinta años y me hallaba en París, donde no puede vivirse sin contar con algo. La resolución que tomé a ese respecto no parecerá extraña a los que hayan leído la primera parte de estas Memorias. Acababa de darme un trabajo tan grande como inútil y necesitaba tomar aliento. En vez de abandonarme a la desesperación me eché tranquilamente en brazos de mi pereza y de la Providencia, y para darle tiempo de obrar, me comí sin precipitación algunos luises que me restaban todavía, arreglando el gasto de mis indolentes placeres, pero sin suprimirlos, no yendo al café más que un día sí y otro no, y al teatro sólo dos veces a la semana. En cuanto a muchachas, no tuve que reformar nada, pues en mi vida gasté un sueldo en ellas, si se exceptúa una sola vez, de la que hablaré en breve.

La seguridad, la voluptuosidad, la confianza con que me entregaba a esta vida indolente y solitaria, careciendo de medios para subsistir así tres meses, es una de las particularidades de mi vida y una de las rarezas de mi carácter. La extrema necesidad en que me hallaba de que alguien me protegiese era precisamente lo que me quitaba el valor de presentarme, y la necesidad de hacer visitas me las hizo insoportables, hasta el punto de cesar de ver hasta a los académicos y demás literatos con quienes me hallaba ya relacionado. Marivaux, el abate de Mably, Fontenelle, fueron casi los únicos a quienes continué viendo. Al primero hasta le mostré mi comedia *Narciso*, que le agradó y tuvo la complacencia de revisar. Más joven que ellos, Diderot, aproximadamente de mi edad, era aficionado a la música, cuya teoría conocía, y hablábamos los dos sobre la materia; también me hablaba de los proyectos de sus obras, de donde en breve resultó mayor intimidad, que ha durado quince años y probablemente no se hubiera extinguido si, desgraciadamente y sólo por su culpa, yo no me hubiese entregado a trabajos del mismo género que los suyos.

Difícilmente se adivinaría en qué empleé el corto y precioso intervalo que me quedaba aún antes de verme reducido a mendigar el pan; me dediqué a estudiar de memoria pasajes de poetas, que había aprendido y olvidado cien veces. Todas las mañanas, a eso de las diez, iba a pasearme por el Luxemburgo con un Virgilio o un Rousseau en la faltriquera; y allí, hasta la hora de comer, recordaba ya una oda sacra, ya una bucólica, sin aburrirme de que repasando la del día no dejara de olvidar la de la víspera. Me acordaba de que, después de la derrota de Nicias en Siracusa, los atenienses cautivos se ganaban la vida recitando los poemas de Homero. El partido que



Dionisio Diderot, por Luis van Loo. Museo del Louvre, Paris

Foto Archivo Espasa-Calpe.

saqué de este rasgo de erudición para precaverme de la miseria fue ejercitar mi feliz memoria en retener todos los poetas.

Disponía de otro medio no menos sólido, y era éste el ajedrez, al que consagraba regularmente en casa de Maugis todas las tardes que no iba al teatro. Allí conocí al señor de Légal, Hussón, Philidor y demás grandes jugadores de ajedrez de aquel tiempo, lo cual no fue bastante para que yo adelantara mucho. No dudaba, sin embargo, de que al fin sería más fuerte que todos ellos; esto bastaba, a mi entender, para servirme de recurso; cualquiera locura que me entusiasmase siempre me daba ocasión para razonar del mismo modo. Yo me decía: «El que sobresale en alguna cosa, siempre se ve solicitado. Estemos, pues, en primera línea, no importa en qué fuere; seré buscado, se ofrecerán ocasiones, y lo demás depende de mi mérito.» Esta niñada no era un sofisma de mi razón, sino de mi indolencia. Asustado de los grandes y rápidos esfuerzos que hubiera tenido que hacer para animarme, procuraba halagar mi pereza, ocultando la vergüenza por medio de argumentos dignos de ella.

Así esperaba tranquilamente a que se acabase mi dinero; y creo que hubiera llegado al último sueldo sin agitarme, si el padre Castel, a quien veía en el café, de cuando en cuando no me hubiese arrancado de mi letargo. El padre Castel era un loco, pero, por lo demás, un buen hombre, y estaba disgustado de ver que me consumía sin hacer nada. «Puesto que nada saca de los músicos ni de los sabios, toque otro registro y vea a las mujeres. Quizá por este lado logre un éxito más lisonjero. He hablado de usted a la señora de Beuzenval; vaya a verla de mi parte; es una buena señora que recibirá con gusto a un paisano de su hijo y de su marido. En su casa verá a su hija la señora de Broglie, mujer de talento. También he hablado de usted a la señora Dupin; llévele su obra; desea verle y le recibirá muy bien. En París nada se hace sino por mediación de las mujeres; son como las líneas curvas, cuyas asíntotas son los hombres discretos; constantemente se acercan a ellas, pero sin tocarlas jamás.»

Después de haber dilatado uno y otro día este terrible trabajo, me revestí al fin de valor y fui a ver a la señora de Beuzenval, que me recibió afectuosamente. Como entrara en su cuarto la señora de Broglie, le dijo: «Hija mía, he aquí al señor Rousseau, de quien nos habló el padre Castel.» La de Broglie me felicitó por mi obra y, conduciéndome a su clavicordio, me demostró que la conocía. Viendo que era cerca de la una quise marcharme; pero la señora de Beuzenval me dijo: «Su casa está muy lejos; quédese y comerá aquí.» No me hice rogar, y un cuarto de hora después comprendí, por algunas palabras, que me convidaban a comer en la segunda mesa. La señora de Beuzenval era muy buena mujer, pero de cortos alcances, y, harto hinchada con su ilustre nobleza polaca, no tenía idea de los miramientos debidos al talento. En esta ocasión me juzgaba más por mi actitud que por mi traje, que, aunque muy sencillo, era muy

decente, y de ningún modo indicaba un hombre digno de comer con la servidumbre. Había olvidado el camino hacía demasiado tiempo para querer emprenderlo nuevamente. Sin manifestar todo mi despecho, dije a la señora de Beuzenval que un pequeño asunto que se me ocurría entonces me llamaba a casa, y quise marcharme. La señora de Broglie se acercó a su madre y le dijo al oído algunas palabras que produjeron efecto. La de Beuzenval se levantó para retenerme y me dijo: «Cuento con que nos dispensará el honor de comer en nuestra mesa.» Comprendí que dárselas de orgulloso sería hacer el tonto, y me quedé. Por otra parte, la bondad de la señora de Broglie me había conmovido y me la hizo interesante. Me halagó comer con ella, y esperé que, conociéndome mejor, no se arrepentiría de haberme proporcionado dicha honra. El señor presidente de Lamoignon, grande amigo de la casa, comió también en ella. Éste, lo mismo que la señora de Broglie, usaba esa jerigonza de París, compuesta de palabras sueltas y agudas alusiones, en que estaba muy lejos de poder brillar el pobre Juan Jacobo. Tuve el buen sentido de no querer dármelas de agudo a despecho de Minerva, y me callé. Ojalá hubiese sido siempre tan prudente, y no gemiría en el abismo en que me hallo sumido.

A mí me desolaba mi tosquedad y no poder justificar a los ojos de la señora de Broglie lo que había hecho en favor mío. Después de comer acudí a mi ordinario recurso: llevaba en la faltriquera una epístola en verso dirigida a Parisot durante mi permanencia en Lyón. Este trozo no carecía de movimiento; la leí con algún calor, e hice llorar a los tres. Ya sea la vanidad, ya la verdad de mis interpretaciones, ello es que creí leer en las miradas que la señora de Broglie dirigía a su madre: «Mamá, ¿no tenía razón de decirle que este hombre era más a propósito para comer con nosotras que con sus criadas?» Hasta este momento había tenido el corazón algo oprimido, mas después de mi venganza me sentí satisfecho. La señora de Broglie, llevando demasiado lejos el ventajoso juicio que de mí había formado, y para guiar mi inexperiencia, me dio las *Confesiones* del conde de ***. «Este libro –me dijo– es un mentor que le sería necesario en sociedad; hará bien en consultarlo algunas veces.» Más de veinte años he guardado dicho ejemplar con agradecimiento por las manos de que procedía, pero riéndome a menudo de la opinión que aquella dama parecía tener de mi cualidad de galanteador. Desde el momento en que hube leído esta obra concebí el deseo de obtener la amistad de su autor. Mi inclinación me inspiraba muy bien, pues es el único amigo verdadero que he tenido entre los literatos [1].

---

[1] Así lo he creído, tan cierto y por tanto tiempo, que después de mi vuelta a París a él fue a quien confié el manuscrito de mis *Confesiones*. El desconfiado Juan Jacobo jamás ha podido creer en la falsedad y la perfidia hasta que ha sido su víctima. (En el

Desde entonces me atreví a esperar que la señora baronesa de Beuzenval y la marquesa de Broglie, interesándose por mí, no me dejarían mucho tiempo sin recursos, y no me equivoqué. Mas ahora hablemos de mi entrada en casa de la señora Dupin, que ha tenido consecuencias de más trascendencia.

La señora Dupin era, como es sabido, hija de Samuel Bernard y de la señora Fontaine. Eran tres hermanas que podían llamarse las tres Gracias. La señora de Latouche, que se fugó a Inglaterra con el duque de Kingston; la señora de Arty, querida, o mejor, amiga, la única y sincera amiga del príncipe de Conti, mujer adorable tanto por su dulzura y bondad de carácter como por su genio placentero y constantemente risueño, y por último la señora Dupin, que era la más hermosa de las tres y la única de conducta irreprochable. Fue el premio a la hospitalidad del señor Dupin, a quien su madre hubo de dársela como mujer, con una inmensa fortuna, agradecida al buen acogimiento que le había hecho en su provincia. Cuando yo la vi por primera vez aún era una de las más bellas mujeres de París. Me recibió en su tocador; estaba con los brazos desnudos, suelto el cabello y mal compuesto el peinado. Esta introducción era enteramente nueva para mí; mi pobre cabeza no pudo resistirla; me turbó, me alucinó y, en una palabra, me enamoré de la señora Dupin.

Mi turbación no debió traslucirse, y ella no la echó de ver. Acogió el libro y al autor; me habló de mi proyecto, como persona enterada; cantó, acompañándose en el clave; me retuvo a comer y me colocó a su lado. No se necesitaba tanto para volverme loco, y, efectivamente, así me ocurrió. Me permitió visitarla. Yo usé y abusé de este permiso. Iba casi todos los días, quedándome a comer dos o tres veces a la semana; ahogábame el deseo de hablar, pero no me atreví nunca. Varios motivos aumentaban mi natural timidez. La entrada en una casa opulenta era una puerta abierta a la fortuna, y en mi situación no quería exponerme a cerrármela yo mismo. La señora Dupín, a pesar de toda su amabilidad, era seria y fría, y no encontraba yo en sus maneras una incitación que me animara. En su casa, entonces tan brillante como la que más de París, se daban reuniones, a las que sólo les faltaba ser menos numerosas para contener lo más florido por todos conceptos. Le gustaba recibir a todas las personas que se distinguían: magnates, literatos, mujeres hermosas; sólo veíanse en su casa duques, embajadores y cordones azules. La princesa de Rohan, la condesa de Forcalquier, la señora de Mirepoix, la de Brignolé, milady Hervey, podían considerarse como amigas suyas. De Fontenelle, el abate de Saint-Pierre, el abate Sallier, Fourmont, Bernis, Buffón, Voltaire, formaban parte de su círculo y de su mesa. Si su vida privada no atraía mucho a los

---

primer manuscrito había en lugar de esta nota la siguiente: Eso hubiera pensado siempre de no haber regresado a París.)

jóvenes, su sociedad de lo más escogido era aún más imponente, y el pobre Juan Jacobo no tenía por qué envanecerse de lo que lucía en medio de tanto brillo. Dicho se está con esto que no osé despegar los labios; pero no pudiendo callar más tiempo, me aventuré a escribirle. Dos días guardó mi carta sin decirme palabra; al tercero me la devolvió dirigiéndome verbalmente una ligera exhortación en tono tan frío, que me dejó helado. Quise hablar, pero las palabras se extinguieron en mis labios; mi súbita pasión se apagó con la esperanza; y después de una declaración en toda forma, continué siendo ante sus ojos como antes, sin volver a hablar con ella, ni aun con los ojos.

Creí olvidada mi tontería, pero me equivoqué. El señor de Francueil, hijo del señor Dupin e hijastro de la señora, era, aproximadamente, de su edad y de la mía. Era vivo y de buena figura; podía tener buenas pretensiones, y se decía que las tenía respecto de ella, quizá sólo porque habíanle casado con una mujer muy fea, pero buena, que vivía en perfecta armonía con ambos. El señor de Francueil estimaba y cultivaba el estudio y la música, que conocía perfectamente, lo cual fue un motivo de vínculo entre nosotros dos. Le traté con frecuencia y le cobré afecto. De repente me dio a entender que la señora Dupin hallaba sobrado frecuentes mis visitas y me rogaba que las suspendiese. Esta advertencia pudo resultar pertinente cuando me devolvió la carta, pero ocho o diez días después, y sin otro motivo, indudablemente estaba fuera de lugar. Esto constituía una situación tanto más extraña cuanto que seguía siendo tan bien recibido como antes por la señora de Francueil; sin embargo, fui con menos frecuencia, y habría cesado completamente de visitarles si, por otro capricho inesperado, la señora Dupin no me hubiese rogado que me encargase por ocho o diez días de su hijo, que por cambiar de ayo debía quedar sólo durante aquel intervalo. Pasé estos ocho días en un suplicio que sólo podía hacerme soportable el gusto de obedecer a la señora Dupin, pues el pobre Chenonceaux tenía ya por entonces la mala cabeza que al fin estuvo a punto de causar la deshonra de su familia y que le condujo a acabar sus días en la isla de Borbón. Mientras a su lado estuve impedí que se hiciese daño a sí mismo y a sus semejantes, y nada más; y aun no me costó poco trabajo; de suerte que aun no habría seguido ocho días más, aun cuando en recompensa la misma señora Dupin se hubiese entregado a mí.

El señor de Francueil me cobró amistad; yo trabajaba con él, y juntos empezamos un curso de química con Rouelle. Para estar más cerca de él dejé mi fonda de San Quintín, yendo a alojarme en el juego de pelota de la calle Verdelet, que da a la calle Plâtrière, donde vivía el señor Dupin. Allí, de resultas de un resfriado mal curado, cogí una pulmonía que por poco acaba con mi vida. En mi juventud he sufrido enfermedades inflamatorias, pleuresías y sobre todo esquimancias, a que era muy propenso, cuyo número no

recuerdo y que me han hecho ver la muerte bastante cerca para familiarizarme con su imagen. Durante mi convalecencia tuve tiempo de reflexionar acerca de mi estado y deplorar mi timidez, mi debilidad y mi indolencia, que, a pesar del fuego en que se sentía arder, me dejaba languidecer en la ociosidad de espíritu siempre a las puertas de la miseria. La víspera del día en que caí enfermo había ido a una ópera de Roger que entonces se representaba y cuyo título he olvidado. A pesar de mi preocupación acerca de los ajenos talentos, que siempre me ha hecho desconfiar del mío, no pude menos de encontrar débil, sin calor y sin invención, aquella música. A veces no podía menos de decirme: «Paréceme que yo haría algo mejor que esto.» Mas la idea terrible que tenía de la composición de una ópera, y la importancia que según vi daban los músicos a esta empresa, me desalentaba en el mismo instante, avergonzándome de haberme atrevido a pensar en ello; y por otra parte, ¿dónde hallar quien quisiese escribirme el libreto y tomarse el trabajo de componer los versos a mi voluntad? Durante mi enfermedad me asaltaron de nuevo estas ideas de música y de ópera, y en el delirio de la fiebre componía cantos, dúos y coros. Estoy seguro de haber compuesto dos o tres trozos *di prima intenzione* dignos quizá de la admiración de los maestros si hubiesen podido oírlos ejecutar. ¡Oh, si pudiesen escribirse los deliros del que padece fiebre, cuántas cosas grandes y sublimes se verían surgir!

Estos motivos de música y ópera siguieron ocupándome, aunque más tranquilamente, durante mi convalecencia. A fuerza de pensar en ello, aun a pesar mío, quise salir de dudas e intentar hacer una ópera yo solo, música y letra. Éste no era mi primer ensayo: en Chamberí había compuesto una ópera-tragedia titulada *Ibis y Anaxaretes,* que había tenido el buen acuerdo de arrojar al fuego. En Lyón había compuesto otra titulada el *Descubrimiento del nuevo mundo,* que después de haber leído a los señores Bordes, abate de Mably, abate Trublet y otros, corrió la misma suerte que la anterior, aunque ya había compuesto la música del prólogo y del primer acto y a pesar de que al verla David me dijo que tenía trozos dignos de *Buononcini.*

Esta otra vez, antes de escribir la obra, me tomé el tiempo suficiente para meditar el plan. Ideé un baile heroico en tres actos, cada uno de los cuales debía tener su acción bien distinta y música de diferente carácter; y tomando para cada asunto los amores de un poeta, intitulé esta ópera *Las musas galantes.* El primer acto, con música enérgica, era el Tasso; el segundo, cuyo género de música era tierno, Ovidio; el tercero, titulado Anacreonte, debía respirar la gracia y el movimiento del ditirambo. Empecé a ensayar el primer acto, y me entregué a ello con un ardor, que me hizo gozar por vez primera las delicias del numen en la composición. Una noche, próximo a entrar en la Ópera, me sentí atormentado, dominado por mis

ideas; volví a meterme el dinero en mi bolsillo, y corrí a encerrarme en mi casa; me metí en la cama, después de haber cerrado bien las cortinas para que la luz no penetrase, y allí, entregándome a todo el estro poético y musical, compuse rápidamente, en seis o siete horas, la mejor parte del acto. Puede decirse que mi amor hacia la princesa de Ferrara (pues entonces yo me convertí en el Tasso) y mis sentimientos nobles y altivos para con su injusto hermano me proporcionaron una noche cien veces más deliciosa que la que hubiese logrado en brazos de la misma princesa. Por la mañana recordaba solamente una pequeña parte de lo que había compuesto; mas este poco, casi borrado por la fatiga y el sueño, no dejaba de revelar aún la energía de los trozos de los que era sólo una huella.

Aquella vez no llevé mucho más allá mi trabajo, porque me distrajeron de él otros asuntos. Mientras continuaba siendo asiduo a la casa Dupin, las señoras de Beuzenval y de Broglie, que seguía visitando de cuando en cuando, no me dieron al olvido. El conde Montaigu, capitán de guardias, acababa de ser nombrado embajador de Venecia. Era un embajador hechura de Barjac, a quien hacía asiduamente la corte. Su hermano, el caballero de Montaigu, gentilhombre de manga de monseñor el Delfín, era conocido de estas damas y del abate Alary, de la Academia Francesa, a quien yo visitaba también de cuando en cuando. La señora de Broglie, sabedora de que el embajador buscaba un secretario, me propuso para este cargo. Entramos en tratos, y pedí cincuenta luises, lo que era muy poco para un empleo que me obligaba a figurar. Él no quería darme más que cien pistolas y que yo hiciese el viaje a costa mía. Semejante proposición era ridícula, y no pudimos ponernos de acuerdo. El señor de Francueil, que se esforzaba en retenerme, ganó la partida. Yo me quedé y el de Montaigu partió llevando otro secretario llamado Follau, que le recomendaron en el despacho de Negocios Extranjeros. Apenas llegaron a Venecia se malquistaron. Follau, viendo que tenía que habérselas con un loco, le dejó plantado. Montaigu, que no tenía más que un joven abate llamado Binis, escribiente a las órdenes del secretario, que no estaba en el caso de poder reemplazarle, hubo de recurrir a mí. Su hermano, hombre listo, me supo engañar tan bien, dándome a entender que el cargo gozaba de ciertos derechos, que me hizo aceptar los mil francos. Me dieron veinte luises para gastos de viaje y partí.

1743-1744.—Al pasar por Lyón tuve grandes deseos de tomar el camino de Mont-Cenis para ver de paso a mi pobre *mamá;* pero seguí Ródano abajo yendo a embarcarme en Tolón, tanto por causa de la guerra y razón de economía como para tomar un pasaporte del señor de Mirepoix, que entonces gobernaba en Provenza, y a quien me habían dirigido. No sabiendo componérselas sin mí, el señor de Montaigu me dirigía carta tras carta a fin de que apresurara mi viaje, que retrasó un incidente.

Era el tiempo en que reinaba la peste en Mesina: la flota inglesa allí anclada visitó el buque en que yo iba, lo que nos valió una cuarentena de veintiún días al llegar a Génova, después de una larga y penosa travesía. Dieron a escoger a los pasajeros entre pasarla a bordo o en el lazareto, donde nos previnieron que sólo tendríamos las paredes, pues no habían tenido tiempo para amueblarlo. Todos se quedaron en el buque. Lo insoportable del calor, la falta de espacio, la imposibilidad de andar y la miseria me hicieron preferir el lazareto a todo evento. Fui conducido a un edificio de dos pisos, enteramente vacío, donde no hallé ventana, ni mesa, ni cama, ni silla, ni siquiera un mal taburete para sentarme, ni un haz de paja donde tenderme. Trajéronme mi capa, mi saco de noche y mis dos maletas; cerraron tras de mí enormes puertas con grandes cerrojos, y allí quedé, dueño de pasearme a mi antojo, de cuarto en cuarto y de uno a otro piso, hallando por todas partes la misma soledad e idéntica desnudez.

Con todo esto, no me arrepentí de haber escogido el lazareto con preferencia al buque; y como un nuevo Robinsón, me dediqué a arreglarme para los veintiún días como si fuese para toda la vida. Lo primero que tuve que hacer fue librarme de los piojos que se me habían pegado a bordo; cuando, a vueltas de cambiar de ropa interior y exterior, hube al fin logrado quedar limpio procedí a amueblar el cuarto que había escogido. Me arreglé un buen colchón con mis chupas y mis camisas; sábanas con varias servilletas cosidas, un cobertor con mi bata y con mi capa, arrollada, una almohada. Me sirvió de silla una maleta puesta de plano, y de mesa, otra, puesta de canto. Formé con papel un escritorio y dispuse una docena de libros que llevaba en forma de biblioteca. En una palabra, me arreglé tan bien que, exceptuando las cortinas y las ventanas, me hallaba casi tan cómodamente en aquel lazareto enteramente vacío como en mi juego de pelota de la calle Verdelet. Me servían la comida con mucha pompa; venía escoltada por dos granaderos con bayoneta calada; mi comedor era la escalera; la meseta me servía de mesa y el peldaño inferior de silla; cuando estaba la comida, y en el acto de retirarse, tocaban una campanilla para advertírmelo. Entre comida y comida, cuando no leía ni escribía o no trabajaba en el ajuar, me iba a dar un paseo por el cementerio de los protestantes, que me servía de patio, o subía a una linterna que daba al puerto, desde donde podía ver entrar y salir los buques. Así pasé catorce días y habría pasado los veinte completos, sin aburrirme un solo instante, si el señor de Fonvielle, enviado de Francia, a quien dirigí una carta avinagrada, perfumada y medio quemada, no hubiese hecho que me rebajaran ocho días; fui a pasarlos en su casa, donde confieso que hallé mejor albergue que en el lazareto. Me agasajó mucho. Dupont, su secretario, era un buen muchacho, que me acompañó a varias casas, así de Génova como del campo, donde se divertía uno mucho, y

trabé con él amistad, entablando una correspondencia que seguimos largo tiempo. Proseguí agradablemente mi viaje a través de la Lombardía; vi a Milán, Verona, Brescia, Padua, llegando al fin a Venecia, donde me aguardaba impacientemente el señor embajador.

Encontré un sinnúmero de despachos, tanto de la corte como de otros embajadores, que él no había podido leer porque hallábanse cifrados, aunque tenía todas las cifras necesarias para su inteligencia. Como yo no me había ocupado nunca de semejantes cosas, creí, por el pronto, que tropezaría con dificultades; pero vi que aquello era lo más sencillo, y en menos de ocho días lo descifré todo, y seguramente no valía la pena, pues además de que la Embajada de Venecia estaba siempre ociosa, es indudable que a nuestro hombre no le hubieran confiado la menor negociación. Hasta mi llegada se había visto muy embarazado, pues no sabía dictar ni escribir inteligiblemente. Yo le servía de mucho; él lo conocía y me trató bien. Otro motivo le inducía a ello. Desde que a su predecesor, el señor de Froulay, se le había trastornado la cabeza, el cónsul de Francia, señor Le Blond, quedó encargado de los negocios de la Embajada; y al llegar el señor de Montaigu, celoso de que otro desempeñase su cometido, aunque él fuese incapaz, vio con malos ojos al cónsul; y tan pronto como yo llegué le quitó las funciones de secretario de la Embajada para dármelas a mí. Éstas eran inseparables del título, y me dijo que lo tomase. Mientras estuve con él me envió siempre en este concepto al Senado y a sus conferencias; y en el fondo era muy natural que prefiriese tener por secretario de la Embajada a una persona adicta a él que no a un cónsul o un empleado nombrado por la corte.

Esto me proporcionaba una situación bastante agradable e impidió a sus gentileshombres, que eran italianos, así como a sus pajes y la mayor parte de su servidumbre, disputarme la primacía de su casa. Me valí con buen éxito de la autoridad que le era aneja para mantener su derecho de nómina, es decir, las franquicias de su departamento, contra las tentativas que se hicieron varias veces para infringirlas, y a las que sus empleados italianos no eran capaces de resistir. Pero tampoco permití jamás que allí se refugiaran bandidos, a pesar de que me hubiera proporcionado gajes y de que Su Excelencia no hubiera desdeñado su parte.

Hasta se atrevió a reclamarla sobre los derechos de secretaría que se llaman de cancillería. Se estaba en guerra y por ende no dejaba de haber numerosos expedientes de pasaporte. Cada uno de estos pasaportes pagaba un zequí al secretario, que lo expedía y refrendaba. Todos mis predecesores se habían hecho pagar indistintamente este zequí, así por los franceses como por los extranjeros. Yo juzgué injusto este uso, y, sin ser francés, lo abrogué para los franceses; pero exigí mi derecho de cualquier otro con tanto rigor que, habiéndome hecho pedir un pasaporte el marqués Scotti, her-

mano del favorito de la reina de España, sin enviarme el zequí, se lo hice pedir; atrevimiento que el vengativo italiano no echó en saco roto. Así que se supo la reforma que yo había introducido en la tasa de los pasaportes se presentaron a tomarlos multitud de pretendidos franceses, que hablando jergas abominables decían ser, uno provenzal, otro picardo, borgoñón otro; pero como tengo el oído bastante fino, pocas veces pudieron engañarme, y dudo mucho que ningún italiano me birlase el zequí ni que lo pagase ningún francés. Cometí la tontería de decirle al señor de Montaigu lo que había hecho, pues él lo ignoraba todo. La palabra zequí le sonó bien al oído; y sin decirme su parecer acerca de la supresión del de los franceses, pretendió participar del producto de los otros, prometiéndome otras ventajas equivalentes. Indignado, más por la bajeza que desabrido por mi propio interés, rechacé resueltamente su proposición. Insistió, yo me irrité y le dije enérgicamente: «No, señor; guarde Vuestra Excelencia lo que le pertenece y déjeme lo que es mío; jamás le cederé un sueldo.» Cuando vio que nada podía sacar por este lado tanteó otro, y no se avergonzó de decirme que, pues me daba provecho su cancillería, era justo que yo pagase los gastos de la misma. Yo no quise regatear; y desde entonces pagué de mi bolsillo tinta, papel, lacre, bujías, balduque y hasta el sello, que mandé hacer nuevo sin que me haya dado por él un solo maravedí. Esto no me impidió dar una pequeña parte del producto de los pasaportes al abate de Binis, buen muchacho que no pensaba en pretenderlo. Si era complaciente conmigo, yo no era menos atento con él, y siempre vivimos bien juntos.

En las funciones de mi cargo hallé menos dificultades de las que hubiera tenido un hombre sin experiencia como yo junto a un embajador que no la tenía mayor y que, por añadidura, con su ignorancia y obstinación parecía complacerse en contrariar todo lo que el buen sentido y mis luces me inspiraban de útil a su servicio y al del rey. Lo más razonable de cuanto hizo fue trabar amistad con el marqués de Mari, embajador de España, hombre mañoso y fino que le hubiera llevado del ronzal si hubiese querido; pero que vista la afinidad de intereses de ambas coronas, ordinariamente le encaminaba bien, si el otro no hubiese maleado sus consejos con lo que quería poner de su cosecha. Lo único que tenían que hacer juntos era inducir a los venecianos a mantener la neutralidad. Éstos no dejaban de afirmar que la guardaban fidelísimamente, siendo así que suministraban públicamente municiones a las tropas austriacas y hasta reclutas a título de desertores. El señor de Montaigu que, a lo que creo, quería agradar a la República, no dejaba, por su parte, a pesar de mis advertencias, de hacerme asegurar en todos los despachos que ella no quebrantaría jamás la neutralidad. La terquedad y estupidez de aquel pobre hombre me esforzaban a escribir y cometer a cada instante extravagancias, porque había de pasar como agente suyo,

puesto que así lo quería, y a veces me hacía mi empleo insoportable y casi insostenible. Por ejemplo, deseaba que casi todos los despachos que dirigía al rey o al ministro fuesen cifrados, aunque ni unos ni otros exigían absolutamente esta precaución. Yo le demostré que no había suficiente tiempo para hacerlo, desde el viernes, en que llegaban los despachos de la corte, hasta el sábado, en que expedíamos los nuestros, sin contar con la mucha correspondencia que tenía que despachar por el mismo correo. Él encontró a esto una solución admirable, y fue comenzar desde el jueves la contestación a los despachos que habían de llegar al día siguiente. Esta idea le pareció tan feliz, a pesar de patentizarle lo absurda que era y la imposibilidad de su ejecución, que tuve que pasar por ello; y mientras con él estuve, habiendo tomado notas de algunas palabras al vuelo, que me decía durante la semana, y con algunas noticias triviales recogidas acá y acullá, sin otros materiales, no dejaba nunca de presentarle el jueves por la mañana un borrador de los despachos que habían de expedirse el sábado, salvo algunas adiciones y correcciones hechas a prisa en presencia de los que llegaban el viernes y a lo que los nuestros servían de respuesta. Tenía otro capricho muy extraño que comunicaba a su correspondencia un carácter ridículo y difícil de concebir; consistía en volver cada noticia a su origen, en vez de hacerla seguir su curso. Al señor Amelot le indicaba las noticias de la corte; las de París, al señor de Maurepas; al señor de Hanvricourt las de Suecia, y las de San Petersburgo al señor de La Chétardie, y a veces dirigía a cada uno las que había recibido del mismo disfrazadas por mí con términos diferentes. Como de cuanto le presentaba para firmar sólo repasaba los despachos de la corte y firmaba los de los otros embajadores sin leerlos, de mí dependía dar a los demás el corte que mejor me parecía, y a lo menos hacía cruzarse las noticias. Pero me fue imposible dar un estilo razonable a los despachos importantes, y gracias si no se le antojaba intercalar de improviso en ellos algunas líneas de su cosecha, que me obligaban a transcribirlos de nuevo y precipitadamente, adornados con esta nueva impertinencia que era preciso honrar poniéndola en cifra, sin cuyo requisito no habría firmado. Por amor a su gloria, varias veces estuve tentado de cifrar otra cosa distinta de lo que él había puesto; mas conociendo que nada podía autorizar semejante infidelidad, le dejaba delirar a su riesgo, satisfecho de hablarle con franqueza y, a lo menos, de cumplir.

Esto es lo que hice siempre con una rectitud, un celo y un valor que merecía otra recompensa de la que me dio al fin. Ya era tiempo de que una vez siquiera ocupase el lugar que me correspondía en atención a las dotes que me había dispensado el Cielo, de la educación que recibí de la mejor de las mujeres y de la que yo mismo me había dado. Entregado a mí mismo, sin consejeros, sin experiencia, en país extranjero, sirviendo a una nación extranjera, en medio de una

mucheaumbre de tunantes que por interés propio y por alejar el escándalo del buen ejemplo me excitaban a imitarles; lejos de obrar así, serví bien a Francia, aunque nada le debía, y mejor aún, como era justo, al embajador en cuanto dependía de mí. Irreprochable en un puesto bastante visible, merecí y obtuve el aprecio de la República, el de todos los embajadores con quienes estábamos en correspondencia y el afecto de todos los franceses establecidos en Venecia, sin exceptuar al mismo cónsul, a quien suplantaba con pesar en las funciones que yo sabía le correspondían y que me causaban más molestias que placer.

El señor de Montaigu, entregado sin reserva al marqués de Mari, quien no se mezclaba en los pormenores de sus deberes, los descuidaba hasta el extremo que sin mí los franceses que había en Venecia no se hicieran cargo de que había allí un embajador de su nación. Siempre despedidos sin ser escuchados cuando necesitaban su protección, disgustáronse, y ya no se veía ninguno ni en su comitiva ni en su mesa, a la que jamás invitaba. A menudo hacía yo por mi cuenta lo que debiera haber hecho él, dispensando a los franceses que reclamaban su apoyo todos los servicios que estaban en mi mano. En cualquier otro país hubiera hecho mucho más; pero no pudiendo moverme de mi lugar a causa de mi empleo, me veía obligado a recurrir al cónsul; y éste, que hallábase establecido en el país con su familia, tenía que guardar ciertos miramientos que impedíanle hacer lo que quería. Sin embargo, algunas veces, viéndole ceder y sin atreverse a hablar, me aventuraba a dar pasos atrevidos, de los cuales algunos me salían bien. Recuerdo uno que aún me causa risa: nadie imaginaría que los aficionados al teatro de París me debieron a mí el tener a Coralina y su hermana Camila; sin embargo, nada es más exacto. Su padre, Veronese, se había contratado con sus hijas para la compañía italiana, y después de haber recibido dos mil francos para el viaje, en vez de partir se había metido tranquilamente en el teatro de San Lucas [1], adonde Coralina, muy niña aún, atraía mucha gente. El señor duque de Gesvres, como primer gentilhombre de cámara, escribió al embajador reclamando al padre y a la hija. El de Montaigu, dándome la carta, limitóse a decirme: «Ved esto.» Yo fui a casa del señor Le Blond a rogarle que hablase al patricio a quien pertenecía el teatro de San Lucas y que era, según creo, un Zustiniani, a fin de que despidiese a Veronese, que estaba contratado por el rey. Le Blond, a quien le importaba poco, desempeñó mal la comisión. Zustiniani se disculpó vagamente y Veronese no fue despedido. Yo me piqué. Estábamos en Carnaval, y tomando la palmeta y la máscara, híceme conducir al palacio de Zustiniani. Cuando vieron entrar mi góndola con el distintivo de la Embajada

---

[1] Dudo si sería el de S. Samuel. Los nombres propios se me olvidan completamente.

quedaron sorprendidos, pues jamás en Venecia se había visto cosa semejante. Entro y me hago anunciar bajo el nombre de *una siora maschera.* Tan luego como hube entrado, me quité la máscara y me di a conocer; el senador palideció y quedóse estupefacto. «Caballero –le dije en veneciano–, siento importunar a Vuestra Excelencia con mis visitas; pero tenéis en vuestro teatro de San Lucas a un hombre llamado Veronese, que está contratado al servicio del rey y que se os ha pedido inútilmente; vengo a reclamarlo en nombre de Su Majestad.» Mi corta arenga produjo efecto. Apenas hube salido, cuando nuestro hombre corrió a dar cuenta del hecho a los inquisidores del Estado, quienes le reprendieron. El mismo día se despidió a Veronese; yo le hice decir que si no partía dentro de ocho días le prendería, y partió.

En otra ocasión saqué de apuros al capitán de un buque mercante, por mí solo y casi sin el concurso de nadie. Se llamaba el capitán Olivet, de Marsella; el nombre del buque lo he olvidado; su tripulación había tenido disputas con los esclavones que estaban al servicio de la República, y habiendo llegado a las manos, se había embargado el buque con una severidad tal, que nadie, exceptuando únicamente el capitán, podía entrar ni salir de a bordo sin permiso. Acudieron al embajador, que les mandó a paseo; fueron al cónsul, quien les dijo que, no siendo asunto de comercio, no podía mezclarse en ello. No sabiendo ya qué hacer, volvieron a mí. Yo di a entender al señor Montaigu que debía permitir que presentase al Senado una Memoria sobre este hecho. No recuerdo bien si consintió en ello y si presentó la Memoria; pero lo cierto es que el embargo no se levantaba, y tomé una resolución que nos sacó del apuro.

Puse la relación del hecho en un despacho dirigido al señor de Maurepas, y me costó bastante conseguir que el de Montaigu consintiese en dejarlo pasar. Sabía yo que, aunque no valiese la pena hacerlo, nuestros despachos se abrían en Venecia misma, pues tenía una prueba de ello en los artículos insertos en la *Gaceta,* en la que veíase con toda claridad. Aunque inútilmente, había tratado de inducir al embajador a que se quejara. Mi objeto, al hablar de esta vejación en el despacho, era sacar partido de su curiosidad, metiéndoles miedo y obligarles a dejar el buque libre, pues si para ello se hubiese tenido que esperar la respuesta de la corte, antes de que ésta llegase hubiérase el capitán arruinado. Hice más aún: me presenté a bordo, a fin de interrogar a la tripulación, llevando conmigo al abate Patizel, canciller del Consulado, que vino de mala gana, pues aquellas pobres gentes temían en gran manera disgustar al Senado. No pudiendo subir a bordo por causa del interdicto, me quedé en mi góndola y llevé a cabo mi interrogatorio, preguntando sucesivamente y en alta voz a todos los tripulantes y haciendo las preguntas de modo que las respuestas les fuesen ventajosas. Quise que el inte-

rrogatorio y el proceso verbal lo hiciese Patizel, pues, en efecto, esto era más de su incumbencia que de la mía, mas no pude lograrlo; no dijo una palabra y apenas conseguí que firmase el proceso verbal después de mí. Este procedimiento, algo atrevido, produjo sin embargo buen efecto, y el buque fue desembargado mucho tiempo antes de que llegase la respuesta del ministro. El capitán quiso hacerme un regalo; pero yo, sin incomodarme por ello, tocándole amigablemente en el hombro: «Capitán Olivet –le dije–, ¿te figuras tú que el que no cobra de los franceses un derecho de pasaporte, que halla establecido, será capaz de venderles la protección del rey?» Entonces quiso darme, al menos, una comida a bordo, que acepté, llevando conmigo al secretario de la Embajada de España, llamado Carrió, hombre de talento y muy amable, que posteriormente fue secretario de Embajada en París y encargado de Negocios, con el cual estaba íntimamente ligado, siguiendo el ejemplo de nuestros embajadores.

Por dichoso me daría si cuando con el mayor desinterés hacía todo el bien que me era dable hubiese sabido poner bastante orden y atención en estos pequeños detalles, para no salir burlado sirviendo a los demás a costa mía. Pero en los empleos como el mío, donde las menores faltas no dejan de tener consecuencias, empleé toda mi atención a fin de no cometer ninguna en mi servicio. Hasta el fin obré con el mayor orden y con la mayor exactitud en todo lo referente a mis deberes esenciales. Aparte de algunos errores que una precipitación forzada me hizo cometer escribiendo en cifra, y de lo que hubieron de quejarse una vez subordinados del señor Amelot, ni el embajador ni nadie tuvo que echarme en cara jamás el menor descuido en el ejercicio de mis funciones; hecho que es de notar siendo, como soy, tan negligente y atolondrado; pero a veces me faltaba la memoria y el buen cuidado en los asuntos particulares que a mi cargo tomaba; y el amor a la justicia me ha hecho siempre sufrir el perjuicio espontáneamente antes que nadie tuviese ocasión de quejarse. Sólo citaré un hecho que se refiere al tiempo de mi salida de Venecia, cuyas consecuencias sufrí en París posteriormente.

Nuestro cocinero, llamado Rousselot, había traído de Francia un pagaré antiguo de doscientos francos que el peluquero de unos amigos suyos había recibido de un noble veneciano llamado Zanetto Nani en pago de algunas pelucas. Rousselot me trajo dicho pagaré, suplicándome que procurase cobrar alguna cosa por vía de arreglo. Yo sabía, y él también, que la costumbre constante de los nobles venecianos es no pagar, de vuelta a su país, las deudas contraídas en el extranjero, y cuando se les quiere obligar aburren al desdichado acreedor a fuerza de dilaciones y de gastos, hasta que se cansa y acaba por abandonarlo todo, o conviene en aceptar casi nada. Yo rogué a Le Blond que hablase a Zanetto; éste reconoció el pagaré, pero no se avino a pagarlo. A fuerza de batallar prometió al fin tres

zequíes, y fue preciso esperar. Entretanto, sobrevino mi disputa con el embajador y mi salida de su casa. Dejé los papeles de la Embajada en el mayor orden, pero el pagaré de Rousselot no se encontró. Le Blond me aseguró habérmelo devuelto, y a mí me constaba que era un hombre harto honrado para dudar de su palabra; pero me fue imposible recordar qué había sido de este pagaré. Como Zanetto había confesado la deuda, supliqué a Le Blond que procurase cobrar los tres zequíes contra un recibo, o inducirle a renovar el pagaré por duplicado. Pero Zanetto, al saber que se había perdido el pagaré, no quiso hacer lo uno ni lo otro; yo ofrecí a Rousselot, de mi bolsillo, los tres zequíes para indemnizarle. Mas él los rehusó diciendo que ya me arreglaría en París con el acreedor, cuya dirección me dio. El peluquero, teniendo noticia de lo que había pasado, exigió el pagaré o su importe completo. ¡Qué no habría dado yo en mi indignación por encontrar el maldito pagaré! Pagué los doscientos francos, y a fe mía que a la sazón me hallaba apurado. He aquí cómo la pérdida del pagaré le valió al acreedor la suma entera, mientras que si, desgraciadamente para él, se hubiese vuelto a encontrar, con dificultad habría sacado los diez escudos prometidos por Su Excelencia Zanetto Nani.

La disposición que creí descubrir en mí para este empleo fue causa de que lo desempeñara con gusto; y aparte de la compañía de mi amigo Carrió y la del virtuoso Altuna, de quien en breve tendré que hablar, aparte de las inocentes diversiones de la plaza de San Marcos, de los espectáculos y de algunas visitas que casi siempre hacíamos juntos, hice consistir toda mi satisfacción en el cumplimiento de mis deberes. Aunque no fuese el mío un trabajo muy penoso, sobre todo con el auxilio del abate de Binis, como la correspondencia era muy extensa y se estaba en guerra, no dejaba de estar bastante ocupado. Pasaba trabajando una buena parte de la mañana, y los días de correo a veces hasta medianoche, consagrando el tiempo que me quedaba libre a estudiar la carrera que empezaba, en la cual confiaba, visto mi primer ensayo, que obtendría en lo sucesivo un empleo más ventajoso. En efecto; no había más que una opinión respecto de mí, comenzando por el embajador, que se felicitaba en gran manera de mis servicios, que no se quejó jamás y cuyo disgusto provino tan sólo de que, habiéndome quejado inútilmente, yo mismo quise al fin marcharme. Los embajadores y los ministros del rey con quienes estábamos en correspondencia le dirigían felicitaciones por el mérito de su secretario, que hubieran debido alegrarle, pero en su mala cabeza produjeron un efecto contrario. Sobre todo recibió una en circunstancias especiales que jamás me ha perdonado. Esto vale la pena de que se explique.

Tanto le costaba molestarse, que aun el sábado, día de casi todos los correos, no podía esperar para salir a que estuviese concluido el trabajo, y hostigándome sin cesar para que expidiera los despachos

del rey y de los ministros, los firmaba precipitadamente, y en seguida se iba corriendo no sé adónde, dejando sin firmar la mayor parte de las otras cartas, lo que me obligaba, cuando no eran más que simples noticias, a expedirlas a manera de boletín; mas cuando se trataba de negocios referentes al servicio del rey preciso era que firmase alguien, y firmaba yo. Así lo hice en un aviso importante que acabábamos de recibir del señor Vincent, encargado de los negocios del rey en Viena. Ocurrió esto cuando el príncipe de Lobkowitz iba a Nápoles y el conde de Cages [1] llevó a cabo aquella famosa retirada, que es el hecho de armas más notable del presente siglo y del que no se ha hablado en Europa cuanto merecía. Decía el aviso que un hombre, cuyas señas nos había dado el señor Vicent, salía de Viena, y pasando por Venecia debía llegar furtivamente al Abruzzo con la misión de sublevar el pueblo al aproximarse los austriacos. Ausente el señor conde de Montaigu, que no tomaba interés por nada, hice pasar tan acertadamente este aviso al marqués de l'Hôpital, que quizá la Casa de Borbón deba a este pobre Juan Jacobo, tan escarnecido, la conservación del reino de Nápoles.

El marqués de l'Hôpital, felicitando a su colega, como correspondía, le habló de su secretario y del servicio que acababa de prestar a la causa común. El conde de Montaigu, que debía avergonzarse por la negligencia con que había procedido en este asunto, creyó entrever un reproche en aquel cumplido y me habló de ello malhumorado. Me había visto en el caso de hacer con el conde de Castellani, embajador en Constantinopla, lo mismo que con el marqués de l'Hôpital, aunque por asuntos de menos importancia. Como no había otro medio de comunicación con Constantinopla que los correos expedidos por el Senado, de cuando en cuando a su bailío se daba aviso de la salida de estos correos al embajador de Francia, a fin de que por este conducto pudiese escribir a su colega si lo juzgaba a propósito. Este aviso se recibía ordinariamente con uno o dos días de anticipación; mas tan poco caso se hacía del señor de Montaigu que se contentaban con enviárselo una o dos horas antes de salir el correo, lo que me puso en el caso de expedir el correo muchas veces en su ausencia. El de Castellani, al contestar, hacía mención de mí en términos halagüeños; el señor de Joinville, desde Ginebra, hacía lo mismo; todo lo cual sentía como otros tantos agravios.

Confieso que yo no desperdiciaba las ocasiones de darme a conocer, pero tampoco las buscaba inmotivadamente; sirviendo bien me parecía justo aspirar al premio natural de los buenos servicios, que es la estimación de los que se hallan en el caso de comprenderlos y recompensarlos. No afirmaré que mi exactitud en llenar mis funciones fuese por parte del embajador un motivo de

---

[1] J. B. Dumont, conde de Cages, general español.—*N. del T.*

queja; pero sí diré que hasta el día de nuestra separación fue el único que tuvo.

Su casa, que yo había puesto en buen pie, se llenaba de gentuza; en ella, los franceses se veían maltratados y los italianos cobraban ascendiente, y hasta de estos mismos los buenos servidores afectos de mucho tiempo a la Embajada fueron echados de mala manera: entre ellos, su primer gentilhombre, que lo había sido del conde Froulay, y que me parece se llamaba el conde Peati o algo así. El segundo gentilhombre, escogido por el señor de Montaigu, era un bandido de Mantua llemado Dominico Vitali, a quien confió el embajador el cuidado de su casa, quien a fuerza de embelecos y de miserables mezquindades ganó su confianza y fue su favorito, con gran perjuicio de las pocas personas honradas que aún quedaban y del secretario que estaba al frente de ellas. La integridad de un hombre de bien es siempre antipática a los malvados. Esto sólo hubiera bastado para granjearme el odio de aquél; pero este odio tuvo además otra causa que lo hizo más enconado. Preciso es decirla, a fin de que se me condene si fui culpable.

Según era costumbre, tenía el embajador un palco en cada uno de los cinco teatros. En la mesa decía todos los días a qué teatros quería ir: yo escogía después de él, y los gentileshombres disponían de los demás. Al salir tomaba la llave del palco que había escogido; mas un día en que Vitali no estaba presente encargué al lacayo que me trajese la mía a una casa que le indiqué. Pero Vitali, en vez de enviarme la llave me mandó decir que había dispuesto de ella. Yo estaba tanto más despechado cuanto que el lacayo me había dado cuenta de mi comisión en presencia de todo el mundo. Por la noche Vitali quiso dar alguna excusa, mas yo la rechacé, diciéndole: «Mañana irá a darme una satisfacción a la casa donde he recibido la afrenta y ante las personas que han sido testigos de ella, o de lo contrario, suceda lo que suceda, le prevengo que pasado mañana usted o yo saldremos de aquí.» El tono decidido con que hablé le impuso y vino al lugar y hora indicados a darme una pública satisfacción digna de él; pero tomó sus medidas con anticipación, y mientras se humillaba, trabajaba tan a la italiana que, no pudiendo lograr que el embajador me despidiera, me puso en la necesidad de marcharme yo mismo.

Semejante miserable no era seguramente capaz de conocerme, pero conocía de mí lo que servía a su intento; sabía que yo era bueno y tolerante por demás para soportar las faltas involuntarias, altivo y transigente para las ofensas premeditadas, amigo de la decencia, de la dignidad y de las cosas convenientes, y no menos exigente respecto a las consideraciones que se me debían que atento a las que debía a los demás. Por aquí es por donde emprendió y logró desanimarme. Trastornó toda la casa, hizo perder en ella cuanto yo había logrado de orden, subordinación, limpieza y propiedad. Una

casa sin mujer necesita una disciplina algo severa para que reine en ella la modestia, compañera inseparable de la dignidad. Pronto convirtió la nuestra en un lugar de crápula y de licencia, en una guarida de bribones y libertinos. En lugar del segundo gentilhombre, que había hecho despedir, puso a otro alcahuete como él, que tenía burdel público en la Cruz de Malta; la indecencia de estos dos infames, puestos de acuerdo, corría parejas con su insolencia. Exceptuando únicamente la estancia del embajador, y aun no estaba en toda regla, no había en la casa un solo rincón que fuese tolerable para un hombre honrado.

Como Su Excelencia no cenaba en casa, teníamos los gentileshombres y yo una mesa particular, donde comían, asimismo, el abate de Binis y los pajes. En el más asqueroso figón se sirve la comida mejor y más aseadamente, con más decencia y limpieza; dábannos tan sólo una negruzca velita, platos de estaño y tenedores de hierro.

Pase aún lo que se hacía en secreto; pero me quitaron mi góndola, siendo yo el único de los secretarios de Embajada que me veía obligado a alquilar una o a ir a pie, y sólo usaba la librea de Su Excelencia cuando iba al Senado. Por otra parte, nada de cuanto pasaba en casa ignorábase en la ciudad; toda la servidumbre clamaba a grito herido, y Dominico, única causa de todo, era el que más gritaba, sabiendo perfectamente que la indecencia con que éramos tratados afectábame a mí más que a ningún otro. Yo era el único de la casa que nada decía fuera de ella; pero me quejaba vivamente al embajador de todo y de él mismo, que, inducido secretamente por aquel hombre rastrero, me infería nuevas afrentas a diario. Obligado a gastar mucho para mantenerme al igual de mis camaradas y como correspondía a mi rango, érame imposible ahorrar un sueldo; y cuando le pedía dinero me hablaba de su aprecio y de su confianza, como si ésta hubiera podido servirme para llenar mi bolsa y hacer frente a todo.

Aquellos dos bandidos dieron por completo al traste con el juicio de su amo, ya no muy seguro por lo demás, y le arruinaban con sus continuas truhanerías, presentándole negocios falaces como si fuesen gangas. Le hicieron alquilar en la Brenta un *palazzo* por el doble de su valor, compartiendo la demasía con el propietario. Las habitaciones hallábanse incrustadas de mosaicos y adornadas con columnas y pilastras de magníficos mármoles, al estilo del país. El señor de Montaigu mandó cubrirlo todo espléndidamente de abeto por la sola razón de que tal era la costumbre en París. Fue, por causa parecida, el único de los embajadores en Venecia que despojó a sus pajes de la espada y del bastón a sus lacayos. He aquí al hombre que siempre, acaso por la misma causa, me tuvo entre ojos únicamente porque le servía con fidelidad.

Yo sufrí con paciencia sus desdenes, su brutalidad y sus malos tratos mientras no creí ver odio en ellos, porque revelaban mal

humor; mas desde el momento en que advertí el designio de privarme de la consideración que merecía por mi buen comportamiento resolví tomar otro camino.

La primera manifestación vista por mí de su mala voluntad fue con motivo de una comida que debía ofrecer el señor duque de Módena y su familia, residentes en Venecia, y a la que según me dijo yo no asistiría. Yo le contesté picado, aunque sin enojo, que, teniendo el honor de comer todos los días en su mesa, si el señor duque de Módena exigía que yo no lo hiciera cuando él viniese la dignidad de Su Excelencia y mi deber no debían consentirlo. «¡Cómo –dijo airado–, mi secretario, que ni siquiera es gentilhombre, pretende comer con un soberano cuando los que lo son no lo consiguen!» «Sí, señor –le repliqué–; el puesto con que Vuestra Excelencia me ha honrado me ennoblece tanto mientras en él permanezca, que estoy por encima aún de sus gentileshombres o lo que sean, y se me debe admitir donde ellos no pueden ser admitidos. No ignora usted que el día en que sea recibido solemnemente yo estoy llamado, por la etiqueta y por una costumbre inmemorial a seguirle en traje de ceremonia y a comer con usted en el palacio de San Marcos; y no comprendo por qué causa el que puede y debe comer en público con el dux y el Senado de Venecia no ha de poder comer privadamente con el duque de Módena.»

Aunque el argumento no tenía réplica, el embajador no se dio por vencido; mas no tuvimos ocasión de renovar la disputa, pues el duque de Módema no comió en su casa.

Desde entonces no dejó nunca de darme motivos de disgusto y de hacerme desaires, esforzándose por quitarme las menudas prerrogativas anejas a mi empleo para endosárselas a su estimado Vitali; y estoy seguro de que hasta, si se hubiese atrevido, le hubiera enviado al Senado en lugar mío. Comúnmente se valía del abate de Binis para escribir en su gabinete las cartas particulares, y de él se valió para remitir al señor de Maurepas una relación del asunto del capitán Olivet, en la cual, lejos de aludirme en lo más mínimo, y eso que yo era el único que se había ocupado de ello, me quitaba hasta el honor del proceso verbal, del que le enviara un duplicado, para atribuirlo a Patizel, que ni siquiera había dicho una palabra. Quería mortificarme y complacer a su favorito, pero sin deshacerse de mí, pues comprendía que no le sería tan fácil hallarme un sucesor como lo fue encontrarlo para el señor Follau, pues éste habíalo ya dado a conocer. Necesitaba imprescindiblemente un secretario que supiese el italiano a causa de las respuestas del Senado; que despachara todas las notas y todos sus asuntos sin que él se metiese en nada, y que al mérito de servir bien uniese la bajeza de complacer a todos sus bellacos y gentileshombres. Por consiguiente, quería conservarme, abatirme, teniéndome lejos de mi país y del suyo y sin dinero para regresar; tal vez lo habría conseguido si se hubiese portado con

moderación. Pero Vitali, que tenía otras miras y quería impelerme a tomar una resolución, logró su objeto. Desde el momento en que vi que todos mis cuidados eran trabajo perdido, que el embajador tenía por crímenes mis servicios en vez de agradecérmelos, que no tenía que esperar de él más que ingratitud dentro e injusticias fuera y que el descrédito general en que habían caído sus malos oficios podía dañarme, sin que los buenos pudiesen servirme, me resolví pedirle mi libertad, dándole tiempo para que buscase otro secretario. Pero sin decirme que sí ni que no, siguieron las cosas el mismo curso que antes. Viendo que nada se adelantaba y que nada hacía para buscarme un sucesor, le escribí a su hermano detallando los motivos que me empujaban y suplicándole que obtuviese de Su Excelencia el permiso de retirarme, añadiendo que de todos modos me era imposible continuar. Largo tiempo estuve esperando sin obtener respuesta alguna, y ya empezaba a sentirme muy molesto, cuando el embajador recibió al fin una carta de su hermano. Muy enérgica debió ser, por los ferocísimos arrebatos que originara y que jamás había presenciado. Después de prorrumpir en un cúmulo de abominables injurias y no sabiendo ya qué decir, me acusó de haber vendido sus cifras. Yo me eché a reír y le pregunté, con tono zumbón, si creía que hubiese en todo Venecia una persona siquiera que diese por ellas un solo escudo. Esta respuesta le hizo echar espumarajos de ira, e hizo ademán de llamar a los criados para que, según dijo, me arrojasen por la ventana. Hasta entonces hube de permanecer muy tranquilo; mas al oír esta amenaza, la cólera y la indignación me arrebataron a mi vez; lancéme a la puerta y tirando del picaporte que la cerraba por dentro, le dije, encaminándome con grave paso hacia él: «No, señor conde, que sus servidores no se mezclen en este asunto; es preferible que la cosa quede entre nosotros.» Mi acción y mi semblante le calmaron instantáneamente, y se dibujó en su rostro el sobresalto y la sorpresa. Cuando le vi repuesto de su furia me despedí de él con pocas palabras; luego, sin aguardar su contestación, abrí de nuevo la puerta, salí y pasé pausadamente por la antecámara en medio de sus servidores, que se levantaron como de ordinario, y que más bien se hubieran puesto de mi parte que de la suya. Sin subir siquiera a mi habitación, bajé la escalera y salí inmediatamente de palacio para no volver a pisarlo jamás.

Me encaminé a casa de Le Blond directamente y le conté lo sucedido; pero a éste no le sorprendió mucho porque conocía a nuestro hombre. Me invitó a comer, y esta comida, aunque improvisada, fue magnífica; a ella asistieron cuantos franceses de relieve hallábanse en Venecia, y el embajador no tuvo a nadie de su parte. Referida la aventura por el cónsul todos formaron su opinión, que seguramente no fue favorable a Su Excelencia. No me había ajustado la cuenta ni me había dado un solo sueldo, y sin otro recurso que los pocos luises de que disponía, tropezaba con dificultades para

regresar. Todos me ofrecieron su bolsillo, y tomé unos veinte zequíes de Le Blond y otros tantos del señor de Saint-Cyr, con quien, después de aquél, tenía mayor intimidad, dando las gracias a los demás, y entre tanto me albergué hasta el día de mi partida en la cancillería del Consulado para probar al público que la nación no era cómplice de las injusticias del embajador. Furioso éste al ver que me obsequiaban en mi infortunio y le abandonaban a él, no obstante de ser todo un embajador, perdió completamente el juicio y comportóse como un loco, hasta el extremo de presentar al Senado una Memoria para que me detuvieran, y como el abate de Binis me lo avisara, determiné permanecer quince días más en vez de marchar al siguiente, como era mi propósito. Mi conducta había sido conocida y aprobada y yo era generalmente apreciado. El Senado ni siquiera se dignó responder a la extravagante Memoria del embajador, y por intermedio del cónsul me dijo que podía quedarme en Venecia cuanto tiempo quisiese sin inquietarme por las exigencias de un loco. Seguí visitando a mis amigos, fui a despedirme del embajador de España, que me recibió muy bien, y del conde Finocchetti, ministro de Nápoles, a quien por no haberle encontrado le escribí una carta y me contestó en los términos más halagüeños. Fuime a la postre, no dejando, a pesar de mi estrechez, más deudas que los préstamos que acabo de citar y unos cincuenta escudos en casa del mercader Morandi, que Carrió se encargó de satisfacer y que jamás le he devuelto, a pesar de habernos visto a menudo desde entonces; pero los dos citados préstamos los satisfice con toda exactitud tan pronto como me fue posible.

No dejemos a Venecia sin decir algo de las célebres diversiones de esta ciudad, o al menos de la pequeña parte que en ellas tomé durante mi permanencia. En el transcurso de mi juventud ya se ha visto cuán poco he gustado los placeres de esta edad, o los tenidos por tales. En Venecia no cambié de gusto; pero mis ocupaciones, que por otra parte me los hubieran impedido, hicieron más picarescos los sencillos recreos que me permitía. El primero y más grato era la compañía de las personas de mérito, los señores Le Blond, Saint-Cyr, Carrió, Altuna y un noble de Forli, cuyo nombre siento mucho haber olvidado y cuyo amable recuerdo nunca deja de conmoverme; de cuantos hombres he conocido en mi vida era el que poseía un corazón más semejante al mío. Éramos también amigos de dos o tres ingleses muy despejados e instruidos, apasionados por la música como nosotros. Todos estos señores tenían mujer, amiga o querida; estas últimas casi todas eran jóvenes de ingenio en cuyas casas se daban conciertos o bailes. También se jugaba, aunque muy poco; nos hacían insípido este entretenimiento los placeres vivos, las diversiones y los espectáculos. El juego no es más que un recurso de las personas que se fastidian. Yo había traído de París la preocupación que allí domina contra la música italiana, mas también había

recibido de la Naturaleza la sensibilidad, contra la cual nada pueden las preocupaciones. Pronto me inspiró la pasión que inspira a los que han nacido para comprenderla. Al escuchar las barcarolas, conocí que nunca había oído cantar hasta entonces; y me aficioné a la ópera de tal modo, que, fastidiado de charlar, comer y jugar en los palcos, cuando no hubiera querido hacer otra cosa que escuchar, me apartaba a menudo de la compañía para ir a otro lado. Allí, solo, encerrado en mi palco, me entregaba, a pesar de la duración del espectáculo, al placer de gozarlo a mi gusto hasta el fin. Un día me quedé dormido en el teatro de San Crisóstomo y más profundamente que si estuviera en mi cama. Los pasajes más ruidosos y brillantes no pudieron despertarme; mas ¿quién pudiera expresar la deliciosa sensación que me causaron la dulce armonía y los angélicos cantos del trozo que me despertó? ¡Qué despertar!, ¡qué arrobamiento!, ¡qué éxtasis! cuando a un mismo tiempo abrí los ojos y los oídos. El primer pensamiento fue el creerme en el paraíso. Aquel trozo encantador que aún recuerdo y que nunca olvidaré, comenzaba así:

Conservami la bella
che si m'accende il cor.

Quise poseer ese trozo, lo conseguí y lo he guardado largo tiempo; pero mejor lo conservaba en mi memoria que en el papel, donde se leían, seguramente, las mismas notas, pero no era aquello mismo. Esta divina aria sólo en mi mente puede ser ejecutada, como lo fue, en efecto, el día que me despertó.

A mi modo de ver, hay una música muy superior a la de las óperas y que no tiene semejante en Italia ni en el resto del mundo, y es la de las *scuole.* Las *scuole* son casas de caridad establecidas para educar niñas pobres, a quienes dota luego la República, casándolas o haciéndolas monjas. Entre los conocimientos que cultivan esas niñas, la música ocupa el primer lugar. Todos los domingos, en la iglesia de cada una de esas cuatro *scuole,* durante las vísperas, se ejecutan *motetes* a gran coro y a gran orquesta, compuestos y dirigidos por los más grandes maestros de Italia, ejecutados en tribunas enrejadas, únicamente por jóvenes, de las cuales la mayor no cuenta de seguro veinte años. Nada conozco tan voluptuoso, tan conmovedor como esta música; las maravillas del arte, el gusto exquisito de los cantos, la belleza de las voces, lo exacto de la ejecución, todo, en suma, en esos deliciosos conciertos concurre a producir una impresión que no es seguramente muy saludable, pero de la que –tal creo– no puede librarse ningún corazón. Ni Carrió ni yo dejábamos nunca de asistir a esas vísperas en los *Mendicanti,* y no éramos los únicos. La iglesia estaba llena siempre de aficionados, y hasta los mismos actores de la ópera iban a estudiar el verdadero gusto del canto con estos excelentes modelos. Lo que me desconsolaba eran

aquellas malditas rejas que, dando sólo paso a los sonidos, me ocultaban los bellos ángeles que tales voces tenían. Yo no hablaba de otra cosa. Un día, charlando de ello en casa de Le Blond, éste me dijo: «Si tiene curiosidad por conocer a esas niñas, es fácil darle gusto. Yo soy uno de los administradores de la casa y quiero que meriende con ellas.» Yo no le dejé en paz hasta que hubo cumplido su palabra. Al entrar en el salón que encerraba a tan codiciadas bellezas sentí una emoción amorosa que nunca había experimentado. El señor Le Blond me presentó, una tras otra, a todas aquellas cantatrices célebres, de quienes no conocía más que la voz y el nombre. «Acérquese, Sofía...» Era horrible. «Acérquese, Catina...» Era tuerta. «Acérquese, Bettina...» Estaba desfigurada por las viruelas. Apenas había una que no tuviese un defecto notable. El malvado se reía de mi cruel sorpresa. Sin embargo, hubo dos o tres que no me parecieron del todo feas; mas no cantaban sino en los coros. Hallábame desconsolado. Durante la merienda las estimularon y estuvieron animadas. La fealdad no excluye las gracias, y las encontré en ellas. Yo me decía: no se canta así sin alma; por consiguiente, deben tenerla. En fin, mi manera de verlas cambió de tal modo que salí prendado de todas aquellas feítas. Apenas me atreví a volver a sus vísperas; mas en breve me tranquilicé y continué hallando sus cantos deliciosos y sus voces prestaban en mi mente tal encanto a sus rostros, que siempre que cantaban, a pesar de mis ojos, empeñábame en hallarlas hermosas.

Tan poco cuesta la música en Italia, que no hay que privarse cuando se tiene gusto por ella. Alquilé un clavicordio, y por un escudo tenía en mi casa cuatro o cinco sinfonistas con quienes me ejercitaba, una vez a la semana, ejecutando los trozos que más me gustaron. También hice ensayar algunos trozos de mis *Musas galantes*. Sea que agradase o que quisiesen halagarme, ello es que el maestro de baile de San Juan Crisóstomo me hizo pedir dos que tuve el placer de oír ejecutar por aquella admirable orquesta, y fueron bailados por una joven llamada Bettina, linda y, sobre todo, amable muchacha, mantenida por un español amigo nuestro llamado Fagoaga, y a casa de la cual íbamos a pasar la velada.

Y a propósito de muchachas, seguramente no es en una ciudad como Venecia donde uno se abstiene de ellas, y podría decírseme: «¿Nada tiene que confesar sobre este punto?» Sí; en efecto, algo tengo que decir, y voy a proceder a esta confesión con la misma ingenuidad que he usado en todas las demás.

He tenido siempre aversión a las mujeres públicas, y en Venecia no había otra cosa más a mi alcance, pues a causa de mi empleo me estaba prohibida la entrada en la mayor parte de las casas. Las hijas de Le Blond eran muy amables, pero muy difíciles, y yo apreciaba demasiado a sus padres para pensar siquiera en codiciarlas.

Más me hubiera gustado la señorita Cataneo, hija del agente del rey de Prusia; pero Carrió estaba enamorado de ella y hasta se trató de casamiento. Él era hombre acomodado y yo nada tenía; cobraba él cien luises de sueldo, en tanto que el mío reducíase a cien pistolas; y aparte de que yo no quería hacerle competencia a un amigo, sabía que dondequiera, y en Venecia sobre todo, con un bolsillo tan escuálido no debe uno meterse a galanteador. Yo no había perdido el funesto hábito de engañar a mis necesidades, y harto atareado para sentir vivamente las que causa el clima, viví en esa ciudad cerca de un año con tanta prudencia como lo había hecho en París; y salí de ella, al cabo de dieciocho meses, sin haberme acercado a las mujeres más que en dos ocasiones y en las singulares circunstancias que voy a referir.

La primera me fue proporcionada por el honrado gentilhombre Vitali, poco tiempo después de la satisfacción que le obligué a darme en toda regla. Se hablaba en la mesa de las diversiones de Venecia. Aquellos señores reprochaban mi indiferencia por la más incitante de todas, ponderando el gracejo de las cortesanas venecianas y diciendo que no tenían rival en el mundo. Dominico añadió que había de conocer a la más amable de todas, que él me acompañaría y que yo se lo habría de agradecer. Me reí de su oficioso ofrecimiento, y el conde Peati, hombre ya viejo y venerable, dijo, con una franqueza que no se podía esperar de un italiano, que me creía harto prudente para dejarme llevar por mi enemigo a una casa de muchachas. En efecto, yo no tenía ánimo ni intención de ir; mas por una de esas inconsecuencias que ni yo mismo comprendo, acabé por dejarme arrastrar contra mi gusto, mi corazón, mi razón e incluso mi voluntad, únicamente por flaqueza, por vengüenza de manifestar desconfianza y, como allí se dice, *per non parer troppo coglione*. La paduana a quien visitamos era bastante linda y aun hermosa, pero no de mi gusto. Dominico me dejó con ella; yo mandé traer sorbetes, la hice cantar, y al cabo de media hora quise marcharme, dejando un escudo sobre la mesa; mas tuvo el singular escrúpulo de no admitirlo sin haberlo ganado y yo la singular estupidez de evitárselo. Volvíme a palacio tan persuadido de que estaba contaminado, que, apenas dentro, me apresuré a llamar al médico para pedirle algún remedio. Es inexplicable la inquietud que sufrí durante tres semanas, a pesar de que no la justificase ninguna dolencia real ni signo alguno aparente. Yo no podía concebir que pudiera salir impune de los brazos de la paduana; el mismo médico sólo logró tranquilizarme a fuerza de mucho, persuadiéndome de que, gracias a mi conformación particularísima, era muy difícil que me inoculasen; y aunque yo me haya expuesto quizá menos que otro a tales experiencias, por este lado jamás ha sufrido menoscabo mi salud, lo cual prueba la razón del médico. Sin embargo, esta opinión no me ha hecho temerario, y si efectivamente he recibido de la Naturaleza esta ventaja puedo decir que no he abusado de ella.

La otra aventura, aunque también con una cortesana, fue de un género muy diferente tanto por su origen como por sus consecuencias. Ya dije que el capitán Olivet me había dado a bordo una comida a la que llevé al secretario de España. Creí que me harían un saludo de ordenanza; la tripulación nos recibió formada, pero sin disparar una salva, lo que me mortificó mucho por Carrió, a quien vi un poco picado, y es lo cierto que en los buques mercantes se saluda con disparos a personas de menor categoría que la nuestra, y además yo creía merecer alguna distinción del capitán. No pude disimular lo que siempre me ha sido imposible, y aunque la comida fuese muy buena y Olivet hiciese muy bien los honores de la mesa, la empecé con mal humor, comiendo poco y hablando menos

Al menos aguardaba yo al primer brindis una salva, pero no se oyó un tiro. Carrió, que leía en mi alma, se reía al verme refunfuñar como un chiquillo, y a cosa del tercio de la comida veo aproximarse una góndola. «A fe mía, caballero –me dijo el capitán–, tenga cuidado, pues se acerca el enemigo.» Yo le pregunté qué quería decir y me respondió bromeando. La góndola atracó y vi salir de ella a una joven deslumbradora, graciosamente vestida y muy libre, que en tres saltos se plantó en la cámara y la vi sentada a mi lado antes de que pudiese hacerme cargo de que se había puesto otro cubierto. Era tan bella como vivaracha; una morena de veinte abriles a lo sumo. Sólo hablaba el italiano, y su acento hubiera bastado para hacerme perder el juicio. Siguiendo así la comida y conversando me miró, fijóse un momento y luego exclamó: «¡Virgen mía! ¡Ah! ¡Mi caro Brémond! ¡Cuánto tiempo hace que no te he visto!» Se arrojó en mis brazos, aplicó su boca a la mía y me abrazó frenéticamente. Sus grandes ojos negros a la oriental lanzaban centellas en mi corazón; y aunque la sorpresa motivó al principio alguna distracción, la voluptuosidad subyugóme rápidamente, hasta el punto que, a pesar de los espectadores, fue necesario que esta hermosa me contuviese, porque yo estaba ebrio, o mejor, furioso. Cuando me vio en el punto que me quería moderó un tanto sus caricias, aunque no sin vivacidad, y cuando le plugo explicarnos la causa verdadera o falsa de su conducta nos dijo que me parecía de tal modo al señor de Brémond, director de las Aduanas de Toscana, que era muy fácil equivocarse; que se había enamorado del tal Brémond, que todavía estaba loca por él; que lo había dejado porque era una tonta; que me tomaba a mí en su lugar; que quería amarme porque así le placía; que por la misma razón era forzoso que yo la amase mientras le conviniese a ella, y que cuando me dejase plantado tendría paciencia, como la había tenido su caro Brémond. Como lo dijo lo hizo; tomó posesión de mí como si le perteneciese, dándome a guardar los guantes, el abanico, su *cinda,* su papalina; me mandaba esto o aquello y yo obedecía. Me dijo que fuese a despedir a su góngola, pues quería servirse de la mía, y obedecí; me dijo que me levantase de mi asiento

y rogué a Carrió que lo ocupase, pues tenía que hablarle, y lo cumplí. Largo tiempo conversaron juntos y en voz baja. Yo los dejé; ella me llamó, y volví. «Oye, Zanetto –me dijo–, yo no quiero de ningún modo que me hagas el amor a la francesa, y además no sería agradable; en el primer momento de fastidio, vete; pero te advierto que no te quedes a medias.» Acabada la comida fuimos a visitar la fábrica de vidrios de Murano, donde compró una porción de bagatelas, que nos dejó pagar sin cumplimiento; pero ella gastó luego por todas partes sumas más fuertes que lo que nosotros habíamos pagado. Por la indiferencia con que tiraba su dinero y nos dejaba tirar el nuestro se veía que no tenía para ella ningún valor. Cuando hacía pagar a otro era más bien por vanidad que por avaricia; envanecíase del aprecio que se hacía de sus favores.

Anochecido la condujimos a su casa. Conversando vi dos pistolas sobre su tocador, y tomando una, dije: «Hola, hola, he aquí una caja para lunares de nueva invención; ¿podría saberse para qué sirve? Yo conozco otras armas más temibles que éstas.» Después de algunas bromas sobre el mismo tema, con una ingenua altivez, que la hacía aún más interesante, nos dijo: «Cuando dispenso mis bondades a personas a quienes no amo, les hago pagar el fastidio que me causan, como es justo; mas si sufro sus caricias no quiero aguantar sus insultos, y el que me falte una vez no lo contará.»

Al separarnos, quedamos citados para el día siguiente y nos dimos hora. No la hice esperar. La encontré *in vestito di confidenza,* en un traje de mañana más que galante, que sólo se conoce en los países meridionales y que no me detendré a describir, aunque lo recuerdo muy bien. Sólo diré que sus vuelos y su gola estaban bordados de seda y guarnecidos con borlitas o madroños de color de rosa. Esto me pareció que daba una nueva vida a un cutis hermosísimo; luego vi que era la moda de Venecia, y me sorprende que esta moda no se haya introducido nunca en Francia. No tenía la menor idea de las voluptuosidades que me aguardaban. He hablado de la señora de Larnage en los raptos que su recuerdo aún me proporciona a veces; pero ¡cuán vieja y fría era comparada con Zulietta! ¡No es posible que el lector imagine el atractivo y las gracias de esta encantadora niña, porque se quedaría muy corto; las jóvenes vírgenes de los claustros son menos frescas, las beldades de los serrallos menos vivas, las huríes del paraíso menos incitantes! Jamás se ofreció al corazón y los sentidos de un mortal más dulce goce. ¡Ah, si a lo menos hubiese sabido gozarlo enteramente y con toda su plenitud una vez siquiera! Lo gocé, pero sin ilusión; emboté toda mi delicia; la destruí como de propósito. No, la Naturaleza no me ha hecho para gozar; ha colocado en mi mala cabeza el veneno de esta felicidad inefable, cuyo apetito depositó en mi corazón.

Si hay alguna circunstancia de mi vida que pinte bien mi carácter es la que voy a relatar. La viveza con que se me representa en este

momento el objeto de mi libro hará que desprecie aquí el falso miramiento que podría detenerme en contarlo. El que quiera, sea quien fuere, conocer a un hombre, lea las dos o tres páginas que siguen, y conocerá plenamente a Juan Jacobo Rousseau.

Entré en la alcoba de una cortesana como en el santuario del amor y de la belleza, cuya divinidad creí ver en su persona. Jamás había creído que sin respeto y estimación se hubiera podido sentir nada semejante a lo que ella me hizo experimentar. Así que a las primeras familiaridades hube conocido el precio de sus gracias y de sus caricias, cuando, por miedo de perder el fruto, de antemano quise apresurarme a cogerlo; mas de repente, en vez del fuego que me devoraba, sentí un frío mortal que me recorría todas las venas; las piernas me flaqueaban, y sintiéndome desfallecer, empecé a llorar como un niño.

¡Quién fuera capaz de adivinar la causa de mis lágrimas y lo que en aquel instante pasaba por mi mente! Yo me decía: este ser que está a mi disposición es la obra maestra de la Naturaleza y del amor; el espíritu y el cuerpo son perfectos; es tan buena y generosa como amable y bella; los grandes y los príncipes deberían ser sus esclavos y a sus pies deberían rendirse los cetros. Sin embargo, es una miserable cortesana, entregada al público; un capitán mercante dispone de ella y viene por sí misma a entregarse a mí, sabiendo que nada poseo; a mí, cuyo mérito, imposible de ser apreciado por ella, es nulo a sus ojos. Hay en esto algo de incomprensible; o mi corazón me engaña, fascina mis sentidos y me convierte en juguete indigno de una ramera, o es fuerza que algún secreto defecto, que ignoro, destruya el efecto del embeleso y la haga odiosa a los que deberían disputársela. Entonces me apliqué a buscar este defecto, dominado por una lucha interna singular, y ni siquiera se me ocurrió la idea de que el gálico pudiese tomar parte en ello. La frescura de sus carnes, el brillo de su tez, la blancura de sus dientes, la suavidad de su aliento, la pulcritud de toda su persona alejaban de mí esta idea tan completamente, que conservando aún alguna duda sobre el estado de mi salud desde la paduana, hasta sentía el temor de no hallarme bastante sano para ella; y estoy bien persuadido de que en este punto mi confianza no me engañaba.

Estas reflexiones tan oportunamente sugeridas me conmovieron hasta el punto de hacerme llorar. Zulietta, para quien esto era un espectáculo nuevo en semejantes circunstancias, quedó cortada por un momento; mas habiendo dado una vuelta por el cuarto y pasado por delante del espejo, comprendió y mis ojos le confirmaron que no era el desagrado la causa de semejante fiasco, del que no le fue difícil curarme y borrar aquella nimia vergüenza; mas en el momento en que estaba próximo a desfallecer sobre aquel seno que parecía recibir por vez primera la boca y la mano de un hombre, observé que le faltaba un pezón. Me sorprendo, examino y creo

notar que no estaba formado como el otro. Echéme a buscar en mi mente cómo podía ser aquello, y persuadido de que era debido a un vicio de la Naturaleza, a fuerza de dar vueltas a esta idea vi claro como la luz del día que, en la persona de la más encantadora muchacha que pudiese imaginar, no tenía en mis brazos más que una especie de monstruo, desecho de la Naturaleza, de los hombres y del amor. Llevé mi estupidez hasta el extremo de hablarle de su pecho defectuoso. Al principio ella lo tomó a broma, y con su carácter bullicioso dijo e hizo cosas capaces de hacerme morir de amor; mas como yo conservaba un fondo de inquietud, que no pude ocultarle, vi al fin encenderse su rostro, abrocharse de nuevo, levantarse y sin decir palabra ir a asomarse a la ventana. Quise colocarme a su lado; ella se apartó, yendo a sentarse sobre un canapé, levantándose en seguida; y paseándose por la estancia, abanicándose, me dijo en tono frío y desdeñoso: *Zanetto, lascia le donne e studia la matematica.*

Antes de marcharme pedíle otra entrevista para el siguiente día; pero la demoró para el tercero, añadiendo con una sonrisa irónica que yo tendría necesidad de reposo. Pasé este tiempo incómodo, embebido con sus encantos y gracias, sintiendo mi extravagancia, echándomela en cara y afligiéndome por haber empleado tan mal un tiempo que de mí sólo hubiera dependido que fuese el más dulce de mi vida; esperé con la mayor impaciencia el de reparar la pérdida, y sin embargo, inquieto todavía, no pudiendo conciliar las perfecciones de esta adorable moza con la bajeza de su estado. A la hora citada corrí, volé a su casa. Ignoro si su temperamento ardiente se hubiera satisfecho con aquella visita; a lo menos lo hubiera sido su orgullo, pues de antemano yo experimentaba un placer delicioso imaginando cómo iba a demostrarle de todas maneras que sabía reparar mis faltas. Prueba excusada. El gondolero que le envié al atracar volvió diciendo que había partido la víspera para Florencia. Si no había sentido toda la fuerza de mi amor al poseerla, la sentí cruel por demás al perderla. Mi insensato pesar no me ha abandonado. Por amable, por encantadora que a mis ojos fuese, podía consolarme de perderla; mas de lo que no he podido consolarme, lo confieso, es de que no haya guardado de mí más que un recuerdo de menosprecio.

He aquí mis dos anécdotas. Los dieciocho meses pasados en Venecia no me dan motivo para referir otra cosa, a no ser un simple proyecto. Carrió era galanteador; fastidiado de no tratar más que con muchachas que pertenecían a otros, tuvo el capricho de tener una también; y como éramos inseparables me propuso el arreglo, en Venecia nada raro, de tomarla para los dos, a lo que me avine, y tratóse de encontrar una de confianza: tanto buscó, que al fin descubrió a una niña de once a doce años, a quien su indigna madre quería vender. Fuimos a verla juntos; al ver aquella criatura me conmoví; era rubia y dulce como un cordero; nadie la hubiera tomado

por italiana. En Venecia se vive barato; dimos algún dinero a la madre y nos encargamos de la manutención de la hija; y teniendo ésta buena voz, a fin de procurarle un recurso para vivir, dímosle una espineta y un maestro de canto. Apenas nos costaba todo esto dos zequíes mensuales a cada uno; mas como era preciso aguardar a que estuviese desarrollada, era sembrar mucho antes de recoger. Sin embargo, satisfechos con ir allí a pasar las veladas hablando y jugando muy inocentemente con esta niña, nos divertíamos quizá más gratamente que si la hubiésemos poseído; tan cierto es que lo que más nos atrae hacia las mujeres es, antes que la incontinencia, cierto placer que se experimenta viviendo con ellas. Insensiblemente iba amando a la pequeña Anzoletta, pero con un cariño paternal, en que tan poca parte tenían los sentidos, que a medida que iba aumentando me hubiera sido menos posible que se dejaran sentir, y yo conocía que me hubiera horrorizado gozar de aquella niña, llegada su edad núbil, como de un incesto abominable; y vi que los sentimientos del buen Carrió, sin que él lo echara de ver, seguían el mismo camino. Así nos proporcionamos naturalmente placeres no menos dulces, aunque muy diferentes de los que nos propusimos al principio; y estoy cierto de que por hermosa que hubiese podido llegar a ser aquella pobre criatura, lejos de ser jamás los corruptores de su inocencia habríamos sido sus protectores. La catástrofe que me ocurrió poco tiempo después no me dejó el necesario para tomar parte en aquella buena obra, y no puedo envanecerme en este asunto más que de la inclinación de mi alma. Volvamos a mi viaje.

El primer proyecto que formé al salir de la casa de Montaigu fue retirarme a Ginebra, esperando que una suerte mejor, apartando los obstáculos, pudiese reunirme a mi pobre *mamá*. Mas el ruido que había metido nuestro rompimiento y la tontería que cometió de escribirlo a la corte me hizo tomar la resolución de ir yo mismo a dar cuenta de mi conducta y quejarme de un loco. Desde Venecia participé mi resolución al señor de Theil, encargado interino de los Negocios Extranjeros desde la muerte del señor de Amelot. Partí al mismo tiempo que la carta, tomando el camino por Bérgamo, Como y Domodossola, y atravesé el Simplón. En Sión, el señor de Chaignón, encargado de Negocios de Francia, me dispensó mil finezas y otro tanto hizo en Ginebra el señor de la Closure. Aquí renové mi conocimiento con el señor de Gauffecourt, quien debía entregarme algún dinero. Había pasado por Nyón sin ver a mi padre, y no es que me costase gran trabajo, mas no pude resolverme a presentarme ante mi madrastra, después de mi desastre, seguro de que ella me juzgaría sin oírme. El librero Duvillard, antiguo amigo de mi padre, me lo afeó. Yo le dije la causa, y para reparar mi falta sin exponerme a ver a mi madrastra tomé una silla y fuimos juntos a Nyón, parando en la taberna. Duvillard fue a buscar a mi pobre padre, que acudió volando a mis brazos. Cenamos juntos, y después

de haber pasado una velada agradable para mí, a la mañana siguiente volví a Ginebra con Duvillard, a quien siempre he agradecido el bien que en aquella ocasión me hizo.

El camino más corto no era el de Lyón, pero quise pasar por allí a fin de descubrir una miserable intriga del señor de Montaigu. Yo me había hecho traer de París una cajita que contenía una chupa bordada en oro, algunos pares de vueltas y seis medias de seda blancas; nada más. Habiéndomelo propuesto él mismo, hice unir esta cajita a su equipaje. En la cuenta que me hizo en pago de mis honorarios, y que había escrito de su propio puño, puso la tal cajita, a la que llamaba fardo, atribuyéndola un peso de quince quintales, cuyo porte ascendía a un precio enorme. Por mediación del señor Boy de la Tour, a quien estaba yo recomendado por su tío el señor Ro Rouguin, se averiguó por los registros de las aduanas de Lyón y de Marsella que el expresado fardo no pesaba más que cuarenta y cinco libras y no había pagado el porte más que a razón de este peso. Junté este extracto auténtico a la cuenta del señor de Montaigu; y pertrechado con estos documentos y con muchos otros del mismo género me trasladé a París, impaciente por hacer uso de ellos. Durante esta larga travesía tuve algunas aventurillas en Como, Valais y otros puntos. Vi varias cosas, y entre otras las islas Borromeas, que merecían ser descritas, pero me falta tiempo. Me rodean los espías; me veo obligado a hacer aprisa y mal un trabajo que exige el espacio y la tranquilidad que me falta. Si algún día, volviendo los ojos a mí, la Providencia me depara al fin más apacibles días, los destino a refundir esta obra, si me es posible, o a menos a ponerle un suplemento que conozco necesita en gran manera [1].

El rumor de mi reyerta con el embajador se había adelantado, y al llegar hallé ya en las oficinas y fuera de ellas a todo el mundo escandalizado de las locuras del mismo. A pesar de esto, a pesar de mi reputación en Venecia, a pesar de las pruebas irrefutables que yo exhibía no pude obtener justicia. Lejos de obtener una satisfacción y reparación incluso fui dejado a discreción del embajador en cuanto a mis haberes, y esto por el único motivo de que, no siendo francés, no tenía derecho a la protección nacional y de que esto era un asunto particular entre él y yo. Todo el mundo convino conmigo en que yo había sido ofendido y perjudicado; en que el embajador era un extravagante y un hombre cruel, inicuo, y que este hecho le deshonraba para siempre. ¡Pero qué! Él era el embajador y yo nada más que el secretario. El buen orden, o lo que así se llama, exigía que yo no obtuviese la menor justicia, y no logré ninguna. Me imaginé que a fuerza de gritar y tratar a este loco como se merecía diríanme al fin que callase, y esto era lo que esperaba, resuelto a no obedecer hasta que se hubiese sentenciado la causa. Pero no había ministro de

---

[1] He renunciado a este proyecto.

Negocios Extranjeros entonces y me dejaron gritar; es más, me animaron y me hacían coro; pero aquí paró todo, hasta que, cansado de tener siempre razón y nunca justicia, me harté y abandoné el asunto.

La única persona que me recibió mal, y de quien menos lo habría esperado, fue la señora de Beuzenval. Hinchada con sus prerrogativas de rango y de nobleza, jamás le pude entrar en la cabeza que un embajador pudiese no tener razón contra su secretario. La acogida que me dispensó fue a tenor de ese prejuicio. Yo me piqué de tal modo que, al salir, le dirigí una carta de las más violentas que haya escrito en mi vida y no volví a presentarme en su casa. El padre Castel me recibió mejor; pero a través de la melosidad jesuítica le vi seguir con bastante exactitud una de las grandes máximas de la Orden, que es inmolar siempre al más débil en aras del poderoso. El vivo sentimiento de la justicia de mi causa y mi altivez natural no me permitieron sufrir con paciencia aquella parcialidad. Dejé de ver al padre Castel, y por consiguiente a los jesuitas, pues a él sólo conocía. Por otra parte, el espíritu tiránico e intrigante de sus cofrades, tan diferentes de la hombría de bien del buen padre Hemet, me alejaba tanto de su trato, que no me he relacionado con ningún otro desde entonces, exceptuando al padre Berthier, a quien vi dos o tres veces en casa del señor Dupin, con quien trabajaba con todas sus fuerzas en la refutación de Montesquieu.

Acabemos, para no acordarnos más de ello, con lo que me resta decir del señor de Montaigu. En nuestras disputas le había dicho que no le convenía un secretario, sino un pasante de procurador. Él siguió este parecer, y realmente me dio por sucesor uno muy largo de manos, que en menos de un año le robó veinte o treinta mil libras. Le echó, hizo que le prendieran, echó igualmente a sus gentileshombres vergonzosamente y con escándalo; dio motivo a mil querellas, recibió afrentas que no sufriría el más ínfimo criado y a fuerza de locuras acabó por ser destituido de su empleo. A lo que parece, en medio de las reprensiones que recibió de la corte no quedó olvidado el asunto que tenía pendiente conmigo; al menos, poco tiempo después de su regreso me envió su maestresala para saldar mi cuenta y darme dinero. En aquellos momentos me hallaba necesitado; mis deudas de Venecia, deudas de honor si las hay, pesaban sobre mi corazón como losa de plomo, y aproveché el medio que se me presentaba para desembarazarme de ellas, así como del pagaré de Zanetto Nani. Tomé lo que quisieron darme; pagué todas mis deudas y me quedé sin blanca, como antes, pero aliviado de un peso que me era insoportable. Desde entonces no he oído más hablar del señor de Montaigu hasta que por la voz pública supe su muerte. ¡Dios tenga en su santa gloria a este pobre hombre! Tan propio era para el cargo de embajador como lo había sido yo en mi infancia para el de leguleyo. Sin embargo, sólo de él dependió poder sostenerse honrosamente por medio de mis servicios y hacerme adelantar

rápidamente en la carrera a que el conde de Gouvón me había destinado en mi juventud y para la cual me había hecho apto por mí mismo en edad más avanzada.

La justicia e inutilidad de mis clamores dejaron en el fondo de mi alma un germen de indignación contra nuestras estúpidas instituciones civiles, en las que el verdadero bien público y la verdadera justicia quedan siempre sacrificadas a no sé qué orden aparente, destrucción real de todo orden, que sólo sirve para agregar la sanción de la autoridad pública a la opresión del débil y a la iniquidad del fuerte. Dos cosas concurrieron para impedir que por entonces se desarrollara ese germen como hubo de ocurrir posteriormente: la primera, que en este asunto se trataba de mí, y que el interés privado, que jamás ha producido nada grande y noble, no hubiera sido capaz de producir en mi corazón los heroicos esfuerzos que sólo pueden producir el más puro amor a lo justo y lo bello; fue la otra la dulzura de la amistad, que templaba y calmaba mi cólera por medio del ascendiente de un sentimiento más dulce. Había conocido en Venecia a un vizcaíno, amigo de mi querido Carrió y digno de serlo de todo hombre de bien. Aquel amable joven, nacido para poseer todos los talentos y todas las virtudes, acababa de recorrer la Italia para adquirir el gusto de las bellas artes; y pareciéndole que nada más tenía que adquirir, quería volverse en derechura a su patria. Yo le dije que las artes no eran más que un descanso para un ingenio como el suyo, apto para cultivar las ciencias, y le aconsejé que para aficionarse a ellas fuese a vivir seis meses a París. Me creyó y fue allá, donde me esperaba cuando llegué. Su habitación era harto grande para él y me ofreció la mitad, que acepté. Halléle señoreado por la fiebre de los grandes conocimientos. Nada estaba fuera de su alcance; todo lo devoraba y digería con prodigiosa rapidez. ¡Cuánto me agradeció haber procurado este alimento a su espíritu, atormentado por la necesidad de saber sin que lo sospechase él mismo! ¡Qué tesoro de luces y de virtudes encontré en esta alma de temple fuerte! Conocí que era el amigo que me convenía y llegamos a ser íntimos. Nuestros gustos no eran iguales, siempre estábamos disputando; tercos ambos, jamás estábamos acordes en punto alguno, y sin embargo no podíamos separarnos; y mientras sin cesar nos hacíamos la oposición, ninguno de los dos hubiera querido que el otro fuese de distinta manera.

Ignacio Manuel de Altuna era uno de esos hombres raros que sólo produce España, aunque demasiado pocos para su gloria. No tenía esas pasiones violentas nacionales, comunes en su país: la idea de la venganza no podía entrar en su mente, como tampoco podía tener cabida en su corazón el deseo de la misma. Era demasiado altivo para ser vengativo, y le he oído decir muchas veces, con la mayor sangre fría, que ningún mortal podía inferirle una ofensa a su alma. Era galante sin ser tierno; jugaba con las mujeres como si

fuesen lindas criaturas. Se divertía con las queridas de sus amigos, mas nunca le vi tener ninguna ni desearla tampoco. El fuego de la virtud, que su corazón alimentaba, jamás permitió que brotara el de sus sentidos.

Acabados sus viajes, se casó; murió joven, dejando hijos, y estoy persuadido, como de mi propia existencia, de que su mujer fue la primera y la única que le hizo conocer los placeres del amor. En lo exterior, era devoto a la española; mas en su interior tenía la piedad de un ángel. A no ser yo mismo, no he visto en la vida otra persona más tolerante que él; jamás se informó de cómo pensaba nadie en materias de religión. Que su amigo fuese judío, protestante, turco, santurrón o ateo, poco le importaba con tal que fuese hombre de bien. Obstinado, testarudo en materias de poca importancia, desde el momento que se trataba de religión y aun de moral se contenía y callaba, o decía simplemente: *No tengo que ocuparme sino de mí.* Parece increíble que pueda aunarse tanta elevación de alma con un espíritu de detalle llevado hasta la minuciosidad. De antemano fijaba la distribución del día por horas, cuartos de hora y minutos, y seguía esta distribución tan escrupulosamente, que si hubiese dado la hora en el momento en que estaba leyendo una frase hubiera cerrado el libro sin acabarla. Para cada cosa tenía su tiempo señalado: para la meditación, para la conversación, para el oficio divino, para Locke, para el rosario, para las visitas, para la música, para la pintura; y no había placer, ni tentación, ni complacencia capaz de alterar aquel orden; sólo hubiera podido alterarlo el tener que cumplir con un deber. Cuando me refería la lista de su distribución, a fin de que yo hiciese lo propio, empezaba por reírme y acababa por llorar de admiración. Nunca molestaba a nadie ni toleraba ninguna molestia, y se mostraba brusco con todos los que por cortesía querían molestarle. Sin ser colérico, era mohíno. Le he visto a menudo acalorado, pero nunca enfadado. Nada tan alegre como su carácter; sabía aguantar las bromas y le agradaba darlas; es más, brillaba en ellas y hasta tenía el talento del epigrama. Cuando le animaban, era vocinglero y hasta escandaloso de palabra; su voz se oía de lejos, pero al paso que gritaba se le veía sonreír; y a lo mejor, en medio de sus arranques, se le ocurría alguna frase chistosa que hacía reír a todo el mundo; no tenía ni el color ni la calma de los españoles; su cutis era blanco, las mejillas sonrosadas, el cabello de un castaño casi rubio. Era alto y de buen talante. Su cuerpo estaba formado para contener su alma.

Este hombre, profundo lo mismo de corazón que de cabeza, distinguía a los hombres, y fue mi amigo. Es cuanto respondo a quienquiera que no lo sea. De tal suerte nos unimos, que proyectamos vivir juntos. A la vuelta de algunos años debía yo pasar a Azcoitia para vivir con él en sus tierras. La víspera de su partida arreglamos todos los detalles de este proyecto. Sólo faltó lo que no depende

de los hombres en los proyectos mejor concertados. Los acontecimientos posteriores, mis desastres, su casamiento y, en fin, su muerte nos separaron para siempre.

Dijérase que sólo las ruines combinaciones de los malvados llegan a feliz término; los inocentes proyectos de los buenos casi nunca se cumplen. Habiendo tocado de cerca el inconveniente de la dependencia, prometíme no exponerme nunca más a ella. Habiendo visto desmoronarse desde su principio los proyectos de ambición que las circunstancias me habían hecho forjar, desanimado en cuanto a entrar en la carrera que tan bien había comenzado y de la cual, como quiera que sea, acababa de ser expulsado, resolví no ligarme a nadie, sino conservar mi independencia sacando partido de mis conocimientos, cuyo valor comenzaba a conocer al fin y que hasta entonces había juzgado con harta modestia. Emprendí de nuevo el trabajo de mi ópera, que había interrumpido para ir a Venecia, y a fin de dedicarme a ello con más tranquilidad, cuando se hubo marchado Altuna, me alojé nuevamente en mi antigua fonda de San Quintín, que, situada en un barrio solitario y no lejos del Luxemburgo, me era más cómoda para trabajar a mis anchas que la ruidosa calle de Saint-Honoré. Allí me esperaba el único consuelo real que me ha concedido el Cielo en medio de mi desgracia y el único que me la hace soportable. Esto no es una relación pasajera, y es conveniente que entre en algunos detalles acerca del modo cómo la adquirí.

Gozábamos de una buena patrona, nacida en Orleáns, que tomó para trabajar en la ropa blanca a una paisana suya, de unos veintidós a veintitrés años, la cual comía con nosotros. Esta joven, llamada Teresa le Vasseur, era de buena familia, hija de un oficial de la fábrica de la moneda de Orleáns y de una tendera, los cuales tenían muchos hijos. Al cerrarse la fábrica de Orleáns, el padre quedó sin empleo y la madre, después de haber sufrido grandes pérdidas comerciales, dejó el comercio y se vino a París con su marido e hija, que mantenía a los tres con su trabajo.

La vez primera que vi a esta joven en la mesa me maravilló su aspecto modesto y más aún su mirada viva y dulce, que para mí jamás tuvo semejante. Sentábanse a la mesa, a más del señor de Bonnefond, varios abates irlandeses, gascones y otra gente de igual estofa. Nuestra patrona también había llevado una vida desarreglada, y allí era yo la única persona que hablaba y obraba con decencia. Empezaron a molestar a la muchacha; yo tomé su defensa, e inmediatamente llovieron sobre mí las pullas y los sarcasmos. Aun cuando no hubiese sentido naturalmente ninguna inclinación hacia la pobre joven, la compasión y la contradicción me la habrían inspirado. Siempre me ha atraído la modestia en las maneras y en las palabras, sobre todo en el sexo débil; por consiguiente, convertíme abiertamente en su campeón. La vi sensible a mis cuidados, y sus

miradas, animadas por el agradecimiento, que no osaba expresar con palabras, fueron todavía más penetrantes.

Era, como yo, muy tímida. Las relaciones que esta común disposición parecía alejar se establecieron, sin embargo, con gran rapidez. La patrona, que se percató de ello, se puso furiosa; y sus brutalidades acrecentaron más aún mi ascendiente sobre el ánimo de la muchacha, que, no teniendo otro apoyo que yo en toda la casa, me veía salir con pesar y suspiraba por la vuelta de su protector. La correspondencia de nuestras almas y el concurso de nuestras disposiciones produjeron bien pronto su natural efecto. Creyó ver en mí un hombre honrado y no se equivocó; yo creí ver en ella una joven tierna, sencilla y sin coquetería, y tampoco me equivoqué. De antemano le declaré que jamás la abandonaría, aunque no me casaría tampoco. El amor, la estimación y la candorosa sinceridad fueron los agentes de mi triunfo; y fui afortunado, sin ser emprendedor, porque su corazón era honesto y tierno.

Retrasó mi felicidad, más que nada, el temor que de ella apoderóse al pensar que pudiera incomodarme al no ver en ella lo que yo buscaba. La vi cortada y confusa antes de entregarse, querer explicarse y no atreverse a ello. Lejos de dar con la verdadera causa de su inquietud imaginé otra muy falsa y afrentosa para su conducta; y creyendo que ella me advertía que mi salud corría riesgo, caí en una perplejidad que no me contuvo, pero que envenenó mi felicidad durante muchos días. Como no nos entendíamos, nuestras conversaciones en este punto eran otros tantos enigmas y enredos completamente risibles. Estuvo a punto de creerme completamente loco, y yo próximo a no saber qué pensar de ella. Al fin nos explicamos; ella me confesó, llorando, una falta única cometida recién salida de la infancia, fruto de su ignorancia y de la habilidad de un seductor. Cuando la hube comprendido lancé un grito de alegría, y exclamé: «¿Es posible buscar en París virginidad a los veinte años? ¡Ah! Teresa mía, ya soy harto afortunado poseyéndote prudente, tal cual eres, y sana, aunque no halle lo que no buscaba.»

Sólo me propuse en un principio tener un pasatiempo; pero luego vi que había hecho algo más, puesto que me proporcioné una compañera. Un poco de trato con esta excelente joven y el reflexionar sobre mi situación me hicieron conocer que pensando sólo en mis placeres había ganado mucho para mi felicidad. En lugar de la extinguida ambición necesitaba otro sentimiento que llenase mi corazón. En una palabra, necesitaba una sucesora de *mamá;* puesto que no debía ya vivir con ella, me hacía falta alguien que viviese con su discípulo y reuniese la sencillez y docilidad de corazón que ella había hallado en mí. Era preciso que la dulzura de la vida privada y doméstica me indemnizasen del brillante porvenir a que renunciaba. Cuando vivía enteramente solo sentía mi corazón vacío; pero sólo necesitaba otro corazón para llenarlo. La suerte me había quitado,

enajenado, a lo menos en parte, aquel que la Naturaleza hubo de formar para mí, y desde entonces me vi solo, pues para mí no había término entre todo y nada. En Teresa hallé el suplemento que necesitaba; gracias a ella viví feliz en cuanto podía serlo atendido el curso de los acontecimientos.

Propúseme en un principio, aunque en balde, formar su inteligencia. Su capacidad era lo que la Naturaleza la había hecho; el cultivo y el trabajo no le servían de nada. No me avergüenzo de confesar que nunca ha sabido leer bien, a pesar de que escribe regularmente. Cuando fui a vivir a la calle Neuvedes-Petis-Champs, a la fonda de Pontchartrain, frente a mis ventanas había un cuadrante, y durante más de un mes me propuse enseñarla a conocer las horas; hoy día apenas las conoce. Jamás ha podido seguir el orden de los meses del año, y no conoce una sola cifra, no obstante el empeño que he puesto en enseñárselas. No sabe contar el dinero ni el precio de nada. La palabra que se le ocurría hablando era, a menudo, la opuesta a lo que quería expresar. Tiempo atrás hice un diccionario de sus frases para divertir a la señora de Luxemburgo, y sus trastrueques han sido célebres en las reuniones que he frecuentado. Sin embargo, esta persona tan limitada, y si se quiere tan estúpida, raciocina de un modo excelente en las ocasiones difíciles. A menudo, en Suiza, en Inglaterra, en Francia, en las catástrofes que he sufrido, ha visto ella lo que yo mismo no veía; me ha dado los mejores consejos, me ha sacado de peligros en que yo ciegamente me precipitaba, y ante las damas del más elevado rango, ante los grandes y los príncipes, sus sentimientos, su buen sentido, sus respuestas, y su conducta le han granjeado la estimación universal, y a mí parabienes, de cuya sinceridad no podía dudar, sobre su mérito.

El sentimiento, junto a las personas queridas, alimenta al cerebro lo mismo que al corazón y se tiene poca necesidad de buscar otros órdenes de ideas. Vivía con mi Teresa casi tan agradablemente como si fuese el más sutil ingenio de la Naturaleza. Su madre, orgullosa por haberse criado al lado de la marquesa de Montpipeau, se preciaba de ilustrada, quería dirigirla y con su astucia echaba a perder la sencillez de nuestras relaciones. El fastidio de esta importunidad me hizo vencer algún tanto la necia vergüenza de no presentarme en público con Teresa; juntos dábamos pequeños paseos campestres y hacíamos meriendas deliciosas. Veía que me amaba de veras, y esto redoblaba mi ternura. Bastábame esta dulce intimidad, y el porvenir ya no me importaba nada o, por lo menos, sólo lo consideraba como una prolongación del presente y sólo deseaba asegurar su duración.

Este sentimiento hízome considerar como superfluas e insípidas toda las demás disipaciones. Sólo salía para ir a casa de Teresa, que vino a ser casi la mía, y esta vida retirada resultó tan ventajosa para mi trabajo, que en menos de tres meses concluí mi ópera, letra y música. Sólo me faltaban algunos acompañamientos y partes acceso-

rias, trabajo material que me aburría. Propuse a Philidor si quería hacerlo dándole una parte en los beneficios. Vino dos veces y dio algunos toques en el acto de Ovidio; mas no pudo halagarle un trabajo tan asiduo con la perspectiva de una ganancia lejana y aun incierta. No volvió más, y yo mismo terminé mi tarea.

Menester era, una vez terminada la obra, sacar de ella algún provecho; trabajo éste mucho más difícil todavía. En París nada consigue el que se halla aislado. Pensé abrirme camino por medio del señor de La Poplinière, a quien me había presentado Gauffecourt a su regreso de Ginebra. Era aquél el Mecenas de Rameau, y su mujer su más humilde alumno. Rameau era, como vulgarmente se dice, el todo en aquella casa. Creyendo que tendría gusto en proteger una obra de un discípulo suyo, quise mostrársela; pero él no quiso mirarla, diciendo que no podía leer partituras porque se fatigaba demasiado. A esto, La Poplinière dijo que podía hacérsela oír y me ofreció reunir los músicos necesarios para ejecutar algunos trozos. No deseaba yo otra cosa. Rameau consintió en ello gruñendo y repitiendo sin cesar que debía ser cosa muy linda una composición de un hombre que no pertenecía al gremio teatral y que había aprendido la música él solo.

Me apresuré a preparar cinco o seis trozos escogidos. Proporcionáronme una docena de músicos, y Albert, Bérard y la señorita Bourbonnais fueron los cantores. Desde la introducción dio a entender con sus exagerados elogios que no podía ser mía. No dejó pasar un solo trozo sin dar muestras de impaciencia; mas en un aria de contralto, cuyo canto era vigoroso y sonoro y muy brillante el acompañamiento, no pudo contenerse y me apostrofó con una brutalidad que asustó a todo el mundo, sosteniendo que una parte de lo que acababa de oír debía ser obra de un maestro consumado y lo demás de un ignorante que apenas sabía de música. Y es la verdad que mi trabajo, desigual y sin arte, tan pronto era sublime como trivial, como debe serlo el de cualquiera que sólo posea arranques de genio y no se halle sostenido por la ciencia. Rameau pretendió no ver en mí más que un plagiario falto de gusto y de talento; pero los demás presentes, y sobre todo el dueño de la casa, no fueron del mismo parecer. El señor de Richelieu, que por aquel entonces visitaba mucho al señor y, como es sabido, a la señora de La Poplinière, oyó hablar de mi trabajo y quiso oírlo completo, teniendo el propósito de presentarlo a la corte si gustaba. Se ejecutó a grandes coros y a toda orquesta, a expensas del rey, en casa de Bonneval, intendente de los gastos menores. Francoeur dirigía la orquesta. Produjo un efecto sorprendente; el señor duque no cesaba de proferir exclamaciones y de aplaudir; y al concluirse un coro, en el acto de Tasso, se levantó y dirigiéndose hacia mí me tendió la mano diciendo: «Caballero Rousseau, ésta es una armonía que entusiasma; jamás he oído nada más bello, y quiero que esta obra se represente en Versalles.»

La señora de La Poplinière, que hallábase presente, no dijo palabra. Rameau no quiso asistir, aunque fue invitado. Al día siguiente, la señora de La Poplinière me recibió en su cuarto con marcada dureza, afectó rebajar mi obra y me dijo que si bien había alucinado al señor de Richelieu un poco de oropel, ya se había desengañado, y ella me aconsejaba que no fundase esperanzas en mi obra; mas habiendo llegado poco después el duque me habló en términos muy distintos, pareciéndome siempre dispuesto a hacer ejecutar mi obra delante del rey. «Lo único –me dijo– que no puede pasar es el acto de Tasso, que habrá de cambiarse.» Por sólo estas palabras fui a encerrarme en mi casa, y en tres semanas compuse otro acto en lugar suyo, cuyo asunto era Hesíodo, inspirado por una musa, donde hallé medios de introducir una parte de la historia de mis conocimientos y de la envidia con que Rameau quería tener la bondad de honrarlos. Había en este acto una elevación menos gigantesca y mejor sostenida que en el del Tasso; y si los otros dos actos hubiesen estado a la altura de éste, toda la obra habría sostenido ventajosamente la representación; pero cuando lo estaba terminando, suspendió otra empresa la realización de ésta.

1745-1747.–En el invierno que siguió a la batalla de Fontenoy hubo en Versalles muchas fiestas, y entre ellas se representaron varias óperas en el teatro des Petites-Ecuries. Una de éstas fue el drama de Voltaire titulado la *Princesa de Navarra,* cuya música había compuesto Rameau y que acababa de ser cambiado y reformado con el nombre de *Las fiestas de Ramiro.* Este nuevo asunto exigía varios cambios en el antiguo, así en el verso como en la música. Tratábase de hallar alguien que llenase este doble objeto. Voltaire, que se encontraba entonces en Lorena, y Rameau se hallaban por entonces ocupados en la ópera *El templo de la gloria* y no podían distraerse en esto. El señor de Richelieu pensó en mí y me lo propuso; a fin de que pudiese examinar mejor lo que había que hacer me envió por separado el poema y la música. Ante todo, no quise tocar nada en el verso sin la aquiescencia de su autor, y a este fin le dirigí una carta muy atenta y hasta respetuosa, como correspondía. He aquí su respuesta, cuyo original consta en el legajo A, núm. 1:

«15 de diciembre de 1745.

«Reúne usted dos talentos que hasta ahora siempre han existido separados. He aquí ya dos poderosos motivos para que le aprecie y procure quererle. Siento que los emplee en una obra que vale poco. Hace algunos meses, el señor duque de Richelieu me dio orden de que le hiciese imprescindiblemente, en un abrir y cerrar de ojos, un mal bosquejo de algunas escenas insípidas y truncadas que debían ajustarse a trozos musicales que no les correspondían. Obedecí con

la mayor exactitud; lo hice muy aprisa y muy mal. Remití este miserable croquis al duque, contando con que no serviría o con que, a lo menos, podría corregirlo antes. Por fortuna, se halla en sus manos y puede hacer lo que quiera; yo no me acuerdo más de ello. No me cabe duda de que habrá corregido todas las faltas de que adolece la composición tan rápida de un simple bosque, y que lo habrá suplido todo.

»Me acuerdo de que, entre otros descuidos, no indiqué en estas escenas, que enlazan los intermedios de música, cómo pasa la princesa granadina de una prisión a un jardín o palacio. Como no es un mágico el que la festeja, sino un magnate español, me parece que nada debe hacerse por arte de encantamiento; así, pues, le ruego que tenga la bondad de revisar dicho pasaje, del que sólo conservo un confuso recuerdo. Vea si es necesario que se abra la prisión y que desde ella se haga pasar la princesa a un magnífico palacio dorado y brillante preparado para ella. Ya sé muy bien que todo esto es muy mezquino y que está muy por debajo de un ser racional la idea de tomar tales bagatelas como cosas de importancia; pero, en fin, ya que se trata de desagradar lo menos posible, preciso es hacerlo del modo más razonable que se pueda, aun cuando se trate de un mal intermedio de ópera.

»Me entrego completamente a usted y al señor Ballod en la seguridad de tener que darle en breve las gracias y reiterarle hasta qué punto tengo el honor de ser, etc.»

Nadie se sorprenda al ver la gran cortesía de esta carta comparada con las otras semidescomedidas que posteriormente me escribió. Había creído que tenía yo mucha influencia con el señor de Richelieu, y la elasticidad cortesana que todo el mundo le reconoce le obligaba a tener muchos miramientos con un neófito, hasta que conoció mejor la medida de su influencia.

Autorizado por el señor de Voltaire y dispensado de todo miramiento con respecto a Rameau, que sólo procuraba fastidiarme, me puse a trabajar, y en dos meses di por terminada la tarea. En cuanto a los versos, modifiqué poca cosa. Sólo procuré que no se notara la diferencia de los estilos y tuve la presunción de creer haberlo logrado. Pero en cuanto a la música, mi trabajo fue más largo y penoso. Además de que tuve que hacer varios trozos preparatorios, entre ellos la introducción, todo el recitado que tuve encargo de componer resultó de una dificultad extrema, por cuanto era preciso enlazar a menudo con pocos versos y modulaciones muy rápidas sinfonías y coros escritos en tonos muy distintos, pues a fin de que Rameau no me acusara de haber desfigurado sus cantos, no quise cambiar ni transportar ninguno. Salí airoso de este recitado; estaba bien acentuado, lleno de energía y, sobre todo, excelentemente

modulado. La idea de los dos hombres superiores a quienes se habían dignado asociarme levantó mi inspiración, y puedo envanecerme de que en este trabajo ingrato y sin gloria que el público debía hasta ignorar me sostuve casi siempre a la altura de mis modelos.

La obra, tal cual yo la dejara, se representó en el teatro de la Ópera. De los tres autores, sólo yo me hallé presente. Voltaire estaba fuera y Rameau no acudió o se ocultó. El primer monólogo era muy lúgubre; he aquí el primer verso: *O mort! viens terminer les malheurs de ma vie* [1]. Fue preciso ponerle una música adecuada. Sin embargo, en esto fundó su censura la señora de La Poplinière, acusándome agriamente de haber hecho música de entierro. El señor de Richelieu empezó juiciosamente por enterarse de quién era el autor de este monólogo. Yo le presenté el manuscrito que él mismo me había enviado, y probaba que era de Voltaire. «En tal caso —dijo— sólo él tiene la culpa.» Durante la ejecución, todo lo que era mío fue sucesivamente condenado por la señora de La Poplinière y aprobado por Richelieu; mas como al fin tenía que habérmelas con enemigo fuerte por demás, se me indicó que debía modificar muchas cosas en mi trabajo sobre las cuales preciso era consultar a Rameau. Lacerado por semejante conclusión, en vez de los elogios que esperaba y que ciertamente me eran debidos, me retiré con el corazón angustiado. Caí enfermo, extenuado de fatiga, devorado por el despecho, y en seis semanas no me hallé en estado de salir de casa.

Rameau que estuvo encargado de las modificaciones indicadas por la señora de La Poplinière, me mandó pedir la introducción de mi ópera para que substituyera a la que yo acababa de componer. Afortunadamente, presumí la zancadilla y me negué. Como sólo faltaban cinco o seis días para la representación, no hubo tiempo para componer otra y tuvieron que dejar la mía. Estaba compuesta al gusto italiano, muy nuevo por entonces en Francia; sin embargo, agradó, y supe por medio del señor Mussard, pariente y amigo mío, que los inteligentes estaban muy satisfechos de mi trabajo y que el público no lo había distinguido del de Rameau. Pero éste, de acuerdo con la señora de La Poplinière, tomó sus medidas para evitar que se supiese que yo había trabajado en aquella obra. En los cuadernos que se distribuyen a los espectadores, y en que siempre constan los autores, sólo se citaba a Voltaire; y Rameau prefirió que se suprimiese su nombre a verle asociado con el mío.

Así que pude salir de casa fui a visitar al señor de Richelieu; mas llegué tarde, pues acababa de partir para Dunkerque, donde debía mandar el embarque destinado a Escocia. A su vuelta, dije para mis adentros y para disculpar mi pereza, será demasiado tarde. No habiéndole visto más desde entonces, he perdido el honor de mi trabajo y los honorarios que debía producirme; y el tiempo, el trabajo,

---

[1] Ven, muerte, a terminar las desgracias de mi vida.

mi melancolía, mi enfermedad y el dinero que me costó, todo cargó sobre mí sin proporcionarme un sueldo de beneficio, o mejor, de resarcimiento. No obstante, siempre he creído que Richelieu me tenía afecto y que había formado un concepto ventajoso de mis méritos; pero mi infortunio y la señora de La Poplinière impidieron los efectos de su buena voluntad.

No acertaba a comprender yo la aversión de esta mujer, a quien me había esforzado por agradar y a la que hacía con regularidad la corte. Gauffecourt me explicó las causas. «Primeramente –me dijo– su amistad con Rameau, de quien es la primera encomiadora y que no quiere aguantar ningún competidor; y además –añadió– tiene usted ante sus ojos un defecto que le condena y que nunca le perdonará: el de ser ginebrino.» En seguida me explicó que el abate Hubert, que lo era y amigo verdadero del señor de La Poplinière, se había esforzado para evitar que se casara con esta mujer, a quien conocía muy bien; y que después del casamiento ella le había jurado un odio implacable, así como a todos los ginebrinos. «Aunque La Poplinière –añadió– le aprecie a usted, como me consta, no cuente con él, porque está enamorado de su mujer; ella le odia, y es ruin y hábil; no conseguirá usted nunca nada en esa casa.» Yo no eché el consejo en saco roto.

El mismo Gauffecourt me prestó luego un gran servicio. Acababa de perder a mi virtuoso padre, a los sesenta años de edad, pérdida que sentí entonces menos que en otro tiempo cualquiera en que la estrechez de mi situación no me hubiese preocupado tanto. Mientras vivió, no quise reclamar lo que restaba de los bienes de mi madre y de los cuales percibía él una pequeña renta. Ya no tuve escrúpulo ninguno después de su muerte; mas la falta de prueba jurídica de la muerte de mi hermano ofrecía una dificultad, que Gauffecourt se encargó de remover y que resolvió, en efecto, valiéndose de los buenos servicios del abogado de Lolme. Como yo necesitaba en gran manera estos recursos, y como el resultado de mis gestiones era dudoso, esperaba la nueva difinitiva con viva ansiedad. Una noche, al entrar en mi casa, hallé la carta que debía contener esta noticia y la cogí para abrirla con un temblor de impaciencia de que me avergonzaba yo mismo. «¿Es que –me dije con desdén– Juan Jacobo debe dejarse subyugar hasta tal extremo por el interés y la curiosidad?» Y en seguida dejé la carta sobre la chimenea, me desnudé y me acosté tranquilamente; dormí mejor que de ordinario y al día siguiente me levanté bastante tarde sin pensar ya en mi carta. Mientras me estaba vistiendo la percibí, abríla sin apresurarme y hallé una letra de cambio. Tuve a la vez varias satisfacciones, pero la más viva fue la de haber sabido vencerme a mí mismo. Podría citar muchos otros rasgos semejantes en mi vida, pero tengo que apresurarme demasiado para poderlo decir todo. Envié una pequeña parte de este dinero a mi pobre *mamá,* recordando, con lágrimas en los

ojos, aquellos felices tiempos en que lo hubiera puesto todo a sus pies. En todas sus cartas se traslucía la estrechez en que se hallaba; me enviaba montones de recetas y secretos con que pretendía que yo hiciese mi fortuna y la suya. El sentimiento de su miseria le oprimía ya el corazón y apocaba su ánimo. Lo poco que yo le envié fue presa de los bribones que la asediaban. No sirvió de nada; esto hizo que me aburriese de partir con aquellos miserables lo que necesitaba para mí, sobre todo después de la última tentativa que hice para arrancarla de sus manos, como veremos más adelante.

Deslizábase el tiempo y el dinero con él. Eramos dos y aun cuatro, o por mejor decir éramos siete u ocho, pues aunque Teresa era desinteresada como pocas, no sucedía lo mismo con su madre. Así que se vio algo repuesta por mi buen cuidado, llamó a toda su familia para gozar del fruto. Hermanas, hijas, nietas, todos vinieron, excepto la hija mayor, casada con el director de las diligencias de Angers. Cuanto hacía por Teresa quedaba destruido por su madre que lo aplicaba al servicio de aquellos hambrientos. Como no tenía que habérmelas con una insaciable y como no me hallaba subyugado por una pasión loca, no cometía locuras. Contento con tener modestamente a Teresa, sin lujo y al abrigo de las necesidades más apremiantes, consentía en que su madre se aprovechara de todo lo que ella ganase con su trabajo, y aun no me limitaba a esto; mas por una fatalidad que me perseguía, mientras *mamá* era presa de unos bribones, Teresa lo era de su familia, y yo veíame privado de hacer nada por ninguna de aquellas a quienes quería. Era bien singular que la menor de las hijas de la señora Le Vasseur, única que no había tenido dote, fuese la única también que mantuviese a sus padres, y después de haber sufrido largo tiempo que le pegasen sus hermanos, hermanas y hasta sus sobrinas, esta pobre muchacha se veía ahora despojada por ellos, sin que pudiese escapar del saqueo más fácilmente que había escapado de los golpes. Sólo una de sus sobrinas, llamada Gotón le Duc, era suficientemente amable y de carácter bastante dulce, aunque maleado por el ejemplo y por las lecciones de los otros. Como las veía juntas muy a menudo les daba los nombres con que se llamaban entre sí; llamaba *sobrina* a la sobrina y *tía* a la tía. Ambas me llamaban tío. De aquí el nombre de tía con el cual he continuado nombrando a Teresa, y que a veces mis amigos repetían en tono de broma.

Como comprenderán, para salir de semejante situación no había tiempo que perder. Juzgando que el señor de Richelieu me había olvidado, y no esperando ya nada de la corte, hice algunas tentativas para que se representara mi ópera en París; pero tropecé con dificultades que exigían mucho tiempo para ser vencidas, y yo me hallaba cada día más apurado. Entonces se me ocurrió presentar a los Italianos mi obra *Narciso;* la admitieron y tuve entrada libre, lo que me fue muy agradable; pero aquí paró todo. Jamás pude conseguir que

se representara, y fastidiado de hacer la corte a los comediantes, lo dejé así. En fin, eché mano del único recurso que me quedaba y el único en que hubiera debido pensar. Frecuentando la casa del señor de La Poplinière me había olvidado de la de Dupin. Aunque parientes, las dos señoras estaban disgustadas y no se trataban; no había relación ninguna entre las dos casas y sólo Thieriot seguía asistiendo a ambas. Éste se encargó de procurar llevarme de nuevo a casa del señor Dupin. El de Francueil se dedicaba entonces a la historia natural y la química y organizaba un gabinete. Creo que aspiraba a la Academia de Ciencias, a cuyo fin quería componer un libro, y creyó que yo podía servirle para este trabajo. Por su parte, la señora Dupin, que también tenía intento de componer un libro, tenía respecto a mí, sobre poco más o menos, el mismo designio. Hubieran querido tenerme en común como una especie de secretario, y éste era el objeto de los convites de Thieriot. Yo exigía de antemano que el señor de Francueil emplease su influencia con Yélyote para hacerle ensayar mi trabajo en la Ópera. Habiendo consentido en ello, *Las musas galantes* se ensayaron primero varias veces en el Magasin y después en el gran teatro. En el ensayo general había mucha gente y varios trozos fueron muy aplaudidos. Sin embargo, durante la ejecución, muy mal dirigida por Rebel, comprendí que no pasaría y hasta que no se hallaba en estado de ser representada sin grandes correcciones. Así es que la retiré sin decir una palabra y sin exponerme a un fracaso; pero claramente vi, por varios indicios, que no hubiera pasado, aunque hubiese sido perfecta. El señor de Francueil me había prometido hacerla ensayar, mas no que la aceptaran, y cumplió lo prometido. Así, en esta ocasión como en otras muchas, siempre he creído ver que ni él ni la señora Dupin hacían nada que pudiese favorecerme para la adquisición de alguna reputación en el mundo, quizá por miedo de que al ver sus libros se supusiese que se habían valido de mis conocimientos. Sin embargo, como la señora Dupin ha creído siempre que los míos eran limitadísimos, y como nunca me ha empleado en escribir sino al dictado, o en investigaciones de pura erudición, este reproche, sobre todo en cuanto a ella, hubiera sido injusto.

1747-1749.—Este último desengaño acabó de anonadarme. Abandoné todo proyecto de ambición y gloria, y sin pensar más en los talentos verdaderos o vanos que de tan poco me servían, dediqué el tiempo y consagré mis cuidados a procurar la subsistencia para mí y para Teresa por los medios que quisieran los que se encargaban de ampararme. Por lo tanto, me consagré completamente a la señora Dupin y al señor Francueil. Esto no me proporcionó vivir con opulencia, pues los ochocientos o novecientos francos anuales que tuve los dos primeros años apenas me bastaban para cubrir las primeras necesidades, obligado como estaba a vivir en un cuarto amueblado y vecino a su casa, en un barrio bastante caro, pagando otro alquiler

en un extremo de París, a lo último de la calle de Santiago, donde iba a cenar todas las noches aunque hiciese mal tiempo. Pronto me acostumbré y hasta me aficioné a mis nuevas ocupaciones, sobre todo a la química; seguí varios cursos con Francueil en casa del señor Rouelle, y nos pusimos a emborronar escribiendo sobre esta ciencia, cuando apenas conocíamos sus rudimentos. En 1747 fuimos a pasar el otoño a Touraine, al castillo de Chenonceaux, casa real sobre el Cher, levantada por Enrique II para Diana de Poitiers, donde aún se veían sus blasones, y actualmente posesión del señor Dupin, asentista general. En este sitio nos divertimos mucho; se comía muy bien, y yo engordé como un fraile. La música estaba a la orden del día, y compuse varios tríos de canto llenos de una armonía bastante vigorosa, y de que tal vez hablaré de nuevo en el suplemento, si lo hago algún día. También se hicieron comedias, y en quince días compuse una en tres actos titulada *L'engagement téméraire* [1], que se hallará entre mis papeles, y no tiene otro mérito que el de ser muy jocosa. También hice otras pequeñas composiciones, entre ellas una pieza de verso titulada *L'allée de Sylvie* [2], nombre de una alameda del parque que corría a lo largo del Cher; y todo esto sin dejar mi trabajo sobre la química y el que hacía con la señora Dupin.

Mientras yo engordaba en Chenonceaux mi pobre Teresa engrosaba en París por otro estilo; y cuando volví hallé la obra que yo había dejado en el telar más adelantada de lo que creyera. Atendida mi situación, el suceso hubiera sido para mí de extrema dificultad si algunos compañeros de mesa no me hubieran facilitado el único recurso que podía sacarme de apuro. Es éste uno de esos relatos esenciales que debo hacer con toda llaneza, porque sería preciso excusarme o acusarme yo mismo comentándolos, y aquí no debo hacer ni una cosa ni otra.

Durante la permanencia de Altuna en París, en vez de comer en una fonda lo hacíamos ordinariamente juntos en nuestra vecindad, casi frente por frente al callejón de la Ópera, en casa de cierta señora La Selle, mujer de un sastre, que servía bastante mal de comer, pero cuya mesa no dejaba de ser solicitada a causa de la buena y decente compañía que en ella se encontraba, pues no se admitía en ella a ningún desconocido y era preciso ser presentado por alguno de los concurrentes. El comendador de Graville, viejo crapuloso, hombre de buenas maneras y de chispa, pero libertino, paraba allí y traía una multitud brillante de jóvenes oficiales de la Guardia y de mosqueteros. El comendador de Nonant, galán de todas las muchachas de la Ópera, traía todos los días las últimas noticias de la misma. Los señores Duplessis, teniente coronel retirado,

---

[1] El compromiso temerario.

[2] La avenida de Silvia.

anciano bondadoso y prudente, y Ancelet [1], oficial de Mosqueteros, mantenían un poco de orden en medio de estas gentes. También iban por allí comerciantes, arrendadores y proveedores, pero corteses, probos y de esos que se distinguen en su clase; el señor de Besse, el de Forcade y otros cuyos nombres he olvidado. En fin, allí se veían personas de buen porte, pertenecientes a todos los estados, excepto abates y golillas, gentes que jamás vi en aquella casa, pues estaba convenido no introducir ninguno. Esta mesa, bastante numerosa, era muy divertida sin ser ruidosa; se bromeaba mucho en ella sin grosería. El anciano comendador, en todos sus cuentos de un color algo subido en el fondo, jamás perdía sus formas de antiguo cortesano y nunca pronunciaba una palabra obscena que no fuese con tanta gracia que hasta las mujeres lo hubieran perdonado. Él daba el tono en la mesa; todos los jóvenes referían sus aventuras galantes con tanta licencia como donaire, y los cuentos de muchachas estaban tanto más en boga cuanto que teníamos el manantial a la puerta, pues la calle que conducía a casa de la señora La Selle era la misma donde estaba la tienda de la Duchapt, célebre modista que tenía a la sazón muy lindas muchachas, y nuestros comensales iban a requebrarlas antes o después de comer. Yo me habría divertido como los demás a ser más atrevido, pues no sabía qué hacer sino entrar como ellos, pero jamás supe atreverme. En cuanto a la señora de La Selle, continué yendo a comer con frecuencia a su casa después de la salida de Altuna. Allí aprendí multitud de anécdotas muy divertidas, y poco a poco también adquirí no las costumbres, a Dios gracias, pero sí las máximas que estaban en boga. Personas de reconocida integridad colocadas en situaciones difíciles, maridos engañados, mujeres seducidas, partos clandestinos, he aquí los asuntos más comunes; y el que enriquecía la Casa de los Expósitos era siempre el más aplaudido. Esto me sedujo; formé mi modo de pensar conforme a lo que veía ser corriente entre personas tan amables y muy buenos sujetos en el fondo, diciéndome: «Ya que son éstas las costumbres del país, cuando se vive en él bien pueden seguirse.» He aquí la salida que yo necesitaba, y me resolví a seguirla gallardamente sin el menor escrúpulo; sólo tuve que vencer el de Teresa, por quien me vi en los mayores apuros para decidirla a este medio, único

---

[1] A este Ancelet fue a quien di una comedia mía titulada *Los prisioneros de guerra*, que había escrito después de los desastres de los franceses en Baviera y Bohemia, y que nunca enseñé ni me atreví a decir que la hubiese escrito, y ello por la singular razón de que el rey, Francia y los franceses jamás fueron tan enaltecidos ni más sinceramente que en dicha obra, y porque llamándome republicano y revolucionario no osé declararme panegirista de una nación cuyas máximas eran todas contrarias a las mías. Más condolido de las desdichas de Francia que los franceses mismos, temía que se tachase de lisonja y bajeza la expresión de un afecto sincero cuya época y causa he manifestado en la primera parte y me he avergonzado de confesar.

de salvar su honor. Su madre, que temía, además, una nueva invasión de chiquillos, acudió en mi apoyo y consiguió convencerla. Buscóse una comadrona prudente y segura, la señorita Gouin, que vivía en la esquina de San Eustaquio, para confiarle este secreto, y, llegada la ocasión, Teresa fue acompañada de su madre a casa de la Gouin para dar a luz. Yo fui varias veces a verla. Le llevé una cifra que hice por duplicado en dos tarjetas, y se puso una en las mantillas del niño, al que la comadrona depositó, del modo acostumbrado, en la Casa de los Expósitos. Al año siguiente, vuelta a lo mismo, menos la señal que fue olvidada. Ya no fue preciso que yo le hiciera reflexión alguna ni que su madre otorgara su asentimiento. Teresa obedecía, si bien con dolor. Sucesivamente se verán todas las vicisitudes que esta fatal conducta ha producido en mi modo de pensar, así como en mi destino. Entretanto, atengámonos a esta primera época, pues sus consecuencias, tan crueles como imprevistas, me obligarán demasiado a recordarlo nuevamente.

De esta época data mi conocimiento con la señora de Epinay, cuyo nombre aparecerá con frecuencia en estas Memorias; se llamó la señorita de Esclavelles y acababa de casarse con el señor de Epinay, hijo del señor de Lalive de Bellegarde, asentista general. Su marido era músico, así como Francueil. Ella lo era también, y la pasión por dicho arte estableció una gran intimidad entre aquellas tres personas. Francueil me introdujo en casa de la señora de Epinay, donde ambos cenábamos a veces. Era una mujer amable, de talento e instruida y, por consiguiente, una buena relación. Pero tenía una amiga, la señorita de Ette, que tenía fama de mujer malévola, y que vivía con el caballero de Valory, quien tampoco gozaba de una reputación envidiable. Estoy persuadido de que el trato de estas dos personas hizo daño a la señora de Epinay, a quien la Naturaleza, al darle un temperamento muy exigente, la dotó de cualidades superiores para moderar sus extravíos o hacerlos disimulables por lo menos. El señor de Francueil le comunicó una parte de la amistad que a mí me tenía, y confesóme las relaciones que le unían con ella, por cuya razón yo no lo diría aquí si no se hubiesen hecho públicas, hasta el punto de no ignorarlas el propio señor de Epinay. De Francueil díjome cosas singularísimas de esta señora, de las que nunca me habló ella y ni sospecho que las supiese, pues no dije ni diré jamás una palabra sobre este punto a nadie. Aquellas mutuas confianzas me colocaban en una situación por demás embarazosa, sobre todo con respecto a la señora de Francueil, que me conocía lo bastante para no desconfiar de mí, aunque sabía que estaba relacionado con su rival. Yo hacía cuanto me era posible para consolar a aquella pobre mujer, a quien su marido no pagaba, seguramente, todo el amor que ella le profesaba. Tenía que escuchar por separado a estas tres personas; guardaba sus secretos con la mayor fidelidad, sin que ninguna de las tres me arrancase nunca ninguno pertene-

ciente a las otras dos, y sin disimular a ninguna de las dos el afecto que me unía a su rival. La señora de Francueil, que quería valerse de mí para muchas cosas, tuvo negativas formales, y la señora de Epinay, que quiso encargarme un día de una carta para Francueil, no solamente recibió una respuesta igual, sino también una explícita declaración de que, si deseaba que no volviese a su casa, no tenía más que proponerme otra vez una cosa semejante. Debo hacer justicia a la señora de Epinay; lejos de desagradarle este proceder, habló de él a Francueil con elogio y siguió recibiéndome con el mismo agrado. Así es cómo en medio de relaciones tempestuosas entre tres personas a quien apreciaba conservé hasta el fin su amistad, su estimación y su confianza, conduciéndome con dulzura y complacencia, pero siempre con rectitud y firmeza. A pesar de mi estupidez y mi nulidad, la de Epinay quiso hacerme tomar parte en las diversiones de la Chevrette, castillo inmediato a Saint-Denís, propiedad del señor de Bellegarde. Había allí un teatro donde a menudo se daban algunas representaciones. Diéronme un papel que me estuve estudiando durante seis meses sin descanso, y al fin hubieron de apuntármelo de cabo a rabo. Después de esta prueba no me encargaron de más papeles.

Al trabar relaciones con la señora de Epinay conocí también a su cuñada, la señorita de Bellegarde, que fue a poco condesa de Houdetot. La primera vez que la vi fue la víspera de su casamiento; estuvo hablándome largo rato con esa encantadora familiaridad que le es natural. Yo la encontré muy amable; pero estaba bien lejos de prever que esta joven sería algún día el árbitro de mi destino y me arrastraría, aunque muy inocentemente, al abismo donde yazgo ahora.

Aunque no haya hablado de Diderot desde mi regreso de Venecia, como tampoco de mi amigo Roguin, no hube de descuidar, empero, a uno ni a otro, y cada día me iba ligando con ellos más íntimamente, sobre todo con el primero. Diderot tenía una Naneta, como yo una Teresa; era un punto más de contacto entre los dos. Pero la diferencia estaba en que mi Teresa, tan bonita como su Naneta, tenía un carácter dulce y amable, a propósito para enamorar a un hombre de bien, mientras que la suya, de condición y genio ásperos, no descubría nada que disimulase su mala educación. Sin embargo, él se casó con ella, en lo que hizo muy bien si lo había prometido. Pero yo, que no había prometido nada, no me apresuré a imitarle.

Me ligué asimismo con el abate de Condillac, que no era nada en literatura, como yo, pero que debía ser en el porvenir lo que es hoy día. Yo soy acaso el primero que ha conocido su capacidad, apreciándola en su valor. Él, por su parte, parecía también complacerse en mi compañía; y mientras que, encerrado en mi cuarto de la calle Jean-Saint-Denís, cerca de la Ópera, componía mi acto de *Hesíodo*,

acudía algunas veces a comer a escote conmigo. Entonces se ocupaba en el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, que fue su primera obra. Cuando la tuvo concluida, la dificultad estuvo en encontrar un librero que quisiese tomarla. Los de París son arrogantes y duros para todos los principiantes, y la metafísica, entonces muy poco de moda, ofrecía poco atractivo. Yo hablé a Diderot de Condillac y de su obra, y los puse en relaciones. Eran a propósito para simpatizar, y simpatizaron. Diderot comprometió al librero Durand para que aceptara el manuscrito del abate, y este gran metafísico cobró de su primer libro, y casi por favor, cien escudos, cantidad que sin mí acaso no consiguiera. Como vivíamos en barrios muy separados nos reuníamos los tres una vez a la semana en el Palacios Royal, e íbamos a comer juntos a la fonda de la Cesta Florida. Fuerza es que estas comidas semanales agradasen sobremanera a Diderot, porque él, que faltaba casi siempre a todas las citas, jamás faltó a ninguna de éstas. De aquí vino que yo concibiese el proyecto de escribir una hoja periódica titulada *Le Persifleur* [1], que debíamos hacer alternativamente Diderot y yo. Emborroné la primera hoja, lo que me puso en contaco con d'Alembert, a quien Diderot había hablado de ello. Pero acontecimientos imprevistos nos atajaron, y este proyecto quedó así.

Estos dos autores acababan de emprender el Diccionario enciclopédico, que al principio no debía ser más que una especie de traducción de Chambers, aproximadamente como la del Diccionario de medicina de James, que Diderot había concluido por entonces. Éste quiso que participara en la nueva empresa, y me propuso la parte de música, que acepté y escribí aprisa y mal en tres meses, plazo que me dio, como a todos los autores que debían cooperar en dicha empresa. Mas yo fui el único en cumplir el día fijado. Remitíle mi manuscrito, puesto en limpio por un criado del señor de Francueil llamado Dupont, que tenía muy buena letra y a quien pagué por su tarea diez escudos de mi bolsillo, cantidad que no me han reembolsado jamás. Diderot prometióme que los libreros me retribuirían; pero de esto no ha vuelto a hablarme nunca.

Esta empresa de la *Enciclopedia* fue suspendida a causa de su prisión. Los *Pensamientos filosóficos* le causaron algunos disgustos, sin ulteriores consecuencias. No sucedió así con la *Carta sobre los ciegos*, que sólo tenía de reprensible algunas sátiras personales por las que se ofendieron la señora Dupré de Saint-Maur y el señor de Réaumur, y por las cuales fue detenido en la torre de Vincennes. Imposible describir la angustia que me produjo la desdicha de mi amigo. Mi funesta imaginación, que siempre se pone en lo más malo, espantóse; me figuré que permanecería allí toda su vida, y por poco

---

[1] *El burlón.*



Juan Le Roud D'Alembert, por Quentin Latour.
Museo del Louvre, Paris

Foto Giraudon.

me vuelvo loco. Escribí a la señora de Pompadour para rogarle encarecidamente que le hiciese poner en libertad, o que se me permitiera encerrarme con él. Ninguna respuesta recibí a esta carta, que era poco razonable para ser eficaz; y no me lisonjeo de que haya contribuido a los paliativos que algún tiempo después suavizaron la cautividad del pobre Diderot. De prolongarse el rigor con que le trataban, creo que habría muerto de desesperación al pie de aquel abominable castillo. Por lo demás, si mi carta produjo poco efecto tampoco me he jactado de haberla escrito; de ella hablé a muy pocas personas, pero nunca al propio Diderot.

LIBRO OCTAVO

1749.–He debido hacer una pausa al finalizar el libro anterior. Con éste empieza, en su primitivo origen, la larga cadena de mis desgracias.

Habiendo vivido en dos de las casas más brillantes de París, no había dejado de adquirir, a pesar de mi poca experiencia, algunas relaciones; entre ellas, en casa de la señora Dupin, la del joven heredero de Sajonia-Gotha y del barón de Thun, su preceptor; en casa del señor de La Poplinière, la del señor de Seguy, amigo del referido barón y conocido en la república de las letras por su bella edición de Rousseau. El barón nos convidó a Seguy y a mí a ir a pasar uno o dos días a Fontenay-sous-bois, donde tenía el príncipe una casa. Fuimos allá, y al pasar por delante de Vincennes, a la vista de la torre, se me desgarró de tal modo el corazón, que el barón notó un cambio en mi rostro. Durante la cena, el príncipe habló de la prisión de Diderot, a quien, con el objeto de hacerme hablar, acusó el barón de imprudente, y lo fui yo por la manera impetuosa de defenderle. Perdonáronme este exceso de celo, inspirado por la desdicha de un amigo, y se habló de otra cosa. Estaban allí presentes dos alemanes adictos al príncipe: uno llamado Klupffell, hombre de mucho talento, que era su canciller y luego fue su preceptor, después de haber suplantado al barón; era el otro un joven llamado Grimm, que le servía de lector mientras hallaba alguna colocación, y cuyo reducido equipaje anunciaba la premura que tenía por encontrarla. Desde aquella misma tarde, Klupffell y yo entablamos relaciones que pronto se convirtieron en amistad. Con el señor Grimm no fue la cosa tan aprisa; apenas se atrevía a nada, hallándose muy lejos de tomar el tono altanero que adquirió con la prosperidad en lo sucesivo. Al día siguiente se habló de música, y lo hizo con acierto. Yo tuve una gran satisfacción al saber que acompañaba en el clavicordio. Después de comer trajeron piezas de música. Pasamos todo el día tocando en el clavi-

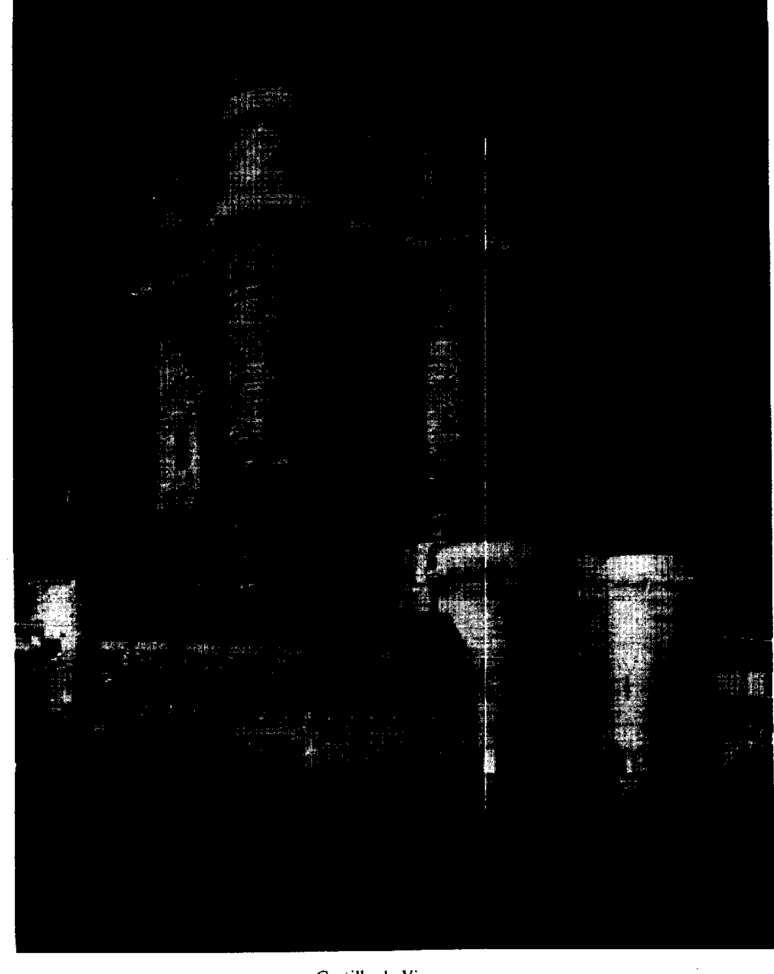
cordio del príncipe, y así empezó esta amistad, que al principio me fue tan dulce y al fin tan funesta, y de la que tanto tendré que hablar en adelante.

Al volver a París recibí la agradable noticia de que Diderot había salido de la torre y de que le habían dado por prisión todo el castillo y parque de Vincennes, bajo su palabra de honor, con permiso de ser visitado por sus amigos. ¡Cuán doloroso me fue no poder volar a verle desde luego! Pero retenido dos o tres días en casa de la señora Dupin por obligaciones ineludibles, después de tres o cuatro siglos de impaciencia, corrí a estrecharle en mis brazos... ¡Momento inexplicable! No se hallaba solo; estaban con él d'Alembert y el tesorero de la Santa Capilla. Al entrar, sólo vi a mi amigo; di un salto y un grito y me precipité a él, abrazándole estrechamente sin expresarme más que con lágrimas y suspiros, ahogados por la ternura y la alegría. Su primer movimiento al salir de mis brazos fue dirigirse al eclesiástico, diciéndole: «Ya ve cómo me quieren mis amigos.» Dominado completamente por la emoción, no reflexioné entonces en este modo de sacar partido de las circunstancias; mas pensando posteriormente en ello, siempre he creído que a mí, puesto en lugar de Diderot, no hubiera sido ésta la primera idea que se me habría ocurrido.

Hallé que la prisión le había afectado mucho. La torre le había producido una impresión terrible; y aunque en el castillo estaba muy bien y tenía facultad de pasearse por el parque, el cual ni siquiera está cercado con tapia, tenía necesidad de la compañía de sus amigos para no entregarse a su negro humor. Como seguramente era yo el que más le compadecía, creí también que mi presencia le sería más consoladora que la de ningún otro; a pesar de ocupaciones muy perentorias, iba a verle por lo menos cada dos días, ya solo, ya acompañado de su mujer, pasando con él la tarde.

En el verano de 1749 hizo un calor excesivo. De París a Vincennes hay dos leguas, y yo, que no me hallaba en estado de pagar coches, me iba a pie a las dos de la tarde cuando me hallaba solo y andaba aprisa con objeto de llegar más pronto. Los árboles del camino siempre podados, al estilo del país, apenas daban sombra, y a menudo, rendido de calor y de fatiga, me dejaba caer en tierra no pudiendo más. Para moderar mi paso, llevaba siempre algún libro. Un día tomé el *Mercurio de Francia,* y andando y leyendo, encontré este tema, propuesto por la Academia de Dijón para el premio del siguiente año: *El progreso de las ciencias y de las artes ¿ha contribuido a corromper o a purificar las costumbres?*

Así que hube leído esto se abrieron a mis ojos nuevos horizontes y me volví otro hombre. Aunque tengo un vivo recuerdo de la impresión que me causó, se me han olvidado los pormenores, después que los inserté en una de las cuatro cartas dirigidas al señor de Malesherbes; es una de las singularidades de mi memoria más digna



Castillo de Vincennes

Foto Archivo Espasa-Calpe.

de notarse. Me sirve la memoria mientras de ella me fío; pero desde el momento en que confío el recuerdo al papel, me abandona, y cuando escribo una cosa no la recuerdo ya más. Esto me sucede también con la música. Antes de aprenderla sabía de memoria innumerables canciones; mas tan luego como supe cantar con el papel delante, no he podido retener ninguna, y dudo mucho que pudiese recitar una completa, aun de las que más me han gustado.

Lo que recuerdo muy claramente en el caso presente es que al llegar a Vincennes me hallaba presa de una agitación que parecía un delirio. Diderot lo notó; le explique la causa y le leí la *Prosopopeya de Fabricio,* escrita con lápiz debajo de una encina. Me exhortó a dar libre vuelo a mis ideas y a concurrir al certamen. Así lo hice, y desde este momento estuve perdido. Todo el resto de mi vida y de mis desdichas fue inevitable efecto de este instante de extravío.

Mis sentimientos se acomodaron con una rapidez inconcebible al tono de mis ideas. El entusiasmo por la verdad, la libertad y la virtud, ahogó todas mis pequeñas pasiones; y lo más sorprendente es que esta efervescencia subsistió en mi corazón durante más de cuatro o cinco años, llegando a tan alto grado como jamás haya existido en otro corazón humano.

Escribí este discurso de un modo muy singular, que casi siempre he seguido en todas mis demás obras. Le consagraba los insomnios de mis noches. Meditaba en el lecho con los ojos cerrados, y volvía y revolvía los períodos en mi mente con inexplicable dificultad; luego, cuando quedaba satisfecho de ellos, los conservaba en mi memoria hasta que pudiese trasladarlos al papel; pero al tiempo de levantarme y vestirme todo se me olvidaba, y cuando me había colocado enfrente del papel, no recordaba nada de lo que había compuesto. Ocurrióseme tomar por secretario a la señora Le Vasseur. La había alojado con su hija y su marido más cerca de mí y venía a mi casa todas las mañanas, para ahorrarme un criado, a encender lumbre y hacerme la comida. A su llegada, desde la cama, le dictaba el trabajo de la noche; y este sistema, que he seguido durante mucho tiempo, me ha evitado muchos olvidos.

Cuando estuvo concluido este discurso, se lo mostré a Diderot, a quien le agradó, indicándome algunas correcciones. Sin embargo, esta obra, llena de calor y de energía, carece absolutamente de método y de orden; de cuantas han salido de mi pluma es la más débil de raciocinio y la más pobre en cuanto a número y armonía, pues aunque nazca uno con algún talento, el arte de escribir no se aprende repentinamente.

Remití este trabajo sin hablar de él a nadie más, a no ser, a lo que recuerdo, a Grimm, con quien desde su entrada en casa del conde de Frièse empecé a vivir en la mayor intimidad. Tenía él un clavicordio que nos servía de pretexto y punto de reunión, donde pasábamos todos los momentos que nos quedaban libres, cantando

motivos italianos y barcarolas, sin tregua ni descanso, desde la mañana a la noche, o mejor, desde la noche a la mañana; y cuando no se me hallaba en casa de la señora Dupin era seguro que se me encontraba en la de Grimm, o al menos con él, ya de paseo, ya en el teatro. Dejé de asistir a la Comedia italiana, donde tenía entrada, porque a él no le gustaba, para ir, pagando, a la Comedia francesa, de la que él era apasionado. En fin, me ligaba a este joven tan poderoso atractivo y fuimos tan inseparables, que hasta la pobre *tía* quedaba olvidada; es decir, que la veía menos, porque jamás se ha entibiado ni un momento el afecto que le profesaba.

Esta imposibilidad de dividir el poco tiempo que tenía libre para satisfacer mis inclinaciones renovó con más fuerza que nunca el deseo que tenía desde hacía largo tiempo de no formar más que una casa con Teresa; pero la incomodidad de su numerosa familia, y sobre todo la falta de dinero para comprar muebles, me lo habían impedido hasta entonces. Presentóse la ocasión de hacer un esfuerzo, y no la dejé escapar. El señor de Francueil y la señora Dupin, conociendo perfectamente que ochocientos o novecientos francos al año no podían bastarme, elevaron espontáneamente mis honorarios anuales hasta cincuenta luises; y además, la señora Dupin, sabiendo que deseaba poner casa, me ayudó un tanto al efecto. Con los muebles que ya tenía Teresa, lo reunimos todo, y habiendo alquilado una pequeña habitación en la fonda de Languedoc, sita en la calle de Grenelle-Saint-Honoré, perteneciente a unas buenas gentes, nos arreglamos como pudimos, y vivimos apacible y agradablemente durante siete años, hasta que salí de allí para ir al *Ermitage*.

El padre de Teresa era un anciano, buen hombre, muy amable, que temía extremadamente a su mujer, por cuyo motivo le daba el sobrenombre de «Señor fiscal», nombre que Grimm transmitió posteriormente, por broma, a la niña. La señora Le Vasseur no carecía de talento, es decir, de destreza; hasta se preciaba de tener urbanidad y modales de gran mundo, pero tenía un embeleco misterioso que me era insoportable, pues daba consejos bastante malos a su hija, procurando hacerla disimulada con respecto a mí y halagaba separadamente a mis amigos a expensas de todos ellos y de mí mismo; por lo demás, era bastante buena madre, por la cuenta que le tenía, y encubridora de los defectos de su hija, en cuanto redundaban en provecho propio. Esta mujer, a quien yo colmaba de atenciones, de cuidados, de regalitos, y cuyo aprecio buscaba de todas veras, era, por la imposibilidad que experimentaba en lograrlo, la única causa de pesar que tenía en mi reducido círculo doméstico; y fuera de esto, puedo decir que he gozado, durante esos seis o siete años, el más perfecto bienestar doméstico que puede ofrecer la flaqueza humana. Mi Teresa tenía un corazón de ángel; con la intimidad crecía nuestro mutuo aprecio, y cada día conocíamos más

cuán cierto era que habíamos nacido el uno para el otro. Si nuestros placeres pudiesen escribirse, su sencillez causaría risa; nuestros paseos a solas fuera de la ciudad, donde yo gastaba con la mayor magnificencia ocho o diez sueldos en algún ventorrillo; nuestras pequeñas cenas junto a la ventana, sentados uno frente de otro, en dos pequeñas sillas, colocadas sobre una maleta que tenía la latitud de la abertura, sirviéndonos de mesa la misma ventana; allí respirábamos el aire libre, podíamos ver los alrededores y los transeúntes; y aunque nos hallábamos en el cuarto piso, estábamos como comiendo en la calle. ¿Quién sería capaz de describir ni aun de apreciar lo delicioso de esas cenas, que por todo manjar se reducían a un pedazo de pan moreno, algunas cerezas, un poco de queso y medio cuartillo de vino para los dos? Amistad, confianza, intimidad, dulzura de alma, ¡cuán deliciosamente lo sazonáis todo! A veces permanecíamos allí sin darnos cuenta de ello hasta medianoche, y no hubiéramos imaginado que fuese tan tarde si la vieja mamá no nos lo hubiese advertido. Pero dejemos estos detalles que parecerán insípidos o risibles; siempre lo he dicho y lo he experimentado, el verdadero goce es indescriptible.

Poco más o menos por este tiempo obtuve uno de género más grosero, el último de esta clase que tengo que echarme en cara. Dije ya que el ministro Klupffell era un sujeto amable; mi trato con él no era menos íntimo que el que me unía a Grimm, y fue asimismo familiar. Ambos comían algunas veces en mi casa, y estas comidas, algo más sencillas, eran amenizadas por las libres ocurrencias de Klupffell y por los chistosos germanismos de Grimm, que aún no se había hecho purista. En nuestras pequeñas orgías no campeaba la sensualidad; pero era suplida por la alegría y nos hallábamos tan a gusto reunidos que no podíamos separarnos. Klupffell había puesto casa a una muchacha joven que no dejaba de pertenecer a todo el mundo, porque él solo no podía mantenerla. Una noche, al entrar en un café le encontramos que salía para irse a cenar con ella. Nosotros le hicimos burla y él se vengó galantemente obligándonos a tomar parte en la cena, riéndose de nosotros a su vez. Esta pobre criatura me pareció ser de bastante buen carácter, muy dulce, poco a propósito para su destino, para el que estaba educada y amaestrada por una bruja que vivía con ella. Los chistes y el vino nos alegraron hasta el punto de hacernos perder la cabeza. El buen Klupffell no quiso agasajarnos a medias, y sucesivamente pasamos los tres al cuarto contiguo con la pobre muchacha, que no sabía si debía reír o llorar. Grimm ha sostenido siempre que no la había tocado; por consiguiente, sería por querer divertirse impacientándonos por lo que permaneció con ella largo tiempo; y si se abstuvo es poco probable que fuese por escrúpulo, puesto que antes de entrar en casa del conde de Frièse vivió en casa de muchachas algo peores, en el mismo barrio de San Roque.

Salí de la calle de Moineaux, donde vivía esta chica, casi tan corrido como Saint-Preux salió de la casa donde le habían embriagado, y recordé muy bien mi historia al escribir la suya. Por algo que notó Teresa y sobre todo por mi aire confuso conoció que tenía algún pecado sobre la conciencia; me aligeré de este peso por medio de una franca y espontánea confesión. Hice muy bien, pues al siguiente día vino Grimm con aire de triunfo a relatarle mi delito, con circunstancias agravantes, y desde entonces jamás ha cesado de recordarle maliciosamente este hecho; y era en este punto tanto más culpable, cuanto que, habiéndome franqueado con él libre y voluntariamente, tenía derecho a esperar que no me haría arrepentir de ello. Jamás tuve ocasión de conocer tan bien la bondad de Teresa, porque más le disgustó el proceder de Grimm que mi misma infidelidad, y no escuché de su boca sino reproches tiernos y conmovedores, en los que jamás noté la más leve sombra de despecho.

La sencillez de alma de esta excelente joven corría parejas con la bondad de su corazón, que es cuanto puede decirse; a este propósito vale la pena de ser referido un ejemplo que recuerdo. Le había dicho que Klupffell era ministro y capellán del príncipe de Sajonia-Gotha. Un ministro era para ella un hombre tan singular que, confundiendo cómicamente las ideas más diversas, se le ocurrió tomar a Klupffell por el Papa. La primera vez que, al entrar en casa, me dijo que había venido a verme el Papa, creí que se había vuelto loca. Hícela explicarse y ya me faltó tiempo para referir la anécdota a Grimm y a Klupffell, a quien desde entonces dimos el sobrenombre de Papa y a la muchacha de la calle de Moineaux el de la papisa Juana. Esto daba ocasión a una risa interminable; momentos había en que nos desternillábamos. Los que en una carta que han querido atribuirme me han hecho decir que no había reído más que dos veces en mi vida, no me conocieron en aquel tiempo ni en mi juventud, pues seguramente no se les hubiera ocurrido semejante idea.

1750-1752.—Al siguiente año, 1750, cuando ya no me acordaba de mi discurso, supe que había sido premiado en Dijón. Esta noticia despertó en mi alma todas las ideas que me lo habían sugerido; les comunicó nueva fuerza, y acabó de fermentar en mi corazón esta primera levadura de heroísmo y de virtud que mi padre, mi patria y Plutarco habían depositado en él. Nada me pareció tan grande y bello como el ser libre, virtuoso, superior a la fortuna y a la opinión y bastarse a sí mismo. Aunque la funesta vergüenza y el temor de verme silbado me impidieron al principio conducirme de conformidad con estos principios y romper bruscamente con el espíritu de las máximas de mi siglo, desde entonces me decidí resueltamente y no tardé en ejecutarlo más tiempo que el necesario para que la oposición lo irritase y lo hiciese salir triunfante.

Mientras filosofaba sobre los deberes del hombre, ocurrió un acontecimiento que me hizo reflexionar mejor sobre los míos.

Teresa se halló por tercera vez embarazada. Harto sincero conmigo mismo, demasiado altivo en mi interior para desmentir mis propios principios con mis obras, me dediqué a estudiar el destino de mis hijos y mis relaciones con su madre, con respecto a los principios de la religión pura, santa, eterna como su autor, que los hombres han manchado fingiendo quererla purificar, y que con sus fórmulas han convertido en una religión de palabras, puesto que es mu fácil aconsejar lo imposible cuando no se está en el caso de practicarlo.

Si me equivoqué en los resultados, no hay nada más sorprendente que la confianza con que obré. Si yo fuese uno de esos hombres mal nacidos, sordos a la voz de la naturaleza, en el interior de los cuales nunca germinó ningún verdadero sentimiento de justicia y de humanidad, esta dureza hubiera sido muy natural; pero este fuego cordial, esta sensibilidad tan viva, esta facilidad de tomar cariño a las personas, la fuerza con que me subyuga, el profundo dolor que me causa la necesidad de abandonarlos, la benevolencia hacia mis semejantes, el amor ardiente de lo grande, lo verdadero, lo bello y lo justo; este horror al mal de cualquier género que sea, esta imposibilidad de odiar y de hacer mal a nadie ni aun de quererlo; esta ternura, esta emoción dulce y pura que siento en presencia de todo lo virtuoso, de todo lo amable y generoso, ¿pueden confundirse en una misma alma con la depravación que hace hollar sin escrúpulo los más dulces deberes? No; lo siento así y lo digo abiertamente, esto no es posible. Jamás, ni un solo instante de su vida, ha podido ser Juan Jacobo un hombre sin sentimientos, sin entrañas, un padre desnaturalizado. Habré podido engañarme, mas no endurecerme. Si dijera mis motivos diría demasiado, puesto que si han podido seducirme a mí también seducirían a muchos otros, y no quiero exponer a los jóvenes que pudieran leerme a que se dejen engañar por el mismo error. Me contentaré con decir que fue tal, que entregando mis hijos a la educación pública, por serme imposible educarlos yo mismo, al destinarlos a ser obreros y campesinos mejor que aventureros y caballeros andantes de la fortuna, creí hacer un acto de ciudadano y de padre, y me consideré como un miembro de la república de Platón. Desde entonces, más de una vez, el pesar me ha indicado que me equivoqué; pero mi razón, lejos de decirme lo mismo, a menudo ha bendecido al Cielo por haberles librado así de la suerte de su padre y de la que les amenazaba cuando me viese obligado a abandonarlos. Si los hubiese llevado a las señoras de Epinay o de Luxemburgo, que, ya sea por amistad, ya por generosidad, ya por cualquier otro motivo, quisieron encargarse de ellos posteriormente, ¿habrían sido más dichosos, o, al menos, habrían sido educados como hombres honrados? Lo ignoro; pero estoy seguro que les hubieran enseñado a odiar, y quizá a ser traidores a sus padres; es cien veces preferible que no los hayan conocido.

Mi tercer hijo fue también entregado a la Inclusa, así como los dos siguientes, pues en junto fueron cinco los que tuve. Este proceder me pareció tan bueno, tan sensato, tan legítimo, que si no me jactaba de ello sólo fue por respeto a la madre; pero lo dije a todos los que sabían nuestras relaciones; se lo revelé a Diderot, a Grimm, posteriormente a la señora de Epinay, a la de Luxemburgo, y esto libre y francamente, sin ninguna necesidad y pudiendo ocultarlo fácilmente a todo el mundo, pues la Gouin era una buena mujer, muy discreta y con la cual podía contar con toda confianza. El único amigo a quien tuve interés en franquearme fue el médico Thierry, que cuidó a mi pobre *tía* en uno de sus partos, que fue muy dificultoso; en una palabra, mi conducta nunca fue misteriosa, no solamente porque nunca he sabido ocultar nada a mis amigos, sino porque, efectivamente, no veía en ello nungún mal. Bien considerado todo, escogí para mis hijos lo mejor o lo que creí serlo. Yo hubiera querido y quisiera todavía haber sido criado y educado como lo han sido ellos.

Mientras hacía de esta suerte mis confidencias, la señora Le Vasseur las hacía también por su parte, pero con miras menos desinteresadas. Yo las había presentado, a ella y a su hija, a la señora Dupin, que por deferencia a mí usaba con ellas mil bondades. La madre le comunicó el secreto de su hija. La señora Dupin, que es buena y generosa y a quien ella distaba mucho de participar todo lo que yo hacía, a pesar de lo reducido de mis recursos, procuraba proveer a todo, y lo hacía por su parte con una liberalidad que por orden de la madre me ocultó la hija durante mi permanencia en París y no me confesó hasta que estuvimos en el *Ermitage*, después de varios otros desahogos del corazón. Yo ignoraba que la señora Dupin, que jamás me lo dio a entender en lo más mínimo, estuviese tan bien enterada; todavía ignoro si su nuera, la señora de Chenonceaux, lo estuvo también; pero su otra nuera, la de Francueil, estaba al corriente de todo, y no pudo callárselo. Hablóme de ello al año siguiente cuando ya no seguía en su casa. Esto me indujo a escribirle acerca de este punto una carta que se hallará entre mis documentos, y en la cual expongo aquellas de mis razones que podía alegar sin comprometer a la señora Le Vasseur y a su familia, pues las más importantes se referían a ellos, y me las callé.

Estoy seguro de la discreción de la señora Dupin y de la amistad de la de Chenonceaux; lo estaba de la señora de Francueil, que además murió mucho tiempo antes de que mi secreto fuese divulgado. Jamás pudo serlo sino por las personas a quienes yo lo había confiado, y solamente lo ha sido después de mi rompimiento con ellos. Sólo por este hecho quedan juzgados; sin querer disculpar la reprobación que merezco, todavía prefiero esta culpa a su ruindad. Mi falta es grande, pero es un error; he olvidado mis deberes, pero no ha entrado en mi corazón el deseo de dañar, y las entrañas de

padre pueden no haberme hablado con bastante fuerza para hijos jamás vistos; pero hacer traición a la confianza de la amistad, violar el más santo de todos los pactos, publicar los secretos depositados en nuestro seno, complacerse en deshonrar al amigo a quien se ha engañado y que al separarse de nosotros nos respeta todavía, esto no son faltas, sino bajezas enormes.

He prometido mi confesión, pero no mi justificación; por lo tanto, me detengo aquí. A mí me toca ser exacto, al lector ser justo. Nunca le pediré más.

El casamiento del señor de Chenonceaux hizo que la casa de su madre me fuese todavía más agradable, por efecto del mérito y del talento de la recién casada, joven muy amable y que pareció distinguirme entre los escribientes del señor Dupin. Era hija única de la señora vizcondesa de Rochechouart, íntima amiga del conde de Frièse, y por ende de Grimm, que le era muy adicto. Sin embargo, fui yo quien lo introdujo en casa de su hija. Mas como sus caracteres no se avenían, esta relación no siguió; y Grimm, que estaba ya sólo por lo positivo, prefirió la madre, mujer de gran mundo, a la hija, que deseaba amigos seguros que le agradasen sin mezclarse en ninguna intriga, ni desear un nombre entre los grandes. La señora Dupin, no hallando en madama de Chenonceaux toda la docilidad que esperaba, le proporcionó mil disgustos; y la de Chenonceaux, ufana con su mérito o quizá a causa de su nacimiento, prefirió renunciar a los placeres de la sociedad y quedarse casi sola en su habitación, a soportar un yugo para el cual se sentía poco a propósito. Esta especie de destierro aumentó mi cariño hacia ella, efecto de esta tendencia natural que me inclina hacia los desgraciados. Hallé en ella un espíritu metafísico y pensador, aunque a veces algo sofístico. Su conversación, que distaba mucho de ser la de una niña que sale del convento, me era sumamente agradable. Sin embargo, apenas contaba veinte años; su cutis tenía una blancura deslumbradora; su talle hubiera sido alto y bello si se hubiese erguido mejor; su cabello, de un rubio ceniciento y de una belleza poco común, me recordaba el de mi buena *mamá* en sus mejores tiempos y me agitaba vivamente el corazón. Mas los severos principios que acababa de imponerme, y que estaba resuelto a seguir a toda costa, me pusieron a cubierto de ella y de sus gracias. He pasado durante todo un verano tres o cuatro horas diarias a solas con ella, enseñándole gravemente la aritmética y fastidiándola con mis eternas cifras, sin dirigirle jamás galantería alguna, ni una sola mirada. Cinco o seis años más tarde no habría sido tan prudente o tan loco; pero estaba escrito que no había de tener más que un amor en mi vida, y que sería otra la que obtendría los primeros y los últimos suspiros de mi corazón.

Desde que vivía en casa de la señora Dupin, siempre me había contentado con mi suerte, sin dar señales del menor deseo de mejorarla. El aumento que de acuerdo con el señor de Francueil había

introducido en mis honorarios había sido espontáneamente cosa suya. Este año, Francueil, que cada día me quería más, pensó colocarme en situación más desahogada y menos precaria. Él era recaudador general de rentas. El señor Dudoyer, cajero suyo, era ya anciano, rico, y quería retirarse. Francueil me ofreció esta plaza; y para ponerme en estado de desempeñarla, fui durante algunas semanas a recibir las instrucciones necesarias a casa de Dudoyer. Pero ya sea que yo tuviese poco talento para este empleo, ya que el señor Dudoyer, que me pareció ser favorable a otra persona, no me enseñase de buena fe, el caso es que adquirí lentamente y mal los conocimientos que necesitaba, y todo ese orden de cuentas, embrolladas a propósito, nunca pudo entrar en mi cabeza. Sin embargo, sin conocer a fondo la materia, no dejé de comprender la marcha lo bastante para poder desempeñar mi empleo con desembarazo. Así, hasta comencé a desempeñarlo. Tenía a mi cargo los registros y la caja; daba y recibía dinero y recibos; y aunque tuviese tan poco talento como gusto para este cargo, como empezaba a hacerme reposado la madurez de los años, estaba resuelto a vencer mi repugnancia para entregarme por completo a mi empleo. Desgraciadamente, cuando yo iba estando al corriente, el señor de Francueil hizo un pequeño viaje durante el cual quedé encargado de su caja, donde, sin embargo, no había en aquel entonces más de veinticinco a treinta mil francos. Los cuidados y la zozobra que me dio este depósito me hicieron reconocer que yo no había nacido para ser cajero; y no me cabe la menor duda de que el disgusto interior que tuve durante esta ausencia contribuyó a causarme la enfermedad que padecí después de su regreso.

He dicho en la primera parte que había nacido moribundo. Un vicio de organismo en la vejiga me hizo experimentar durante los primeros años de mi vida una retención de orina casi continua; y mi tía Susana, que me tomó a su cargo, pasó increíbles trabajos para conservarme. Sin embargo, pudo lograrlo al fin; mi robusta constitución tomó el desquite, y mi salud se afirmó de tal modo durante mi juventud, que, exceptuando la enfermedad de languidez, cuya historia he referido, y la necesidad de orinar frecuentemente, que el menor acaloramiento me hace siempre incómoda, llegué a la edad de treinta años sin sentir casi mi primera enfermedad. La primera vez que me resentí de ella fue cuando llegué a Venecia. La fatiga del viaje y los terribles calores que había sufrido me produjeron un ardor de orina y dolor de riñones que me molestaron hasta la entrada del invierno. Después de haber estado con la paduana me creí muerto, y sin embargo no experimenté la menor incomodidad. Después de haber agotado mis fuerzas, más con la imaginación que con el cuerpo, en compañía de mi Zulietta, me sentí mejor que nunca. Sólo después de la detención de Diderot, y con motivo del acaloramiento contraído en mis correrías a Vincennes, durante los

terribles calores de aquel verano, me dio un violento dolor nefrítico, y en lo sucesivo jamás he recobrado completamente la salud.

En la época a que me refiero, habiéndome fatigado un poco tal vez con el pesado trabajo de aquella maldita caja, tuve una recaída peor que antes y estuve en cama durante cinco o seis semanas en el más triste estado que imaginarse puede. La señora Dupin me envió al célebre Morand, quien, a pesar de su habilidad y de la destreza de su mano, me hizo sufrir cruelmente, sin lograr sondarme nunca. Me aconsejó que acudiese a Darán, cuyas candeliyas más flexibles lograron en efecto insinuarse; pero Morand, al dar cuenta de mi estado a la señora Dupin, le declaró que no me quedaban más que unos seis meses de vida. Este dictamen, del que tuve noticia, me hizo reflexionar seriamente acerca de mi estado y en la tontería de sacrificar el reposo y el bienestar de los pocos días que me quedaban de vida a la sujeción de un empleo que no me agradaba. Por otra parte, ¿cómo concertar los severos principios que acababa de adoptar con un estado tan poco a propósito para ello? ¿Y no sería chocante que yo, cajero de un recaudador general de rentas, predicara el desinterés y la pobreza? Estas ideas fermentaron en mi cabeza tan completamente con la fiebre, se combinaron con tanta fuerza, que desde entonces nada ha sido capaz de arrancármelas; y durante mi convalecencia me confirmé, a sangre fría, en las resoluciones tomadas durante mi delirio. Renuncié para siempre a todo proyecto de fortuna y de prosperidad. Resuelto a pasar en la independencia y la pobreza el poco tiempo que me restaba de vida, empleé todas las fuerzas de mi alma en romper las cadenas de la opinión, y en hacer con valor todo lo que me parecía bien, sin preocuparme para nada del juicio de los hombres. Son increíbles los obstáculos que tuve que combatir y los esfuerzos que tuve que hacer para triunfar, lo que logré, en cuanto era posible, y más aún de lo que yo mismo había esperado. Si hubiese sabido desprenderme del yugo de la amistad como del de la opinión, hubiera logrado completamente mi objeto, quizá el más grande, o a lo menos el más útil para la virtud, que jamás mortal alguno haya concebido; pero mientras combatía y reducía a la nada los insensatos juicios de la turba vulgar de los llamados grandes y de los que se titulan sabios, me dejaba subyugar y conducir como un niño por fingidos amigos que, celosos de verme marchar solo por un nuevo camino, haciendo como que se interesaban mucho por mi felicidad, no procuraban, en efecto, sino ponerme en ridículo, y empezaron por desprestigiarme para difamarme después. Más que mi celebridad literaria, fue mi reforma personal, que data de esa época, lo que me atrajo sus celos; tal vez me habrían perdonado que brillara en el arte de escribir; mas no pudieron perdonarme que diera con mi conducta un ejemplo que parecía importunarles. Yo había nacido para la amistad; mi carácter comunicativo y dulce la mantenía sin trabajo. Mientras viví igno-

rado del público, fui querido de cuantos me conocieron, y no tuve un solo enemigo; mas tan luego como tuve un nombre, perdí todos los amigos. Fue un gran infortunio; pero mucho más grande fue todavía el verme rodeado de gentes que tomaban este nombre y que no emplearon el derecho que les daba sino para arrastrarme a mi perdición. La continuación de estas Memorias desenvolverá esta odiosa trama; aquí no manifiesto más que su origen; pronto se verá formarse el primer nudo.

En medio de la independencia dentro de la cual quería vivir, era preciso pensar en mi subsistencia, e imaginé, al efecto, un medio muy sencillo, que consistió en copiar música a tanto la página. Si hubiese podido conseguir el mismo objeto por medio de alguna ocupación más importante, la habría tomado; mas siendo de mi gusto esta habilidad, y la única que sin sujeción personal me podía dar lo necesario para el día, me atuve a ella. Creyendo no tener necesidad de prever nada, y acallando la voz de la vanidad, de cajero de un asentista pasé a ser copista de música. Creí haber ganado mucho con esta elección; y tan cierto es que no me he arrepentido, que no he dejado esta ocupación sino por necesidad y con el propósito de volver a ella en cuanto pueda.

El éxito de mi primer discurso me facilitó la realización de este propósito. Cuando hube obtenido el premio, Diderot se encargó hacerlo imprimir. Mientras yo permanecía clavado en el lecho, él me escribió un billete participándome la publicación y su resultado: «*Se apodera* –me decía– *de cuanto existe debajo de la bóveda celeste; no hay ejemplo de un éxito semejante.*» Este favor del público, de ningún modo buscado, y para un autor desconocido, me inspiró la primera confianza verdadera en mi capacidad, de que había dudado hasta entonces, a pesar del sentimiento interno. Comprendí todas las ventajas que de ello podía sacar para la resolución que estaba próximo a tomar, y juzgué que un copista que gozase de alguna celébridad en la república de las letras, probablemente no carecería de trabajo.

Así que hube tomado y me hube afirmado en esta resolución, escribí un billete al señor de Francueil para participárselo, manifestarle mi agradecimiento, así como a la señora Dupin, por todas sus bondades, y para pedirles su parecer. No pudiendo comprenderlo Francueil, creyó que me hallaba todavía en el arrebato de la fiebre, y corrió a verme; pero me halló tan resuelto que me creyó loco, y así lo participó a todo el mundo; mas yo dejé que hablasen cuanto quisiesen y seguí mi camino. Empecé la reforma por mi traje; me quité el oropel y las medias blancas; tomé una peluca sencilla, dejé la espada; vendí mi reloj, diciendo para mis adentros con increíble satisfacción: «Gracias al Cielo, ya no tendré necesidad de saber qué hora es.» El señor de Francueil tuvo la amabilidad de esperar todavía mucho tiempo antes de nombrar a otro cajero; mas al fin, viendo que mi resolución era irrevocable, puso en mi lugar al señor

de Albard, preceptor que había sido del joven Chenonceaux y conocido en la Botánica por su *Flora parisiensis* [1].

Por muy austera que fuese mi reforma suntuaria, por el pronto no la extendí a mi ropa blanca, que era magnífica y numerosa, resto de mi equipaje de Venecia y a la cual tenía un cariño particular. A fuerza de considerarlo como un objeto de limpieza, lo convertí en uno de lujo, que no dejaba de serme costoso. Alguien me hizo el buen servicio de librarme de esta servidumbre. La víspera de Navidad, mientras las mujeres estaban en vísperas y yo me hallaba en el concierto espiritual, forzaron la puerta de un granero, donde estaba tendida toda nuestra ropa blanca, despues de una colada que se acababa de hacer. Todo lo robaron, y, entre otras, cuarenta y dos camisas mías de hilo muy fino, que constituían lo mejor de mi ropa blanca. Por la descripción que hicieron los vecinos de un hombre que había salido de la casa llevando unos paquetes, contestes todos a la misma hora, Teresa y yo sospechamos de su hermano, que ya era tenido por perverso. La madre rechazó enérgicamente esta sospecha; pero la confirmaban tantos indicios, que a pesar suyo nos quedamos con la sospecha. Yo no me atreví a practicar diligencias, por temor de hallar más de lo que hubiera querido. Este hermano no se presentó más en mi casa, y al fin desapareció completamente. Yo deploré la suerte de Teresa y la mía propia, que nos obligaba al trato de una familia tan mezclada, y la exhorté más que nunca a romper tan peligroso yugo. Esta aventura me curó de mi pasión por la ropa blanca lujosa, y desde entonces la he usado siempre muy común, adecuada a mi porte.

Habiendo completado así mi reforma, no pensé más que en consolidarla y hacerla durable, esforzándome en arrancar de mi corazón todo aprecio del qué dirán y todo lo que podía desviarme, por miedo de la censura, de lo que fuese bueno y razonable en sí. Por efecto del ruido que levantó mi obra, también fue sonada mi resolución, y me facilitó clientela; de suerte que empecé con bastante buen éxito. Sin embargo, diversas causas contribuyeron a impedir que lograse los resultados que hubiese obtenido en otras circunstancias. En primer lugar, mi poca salud; el ataque que acababa de sufrir me dejó de tal modo, que nunca me he restablecido por completo; y creo que los médicos me hicieron tanto daño como la misma enfermedad. Sucesivamente me visitaron Morand, Darán, Helvecio, Malouin, Thierry, todos muy sabios, todos amigos míos, que me trataron cada cual a su manera, que no me aliviaron en lo más mínimo y me debilitaron considerablemente. Cuanto más me atenía a sus prescripciones, tanto

---

[1] No me cabe duda de que todo esto será actualmente referido de manera muy distinta por Francueil y sus congéneres; pero yo me repito a lo que dijo en aquel entonces y mucho tiempo después a todo el mundo, hasta la formación del complot, y que deben recordar todas las personas de buen sentido y buena voluntad.

más pálido, flaco y débil me ponía. Mi imaginación, que ellos llenaban de espanto, midiendo mi estado por el efecto de sus medicinas, no me representaba más que una cadena de sufrimientos, las retenciones, el mal de piedra y, por término, la muerte. Las tisanas, los baños, las sangrías, todo lo que alivia a los demás, empeoraba mis males. Habiendo notado que las sondas de Darán, únicas que me producían algún efecto y sin las cuales no creía poder vivir, sólo me proporcionaban un lenitivo momentáneo, me propuse reunir, gastando bárbaramente, una gran provisión de sondas a fin de tenerlas para toda la vida, aun en el caso de que faltase Darán. Durante los ocho o diez años que las he empleado con tanta frecuencia, debo de haber gastado, con las que me quedan, cincuenta luises. Como se comprende, un tratamiento tan caro, tan doloroso y tan penoso no me dejaba trabajar seguidamente, y por otra parte, un moribundo no pone gran ardor en ganar el pan de cada día.

Las ocupaciones literarias causaban una distracción no menos perjudicial a mi trabajo diario. Apenas hubo aparecido mi discurso, cuando los defensores de las letras arremetieron a una contra mí. Indignado de ver tal número de pigmeos, que sin entender siquiera la cuestión querían decidirla a guisa de maestros, tomé la pluma y traté a algunos de ellos de suerte que no les quedaron ganas de reír. Cierto señor Gautier, de Nancy, el primero que cayó bajo mi pluma, fue rudamente tratado en una carta dirigida a Grimm. El segundo fue el mismo rey Estanislao, que no se desdeñó de entrar en discusión conmigo. El honor que me dispensó me obligó a cambiar de tono para responderle; fui más grave, pero no menos enérgico, y sin faltar al respeto debido al autor, refuté completamente su trabajo. Sabía que había puesto manos en él un jesuita llamado padre Menou, y para discernir lo que era del príncipe y lo que del cura, me fié de mi tacto; ataqué sin reparo todas las frases jesuíticas y cogí de paso un anacronismo que creí no podía venir sino del reverendo. Este escrito, que no sé por qué razón ha metido menos ruido que los otros míos, es hasta el presente una obra única en su género. En ella aproveché la ocasión que se me ofrecía de enseñar al público cómo podía un particular defender la causa de la verdad aun contra un soberano. Es difícil usar un tono más respetuoso y más firme, al mismo tiempo, que el que adopté para responderle. Tuve la suerte de habérmelas con un adversario a quien apreciaba cordialmente y podía manifestárselo sin adulación, y esto lo hice con bastante buen éxito, pero siempre con dignidad. Mis amigos, asustados por mí, ya creían verme en la Bastilla. Yo no lo temí ni un solo instante, y tuve razón. Este buen príncipe, después de haber visto mi respuesta, dijo: «Me lo tengo bien merecido, no me meto más en estas cosas.» Desde entonces me dio bastantes pruebas de estimación y de benevolencia, de las que tendré que citar algunas; y mi opúsculo corrió tranquilamente por Francia y por Europa, sin que nadie hallase en él nada que vituperar.

Poco tiempo después tuve otro adversario que nunca me hubiera esperado, el mismo señor Bordes de Lyón, que diez años antes me había hecho muchos obsequios y prestado varios servicios. Era una amistad que yo no había olvidado, aunque sí descuidado por pereza, y no le había comunicado mis escritos, por carecer absolutamente de ocasión propicia para remitírselos. Por consiguiente, era culpable; él me atacó, y sin embargo con decoro, y yo respondí en el mismo tono; pero replicó con más viveza, y esto dio lugar a mi última respuesta, después de la cual nada más dijo, pero se convirtió en mi más acérrimo enemigo; aprovechó la época de mis desdichas para disparar contra mí horrendos libelos, e hizo un viaje a Londres expresamente para hacerme saño.

Todas estas polémicas me preocupaban mucho, haciéndome perder el tiempo con poco fruto para el descubrimiento de la verdad y poco provecho para mi bolsillo. Pissot, mi librero entonces, me daba muy poco y a menudo nada por mis folletos; así, por ejemplo, no saqué un maravedí de mi primer discurso; Diderot se lo dio gratuitamente. Era forzado esperar mucho tiempo e ir sacando sueldo a sueldo lo poco que me daba. Entretanto no copiaba; hacía dos oficios, lo cual era más a propósito para que ambos salieran mal.

Contrariábanse mutuamente, además, en otro sentido, pues cada uno me obligaba a hacer una vida distinta. El éxito de mis primeros escritos me había puesto de moda; mi posición había excitado la curiosidad y el deseo de conocer a un hombre tan extraño que no buscaba a nadie y no quería otra cosa que vivir libre y feliz a su manera. Era lo bastante para que no pudiese lograrlo. Mi casa no dejaba de estar un momento llena de gente que bajo diversos pretextos acudían a distraerme; las mujeres empleaban mil ardides para tenerme a su mesa. Cuanto más huía el trato de las gentes y más brusco me mostraba, tanto más se obstinaban; no podía rechazar a todo el mundo; y a pesar de atraerme con mi esquivez mil enemigos, incesantemente me veía subyugado por mi complacencia; de cualquier modo que me manejase apenas me quedaba más de una hora mía.

Comprendí entonces que no siempre es tan fácil como parece el ser pobre e independiente, quería vivir de mi trabajo, y el público no quería. Imaginaban mil medios para resarcirme del tiempo que me hacían perder, y al paso que iba, pronto hubiera sido preciso enseñarme como polichinela, a tanto por semana. No conozco sujeción más envilecedora que ésta. No vi mejor remedio que rehusar los regalos grandes y pequeños, sin excepción de personas; pero sólo conseguí atraer los dadivosos, que querían tener la gloria de vencer mi resistencia, forzándome a quedarles agradecido, a pesar mío.

Había quien no me hubiera prestado un escudo si se lo hubiese pedido, y no cesaba de importunarme con sus ofrecimientos, y al verlos rechazados, tachaba mi modo de obrar, para vengarse, de arrogancia y obstinación.

Como se comprenderá, la resolución que había tomado y el sistema que quería seguir agradaban muy poco a la señora Le Vasseur; y en cuanto a la hija, todo su desinterés no la impedía seguir las sugestiones de su madre; de suerte que las *amas*, como las llamaba Gauffecourt, no siempre tenían tanta entereza como yo en rehusar los regalos. Aunque me ocultaban muchas cosas, vi lo bastante para conocer que no lo veía todo; y esto me atormentó, menos por la tacha de convivencia que era fácil me achacaran, que por la idea cruel de no poder jamás ser dueño de mi casa ni de mí mismo. Suplicaba, exigía, me incomodaba, y todo era inútil; la madre me hacía pasar por un eterno gruñón y por un caprichoso; cuchicheaba continuamente con mis amigos y todo eran misterios y secretos para mí en el interior; y para no exponerme a incesantes borrascas, no me atreví a enterarme de lo que pasaba, pues para salir de todo este trabajo necesitábase una firmeza de que yo no era capaz: sabía gritar, pero no obrar; me dejaban hablar y seguían haciendo lo mismo.

Tan angustiosa situación y las importunidades diarias a que me veía sujeto acabaron por hacerme desagradables mi habitación y mi estancia en París. Cuando los importunos me permitían salir y no me dejaba arrastrar a una u otra parte por mis conocidos, iba a pasearme solo; meditaba acerca de mi gran sistema y escribía con lápiz algo de él en un libro en blanco. He aquí cómo los inconvenientes imprevistos de un estado escogido por mí mismo me metieron, para distraerme, en la literatura; y he aquí cómo en todas mis primeras obras derramé la bilis y el mal humor que me inducían a escribirlas.

Otra cosa hubo, además, que contribuyó a ello. Lanzado, a pesar mío, en el mundo, sin tener el trato social y sin hallarme en estado de adquirirlo y de poder sujetarme a él, traté de formármelo a mi manera, a fin de hallarme dispensado de aprenderlo. Como mi estúpida y loca timidez, que me era imposible destruir, reconocía por causa el temor a faltar al bien parecer, tomé para alentarme la resolución de no hacerle caso. Me volví cínico y cáustico por vergüenza; afectaba menospreciar la galantería que no sabía practicar. Cierto es que esta aspereza, conforme con mis nuevos principios, se ennoblecía en mi espíritu, adquiriendo la intrepidez de la virtud; y me atrevo a decir que sobre esta augusta base se ha sostenido mucho más tiempo y mejor de lo que hubiera debido esperarse de un esfuerzo tan contrario a mi carácter. Sin embargo, a pesar de la reputación de misantropía que mi exterior y algunas frases afortunadas me dieron en opinión del mundo, lo cierto es que en este punto sostuvo mal mi papel; mis amigos y conocidos convertían en cordero a este lobo tan feroz, y limitando mis sarcasmos a verdades amargas pero generales, jamás he sabido dirigir una mala palabra a quienquiera que fuese.

El adivino de la aldea acabó de ponerme en boga, y a poco no hubo en todo París otro hombre más solicitado que yo. La historia de este escrito, que forma época, se relaciona con mis amistades de entonces. Éste es un detalle que no debo pasar por alto para la inteligencia de lo que va a seguir.

Contaba yo con un número bastante considerable de conocidos, pero sólo con dos amigos: Diderot y Grimm. Por un afecto de mi deseo de reunir todo lo que me es caro, era demasiado amigo de ambos para que pronto no lo fuesen entre sí. Los relacioné y ellos se unieron todavía más estrechamente entre sí que conmigo. Diderot contaba con innumerables relaciones, mientras Grimm, extranjero y recién venido, necesitaba adquirirlas. Yo no deseaba otra cosa que procurárselas; le había presentado a Diderot y le hice conocer a Gauffecourt; le llevé a casa de las señoras de Chenonceaux y de Epinay y del barón de Holbach, con quien me hallaba relacionado casi a pesar mío. Todos mis amigos lo fueron suyos, cosa muy natural; mas ninguno de los suyos lo fue mío, y esto no lo es tanto. Mientras vivió en casa del conde de Frièse, a menudo nos daba de comer en su casa; pero jamás he recibido el menor testimonio de amistad ni de benevolencia del conde de Schomberg, muy amigo de Grimm, ni de ninguna de las personas, hombres o mujeres, con quienes por su intermedio estuvo Grimm relacionado. Solamente debo hacer excepción del abate Raynal, quien a pesar de ser amigo suyo manifestó serlo mío, y me ofreció oportunamente su bolsillo con una generosidad poco común. Mas yo conocía al abate Raynal mucho tiempo antes que le conociese Grimm, y siempre le había sido afecto desde una ocasión en que procedió conmigo con mucha delicadeza y probidad, si bien en asunto de poca importancia, pero que no olvidé nunca.

Este abate Raynal era a la verdad un amigo ardiente. Tuve una prueba de ello, aproximadamente, por el tiempo a que me refiero, en lo que hizo por Grimm, con el cual estaba estrechamente unido. Éste, después de haber estado algún tiempo en buena amistad con la señorita Fel, vino de repente a enamorarse perdidamente de ella y quiso suplantar a Cahusac. La hermosa, preciándose de constante, dio calabazas al nuevo pretendiente. Éste tomó la cosa por lo trágico y se le antojó quererse matar. Súbitamente se apoderó de él una de las enfermedades más extrañas que jamás se hayan oído nombrar. Pasaba los días y las noches en un continuo letargo, con los ojos abiertos, el pulso precipitado, pero sin hablar, ni comer, ni moverse; a veces parecía oír, aunque sin responder nunca ni aun por signos; y a pesar de todo no estaba agitado, ni sufría dolores, ni tenía fiebre, permaneciendo como si estuviese muerto. El abate Raynal y yo nos repartíamos el trabajo de velarle; el abate, más robusto y con más salud, pasaba allí las noches, sin que dejase de haber siempre a su lado uno de los dos. El conde de Frièse, alarmado, le proporcionó el

médico Senac, quien, después de haberlo examinado bien, dijo que aquello no sería nada, y se fue sin recetar. El espanto que me causaba el estado de mi amigo hizo que abservara atentamente el semblante del médico, y le vi sonreírse al salir. Sin embargo, el enfermo permaneció muchos días inmóvil, sin tomar caldo ni nada más que algunas cerezas enconfitadas que yo le colocaba de cuando en cuando en la boca, y él tragaba sin la menor dificultad. En la mañana de un hermoso día se levantó, se vistió y siguió de nuevo su modo ordinario de vivir, sin que me haya hablado jamás ni tampoco a Raynal, que yo sepa, ni a nadie, de este singular letargo ni de los cuidados que le prodigamos mientras le duró.

Esta aventura no dejó de ser sonada; y realmente hubiera sido una anécdota maravillosa que la dureza de una muchacha de la Ópera hubiera hecho morir de desesperación a un hombre. Esta singular pasión hizo que Grimm estuviese de moda; a poco pasó por un prodigio de amor, de amistad y de afecto bajo todos los conceptos. Esta opinión hizo que fuese solicitado y festejado en el gran mundo, y esto le alejó de mí, que no había sido nunca para él más que un compañero, a falta de otro mejor. Vi que estaba próximo a dejarme completamente. Esto me afligió, porque todos los vivos sentimientos que afectaba tener para conmigo eran los que, con menos ostentación, sentía yo por él. A mí me agradaba que él fuese bien recibido en la sociedad; pero no hubiera querido que olvidase a su amigo. Un día le dije: «Grimm, usted me olvida, pero se lo perdono; cuando la primera efervescencia de su brillante éxito haya producido su efecto, notará el vacío; espero que volverá a mí y me hallará como siempre; entre tanto, no se moleste por mí; le dejo libre y espero.» Respondióme que tenía razón y obró en consonancia con ello, tan sin reparo, que ya no le vi sino con nuestros comunes amigos.

Nuestro punto principal de reunión, antes que él tuviese tanta intimidad con la señora de Epinay, como tuvo en lo sucesivo, era la casa del barón de Holbach. Este barón era hijo de un noble de nuevo cuño, que disfrutaba de una fortuna bastante considerable y que gastaba noblemente recibiendo en su casa a literatos y personas de mérito, entre las que ocupaba él un buen lugar por su inteligencia y sus luces. Relacionado hacía mucho tiempo con Diderot, me había buscado por su mediación aun antes de que mi nombre fuese conocido. Una repugnancia natural me impidió corresponderle durante largo tiempo; un día en que me preguntó la razón, le dije: «Porque es usted demasiado rico.» Él se obstinó y venció al fin; mi mayor desdicha fue siempre no poder resistirme a los halagos, y jamás he dejado de tener que arrepentirme de haber cedido.

Otro conocimiento, que se convirtió en amistad tan luego como tuve título para pretenderlo, fue el del señor Duclos. Hacía muchos años que le había visto por vez primera en la Chevrette, en casa de la señora de Epinay, con la cual estaba él muy bien. No hicimos más

que comer juntos, y partió el mismo día; pero estuvimos hablando después de comer algunos instantes. La señora de Epinay le había hablado de mí y de mi ópera las *Musas galantes*. Duclos, dotado de prendas harto relevantes para no apreciar a los que tenían algún mérito, había concebido de mí una idea favorable y me invitó a verle. A pesar de mi antigua inclinación, aumentada con la circunstancia de conocerle, mi timidez y mi pereza me retuvieron mientras no tuve más motivo de tratar con él que su complacencia; pero envalentonado por el primer éxito que obtuve y por sus elogios, de que tuve noticia, fui a verle, vino él, y así empezó entre nosotros una correspondencia que siempre me lo harán querido; le debo el saber, fuera del testimonio de mi propio corazón, que la rectitud y la probidad pueden juntarse alguna vez con el cultivo de las letras.

Otras muchas relaciones menos sólidas y que no mencionaré aquí fueron efecto del éxito de mis primeras obras, y duraron todo el tiempo que tardó en quedar satisfecha la curiosidad. Era yo un hombre a quien se podía conocer en tan breve tiempo, que nada quedaba que ver de nuevo pasados los primeros momentos. Sin embargo, una mujer, que buscó mi amistad por aquel tiempo, fue más constante que todas las demás. Ésta fue la marquesa de Créqui, sobrina del señor bailío de Froulay, embajador de Malta, cuyo hermano había precedido al señor de Montaigu en la Embajada de Venecia y a quien había ido yo a visitar a mi vuelta de aquel país. La señora de Créqui me escribió; yo fui a su casa y nos hicimos amigos. Allí comía algunas veces; allí vi a muchos literatos, y entre ellos al señor Saurin, autor de *Espartaco*, de *Barnevelt*, etc., que fue posteriormente mi más encarnizado enemigo, sin que yo pueda imaginar otra causa para ello que el llevar el nombre de una persona a quien su padre persiguió villanamente.

Como se ve, para un copista a quien su trabajo debía ocupar desde la mañana a la noche, tenía sobradas distracciones que impedían que la tarea me fuese muy lucrativa, y no me permitían toda la atención necesaria para hacer bien mi trabajo; así es que perdía la mitad del tiempo que me dejaban borrando o raspando mis faltas, o empezando de nuevo la hoja. Esta importunidad hacía que París me fuese cada día más insoportable y que deseara ardientemente el campo. Fui varias veces a pasar algunos días a Marcoussis, cuyo vicario era conocido de la señora Le Vasseur, y en cuya casa nos arreglamos todos, sin que él se sintiera descontento. Grimm fue alguna vez allá con nosotros [1]. El vicario tenía buena voz; cantaba

---

[1] Ya que me he olvidado de referir aquí una pequeña aventura, aunque memorable, que me ocurrió allí con el expresado Grimm una mañana que debíamos ir a comer a la fuente de Saint-Vandrille, no volveré sobre ella; mas pensando después he deducido que ya por entonces abrigaba en el fondo de su corazón el complot que ejecutó luego con un éxito tan prodigioso.

bien, y aunque no sabía música, aprendía su parte con bastante precisión y facilidad. Nos entreteníamos en cantar mis tríos de Chenonceaux. Compuse dos o tres nuevos, con la letra que Grimm y el vicario compusieron medianamente. Me es imposible no echar de menos estos tríos compuestos y cantados en momentos de un goce puro, y que dejé en Wooton con toda mi música. Tal vez la señorita Devenport los haya hecho servir para rizos; pero merecían ser conservados y están en su mayor parte en muy buen contrapunto. Después de alguno de estos pequeños viajes, en que tenía el placer de ver a la *tía* libre enteramente, muy alegre, y en que yo también me divertía mucho, fue cuando escribí al vicario, aunque muy de prisa y mal, una epístola en verso que se hallará entre mis papeles.

Más próximo a París tenía otro sitio donde podía ir a pasar algún tiempo muy a gusto; era la casa del señor Mussard, compatriota, pariente y amigo mío, que se había creado un retiro encantador en Passy, donde he pasado momentos deliciosos. Mussard era joyero, hombre de buen sentido, que después de haber adquirido con su comercio una fortuna regular y haber casado a su única hija con el señor de Valmalette, hijo de un agente de cambio y maestresala del rey, tomó la prudente resolución de abandonar en su edad provecta los negocios, e introducir un intervalo de reposo y de goce entre el bullicio de la vida y la muerte. El bueno de Mussard, verdadero filósofo práctico, vivía tranquilamente en una casa muy agradable que se había hecho construir, donde tenía un jardín plantado por sus propias manos. Cavando los terraplenes de dicho jardín, halló conchas fósiles, y en tan grande cantidad, que su exaltada imaginación no vio más que conchas en la Naturaleza, y al fin creyó de veras que el Universo no era más que un conjunto de conchas, trozos de conchas, y que toda la tierra sólo era una concha desmenuzada. Ocupado constantemente en tal tarea y en sus singulares descubrimientos, en modo tal señoreándose de su espíritu aquellas ideas, que al fin se habrían convertido en sistema en su cabeza; es decir, en locura, si, por fortuna para su razón, aunque por desgracia para sus amigos que le querían mucho y que hallaban en su casa el más grato asilo, no hubiese venido la muerte a arrebatarle, por medio de la más cruel y extraña enfermedad, que fue un tumor en el estómago, cada vez mayor, que le impedía comer, sin que durante mucho tiempo pudiese darse con la causa y que, después de muchos años de sufrimientos, acabó por hacerle morir de hambre. No puedo recordar sin que se me oprima el corazón los últimos momentos de aquel pobre y digno hombre, que recibiéndonos siempre con tanto gusto a Lenieps y a mí, únicos amigos a quienes el espectáculo de sus sufrimientos no nos apartó de su lado hasta que exhaló el último suspiro, y que, como digo, se veía reducido a devorar con la vista los manjares que nos hacía servir, sin poder sorber casi otra cosa que algunas gotas de un té muy ligero, que tenía que devolver al instante. Pero con ante-

rioridad a estos tristes tiempos, ¡cuántos no he pasado en su casa muy agradable con los amigos escogidos que allí reuniera! En primera línea he de citar al abate Prévôt, hombre muy amable y sencillo, cuyo corazón vivificaba sus escritos, dignos de inmortalidad, y cuyo carácter en sociedad no tenía nada del sombrío colorido que comunicaba a sus obras; el médico Procope, nuevo Esopo, que tenía mucho partido con las damas; Boulanger, el célebre autor póstumo del *Despotismo oriental* y que, según creo, extendía los sistemas de Mussard a la duración del mundo; en cuanto a mujeres, la señora Denís, sobrina de Voltaire, la cual, no siendo a la sazón más que una buena señora, no se jactaba aún de ser literata; la señora Vanloo, no hermosa a la verdad, pero muy hechicera, que cantaba como un ángel, y la misma señora de Valmalette, que, aunque muy flaca, hubiera sido muy amable si hubiese tenido menos pretensiones. Tal era, aproximadamente, la sociedad del señor Mussard, que me habría complacido mucho si no hubiese preferido sus conferencias sobre su conquiomanía; y puedo decir que durante seis meses trabajé en su gabinete con tanto placer como él mismo.

Mucho tiempo hacía que se empeñaba en persuadirme de que las aguas de Passy me serían provechosas, exhortándome a ir a tomarlas a su casa. Para apartarme un poco de la urbana barahúnda, al fin me rendí, y fui a pasar a Passy ocho o diez días, que me probaron muy bien, más por hallarme en el campo que por efecto de las aguas. Mussard tocaba el violoncelo, y era apasionado por la música italiana. Una noche hablamos largamente de ella antes de acostarnos, y sobre todo de las óperas bufas, que ambos habíamos visto en Italia, y nos tenían entusiasmados. Durante la noche, no pudiendo dormir, se me ocurrió pensar cómo podría darse en Francia idea de este género, porque *Los amores de Ragunde* [1] no daban de él la menor idea. Por la mañana, mientras me paseaba y tomaba las aguas, compuse de corrido una especie de poesía, adaptándole algunos cantos que se me ocurrieron mientras la hacía. Tarareé todo esto en una especie de salón abovedado que había en el jardín; y a la hora de tomar el té no pude menos de mostrar estos trozos a Mussard y a la señorita Duvernois, su ama de gobierno, que era a la verdad una muchacha muy buena y muy amable. Los tres trozos que había bosquejado eran el primer monólogo: *J'ai perdú mon serviteur* [2], el aria del adivino, *L'amour croît s'il s'inquiète* [3], y el último dúo *A jamais, Colin, je t'engage* [4], etc. Tan no me parecía que esto valiese la pena concluirse, que, sin los aplausos y los alimentos que me daban

[1] Título de una comedia lírica de Néricault Destonches, música de Monret, representada en la Ópera en 1742.–*N. del T.*

[2] He perdido a mi servidor.

[3] Crece el amor con la inquietud.

[4] Por siempre, Colás, te recomiendo.

varios, iba a echar al fuego mis papelas sin pensar más en ellos, como he hecho tantas veces çon otras cosas tan buenas como aquélla; pero tanto me excitaron, que en seis días escribí el drama, salvo algunos versos, y bosquejé toda la música, de suerte que al llegar a París no tuve que hacer más que un recitado y todas las partes accesorias; y lo acabé todo con tal rapidez que en tres semanas estuvo en limpio y en estado de representarse. Sólo faltaba un bailable que no se hizo hasta mucho tiempo después.

1752.–Enardecido con la composición de esta obra, desea ardientemente oírla y hubiera dado cualquier cosa por verla representar a mi gusto, a puerta cerrada, como se dice que Lulli hizo representar una vez *Armida*, para él solo. Como no me era posible tener este gusto sino en compañía del público, para oír mi obra era indispensable presentarla en la Ópera. Desgraciadamente era un género enteramente nuevo, al que no estaban acostumbrados los oídos; y por otra parte, la mala fortuna de *Las musas galantes* me hacía prever la del *Adivino*, si se presentaba con mi nombre. Duclos me sacó de apuros encargándose de hacer ensayar la obra y ocultando el nombre del autor. A fin de no darme a conocer yo no presencié el ensayo, y los mismos «Violinillos» [1] que la dirigían ignoraban quién era el autor, hasta que una aclamación general hubo atestiguado la bondad de la obra. Cuantos la oyeron se prendaron de ella, hasta el punto de que desde el día siguiente no se hablaba de otra cosa en círculos y en reuniones. El señor de Cury, intendente de los gastos menores, que había asistido al ensayo, pidió la obra para representarla en la corte; pero Duclos, que sabía mis intenciones, juzgando que yo sería menos dueño de ella en la corte que en París, la rehusó. Cury reclamóla como autoridad; Duclos se mantuvo firme, y el debate entre los dos fue tan vivo que un día a punto estuvieron de salir desafiados de la Ópera si no les hubiesen separado. Se dirigieron a mí, encargué del asunto a Duclos, y fue preciso que volvieran a él. El señor duque de Aumont tomó cartas en el asunto, y al fin Duclos creyó deber ceder a la autoridad, y fue entregada la pieza para ponerse en escena en Fontainebleau.

La parte a que me había dedicado con preferencia y en que más me apartaba de la ordinaria rutina era el recitado. El mío estaba acentuado de una manera enteramente nueva y seguía naturalmente el curso de la palabra. No quisieron dejar esta horrible innovación, pues temían que se sublevasen los oídos rutinarios. Consentí en que Francueil y Jelyotte hiciesen otro recitado, pero no quise meterme en nada.

Cuando todo estuvo dispuesto y el día de la representación fijado, me propusieron que fuera a Fontainebleau, a fin de presenciar, al

---

[1] Así es cómo se designaba a Rebel y a Francoeur, que se dieron a conocer desde muy jóvenes tocando siempre juntos en los salones.

menos, el último ensayo. Estuve con la señorita Fel, con Grimm y me parece que con el abate Raynal, en un coche de la corte. El ensayo fue regular y nos satisfizo más de lo que había esperado. La orquesta era numerosa, compuesta de la de la Ópera y la música del rey juntas. Jelyotte hacía de *Colin;* la señorita Fel, de *Colette,* y Cuvilier, de *Adivino;* los coros eran los de la Ópera. Yo dije muy pocas cosas: Jelyotte fue quien lo dirigió todo; no quise inspeccionar nada de lo que él había hecho; y a pesar de mi tono romano, estaba avergonzado como un escolar en medio de todo el mundo.

Al siguiente día de la representación fui a desayunarme al café del *Gran-Commun.* Allí había mucha gente. Se hablaba del ensayo de la víspera y de las dificultades que había habido para entrar en él. Un oficial que estaba allí dijo que él había entrado sin dificultad, refirió extensamente lo que había pasado, hizo una descripción del autor y relató lo que éste había hecho y dicho; pero lo que más me sorprendió de todo este largo relato, hecho con tanto aplomo como espontaneidad, fue que no había en todo él una sola palabra de verdad. No me era posible dudar de quien tan sabiamente hablaba de este ensayo no lo había presenciado, puesto que tenía sin reconocerle ante su vista al autor que decía haber visto tanto. Lo más singular de esta escena fue el efecto que en mi ánimo produjo. Aquel hombre era ya de cierta edad, no tenía aire de presumido ni de fatuo; su rostro anunciaba un hombre de mérito y su cruz de San Luis descubría que era un antiguo oficial. No obstante su insolencia y a pesar mío, aquel hombre me interesaba; a medida que iba vomitando sus mentiras, yo me sonrojaba, bajaba los ojos, me sentía sobre ascuas, y a veces buscaba allá en mi interior si habría algún medio de creer que estaba en un error y obraba de buena fe. En fin, temiendo que alguno me reconociese y afrentase al narrador, me apresuré a tomar mi chocolate sin decir una palabra; y bajando la cabeza al pasar por delante de él, salí lo más pronto que me fue posible, mientras los circunstantes comentaban su relato. Al verme en la calle, noté que sudaba a chorros; y estoy seguro que si alguien me reconoce y llama antes de salir, me habría avergonzado y corrido como un culpable, sólo por el sentimiento del pesar que hubiera tenido que sufrir aquel pobre hombre, de descubrirse su mentira.

Heme aquí llegado a uno de esos momentos críticos de mi vida, donde es difícil concretarme sencillamente a narrar, porque es casi imposible que la narración misma no lleve impreso un carácter de censura o de apología. Con todo, procuraré referir cómo obré y en virtud de qué motivos, sin añadir alabanzas ni vituperios.

Aquel día iba yo con el mismo traje descuidado de ordinario, la barba larga y la peluca mal peinada. Tomando esta falta de decencia por un acto de valor, entré con esta compostura en la misma sala en la que poco después debían presentarse el rey, la reina, la familia real y toda la corte. Fui a situarme en el palco adonde me condujo el

señor de Cury, o sea al suyo: era un gran palco proscenio, frente de otro pequeño más elevado, donde se situó el rey con la señora de Pompadour. Rodeado de damas y siendo el único hombre que ocupaba un lugar en la parte preferente del palco, no me cabía duda de que se me había colocado allí para ser visto. Cuando se hubo iluminado el teatro, viéndome yo con tal atavío y en medio de gentes todas excesivamente adornadas, comencé a sentirme mal; preguntéme a mí mismo si estaba en mi lugar, si me hallaba allí de un modo conveniente; y después de algunos minutos de inquietud me respondí que sí, con una intrepidez más bien hija de la imposibilidad de volver atrás que de la fuerza de mis razones. Dije para mis adentros: «Estoy en mi lugar, puesto que veo representar mi obra, puesto que he sido invitado para ello, y con este fin la he compuesto; además, después de todo, nadie tiene más derecho que yo a gozar del fruto de mi trabajo y de mis estudios. Estoy vestido según es mi costumbre, ni mejor ni peor; si empiezo a dejarme esclavizar de nuevo por la opinión en algo, pronto me hallaré sojuzgado otra vez en todo. Para ser siempre el mismo, no debo avergonzarme de presentarme dondequiera que sea en conformidad con la clase a que pertenezco; mi exterior es sencillo y sin aliño, pero no sucio e indecoroso; ni lo es tampoco la barba, puesto que nos la da la Naturaleza y ella, según los tiempos y las modas, es a veces un objeto de adorno. Se dirá que estoy ridículo e impertinente; ¿qué me importa? Es preciso que sepa sufrir el ridículo y el vituperio, con tal que no sean merecidos.» Después de este corto soliloquio me fortalecí de tal modo en mi resolución, que hasta hubiera sido intrépido en caso necesario. Pero ya fuese por efecto de la presencia del señor, ya fuese por natural disposición de los corazones, sólo observé deferencia y consideración en la curiosidad de que era objeto, y esto me conmovió de suerte que volví a sentirme incómodo y temí por la suerte del melodrama, juzgando que iba a quedar defraudada tan favorable opinión, que parecía no desear sino aplaudirme. Hallábame preparado contra la burla; pero aquel aspecto cariñoso, que no había esperado, me subyugó de tal modo, que al empezar la representación temblaba como un niño.

A poco, empero, tuve ocasión de serenarme. Los actores desempeñaron muy mal sus papeles; mas en cuanto a la música y al canto, fue muy bien. Desde la primera escena, que realmente es de una candidez encantadora, vi levantarse en los palcos un murmullo de sorpresa y de aplauso, hasta entonces inaudito en este género de composiciones. La fermentación fue creciendo hasta el punto de extenderse en breve a toda la concurrencia, y, para hablar a lo Montesquieu, de aumentar su efecto por su efecto mismo. En la escena de los dos mocitos este efecto llegó a su colmo. En presencia del rey no se aplaude; esto hizo que se oyera todo, con lo que ganaron obra y autor. Oía yo alrededor de mí el cuchicheo de las mujeres que me

parecían hermosas como ángeles, y que se decían a media voz: «Esto es bello, encantador; aquí no hay un solo sonido que no hable al corazón.» El placer de conmover a tantas personas amables me conmovió a mí mismo, hasta asomárseme las lágrimas a los ojos, y no pude contenerlas en el primer dúo, al ver que no era yo solo el que lloraba. Tuve un momento en que volví sobre mí mismo, recordando el concierto del señor de Treitorens. Esta reminiscencia me produjo el efecto del esclavo que sostenía la corona sobre la cabeza de los vencedores; pero fue corto, y luego me entregué plenamente al placer de saborear mi gloria. Sin embargo, no me cabe duda de que en este momento la voluptuosidad del sexo entraba por mucho en lo que sentía, más que la vanidad de autor; y seguramente, si no hubiese habido allí más que hombres, no me hubiera sentido devorado, como sin cesar lo estaba, por el deseo de recoger con mis labios las deliciosas lágrimas que hacía derramar. He visto otras obras excitar arranques de admiración más vivos, pero nunca he visto reinar y dominar una embriaguez tan completa, tan dulce, tan conmovedora durante todo el espectáculo, y sobre todo en la corte, un día de primera representación. Los que la vieron deben acordarse, porque el efecto que produjo no tiene igual.

Aquella misma noche el señor duque de Aumont hízome saber que me hallase en palacio al día siguiente, a eso de las once, para presentarme al rey. El señor de Cury, que me dio la noticia, añadió que se creía era darme una pensión, y que el rey quería participármelo por sí mismo.

¿Se creerá que la noche siguiente a tan brillante jornada fue angustiosa y llena de perplejidad para mí? Mi primera idea después de la representación fue recordar la frecuente necesidad que sentía de salir, que me había hecho sufrir mucho la noche misma de la representación, y podía atormentarme al día siguiente cuando me hallase en las habitaciones reales, en medio de todos los grandes, esperando el paso de Su Majestad. Esta enfermedad era la principal causa que me tenía apartado de los círculos y que impedía ir a encerrarme en casa donde hubiese damas. La sola idea del estado a que podía reducirme esta necesidad era capaz de excitarla hasta el punto de ponerme malo, a menos de un escándalo, al cual hubiera preferido la muerte. Sólo las personas que conocen esta situación pueden comprender el temor que debe causar arriesgarse a ello.

Luego imaginé hallarme delante del rey, presentado a Su Majestad, que se dignaba detenerse para dirigirme la palabra. Allí se necesitaba precisión y presencia de ánimo para responder. Mi maldita timidez, que me llena de turbación ante cualquier desconocido, ¿no se habría apoderado de mí en presencia del rey de Francia, o me habría permitido escoger lo mejor en el preciso momento de hablar? Sin abandonar el semblante y tono severo que había adoptado, quería mostrarme agradecido al honor que me dispensaba tan

gran monarca. Era forzoso envolver alguna verdad grande y útil en una alabanza delicada y merecida. Para preparar de antemano una feliz respuesta hubiera sido necesario prever exactamente lo que había de decirme; y aun con eso, estaba seguro de que en su presencia no recordaría una sola palabra de lo que hubiera meditado. ¿Qué papel haría yo en aquel momento ante los ojos de toda la corte, si en mi turbación se me escapase una de mis ordinarias tonterías? Este peligro me alarmó, me aterró, me hizo estremecer hasta el punto de resolverme decididamente a no arriesgarme a ello.

Cierto es que perdía la pensión que en cierto modo se me había ofrecido; pero también así me libraba del yugo que me hubiera impuesto. Adiós, verdad, libertad y valor. En adelante, ¿cómo atreverme a hablar de independencia y desinterés? Desde el momento en que recibiese aquella pensión ya no podría hacer otra cosa que alabar o callarme; además, ¿quién me aseguraba que sería satisfecha? ¡Cuántos pasos tendría que dar para ello! ¡A cuántas personas importunar! Me costaría más trabajos conservarla que pasar sin ella. Por consiguiente, al renunciarla creí tomar una resolución muy conforme con mis principios, y sacrificar la apariencia a la realidad. Revelé mi determinación a Grimm, que no objetó nada. A los otros alegué mi salud y partí aquella misma mañana.

Mi marcha fue un hecho ruidoso y generalmente vituperada. Mis motivos no podían ser comprendidos por todo el mundo; acusarme de estúpido orgullo era mucho más breve y satisfacía mejor los celos de los que conocían en su interior que no hubieran obrado de igual modo. Al día siguiente, Jelyotte me escribió un billete detallándome los efectos de la representación y de lo prendado que de la obra había quedado el mismo rey. Durante todo el día –me decía– Su Majestad no deja de cantar con la peor voz del reino: *«J'ai perdú mon serviteur, J'ai perdú tout mon bonheur»* [1]. Añadía a esto que durante la quincena debía darse una segunda representación del *Adivino*, lo cual atestiguaría a los ojos del público el completo buen éxito de la primera.

Dos días después, en el momento de entrar a eso de las nueve de la noche en casa de la señora de Epinay, adonde iba a cenar, me hallé interceptado el paso por un coche que estaba en la puerta. Alguien que se hallaba dentro me indicó que subiera; subo, y me encuentro con Diderot. Me habló de la pensión con un calor que no habría esperado nunca de un filósofo, tratándose de semejante asunto. No me recriminó por no haber querido presentarme al rey, pero se desencadenó contra mi indiferencia por la pensión. Díjome que si yo era desinteresado para mí, no me era permitido serlo por cuenta de la señora Le Vasseur y de su hija; que no debía omitir

[1] He perdido a mi servidor, he perdido toda mi ventura. *N. del T.*

ningún medio posible y honrado de darles pan; y como después de todo no se podía decir que hubiese rehusado esta pensión, sostuvo que, puesto que se había manifestado voluntad de concedérmela, debía solicitarla y obtenerla a cualquier precio que fuere. Aunque agradeciese su cariñoso celo, no pude admitir sus máximas, y con este motivo tuvimos una disputa acalorada, la primera que he tenido con él; y no las hemos tenido nunca sino de este género, prescribiéndome él lo que yo debía hacer y negándome yo a ello, porque creía cumplir con mi deber.

Ya era tarde cuando nos separamos. Intenté llevarla a cenar a casa de la señora de Epinay, pero no quiso de ningún modo; y a pesar de los esfuerzos que en diferentes ocasiones he hecho para que se vieran, deseoso yo de relacionar a todas las personas que me son queridas, hasta el punto de presentarme con ella a la puerta de su casa, cuya puerta nos tuvo cerrada, siempre se negó a ello, y no hablaba de dicha señora sino con desprecio. Pero después de mi desavenencia con ella, se relacionaron, y entonces él habló de ella de manera muy distinta.

Diderot y Grimm se empeñaron, a partir de entonces, en enajenarme la voluntad de mis *amas*, dándoles a entender que si no se veían mejor era por mala voluntad mía y que a mi lado nunca adelantarían nada. Trataban de inducirlas a abandonarme, prometiéndoles un estanquillo de sal o de tabaco y no sé qué más, por influencia de la señora de Epinay. Hasta quisieron mezclar en la conjura a Duclos y a Holbach, pero el primero se negó siempre. Entonces tuve algún indicio de estos manejos, pero no lo supe claramente hasta mucho tiempo después y tuve que deplorar con frecuencia el ciego e indiscreto celo de mis amigos, que, procurando reducirme a la más triste soledad, aquejándome, como me aquejaba, una dolencia crónica, a su entender hacían lo posible para hacerme dichoso, valiéndose de los medios más propios para entregarme a la miseria.

1753.–En el siguiente Carnaval, en 1753, se representó *El adivino* en París. Durante este intervalo tuve tiempo para componer la introducción y el intermedio. Éste, tal como está impreso, debía ejecutarse seguidamente y con una acción unida que a mi entender ofrecía cuadros muy agradables. Mas cuando propuse esta idea a la Ópera, no me escucharon siquiera, y fue preciso hilvanar cantos y danzas siguiendo la costumbre; de aquí que este divertimiento, aunque lleno de ideas bellas, que no deslucen la obra, obtuviese una acogida muy mediana. El recitado de Jelyotte lo quité, restableciendo el mío, tal como lo había compuesto al principio y se ha impreso; y este recitado, algo afrancesado en verdad, es decir, arrastrado por los actores, lejos de extrañar, agradó tanto como las arias, y aun al mismo público le pareció, por lo menos, tan bueno como aquéllos. Dediqué mi trabajo al señor Doclos, que lo había prote-

gido, declarando que sería mi única dedicatoria; sin embargo, he hecho otra con su consentimiento, pero aun debe haberse tenido por más honrado con esta excepción, que si no hubiese hecho ninguna.

Sobre esta obra podría referir muchas anécdotas, pero he de decir otras cosas más importantes que no me dejan espacio para extenderme en este punto. Tal vez algún día volveré a hablar de esto en el suplemento. Sin embargo, no puedo resolverme a omitir una, que tal vez tenga relación con todo lo que sigue. Un día, examinando las piezas de música que el barón de Holbach tenía en su gabinete, después de haber ojeado música de todos los géneros, me mostró una colección de piezas de clavicordio, diciéndome: «He aquí unas piezas que he compuesto yo; son de buen gusto, muy cantables; nadie las conoce, ni las verá nadie más que yo. Debería escoger alguna para ponerla en el intermedio de su ópera.» Yo, como tenía la cabeza llena de sinfonías y arias, más de las que podía emplear, me fijé muy poco en las suyas. Sin embargo, tanto se empeñó, que por complacencia escogí una pastorela que abrevié, y puse en trío para la entrada de las compañeras de Colette. Algunos meses después, y cuando se representaba *El adivino*, al entrar un día en casa de Grimm hallé a todo el mundo sentado alrededor de su clavicordio, de donde se levantó él bruscamente a mi llegada. Mirando maquinalmente a su pupitre, vi en él aquella colección del barón de Holbach, abierta precisamente por la página de aquella pastorela que me había obligado a tomar, asegurándome que no saldría de sus manos. Algún tiempo después vi esta misma colección abierta en el clavicordio de la señora de Epinay, un día que se hacía música en su casa. Ni Grimm ni nadie me ha hablado jamás de ella, y yo no hablo aquí sino porque algún tiempo después corrió el rumor de que *El adivino de la aldea* no era mío. Como yo jamás fui un gran cantor, estoy persuadido de que, a no ser por mi *Diccionario de música*, se habría dicho al fin que ni la conocía [1].

Poco tiempo antes de que se representase *El adivino de la aldea* habían llegado a París unos bufos italianos a quienes hicieron trabajar en el teatro de la Ópera sin saber el efecto que iban a causar. Aunque eran detestables, y aunque la orquesta, entonces muy ignorante, estropeaba a discreción las obras que ponían en escena, no dejaron éstos de causar a la ópera francesa un daño que jamás se ha reparado. La comparación de estos dos géneros de música oídos el mismo día y en el mismo teatro abrió los oídos franceses; no hubo nadie que pudiese sufrir la pesadez de su música al lado del acento vivo y marcado de la italiana; tan pronto como habían concluido los bufos, todo el mundo se marchaba, y se vieron obligados a cambiar el orden de la función poniendo los bufos al final. Se representaron

---

[1] Y no preveía aún que al fin y al cabo se diría a pesar del *Diccionario*.

Eglé, Pigmalion, la *Sílfide;* nada se sostenía. Sólo *El adivino* pudo sostener la competencia y agradó más aún después de *La serva padrona.* Cuando compuse el intermedio estaba preocupado con todas aquellas obras; ellas fueron las que me sugirieron su idea, y estaba yo bien lejos de prever que lo examinarían comparándolo con todas ellas. Si yo hubiera sido un plagiario, ¡cuántas usurpaciones se habrían puesto de manifiesto! Y entonces, ¡qué prisa se habrían dado para divulgarlas! Pero por más que hayan hecho no se ha podido encontrar en mi música la menor reminiscencia de obra alguna, y todos mis cantos, comparados con los pretendidos originales, se han hallado tan nuevos como el carácter de la música que yo había creado. Si hubiesen sometido a Mondonville o a Rameau a semejante prueba, habrían éstos quedado en camisa.

Los bufos crearon a la música italiana ardientes partidarios. París se dividió en dos bandos más enardecidos que si se tratara de una cuestión de política o de religión. Uno, el más poderoso y numeroso, compuesto de los grandes, de los ricos y de las mujeres, sostenía la música francesa; el otro, más activo, más audaz, más entusiasta, estaba compuesto de los verdaderos inteligentes, de las personas instruidas, de los hombres de genio. Este pequeño grupo se reunía en la Ópera debajo del palco de la reina. El otro partido llenaba todo el resto del patio y de la sala; pero su foco principal estaba debajo del palco del rey. He aquí el origen de los hombres de estos partidos, célebres en aquel tiempo, de *Rincón del rey* y *Rincón de la reina.* Habiendo tomado grandes proporciones, la disputa dio origen a libelos. El *Rincón del rey* quiso mofarse, y fue chasqueado por el *Pequeño profeta;* quiso meterse a razonar, y fue aplastado por la *Carta sobre la música francesa.* Estos dos folletos, de Grimm el uno y mío el otro, son los únicos que sobreviven a esta disputa, por haber desaparecido los demás.

Mas el *Pequeño profeta,* que durante mucho tiempo se obstinaron en atribuirme, a pesar mío, fue tomado a broma y no causó el menor disgusto a su autor, mientras que la *Carta sobre la música* fue tomada por lo serio y se levantó contra mí la nación entera, que se creyó ofendida en su música. La descripción del increíble efecto que produjo este folleto sería digna de la pluma de Tácito. Era la época de la gran disputa entre el Parlamento y el Clero. El Parlamento acababa de ser desterrado; la fermentación llegaba a su colmo y todo amenazaba una próxima sublevación. Apareció el folleto y todas las demás cuestiones quedaron olvidadas; nadie pensó sino en el peligro que corría la música francesa, y ya no hubo sublevación sino contra mí. Fue tal, que la nación jamás se ha apaciguado completamente. En la corte se vacilaba entre la Bastilla y el destierro; la orden del rey iba ya a ser expedida, pero el señor de Voyer hizo comprender la ridiculez de este paso. Cuando se lea que quizá este folleto evitó una revolución en el Estado, se creerá un sueño, y sin embargo es una

verdad, que todo París puede atestiguar aún, pues no han pasado todavía quince años desde que ocurrió esta singular anécdota.

Si no se atentó a mi libertad, a lo menos no escasearon los insultos, y hasta peligró mi vida. La orquesta de la Ópera se conjuró para asesinarme a la salida del teatro. Yo lo supe y asistí a la Ópera con más frecuencia, y hasta mucho tiempo después no me enteré de que el señor Ancelet, oficial de mosqueteros, que era amigo mío, había cortado el efecto de la conjura, haciéndome escoltar, sin que yo lo supiera, a la salida del coliseo. La ciudad acababa de tomar la dirección de la Ópera. El primer acto del preboste de los mercaderes fue quitarme la entrada, y esto del modo más indigno que le fue posible; es decir, rechazándome públicamente en el momento de entrar; de suerte que me vi obligado a tomar un billete de anfiteatro, para no sufrir la afrenta de tener que volverme. La injusticia era tanto más grande, cuanto que el único precio que había puesto por mi obra, al cedérsela, era una entrada perpetua, pues aunque esto era ya un derecho de todos los autores y yo lo tenía por dos motivos, no dejé de estipularlo expresamente en presencia del señor Duclos. Es cierto que me enviaron por mis honorarios y por conducto del cajero de la Ópera cincuenta luises que yo no había pedido; pero además de que esto no llegaba a la cantidad que me correspondía según las reglas, este pago no tenía nada de común con el derecho de entrada, estipulado formalmente y del que era enteramente independiente. Había, pues, en este procedimiento tal complicación de iniquidad y de brutalidad, que el público, a la sazón dominado por la mayor animosidad contra mí, no dejó de indignarse unánimemente; y sujeto hubo que, habiéndome insultado la víspera, al día siguiente gritaba a voz en cuello, en la sala, que era escandaloso quitar así la entrada a un autor que tan merecida la tenía y podía reclamarla doblemente. Tan cierto es el proverbio italiano que *Ognun ama la giustizia in cosa d'altrui.*

En este caso no me quedaba más que un camino y era reclamar mi obra, puesto que se me quitaba el precio convenido. Al efecto, escribí al señor de Argersón, que tenía a su cargo el departamento de la Ópera, y añadí a la carta una nota que no tenía réplica y que quedó sin respuesta y sin efecto, lo mismo que la carta. El silencio de este hombre injusto me afectó sobremanera, y ciertamente contribuyó a aumentar el poco aprecio con que miré siempre su carácter y su capacidad. Así es cómo quedó en la Ópera mi trabajo, sin que se me pagase el precio por que lo había cedido. Tratándose del débil contra el fuerte, esto hubiera sido un robo; más siendo el fuerte contra el débil, no fue más que apoderarse de lo ajeno.

En cuanto al producto pecuniario de esta obra, aunque no me ha producido la cuarta parte de lo que habría producido a cualquier otro, no dejó de ser lo bastante para poder vivir de ello algunos años y ayudar a lo que ganaba copiando, lo que siempre era muy poca

cosa. Recibí cien luises del rey, cincuenta de la señora de Pompadour por la representación de Belle-Vue, donde hizo ella misma el papel de Colin; cincuenta de la Ópera y quinientos francos de Pissot, por editarla; de suerte que este entretenimiento, que no me costó más que cinco o seis semanas de trabajo, me produjo casi tanto, a pesar de mi desgracia y mi tontería, como después el *Emilio,* que me había costado veinte años de meditación y tres de labor. Mas la holgura pecuniaria que me proporcionó esta obra musical me salió muy cara por los infinitos disgustos que me produjo, porque fue el origen de la secreta envidia que no estalló hasta mucho después. Tras el buen éxito que obtuve, ya no vi en Grimm, ni en Diderot, ni en casi ninguno de los literatos conocidos míos aquella cordialidad, aquella franqueza, aquel placer de verme, que hasta entonces me parecía encontrar en ellos. Así que entraba en casa del señor barón, la conversación dejaba de ser general, formábanse pequeños grupos, hablándose en voz baja, y yo me quedaba solo sin saber con quien hablar. Durante mucho tiempo sufrí este extraño abandono; y viendo que la señora de Holbach, que era amable y dulce, me recibía siempre bien, soporté las groserías de su marido mientras fueran soportables; mas un día empezó a atacarme sin motivo, sin pretexto y con tal brutalidad, en presencia de Diderot, que no desplegó los labios, y de Margency, quien frecuentemente me ha dicho después que habían admirado la dulzura y moderación de mis respuestas, que al fin, echado de su casa por efecto de este indigno proceder, salí resuelto a no poner más los pies en ella. Esto no impidió que yo hablase siempre honrosamente de él y de su casa, mientras que él jamás hablaba de mí sino en términos ultrajantes, despectivos, y sin darme otro nombre que el de *ese pedantillo;* y sin embargo, no podía citar el menor daño de ninguna especie que hubiesen recibido de mí ni él ni persona alguna por quien se hubiese interesado. He aquí cómo acabaron por realizarse mis predicciones y mis temores. Yo creo que mis citados amigos me hubieran perdonado que escribiese libros, aunque fuesen buenos, porque esta gloria no les estaba vedada; mas no pudieron perdonarme que hubiese compuesto una ópera, ni su brillante éxito, porque ninguno de ellos era capaz de seguir el mismo camino ni de aspirar al mismo honor. Sólo Duclos, que se hallaba por encima de esta envidia, pareció hasta aumentar la amistad que me profesaba, y me introdujo en casa de la señorita Quinault, donde fui objeto de tantas atenciones, deferencias y obsequios como habían dejado de prodigarme en casa del señor de Holbach.

Mientras en la Ópera se representaba *El adivino de la aldea,* tambien se trataba de su autor en la Comedia francesa, aunque con menor éxito. No habiendo podido conseguir durante seis o siete años que los italianos pusiesen en escena mi *Narciso,* me había disgustado de este teatro, por lo mal que sus actores representaban en francés, y

de buena gana hubiera dado mi comedia a los franceses con preferencia a ellos. Manifesté este deseo al comediante La Nove, con quien había trabado amistad, y que, como es sabido, era hombre de mérito y de autor. Le agradó *Narciso* y se encargó de hacerlo representar anónimo, e ínterin me procuró la entrada, que me fue muy grata, pues siempre he preferido el teatro francés a los otros dos. El drama fue recibido con aplauso, y se representó sin dar a conocer el nombre de su autor [1]; mas tengo motivos para creer que los comediantes y muchas otras personas no lo ignoraban. Las señoritas Gaussin y Grand-Val desempeñaban el papel de enamoradas, y aunque no se comprendió bien el conjunto, a mi entender, no podía decirse que fuese un drama mal representado del todo; no obstante, me sorprendió y conmovió la indulgencia del público, que tuvo la longanimidad de oírlo tranquilamente hasta el fin, y hasta sufrir una segunda representación sin dar la menor señal de impaciencia. En cuanto a mí, en la primera me fastidió de tal modo que, no pudiendo aguantar más, salí del teatro antes de concluirse la función y entré en el café de *Procope,* donde hallé a Boissy y a algunos otros, que probablemente se habían fastidiado como yo mismo. Allí dije en alta voz mi *Peçavi,* confesándome humilde o altivamente autor de la comedia, y hablando de ella del modo que pensaba todo el mundo. Esta confesión pública del autor de una mala comedia que cae fue muy admirada, y a mí me pareció muy poco penosa. Hasta encontré un desquite del amor propio en el valor con que la hice, y creo que en esta ocasión hubo más orgullo en hablar que hubiera habido en la estúpida vergüenza de callar. Sin embargo, como era evidente que la comedia, aunque fría en la representación, era de amena lectura, la hice imprimir, y en el prefacio, que es uno de mis mejores escritos, empecé a descubrir mis principios algo más de los que había hecho hasta entonces.

Pronto tuve ocasión de desenvolverlos completamente en una obra de mayor importancia, pues me parece que fue en este año de 1753 cuando apareció en el programa de la Academia de Dijón el tema «Acerca del origen de la desigualdad entre los hombres». Sorprendido por este gran tema, me extrañó que esta Academia se hubiese atrevido a proponerlo; mas puesto que ella tenía aquel valor, bien podía yo tener el de tratarlo, y así lo hice.

Para meditar despacio tan grande susto hice un viaje de seis o siete días a Saint-Germain con Teresa, con nuestra pupilera, que era una buena mujer, y con una amiga suya. Cuento este paseo entre los más gratos de mi vida. Hacía un tiempo magnífico; estas buenas mujeres cuidaron del gasto y de todo; Teresa se entretenía con ellas, y yo, sin cuidarme de nada, iba a divertirme a las horas de comer. Todo el resto del día internado en el bosque, inquiría y buscaba la

---

[1] El 18 de diciembre de 1752.—*N. del T.*

imagen de los tiempos primitivos, cuya historia tracé con valentía; atacaba sin piedad todas las intrigas de los hombres; allí osaba poner al desnudo su naturaleza; seguí el curso del tiempo y de las cosas que lo han desfigurado, y comparando al hombre obra del hombre con el hombre de la Naturaleza, me atreví a mostrarle en su pretendido perfeccionamiento el verdadero manantial de sus miserias. Mi alma, exaltada por estas contemplaciones sublimes, se elevaba a la Divinidad; y viendo desde allí a mis semejantes seguir por la ciega senda de sus preocupaciones, de sus errores, de sus desgracias, de sus crímenes, les gritaba con una voz tan débil que no podían oírla: «¡Insensatos que sin cesar os quejáis de la Naturaleza, aprended a conocer que vuestros males dependen de vosotros mismos!»

De estas meditaciones resultó el *Discurso sobre la desigualdad,* obra que agradó a Diderot más que todos mis demás escritos, y para la cual me sirvieron de mucho sus consejos [1], pero que halló muy pocos lectores que lo entendiesen en toda Europa, y ninguno que quisiera hablar de ella. Había sido escrito para optar al premio; así, pues, lo remití, aunque estaba seguro de antemano de que no lo obtendría, y sabía muy bien que los premios de las Academias no fueron fundados para obras de este género.

Este paseo y ocupación fueron saludables a mi cuerpo y a mi espíritu. Hacía muchos años ya que, atormentado por mi retención de orina, me había entregado por completo a los médicos, que, sin aliviarme, agotaron mis fuerzas y destruyeron mi temperamento. Al volver de Saint-Germain me hallé más vigoroso y me sentí mucho mejor. Seguí esta indicación y resolví curar o morir sin médicos ni remedios; me despedí de ellos para siempre y me puse a vivir al día, estándome quieto cuando no podía andar y andando en cuanto tenía fuerzas para ello. La vida de París en medio de las gentes presuntuosas era tan poco de mi gusto; las cábalas de los literatos; sus odiosas disputas; la falta de buena fe en sus libros; el tono decisivo que emplean en la sociedad me eran tan antipáticos, hallaba allí tan poca franqueza hasta en el seno de la amistad, que, disgustado de esta vida tumultuosa, empezaba a desear ardientemente la del campo; y pareciéndome que mi ocupación no me permitía vivir en

---

[1] En la época en que esto escribi no tenía aún la menor sospecha de la gran conjura que urdieron Diderot y Grimm; de otro modo, fácilmente hubiera conocido cuánto abusaba el primero de mi confianza para comunicar a mis escritos ese tono duro y sombrío que dejaron de tener desde el momento en que cesó de dirigirme. Los puntos en que el filósofo argumenta cerrando los oídos a los lamentos de la desgracia, a él son debidos; y aun me había aconsejado otros más duros, que no pude resolverme a emplear. Mas yo atribuyendo este humor sombrío a la influencia de su prisión de lo cual se halla en su *Clairval* una dosis bastante considerable, jamás pensé que, al aconsejarme, obedeciese a la menor ruindad.

él, iba a pasar algunas horas, al menos, cuando podía. Durante muchos meses, después de comer iba a pasearme sólo por el Bosque de Bolonia, meditando asuntos para obras, y no volvía hasta la noche.

1754-1756.–Gauffecourt, que por entonces era íntimo amigo mío, como tuviera que ir a Ginebra, me propuso este viaje. Yo lo admití. No me hallaba bastante bien para no necesitar los cuidados de Teresa; resolvióse que vendría con nosotros y que su madre guardaría la casa; y habiendo hecho todos los preparativos, partimos juntos los tres el 1 de junio de 1754.

Debo consignar este viaje como época memorable. Hasta la edad de cuarenta y dos años, que a la sazón tenía, fue ésta la primera ocasión en que tuve que arrepentirme del carácter por demás confiado con que había nacido y del que me había dejado llevar hasta entonces, sin obstáculo ni reserva. Íbamos en un coche particular, que nos conducía con los mismos caballos a pequeñas jornadas. Yo bajaba a menudo y andaba a pie. Apenas estábamos a la mitad del camino, cuando Teresa manifestó repugnarle altamente quedarse sola en el coche con Gauffecourt, y cuando, a pesar de sus ruegos, quería yo bajar, ella hacía lo mismo y seguía andando. Yo la reñía por este capricho, y hasta me opuse al fin a que siguiera haciéndolo, de modo que acabó por verse obligada a declararme el motivo. Yo creí delirar; me pareció cosa del otro mundo, cuando supe que mi amigo, el señor de Gauffecourt, que tenía más de sesenta años, gotoso, impotente, gastado por los placeres, desde nuestra salida se afanaba en corromper a una mujer que ya no era joven ni hermosa y pertenecía a su amigo, y esto por los medios más bajos y vergonzosos, hasta el extremo de ofrecerle su bolsillo, de procurar tentarla con la lectura de un libro abominable y con las figuras infames de que estaba lleno. Teresa, indignada, le tiró el libro por la portezuela; y supe que habiendo tenido que acostarme el primer día sin cenar a causa de una violenta jaqueca, él había empleado todo el tiempo que estuvieron solos en tentativas y manejos más dignos de un sátiro y de un mico que de un hombre honrado, a quien había fiado mi compañera y me confiaba yo mismo. ¡Qué sorpresa! ¡Qué opresión de corazón para mí enteramente nueva!, Yo que hasta entonces había creído que la amistad era inseparable de todos los sentimientos buenos y nobles, que constituyen todo su encanto, me veía por vez primera en la vida obligado a hermanarla con el desdén, a retirar la confianza y la estimación a un hombre a quien apreciaba y de quien me creía apreciado. El desdichado me ocultaba su torpeza, y yo me vi obligado a ocultarle mi desprecio, a fin de no exponer a Teresa y guardar en el fondo de mi corazón sentimientos que debía ignorar. ¡Oh dulce y santa ilusión de la amistad! ¡Gauffecourt fue el primero que ante mis ojos levantó su velo! ¡Cuántas manos crueles han acudido posteriormente para no dejarlo caer!

En Lyón dejé a Gauffecourt, para tomar el camino de Saboya, no pudiendo resolverme a pesar de nuevo tan cerca de *mamá* sin volver a verla. La vi; mas ¡en qué estado, Dios mío! ¡Cuánta miseria! De su primitiva virtud, ¿qué le quedaba? ¿Era la misma señora de Warens, tan brillante en otro tiempo, a quien el cura Pontverre me había dirigido? ¡Cuán lastimado quedó mi corazón! No vi otro recurso para ella que cambiar de país. Le reiteré vivamente, aunque en vano, mis instancias, tantas veces repetidas en mis cartas, de que viniese a vivir tranquilamente conmigo, pues quería consagrar mi vida y la de Teresa a hacer dichosa la suya. Pero ella, asida a su pensión, de la que, sin embargo, a pesar de serle pagada con exactitud, no cobraba un céntimo hacía mucho tiempo, no quiso escucharme. Todavía le di alguna cantidad, aunque no tanto como hubiera debido y como le hubiera dado si no hubiese estado completamente seguro de que no había de servirle para nada. Durante mi permanencia en Ginebra hizo ella un viaje a Chablais, y vino a verme a Grange-Canal, donde se encontró con que le faltaba dinero para continuar el viaje; yo no llevaba conmigo el necesario para el caso y se lo remití una hora después por medio de Teresa. ¡Pobre *mamá!* Séame permitido citar aquí un nuevo rasgo de su corazón. La última alhaja que le quedaba era una pequeña sortija, y se la quitó del dedo para ponérsela a Teresa, que se la volvió a poner al punto, besando y regando con lágrimas aquella noble mano. ¡Ah!, entonces era el momento oportuno de pagarle cuanto por mí había hecho. Yo hubiera debido dejarlo todo para seguirla, entregarme a ella hasta su última hora y compartir su suerte cualquiera que fuese. Nada de esto hice. Distraído por otro afecto, sentí entibiarse el que por ella sentía, por no tener la esperanza de poderle ser útil. Me condolí de su suerte, mas no la seguí. De cuantos remordimientos he experimentado en mi vida, éste es el más vivo y más permanente. Por esto merecí el terrible castigo que desde entonces no ha cesado de agobiarme. Ojalá que esto haya bastado para expiar mi ingratitud, porque la hubo en mi conducta; mas también ha destrozado demasiado mi corazón, para que pueda decirse que es el de un ingrato.

Antes de salir de París había bosquejado la dedicatoria de mi *Discurso sobre la desigualdad.* Concluíla en Chamberí, fechándola en este punto, juzgando que sería mejor para evitar chismes, que no fecharla en Francia ni en Ginebra. Cuando llegué a esta ciudad, me abandoné al entusiasmo republicano que a ella me había conducido, entusiasmo que creció de punto por efecto de la acogida que me dispensaron. Festejado, obsequiado en todos los estados, me entregué por completo al celo patriótico, y avergonzado de verme excluido de mis derechos de ciudadano por haber abrazado otro culto que el de mis padres, me decidí a tomar este último nuevamente. Pensé que siendo el Evangelio el mismo para todos los cristianos, y no difi-

riendo el dogma en el fondo, sino en cuanto se quería explicar lo incomprensible, sólo tocaba al soberano en cada país fijar el culto y ese dogma ininteligible, y que, por consiguiente, al ciudadano le tocaba admitir el dogma y seguir el culto prescrito por la ley. Mi frecuente trato con los enciclopedistas, lejos de debilitar mi fe, había contribuido a robustecerla por efecto de mi natural aversión por los debates y los partidos. El estudio del hombre y de la Naturaleza me había enseñado a ver en todas partes las causas finales y la inteligencia que las dirige. La lectura de la Biblia, y sobre todo del Evangelio, al que me dedicaba hacía algunos años, me había enseñado a despreciar el modo bajo y estúpido de interpretar a Jesucristo que tenían las personas menos dignas de comprenderle. En una palabra, la filosofía, descubriéndome lo esencial de la religión, me había librado de esa hojarasca de fórmulas con que los hombres la han ofuscado. Juzgando que para un hombre razonable no había dos modos distintos de ser cristiano, creí también que todo lo que es forma y disciplina dependía en cada país de la iniciativa de las leyes. De este principio tan sensato, tan social, tan pacífico y que tan crueles persecuciones me ha costado se deducía que, queriendo ser ciudadano, debía ser protestante y entrar en el culto establecido en mi país. Me resolví y hasta me sometí a las instrucciones del pastor de la parroquia en que yo vivía, situada fuera de la ciudad. No deseé más sino verme obligado a comparecer ante el Consistorio; mas en este punto el edicto eclesiástico era terminante. Bien quisieron hacer una excepción en favor mío, y se nombró una Comisión de cinco o seis miembros, que oyese privadamente mi profesión de fe; pero desgraciadamente el ministro Perdriau, hombre amable y dulce, que era amigo mío, me dijo que aquella pequeña asamblea tendría gusto en oírme. Esta perspectiva me sobrecogió de tal modo que, habiendo pasado tres semanas estudiando día y noche un pequeño discurso que tenía preparado, me turbé en el acto de pronunciarlo hasta el punto de no poder decir una palabra, e hice en esta conferencia el papel del escolar más estúpido. Los maestros de ceremonias hablaron por mí, y yo respondía tontamente sí o no; en seguida fui admitido en la comunión, y recobré mis derechos de ciudadano; fui como tal inscrito en el padrón de los ciudadanos y de la clase media, y asistí al Consejo general *extraordinario*, para recibir el juramento del síndico Mussard. Tanto me conmovieron las bondades que en esta ocasión me dispensaron el Consejo y el Consistorio, y el trato afable y fino de todos los magistrados, ministros y ciudadanos, que, instado por el buen Deluc, que me apremiaba sin cesar, y aún más por mi propia inclinación, pensé no volver a París sino para levantar la casa, poner en orden mis asuntos, colocar a la señora Le Vasseur y a su marido o proveer a su subsistencia, y volver con Teresa a establecerme en Ginebra para el resto de mi vida.

Tomada esta resolución, di tregua a los negocios formales con objeto de pasar el tiempo divirtiéndome con mis amigos hasta el día de mi partida. De todos estos recreos el que más me halagó fue un paseo por el lago que hice con Deluc padre, su nuera, sus dos hijas y mi Teresa. Dimos la vuelta completa, empleando en ella siete días, con un tiempo hermosísimo, y conservé vivo el recuerdo de los lugares que me sorprendieron en el otro extremo del lago, cuya descripción hice algunos años después en la *Nueva Eloísa*.

Las principales relaciones que adquirí en Ginebra, además de los Deluc, ya citados, fueron el joven ministro Vernes, a quien había ya conocido en París y de quien auguré más de lo que ha probado valer en lo sucesivo; el señor Perdriau, entonces pastor de una aldea, hoy profesor de Bellas Letras, cuyo dulce y ameno trato siempre echaré de menos, aunque él haya creído conveniente separarse de mí; el señor Jalabert, entonces profesor de Física y después consejero y síndico, a quien leí mi *Discurso sobre la desigualdad*, pero no su dedicatoria, y a quien pareció agradarle sobremanera; el profesor Lullin, con quien he estado en correspondencia hasta su muerte, y que hasta había dejado a mi cargo la compra de libros para la biblioteca; el profesor Vernet, que me volvió la espalda, como todo el mundo, después de haberle dado pruebas de cariño, que hubieran debido conmoverle, si hay algo capaz de conmover a un teólogo; Chappuis, dependiente y sucesor de Gauffecourt, a quien quiso suplantar y que a su vez fue bien pronto suplantado también; Marcet de Mecières, antiguo amigo de mi padre, y que había manifestado serlo mío, pero que habiendo merecido en otro tiempo bien de la patria, habiéndose metido a autor dramático y aspirando a tomar asiento en el Consejo de los Doscientos, cambió de máximas y cayó en el ridículo después de su muerte. Pero de quien más aguardaba fue de Moultou, joven de las más bellas esperanzas, por su talento, por su imaginación fogosa, y a quien siempre he querido, aunque su conducta hacia mí haya sido frecuentemente equivocada y esté relacionado con mis enemigos más encarnizados; no obstante todo esto, no puedo menos de mirarle como llamado a ser algún día el defensor de mi memoria y vengador de su amigo.

En medio de todas estas distracciones no perdí el gusto ni la costumbre de pasearme solo, y así, a menudo, daba paseos bastante largos por las orillas del lago, durante los cuales mi entendimiento, acostumbrado al trabajo, no permanecía ocioso. Maduraba el plan ya formado de mis *Instituciones políticas*, de las que en breve tendré que hablar; meditaba una *Historia del Valais*, el de una tragedia en prosa, cuyo asunto, que era nada menos que Lucrecia, me hacía esperar que aterraría a los burlones de oficio, aunque me atreviese a hacer aparecer aún a esta infortunada, cuando ya no podía presentarse en ningún teatro francés. Al mismo tiempo me ejercitaba en el

estudio de Tácito, y traduje el primer libro de su historia, que se hallará entre mis papeles.

Después de cuatro meses de permanencia en Ginebra volví a París, en el mes de octubre, sin pasar por Lyón, para evitar hallarme en el camino con Gauffecourt. Como me proponía no volver a Ginebra hasta la próxima primavera, durante el invierno adquirí de nuevo mis costumbres y ocupaciones, de las cuales fue la principal corregir las pruebas de mi *Discurso sobre la desigualdad,* que imprimía en Holanda el librero Rey, a quien conocí en Ginebra. Como dediqué esta obra a la República, y esta dedicatoria podía no agradar al Consejo, quise saber antes de volver a Ginebra el efecto que allí produciría. Éste no me fue favorable, y aquella dedicatoria, dictada por el más acendrado patriotismo, no me valió sino enemigos en el Consejo y envidias en la clase media. El señor Chouet, a la sazón primer síndico, me escribió una carta atenta, pero fría, que se hallará en mis papeles, legajo A, núm. 3. Recibí algunas felicitaciones de particulares, entre éstos de Deluc y de Jalabert, y esto fue todo; pero no vi en ningún ginebrino una verdadera gratitud por el celo que respiraba esta obra. Tamaña indiferencia escandalizó a cuantos la vieron. Me acuerdo de que un día, comiendo en Clichy, en casa de la señora Dupin, con Crommelin, ministro residente de la República, y con el señor de Mairan, éste dijo en plena mesa que el Consejo debía hacerme un presente y me debía honores públicos por esta obra y que se deshonraba si no lo hacía. Crommelin, que era un miserable hombrecillo, no se atrevió a responder en mi presencia, pero hizo una horrible mueca que hizo sonreír a la señora Dupin. La única ventaja que reporté de esta obra, además de la de haber satisfecho a mi corazón, fue el título de ciudadano que me dieron mis amigos y luego el público, a ejemplo suyo, título que he perdido más tarde por haberlo merecido demasiado.

No obstante este mal resultado, no hubiera dejado de realizar mi plan de retirarme a Ginebra si no hubiesen concurrido a disuadirme otros motivos más poderosos. La señora de Epinay, deseando construir un ala que faltaba en el castillo de la Chevrette, gastaba enormísimas sumas para concluirlo. Un día, habiendo yo ido a ver las obras con esta señora, prolongamos un cuarto de legua nuestro paseo, hasta donde se halla el estanque de las aguas del parque, contiguo al bosque de Montmorency, donde había una deliciosa huerta, con una casita muy destrozada, conocida con el nombre de *Ermitage.* Este lugar agradable y solitario me había llamado ya la atención cuando le vi por vez primera, antes de mi viaje a Ginebra. En un rato de expansión se me había escapado decir: «¡Ah, señora, qué sitio tan delicioso para vivir en él! He aquí un asilo exprofeso para mí.» La señora de Epinay no había parecido fijarse en mis palabras; mas en esta segunda excursión me sorprendió grandemente hallar, en vez de aquella casucha, una casita casi enteramente nueva, muy

bien distribuida y perfectamente a propósito para tres personas. La señora de Epinay habíala hecho construir en silencio y sin gran coste, destinando para ello una parte de los materiales y de los obreros del castillo. Al ver mi sorpresa me dijo: «He aquí su asilo, señor misántropo; usted lo ha escogido, y se lo ofrece la amistad; espero que le quitará la cruel idea de alejarse de mí.» En mi vida creo haberme conmovido tanto ni tan dulcemente; bañé con lágrimas la bienhechora mano de mi amiga, y si desde aquel mismo instante no fui vencido, al menos mi resistencia quedó muy debilitada. La señora de Epinay, que no quería sufrir un desaire, me apremió tanto, puso tantos medios en juego, se valió de tantas personas, hasta el punto de ganar a la señora Le Vasseur y a su hija, que al fin se salió con la suya. Resolví, pues, y prometí vivir en el *Ermitage*, renunciando a ir a mi patria; y mientras esperaba que la construcción se secase, ella se cuidó de preparar el ajuar, de suerte que todo estuvo dispuesto en la próxima primavera.

Una cosa contribuyó mucho a resolverme, y fue el haberse establecido Voltaire cerca de Ginebra. Conocí que este hombre causaría allí una revolución; que yo haría en mi patria el tono, el carácter y las costumbres que me hacían huir de los parisienses; que me vería obligado a batallar sin tregua y no me quedaría otro recurso que parecer por mi conducta un pedante insoportable o un cobarde y un mal ciudadano. La carta que me escribió Voltaire sobre mi última obra me permitió insinuar estos temores en mi propuesta, temores que confirmó el efecto que produjo. Desde entonces tuve a Ginebra por perdida y no me equivoqué. Quizá hubiera debido ir a desafiar de frente la tempestad, si me hubiese sentido bastante fuerte. Pero ¿qué habría hecho yo solo, tímido, sin saber hablar, contra un hombre arrogante, opulento, sustentado por el apoyo de los grandes, dotado de una brillante locuocidad y siendo ya el ídolo de las mujeres y de los jóvenes? Temía exponer inútilmente mi valor y sólo escuché mi natural pacífico y mi amor por la tranquilidad, que si me engañó entonces, hoy día en este punto me engaña aún. Retirándome a Ginebra hubiera podido evitarme grandes desdichas; pero mucho dudo que con todo mi ardiente y patriótico celo hubiese podido hacer nada útil y grande para mi país.

Tronchín, que por aquel tiempo fue a establecerse en Ginebra, volvió poco después a París, haciendo el charlatán y llevándose mucho oro. A su llegada vino a verme con el caballero Jaucourt. La señora de Epinay deseaba ardientemente consultarle en privado, pero era difícil conseguirlo; acudió a mí; conseguí que Tronchín fuese a verla, y así, bajo mis auspicios, comenzaron una amistad que estrecharon a expensas mías. Tal ha sido siempre mi destino: tan pronto como he puesto en relaciones a dos amigos que lo fuesen míos separadamente, no han dejado nunca de unirse en contra mía. Aunque en la conjura que formaron desde entonces los Tronchins

para esclavizar a su patria debían todos aborrecerme mortalmente, sin embargo, el doctor continuó manifestándome benevolencia durante mucho tiempo, de modo que después de su regreso a Ginebra me escribía proponiéndome el empleo de bibliotecario honorario. Mas yo estaba ya resuelto y esta oferta no me hizo vacilar.

Por este tiempo volví a entrar en casa del barón de Holbach con motivo de la muerte de su mujer, acaecida, así como la de la señora de Francueil, durante mi estancia en Ginebra. Al participármela Diderot me habló de la aflicción del marido; su dolor conmovió mi corazón, yo mismo lo experimenté por la pérdida de aquella amable mujer, y con este motivo escribí una carta al señor de Holbach. Este triste acontecimiento me hizo olvidar todos los motivos de queja que tenía contra él, y cuando hube vuelto de Ginebra y él de una excursión que hizo por Francia con objeto de distraerse, con Grimm y otros amigos, fui a verle y continué haciéndolo hasta mi salida para el *Ermitage*. Cuando en su círculo se supo que la señora de Epinay, a quien el barón de Holbach no visitaba aún, me preparaba una habitación, cayeron sobre mí los sarcasmos como granizo, fundados en que, necesitando el incienso y las diversiones de la ciudad, no podría permanecer allí quince días. Conociendo yo lo que valía todo esto, dejé decir y seguí mi camino. No dejó Holbach de serme útil [1] para colocar al bueno de Le Vasseur, que tenía más de ochenta años, y cuya mujer no cesaba de suplicarme le colocase, porque le estorbaba. Se le metió en una casa de caridad, donde la edad y el pesar de verse lejos de su familia le llevaron al sepulcro al poco tiempo. Su mujer y sus hijos apenas le lloraron, excepto Teresa, que le amaba tiernamente, y jamás ha podido consolarse de su pérdida y de haber permitido que, estando tan próximo su fin, fuese lejos de su lado a acabar sus días. Poco más o menos por este tiempo recibí una visita inesperada, aunque era de un amigo antiguo. Hablo de mi amigo Venture, que vino a sorprenderme una mañana, cuando nada había tan lejos de mi pensamiento, en compañía de otro. ¡Cuán cambiado me pareció! En lugar de sus antiguas gracias, no revelaba mas que la crápula, lo que me impidió ser expansivo con él. Mis ojos no eran ya los mismos o la corrupción había embrutecido su espíritu, o todo su primer brillo dependía del de la juventud, que ya no tenía. Le recibí casi con indiferencia, y nos despedimos con bastante frialdad; mas, cuando hubo partido, el recuerdo de nuestros antiguos lazos me

---

[1] He aquí un ejemplo de las faltas en que me hace incurrir mi memoria. Mucho tiempo después de haber escrito esto, hablando con mi mujer sobre el bueno de su anciano padre, acabo de saber que no fue Holbach, sino Chenonceaux, a la sazón individuo de la Junta de administración del Hotel-Dieu, quien le hizo colocar. Lo había olvidado tan completamente, estaba tan unido en mi memoria el recuerdo de Holbach con aquella época, que hubiera jurado que era este último.

representó tan vivamente el de mi juventud, tan dulcemente, tan discretamente consagrados a esa mujer angelical que al presente estaba tan cambiada casi como él; las pequeñas anécdotas de aquel feliz tiempo; la novelesca jornada de Toune, pasada con tanta inocencia como placer con aquellas encantadoras niñas, cuyo único favor había sido el besar la mano y que sin embargo me había dejado recuerdos tan vivos, tan conmovedores y duraderos: todos estos maravillosos delirios de un corazón joven, que había sentido aquel entonces con toda su fuerza y cuya época había creído perdida para siempre; todas estas tiernas reminiscencias me hicieron derramar lágrimas por mi perdida juventud y aquellos delirios perdidos para siempre. ¡Ah, cuánto más hubiera llorado su tardía y funesta vuelta si hubiese previsto los sufrimientos que me había de costar!

Antes de abandonar a París, durante el invierno que precedió a mi retiro, tuve un placer muy conforme con mis sentimientos, y lo gocé en toda su pureza. Palissot, académico de Nancy, conocido por algunos dramas, acababa de presentar uno en Luneville ante el rey de Polonia, y creyendo probablemente hacer la corte por medio de la comedia, puso en este drama un hombre que había osado medirse con el rey con la pluma en la mano. Estanislao, que era un hombre generoso y no le gustaba la sátira, se indignó de que se atreviese a personalizar así en presencia suya. El señor conde de Tressán, por orden del príncipe, escribió a d'Alembert y a mí participándonos que Su Majestad tenía el intento de que Palissot fuese echado de su Academia. Mi respuesta fue rogar vivamente al señor de Tressán que intercediera con el rey de Polonia a fin de obtener gracia para el señor Palissot. Se le concedió la gracia, y al participármelo en nombre del rey me dijo que este hecho se consignaría en los registros de la Academia. Yo repliqué entonces que esto era más bien perpetuar un castigo que conceder una gracia. En fin, a fuerza de instancias obtuve que no se mencionara nada en los registros ni quedara rastro alguno público de este asunto. Todo ello fue acompañado, así por parte del rey como del señor de Tressán, de testimonios de aprecio y de consideración que me halagaron en extremo; y en esta ocasión observé que el aprecio de los hombres que lo merecen produce un sentimiento mucho más noble y dulce que el de la vanidad. En la colección he incluido copias de las cartas del señor de Tressán, con mis respuestas, y los originales se encontrarán en el legajo A, números 9, 10 y 11.

Bien comprendo que si algún día estas Memorias salen a la luz pública, yo mismo perpetúo aquí el recuerdo de un hecho del cual hubiera querido no quedase rastro alguno; pero muchos otros refiero bien a pesar mío. El grande objeto de mi tarea, siempre presente a mi entendimiento, el indispensable deber de llenarlo en toda su extensión, no me dejarán desistir por otras consideraciones menores que me apartarían del fin que me propongo. En la singular

situación en que me encuentro, debo demasiado a la verdad para que pueda deber más a otro cualquiera. Para conocerme bien es necesario verme en todas las fases de mi vida, buenas y malas. Mis confesiones están necesariamente enlazadas con las de muchas personas; yo hago unas y otras con igual franqueza en todo lo que se refiere a mí, no creyendo deber a nadie más atenciones que las que a mí mismo me tengo, y, sin embargo, todavía guardo muchas más. Quiero ser siempre justo y verídico, decir de los demás lo bueno en cuanto me sea posible, no decir jamás lo malo sino en cuanto a mí atañe y me vea obligado a ello. ¿Quién tiene derecho a exigir otra cosa de mí en el estado a que me han reducido? No escribo mis confesiones para que se publiquen en vida mía ni en vida de ninguna de las personas interesadas. Si fuese dueño de mi destino y del de este escrito, no vería la luz pública sino mucho tiempo después de mi muerte y de la suya. Pero los esfuerzos que hacen mis poderosos opresores, a causa del terror que les inspira la verdad, para borrar sus huellas, me obligan a hacer por conservarlas todo lo que me permiten el más exacto derecho y la más severa justicia. Si mi memoria hubiese de extinguirse conmigo, antes de comprometer a nadie sufriría en silencio un oprobio injusto, pero pasajero; mas ya que mi nombre ha de vivir, debo procurar transmitir con él a la posteridad el recuerdo del hombre infortunado que lo llevó, tal como fue realmente y no tal como enemigos injustos se afanan, sin descanso, en describirle.

LIBRO NOVENO

1756.—La impaciencia por vivir en el *Ermitage* hizo que no aguardara a la vuelta de la estación hermosa, y tan luego como la habitación estuvo dispuesta, me apresuré a trasladarme allá con gran rechifla de los amigos del señor de Holbach, que auguraban a voz en cuello que yo no soportaría tres meses en aquella soledad y que al poco tiempo me verían volver corrido a vivir como ellos en París. Pero yo, que al cabo de quince años de hallarme fuera de mi elemento me veía próximo a entrar nuevamente en él, no hacía el menor caso de sus chanzas. Desde que a pesar mío me veía lanzado en el mundo, no había cesado de echar de menos mis queridas Charmettes y la vida apacible que allí gozara. Me sentía nacido para la vida retirada del campo, y fuera de ella me era imposible vivir dichoso. En Venecia, con la marcha de los negocios públicos, la dignidad de una especie de representación y el orgullo de ambiciosos proyectos; en París, sumergido en el torbellino del gran mundo, en la sensualidad de los convites, en el brillo de los espectáculos, en los humos de la vanagloria, siempre venían a arrancarme suspiros y a avivar mis deseos, mis bosquecillos, mis riachuelos y mis paseos solitarios. Todos los trabajos a que había podido sujetarme, todos los proyectos de ambición que, como medios había animado mi celo, no tenían otro objeto que llegar un día a la paz campestre, que en este instante me lisonjeaba haber logrado. Sin haber conseguido una pequeña fortuna, en mi sentir único medio que podía proporcionarme el cumplimiento de este deseo, juzgué que por mi situación particular podía prescindir de ella y llegar al mismo objeto por un camino enteramente opuesto. Ni siquiera gozaba de un maravedí de renta; pero tenía un nombre y conocimientos; era sobrio y me había desprendido de todas las necesidades más dispendiosas, que son las que nos impone la opinión. Además de esto, a pesar de mi natural pereza, era laborioso cuando quería serlo; y mi pereza no era tanto

la de un hombre amigo de no hacer nada, como la del que quiere ser independiente y le gusta trabajar a su voluntad. Mi profesión de copista de música no era brillante ni lucrativa, pero era segura. El mundo me aplaudía por haber tenido el valor de abrazarla. Podía estar seguro de que no me faltaría trabajo, y trabajando mucho, podía ganar lo suficiente para mí. Aún me quedaban dos mil francos del producto del *Adivino* y de mis otros escritos que me permitían no vivir con estrechez; y el mucho trabajo que tenía encargado permitíame poder trabajar a mi gusto, sin cansar a los libreros, sin excederme y aun aprovechando la ociosidad del paseo. Mi casa, compuesta de tres personas, que todas se ocupaban en algo de utilidad, no era muy costosa. En fin, mis recursos, proporcionados a mis necesidades y deseos, podían ofrecerme razonablemente una vida feliz y duradera en la posición que me había hecho escoger mi inclinación.

Hubiera podido emprender otro camino más lucrativo, y en vez de sujetar mi pluma a copiar, dedicarla enteramente a escritos que con el vuelo que había tomado y me sentía capaz de sostener podían proporcionarme la abundancia y hasta la opulencia, por poco que hubiese querido juntar los artificios de autor al cuidado de publicar buenos libros. Pero conocí que el escribir para ganar dinero pronto hubiera ahogado mi ingenio y muerto mi talento, que estaba menos en mi pluma que en mi corazón, y que era hijo de un modo de pensar elevado y altivo, único que podía alimentarlo. Una pluma venal no puede dar nada grande y vigoroso. La necesidad, tal vez la avidez, me hubiera hecho trabajar atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Si la necesidad del éxito no me hubiese lanzado en el terreno de las cábalas, a buen seguro me hubiera hecho decir más bien lo que agradase a la multitud que lo verdadero y lo útil; y de un autor distinguido, como podía serlo, me habría convertido en un emborronador de papel. No, no; siempre he creído que la condición de autor no podía ser ilustre y respetable sino estando lejos de ser un oficio. Es harto difícil pensar noblemente cuando se hace para vivir. Para poder, para atreverse a decir grandes verdades, es necesario no depender del éxito. Yo lanzaba mis libros al público con la certeza de haber hablado en pro del bien de la Humanidad, sin cuidarme de lo demás. Si la obra no era bien recibida, tanto peor para los que no querían aprovecharse de ella. No necesitaba su aprobación para vivir. Si mis libros no se vendían, mi oficio me bastaba, y esto era precisamente lo que los hacía venderse.

El 9 de abril de 1756 salí de París para no volver a habitar más en él, porque yo no llamo vivir en un punto a pasar en él cortas temporadas, como lo he hecho, así en París como en Londres y en otras ciudades, pero siempre de paso, o bien a pesar mío. La señora de Epinay vino a buscarnos a los tres con su coche; su arrendatario se encargó de mi equipaje, y me instalé desde aquel mismo día.

Encontré mi pequeño retiro arreglado y amueblado sencillamente, pero con limpieza y hasta con gusto. La persona que había dirigido el arreglo de la casa tenía para mí un valor inestimable, y encontraba delicioso ser el huésped de mi amiga en una casa que yo había escogido y que había sido expresamente construida para mí.

Aunque hacía frío y aún había nieve, la tierra empezaba ya a vegetar; veíanse violetas y prímulas, apuntaban las yemas de los árboles, y en la noche misma de mi llegada se oyó por vez primera el canto del ruiseñor, que cantó cerca de mi ventana, en un bosque que había junto a la casa. Después de un ligero sueño desperté, no acordándome de mi traslado, y creí estar aún en la calle de Grenelle, cuando de repente aquel ramaje hizo que me estremeciera y en un rapto de entusiasmo exclamé: «Al fin se han cumplido mis deseos.» Mi primera diligencia fue entregarme a la impresión de los objetos campestres que me rodeaban. En vez de empezar por disponer mi habitación, empecé a prepararme para mis paseos, y no hubo sendero, ni soto, ni bosque, ni sitio retirado alrededor de mi casa que al siguiente día no hubiese recorrido. Cuanto más examinaba aquel encantador asilo, tanto más me convencía de que era lo más a propósito para mí. En aquel lugar, más que salvaje solitario, me transportaba en mi mente al otro extremo del mundo. Había allí esa conmovedora belleza que difícilmente se halla cerca de las ciudades; el que se hubiese visto transportado allí de repente, nunca se hubiera imaginado que sólo distaba de París cuatro leguas.

Después de algunos días dedicados a mis delirios campestres, me acordé de arreglar mis papeles y ordenar mis ocupaciones. Como lo había hecho siempre, destiné las mañanas a copiar y las tardes al paseo, pertrechado con mi librito en blanco y mi lápiz; porque no habiendo podido escribir jamás ni pensar con desahogo sino *sub dio,* no tenía el menor intento de cambiar de método, y pensé que el bosque de Montmorency, que estaba casi a la puerta de mi casa, sería en adelante mi cuarto de estudio. Tenía varios escritos empezados y los revisé. Era bastante espléndido el proyecto; mas en el bullicio de la ciudad su realización había sido hasta entonces muy lenta. Allí esperaba trabajar con más diligencia, cuando tuviese menos distracciones. Creo haber llenado bastante bien esta esperanza; y para un hombre frecuentemente enfermo, que iba de continuo a la Chevrette, a Epinay, a Eaubonne, al castillo de Montmorency, molestado con frecuencias en mi casa por curiosos desocupados, y que empleaba todas las mañanas en la copia, si se cuentan y miden los escritos que hice durante los seis años que pasé ya en el *Ermitage,* ya en Montmorency, estoy seguro de que se hallará que si he perdido el tiempo durante este intervalo no ha sido en la ociosidad.

De las diversas obras que tenía bosquejadas, la que hacía más tiempo en que meditaba y en que más me agradaba ocuparme, en la

cual quería trabajar toda mi vida y que me parecía debía fijar mi reputación, eran mis *Instituciones políticas*. Trece o catorce años hacía que había concebido la primera idea, cuando estando en Venecia tuve ocasión de observar los defectos de aquel Gobierno tan decantado. Desde entonces hube de aplicarme extensamente al estudio histórico de la Moral. Había visto que todo dependía radicalmente de la política, y que, de cualquier modo que se obrase, ningún pueblo sería otra cosa que lo que le hiciera ser la naturaleza de su gobierno; así, la gran cuestión del mejor gobierno posible me parecía reducirse a lo siguiente: ¿Cuál es la forma de gobierno propia para formar al pueblo más virtuoso, más ilustrado, más prudente, mejor, en fin, tomando esta palabra en su sentido más lato? Había creído ver que esta cuestión se relacionaba íntimamente con esta otra, si bien era diferente: ¿Cuál es el gobierno que por su naturaleza está siempre más cerca de la ley? Y de aquí, ¿qué es la ley? Y una cadena de cuestiones de igual importancia. Veía que todo esto me conducía a grandes verdades, útiles a la felicidad del género humano, pero sobre todo a la de mi patria, donde en el viaje que acababa de hacer no había encontrado las nociones de la ley y de la libertad bastante rectas ni bastante claras a mi modo de ver; y había creído que este modo indirecto de enseñárselas era el más a propósito para no ofender el amor propio de sus miembros y hacerme perdonar el haber visto algo más que ellos en este mundo.

Aunque hacía ya cinco o seis años que trabajaba en esta obra, la tenía aún muy poco adelantada. Los libros de este género necesitan meditación, espacio y tranquilidad. Además, éste le componía, como suele decirse, a la desprevenida, y no había querido comunicar mi proyecto a nadie, ni aun a Diderot. Temía que había de parecer harto atrevido para el siglo y para el país en que escribía, y que el espanto de mis amigos [1] me había de poner obstáculos en su realización. Aún ignoraba si se concluiría a tiempo y de manera que pudiese publicarse viviendo yo. Quería poder dar sin obstáculo a mi asunto cuanto éste requiriese, seguro de que, exento completamente de carácter satírico, y no queriendo buscar aplicación ninguna, equitativamente sería siempre irreprensible. Quería usar sin recelo y en toda plenitud del derecho de pensar que tenía por mi nacimiento, pero respetando siempre el gobierno bajo el cual tenía que vivir, sin

---

[1] Lo que sobre todo me inspiraba este temor era la prudente severidad de Duclos, pues en cuanto a Diderot no sé por qué todas mis conferencias con él tendían siempre a hacerme satírico y mordaz más de lo que yo propendía a serlo por naturaleza. Esto mismo fue lo que me hizo desistir de consultarle sobre un trabajo en que únicamente quería emplear toda la fuerza del raciocinio sin el menor vestigio de humorismo ni de parcialidad. Del tono que había tomado para esta obra puede juzgarse por el del *Contrato social*, que está sacado de ella.

faltar jamás a sus leyes; y siempre atento a no violar el derecho de gentes, tampoco quería renunciar por temor a sus ventajas.

También confieso que, siendo extranjero y viviendo en Francia, hallaba mi posición muy favorable para atreverme a decir la verdad; sabiendo muy bien que continuando, como quería hacerlo, en mi propósito de no imprimir sin permiso dentro del Estado, nadie tenía derecho a pedirme cuentas de mis máximas y de su publicación en otro lugar cualquiera. En Ginebra mismo hubiera sido mucho menos libre, pues aunque hubiese hecho imprimir mis libros en cualquier otro país, el magistrado estaba autorizado para epilogar el libro. Esta consideración tuvo no poca parte en hacerme ceder a las instancias de la señora de Epinay y renunciar al proyecto de ir a establecerme en Ginebra. Yo conocía, como he dicho en el *Emilio* [1], que, a menos de ser intrigante, cuando se quieren consagrar libros al verdadero bien de la patria, no conviene componerlos en ella.

Lo que me hacía ya mi posición más conveniente era la persuasión en que estaba de que el Gobierno de Francia, aunque no me mirase con buenos ojos, estimaría como un deber, si no protegerme, a lo menos dejarme tranquilo. Esto era, a mi entender, un acto de política muy sencillo y, sin embargo, muy útil para convertir en mérito el tolerar lo que no se podía impedir, puesto que si me hubiesen echado de Francia, que era cuanto tenían derecho a hacer, no por esto hubieran dejado de publicarse mis libros y se hubieran hecho tal vez con menos moderación; mientras que dejándome tranquilo conservaban en su poder al autor, como garantía de sus obras, y además destruían en parte preocupaciones muy arraigadas en el resto de Europa, granjeándose la reputación de tener un respeto ilustrado al derecho de gentes.

Los que juzgaban por el resultado que mi confianza me engañó, podrían engañarse también. En la tempestad que me ha hundido, mis libros sirvieron de pretexto, pero solamente a mí es a quien se quería perseguir. Poco les importaba el autor, pero querían perder a Juan Jacobo, y lo más malo que encontraron en mis escritos fue el honor que éstos me podían proporcionar. Mas no conviene adelantar los sucesos. Ignoro si este misterio, que aún lo es para mí, se aclarará en lo sucesivo a los ojos de mis lectores. Únicamente sé que si los principios de que yo había hecho gala hubieran debido atraerme las persecuciones de que he sido víctima, hubiera tardado mucho menos tiempo en sufrirlas, puesto que el libro en que dichos principios se hallan expuestos con más atrevimiento, por no decir audacia, había, por decirlo así, producido todo su efecto, aún antes de que yo me retirase al *Ermitage,* sin que nadie hubiese pensado, no digo ya en combatirme por su causa, pero ni siquiera en impedir la publicación de la obra en Francia, donde se vendía tan pública-

---

[1] Libro V.

mente como en Holanda. A partir de entonces, se publicó también la *Nueva Eloísa* con la misma facilidad, por no decir con el mismo aplauso; y cosa que parece casi increíble, la profesión de fe de esta misma Eloísa moribunda es exactamente idéntica a la del vicario saboyano. Todo lo que hay de atrevido en el *Contrato social* se hallaba ya en el *Discurso acerca de la desigualdad;* todo lo que hay de atrevido en el *Emilio* se hallaba igualmente en la *Julia.* Ahora bien; estos atrevimientos y osadías no excitaron ninguna crítica ni clamor contra las dos primeras obras, por consiguiente, tampoco pudieron excitarlos contra las últimas.

Otra tarea casi del mismo género, pero cuyo proyecto era más reciente, me ocupaba mucho más en aquellos momentos: era ésta el extractar las obras del abate de Saint-Pierre. No he podido hablar hasta ahora de este trabajo, arrastrado por el hilo de la narración. La idea habíame sido sugerida, después de mi regreso de Ginebra, por el abate de Mably, no ya directamente, sino por la mediación de madame Dupin, que tenía especial interés en hacérmela aceptar. Era ésta una de las tres o cuatro lindas mujeres de París para quienes el viejo abate de Saint-Pierre había sido una especie de niño mimado; si no tuvo ella por completo la preferencia, por lo menos la compartió con madame de Aiguillón. Conservaba hacia la memoria del buen hombre un respeto y un cariño que hacían honor a ambos, y su amor propio se hubiera sentido agradablemente lisonjeado al ver resucitadas, por su secretario, las obras de su amigo, muertas antes de nacer. Estas mismas obras no dejaban de contener excelentes cosas, pero tan mal expresadas, que era difícil hacer interesante su lectura; y es extraño que el abate de Saint-Pierre, que consideraba a sus lectores como a niños grandes, les hablase, sin embargo, como a hombres, por el poco cuidado que ponía en fijar su atención y en hacerse escuchar. Ésta era la causa de que me hubiesen propuesto semejante trabajo, como útil en sí mismo y como muy conveniente a un hombre muy laborioso en cuanto a trabajos manuales, pero perezoso como autor, y que, juzgando demasiado penoso el trabajo de pensar, prefería, en materias que eran de su agrado, ilustrar y dar a luz las ideas de otro, antes que crear ideas nuevas. Por otra parte, no limitando mis facultades a las simples funciones de traductor, no me esta prohibido pensar por mí mismo algunas veces, y podía dar a mi trabajo una forma tal que muchas importantes verdades pasarían en él bajo el nombre del abate de Saint-Pierre con más facilidad y éxito que bajo el mío propio. La empresa, por otra parte, no era fácil: tratábase nada menos que de leer, meditar y extractar veinte volúmenes difusos, confusos, llenos de prolijidades, de repeticiones, de puntos de vista limitados o falsos, entre los que era preciso rebuscar y entresacar algunos grandes, hermosos y que daban valor para sobrellevar tan penoso trabajo. Con frecuencia hubiera abandonado esta labor si hubiera podido honra-

damente hacerlo; pero al recibir los manuscritos del abate, que me fueron dados por su sobrino el conde de Saint-Pierre, a ruegos de Saint-Lambert, me había, en cierta manera, comprometido a hacer uso de ellos, y hubiera sido preciso o devolverlos o procurar sacar partido de los mismos. Con esta misma intención los había llevado conmigo al *Ermitage,* y éste era el primer trabajo a que pensaba consagrar mis ocios.

Meditaba, además, un tercer trabajo, cuya idea había nacido de las observaciones hechas acerca de mí mismo; y me sentía con tanto más valor para emprenderlo cuanto que todo me hacía esperar que había de hacer de él un libro verdaderamente útil a los hombres, y hasta uno de los más útiles que se les pudieran ofrecer, caso de que la ejecución respondiese dignamente al plan que me había trazado. Se ha notado que la mayor parte de los hombres, durante el curso de su vida, difieren a veces enteramente de sí mismos y parecen transformarse por completo en otros muy distintos. No era mi intención hacer un libro para exponer una cosa sobradamente conocida de todos; tenía un objeto más lleno de novedad y más importante, cual era el de investigar las causas de estas variaciones y fijarme, sobre todo, en aquellas que dependen de nosotros, para demostrar cómo podemos encaminarlas a hacernos mejores y más dueños de nosotros mismos. Porque no hay duda que debe ser mucho más penoso para un hombre honrado vencer deseos enteramente formados, que prevenirlos, cambiarlos, o modificarlos en su origen, siempre que haya posibilidad de remontarse a él. Un hombre tentado resiste una vez porque es fuerte, y sucumbe otra vez porque es débil; si hubiera sido el mismo que antes, no habría sucumbido.

Sondeando en mi interior e investigando en los demás estas diversas maneras de ser, me encontré con que dependían en gran parte de la impresión anterior de los objetos exteriores, y que, modificados continuamente por nuestros sentidos y nuestros órganos, llevamos, sin echarlo de ver, en nuestras ideas, en nuestros sentimientos, en nuestras acciones mismas, el efecto de estas modificaciones. Las admirables y numerosas observaciones que yo había llegado a recoger estaban por encima de toda discusión, y por sus principios físicos me parecían a propósito para suministrar las reglas de un régimen exterior, que, variado según las circunstancias, podía poner o mantener el alma en el estado más favorable a la virtud. ¡Qué de aberraciones se evitarían a la razón! ¡Qué de vicios se impedirían en su origen, si se supiese obligar a la economía animal a favorecer el orden moral, turbado con tanta frecuencia! Los climas, los colores, la oscuridad, la luz, los elementos, los alimentos, el ruido, el silencio, el movimiento, el reposo, todo obra sobre nuestra máquina y, por consiguiente, sobre nuestra alma; todo nos ofrece mil recursos casi seguros para gobernar en su origen los sentimientos de que nos dejamos dominar. Tal era la idea fundamental cuyo bosquejo había

ya trazado sobre el papel, y de la que esperaba un efecto tanto más seguro para las gentes bien nacidas que, amando sinceramente la verdad, desconfían de su debilidad, cuanto más que me parecía fácil sacar de ella un libro agradable de leer como lo era también de componer. Sin embargo, he trabajado poco en esta obra, cuyo título era *La moral sensitiva o el materialismo del sabio.* Distracciones, cuya causa no tardará el lector en conocer, me impidieron ocuparme en este trabajo, y sabrá también cuál ha sido la suerte de dicho bosquejo literario, que está más enlazada con la mía de lo que pudiera creerse a primera vista.

Además de todo esto, hacía algún tiempo que pensaba en un sistema de educación, en que me había rogado me ocupase la señora de Chenonceaux, a quien hacía temblar por su hijo la que tenía su marido. La autoridad de la amistad hacía que este objeto, aunque menos de mi gusto en sí mismo, halagase mi corazón más que otro alguno. Así es que de todos los asuntos de que acabo de hablar, éste es el único que he llevado a término. El fin que me había propuesto trabajando en esta obra me parece que hacía a su autor acreedor a otro destino. Mas no anticipemos nada acerca de este triste asunto. Harto obligado me veré a hablar de ello en el curso de este escrito.

Todos estos proyectos me ofrecían motivos de meditación para mis paseos, pues, como creo haberlo dicho, no puedo meditar sino andando; tan luego como me detengo, no medito más; mi cabeza anda al compás de mis pies. Sin embargo, había tenido la precaución de pertrecharme de un trabajo de gabinete para los días de lluvia, y fue mi *Diccionario de música,* cuyos materiales dispersos, mutilados e informes hacían necesario casi el empezar de nuevo. Trájeme algunos libros que para ello necesitaba; había pasado dos meses sacando extractos de muchos otros que me prestaban en la biblioteca del rey, de los cuales me permitieron llevar algunos al *Ermitage.* Éstas eran mis provisiones para compilar en casa cuando el tiempo no me permitiese salir y me cansase de copiar. Este arreglo me venía tan bien que me sirvió así en el *Ermitage* como en Montmorency y luego en Motiers, donde acabé esta tarea mientras hacía otros trabajos, hallando siempre que un cambio de trabajo es un descanso.

Durante algún tiempo seguí con bastante exactitud la distribución que me había prescrito y me iba perfectamente; mas cuando la estación hermosa trajo a la señora de Epinay con más frecuencia a Epinay o a la Chevrette, hallé que las distracciones que al principio nada costaban, pero con las cuales no había contado, desconcertaban mis proyectos. He dicho ya que esta señora tenía relevantes cualidades; apreciaba mucho a sus amigos, les servía con gusto, y no regateando el tiempo ni la actividad, merecía que en cambio se tuviesen atenciones con ella. Hasta entonces había llenado este deber sin pensar que lo fuese; mas al fin comprendí que me había echado sobre los hombros una carga que sólo la amistad podía

hacerme no sentir, y había agravado su peso con mi repugnancia por las reuniones numerosas. La señora de Epinay se valió de esto para hacerme una proposición que parecía tender a satisfacer mi gusto, pero que servía más para ella, y consistía en mandarme avisar cada vez que estuviese sola o poco menos. Convine en ello sin ver a qué me obligaba; de aquí se siguió que no la visitaba cuando a mí me venía bien, sino a la hora que a ella le convenía y jamás estaba seguro de poder disponer de un solo día. Esta molestia alteró mucho el placer que hasta entonces sentía en ir a verla, y hallé que esta libertad con que ella me había brindado no se me había dado sino a condición de no poder utilizarla; y una o dos veces que quise probarlo, hubo tantos mensajes, tantos billetes, tantas alarmas sobre mi salud, que bien claramente vi que no había más excusa capaz de dispensarme de volar a su primera indicación que estar sepultado en la cama. Preciso era sujetarme a este yugo; así lo hice, y aun de bastante buena voluntad para tan gran enemigo de la dependencia, porque en gran parte la sincera amistad que le profesaba me impedía sentir demasiado el peso de la cadena que sobre mí echaba. Ella llenaba así en parte el vacío que la ausencia de su ordinaria corte dejaba en su diversión. Para ella era yo un suplemento muy mezquino, pero que valía más aún que una soledad absoluta que no podía soportar. Sin embargo, tenía medios de suplirla mucho más agradablemente desde que había querido conocer la literatura y se le había metido en la cabeza, quieras que no, escribir novelas, cartas, comedias, cuentos y otras frivolidades por el estilo; pero lo que más la entretenía era leerlas; y si en seguida se le ocurría emborronar dos o tres páginas, preciso era que estuviese segura por lo menos de tener dos o tres lectores benévolos al fin de este inmenso trabajo. No tenía el honor de pertenecer al número de los elegidos sino cuando me hallaba en compañía de algún otro. Solo, casi siempre era contado por nada, cualquiera que fuese el asunto de que se tratase; y esto no solamente en el círculo de la señora de Epinay, sino también en el del señor de Holbach, y en todas partes donde Grimm fuera el factótum. Esta nulidad me complacía mucho en todas partes, menos cuando estaba solo con alguien, en cuyo caso no sabía qué partido tomar, no atreviéndome a hablar de literatura, para lo cual no estaba autorizado, ni de galanterías por ser demasiado tímido y por temer como a la muerte el hacer el papel ridículo de un viejo verde; aparte de que esta idea jamás se me ocurrió junto a la señora de Epinay, y quizá no se me hubiera ocurrido una sola vez en mi vida, aunque la hubiese pasado entera a su lado, no porque me inspirase la menor repugnancia, sino porque, por el contrario, la amaba quizá demasiado como amigo para poder quererla como amante. Me agradaba verla y hablar con ella. Su conversación, aunque bastante agradable en sociedad, era árida en particular, y la mía, que no era más florida, no le servía de gran apoyo. Avergonzado de un silencio tan prolon-

gado, me esforzaba para animar la conversación, y aunque a menudo me fatigaba, nunca me aburría. Yo estaba muy contento prodigándole cuidados, dándole fraternales besos que no me parecía fuesen más sensuales para ella, y esto era todo. Ella estaba muy flaca, era muy blanca, y su seno parecía el dorso de mi mano. Este defecto solo hubiera bastado para helarme; mi corazón y mis sentidos jamás han creído ver una mujer en una persona que no tenga los pechos bien desarrollados; éstas y otras causas que es inútil decir aquí, siempre me han hecho olvidar su sexo estando al lado de ella.

Habiéndome resignado así a una sujeción necesaria, la sufría sin resistencia y aun la encontré, al menos al primer año, menos onerosa de lo que hubiera esperado. La señora de Epinay, que ordinariamente pasaba todo el verano en el campo, no pasó en él más que una parte del mismo, ya sea porque sus propios negocios la retuviesen más tiempo en París o porque la ausencia de Grimm le hiciese menos agradable su estancia en la Chevrette. Aproveché los intervalos en que ella no estaba y aquellos en que había mucha gente para gozar de la soledad con mi buena Teresa y su madre, de modo que apreciaba todo su valor. Aunque desde hacía algunos años iba con bastante frecuencia al campo, casi era sin gozar de él, y esos viajes, verificados siempre en compañía de personas pretenciosas, utilizados siempre por la falta de libertad, no hacían más que exaltar mi afición a los placeres campestres, cuya imagen veía tan de cerca para sentir más su privación. Estaba tan aburrido de los salones, de los juegos de agua, de los bosquecillos, de los jardines y de los todavía más fastidiosos explicadores de todo esto; estaba tan cansado de folletos, de clavicordios, de enredos, de insípidas agudezas, de desabridas monadas, de cuentos y de cenas, que cuando divisaba algún sencillo espinar, un vallado, una granja, un prado; cuando al pasar por una aldea percibía el olor de alguna tortilla con perifollo; cuando a lo lejos oía el rústico estribillo de la canción de las pastoras, renegaba del arrebol, de los falbalás y del ámbar, y echando de menos la comida de casa y el vino del cosechero, de buena gana hubiera dado de bofetones al jefe de la partida o anfitrión que me hacían comer a la hora en que ceno y cenar a la hora de dormir; pero sobre todo a los señores lacayos que devoraban con la vista mi plato, y, so pena de morir de sed, me vendían el vino compuesto de su amo diez veces más caro de lo que me hubiera costado mejor en la taberna.

Heme aquí, al fin, en mi casa; en un asilo solitario y agradable, dueño de pasar los días en esta vida independiente, igual y apacible, para lo cual me creía haber nacido. Antes de decir la influencia que este estado, tan nuevo para mí, ejerció sobre mi corazón, conviene recapitular las secretas afecciones a él anejas, a fin de que se pueda seguir mejor en sus causas el progreso de estas nuevas modificaciones.

He considerado siempre el día que me uní a Teresa como un acontecimiento que fijó mi ser moral. Yo necesitaba un afecto,

puesto que al fin el que debía satisfacerme se había roto tan cruelmente. La sed de felicidad no se extingue jamás en el corazón humano. *Mamá* envejecía y se envilecía. Ya no podía ser feliz aquí abajo. No me quedaba sino buscar una dicha que me fuese propia, puesto que había perdido toda esperanza de compartir la suya. Durante algún tiempo estuve vacilando entre una y otra idea, entre uno y otro proyecto. Mi viaje a Venecia me hubiera sumergido en los negocios públicos, si el hombre con quien tropecé hubiera tenido sentido común. Me desanimo fácilmente, sobre todo en las empresas penosas y largas. El mal éxito de ésta me disgustó para cualquier otra , y mirando, según mi antigua máxima, los objetos lejanos como señuelos para los negocios, me resolví a vivir en adelante sin pensar más que en el día y sin ver ya nada en la vida que me impulsase a esforzarme.

Entonces fue precisamente cuando nos conocimos. El carácter dulce de esta buena muchacha me pareció tan conforme con el mío que me uní a ella con un afecto a prueba del tiempo y de las perfidias; cuanto hubiera debido romperlo ha servido para aumentarlo. La fuerza de este cariño se conocerá en lo sucesivo, cuando descubra las llagas y las heridas con que ha desgarrado mi corazón en lo más crudo de mi desgracia, sin que hasta el momento en que escribo estas líneas se me haya escapado la más mínima queja.

Cuando se sepa que después de haberlo arrostrado todo para no separarme de ella, después de veinticinco años pasados en su compañía, a despecho de la suerte y de los hombres, he acabado por casarme con ella en mis últimos días, sin que ella lo esperase ni lo solicitase, sin compromiso ni promesa por mi parte, se creerá que, habiéndome hecho perder la cabeza desde el primer día un amor arrebatado, me ha conducido por grados a la mayor extravagancia; y se creerá tanto más cuando se sepan las poderosas razones particulares que debían impedirme llegar a ese extremo. ¿Qué pensará, pues, el lector cuando yo le diga, con toda mi veracidad, de la que al presente no puede dudar, que desde el primer momento que la vi hasta hoy día jamás he sentido por ella la menor llama de amor; que no deseé poseer más que a la señora de Warens, y que la necesidad de los sentidos, satisfecha con ella, ha sido para mí únicamente la del sexo, sin que hubiese nada personal? ¿Creerá que, formado de otro modo que los demás hombres, fui incapaz de sentir el amor, puesto que para nada entraba en el afecto que me han inspirado las mujeres que más he querido? Paciencia, ¡oh lector!; el momento funesto se acerca y harto desengañado has de quedar.

Sin duda cometo repeticiones, pero es necesario. Mi primera necesidad, la mayor, la más viva, la más inextinguible, tenía asiento únicamente en mi corazón; era la intimidad en el mayor grado posible. Por esto necesitaba principalmente una mujer más bien que un hombre, una amiga mejor que un amigo. Esta singular necesidad era de tal índole, que aun no bastaba a llenarla la mayor intimidad

corporal; hubiera necesitado dos almas en un mismo cuerpo; sin esto sentía siempre el vacío. Creí que había llegado el momento de llenarlo; aquella joven amable por varios conceptos, y hasta por su físico, sin sombra de arte ni de coquetería, me hubiera bastado con su existencia, si a ella le hubiese bastado la mía. Nada tenía que temer por parte de los hombres, pues estoy seguro de ser el único a quien amó, y su frío temperamento no le ha pedido otros ni aun cuando dejé de existir para ella en este concepto. Yo no tenía familia; ella la tenía, pero el carácter de todos sus individuos difería del suyo, y fue tal, que yo no pude adoptarla por mía. Ésta fue la primera causa de mi desdicha. ¡Qué no habría yo dado para poder considerarme como hijo de su madre! Hice cuanto pude para lograrlo, mas todo en vano; por más que quise unir todos nuestros intereses, no lo pude conseguir; fueron los suyos diferentes de los míos, contrarios, y aun opuestos a los de su hija, que ya estaba como aislada de ellos. La madre y sus demás hijos y nietos se convirtieron en otras tantas sanguijuelas, que robaban a Teresa, y aun era éste el menor mal que la hacían. La pobre muchacha, acostumbrada a ceder, aun a sus sobrinos, se dejaba saquear y gobernar sin chistar; y yo veía con dolor que agotaba mi dinero y mis lecciones sin lograr que le aprovechase nada de cuanto hacía por ella. Probé a separarla de su madre, pero ella no lo consintió nunca; respeté su resistencia y la aprecié más; pero su oposición fue perjudicial para nosotros dos. Entregada a su madre y a los suyos, fue más de éstos que mía y de sí misma, y los consejos que le dieron le causaron más perjuicios que la avidez que tenían; en fin, si gracias al amor que me profesaba y a sus buenas inclinaciones no llegó a estar completamente sojuzgada, a lo menos lo estuvo lo bastante para contrarrestar en gran parte el efecto de las buenas máximas que yo me esforzaba en inspirarle; lo bastante para que, de cualquier modo que haya obrado, hayamos continuado siendo siempre dos.

He aquí cómo con un afecto sincero y recíproco a que se había entregado mi tierno corazón, el vacío que en él había jamás pudo verse completamente lleno. Los hijos que podían llenarlo vinieron, y fue peor todavía. Me horripilé tener que entregarlos a aquella familia mal educada para que fuesen aún peor educados que ella. Los peligros de la educación de la Inclusa eran mucho menores; esta razón de la resolución que tomé, más fuerte que todas las que expuse en mi carta a la señora de Francueil, fue con todo la única que no me atreví a revelar: preferí tener menos disculpa en falta tan grave y no dañar a la familia de una persona a quien amaba. Mas por las costumbres de su desgraciado hermano puede juzgarse si, dígase lo que se quiera, debía exponer nunca mis hijos a que recibiesen una educación semejante a la suya.

No pudiendo gozar en toda su plenitud de esta sociedad íntima que tanto necesitaba, me procuraba sustituciones que no llenaban el

vacío, pero que eran un lenitivo. Careciendo de un amigo que me perteneciese completamente, necesitaba otros cuyo impulso sobrepujase mi inercia; por eso cultivé y estreché mi amistad con Diderot y con el abate de Condillac; así es cómo contraje una nueva con Grimm, aún más estrecha, y así fue cómo al fin me hallé, por causa del desgraciado discurso, cuya historia he referido, lanzado de nuevo, sin pensarlo, en la literatura, de donde creía haber salido para siempre.

El modo como empecé me condujo por un camino nuevo a otro mundo intelectual cuya sencilla y atrevida economía no pude entrever sin entusiasmo. A poco, y a vueltas de reflexionar, sólo vi error y locura en las doctrinas de nuestros sabios, error y miseria en nuestro orden social. Con la ilusión de mi necio orgullo, me creí nacido para disipar todos aquellos prestigios; y creyendo que para hacerme escuchar era forzoso que mi conducta estuviese en conformidad con mis principios, adopté unas costumbres singulares, que no me han dejado seguir; es un ejemplo que mis pretendidos amigos no han podido perdonarme, que al principio me puso en ridículo y que al fin me habría hecho respetable si hubiese podido perseverar en él.

Hasta entonces había sido bueno; desde aquel momento fui virtuoso, o al menos apasionado por la virtud. Esta pasión había empezado en mi cabeza, pero hubo de pasar luego a mi corazón. El más noble orgullo germinó entre los despojos de la desarraigada vanidad. No fingí nada; fui efectivamente lo que parecía, y a lo menos por espacio de cuatro años que duró esta efervescencia nada hay grande y bello capaz de tomar asiento en el corazón humano de que no fuese capaz el mío, quedando entre el cielo y yo. He aquí de dónde nació mi súbita elocuencia; he aquí cómo se derramó en mis primeros libros ese fuego celestial que me abrasaba y del que no había fulgurado la menor chispa durante cuarenta años, porque aún no estaba encendido.

Me sentía verdaderamente transformado; mis amigos y mis conocidos no me reconocían ya; no era éste aquel hombre tímido y más bien vergonzoso que modesto, que no se atrevía a presentarse ni a hablar, a quien desconcertaba la menor chanza y a quien hacía sonrojarse la mirada de una mujer. Audaz, valeroso, intrépido, llevaba a todas partes una seguridad tanto más firme cuanto que era sencilla y residía más en mi alma que en mi exterior. El desprecio que mis profundas meditaciones me habían inspirado por las costumbres, las máximas y las preocupaciones de mi siglo me hacían insensible a las burlas de los que las tenían, y aplastaba sus agudezas con mis sentencias como aplastaría un insecto con mis dedos. ¡Qué cambio! Todo París repetía los acres y mordaces sarcasmos del hombre que dos años antes y diez después no ha sabido hallar lo que debía decir, ni la palabra que debía emplear. Imagínese la situación del mundo más

contraria a mi carácter, y se tendría la mía. Recuérdese uno de aquellos cortos instantes de mi vida en que dejaba de ser yo convirtiéndome en otro, por ejemplo, el momento de que hablo; sólo que en vez de durar seis días o seis semanas, duró seis años y quizá duraría aún sin las circunstancias particulares que lo hicieron cesar y me volvieron a la Naturaleza, por encima de la cual había querido elevarme.

Este cambio comenzó tan luego como dejé a París y tan presto como el espectáculo de los vicios de esta gran ciudad cesó de alimentar la indignación que me había inspirado. Cuando dejé de ver a los hombres, dejé de despreciarlos; y cuando dejé de ver a los malvados, dejé de aborrecerlos. Mi corazón poco inclinado al odio no hizo más que deplorar su miseria, sin distinguir su ruindad. Este estado más dulce, aunque menos sublime, amortiguó muy pronto el ardiente entusiasmo que me había arrebatado durante tanto tiempo, y sin que lo notasen, casi sin hacerme cargo de ello, me volví miedoso, complaciente, tímido; en una palabra: el mismo Juan Jacobo que había sido antes.

Si la revolución no hubiese hecho más que devolverme a mi estado anterior y detenerme aquí, todo hubiera ido bien; pero desgraciadamente fue más lejos y me llevó rápidamente al extremo opuesto. Desde entonces, mi espíritu, siempre agitado, no ha hecho más que pasar por el reposo, donde nunca le han permitido fijarse sus oscilaciones constantemente renovadas. Entremos ya en los detalles de esta segunda revolución: época terrible y fatal de una suerte que no tiene ejemplo entre los mortales.

No siendo más que tres personas en nuestro asilo, el ocio y la soledad debían naturalmente estrechar nuestra intimidad, y esto es lo que produjeron entre Teresa y yo. Pasábamos a la sombra de los árboles horas deliciosas, cuya dulzura jamás había gozado con tanta vivacidad. Parecióme que también ella disfrutaba más que nunca; allí me abrió su corazón sin reserva, y me hizo sobre su madre y su familia revelaciones que hasta entonces había tenido el valor de ocultarme por largo tiempo. Una vez y otra habían recibido de la señora Dupin innumerables presentes encaminados a mí, pero que la astuta vieja, para que yo no me incomodase, se había apropiado para ella y los suyos sin dejar nada a Teresa, a quien prohibía estrechamente que me lo dijese, orden que la pobre había cumplido con una obediencia increíble.

Pero lo que más me sorprendió fue saber que, además de las conversaciones particulares que habían tenido Diderot y Grimm con la madre y la hija para separarlas de mí, y que no habían producido efecto por la resistencia de Teresa, los dos tenían frecuentes coloquios con la madre, sin que ella pudiese saber nada de lo que tra-

maban. Sólo sabía que mediaban regalos y veía incesantes idas y venidas misteriosas, cuyo motivo ignoraba completamente. Cuando salimos de París, hacía ya mucho tiempo que la señora Le Vasseur tenía la costumbre de ir dos o tres veces cada mes a ver a Grimm y pasaba con él algunas horas en conversaciones tan secretas, que éste siempre hacía salir a su criado.

Yo creí que el objeto de todo esto no era otro que el mismo proyecto de que habían tratado de hacer cómplice a la hija, prometiéndole procurarle, por mediación de la señora de Epinay, un estanquillo de sal o de tabaco; tentándolas, en una palabra, con el incentivo del lucro. Habíanles dado a entender que me hallaba en el caso de no poder hacer nada por ellas, y que por causa suya tampoco me era posible adelantar nada en provecho mío. Como no veía mala intención en todo esto, tampoco me resentía grandemente de su proceder; sólo me ofendía el misterio, sobre todo por parte de la vieja, quien iba siendo cada día más gazmoña y zalamera conmigo; lo cual no obstaba para que sin cesar estuviese reprochando a su hija en secreto que me amaba demasiado, que todo me lo decía, que era una estúpida y que se llevaría un desengaño.

Esta mujer poseía en alto grado el arte de sacar diez maquilas de un costal, de ocultar a uno lo que recibía de otro, y a mí lo que recibía de todos. Podía perdonar su edad, pero no su disimulo. ¿Qué podía tener que ocultarme a mí, cuya felicidad consistía, como lo sabía ella muy bien, casi únicamente en la de su hija y en la suya también? Lo que yo había hecho por su hija lo había hecho por mí; mas lo que había hecho por ella merecía alguna gratitud; a lo menos hubiera debido agradecérselo a su hija, y amarme porque me amaba ésta. La había sacado de la más completa miseria, me debía su subsistencia y todas las relaciones que tan bien sabía aprovechar. Teresa la había mantenido mucho tiempo con su trabajo y a la sazón la mantenía con el mío. Cuanto tenía lo recibía de esta hija, por la cual no había hecho nada; y los demás hijos, a quienes había dotado, por quienes se había arruinado, lejos de ayudarla, aún devoraban su subsistencia y la mía. A mí me parecía que en semejante situación debía considerarme como su único amigo, como su más firme protector, y que, lejos de urdir conjuras en mi propia casa, debía advertirme fielmente cuanto pudiera interesarme, en tanto lo supiese antes que yo. Así, pues, ¿con qué ojos podía mirar su conducta falsa y misteriosa? ¿Qué debía pensar sobre todo de los sentimientos que procuraba imbuir en su hija? ¡Cuán monstruosa debía ser su ingratitud cuando trataba de inspirársela a ella!

Todas estas reflexiones dieron al fin por resultado que perdiese enteramente el afecto que podía tenerla, hasta el punto de no poder verla sino con desdén. Con todo, nunca dejé de tratar con respecto a la madre de la compañera de mi vida, y manifestarle en toda ocasión el respeto y consideraciones casi de un hijo, si bien es cierto que no

me gustaba permanecer en su compañía largo rato, pues no es propio de mi genio saberme violentar.

Heme de nuevo en uno de esos breves instantes de mi vida en que he visto la felicidad muy cerca de mí, sin poder alcanzarla y no por culpa mía. Si aquella mujer hubiese tenido buen carácter, los tres hubiésemos sido venturosos hasta el último día de la vida; sólo el último que sobreviviera hubiera sido digno de lástima. En vez de esto, verá el lector el curso de los acontecimientos y juzgará si estuvo en mi mano cambiarlo.

La señora Le Vasseur, viendo que yo había ganado terreno en el corazón de su hija y que ella lo había perdido, se esforzó en reconquistarlo, y en lugar de volver a mí por ella, trató de enajenármela completamente. Uno de los medios que empleó fue llamar a su familia en su ayuda; yo había rogado a Teresa que no hiciese venir a nadie al *Ermitage,* lo que me prometió cumplir; pues bien, lo que su madre hizo en mi ausencia fue llamar a quien quiso sin consultarla, y luego le hicieron prometer que callaría. Dado ya el primer paso, lo demás fue todo fácil; cuando se oculta algo una vez a la persona amada, pronto se pierde el escrúpulo de ocultárselo todo. Tan luego como me iba a la Chevrette, quedaba el *Ermitage* lleno de gente que se solazaba a discreción. Una madre siempre ejerce poderosa influencia sobre una hija dócil; no obstante, cualesquiera que fuesen los medios que emplease la vieja, nunca pudo lograr que, entrando en sus planes, Teresa formase liga con ella en contra mía. Pero la vieja no vaciló en su resolución; viendo de una parte a su hija y a mí, con quienes sólo tenía asegurada la subsistencia, y de la otra a Diderot, Grimm, el barón de Holbach y la señora de Epinay, que prometían mucho y daban algo, no creyó escoger mal decidiéndose por la mujer de un asentista general y un barón. Si yo hubiese visto más claro, no se me habría ocultado que mantenía desde aquel instante una serpiente en mi propio seno; pero mi ciega confianza, que nada había alterado hasta entonces, era tal que ni siquiera imaginaba que hubiese nadie capaz de hacer daño a una persona a quien debiera amar. Al ver urdir mil tramas en derredor mío, sólo acertaba a lamentar la tiranía de mis amigos que, a mi entender, querían forzarme a ser dichoso a su modo, con preferencia al mío.

Aunque Teresa rehusó entrar en la liga con su madre, le guardó el secreto nuevamente; el motivo que la impulsaba era laudable y no diré si hizo bien o mal. Dos mujeres que tienen secretos gustan de charlar juntas; esto hacía que se estableciese entre ellas la mayor intimidad, y Teresa, dividiéndose entre ella y yo, me hacía sentir algunas veces la soledad en que me dejaba, pues yo no podía contar por compañía la reunión de los tres. Entonces fue cuando sentí vivamente lo mal que había obrado no aprovechando la docilidad que le infundió al principio el amor que me tenía, para cultivar su inteligencia adornándola con conocimientos que, aumentando nuestras

conexiones, hubieran contribuido a hacernos más agradable nuestro aislamiento, sin que jamás nos cansara su duración. Esto no quiere decir que se agotase la conversación entre ambos, ni que ella pareciese fastidiarse en nuestros paseo; mas, al fin, no teníamos bastantes ideas comunes para que alguna vez no nos faltase motivo fecundo de conversación, no pudiendo hablar siempre de nuestros proyectos, limitados entonces a gozar de nuestra situación. Los objetos que se presentaban me sugerían reflexiones que no se hallaban a su alcance. Un afecto que contaba doce años no tenía necesidad de las palabras; nos conocíamos demasiado para tener que comunicarnos nada. Quedaba el recurso de las comadres, la murmuración y los equivoquillos. En la soledad es donde más se experimenta la ventaja de vivir con alguien que sepa pensar. Yo no necesitaba este recurso para hallarme bien con ella; mas ella lo hubiera necesitado para estar siempre contenta a mi lado. Además, y esto fue lo peor, era forzoso tener nuestras entrevistas aprovechando las ocasiones, porque su madre, que había llegado a serme importuna, me obligaba a espiarla; de modo que me hallaba violento en mi propia casa, para decirlo todo de una vez. El amor perjudicaba a la buena amistad. Teníamos relaciones íntimas, sin vivir con intimidad.

Desde el momento en que creí observar que Teresa buscaba a veces pretextos para eludir los paseos que yo le proponía, dejé de proponérselos, sin resentirme de que no le gustaran tanto como a mí. El placer no depende de la voluntad. Yo estaba seguro de su corazón y esto me bastaba. Mientras mi gusto era el suyo, disfrutábamos juntos; cuando no era así, prefería su satisfacción a la mía.

He aquí cómo, defraudada la mitad de mis esperanzas, llevando una vida a mi gusto, en un sitio escogido por mí, con una compañera querida, vine, sin embargo, a sentirme casi aislado. Lo que me faltaba me impedía gozar de lo que tenía, pues en materia de felicidad o de placeres había de tenerlo todo o nada. Ya se verá por qué me han parecido necesarios estos detalles. Ahora, reanudemos el hilo de la narración.

En los manuscritos que me había entregado el conde de Saint-Pierre había creído hallar tesoros. Mas al examinarlos vi que casi no eran más que la compilación de las obras impresas de su tío, anotadas y corregidas por él, con algunos escritos de corta extensión que no habían visto la luz pública. Sus obras sobre moral me confirmaron en la opinión que me había hecho formar algunas cartas suyas, que la señora de Crequi me había enseñado, y era que Saint-Pierre tenía mucho más talento de lo que hube de figurarme. Mas en el profundo examen de sus obras políticas sólo encontré miras superficiales, proyectos útiles, pero impracticables, por efecto de la idea, que su autor jamás supo desechar, de que los hombres se conducían según les dictaba su razón, más bien que impulsados por sus pasiones. El alto concepto que tenía de los conocimientos modernos

habíale hecho adoptar el falso principio de la inteligencia perfeccionada, base de cuantos proyectos proponía y origen de todos sus sofismas políticos. Este hombre raro, honra de su siglo y de su clase, y quizá el único que desde que existe el género humano no haya tenido otra pasión que la de la razón, no hizo con todo más que ir de error en error en todos sus sistemas, por haber querido hacer a los demás hombres semejantes a él, en vez de considerarlos como son y seguirán siendo. Trabajó sólo para seres imaginarios, creyendo trabajar para sus contemporáneos.

En vista de lo que dejo dicho me hallé perplejo para escoger el método que debía seguir en mi trabajo. Dar pase a las visiones del autor era no hacer nada de provecho. Refutarlas con rigor hubiera sido poco noble, puesto que el depósito de sus manuscritos, que yo había aceptado y aun pedido, me imponía el deber de hablar honrosamente de su autor. En esta incertidumbre, tomé al fin una resolución que me pareció la más digna, juiciosa y útil, y fue ofrecer por separado las ideas del autor y las mías, entrando al efecto en sus miras, aclarándolas, extendiéndolas, y no perdonar nada que pudiese contribuir a realzar su valor.

Por tanto, mi trabajo debía componerse de dos partes enteramente separadas: una, destinada a exponer del modo que acabo de decir los diversos proyectos del autor; en la otra, que no debía aparecer hasta que la primera hubiese producido efecto, hubiera manifestado mi opinión acerca de estos proyectos, lo que, debo confesarlo, hubiera podido exponerlos alguna vez a la misma suerte que tuvo el soneto del *Misántropo*. Al principio de toda la obra debía ir una vida del autor, para la cual había reunido bastantes materiales, que me lisonjeaba de no emplear mal. Había conocido un poco al abate de Saint-Pierre en su vejez, y la veneración que me merecía su memoria era para mí una garantía de que de ningún modo podría el conde estar descontento del concepto que me merecía su tío.

Hice el primer ensayo con *La paz perpetua*, la más considerable y acabada de todas las obras que contenía la colección; y antes de entregarme a mis reflexiones tuve el valor de leer todo cuanto el abate había escrito sobre este bello asunto, sin desalentarme jamás por su prolijidad y repeticiones. El público ha visto ya este extracto; así, pues, nada tengo que decir. En cuanto al juicio que del mismo hice no se ha impreso, e ignoro si se publicará alguna vez; pero lo escribí al par del extracto. De éste pasé a la *Polisinodia*, o pluralidad de consejos, obra escrita en tiempo de la Regencia, para apoyar el gobierno que ésta había elegido, que valió al abate ser expulsado de la Academia francesa por algunas diatribas contra la administración precedente, que incomodaron a la duquesa de Maine y al cardenal de Polignac. Este escrito, lo mismo que el anterior, fue concluido al propio tiempo que su juicio crítico, pero me detuve aquí, sin querer continuar un trabajo al que no hubiera debido dar comienzo.

La consideración que me hizo renunciar a él surge naturalmente y es rarísimo que no se me hubiese ocurrido antes. La mayor parte de las obras del abate de Saint-Pierre eran o contenían observaciones críticas sobre algunos ramos del gobierno de Francia, y las había tan libres que fue asaz dichoso por haberlas podido hacer impunemente. Pero en las oficinas ministeriales se había tenido siempre al abate de Saint-Pierre por una especie de predicador más bien que por un verdadero político, y le dejaban hablar con entera libertad, porque veían que nadie le hacía caso. Si yo hubiese logrado llamar la atención hacia él, el caso habría sido diferente. Él era francés, yo no; y al atreverme a repetir sus censuras, aunque bajo su nombre, me exponía a que me preguntasen con alguna rudeza, y no injustamente, quién me mandaba meterme en ello. Mas, por fortuna, antes de ir más lejos, vi el motivo que iba a dar para ser atacado, y me retiré precipitadamente. Ya sabía yo que viviendo en medio de los hombres, y de hombres todos más poderosos que yo, de cualquier modo que me condujese jamás podría ponerme al abrigo del daño que me quisiesen hacer. En todo esto sólo había una cosa, que dependía de mí, y era que cuando quisiesen hacérmelo, hubiese de ser injustamente. Esta máxima que me hizo abandonar al abate de Saint-Pierre me ha hecho renunciar con frecuencia a otros proyectos mucho más queridos. Las gentes siempre dispuestas a hacer un crimen de la adversidad se pasmarían si supiesen con qué prolijo cuidado he procurado toda mi vida que nunca se pudiese decir de mis desventuras: «Las tiene bien merecidas.»

El abandono de este trabajo me dejó indeciso durante algún tiempo acerca de a cuál había de dedicarme, y este intervalo de ocio fue mi perdición, pues permitióme entregarme a las reflexiones sobre mí mismo, a falta de objeto exterior en que pensar. Ya no tenía proyecto alguno para el porvenir que diese pasto a mi imaginación; ni aun me era posible formar ninguno, puesto que la posición en que me hallaba era precisamente tal que en ella se pintaban todos mis deseos; ningún nuevo objeto tenía que desear y, no obstante, mi corazón no se hallaba satisfecho. Y este estado era tanto más cruel, en cuanto que yo no entreveía otro mejor. Había depositado mis más tiernos afectos en una persona grata a mi corazón, y ésta me correspondía. Vivía con ella libre de cuidados y, por decirlo así, a discreción. Sin embargo, ni a su lado ni lejos de ella dejaba de sentir un secreto pesar que me oprimía el corazón. Al poseerla, aún me parecía que no era mía, y sólo el pensar que yo para ella no era todo, hacía que ella fuese casi nada para mí.

Contaba con amigos de ambos sexos, con quienes me unía la amistad más pura, por efecto de la más perfecta estimación; creía que me correspondían verdaderamente, y ni una sola vez había dudado de su sinceridad; con todo, dicha amistad me causaba más tormento que halago, por su obstinación y hasta su afectación en

querer contrariar todos mis gustos, mis inclinaciones y mi manera de vivir; de tal modo que bastaba que pareciera que yo deseaba una cosa, que sólo me interesaba a mí, aunque en nada dependiese de ellos, para verles coaligarse inmediatamente, con el fin de obligarme a renunciar a ella. Este empeño en censurar mis deseos sin perdonar nada en ellos, tanto más injusto cuanto que yo, lejos de fiscalizar los suyos, ni siquiera me cuidaba de saberlos, me fue tan cruelmente doloroso, que al fin no podía recibir una sola carta de alguno de ellos sin que al abrirla no se apoderase de mí un temor, que su lectura justificaba demasiado. Para personas todas más jóvenes que yo, que necesitaban bastante para sí mismos las lecciones que me prodigaban, me parecía que era tratarme demasiado como a un niño. Yo les decía: «Quiéranme como yo les quiero, pero no se mezclen en mis asuntos, así como yo no me mezclo en los de ustedes; esto es cuanto les pido.» Si de estas dos cosas me han concedido una, no ha sido ciertamente la última.

Tenía una vivienda aislada, en medio de una sociedad encantadora, y siendo en mi casa dueño, podía vivir a mi manera sin que nadie tuviese derecho de inspeccionarla. Mas esta vivienda me imponía deberes que cumplir, dulces, pero indispensables. Mi libertad era precaria; debía esclavizarme por mi propia voluntad más que por las órdenes que pudiesen darme; no podía decir al levantarme: «Emplearé el día de hoy como mejor me plazca.» Hay más: fuera del arreglo hecho con la señora de Epinay, estaba sujeto a otra dependencia mucho más enojosa aún, por parte del público y de los importunos. La distancia a que me hallaba de París no impedía que diariamente acudiese a mi casa una multitud de desocupados que, no sabiendo cómo emplear el tiempo, me hacían perder el mío sin el menor escrúpulo. Cuando menos lo esperaba me veía acometido sin piedad; y raras veces he hecho un hermoso proyecto para pasar el día sin verlo frustrado por algún visitante importuno.

En una palabra, no hallando un goce puro en medio de los bienes que más había codiciado, mi fantasía me llevaba con ímpetu a los serenos días de mi juventud, y a veces exclamaba suspirando: «¡Ah, esto tampoco es aquello de las Charmettes!»

El recuerdo de las diversas épocas de mi vida me llevó a reflexionar sobre el punto a que había llegado, y vime en el ocaso de la vida presa de agudos males y creyéndome próximo al fin de mi carrera, sin haber gozado plenamente casi ninguno de los placeres que mi corazón anhelaba, sin haber dado libre vuelo a los sentimientos vehementes que en su fondo se escondían, sin haber saboreado ni haber probado siquiera esa voluptuosidad embriagadora que sentía vigorosa en mi alma, y que por falta de objeto se hallaba en ella comprimida siempre, sin poder exhalarse más que en suspiros.

¿Cómo era posible que con un alma naturalmente expansiva, para la cual vivir era amar, no hubiese hallado aún hasta entonces un

amigo verdadero cuando me sentía nacido para serlo? ¿Cómo era posible que dotado de un temperamento tan ardiente, con un corazón todo amor, no hubiese éste ardido en su llama por un objeto determinado una vez siquiera? Me veía próximo a las puertas de la vejez, devorado por la necesidad de amar, sin haberlo podido satisfacer nunca y a morir sin haber vivido.

Estas reflexiones tristes, pero tiernas, hacían que me reconcentrase en mí mismo con un pesar que no carecía de dulzura. Parecíame que el destino quedaba debiéndome algo. ¿Por qué hacerme nacer con excelentes cualidades, para dejarlas hasta la postre sin aplicación? El sentimiento de mi valor interno me desquitaba en parte, representándome la injusticia del hecho, y me hacía derramar lágrimas que yo me complacía en dejar correr.

Era en la más bella estación del año cuando me entregaba a estas meditaciones, en el mes de junio, a la sombra de frescas arboledas, oyendo el trino del ruiseñor y el murmullo de los arroyos. Todo contribuyó a sumergirme de nuevo en esa molicie asaz seductora, para la que había nacido, pero de la que hubiera debido librarme para siempre el tono áspero y severo a que me había elevado una prolongada efervescencia. Desgraciadamente, ocurrióme recordar la comida del castillo de Toune y mi encuentro con aquellas dos encantadoras niñas, en la misma estación y en sitios semejantes a éstos en que a la sazón me hallaba. Este recuerdo, que hacíamelo aún más dulce el de la inocencia a que iba unido, me trajo otros del mismo género. Pronto vi en derredor reunidos cuantos objetos me habían conmovido en mi juventud, la señorita Galley, la de Graffenried, la de Breil, la señora de Bazile, la de Larnage, mis jóvenes alumnas, y hasta la salada Zulietta, que mi corazón no puede olvidar. Vime en medio de un serrallo de huríes, de mis antiguas conocidas. No era nuevo el sentimiento que me inspiraba la afición viva que les tenía; mi sange se enardece y chispea, la cabeza se me va, a pesar de mi cabello ya encanecido, y cátate aquí al grave ciudadano de Ginebra, al austero Juan Jacobo convertido de improviso en el extravagante pastor, a eso de los cuarenta y cinco años. Aunque tan repentina y loca, la especie de embriaguez que de mí se apoderó fue tan viva y duradera, que para curar de ella fue necesaria la imprevista y terrible crisis de los males en que me precipitó

Pero por viva que fuese esta embriaguez, no llegó al punto de hacerme olvidar mi situación y mi edad, de lisonjearme con la esperanza de poder inspirar amor todavía y de despertar en mí la tentación de comunicar este fuego devorador, pero estéril, que desde mi infancia consumía en vano mi corazón. No lo esperaba, ni aun lo deseaba. Sabía muy bien que el tiempo de amar había pasado; conocía demasiado cuán ridículos son los galanes rancios para caer en lo mismo, y no era capaz de volverme atrevido y confiado en el

ocaso de mi vida, después de haberlo sido tan poco durante mis mejores años.

Por otra parte, siendo amigo de la paz, hubiera temido las tormentas domésticas, y amaba demasiado a Teresa para querer exponerla al dolor de ver que otras me inspiraban sentimientos más vivos que ella.

¿Qué hice en tal ocasión? Por poco que me haya conocido, el lector lo habrá adivinado. La imposibilidad de alcanzar los objetos reales me lanzó al país de las quimeras; y no viendo nada real que satisficiese mi delirio, lo distraje con un mundo ideal, que mi imaginación creadora pobló en breve de seres conformes con las aspiraciones de mi corazón. Jamás vino tan a propósito este recurso ni resultó tan fecundo. En mis continuos éxtasis me embriagaba a más no poder con los sentimientos más dulces que jamás hayan entrado en el corazón del hombre. Olvidando completamente la raza humana, formé criaturas y sociedades perfectas, tan celestiales por sus virtudes como por su belleza, amigos seguros, tiernos, fieles, tales como jamás los hallaré aquí abajo. De tal modo me aficioné a cernerme así en el empíreo, en medio de los hermosos seres que allí me rodeaban, que pasaba las horas y los días olvidado de todo; y perdiendo el recuerdo de cualquier otra cosa, apenas había tomado aprisa un bocado, cuando ya me desazonaba el prurito de correr a esconderme en mis bosquecillos. Cuando en el momento de partir para el mundo encantado llegaba algún desdichado mortal que venía a retenerme sobre la tierra, no podía moderar ni ocultar mi despecho; y no siendo dueño de mí, le recibía tan bruscamente que podía considerarse como brutal la acogida. Esto hizo que se confirmase mi reputación de misántropo, de suerte que fue debida a lo mismo que hubiera contribuido a proporcionarme una enteramente opuesta, si se hubiese conocido mejor mi corazón.

En lo más vivo de mi exaltación, de repente, como una cometa por el cordón que la recoge, fui traído de nuevo a mi lugar por la Naturaleza, que se valió de un ataque bastante vivo de mi dolencia. Empleé el único remedio capaz de aliviarme, a saber, las sondas, y esto dio tregua a mis angélicos amores, porque, además de que poco está uno para amores cuando sufre, mi imaginación, que se anima en el campo y en las arboledas, languidece y muere en una habitación y bajo las vigas de un techo. ¡Cuántas veces he sentido que no existiesen dríades! ¡Indudablemente hubiera puesto en ellas mi cariño!

Otros disgustos domésticos vinieron al propio tiempo a aumentar mis pesares. La señora Le Vasseur, mientra me hacía los mayores cumplimientos, procuraba enajenarme a su hija cuanto podía. Recibí diversas cartas de mis antiguos vecinos donde vi que la buena vieja había contraído varias deudas, sin que yo supiese nada, a nombre de Teresa, la cual, sabiéndolo, no me había dicho una palabra. No me incomodó tanto el tener que pagarlas como haberlo

hecho secretamente. ¿Cómo aquella para quien no tuve yo secreto alguno podía tenerlos para mí? ¿Puede disimularse algo a la persona amada? El círculo del barón, viendo que no hacía viaje alguno a París, empezó a temer de veras que el campo me agradase y que tuviese la humorada de quedarme en él. Entonces tuvieron principio los ardides con que procuraron llamarme indirectamente a la ciudad. Diderot, no queriendo manifestarse él mismo tan pronto, empezó por enviarme a Deleyre. Éste conocía al primero por mediación mía, y sin comprender el verdadero objeto, me transmitía las impresiones que Diderot quería comunicarle.

Todo parecía juntarse para arrancarme de mi dulce cuanto loco delirio. Todavía no estaba curado de mi ataque, cuando recibí un ejemplar del poema sobre la ruina de Lisboa, que creí haberme sido remitido por su autor. Esto me obligó a escribirle y hablarle de su obra. Así lo hice en una carta que ha sido impresa mucho tiempo después, sin mi permiso, como se verá luego.

Sorprendido de ver a este pobre hombre, agobiado, por decirlo así, a prosperidades y gloria, tronar de continuo amargamente contra las miserias de esta vida y encontrarlo siempre todo mal, concebí el insensato proyecto de hacerle volver en sí y probarle que todo estaba bien. Voltaire, pareciendo siempre creer en Dios, jamás ha creído sino en el diablo, puesto que su pretendido Dios no era más que un ser maléfico, que, a su entender, sólo se complace en hacer daño. Lo absurdo de esta doctrina, que salta a la vista, es irritante, sobre todo tratándose de un hombre colmado de toda suerte de bienes, que desde el seno de la felicidad se empeña en desesperar a sus semejantes con el horrible y cruel espectáculo de todas las calamidades de que él está exento. Más autorizado que él para pesar y enumerar los males de la vida humana, los examiné con equidad, y le probé que no había uno solo de todos aquellos males que pudiese inculparse a la Providencia, y que tuvo su origen en el abuso que hizo el hombre de sus facultades, más que en la misma naturaleza. En esta carta le traté con toda la cortesía y consideración, con todas las atenciones y puedo añadir que con todo el respeto posible. Sin embargo, sabiendo que era muy susceptible, no le remití esta carta directamente, sino por intermedio del doctor Tronchin, médico y amigo suyo, con amplias facultades para que se la diese o no, según lo creyese más conveniente. Tronchin se la dio y Voltaire me contestó en pocas líneas que, teniendo a su cuidado un enfermo y estándolo él también, dejaba para más adelante el contestarme, y no dijo una palabra más sobre el asunto. Al enviarme esta carta, Tronchin me escribió en términos que revelaban poco aprecio hacia el que se la había entregado.

Nunca he publicado estas dos cartas, ni siquiera las he mostrado a nadie, pues no me gusta hacer ostentación de esta clase de pequeños triunfos; pero se hallan los originales entre mis papeles,

legajo A, números 20 y 21. Desde entonces Voltaire ha publicado la réplica que me había prometido, pero sin enviármela, y es la novela *Cándido,* de la que no puedo hablar, porque no la he leído.

Todas estas diversiones hubieran debido curarme radicalmente de mis fantásticos amores, y quizá eran un medio que me ofrecía el Cielo de precaverme de sus funestas consecuencias; pero pudo más mi mala estrella; y apenas empezaba a salir otra vez de casa, cuando mi corazón, mi cabeza y mis pies volvieron a tomar el mismo camino. Digo el mismo, pero lo fue sólo hasta cierto punto, porque, algo menos exaltadas, mis ideas se fijaron esta vez en la tierra, aunque escogiendo de un modo tan exquisito todo lo más selecto de cuanto podría encontrarse en ella, que esta elección era casi tan quimérica como el mundo imaginario que había abandonado.

Representéme el amor y la amistad, los dos ídolos de mi corazón, bajo las imágenes más encantadoras. Complacíme en adornarlas con todas las galas del bello sexo que siempre me habían cautivado. Imaginé dos amigas con preferencia a dos amigos, porque si es un ejemplo más raro, es también más halagüeño. Dotélas de caracteres análogos, pero diferentes; de cuerpos no perfectos, sino de mi gusto, animados por la benevolencia y la sensibilidad. Una fue morena y rubia la otra; una vivaracha, otra lánguida; una discreta, frágil la otra, pero con una fragilidad tan conmovedora que aun parecía tener mayor virtud. Di a una de las dos un amante por quien tuvo la otra el afecto de una tierna amiga, y aún algo más, pero no admití rivalidad, ni rencillas, ni celos, porque me es difícil imaginar cualquier sentimiento penoso, y no quería oscurecer este bello cuadro con nada que degradase a la naturaleza. Prendado de mis dos hermosos modelos me identifiqué cuanto pude con el amante y el amigo; pero lo hice amable y joven, dándole además las virtudes y defectos que en mí sentía.

Para colocar mis personajes en un lugar digno de ellos me detuve en examinar sucesivamente los que había visto en mis viajes. Mas no hallé floresta bastante agradable ni paisaje bastante poético para mi gusto. Los valles de Tesalia hubieran podido satisfacerme, si los hubiese visto; pero mi imaginación, fatigada de inventar, pedía algún país real que le sirviese de apoyo y me ilusionase respecto a la existencia de los habitantes que en él quería establecer. Durante mucho tiempo pensé en las islas Borromeas, cuyo delicioso aspecto me había entusiasmado; pero hallé en ellas sobrado ornato y artificio para mis personajes. Necesitaba además un lago, y acabé por escoger aquel junto al cual no ha cesado de vagar mi corazón. Fijéme en la parte de las márgenes de este lago, donde desde hacía mucho tiempo deseaba establecer mi residencia en la imaginaria felicidad que la suerte me ha limitado. El país natal de mi pobre madre también tenía para mí un atractivo predilecto. El contraste de su situación, la riqueza y variedad de los sitios, la magnificencia, la majestad del

conjunto que halaga los sentidos, conmueve el corazón y eleva el alma, acabaron de resolverme y coloqué mis jóvenes pupilas en Vevey. He aquí todo lo que imaginé por punto de partida; lo demás fue adicionado en lo sucesivo.

Durante mucho tiempo me limité a un plan tan vago, porque era cuanto bastaba para llenar mi imaginación de objetos gratos y mi corazón de los sentimientos de que gusta alimentarse. A fuerza de repetirse estas ficciones, al fin tomaron más consistencia y se fijaron en mi cerebro bajo una forma determinada. Entonces fue cuando tuve el capricho de estampar en el papel algunas de las situaciones que aquéllas me ofrecían; y recordando cuanto en mi juventud había sentido, di así libre vuelo, en cierto modo, a los deseos que no había podido satisfacer y que me devoraban.

Al principio extendí sobre el papel algunas cartas dispersas, sin orden ni enlace; y cuando quise unirlas me hallé, a menudo, con bastantes dificultades. Lo que difícilmente podría creerse, y fue, sin embargo, la pura verdad, es que la primera y la segunda parte han sido escritas casi enteramente de este modo, sin que tuviese ningún plan determinado, y aun sin prever que algún día me tentaría el deseo de componer un libro en regla. Así se ve que estas dos partes, formadas impremeditadamente con materiales que no fueron preparados para llenar el lugar que ocupan, están llenas de una verbosidad que no se halla en las otras.

En lo más recio de mis delirios recibí una visita de la señora de Houdetot, la primera que me hizo en su vida, mas, por desgracia, no la última, como se verá en lo sucesivo. La condesa de Houdetot era hija del difunto señor de Bellegarde, asentista general, hermana del señor de Epinay y de los señores de Lalive y de la Briche, quienes posteriormente han sido introductores de embajadores. Ya he dicho cómo la conocí antes de casarse. Después de su matrimonio sólo la había visto en las fiestas de la Chevrette, en casa de la señora de Epinay, su cuñada. Habiendo pasado con frecuencia varios días con ella, así en la Chevrette como en Epinay, no sólo la hallé siempre muy amable, sino que también me pareció ver en ella cierta predilección hacia mí. Gustábale pasear conmigo; ambos éramos andariegos, y entre nosotros la conversación jamás languidecía. No obstante, nunca fui a verla a París, aunque me lo había rogado y aun solicitado varias veces. Todavía me la hicieron más interesante sus relaciones con el señor de Saint-Lambert, con quien empezaba a tener yo amistad; y cuando vino a verme en el *Ermitage* fue para traerme noticias de este amigo, que por entonces creo que estaba en Mahón.

Esta visita se pareció a un principio de novela. Equivocó el camino. El cochero, dejando uno que daba un rodeo, quiso atravesar en línea recta desde el molino de Clair-Vaux al *Ermitage;* el carruaje se atascó en el fondo de la cañada; ella se decidió a bajar v hacer a

pie el resto del trayecto. Pronto se rompió su lindo calzado; se metió en el barro; su séquito se vio apurado para sacarla de allí, y al fin llegó al *Ermitage* llena de lodo y lanzando ruidosas carcajadas, a las que hice coro, al verla llegar de aquella manera. Fue necesario que se mudara toda; Teresa facilitó lo necesario, y yo le supliqué que olvidase su rango para hacer una colación rústica que le agradó en extremo. Era tarde y estuvo poco rato; pero la entrevista fue tan divertida, que la dejó contenta y pareció dispuesta a volver. Con todo, no realizó este proyecto hasta el siguiente año; mas esta tardanza no me libró de nada.

Difícilmente se adivinaría cómo pasé el otoño; fui guarda de la fruta del señor de Epinay. El *Ermitage* era el depósito de aguas del parque de la Chevrette y había allí un jardín cercado de paredes, guarnecidas de espalderas y otros árboles, que daban al señor de Epinay más fruta que su huerta de la Chevrette, a pesar de que le robaban las tres cuartas partes. Para no ser un huésped absolutamente inútil, me encargué de ser director del jardín e inspector del jardinero. Hasta el tiempo de la fruta todo fue bien; mas a medida que maduraba, desaparecía sin saber cómo. El jardinero me aseguró que eran los lirones que se la comían toda. Perseguí a los lirones, destruí muchos; mas la fruta desaparecía del mismo modo; púseme en acecho y descubrí, al fin, que el gran lirón era el mismo jardinero. Éste vivía en Montmorency, desde donde acudía todas las noches con su mujer y sus hijos; se llevaba el acopio de fruta que había hecho durante el día, y la hacía vender en el mercado de París, tan sin rebozo, como si hubiera tenido una huerta suya. Este miserable, a quien yo colmaba de beneficios, cuyos hijos vestía Teresa, y a cuyo padre, mendigo, casi mantenía, nos robaba con tanta facilidad como descaro, no siendo ninguno de los tres bastante vigilante para obrar con orden; en una sola noche logró vaciar mi cueva, que al siguiente día hallé vacía. Mientras no parecía perjudicarme sino a mí, lo sufrí todo; pero queriendo rendir cuentas de la fruta, me vi obligado a denunciar al ladrón. La señora de Epinay me rogó que le pagase y le despidiese y que tomase otro jardinero. Esto fue lo que hice. Como aquel miserable rondaba todas las noches por el *Ermitage* armado de un gran palo ferrado que parecía una porra, seguido de otros bribones de su misma calaña, dispuse, para tranquilizar a las mujeres que estaban espantadas con este hombre, que su sucesor se quedase a dormir en el *Ermitage*; y viendo que todavía no era esto bastante, mandé pedir a la señora de Epinay una escopeta que puse en el cuarto del jardinero, a quien encargué que no la usara sino en caso de necesidad, y en el supuesto de que intentasen forzar la puerta o escalar el jardín, y que tirase con pólvora sola, únicamente para ahuyentar a los ladrones. Seguramente no podía tomar menos precauciones para la seguridad común un hombre incomodado, teniendo que pasar el invierno solo en compañía de mujeres tímidas.

En fin, adquirí un perrito para que sirviese de centinela. Habiendo venido a verme Deleyre por este tiempo, le referí el caso, y ambos nos reímos de mis pertrechos militares. De vuelta a París, él quiso hacer reír a Diderot con ello, y he aquí cómo el círculo de Holbach supo que de veras quería yo pasar el invierno en el *Ermitage*. Esta constancia, que no habían esperado, les desorientó; e ínterin hallaban otras intrigas para hacerme desagradable mi asilo [1] por medio de Diderot, comisionaron al mismo Deleyre, quien, habiendo hallado mis precauciones muy naturales al principio, acabó por hallarlas contrarias a mis ideas, y más que ridículas, en cartas donde me llenaba de chanzas desagradables y bastante punzantes para incomodarme, si mi genio hubiese estado dispuesto para ello. Pero saturado a la sazón de sentimientos afectuosos y tiernos, y no siendo susceptible de otro alguno, no veía más que el chiste en sus agrios sarcasmos y hallaba gracioso lo que cualquier otro habría tenido por extravagante.

A fuerza de vigilancia y cuidado logré guardar tan bien el jardín, que aunque la cosecha de la fruta fue aquel año mala, el producto fue el triple del de los años precedentes; y es muy cierto que no perdoné nada para preservarla, hasta el punto de escoltar las remesas que dirigía a la Chevrette y a Epinay, y llevar cestas yo mismo. Recuerdo así, que la *tía* y yo llevamos una tan pesada, que, próximos a sucumbir bajo el peso de la carga, nos vimos obligados a descansar cada diez pasos, y llegamos sudando a mares.

1757.–Cuando el invierno empezó a sitiarme en casa, quise reanudar mis ocupaciones caseras; pero me fue imposible. En todas partes veía las dos bellas compañeras, su amiga, sus paseos, el país en que moraban, objetos creados o embellecidos por ellas en mi imaginación. No tenía un momento de sosiego; el delirio no me abandonaba; y después de innumerables esfuerzos vanos para apartar de mi mente todas aquellas ficciones, al fin me vi enteramente vencido por ellas, y no pensé más que en poner alguna ilación y orden para componer una especie de novela.

Lo que me molestaba grandemente era la vergüenza de desmentirme así yo mismo tan clara y terminantemente. Después de los severos principios que acababa de establecer con tanto aparato; después de los austeros principios que había predicado tan vigorosamente; después de tan mordaces invectivas contra los libros afeminados que respiraban amor y molicie, ¿podía darse nada más inespe-

---

[1] Ahora me admira la estupidez mía de no haber visto, cuando éste existía, que el despecho con que la pandilla de Holbach me vio ir y quedarme en el campo debíase a que no tenía en su poder a la señora Le Vasseur para guiarla con su sistema de imposturas por medio de reglas fijas de tiempos y lugares. Esta idea, que tan tarde se me ocurre, aclara perfectamente lo extraño de su conducta, que en cualquier otro caso es inexplicable.

rado, nada más chocante que verme repentinamente inscrito entre los autores de estos libros por mí tan duramente castigados? Conocía toda la fuerza de esta inconsistencia; me la echaba en cara, avergonzábame de ello y hasta me exasperaba; mas nada fue bastante para hacerme entrar en razón. Subyugado completamente, preciso fue someterme a todo riesgo y resolverme a arrostrar el qué dirán, quedándome la libertad de deliberar en lo sucesivo si me resolvería a mostrar o no mi obra, pues aún no suponía que llegase a publicarla.

Una vez tomada esta resolución, me entregué completamente a mis sueños, y a fuerza de darles vueltas en mi mente, al fin formé la especie de plan en que se han visto desarrollados. Éste era seguramente el mejor partido que podía sacarse de mi locura; el amor a lo bueno, que jamás se ha apartado de mi corazón, me encaminó hacia objetos útiles, donde la moral pudiese ganar algo. Mis cuadros voluptuosos hubieran perdido toda la gracia si en ellos hubiese faltado el suave colorido de la inocencia. Una joven débil es un ser digno de compasión que el amor puede hacer interesante, y que frecuentemente no es menos amable; mas ¿quién puede sufrir sin indignación el espectáculo de las costumbres que están de moda? Y ¿qué cosa más irritante que el orgullo de una mujer infiel, que pisoteando abiertamente todos sus deberes pretende que su marido le esté agradecido a la gracia que ella le concede no dejándose coger in fraganti? Los seres perfectos no se hallan en la Naturaleza, y la enseñanza que pueden darnos no está a nuestro alcance. Pero si una joven nacida con un corazón tan tierno como virtuoso se rinde al amor siendo doncella y cuando mujer halla fuerzas en sí misma para vencerlo, a su vez, y vuelve a ser virtuosa, quienquiera que asegure ser éste un cuadro escandaloso e inútil, es un mentiroso y un hipócrita a quien no se debe escuchar.

Además de este objeto de moral y de virtud conyugal en que radica todo el orden social, me impuse otro, secreto, de concordia y de paz pública; otro más grande, más importante, quizá, en sí mismo, y por lo menos, en aquella ocasión, más interesante. Lejos de calmarse la excitación producida por la *Enciclopedia*, estaba entonces en su mayor fuerza. Los dos partidos, desencadenados uno contra otro con imponderable furor, más bien parecían lobos furiosos, encarnizados, que cristianos y filósofos que recíprocamente desean ilustrarse, convencerse y encaminarse a la verdad. Quizá no les faltaba a uno y a otro más que un jefe turbulento e influyente para que su contienda degenerase en guerra civil. Dios sabe lo que hubiera resultado de una guerra civil de religión, en que la más cruel intolerancia hubiera llegado a su colmo por ambas partes. Enemigo nato de todo espíritu de partido, había dicho con franqueza a unos y a otros verdades amargas, que no habían sido oídas. Entonces acudí a otro recurso, que en mi simplicidad me pareció admirable, y fue moderar sus recíprocos odios destruyendo sus preocupaciones y

mostrando a cada partido los méritos y virtudes del otro, dignos de la estimación pública y del respeto de todos. Este insensato proyecto, que suponía buena fe en los hombres, y por el cual caía en el defecto que censuré al abate de Saint-Pierre, dio el resultado que debía dar: no calmó a los partidos, sino que los juntó para atropellarme. Ínterin la experiencia me sacaba de mi locura, me entregué a ella con un celo que me atrevo a llamar digno del objeto que me lo inspiraba, y describí los dos caracteres de Wolmar y de Julia con un alborozo que me hacía esperar que saldrían ambos amables, y lo que es más, el uno por el otro.

Contento con haber bosquejado a grandes líneas mi plan, volví a tomar las situaciones de detalle que había trazado; y del arreglo que hice resultaron las dos primeras partes de *Julia*, que escribí y puse en limpio durante este invierno con un placer inexplicable, empleando el más hermoso papel dorado, arenilla azul y de plata para secar la tinta, cinta azul para coser los pliegos; nada, en fin, me parecía bastante elegante, nada bastante lindo para las dos encantadoras niñas, de quienes estaba enamorado como otro Pigmalión. Cada noche junto al hogar leía y releía estas dos partes a las amas de casa. Sin decir nada, la hija sollozaba conmigo de ternura; la madre, no hallando allí cumplimientos, no comprendía palabra, estaba tranquila y se contentaba con repetir en los momentos de silencio: *Señor, esto es muy hermoso.*

La señora de Epinay, inquieta sabiendo que me hallaba solo, en invierno y en medio de los bosques, en una casa aislada, enviaba muy a menudo a preguntar por mí. Jamás tuve pruebas tan verdaderas de su amistad, ni le correspondí jamás tan vivamente. Mal haría si entre estos dos testimonios no hiciese especial mención de un retrato suyo que me envió, pidiéndome instrucciones para obtener el mío, que pintó Latour y había estado expuesto en el *Salón*. Tampoco debo omitir otra de sus atenciones, que parecerá risible, pero que es una página de la historia de mi carácter, por la impresión que en mí produjo. Un día de cruda helada, al abrir un paquete que me enviaba con varias frioleras de que se había encargado, hallé en él un pequeño zagalejo o refajo, de franela de Inglaterra, que parecía haber sido usado y del que quería que me hiciese una almilla. El tono de su billete era delicioso, lleno de cariño y de ingenuidad. Este cuidado, más que amistoso, me pareció tan tierno como si se hubiese despojado para vestirme, y lleno de emoción besé llorando repetidas veces la carta y el zagalejo. Teresa creyó que me había vuelto loco. Es singular que de todas las pruebas de amistad que la señora de Epinay me ha prodigado, ninguna me conmovió tanto como ésta, y que, aun después de nuestro rompimiento, me ha enternecido siempre su recuerdo. He conservado este billete mucho tiempo, y lo conservaría aún si no hubiese sufrido la misma suerte que mis otras cartas de aquella época.

Aunque en aquel entonces mis retenciones de orina me dejaban poco descanso en el invierno, y durante una parte no pude hacer otra cosa que cuidarme de las sondas, sin embargo, a pesar de todo, fue la época que pasé más grata y con más tranquilidad desde que me fijé en Francia. Durante los cuatro o cinco meses en que por causa del mal tiempo estuve más libre de importunos, gocé mejor que antes y después de las ventajas de esa vida independiente, igual y sencilla, cuyo goce no hacía más que realzar su precio, sin otra compañía real que las dos amas de gobierno y la ideal de las dos primas. Entonces fue cuando más que nunca me felicitaba cada día de la resolución que había tenido el buen sentido de tomar, sin hacer caso de los clamores de mis amigos, disgustados de verme libre de su tiranía; y cuando supe el atentado de un furioso [1] por medio de Deleyre y la señora de Epinay, que me hablaban en sus cartas de la alarma y agitación que reinaban en París, cuánto agradecí al Cielo que me hubiese alejado de esos espectáculos de horrores y de crímenes, que no hubieran hecho más que alimentar y agriar el humor bilioso que me había comunicado el aspecto de los desórdenes públicos, mientras que, no viendo en derredor mío sino objetos risueños y dulces, mi corazón sólo se entregaba a sentimientos agradables. Consigno aquí con placer el curso de los últimos momentos apacibles que me han sido concedidos. La primavera que siguió a este invierno tan sereno vio apuntar el germen de mis desdichas, que todavía no he descrito, y en cuyo tejido no se verá ya otro intervalo semejante, en el que haya tenido ocasión de respirar.

Con todo, paréceme recordar que durante este intervalo de paz, ni aun en el fondo de mi soledad podía estar completamente tranquilo, por causa de los contertulios de Holbach. Diderot me suscitó un enredo, y mucho me equivoco o fue durante este invierno cuando salió *El hijo natural*, del que tendré que hablar en breve. Además de que, por diversas causas, que se irán viendo, me han quedado pocos documentos seguros de esta época y los que me han dejado no sirven de mucho para fijar las fechas. Diderot jamás las consignaba, las señoras de Epinay y de Houdetot casi nunca ponían más que el día de la semana, y Deleyre hacía lo mismo, las más de las veces. Cuando quise arreglar estas cartas por orden, me fue preciso hallar por tanteo una fecha de que no podía estar seguro. Así, no siéndome posible fijar con certeza el comienzo de todas estas disensiones, prefiero reunir desde luego en un solo artículo todo lo que puedo recordar.

La vuelta de la primavera había redoblado mi tierno delirio, y en mis exóticos raptos había compuesto para las últimas partes de *Julia* varias cartas que se resienten del éxtasis en que las escribí. Entre otras puedo citar la del Elíseo y la del paseo del lago, que, si mal no

---

[1] Damieus atentó contra Luis XV el 4 de julio de 1757.—*N. del T.*

recuerdo, se hallan al fin de la parte cuarta. Cualquiera que al leer estas dos cartas no sienta ablandársele el corazón con la ternura que me las dictó, debe cerrar el libro: no ha nacido para juzgar en materia de sentimientos.

Precisamente por aquel mismo tiempo recibí de la señora de Houdetot una segunda visita imprevista. Durante la ausencia de su marido, que era capitán de gendarmería, y de su amante, que también estaba en el servicio, se había venido a Eaubonne, en medio del valle de Montmorency, donde había alquilado una bonita casa. Esto motivó una nueva excursión al *Ermitage,* viaje que hizo a caballo, disfrazada de hombre. Aunque no me gustan esta clase de disfraces, me hizo gracia el corte novelesco de éste, y esta vez me enamoré de ella. Como fue la primera y única vez en mi vida, y cuyas consecuencias hacen que sea de imperecedera y terrible memoria para mí, séame permitido entrar en algunos detalles sobre este punto.

La señora condesa de Houdetot rayaba en los treinta y no era bella; tenía el rostro picado de viruelas, su tez carecía de finura, corta de vista y de ojos algo redondos; pero con todo, respiraba juventud, y su fisonomía, a un tiempo dulce y animada, era halagüeña; tenía una enorme cabellera negra, naturalmente ondulada que le llegaba hasta mucho más abajo de la cintura; su talle era esbelto, y en todos sus movimientos había cierta dejadez graciosa. Era de carácter franco y muy agradable; la alegría, el bullicio y la ingenuidad se pintaban bien en ella; abundaba en graciosos chistes no buscados, que a veces se escapaban de su boca, aun a pesar suyo. Poseía diversas habilidades, tocaba el clavicordio, bailaba bien y hacía versos bastante regulares. En cuanto a su carácter, era angelical; su base era la dulzura de alma; excepto la prudencia y la fuerza, reunía todas las cualidades buenas; tenía, sobre todo, tan excelente tacto, tal fidelidad en el trato social, que ni aun sus mismos enemigos tenían necesidad de ocultarse de ella, y entiéndase que tengo por enemigos suyos a todos los que la aborrecían, puesto que ella, por su parte, tenía un corazón que era incapaz de odiar, y creo que esta conformidad fue mucha parte para que me enamorara de ella. En la confidencia de la mayor intimidad jamás le he oído hablar mal de las personas ausentes, ni aun de su cuñada. No podía disimular lo que pensaba, ni sujetar ninguno de sus sentimientos; y estoy persuadido de que hablaba de su amante al mismo marido, como lo hacía a sus amigos, conocidos y a todo el mundo sin distinción. En fin, lo que prueba la pureza y sinceridad de su excelente carácter es que, sufriendo las mayores distracciones y más risibles ligerezas, a veces se le escapaban algunas asaz imprudentes para sí misma, pero nunca ofensivas para nadie.

Habíanla casado muy joven, y a pesar suyo, con el conde de Houdetot, hombre de elevada condición, buen militar, pero jugador, quisquilloso, muy poco amable y a quien jamás ha podido amar. En

el señor de Saint-Lambert halló todas las cualidades de su marido, junto con otras más agradables, ingenio, virtudes o instrucción. Si algo tienen de perdonable las costumbres de este siglo es, sin duda, un afecto depurado por su duración, honrado por sus efectos y que se ha cimentado en una estimación recíproca.

Según he podido comprender, venía a verme un poco por su gusto, pero principalmente para complacer a Saint-Lambert. Él se lo había suplicado creyendo, con razón, que la amistad que empezaba a establecerse entre nosotros haría que la intimidad nos fuese grata a los tres. Ella sabía que yo estaba al cabo de sus relaciones, y pudiendo hablarme de él sin ambages, era natural que le fuese grata mi compañía. Vino, la vi, y como estaba ebrio de amor sin objeto, esta embriaguez fascinó mis ojos, y este objeto se fijó en ella; vi a mi Julia en la señora de Houdetot, y a poco no vi más que a la señora de Houdetot, pero revestida de todas las perfecciones con que acababa de adornar al ídolo de mi corazón. Para acabar de trastornarme, me habló de Saint-Lambert como amante apasionada. ¡Oh fuerza contagiosa del amor! Oyéndola, hallándome a su lado, me sentía dominado de un temblor delicioso que jamás había experimentado junto a nadie. Ella hablaba y yo me sentía conmovido; creía no hacer más que tomar interés por sus sentimientos, cuando en realidad los experimentaba semejantes, tragaba a grandes sorbos el veneno del que sólo gustaba la dulzura. En fin, sin que uno ni otro lo notásemos, me inspiró todo lo que expresaba sentir por su amante. ¡Ay de mí! ¡Cuán tarde se me ocurrió y cuánto me hizo sufrir una pasión, tan desgraciada como viva, por una mujer cuyo corazón llenaba otro amor!

A pesar de los movimientos extraordinarios que había experimentado junto a ella, al principio no noté lo que me había pasado, sino después que hubo partido, cuando queriendo pensar en Julia me quedé pasmado viendo que no podía pensar sino en la señora de Houdetot. Entonces abrí los ojos; sentí mi desdicha y me condolí de ella, mas no preví sus consecuencias.

Durante mucho tiempo estuve titubeando acerca de la conducta que seguiría con ella, como si el verdadero amor dejase bastante libre la razón para deliberar. Todavía no estaba resuelto cuando volvió, cogiéndome desprevenido. Mas entonces yo tenía ya conciencia de mis sentimientos. La vergüenza, compañera del mal, me tuvo mudo y tembloroso ante ella; no me atrevía a levantar los ojos; me hallaba presa de una turbación inexplicable, que ella debió ver indefectiblemente. Yo me resolví a confesárselo, dejándole adivinar la causa, lo cual era decírsela con bastante claridad.

Si yo hubiese sido joven y amable, y la señora de Houdetot en lo sucesivo hubiese sido débil, condenaría aquí su conducta; mas nada de esto fue y no puedo menos de aplaudirla y admirarla. El partido que tomó fue tanto el de la generosidad como el de la prudencia. No

podía romper bruscamente conmigo sin decirle la causa a Saint-Lambert, que la había inducido a que me visitara; esto hubiera sido exponer a dos amigos a un rompimiento y quizá a un escándalo que ella quería evitar. Además, me tenía estimación y benevolencia. Tuvo lástima de mi locura, la compadeció sin halagarla y procuró curarme de ella. Deseaba conservar para su amante y para sí misma un amigo de quien hacía mucho caso; de nada me hablaba con tanto placer como de la íntima y dulce sociedad que podríamos formar entre los tres, cuando yo me volviese razonable. No siempre se limitaba a estas exhortaciones amistosas, y cuando era preciso no escaseaba los reproches más duros y por mi parte bien merecidos.

Yo mismo me los prodigaba; tan pronto como me hallé solo, volví en mí; después de haber hablado, me sentía más sereno; el amor es menos insoportable cuando es conocido de la persona que lo inspira. A ser posible me habría curado del mío la fuerza con que yo mismo me lo echaba en cara. ¡Cuán poderosos motivos llamé en mi auxilio para ahogarle! Mis costumbres, mis sentimientos, mis principios, la vergüenza, la infidelidad, el crimen, el abuso de confianza, en fin, lo ridículo de abrasarme a mi edad una pasión extravagante por un ser cuyo corazón, ocupado, no podía corresponderme ni darme esperanza alguna; pasión inoportuna que, lejos de poder ganar nada con la constancia, iba siendo cada día más insoportable.

¿Quién diría que esta última consideración, que debía reforzar todas las demás, fue la que las anuló? «¿Qué escrúpulo, decía entre mí, puedo tener en alimentar una pasión que sólo a mí puede dañar? ¿Soy acaso algún joven galán muy temible para la señora de Houdetot? En vista de mis presuntuosos remordimientos, cualquiera diría que mi galantería, mi donaire y mi elegancia habían de seducirla. ¡Ah!, pobre Juan Jacobo, ama cuanto quieras, con la conciencia tranquila, no temas que tus suspiros le quiten nada a Saint-Lambert.»

Hase visto que jamás fui presuntuoso, ni aun en mi juventud. Este modo de pensar era propio de mi ser moral, y halagaba mi pasión; por consiguiente, bastó para entregarme a ella sin reserva y aun para reírme del impertinente escrúpulo que me pareció más bien hijo de la vanidad que de la razón. Lección grande para las almas honradas; el vicio jamás las ataca de frente, pero halla medios de sorprenderlas, enmascarándose siempre con algún sofisma y a menudo con alguna virtud.

Culpable sin remordimiento, en breve lo fui desmedidamente, y véase ahora cómo siguió mi pasión las huellas de mi carácter, para arrastrarme, al fin, hasta el abismo. Al principio, tomó un aspecto humilde para tranquilizarme; y para hacerme emprendedor, llevó esta humildad hasta la desconfianza. La señora de Houdetot, sin dejar de llamarme a mi deber y a la razón, sin halagar nunca mi locura ni por un momento, me trataba con la mayor dulzura y

empleó conmigo el tono de la amistad más tierna. Esta amistad me habría bastado, lo juro, si la hubiese creído sincera; pero hallándola demasiado viva para ser verdadera, se me puso en la cabeza que el amor, tan impropio de mi edad y talante, me había envilecido a los ojos de la señora de Houdetot; que esta loquilla quería divertirse conmigo y mis rancias ternuras; que se lo había participado a Saint-Lambert, y que teniendo ambos las mismas miras por efecto de la indignación que les había causado mi infidelidad, estaban de acuerdo para acabar de hacerme perder la cabeza y burlarse de mí. Esta teoría que me había hecho desbarrar a la edad de veintiséis años, respecto a la señora de Larnage, a quien no conocía, se me hubiera podido perdonar a los cuarenta y cinco, respecto a la de Houdetot, si yo hubiese ignorado que ella y su amante eran harto discretos ambos para gozarse en tan bárbara diversión.

La señora de Houdetot continuó haciéndome visitas que yo no tardé en devolverle. Agradábale andar, como a mí mismo, y dábamos largos paseos por un país admirable. Contento con amar y atreverme a decirlo, me hubiera hallado en una situación, la más dulce, a no ser por mi excentricidad, que destruyó todo su embeleso. Al principio, ella no sabía a qué atribuir el mal gesto con que recibía sus caricias; pero incapaz de ocultar nada de cuanto pasa por mi interior, mi corazón no la dejó mucho tiempo ignorando mis dudas. Cuando las supo, quiso reírse; mas este proceder no surtió buen efecto, porque me habría producido arrebatos de cólera; entonces cambió de tono. Su compasiva dulzura fue invencible, hízome algunos reproches que me llegaron al alma, y manifestó que la inquietaban en alto grado mis injustos temores. Abusando de esta inquietud yo exigí pruebas de que no se burlaba de mí. Vio que no había otro medio de tranquilizarme y yo fui apremiante; el paso era delicado. Es sorprendente, quizá sin ejemplo, que una mujer, habiendo llegado a regatear, haya salido tan bien del paso. Nada me rehusó de cuanto puede conceder la más tierna amistad. Nada me concedió que pudiese hacerla infiel y tuve la humillación de ver que el fuego que en mis sentidos encendían sus ligeros favores jamás se comunicó a los suyos en lo más mínimo.

En alguna parte he dicho [1] que es preciso no conceder nada a los sentidos cuando se les quiere negar algo. Para conocer cuán falsa resultó esta máxima con respecto a la señora de Houdetot, y cuánta razón tuvo para contar consigo misma, sería forzoso detallar nuestras largas y frecuentes entrevistas, siguiéndolas en toda su viveza durante los cuatro meses que pasamos juntos, en una intimidad casi única entre dos amigos de diferente sexo, que se circunscriben a límites que no traspusimos jamás. ¡Ah!, si había tardado tanto en sentir un verdadero amor, ¡cuán bien pagaron entonces el retraso mi

[1] *Nueva Eloísa*, parte 3.ª, carta XVIII.–*N. del T.*

corazón y mis sentidos! ¿Cuál es, pues, el arrebato que debe sentirse junto al objeto amado de quien también somos amados, cuando un amor que no compartía el objeto querido puede producirlo semejante?

Pero hago mal en decir que ella no lo sentía, pues en cierto modo participaba de mis sentimientos; era el afecto igual por ambas partes, aunque no recíproco. Ambos estábamos ebrios de amor; ella, por su amante; yo, por ella; nuestros suspiros y deliciosas lágrimas se confundían. Mutuos confidentes, nuestros sentimientos eran tan afines, que no podían menos de confundirse en algún punto; y no obstante, en el seno de esta peligrosa embriaguez jamás se olvidó de sí un momento; y afirmo y juro que si alguna vez, arrastrado por mis sentidos, he intentado hacerla cometer una infidelidad, nunca lo he deseado verdaderamente. La misma vehemencia de mi pasión la contenía. El deber de la privación había exaltado mi espíritu, y el brillo de todas las virtudes adornaba al ídolo de mi corazón. Mancillar su divina imagen hubiera sido destruirla. Hubiera podido cometer el crimen; hay más, en mi fantasía lo cometí cien veces, pero envilecer a mi Sofía, ¡eso nunca! No, mil veces se lo dije a ella misma; aunque hubiese estado en mi poder, aun cuando por su propia voluntad se hubiese entregado a discreción, fuera de algunos breves momentos de delirio, hubiera rehusado ser dichoso a este precio. La amaba demasiado para querer poseerla.

Eaubonne dista cerca de una legua del *Ermitage;* en mis frecuentes viajes al primer punto, algunas veces me ha sucedido quedarme a dormir allí; un día, después de haber cenado juntos, fuimos a pasear por el jardín, a la luz de una clara luna. Al extremo del jardín había un soto bastante grande, por donde fuimos a parar a un lindo bosquecillo, ornado con una cascada cuya idea le había yo dado y ella había mandado construir. ¡Recuerdo imperecedero de inocencia y de placer! En aquel bosquecillo fue donde, sentados en un banco de musgo, bajo la copa de una acacia cuajada de flor, para expresar los movimientos de mi corazón hallé un lenguaje verdaderamente digno de ellos. Fue la primera y única vez de mi vida; pero estuve sublime, si merece esta calificación todo lo más amable y seductor que el amor más tierno y más ardiente puede inspirar al corazón de un hombre. ¡Qué de embriagadoras lágrimas no derramé sobre su regazo, y le hice derramar también, aun a pesar suyo! En fin, en un arranque involuntario exclamó: «¡Oh, no existe otro hombre más digno de ser amado, ni hay amante alguno que ame como usted! Pero su amigo Saint-Lambert nos oye, y mi corazón es incapaz de amar dos veces.» Callé suspirando; la abracé... ¡Oh dulce abrazo! Pero nada más. Seis meses hacía que vivía sola, es decir, lejos de su amante y de su marido; tres iban a transcurrir en que la veía casi todos los días, y siempre existía el amor de un tercero entre ella y yo. Habíamos cenado juntos, estábamos solos en un bosque-

cillo, a la luz de la luna; y después de dos horas de la más tierna y animada conversación, adelantada la noche, salió de este bosquecillo y de los brazos de su amigo tan intacta, tan pura como en él había entrado, así de cuerpo como de espíritu. Lector, considera todas estas circunstancias, que yo no he de añadir ni una sola palabra.

Y no se crea que mis sentidos me dejasen tranquilo, como me sucedía con Teresa y con *mamá*. Ya lo he dicho: esta vez sentía el amor y en toda su energía y con todos sus furores. No describiré las agitaciones, ni los estremecimientos, ni las palpitaciones, ni los movimientos convulsivos, ni los desfallecimientos del corazón que experimentaba continuamente: júzguese por el efecto que me producía su sola imagen. Como dejo dicho, Eaubonne estaba algo distante del *Ermitage;* yo pasaba por las colinas de Andilly, que son bellísimas. Mientras caminaba, iba pensando en aquella a quien iba a ver, en la benévola acogida que me dispensaría, en el beso que me esperaba a mi llegada. Este solo beso, este beso funesto, aun antes de recibirlo, me enardecía hasta tal extremo, que se me turbaba la vista, mis trémulas rodillas no me podían sostener y veíame obligado a detenerme y tomar asiento; todo mi organismo se hallaba en un desorden inconcebible; sentíame próximo a desvanecerme. Conociendo el peligro, al partir procuraba distraerme y pensar en otra cosa; mas apenas había dado veinte pasos, cuando me asaltaban los mismos recuerdos con todos sus accidentes, sin que me fuese posible evitarlo; y cualesquiera que fuesen las medidas que tomase, no tengo memoria de haber podido salvar aquel trayecto impunemente una vez siquiera, yendo solo. Cuando llegaba a Eaubonne me sentía débil, extenuado, rendido, apenas podía sostenerme. En el instante de verla, todo se desvanecía; a su lado, ya no me molestaba nada más que la importunidad de un vigor inagotable y siempre inútil. Había junto al camino, a la vista de Eaubonne, un ameno terraplén, llamado el monte Olimpo, donde a veces acudíamos cada cual por su lado. Yo era el primero en llegar; estaba destinado a esperarla; pero ¡cuán caro me costaba el esperarla! Para distraerme, me esforzaba en escribir con mi lápiz billetes que hubiera podido sellar con mi sangre; jamás pude acabar ninguno con caracteres inteligibles. Al encontrar alguno de ellos en el sitio convenido, no podía descubrir en él otra cosa más que el estado verdaderamente deplorable en que me hallaba al escribirlo. Este estado, y sobre todo su persistencia durante tres meses de irritación continua y de privación, me sumió en una postración de que no he podido recobrarme en muchos años, y acabó por causarme una hernia que llevaré o que me llevará al sepulcro. Tal fue el único goce amoroso del hombre de más fogoso temperamento, pero más tímido al propio tiempo, que quizá haya producido la Naturaleza. Tales han sido los últimos días hermosos que me han sido concedidos sobre la tierra; aquí empieza el prolon-

gado tejido de los infortunios de mi vida, en el que se verán pocas interrupciones.

Hase visto en todo el curso de mi vida que mi corazón, transparente como el cristal, nunca ha sabido ocultar, durante un minuto entero, ningún sentimiento algo vivo que en él se hubiese abrigado. Considérese, por tanto, si me fue posible ocultar mucho tiempo el amor que me inspiraba la señora de Houdetot. Nuestra intimidad llamaba la atención de todos; no guardábamos secreto ni misterio. Su carácter tampoco lo exigía; y como la señora de Houdetot me profesaba la más tierna amistad, que nada tenía a sus ojos de censurable, y como yo le tenía un aprecio que nadie conocía mejor que yo cuán merecido era, ella, franca, expansiva, atolondrada, y yo sincero, poco diestro, altivo, impaciente, arrebatado, dábamos en nuestra engañosa seguridad aún más ocasión de crítica que si hubiésemos sido culpables. Ambos íbamos a la Chevrette, donde a menudo nos hallábamos juntos por acaso, y a veces también por convenio. Allí vivíamos como en todas partes, paseándonos solos todos los días hablando de nuestros amores, de nuestros deberes, de nuestro amigo, de nuestros inocentes proyectos, en el parque, frente a las habitaciones de la señora de Epinay, al pie de sus ventanas, desde donde, examinándonos constantemente y creyéndose insultada, su corazón se saciaba por los ojos de indignación y de cólera.

Todas las mujeres poseen el arte de disimular su furor, sobre todo cuando es ardiente; la señora de Epinay, violenta, pero reflexiva, lo poseía en grado superlativo. Fingió no ver ni sospechar nada; al mismo tiempo redoblaba conmigo sus atenciones, sus cuidados y casi sus halagos; se empeñaba en atribuir a su cuñada indignos procederes y manifestar hacia ella un desdén que parecía querer comunicarme. Ya se comprende que no pudo conseguirlo; pero yo estaba en un potro. Desgarrado por sentimientos que me contrariaban al mismo tiempo que estaba agradecido a sus pruebas de cariño, contenía a duras penas mi enojo cuando la veía faltar a la señora de Houdetot. La angelical dulzura de ésta hacía que lo sufriese todo sin quejarse y aun sin quedar resentida con ella. Por otra parte, estaba con frecuencia tan distraída y era tan poco sensible a tales manejos, que la mitad de las veces no se hacía cargo de ellos.

Yo estaba tan preocupado con mi pasión que, no viendo más que a Sofía (éste era uno de los nombres de la señora de Houdetot), ni siquiera notaba que había llegado a ser la fábula de toda la casa y de sus concurrentes. El barón de Holbach, que nunca había ido, que yo sepa, a la Chavrette, fue de estos últimos. Si yo hubiese sido tan suspicaz como me he vuelto posteriormente, habría sospechado que la señora de Epinay le había hecho verificar esta excursión para proporcionarle el divertido gusto de ver al ciudadano enamorado. Mas

yo era entonces tan tonto que ni siquiera veía lo que saltaba a la vista de todos. No obstante toda mi estupidez, no dejé de notar en el barón un semblante más satisfecho, más jovial que de costumbre. En vez de mirarme con malos ojos, como de ordinario, me dirigía chistes chocarreros, que yo no comprendía. Yo habría desmesuradamente los ojos, sin replicar; la señora de Epinay reíase a carcajada tendida, y yo no sabía adivinar lo que les pasaba. Como nada traspasaba los límites de la broma, lo mejor que yo hubiera podido hacer, si hubiese comprendido, habría sido tolerarla. Pero es indudable que a través de la zumbona alegría del barón se veía brillar en sus ojos una satisfacción maligna, que tal vez me habría inquietado si lo hubiese visto entonces como lo vi posteriormente.

Un día que fui a ver a la señora de Houdetot a Eaubonne, de vuelta de uno de sus viajes a París, la encontré triste y vi que había llorado. Me creí obligado a contenerme, porque se hallaba presente la señora de Blainville, hermana de su marido; mas en cuanto pude hablar un momento le manifesté mi inquietud: «¡Ah! –me dijo suspirando–, mucho temo que sus locuras me van a costar la tranquilidad de mi existencia. Saint-Lambert está informado y mal informado. Me hace justicia; pero está malhumorado, y, lo que es peor, me oculta una parte de la causa. Afortunadamente no he callado nada de nuestras relaciones, comenzadas bajo sus auspicios. Mis cartas sólo hablaban de usted, así como mi corazón; no le he ocultado más que su insensato amor, del que esperaba yo curarle y que él, sin decírmelo, me lo imputa como un crimen. Nos han jugado una mala partida; me han lastimado; mas no importa; rompamos del todo o sea usted como debe ser. No quiero tener que ocultar nada a mi amante.»

Este fue el primer momento en que sentí la vergüenza de verme humillado, por la conciencia de mi falta, ante una mujer joven, cuyos justos reproches sufría, y de quien hubiera debido ser el mentor. La indignación que sentía contra mí mismo quizá hubiera bastado para sobreponerme a mi flaqueza si la tierna compasión que me inspiraba la víctima no hubiese enternecido nuevamente mi corazón. ¡Ay de mí! ¿Podría acaso endurecerle cuando estaba inundado de lágrimas? Esta ternura se cambió bien pronto en ira contra los viles delatores, que no habían visto más que lo malo de un sentimiento criminal, pero involuntario, sin creer, sin imaginar siquiera la sincera rectitud de corazón que lo hacía perdonable. No vacilamos mucho tiempo en sospechar de qué mano partía el golpe.

Sabíamos que la señora de Epinay se carteaba con Saint-Lambert. No era ésta la primera tormenta que aquélla ocasionaba a la de Houdetot, de quien se esforzaba por separarla, y el éxito de alguno de sus esfuerzos hacía temblar por las consecuencias. Por otra parte, Grimm, que si no recuerdo mal había seguido al señor de Castries al ejército, se hallaba en Westfalia, así como Saint-Lambert, y se veían

algunas veces. Grimm había tenido algunas pretensiones cerca de la señora de Houdetot, que le había desairado, y él, sobremanera ofendido, dejó de visitarla. Imagínese cómo él, tan modesto, podía suponer con tranquilidad que le fuese preferido un hombre de más edad que la suya y de quien hablaba como de un protegido, desde que alternaba con los grandes.

La sospecha que tenía de la señora de Epinay se cambió en certeza desde el momento en que supe lo que había pasado en mi casa. Cuando me hallaba en la Chevrette, Teresa iba con frecuencia, ya para traerme cartas, ya para dispensarme los cuidados que reclamaba mi quebrantada salud. La señora de Epinay le había preguntado si la señora de Houdetot y yo nos escribíamos, y habiendo ella contestado afirmativamente, aquélla la instó para que le facilitase las cartas de ésta, asegurándole que volvería a cerrarlas de modo que no se conocería que hubiesen sido abiertas. Sin dar a entender cuánto la escandalizaba esta proposición, y aun sin avisarme, Teresa se contentó con esconder mejor las cartas que me traía; preocupación muy feliz, porque la señora de Epinay acechaba su llegada, y esperándola por el camino llegó varias veces su audacia hasta registrar su seno. Aún hizo más: habiéndose convidado a venir a comer a mi casa, juntamente con Margency, por vez primera desde mi estancia en el *Ermitage*, aprovechó el tiempo en que yo me estaba paseando con el señor de Margency, para entrar en el gabinete con la madre y la hija e instarles vivamente a que le enseñasen las cartas de la señora de Houdetot. Si la madre hubiese sabido dónde estaban, habrían sido entregadas; pero, afortunadamente, no lo sabía, como tampoco la hija, y ésta negó que yo hubiese conservado ninguna. Mentira ciertamente llena de discreción, de fidelidad, de generosidad, mientras que la verdad hubiera sido una perfidia. Viendo que no podía seducirla, la señora de Epinay se esforzó en irritarla por medio de los celos, echándole en cara su docilidad y su obcecación. «¿Cómo es posible –le dijo– que no vea las criminales relaciones que entre ellos existen? Si necesita otras pruebas, además de lo que pasa a sus ojos, préstese a lo que es necesario hacer para obtenerlas; dice que rasga las cartas de la señora de Houdetot después de haberlas leído; pues bien, recoja cuidadosamente los pedazos y entréguemelos, yo me encargaré de juntarlos.» Tales eran las lecciones que daba mi amiga a mi compañera.

Teresa tuvo la discreción de ocultarme todas estas tentativas durante bastante tiempo; pero viendo mi perplejidad, se creyó obligada a decírmelo todo, a fin de que, sabiendo de quién tenía que guardarme, me previniese de las traiciones que me preparaban. Mi indignación y mi furor fueron indescriptibles. En vez de disimular con la señora de Epinay, a ejemplo suyo, y valerme de contraastucias, me entregué sin freno a la impetuosidad de mi carácter, y, con mi ordinaria irreflexión, estallé abiertamente. Puede verse mi impru-

dencia por las siguientes cartas, que revelan suficientemente la manera de proceder de uno y otro en esta ocasión.

Esquela de la señora de Epinay (legajo A, núm, 44).

«¿Por qué no le veo, amigo mío? Me tiene con cuidado. ¡Me había prometido tantas veces que no haría más que ir y venir del *Ermitage!* Contando con su promesa, le he dejado libre; ¡y deja pasar ocho días sin venir! Si no me hubiesen dicho que gozaba de buena salud, le habría creído enfermo. Le esperaba ayer o anteayer, y no vino. ¡Dios mío! ¿Qué le ha sucedido? No tiene negocios urgentes; tampoco hay pesares que le aquejen; porque me lisonjeo de que habría venido a confiármelos inmediatamente. ¿Está, pues, enfermo? Sáqueme pronto de la inquietud en que me hallo, se lo suplico. Adiós, estimado amigo, y que este adiós me proporcione un saludo suyo.»

Respuesta:

«Hoy miércoles, por la mañana.

»Nada puedo decirle todavía. Aguardo a estar mejor enterado, y lo estaré tarde o temprano. Ínterin, esté segura de que la inocencia acusada hallará un defensor bastante enérgico para hacer que los calumniadores tengan que arrepentirse, sean quienes fueren.»

Segunda carta de la misma (legajo A, núm. 45).

«¿Sabe usted que su carta me espanta? ¿Qué significa? La he leído más de veinticinco veces, pues, a la verdad, no puedo comprenderla. Sólo veo en ella que se halla inquieto y atormentado y espera dejar de estarlo para hablarme de ello. Amigo mío, esto no está conforme con nuestro convenio. ¿Qué se ha hecho de aquella amistad, qué de aquella confianza, y cómo la he perdido? ¿Es por causa mía y conmigo con quien está incomodado? Sea lo que quiera, venga esta tarde, se lo suplico; acuérdese de que me prometió, apenas hace ocho días, no ocultar nada en su corazón y confiarse a mí inmediatamente. Vivo, querido amigo, en esta confianza... Acabo de leer nuevamente su carta; no la comprendo más que antes, pero me hace temblar. Me parece que se halla cruelmente agitado. Quisiera calmarle; mas como ignoro el motivo de su congoja, no sé qué decirle, sino que seré tan desgraciada como usted hasta que le haya visto. Si no se halla aquí esta tarde a las seis, salgo mañana para el *Ermitage,* sin reparar en el tiempo que haga ni el estado de mi salud, porque no podría vivir con esta inquietud. ¡Adiós, querido y buen

amigo mío! A todo evento, sin saber si lo necesita o no, me atrevo a decirle que procure ir con tiento, y detener los progresos que la inquietud adquiere en la soledad. Una mosca parece un monstruo; yo misma lo he experimentado con frecuencia.»

Respuesta:

«Miércoles, tarde.

»No puedo ir a verla ni recibir su visita mientras dure la inquietud en que me hallo. La confianza de que me habla ya no le será fácil recobrarla. En su solicitud no veo ahora más que el deseo de sacar de las confidencias de otro alguna ventaja que convenga a sus miras; y mi corazón, tan dispuesto a explayarse en otro que se abra para recibirle, se cierra a los ardides y a la sutileza. En la dificultad que experimenta en comprender mi esquela reconozco su acostumbrada destreza. ¿Me cree bastante incauto para pensar que no lo he comprendido? No; pero yo sabré vencer sus sutilezas a fuerza de franqueza. Quiero explicarme más claramente, a fin de que me comprenda mejor.

»Dos amantes perfectamente unidos y dignos de amarse me son queridos; ya me figuro que no sabrá a quiénes me refiero, a menos de que se los nombre. Presumo que se ha intentado desunirlos y que han querido servirse de mí para despertar los celos en uno de los dos. La elección no es muy astuta, pero ha parecido cómoda a la malevolencia; y esta malevolencia sospecho que es de usted. Me parece que esto es un poco más claro.

»Así, pues, ¿la mujer a quien más estimo cometería a sabiendas la infamia de dividir su corazón y su persona entre dos amantes, y podría yo ser uno de estos dos infames? Si yo supiese que por un solo momento había podido pensar así de ella y de mí, la aborrecería hasta la muerte. Pero de lo que yo la acuso es de haberlo dicho y no de haberlo creído. En este caso no comprendo a cuál de los tres ha querido dañar; pero si ama la tranquilidad, tiemble de haber tenido la desgracia de lograr su deseo. Ni a usted ni a ella he ocultado todo lo malo que pienso de ciertas relaciones, pero quiero que concluyan por un medio tan delicado como su causa, y que un amor ilegítimo se cambie en una amistad imperecedera. Yo, que jamás hice daño a nadie, ¿habría de servir inocentemente para causarlo a mis amigos? No; jamás se lo perdonaría, y sería su enemigo irreconciliable. No respetaría sino los secretos que fuesen sólo de usted, porque yo jamás seré un hombre falso.

»No creo que la incertidumbre en que me hallo pueda durar mucho tiempo. No tardaré en saber si me he equivocado. Entonces quizá tendré que reparar grandes agravios; nada habré hecho en la vida con tanto gusto. Pero ¿quiere saber cómo expiaré mis faltas durante el poco tiempo que me resta pasar cerca de usted?

Haciendo lo que no haría ningún otro: diciéndole francamente lo que piensa de usted el mundo y las brechas que tiene que cubrir en su reputación. A pesar de todos los pretendidos amigos que la rodean, cuando me vea desaparecer podrá despedirse de la verdad, porque no hallará nadie que se la diga.»

Tercera carta de la misma (legajo A, núm. 46).

«No entendía su carta de esta mañana; se lo he dicho porque era así. Comprendo la de esta tarde, pero no tenga cuidado de que conteste a ella: tengo harta necesidad de olvidarla; y aunque me da usted lástima, no he podido evitar la amargura que me ha causado. ¡Yo emplear perfidias y sutilezas con usted! ¡Yo, acusada de la más negra de las infamias! ¡Adiós, siento que tenga la... Adiós; no sé lo que me digo... Adiós; me apresuraré a perdonarle. Vendrá cuando quiera; será recibido mejor de lo que merecen sus sospechas. Solamente le prevengo que no se cuide de mi reputación. Me importa poco la que se me quiera dar. Mi conducta es buena; esto me basta. Por lo demás, ignoraba completamente lo sucedido a esas dos personas que me son tan queridas como a usted.»

Esta última carta me sacó de una terrible angustia y me sumió en otra que no era menos cruel. Aunque todas estas cartas y respuestas se hubiesen cambiado en el espacio de un día, con una rapidez extraordinaria, este intervalo había bastado para dar tregua a mis arrebatos de furor y dejarme reflexionar acerca de la enormidad de mi imprudencia. Nada me había encomendado tanto la señora de Houdetot como el no inquietarme, dejar a su cuidado el salir de este paso y evitar, sobre todo en aquellos momentos, toda ruptura y escándalo; y yo, con los insultos más claros y más atroces, colmaba de ira el corazón de una mujer que estaba ya dispuesta a ello. Naturalmente, no debía esperar más que una respuesta tan altiva, desdeñosa y despreciativa que no hubiera podido abstenerme de salir inmediatamente de su casa sin cometer la más indigna cobardía. Afortunadamente, ella, aún más diestra que yo airado, evitó reducirme a este extremo por el giro de su respuesta. Mas era forzoso salir o pasar a verla inmediatamente; esta alternativa era inevitable, y aunque muy embarazado por el tono que tendría que adoptar en la explicación que preveía, me resolví por la última. Porque ¿qué habría de decir para no comprometer a la señora de Houdetot ni a Teresa? Y desdichada de la que hubiese nombrado. Todo lo temía de la venganza de una mujer implacable e intrigante para aquella que fuese su objeto. Para evitar esta desgracia no había hablado en mis cartas más que de sospechas, a fin de estar dispensado de pre-

sentar mis pruebas. Cierto es que así mi enojo aparecía más injustificado, pues una simple sospecha nunca podrá autorizar para tratar a una mujer, y sobre todo a una amiga como acababa de tratar a la señora de Epinay. Pero aquí empieza la grande y noble tarea que he cumplido dignamente, de expiar mis faltas y mis flaquezas ocultas, cargando con faltas más graves, de que era incapaz y que jamás he cometido.

No tuve que sostener la lucha que había temido y que se evitó por miedo. A mi llegada, la señora de Epinay se echó en mis brazos hecha un mar de lágrimas. Esta inesperada acogida de parte de una antigua amiga me conmovió profundamente y me hizo llorar mucho también. Le dirigí algunas palabras sin sentido; ella me dijo algunas que aún lo tenían menos, y todo paró aquí. La mesa estaba servida; nos sentamos, y esperando la explicación que yo creí diferida para después de cenar, estuve todo el tiempo con semblante preocupado, pues la menor inquietud me subyuga de tal modo que no podría ocultarla a los menos perspicaces. Mi encogimiento debía envalentonarla; sin embargo, no quiso arriesgarse, y después de la cena no hubo más explicaciones que antes. Tampoco las hubo al día siguiente; y en nuestras silenciosas entrevistas no dijimos sino cosas indiferentes, o algunas discretas frases por mi parte en las que, indicando que aún no tenían mis sospechas fundamento seguro, le protestaba con verdad que si resultaban mal fundadas, emplearía mi vida entera en reparar mi injusticia. Ella no reveló la menor curiosidad para saber con precisión cuáles eran estas sospechas, ni cómo las había concebido, y toda nuestra reconciliación, así por su parte como por la mía, consistió en el abrazo del primer momento. Siendo sólo ella la ofendida, a lo menos en la apariencia, me pareció que no era a mí a quien correspondía buscar una aclaración que tampoco ella procuraba, y me volví del mismo modo que había ido. Por lo demás, viviendo con ella como antes, pronto olvidé esta riña casi por completo, y creí tontamente que también ella la olvidaba, porque parecía no acordarse.

Como luego se verá, no fue ésta la única desdicha que me granjeó mi debilidad; pero también sufría otras no menos sensibles, que no me había acarreado yo mismo, y no reconocían otra causa que el deseo de arrancarme de mi soledad [1] a fuerza de atormentarme en ella. Éstas procedían de Diderot y del círculo de amigos de Holbach. Desde que me instalé en el *Ermitage,* Diderot no había cesado de hostigarme, ya por sí mismo, ya por medio de Deleyre; y pronto vi en las bromas de éste sobre mis excursiones campestres con qué fruición habían convertido al eremita en enamorado pastor. Pero no se trataba de esto en mis disputas con Diderot; éstas reco-

---

[1] Es decir, arrancar de allí a la vieja, de quien necesitaban para tramar sus maquinaciones. Es mucho que, durante esta prolongada tormenta, mi estúpida confianza me haya impedido ver que no era a mí, sino a ella, a quien querían ver nuevamente en París.

nocían más graves motivos. Después de la publicación del *Hijo natural,* me remitió un ejemplar, que yo leí con el interés y la atención que inspiran las obras de un amigo. Al leer la especie de poética en forma de diálogo que lo acompaña, me sorprendió y aun me contristó un poco el ver entre otras muchas cosas poco halagüeñas, pero que se podían perdonar, contra los solitarios, esta áspera y dura sentencia, sin ninguna restricción: *sólo viven aislados los perversos.* Esta sentencia es equívoca, y me parece que tiene dos sentidos: uno muy verdadero, otro muy falso, puesto que hasta es imposible que un hombre que vive y quiere vivir solo pueda ni quiera hacer daño a nadie, y, por consiguiente, que sea un perverso. Por esta razón, la sentencia por sí sola exigía una explicación, y además la exigía mucho más de parte de un autor que en el preciso momento de estamparla tenía un amigo que vivía en un lugar solitario. A mí me pareció chocante e indecoroso que al publicarla se hubiese olvidado de este amigo solitario, o si de él se acordaba, que no hubiese hecho, a lo menos como máxima general, la honrosa y justa excepción que debía, no solamente a este amigo, sino también a tantos sabios respetados que en todos tiempos han buscado la calma y la paz en la soledad, y de quienes, por vez primera desde que existe el mundo, se le antojaba a un escritor formar otros tantos malvados indistintamente de una sola plumada.

Yo quería entrañablemente a Diderot; le tenía una estimación sincera, y estaba completamente persuadido de que me correspondía con iguales sentimientos. Pero cansado de su infatigable obstinación en contrariar eternamente todos mis gustos, mis inclinaciones, mi modo de vivir, sobre todo lo que sólo a mí me interesaba; irritado de ver a un hombre más joven que yo querer gobernarme a la fuerza como a un niño; disgustado de su facilidad en prometer y su tardanza en cumplir; fastidiado con tantas citas dadas por él sin comparecer a ninguna, y de su capricho en repetirlas de exprofeso para faltar a ellas; aburrido de aguardarlas inútilmente tres o cuatro veces al mes, los días señalados por él mismo, y comer solo al anochecer, después de haber ido a su encuentro hasta Saint-Denis y haberle esperado todo el día, tenía ya lleno el corazón de agravios. Este último me pareció grave y me hirió más profundamente. Le escribí quejándome, pero con una dulzura y enternecimiento que me hizo inundar el papel de lágrimas; y mi carta era bastante conmovedora para hacérselas también derramar a él. Nadie es capaz de adivinar cuál fue su respuesta; hela aquí al pie de la letra (legajo A, núm. 33):

«Me alegro mucho de que mi obra le haya gustado y conmovido. Veo que en lo tocante a los eremistas no es usted de mi opinión; enhorabuena; diga de ellos todo lo bueno que quisiera, yo sólo pensaré bien de usted y aún habría mucho que decir si se le pudiese hablar sin que se enfadara. ¡Una mujer de ochenta años!, etc. Me han

dicho una frase de una carta del hijo de la señora de Epinay que ha debido apesadumbrarle a usted mucho, o yo conozco mal el fondo de su alma.»

Preciso es explicar las dos últimas frases de esta carta.

Al principio de mi estancia en el *Ermitage* parecía que la señora de Le Vasseur no estaba allí contenta y hallaba la casa harto solitaria. Habiendo recordado con este motivo sus indirectas, le ofrecí enviarla a París, si esto le agradaba, pagar allí el alquiler de su habitación y cuidar de ella lo mismo que si estuviese conmigo todavía. Ella rehusó, asegurando que estaba muy a gusto en el *Ermitage,* que el aire del campo le probaba; y claramente se veía cuán cierto era, pues, por decirlo así, se rejuvenecía y estaba mucho mejor que en París. Su hija me aseguró, además, que en el fondo aún le habría disgustado en extremo que abandonásemos el *Ermitage,* que realmente era un hermoso lugar, pues la gustaba mucho el cuidado del jardín y de la fruta, cuyo manejo estaba a su cargo, pero que había dicho lo que le habían hecho decir, para procurar impelerme a volver a París.

No habiendo salido esta tentativa, probaron a obtener por medio del escrúpulo el efecto que no había producido la complacencia; me censuraron como un crimen el conservar allí a esta anciana, lejos de los socorros y cuidados que podía necesitar a su edad, sin pensar que ella y muchas otras ancianas, cuya vida prolongan los excelentes aires del país, podía hallar cuanto le fuera necesario en Montmorency, que estaba a dos pasos, y como si no hubiese viejos sino en París y no pudiesen vivir en ninguna otra parte. La señora Le Vasseur, que comía mucho y con una voracidad extraordinaria, sufría ataques de bilis y fuertes diarreas, que le duraban algunos días y le servían de remedio. En París nunca tomaba ninguno, y dejaba obrar a la naturaleza. Lo mismo hacía en el *Ermitage,* sabiendo que nada podía hacer mejor. Pues bien, porque no había en la campiña médicos ni boticarios, dejarla allí –decían– era querer su muerte, por más que ella se encontrase perfectamente bien. Diderot hubiera debido determinar a qué edad no se puede permitir, so pena de homicidio, que los viejos vivan fuera de París.

Esta era una de las dos atroces acusaciones por las cuales no me exceptuaba en su sentencia de que *No está solo más que el malvado;* y esto es lo que significaba su exclamación patética y el *etcétera* que benignamente le había añadido a eso de: *Una mujer de ochenta años, etcétera.*

A este reproche no creí poder responder mejor que remitiéndome a la misma señora Le Vasseur. Le rogué que escribiese su modo de sentir con toda verdad a la señora de Epinay, y para dejarla con más libertad no quise ver su carta, y le enseñé la que voy a transcribir y dirigí yo a la misma, con motivo de una respuesta que yo había querido dar a otra carta de Diderot aún más dura, y que ella me había impedido enviar.

«*Jueves.*

»La señora Le Vasseur le ha de escribir, mi buena amiga; le he suplicado que le diga sinceramente lo que piensa. Para dejarla en mayor libertad, le he dicho que no quería ver su carta, y a usted le ruego que no diga nada de su contenido.

»No enviaré mi carta puesto que así lo desea, pero sintiéndome gravemente ofendido, si conviniese en que no tengo razón cometería una bajeza y una falsedad que no puedo permitirme. El Evangelio ordena al que recibe un bofetón que presente el otro carrillo, pero no que pida perdón. ¿Se acuerda de aquel hombre de la comedia que grita dando palos? He aquí el oficio del filósofo.

»No cuente con impedirle que venga a causa del mal tiempo. Su enojo le dará el tiempo y las fuerzas que le quita la amistad; será la primera vez de su vida que cumpla su promesa de visita. Hará un esfuerzo para venir a repetirme de palabra las injurias que me ha dicho en sus cartas; yo las sufriré con paciencia. Él se volverá a París y seguirá enfermo, y yo, según costumbre, seré un hombre muy odioso; pero, ¿qué hacer?, fuerza es sufrir.

»Pero ¿no admira, señora, la cordura de este hombre que quería venir a buscarme en coche a Saint-Denis, comer allí y conducirme de nuevo a mi casa en coche, y a quien ocho días después (legajo A, núm. 34) su fortuna no le permite ir al *Ermitage* sino a pie? No es absolutamente imposible, para hablar a su modo, que éste sea el tono de la buena fe; pero en tal caso, es necesario que en ocho días haya sufrido su fortuna extraños cambios.

»Participo del sentimiento que le causa la enfermedad de su madre; pero ya ve que su pesar no llega con mucho al mío. Aún se sufre menos viendo enfermas a las personas a quienes se ama, que viéndolas mostrarse injustas y crueles.

»Adiós, mi buena amiga; ésta será la última vez que le hable de este desgraciado asunto. Me habla de ir a París con una sangre fría que en otras circunstancias me haría mucha gracia.»

Escribí a Diderot lo que había hecho respecto a la señora Le Vasseur, a propuesta de la misma señora de Epinay; y habiendo escogido aquélla, como es de suponer, quedarse en el *Ermitage*, donde se hallaba muy bien, donde siempre tenía compañía y donde vivía muy satisfecha, Diderot ya no supo de qué echar mano para censurarme y buscó el pretexto en esta precaución mía, sin dejar de hallar también criminal por mi parte la estancia continuada de la señora Le Vasseur en el *Ermitage*, aunque esta continuación fuese por voluntad suya y aunque sólo de ella hubiera dependido, y dependió siempre, volver a París, con los mismos auxilios míos que recibía a mi lado.

He aquí la explicación del reproche de la primera carta de Diderot, número 33. La del segundo se halla en su carta número 34: «El Letrado (era un sobrenombre dado por Grimm al hijo de la señora de Epinay), el Letrado debe haberle escrito que hay sobre la muralla veinte pobres que se mueren de hambre y de frío y esperan el ochavo que les da. Esto es una muestra de nuestras conversaciones... y si oyese lo demás no le agradaría menos.»

He aquí mi respuesta a este terrible argumento, de que parecía tan satisfecho Diderot:

«Creo haber respondido al *Letrado,* es decir, al hijo de un asentista general, que no compadecía a los pobres que él había visto en la muralla esperando mi ochavo, pues que probablemente él les habría resarcido con creces; que los pobres de París no podían quejarse de este cambio y que yo no hallaría fácilmente uno tan bueno para los de Montmorency que mucho más lo necesitaban. Aquí hay un respetable viejo que después de haber pasado toda su vida trabajando, no pudiendo ya más, se muere de hambre en su vejez. Mi conciencia se siente más satisfecha con los dos sueldos que le doy cada lunes que con los cien ochavos que habría distribuido entre los mendigos de la muralla. Ustedes los filósofos son muy divertidos, puesto que consideran a los habitantes de las ciudades como los únicos con quienes tienen deberes que cumplir. Donde se aprende a amar y a ser útil a la humanidad es en el campo; en las ciudades se aprende a despreciarla.»

Tales eran los singulares escrúpulos en virtud de los cuales un hombre de talento tenía la imbecilidad de considerar seriamente como un crimen mi alejamiento de París, y con mi propio ejemplo pretendía probarme que no se podía vivir fuera de la capital sin ser un malvado. Ahora no comprendo cómo cometí la tontería de responderle y de incomodarme, en vez de reírme en sus barbas por toda respuesta. Entretanto, las decisiones de la señora de Epinay y los clamores del círculo holbáquico de tal modo habían fascinado a la gente en favor suyo, que generalmente se le daba la razón a él en este asunto, y que la señora de Houdetot, gran admiradora de Diderot, quiso que yo fuera a verle a París y que hiciese todo lo posible para una reconciliación, que, a pesar de ser por mi parte sincera y completa, fue de corta duración. El argumento de que se valió y con que me decidió fue que en aquellos momentos Diderot era desgraciado. Además de la tempestad que se levantó contra la *Enciclopedia,* sufría a la sazón otra muy violenta con motivo de su obra, que, a pesar de la historieta que había puesto al principio, le acusaban de haber tomado por entero de Goldoni. Diderot, aún más sensible a la crítica que Voltaire, se hallaba abrumado. La señora de Graffigny había cometido la vileza de hacer correr el rumor de que yo había roto con él en esta ocasión. Juzgué que sería justo y generoso probar públicamente lo contrario; y fui a pasar dos días, no

solamente con él, sino hasta en su propia casa. Después de mi instalación en el *Ermitage*, éste fue el segundo viaje que hice a París. El primero lo habría hecho para ir a auxiliar al pobre Gauffecourt, que tuvo un ataque de apoplejía del que jamás se llegó a ver completamente restablecido, y durante el cual no abandonó su lecho hasta que estuvo fuera de peligro.

Diderot me recibió bien. ¡Cuántos agravios puede borrar el abrazo de un amigo! ¿Qué resentimiento puede quedar después en el corazón? Tuvimos pocas explicaciones. No se necesitan por recíprocas invectivas. No hay que hacer más que una cosa, a saber: olvidarlas. No había habido ocultos procederes, a lo menos que yo supiese; no era como con la señora de Epinay. Me mostró el plan del *Padre de familia*. «He aquí –le dije yo– la mejor defensa del *Hijo natural*. Guarde silencio, trabaje con cuidado esta obra, y luego arrójela de repente al rostro de sus enemigos, por toda respuesta.» Así lo hizo y le fue muy bien. Hacía cerca de seis mese que yo le había enviado las dos primeras partes de la *Julia* para que me diese su parecer, pero no la había leído aún. Leímos un cuaderno juntos, y todo le pareció hojarasca; éste fue el término que usó; es decir, cargado de palabras y redundante. Yo mismo lo había conocido; pero era la verbosidad de la fiebre; nunca he podido corregirlo. Las últimas partes no son así. La cuarta, sobre todo, y la sexta son modelos de dicción.

Al segundo día de mi llegada se empeñó en llevarme a cenar a casa del señor de Holbach. Lejos estaba yo de semejante intento, pues hasta quería romper el convenio sobre el manuscrito de Química que me indignaba deber a semejante hombre; pero Diderot logró arrastrarme. Juróme que el señor de Holbach me quería entrañablemente, que era preciso perdonarle un tono que empleaba con todo el mundo y que tenían que sufrir sus amigos más que nadie. Me hizo ver que rehusar el producto de aquel manuscrito, habiéndolo aceptado dos años antes, era afrentar al dador que no lo merecía, y que no admitirlo podría interpretarse mal, como un tácito reproche por haber pasado tanto tiempo sin cerrar el trato. «Yo –añadió– veo todos los días a Holbach y conozco mejor que usted el estado de su alma. Si tuviese motivos para estar de él descontento, ¿cree a su amigo capaz de aconsejarle una bajeza?» En resumen, con mi ordinaria flaqueza, me dejé subyugar, y fuimos a cenar a casa del barón, que me recibió como de costumbre. Pero su mujer me recibió con frialdad y casi con descortesía. Ya no era aquella amable Carolina que me manifestaba tanta benevolencia de soltera. Yo había creído experimentar desde mucho tiempo antes que desde que Grimm frecuentaba la casa de Aine no se me veía allí con tan buenos ojos.

Estando en París, llegó Saint-Lambert del ejército; como lo ignoraba, no le vi hasta después de mi regreso al campo, primero en la Chevrette y luego en el *Ermitage*, a donde fue con la señora de Hou-

detot, para quedarse a comer conmigo. Ya puede juzgarse con cuánto placer los recibiría; pero mucho más me complació aún la buena inteligencia en que los encontré. Satisfecho de no haber turbado su felicidad, yo mismo gozaba de ella, y puedo jurar que durante mi loca pasión, y sobre todo en aquel momento, aunque hubiese podido suplantarle cerca de la señora de Houdetot, no hubiera querido hacerlo, ni siquiera pensarlo. Hallábala yo tan amable amando a Saint-Lambert, que difícilmente podía imaginar que hubiese podido serlo tanto amándome a mí mismo; y no queriendo turbar su intimidad, todo lo que verdaderamente deseaba de ella en mi delirio era que se dejase amar. En fin, por violenta que fuese mi pasión hacia ella, hallaba tan grato ser el confidente como el objeto de sus amores, y jamás he mirado a su amante como mi rival, sino como mi amigo. Se dirá que esto no era aún amor; sea...; entonces era más aún.

En cuanto a Saint-Lambert, se condujo como hombre discreto y juicioso; como yo era el único culpable, también fui el solo castigado, y aun con indulgencia. Me trató con dureza, pero amistosamente; vi que había perdido algo de su estimación, pero nada de su amistad. Me consolé, sabiendo que me sería más fácil recobrar la primera que la segunda, y que era él harto sensato para confundir una debilidad involuntaria y pasajera con un vicio de carácter. Si en cuanto había pasado había culpa de mi parte, era bien poca. ¿Era yo quien había ido en busca de su dama? ¿No me la había enviado él mismo? ¿No era acaso ella quien había venido a buscarme? ¿Podía dejar de recibirla? ¿Qué había yo de hacer? Sólo ellos habían hecho el mal y yo había sufrido sus consecuencias. En mi lugar, él habría hecho lo mismo que yo, quizá peor; porque al fin, por muy fiel, por muy apreciable que fuese la señora de Houdetot, era mujer; él estaba ausente, las ocasiones eran frecuentes, las tentaciones vivas, y le hubiera sido muy difícil defenderse siempre con igual éxito contra un hombre más emprendedor. En semejante situación era seguramente mucho para ella y para mí el haber podido trazarnos límites que nunca nos permitiésemos traspasar.

Aunque en el fondo de mi alma tuviese yo un testimonio bastante honroso, estaban en contra mía tantas apariencias, que la invencible vergüenza que me dominó delante de él me daba el aspecto de un culpable, y él abusaba, a menudo, de mi situación para humillarme. Un solo caso bastará para describir nuestra posición respectiva. Estábale leyendo, después de comer, la carta que el año anterior había escrito a Voltaire, de la cual había oído hablar. Se durmió durante la lectura; y yo, en otro tiempo tan altivo, hoy tan apocado, nunca me atreví a interrumpir la lectura, y continué leyendo mientras él siguió roncando. Tales eran mis bajezas y tales sus venganzas; pero su generosidad jamás le permitió cometer tales actos sino entre los tres.

Cuando hube partido nuevamente, hallé en la señora de Houdetot un cambio notable con respecto a mí. Me sorprendió tanto como si no hubiese debido esperarlo; lo sentí más de lo que hubiera debido, y esto me hizo mucho daño. Parecía que todo aquello de que yo esperaba mi curación no hacía sino hundir más en mi corazón el dardo que al fin he roto más bien que arrancado.

Estaba firmemente resuelto a dominarme y a hacer todo lo posible para convertir mi loca pasión en una amistad pura y duradera. Había al efecto formado los más bellos proyectos, para cuya realización necesitaba el concurso de la señora de Houdetot. Cuando quise hablarle, la hallé distraída, cortada; conocí que había dejado de agradarle mi trato, y vi claramente que había pasado algo que ella no quería decirme y que no he sabido nunca. Este cambio, del cual me fue imposible obtener una explicación, me hirió cruelmente. Me pidió sus cartas; yo se las devolví todas, con una fidelidad de que me hizo la injuria de dudar un momento. Esta sospecha fue otra herida inesperada para mi corazón, que tan bien debía ella conocer. Me hizo justicia, pero no fue en el primer momento; comprendí que el examen del paquete entregado por mí le había hecho conocer su falta; conocí que se arrepentía y esto me resarció algún tanto. No podía ella retirar sus cartas sin devolverme las mías, pero me dijo que las había quemado; yo me aventuré a dudarlo y confieso que lo dudo aún. No; tales cartas no se arrojan al fuego. Se han juzgado ardientes las de la *Julia.* ¡Oh Dios mío! ¿Qué se habría dicho entonces de aquéllas? No, no; la mujer capaz de inspirar un amor semejante, jamás tendrá valor para quemar sus pruebas. Pero tampoco temo que haya abusado de ellas; no la creo capaz de hacerlo, y además estaba previsto. El inocente pero vivo temor de verme burlado me llevó a empezar esta correspondencia con un tono que puso mis cartas al abrigo de las revelaciones. Llevé la familiaridad adquirida en mi embriaguez hasta el punto de tutearla; pero ¡de qué modo!; era imposible que la ofendiese. Sin embargo, se quejó de ello varias veces, aunque inútilmente; sus quejas no hacían más que avivar mis temores; y por otra parte, yo no podía resolverme a retroceder. Si estas cartas existen aún y se publican algún día, se sabrá cómo he amado.

El dolor que me causó la frialdad de la señora de Houdetot y la certeza de no haberla merecido me hicieron tomar el singular partido de quejarme de ello al mismo Saint-Lambert. Ínterin esperaba el efecto de la carta que le escribí con este motivo, me entregué a distracciones que hubiera debido buscar más pronto. Compuse piezas musicales para las fiestas que se celebraron en la Chevrette. El placer de honrarme a los ojos de la señora de Houdetot con un talento a que era aficionada, excitó mi numen, y contribuía a animarlo otro motivo, a saber: el deseo de manifestar que el autor del *Adivino* sabía música, pues notaba, hacía mucho tiempo, que alguien

trabajaba en secreto para que ello se dudara, al menos en cuanto a la composición. Mi estreno en París, las pruebas a que me habían sometido varias veces, así en casa del señor Dupin como en la del señor de La Poplinière; la cantidad de música que había compuesto durante catorce años, en medio de los más célebres artistas y ante sus propios ojos; en fin, la ópera *Las musas galantes*, esta misma del *Adivino*, un motete que había compuesto para la señorita Fel, que lo cantó en el concierto espiritual; tantas conferencias como había celebrado sobre este bello arte con los más grandes maestros, todo parecía deber evitar o disipar semejante sospecha. Sin embargo, existía aún en la Chevrette, donde vi que el señor de Epinay tampoco estaba exento de duda. Sin dar a entender que lo notaba, me encargué de componer un motete para la dedicación de la capilla de la Chevrette, y le supliqué que él mismo me diese la letra a gusto suyo. Dio encargo de hacerla a Linant, ayo de su hijo, que la hizo a propósito para el caso, y ocho días después de haberme sido entregada, estuvo compuesto el motete. Esta vez el despecho fue mi Apolo y jamás salió de mis manos música más armoniosa. La letra empezaba con estas palabras: *Ecce sedes hic tonantis* [1]. La pompa de la introducción responde a las palabras, y todo el resto del motete es de una belleza de canto que sorprendió a todo el mundo. Lo había arreglado para gran orquesta. Epinay reunió a los mejores sinfonistas. La señora Bruna, cantatriz italiana, lo cantó y fue bien acompañada. El motete tuvo un éxito tan grande, que posteriormente se ha cantado dos veces en el concierto espiritual, donde a pesar de las ocultas cábalas y la mala ejecución, por dos veces ha obtenido el mismo aplauso. Para el santo del señor de Epinay di la idea de una especie de melodrama, medio pantomima, que compuso su esposa, y para el cual también hice la música. Grimm, al llegar, oyó hablar de mis triunfos armónicos. Una hora después no se habló más de ellos, pero a lo menos no se puso más en duda, que yo sepa, si sabía la composición.

Apenas estuvo Grimm en la Chevrette, donde yo no encontraba ya gran deleite, cuando acabó de hacerme insoportable mi estancia con una conducta tal como no la había visto en nadie, y de la que ni siquiera tenía idea. La víspera de su llegada me desalojaron de la habitación de preferencia que ocupaba, contigua a la de la señora de Epinay; dispusiéronla para el señor Grimm, dándome otra más lejana. «He aquí –dije riendo a la señora de Epinay– cómo los recién venidos desalojan a los antiguos»; y me pareció que se cortaba. Aquella misma noche comprendí mejor la causa de ello, sabiendo que entre su cuarto y el que yo había ocupado existía una puerta oculta de comunicación, que ella había juzgado inútil mos-

---

[1] Posteriormente he sabido que esta letra era de Santeuil y que el señor de Linant dulcemente se la había apropiado.

trarme. Sus relaciones con Grimm no eran ignoradas de nadie, ni en su casa, ni del público, ni aun de su marido; con todo, lejos de confiármelo a mí, dueño de secretos que le importaban mucho más, y de quien estaba segura, me lo ocultó siempre con tenaz empeño. Comprendí que esta reserva provenía de Grimm, quien, siendo depositario de todos mis secretos, no quería que yo lo fuese de ninguno de los suyos.

Por mucho que mis antiguos sentimientos, aún no extinguidos, y el mérito real de aquel hombre me inclinasen en favor suyo, no fueron bastantes a resistir el empeño con que él destruyó mi inclinación. Su modo de presentarse fue el del conde de Tuffière; apenas se dignó devolverme el saludo; ni una sola vez me dirigió la palabra, y pronto me libró de dirigírsela yo, no respondiéndome. Siempre tomaba la delantera y se apoderaba del lugar preferente, sin fijar nunca la atención en mí. Y aun esto pudiera pasar si no lo hubiese hecho con un tono afectado muy chocante, como podrá juzgarse por un rasgo entre mil. Una tarde en que la señora de Epinay se sentía algo molesta, dijo que la llevasen un bocado a su cuarto, y subió para cenar junto a la lumbre. Me propuso subir con ella, y lo hice. En seguida presentóse Grimm. La mesita estaba ya puesta y no había más que dos cubiertos. Sirvieron; la señora de Epinay se colocó en uno de los dos sitios junto al fuego, y el señor Grimm tomó un sillón, se colocó en el otro extremo, puso la mesita entre ellos dos, desplegó su servilleta y se preparó a comer sin decirme una palabra. La señora de Epinay se ruborizó, y para obligarle a reparar su grosería me ofreció su propio sitio. Él no dijo nada, ni me miró siquiera. Yo, no pudiendo aproximarme al fuego, tomé el partido de pasearme por el cuarto, esperando que me trajesen un cubierto. Dejóme cenar en un extremo de la mesa, lejos del fuego, sin dispensarme la menor atención, a mí a quien tenía incomodado, que era de más edad que él y más antiguo en la casa, donde fue admitido por mí, y a quien además hubiera debido obsequiar, como favorecido por la dama. Todas sus maneras conmigo corresponden perfectamente a esta muestra. No me trataba precisamente como a un inferior, y sí como si no existiera. Gran trabajo me costaba reconocer en él al antiguo fámulo que en casa del príncipe de Sajonia-Gotha se honraba con mis miradas. Todavía hallaba más inconciliable el profundo silencio y la insultante presunción con la tierna amistad que hacía gala de tenerme en presencia de aquellos que sabía eran amigos míos. Cierto es que casi no la revelaba sino lamentando mi mala fortuna, de la que yo mismo no me quejaba, compadeciendo mi triste suerte, con la que yo estaba contento, y quejándose de verme rehusar con dureza los benévolos cuidados que decía quererme dispensar. Con esta maña hacía admirar su tierna generosidad, vituperaba mi ingrata misantropía e insensiblemente habituaba a todo el mundo a no imaginar, entre un protector como él y

un infeliz como yo, sino relaciones de favor de una parte y obligaciones de la otra, sin suponer siquiera, como posible, una amistad de igual a igual. Yo buscaba inútilmente qué era lo que podía deber a este nuevo protector; yo le había prestado dinero; él no me lo prestó nunca; yo le había velado durante su enfermedad; él apenas vino a verme cuando yo la tuve; yo le había hecho amigo de todos mis amigos; él nunca me puso en relación con ninguno de los suyos; yo lo había encomiado con todas mis fuerzas; él... si me ha encomiado, fue menos públicamente y de distinta manera. Jamás me dispensó, ni me ofreció siquiera, ningún servicio de ninguna especie. ¿Cómo, pues, podía ser mi Mecenas? ¿Cómo ser yo su protegido? No obstante, esto me sucedía y me sucede aún.

Cierto es que era arrogante con todo el mundo, desde el más alto al más bajo, pero con nadie tan brutalmente como conmigo. Acuérdome de que una vez Saint-Lambert estuvo a punto de tirarle un plato a la cabeza, a causa de una especie de mentís que aquél le dirigió en plena mesa, diciéndole groseramente: *Eso no es verdad.* A su tono naturalmente decisivo añadió la suficiencia de los que han medrado mucho, y se puso en ridículo a fuerza de impertinencias. El trato con los grandes le había seducido hasta el punto de darse él mismo un tono que sólo emplean los menos sensatos de aquéllos. Nunca llamaba a su criado sino gritando *¡hola!*, como si monseñor no supiese cuál de sus numerosos criados estaba de guardia. Cuando le hacía algún encargo le arrojaba el dinero al suelo, en vez de entregárselo en la mano. En fin, olvidando enteramente que era hombre, le trataba con un menosprecio tan chocante, con un desdén tan crudo en todas las circunstancias, que aquel pobre muchacho, un buen sujeto, que le había proporcionado la señora de Epinay, dejó de servirle por no poder sufrir semejantes tratamientos: era el *La Fleur* de este nuevo *Glorieux*.

Tan fatuo como vanidoso, y a pesar de sus grandes ojos turbios y desmadejado semblante, tenía pretensiones de afortunado con las mujeres; y desde su pantomima con la señorita Fel pasaba para muchas de ellas por hombre de grandes sentimientos. Esto le había puesto de moda y le había despertado la afición hacia los cuidados mujeriles; empezó a echárselas de elegante; su tocado vino a ser de grande importancia; todo el mundo supo que hacía uso de afeites, y yo, que no lo creía, empecé a creerlo, no solamente por el embellecimiento de su cutis y por haberlos hallado en su tocador, sino porque una mañana, al entrar en su cuarto, le hallé cepillándose las uñas con una escobilla delante de mí sin la menor aprensión. Entonces juzgué que el hombre que empleaba dos horas cada mañana para cepillarse las uñas podía muy bien emplear algunos instantes en llenar de color los hoyos de su piel. El bueno de Gauffecourt, que no tenía pelo de tonto, le había apellidado con bastante gracia *Tirante el Blanco*.

Todo esto no eran más que ridiculeces, pero muy antipáticas a mi carácter, y así acabaron por hacerme el suyo sospechoso. Me costó trabajo creer que un hombre de cabeza tan vana pudiese tener un corazón recto. De nada se enorgullecía tanto como de su alma sensible y de la intensidad de su sentimiento. ¿Cómo podía esto concertarse con los defectos que son propios de las almas mezquinas? ¿Cómo pueden dejar a un corazón sensible ocuparse sin cesar de tantas puerilidades hacia su personita los vivos y continuos impulsos que le arrastran fuera de sí mismo? ¡Ah Dios mío!, el que siente arder su corazón con este celeste fuego tiende a exhalarse y quiere manifestar su interior. Querría asomar el corazón al rostro, y sería incapaz de imaginar nunca ningún otro afeite.

Entonces me acordé del sumario de su moral, que me había expuesto la señora de Epinay, quien lo había adoptado. Este sumario consistía en un solo artículo, a saber: que el único deber del hombre era seguir las inclinaciones de su corazón. Cuando supe que tenía este principio, me dio mucho en qué pensar; pero en breve me convencí de que este principio era la regla de su conducta, y en lo sucesivo me dio de ello desgraciadamente hartas pruebas. Ésta es la doctrina interna de que tanto me ha hablado Diderot, pero que jamás me ha explicado.

Recordé también los frecuentes avisos que me había dado, hacía muchos años, de que este hombre era falso, que sabía jugar con los sentimientos, y sobre todo que no me quería. Me acordé de varias anécdotas de Francueil y la señora de Chenonceaux, que le tenían en poca estima, y debían conocerle, puesto que ésta era hija de la Rochechouart, íntima amiga del difunto conde Frièse, y que aquél, entonces muy relacionado con el vizconde de Polignac, había frecuentado mucho el palacio real, precisamente cuando Grimm empezaba a introducirse en él. Todo París supo su desesperación después de la muerte del conde Frièse. Fuerza era sostener la reputación que se había granjeado con motivo de los rigores de la señorita Fel, cuya farsa hubiera visto yo mejor que nadie a no haber estado a la sazón tan ciego; y fue preciso llevarle al palacio de Castries, donde desempeñó dignamente su papel, entregado a la más cruel aflicción. Todas las mañanas iba allá a llorar copiosamente en el jardín, teniendo en los ojos su pañuelo bañado en lágrimas mientra estaba a la vista del palacio; pero al volver cierta calle del jardín, personas cuya presencia ignoraba le vieron meterse al instante el pañuelo en la faltriquera y sacar un libro. Esta observación repetida divulgóse a poco por París y casi al mismo tiempo se dio al olvido. Yo mismo la había olvidado, pero me la trajo nuevamente a la memoria lo que pasó conmigo: Me hallaba gravemente enfermo en la calle de Grenelle; él estaba en el campo, y una mañana vino sin aliento, diciendo que acababa de llegar; un instante después supe que había llegado la víspera y que se le había visto en el teatro aquel mismo día.

Recordé mil hechos de esta especie; pero lo que sobre todo me sorprendió fue una observación que extrañé haber tardado tanto en hacer. Había proporcionado a Grimm el conocimiento de todos mis amigos, y todos habían pasado a serlo suyos. Tanto me costaba separarme de él, que casi no hubiera querido conservar la entrada en una casa donde él no hubiese sido recibido. Sólo rehusó admitirlo la señora de Créqui, y por esto, desde entonces dejé de visitarla. Por su parte Grimm se procuró otros amigos de su clase, entre ellos el conde Frièse. De todos estos amigos jamás lo ha sido mío ni uno solo; él nunca me dijo una sola palabra para dármelos a conocer; y de cuantos he encontrado alguna vez en su casa, ninguno me ha manifestado jamás la menor benevolencia, ni el mismo conde de Frièse en cuya casa vivía Grimm, y con el cual, por consiguiente, me hubiera sido grato entrar en relaciones; ni el conde de Schombertg, pariente suyo, con quien Grimm tenía más familiaridad.

Más aún; mis propios amigos, que yo hice suyos y que todos me eran afectos antes de conocerle a él, cambiaron después visiblemente con respecto a mí. Nunca me ha puesto en contacto con ninguno de los suyos; yo le proporcioné todos los míos, y acabó por quitármelos todos. Si éstos son los efectos de la amistad, ¿cuáles serán, pues, los del odio?

Al principio, el mismo Diderot me advirtió varias veces que Grimm, que tanta confianza me merecía, no era amigo mío. Posteriormente usó otro lenguaje cuando él mismo hubo de dejar de serlo mío.

El modo como había dispuesto de mis hijos no necesitaba el concurso de nadie. Sin embargo, hícelo saber a mis amigos, sólo para que lo supiesen, para no parecer a sus ojos mejor de lo que realmente era. Estos amigos eran tres: Diderot, Grimm y la señora de Epinay; y Duclos, el más digno de mi confianza, fue el único a quien no se lo dije. No obstante, lo supo; ¿por quién? Lo ignoro. No es muy probable que esta infidelidad procediese de la señora de Epinay, quien sabía que imitándola, si yo hubiese sido capaz de hacerlo, hubiera podido vengarme cruelmente de ella. Quedan Grimm y Diderot a la sazón tan estrechamente unidos, sobre todo contra mí, que es por demás probable que este crimen lo cometieran en común. Apostaría que Duclos, a quien no confié mi secreto, y que por tanto era dueño de él, ha sido el único que me lo ha guardado.

Grimm y Diderot, en su proyecto de enajenarme a Teresa y su madre, habían hecho varios esfuerzos para arrastrarle con ellos; pero él los rechazó siempre con desdén. Hasta más tarde no me dijo lo que entre ellos había pasado con este motivo; pero desde luego supe por Teresa lo bastante para ver en todo esto algún secreto designio y que se quería disponer de mí, si no contra mi voluntad, a lo menos sin consentimiento mío, o bien que trataban de emplear a

estas dos personas como instrumentos para algún fin misterioso. No era seguramente rectitud todo esto, y la prueba incontestable es que Duclos se oponía a ello. ¡Ahora que vengan y me digan que esto era amistad!

Esta pretendida amistad me era fatal en el interior de casa como fuera. Las largas y frecuentes conversaciones con la señora Le Vasseur, durante muchos años, habían cambiado ostensiblemente a esta mujer con respecto a mí, y este cambio distaba mucho de serme favorable. ¿De qué trataban, pues, en estas singulares entrevistas? ¿A qué venía aquel profundo misterio? ¿Era bastante agradable la conversación de aquella vieja para que fuese tan afortunada y bastante importante para hacer de ella tan gran secreto? Durante los tres o cuatro años que duraron estos coloquios me habían parecido ridículos; mas pensando nuevamente en ellos, empezaron a sorprenderme. Esta sorpresa hubiera llegado hasta la inquietud si hubiese sabido lo que esta mujer me preparaba.

A pesar del pretendido celo por mí de que Grimm se vanagloriaba, difícil de conciliar con el tono que adoptaba conmigo, nada me venía de su parte que fuese ventajoso para mí, y la conmiseración que fingía tenerme tendía más bien a envilecerme que a servirme. Hasta me quitaba, cuando le era posible, el recurso del oficio que había escogido, desacreditándome como copista; y en este punto convengo en que decía la verdad, pero no le tocaba decirla. Probaba que no lo decía en broma sirviéndome de otro copista y no dejándome ningún parroquiano de cuantos podía quitarme. Hubiérase dicho que su proyecto consistía en hacerme depender de él y de su influencia para mi subsistencia y agotar mis recursos hasta que me viese reducido a ello.

En resumidas cuentas, mi juicio hizo callar a mi corazón, que todavía hablaba en favor suyo. Juzgué su carácter por lo menos sospechoso, y en cuanto a su amistad, la tuve por falsa. Luego, resuelto a no verle más, se lo participé a la señora de Epinay, apoyando mi resolución en varios hechos irrefutables que al presente tengo olvidados.

Ella combatió vivamente esta resolución, aunque sin saber qué replicar a los motivos en que estaba fundada. No se había concertado todavía con él; pero al día siguiente, en vez de entenderse verbalmente conmigo, me envió una mañosa carta, que habían redactado juntos y en la cual, sin entrar en el detalle de los hechos, trataba de justificarle, aduciéndome su carácter reconcentrado, y recriminándome por haber sospechado que era pérfido conmigo, me exhortaba a reconciliarme con él. Esta carta me hizo vacilar, y acabó de vencerme en una conversación que tuvimos después, para la cual estaba más preparada que la vez primera; llegué a creer que podía haber juzgado mal, y que en este caso, tratándose de un amigo, tenía que reparar una ofensa grave. En una palabra, así como lo había

hecho varias veces con Diderot y con el barón de Holbach, por inclinación y debilidad juntamente, di todas las satisfacciones que tenía derecho a exigir; fui a buscar a Grimm, como otro Jorge Dandín, a excusarme de los agravios que él me había inferido; siempre en la falsa persuasión que me ha hecho cometer mil bajezas con mis fingidos amigos, de que no hay odio que no se desarme a fuerza de dulzura y buenos procederes; mientras que, por el contrario, el rencor de los perversos no hace más que acrecentarse con la imposibilidad de hallar motivo justificado, y el sentimiento de su propia injusticia es un nuevo perjuicio para el que es objeto de ella. Sin salir de mi propia historia, tengo una prueba evidente de esta máxima en Grimm y en Tronchin, que han venido a ser mis enemigos más implacables por gusto, por inclinación, por capricho [1], sin poder exponer el menor agravio de ninguna especie que de mí hayan recibido, y cuya ira crece de día en día, como la de los tigres, por la facilidad que tienen de satisfacerla.

Yo esperaba que Grimm, confundido por mi condescendencia y por mi iniciativa, me recibiría con los brazos abiertos; pero me recibió a lo emperador romano, con un ceño nuevo para mí. Yo no me hallaba preparado para semejante acogida. Cuando, embarazado con un papel tan poco a propósito para mí, hube expuesto en pocas palabras y con aire tímido el objeto que llevaba, antes de perdonarme y con mucha majestad pronunció una interminable arenga que tenía preparada, y que contenía la larga enumeración de sus virtudes, sobre todo en el seno de la amistad. Insistió mucho en una idea que al principio me sorprendió vivamente, y fue que todo el mundo le veía conservar siempre los mismos amigos. Mientras él hablaba, yo, para mis adentros, me decía que sería muy cruel para mí ser yo excepción única de tal regla; mas tanto y con tanta afectación la repitió, que me hizo pensar que si no siguiese más que los sentimientos de su corazón estaría menos prendado de esta máxima y que se servía de ella como de un arma útil a sus miras en los medios de medrar. Hasta entonces me había hallado en el mismo caso; siempre había conservado todos mis amigos; desde mi más tierna infancia ni uno solo había perdido, a no ser por la muerte, y, no obstante, hasta entonces nunca me había fijado en ello; no era efecto de una máxima que yo me hubiese prescrito. Y siendo una ventaja común a ambos, ¿a qué venía jactarse de ella como de una superioridad sobre mí, si de antemano no trataba de quitármela? En seguida trató de humillarme enumerando las pruebas de la preferencia que obtenía de nuestros comunes amigos. Yo lo veía tan bien

---

[1] He dado al último el mote de *Juglar*, posteriormente; pero sólo después de su enemistad declarada y después de las sangrientas persecuciones que me suscitó en Ginebra y fuera de ella. Y aun suprimí ha poco este nombre viéndome enteramente víctima suya. La miserable venganza es indigna de mi corazón y el odio jamás echa raíces en él.

como él; la cuestión estaba en saber cómo la había obtenido: si a fuerza de méritos o de astucia, si elevándose él o rebajándome a mí. En fin, cuando hubo marcado a su gusto toda la distancia que de él me separaba, para realzar el valor de la gracia que iba a concederme, nos dimos el ósculo de paz en un ligero abrazo que pareció el que da el rey a los nuevos caballeros. Yo no sabía lo que me pasaba, estaba absorto; no sabía qué decir, ni acertaba a despegar los labios. Esta escena tuvo enteramente el carácter de la amonestación que dirige un preceptor a sus discípulos. No puedo recordarla sin pensar cuán engañosos son los juicios fundados en las apariencias, a quien tanto crédito da el vulgo, y cuán frecuentemente la audacia y la altivez están de parte del culpable, mientras el inocente se halla confuso y avergonzado.

Estábamos reconciliados, y siempre era esto un alivio para mi corazón, que tanto sufre con la discordia. Como se comprende, con semejante avenencia no cambió Grimm su modo de obrar; sólo sirvió para quitarme a mí el derecho de quejarme. Así, pues, tomé la resolución de sufrirlo todo sin decir una palabra.

Tantos sufrimientos repetidos me sumieron en una postración que me dejó casi sin fuerzas para recobrar el dominio sobre mí mismo. Sin tener contestación de Saint-Lambert, olvidado de la señora de Houdetot, sin osar franquearme con nadie, empecé a temer que, haciendo de la amistad el ídolo de mi corazón, había sacrificado mi vida a una quimera. Hecha la prueba de todas mis relaciones, sólo quedaban dos hombres que hubiesen conservado mi estimación toda y en quienes podía confiar mi corazón: Duclos, a quien había perdido de vista desde mi retiro en el *Ermitage*, y Saint-Lambert. Respecto al segundo, creí no poder reparar bastante lo mal que había obrado con él sino abriendo a sus ojos mi corazón, y resolví hacerle mis confesiones sin reserva en cuanto no comprometiesen a su amada. No me cabe duda de que este camino era un nuevo lazo que mi pasión me tendía queriendo aproximarse a ella; pero lo cierto es que yo me habría echado sin reserva en los brazos de su amante, que me habría entregado completamente a su dirección y que habría llevado la franqueza hasta donde podía llegar. Ya me resolvía a escribirle una segunda carta, a la cual estaba seguro de obtener contestación, cuando supe la triste causa de su silencio a la primera. No había podido resistir hasta el fin las fatigas de aquella campaña. La señora de Epinay me dijo que acababa de sufrir un ataque de parálisis; y la de Houdetot, que acabó por enfermar de aflicción y que no pudo escribirme desde luego, me participó dos o tres días después, desde París, donde se hallaba, que se hacía conducir a tomar los baños de Aix-la-Chapelle. No diré que esta infausta nueva me afligiese tanto como a ella; pero dudo mucho que la opresión que me causó fuese menos dolorosa que su dolor y sus lágrimas. El sentimiento de que se hallase en estado tal, aumentado

con el temor de que la inquietud hubiese contribuido a ello, me conmovió más que todo cuanto hasta entonces me había sucedido; y sentí cruelmente que en mi propia estimación me faltaba la fuerza necesaria para soportar tanta pena. Por fortuna este generoso amigo no me dejó mucho tiempo en tal abatimiento; a pesar de su ataque no me olvidó, y no tardé en saber por él mismo que había juzgado harto mal de su estado y sentimientos. Pero ya es tiempo de entrar en la exposición de la gran revolución de mi destino, de la gran catástrofe que ha dividido mi vida en dos partes tan distintas y que ha hecho que de una causa muy leve hayan resultado tan terribles efectos.

Un día, cuando menos lo pensaba, la señora de Epinay me envió a buscar. Al entrar noté en sus ojos y en todo su aspecto una turbación que me sorprendió tanto más cuanto que era ella muy extraordinaria, pues nadie sabía ordenar mejor su semblante y todos sus movimientos. «Amigo mío –me dijo–, parto para Ginebra; mi pecho se halla en mal estado, pierdo la salud de tal modo que es preciso abandonarlo todo e irme a consultar a Tronchin.» Esta resolución, tan bruscamente tomada y al comenzar la estación rigurosa, me sorprendió tanto más cuanto que la había dejado treinta y seis horas antes sin que se tratara de ello. Yo le pregunté quién la acompañaba, y me dijo que su hijo y el señor de Linant, añadiendo con cierto abandono: «¿Y usted, oso mío, no vendrá también?» Como no creí que hablase con formalidad, sabiendo que en la estación que iba a entrar apenas me hallaba en estado de salir de casa, me chanceé con motivo de la utilidad que podría reportar a un enfermo la compañía de otro enfermo; ella pareció no haberme hecho de veras esta proposición, y no se trató más del asunto. Luego hablamos solamente de los preparativos de su viaje, de que se ocupaba con mucha diligencia, resuelta como estaba a marchar dentro de quince días.

No se necesitaba gran penetración para comprender que aquel viaje tenía un motivo secreto, que se me ocultaba. Este secreto, que no lo era en casa más que para mí, fue descubierto al día siguiente por Teresa, a quien se lo reveló Teissier, el maestresala, quien lo supo por la doncella. Aunque no debo este secreto a la señora de Epinay, está harto enlazado con los que de ella poseo, para que pueda separarlo; así, guardaré silencio sobre este punto. Mas estos secretos, que no han salido ni saldrán jamás de mis labios ni de mi pluma, han sido harto sabidos para que puedan ignorarlos todas las personas que rodeaban a la señora de Epinay.

Conocido el motivo de este viaje, hubiera reconocido el secreto impulso de una mano enemiga, en la tentativa de hacerme ir como rodrigón de la señora de Epinay; pero ella insistió tan poco, que me hizo persistir en mi creencia de que esta tentativa no era formal, y me reí del magnífico papel que habría representado si hubiese come-

tido la tontería de aceptar. Por lo demás, ella ganó mucho con mi negativa, pues logró que su mismo marido la acompañara.

Algunos días después recibí de Diderot la carta que voy a transcribir. Esta esquela, doblada muy rudimentariamente, de modo que pudiese leerse fácilmente sin abrirla, me fue dirigida a casa de la señora de Epinay y encargado al señor de Linant, ayo del hijo y confidente de la madre.

Billete de Diderot (legajo A, núm. 52).

«He nacido para quererle y causarle sinsabores. Acabo de saber que la señora de Epinay va a Ginebra y no se dice que usted la acompañe. Amigo mío, si está contento de ella debe acompañarla; si le tiene disgustado, con más razón aún. ¿Acaso le molesta el peso de las obligaciones que con ella tiene? Pues he ahí una ocasión propicia para satisfacerlas en parte y quitarse algún peso de encima. Tal vez no hallará otra ocasión en su vida en que pueda manifestarse su agradecimiento. Va a un país donde se hallara como caída de las nubes. Está enferma y necesitará entretenimiento y distracciones. ¡Y en invierno, amigo mío! La objeción de su salud es quizá más importante de lo que yo creo; pero ¿está hoy peor que un mes atrás y que lo estará al entrar la primavera? ¿Hará mejor el viaje dentro de tres meses? En cuanto a mí, le aseguro que si no pudiese tolerar la silla de manos, tomaría un bastón y la seguiría a pie. Y luego, ¿no teme que se interprete mal su conducta? Se le tachará de ingrato o de que le retiene algún motivo secreto. Ya sé muy bien que como quiera que obre siempre tendrá el asentimiento de la conciencia; pero ¿es bastante acaso? ¿Se puede hasta cierto punto menospreciar el de los demás hombres? Por lo demás, amigo mío, le escribo esta carta para desquitarme con usted y conmigo mismo. Si le desagrada, arrójela al fuego, y no nos acordemos de ella, como si no la hubiese escrito. Le saludo, le quiero y le abrazo.»

El temblor de la cólera, la turbación que me dominaba al leer esta carta y que apenas me permitieron concluir, no me impidieron notar la destreza con que Diderot fingía en ella un tono más dulce, más cariñoso, más digno que en todas las demás suyas, en que me trataba a lo más de querido, sin dignarse darme el nombre de amigo. Fácilmente vi por qué venía indirectamente esta carta, cuyo sobrescrito, forma y marcha disimulaban bastante mal el rodeo que había dado; porque ordinariamente nos escribíamos por el correo, o por las mensajerías de Montmorency, siendo ésta la primera y única vez que se sirvió de aquel conducto.

Cuando el primer arrebato de indignación me permitió escribir, tracé precipitadamente la siguiente respuesta, que llevé en seguida

del *Ermitage*, en donde a la sazón me hallaba, a la Chevrette, para mostrarla a la señora de Epinay, a quien en mi ciego enojo quise leérsela yo mismo, así como la carta de Diderot.

«Querido amigo: Usted no puede conocer la importancia de las atenciones que debo a la señora de Epinay, ni hasta qué punto me sujetan, ni si realmente me necesita en su viaje, ni si desea que yo la acompañe, ni si me es posible hacerlo, ni las razones que pueda tener para abstenerse. No me niego a discutir con usted todos estos puntos; pero entretanto convengamos en que prescribirme lo que debo hacer de un modo tan terminante, sin hallarse bien enterado, es, mi caro filósofo, obrar con ligereza. Lo peor que veo en todo esto es que el consejo no previene de usted, y además de que no estoy dispuesto a dejarme conducir, a la sombra de su nombre, por un tercero ni por un cuarto, en todo esto hallo ciertos rodeos que no hablan muy alto en favor de su franqueza y de que en obsequio suyo y mío hará muy bien de abstenerse en adelante.

»Teme que se interprete mal mi conducta; mas yo apuesto a que un corazón como el suyo es incapaz de pensar mal del mío. Otros tal vez hablarían mejor de mí si me pareciese más a ellos. ¡Líbreme Dios de merecer su aprobación! Que me espíen e interpreten los malvados. Rousseau no es hombre que les tema, ni Diderot es hombre para escucharlos.

»Pretende que arroje al fuego su esquela si me desagrada, y que no se hable más del asunto. ¿Cree que así se olvida lo que de usted proviene? Amigo mío, tan poco le importan mis lágrimas, con los sinsabores que me proporciona, como mi vida y mi salud, por los cuidados que me recomienda. Si pudiese corregirse de esto, su amistad me sería más grata y yo sería menos digno de lástima.»

Al entrar en la habitación de la señora de Epinay hallé a Grimm con ella, y me alegré. Leíles en voz alta y clara ambas cartas, con una intrepidez de que no me hubiera creído capaz, añadiendo, al concluir, algunas frases que no la desmentían. En vista de esta audacia inesperada en un hombre de ordinario tan tímido, les vi a ambos aterrados y aturdidos, sin responder palabra; vi, sobre todo, a aquel hombre arrogante bajar los ojos, incapaz de sostener el fuego de mis miradas; mas en el instante mismo, en el fondo de su alma, juraba mi perdición, y estoy seguro de que la fraguaron antes de separarse.

Poco más o menos por este tiempo fue cuando recibí al fin, por intermedio de la señora de Houdetot, la respuesta de Saint-Lambert (legajo A, núm. 57), fechada aún en Wolfenbüttel, pocos días después de su accidente, a mi carta que había estado mucho tiempo en

el camino. Esta respuesta me proporcionó un gran consuelo, que mucho a la sazón necesitaba, por el testimonio de estima y amistad que contenía, y me dio valor y fuerzas para merecerlas. Desde este instante cumplí con mi deber; mas es indudable que si Saint-Lambert hubiese sido menos sensato, menos generoso, menos discreto, yo estaba perdido sin remedio.

La estación iba siendo cruda y todo el mundo abandonaba el campo. La señora de Houdetot me indicó el día en que se proponía venir a despedirse de la campiña y me citó en Eaubonne. Casualmente este día fue el mismo en que la de Epinay salía de la Chevrette para ir a terminar en París los preparativos de su viaje. Afortunadamente partió por la mañana, y al despedirla, aún tuve tiempo de ir a comer con su cuñada. Llevaba en el bolsillo la carta de Saint-Lambert, que leí varias veces durante el trayecto y me sirvió de égida contra mi debilidad. Tomé y llevé a cabo la resolución de no ver en la señora de Houdetot más que a mi amiga y la amante de mi amigo; y pasé a solas con ella cuatro o cinco horas en deliciosa calma, infinitamente preferible, aun como goce, a esos accesos de ardiente fiebre que hasta entonces había experimentado junto a ella. Como sabía muy bien que mi corazón no había cambiado, agradeció los esfuerzos que hice para dominarme, me apreció más y tuve la satisfacción de ver que su amistad no se había extinguido. Hízome saber que Saint-Lambert estaba próximo a regresar, pues aunque bastante restablecido de su ataque, ya no se hallaba en estado de soportar las fatigas de la guerra y abandonaba el servicio para venirse a vivir tranquilamente a su lado. Concebimos el bello proyecto de una estrecha unión entre los tres, y podíamos esperar que su realización sería duradera, puesto que formaban su base todos los sentimientos que pueden unir a corazones sensibles y rectos, y entre los tres reuníamos bastantes conocimientos para bastarnos a nosotros mismos, sin necesidad de elementos ajenos. ¡Ay de mí! Cuando así me entregaba a la esperanza de tan dulce vida, ¡qué lejos estaba de imaginar la que me esperaba!

En seguida hablamos de mi situación presente respecto a la señora de Epinay. Le enseñé la carta de Diderot y mi respuesta; hícele una relación detallada de cuanto había pasado y le manifesté mi resolución de marcharme del *Ermitage.* Ella se opuso vivamente y con razones poderosas todas para mi corazón; díjome cuánto le habría gustado que yo hubiese hecho el viaje de Ginebra, previendo que no dejarían de comprometerla tomando pie de mi negativa, que es lo que parecía indicar de antemano la carta de Diderot. Sin embargo, como sabía mis motivos tan bien como yo mismo, no insistió sobre este punto, pero me recomendó que evitase a cualquier precio todo rompimiento, y que paliase mi negativa con razones bastante plausibles para alejar la injusta sospecha de que ella pudiese tener parte en mi resolución. Le dije que no me imponía

una tarea fácil, pero que, resuelto a expiar mis faltas, aun a trueque de mi reputación quería anteponer la suya a la mía en cuanto el honor me lo permitiese. Luego se conocerá si he sabido cumplir mi palabra.

Puedo jurar que lejos de haber perdido mi desgraciada pasión nada de su fuerza, jamás amé a mi Sofía tan viva y tiernamente como aquel día. Mas fue tal la impresión que la carta de Saint-Lambert, el sentimiento del deber y el horror de la perfidia me causaron, que durante esta entrevista mis sentidos me dejaron completamente en paz a su lado, y ni siquiera tuve la tentación de besarle la mano. Al despedirnos, ella me dio un beso en presencia de su servidumbre. Este beso, tan diferente de los que le había arrebatado bajo el follaje, me probó que había recobrado el imperio sobre mí mismo; estoy casi seguro de que si mi corazón hubiese podido fortalecerse en la calma, en menos de tres meses habría curado radicalmente.

Aquí concluyen mis relaciones personales con la señora de Houdetot..., relaciones de las que cada cual puede haber juzgado por las apariencias según las inclinaciones de su propio corazón, pero durante las cuales la pasión que me inspiró esta amable mujer, pasión quizá la más viva que hombre alguno haya sentido, se elevará siempre a grande altura entre el cielo y nuestras almas, por los raros y penosos sacrificios que hicimos ambos en aras del deber, del honor, del amor y de la amistad. Nos habíamos elevado demasiado uno a los ojos de otro para envilecernos fácilmente. Para resolverse a perder una estima de tanto precio hubiera sido necesario ser indignos de ella, y la misma energía de los sentimientos que nos podían hacer culpables fue lo que nos impidió llegar a serlo.

Así fue como, después de una amistad tan prolongada con una de estas dos mujeres y un amor tan ardiente hacia la otra, me despedí separadamente de las dos en un mismo día, de la una para no volver a verla en mi vida y de la otra para no volver a verla más que dos veces, en las ocasiones que diré luego.

Después de su partida me hallé perplejo ante la perspectiva de tener que llenar deberes apremiantes y contradictorios, efecto de mis imprudencias. Si yo me hubiese hallado en situación normal, después de la proposición del viaje a Ginebra y de haberlo rehusado, no tenía que hacer sino quedarme tranquilo, y estaba dicho todo. Pero las cosas no podían quedar en el estado en que yo imprudentemente las había colocado, y no podía evitar ulteriores explicaciones sino dejando el *Ermitage;* precisamente lo que acababa de prometer a la señora de Houdetot que no haría, a lo menos por de pronto. Además, me había exigido que diese a mis pretendidos amigos motivos que justificasen mi negativa a emprender el viaje, a fin de que no se los imputasen a ella. No obstante, yo no podía alegar la verdadera causa sin ofender a la señora de Epinay, a quien, a la verdad, debía estar agradecido después de cuanto había hecho por

mí. Bien considerado todo, me hallaba en la dura pero inevitable alternativa de faltar a la señora de Epinay, a la de Houdetot, o a mí mismo, y me resolví por lo último. Tomé esta resolución con orgullo, plenamente, sin tergiversar y con una generosidad digna, seguramente, de borrar las faltas que me habían reducido a este extremo. Este sacrificio, de que mis enemigos han sabido sacar partido y que tal vez esperaban, ha sido la causa de la pérdida de mi reputación y, por el buen cuidado que han puesto en ello, me ha enajenado la estimación pública; pero me ha devuelto la mía y me ha consolado en mis aflicciones. Como se verá, no es la última tampoco en que se hayan valido de ellos para agobiarme.

El único que me pareció no haber tomado parte alguna en este enredo fue Grimm, y a él resolví dirigirme. Escribíle una larga carta, manifestando lo ridículo de querer que tuviese la obligación de hacer este viaje a Ginebra; la inutilidad y además el estorbo que hubiera proporcionado conmigo a la señora de Epinay, y los inconvenientes que habrían resultado para mí mismo. No pude resistir en esta carta a la tentación de dejarle entrever que yo estaba enterado de todo, y que me parecía singular la pretensión de que fuese yo el acompañante, mientras él se creía dispensado de ello y nadie hacía mención de él. Esta carta, en que no pudiendo exponer claramente mis razones me vi obligado a salirme de la cuestión a menudo, a los ojos del público me habría hecho aparecer como culpable por varias causas; pero era un ejemplo de reserva y de discreción para las personas que, como Grimm, estaban enteradas de lo que en ella me callaba y que justificaban plenamente mi conducta. Tampoco temí poner un motivo más en contra mía dando a conocer a mis demás amigos el parecer de Diderot, para insinuar que la señora de Houdetot había pensado del mismo modo, como era la verdad, pero callando que hubiese cambiado de parecer en vista de mis razones. De ningún otro modo podía destruir mejor la sospecha de connivencia conmigo más que pareciendo descontento de ella en este asunto.

Esta carta terminaba con un acto de confianza que a cualquiera habría conmovido, pues exhortando a Grimm a que pesara mis razones y a que me diese su parecer, le decía que, cualquiera que fuese éste, sería el que seguiría; y ésta era mi intención, aunque hubiese opinado por mi partida, porque habiendo sido el señor Epinay acompañante de su mujer en este viaje, el mío tomaba entonces un carácter muy diferente; mientras que al principio quisieron darme a mí este empleo, y no se pensó en él sino después de mi negativa.

La respuesta de Grimm se hizo esperar y fue extraña. Voy a transcribirla (legajo A, núm. 59):

«La marcha de la señora de Epinay se ha diferido; su hijo está enfermo y es preciso esperar a que se halle restablecido. Meditaré su

carta. Entretanto, permanezca tranquilo en su *Ermitage;* yo le avisaré a tiempo. Como regularmente tardará algunos días en marchar, no hay que apresurarse. Si lo juzga conveniente puede, en el ínterin, ofrecerse a ella, aunque esto me parece indiferente, pues conociendo su posición tan bien como usted mismo, no dudo que responderá como debe a su ofrecimiento; y lo que va a ganar con todo esto es que podrá decir a los que le censuren que si no ha ido no es por no haberse brindado. Por lo demás, no sé por qué se empeña en que el filósofo sea la bocina de todo el mundo, y por qué, siendo su consejo que parta, cree que todos sus amigos pretenden lo mismo. Si le escribe a madama Epinay, su respuesta puede servirle de réplica a todos sus amigos, puesto que tanto desea replicarles. Adiós: salude a la señora Le Vasseur y al «Fiscal» [1].

Sorprendido con la lectura de esta carta, indagaba con inquietud lo que podía significar y no encontraba nada. ¡Cómo! ¡En vez de responder simplemente a mi carta, se toma tiempo para pensar en ella, como si no le hubiese bastado el que había dejado transcurrir! Hasta me advierte la suspensión en que me quiere tener, como si se tratase de resolver un profundo problema, como si le conviniese quitarme todo medio de penetrar su modo de sentir hasta el momento en que quiera declarármelo. ¿Qué significan estas precauciones, retrasos y misterios? ¿Es así como se responde a la confianza? ¿Es éste el comportamiento de la rectitud y de la buena fe? En vano buscaba alguna interpretación favorable a esta conducta. Cualquiera que fuese su designio, siéndome contrario, su posición le facilitaba el medio de ejecutarla, sin que yo por la mía pudiese oponerle ningún obstáculo. Siendo favorito en casa de un alto príncipe, conocido en el gran mundo, dando el tono a las reuniones y círculos que nos eran comunes y en los que era oráculo, podía, con su ordinaria astucia, disponer de todos sus resortes; y a mí, solo en mi *Ermitage*, alejado de todo, sin ayuda de nadie, sin ninguna comunicación, no me quedaba más que esperar y estar tranquilo. Sólo escribí a la señora de Epinay, con motivo de la enfermedad de su hijo, una carta tan cortés cuanto era dable, pero sin caer en el lazo de ofrecerme a ir con ella.

Después de un eterno esperar, con la cruel incertidumbre en que este hombre bárbaro me había sumergido, supe al cabo de ocho o diez días que la señora de Epinay había partido, y aquél me dirigió una segunda carta. Constaba sólo de ocho o diez líneas, que no acabé de leer... Era un rompimiento, pero en términos tales, como puede dictarlos solamente el odio más infernal, y hasta eran estúpidos a fuerza de querer ser ofensivos. Me ordenaba que no compareciese ante él, como el rey que destierra de sus Estados a un vasallo. Para que su carta sirviese de risa, no faltaba más que leerla

---

[1] Le Vasseur padre, a quien su mujer trataba con alguna dureza, la llamaba el Fiscal. Por broma, Grimm llamaba del mismo modo a su hija.

con más sangre fría. Sin copiarla, aun sin acabar de leerla, se la devolví sobre la marcha con la adjunta:

«Yo me resistía a la justa desconfianza que sentía. Acabo de conocerle, demasiado tarde.

»He aquí, pues, la carta que se ha querido tomar tiempo para meditar. Se la devuelvo; no es para mí. Puede mostrar la mía a todo el mundo, y aborrecerme abiertamente; siempre será, por su parte, una falsedad menos.»

Lo que le decía sobre poder presentar mi carta anterior se refería a una cláusula de la suya, donde se puede conocer la refinada astucia que desplegó en todo este asunto.

He dicho que para las personas que no estuviesen enteradas, mi carta podía hacer juzgar mal de mí. Él lo vio con placer. Pero ¿cómo prevalerse de esta ventaja sin comprometerse? Mostrando esta carta se exponía a ser tachado de abusar de la confianza de su amigo.

Para salir de apuros, imaginó romper conmigo del modo más ofensivo que le fuese posible, envaneciéndose en su carta del favor que me dispensaba no dando a conocer la mía. Bien seguro estaba él de que, llevado de la indignación, rehusaría su fingida discreción y le permitiría manifestar mi carta a todo el mundo. Esto era precisamente lo que deseaba, y todo ocurrió como lo había preparado. Hizo correr mi carta por todo París, acompañada de comentarios de su cosecha, que, no obstante, no lograron todo el éxito que él se había prometido. El permiso de enseñar mi carta, que había sabido arrancarme, no bastó para que dejase de vituperarse la facilidad con que me había cogido por la palabra para hacerme daño. A todos se les ocurría preguntar qué agravios personales le había inferido para autorizar un odio tan violento. En fin, resultaba que aun cuando yo hubiese cometido tales faltas que le hubiese obligado a romper la amistad, aun después de extinguida, siempre conservaba derechos que él hubiera debido respetar. Pero, desgraciadamente, París es frívolo; estas observaciones del momento se olvidan; el que está en auge se mantiene; el manejo de la intriga y la perversión se renueva, y su efecto, renaciendo sin cesar, pronto borra cuanto le ha precedido.

He aquí de qué manera, después de haberme estado engañando durante tanto tiempo, al fin este hombre se quitó la máscara ante mí, persuadido de que en el estado a que había llevado las cosas dejaba de necesitar de ella. Yo, libre del temor de ser injusto con este miserable, le abandoné a su propia conciencia, y dejé de pensar en él. Ocho días después de haber recibido esta carta obtuve la respuesta a la que había dirigido a la señora de Epinay, fechada en Ginebra (legajo B, núm. 10). Por el tono en que en ella empleaba por vez primera en su vida comprendí que, contando con el buen resultado de sus medidas, obraban ambos de acuerdo, y que teniéndome por hombre perdido sin remedio, se abandonaban sin riesgo en adelante al placer de acabar de aplastarme.

En efecto, mi situación era deplorable. Veíame abandonado de todos mis amigos, sin saber por qué ni cómo. Diderot, que se jactaba de continuar siéndome fiel él solo y que hacía tres meses que me estaba prometiendo una visita, no hallaba nunca el momento de hacerla. El invierno empezaba a dejarse sentir y con él los ataques de mis ordinarias dolencias. A pesar de ser vigoroso, mi temperamento no había podido soportar el combate de tan contrarias pasiones. Me hallaba en una postración tal, que no me dejaba fuerzas ni valor para resistir nada; aun cuando mis compromisos y las continuas observaciones de Diderot y de la señora de Houdetot me hubiesen permitido abandonar el *Ermitage* en aquellos momentos, no sabía adónde ir ni cómo hacer el trayecto. Me hallaba inmóvil y estupefacto, sin poder obrar ni pensar. La sola idea de tener que dar un paso, que escribir una carta, que pronunciar una palabra, me hacía temblar. Con todo, podía no dejar de contestar a la señora de Epinay, a menos de confesarme digno de las calificaciones con que ella y su amigo me abrumaban. Determinéme a participarle mis sentimientos y resoluciones, no dudando un solo instante que por humanidad, por generosidad, por bien parecer y por los buenos sentimientos que había creído descubrir en ella, a pesar de los malvados, se apresuraría a seguirlos. He aquí mi carta:

«En el *Ermitage*, 23 de noviembre de 1757.

»Si se muriese de dolor, no viviría yo. Pero, en fin, he tomado una resolución. Se ha extinguido la amistad entre nosotros; pero la que ya no existe conserva derechos que sé respetar. No he olvidado las mercedes que le debo y puede estar segura de obtener de mí todo el agradecimiento que se debe a quien se tiene la obligación de dejar de amar. Cualquiera otra explicación sería inútil; yo tengo el testimonio de mi conciencia y le remito a la suya.

»He querido salir del *Ermitage*, como era mi deber; pero pretenden que es necesario que permanezca en él hasta la primavera, y puesto que lo quieren mis amigos, esperaré aquella estación aquí, si consiente usted en ello.»

Una vez escrita y expedida esta carta, no pensé más que en tranquilizarme, cuidando de mi salud, procurando recobrar mis fuerzas y tomar las medidas oportunas para salir en la primavera sin ruido y sin publicar un rompimiento. Pero así no les salía la cuenta al señor de Grimm y a la señora de Epinay, como se verá luego.

Por fin, algunos días después tuve el placer de recibir de Diderot la visita tantas veces prometida y no cumplida. No podía venir más a propósito; era mi más antiguo amigo, casi el único que me quedaba;

puede juzgarse cuánto placer tuve al verle en aquellas circunstancias. Tenía el corazón oprimido y me desahogué en su seno. Le aclaré muchos hechos que le habían ocultado, disfrazado o supuesto, le referí cuanto me era permitido de lo que había pasado; no quise ocultarle lo que sabía demasiado, a saber: que un amor tan desgraciado como insensato había sido el instrumento de mi perdición; pero jamás convine en que la señora Houdetot lo supiese, o al menos que supiese que yo se lo hubiese declarado. Le hablé de los indignos manejos de la señora de Epinay para sorprender las inocentes cartas que su cuñada me escribía. Quise que oyese estos detalles de la propia boca de las personas a quienes aquélla había tratado de seducir. Teresa hizo el relato exacto; pero ¡cuál fue mi asombro cuando tocó el turno a la madre, y le oí declarar y sostener que no sabía nada del asunto! Éstas fueron sus palabras, y jamás se contradijo. Aún no hacía cuatro días que me había repetido el relato a mí mismo, y ahora me desmentía a la faz de mi amigo. Este rasgo me pareció decisivo, y entonces sentí vivamente la imprudencia que había cometido conservando durante tanto tiempo a mi lado a una mujer semejante. No me deshice en invectivas contra ella; apenas me digné dirigirla algunas palabras de desprecio, y conocí cuánto debía a la hija, cuya inquebrantable rectitud contrastaba con la indigna ruindad de la madre. Mas desde aquel momento tomé una resolución respecto de la vieja, y sólo esperé el momento oportuno para llevarla a cabo.

Este momento llegó más pronto de lo que yo esperaba. El día 10 de diciembre recibí de la señora de Epinay la respuesta a mi carta precedente. He aquí su contenido:

«*Ginebra, 1 de diciembre de 1757* (legajo B, núm. 11).

»Después de haberle dado, durante muchos años, todas las pruebas posibles de interés y de amistad, no me queda más que compadecerle. Es usted muy desdichado. Deseo que su conciencia esté tan tranquila como la mía; quizá sea esto necesario para el reposo de su vida.

»Puesto que quería salir del *Ermitage*, y puesto que debía hacerlo, extraño que sus amigos le hayan retenido. De mí sabré decirle que no consulto a los míos acerca de mis deberes; nada más tengo que decirle acerca de los suyos.»

Una despedida tan imprevista, pero expresada con tanta precisión, no me dejaba un instante que vacilar. Era forzoso salir inmediatamente, cualquiera que fuese el tiempo que hiciera, en cualquier estado que me hallara, aunque hubiera de acostarme en los bosques

y sobre la nieve, de que estaba entonces cubierta la tierra, y a pesar de lo que pudiera decirme la señora de Houdetot, pues yo bien deseaba complacerla en todo, pero no hasta la infamia.

Halléme en el mayor apuro de mi vida; pero estaba firmemente resuelto y juré estar a los ocho días fuera del *Ermitage* a todo evento. Me propuse sacar mis ropas y papeles, resuelto a abandonarlos en el campo si necesario fuese, con tal de entregar las llaves dentro de los ocho días, pues lo que principalmente deseaba era que estuviese hecho todo antes de que se pudiese escribir a Ginebra y recibir contestación. Me sentía con más valor que nunca y había recobrado todas mis fuerzas que el honor y la indignación me devolvieron. La señora de Epinay había contado que éstas me faltarían; mas la fortuna ayudó mi audacia. El señor Mathas, procurador fiscal del príncipe de Condé, oyó hablar de mis apuros y me hizo ofrecer una pequeña casa que tenía en su jardín de Mont-Louis, en Montmorency, que acepté sin vacilar, con gratitud. Pronto nos convinimos en cuanto al precio; hice comprar apresuradamente algunos muebles, a fin de disponer con ellos y con los que teníamos un dormitorio para Teresa y para mí. Mandé trasladar mis baúles con gran trabajo y excesivo coste; a pesar del hielo y de la nieve, en dos días desalojé el *Ermitage* y el día 15 de diciembre entregué las llaves, después de haber pagado los salarios del jardinero, puesto que no podía pagar el alquiler.

En cuanto a la señora Le Vasseur, le declaré la necesidad de separarnos; su hija trató de disuadirme, pero fui inflexible. Hícela marchar a París en el coche de las mensajerías, con todos los muebles y objetos que eran comunes a la madre y a la hija. Entreguéle algún dinero y me obligué a pagar el alquiler de su habitación en casa de sus hijos o en otra parte, a proveer a su subsistencia mientras me fuese posible, y a no dejarla sin pan, mientras lo tuviera para mí.

En fin, a los dos días de mi llegada a Mont-Louis escribí a la señora de Epinay la siguiente carta:

«Montmorency, 17 de diciembre de 1757.

»Señora: Nada es más sencillo y necesario que salir de su casa, puesto que no aprueba mi permanencia en ella. En vista de haberse negado a consentir que pasase el resto del invierno en el *Ermitage,* salí de él el día 15. Era mi destino entrar y salir de él contra mi voluntad. Le agradezco el tiempo que me ha inducido a permanecer allí, y se lo agradecería mucho más si no me hubiese costado tan caro. Por lo demás, razón tiene en creerme desdichado; nadie mejor que usted sabe cuánto debo de serlo. Si es una desgracia equivocarse en la elección de los amigos, también lo es, y no menos cruel, sufrir el desengaño de un error tan agradable.»

Tal es el relato fiel de mi permanencia en el *Ermitage* y de los motivos que me obligaron a salir de él. No me ha sido posible suspenderlo, y me importaba seguirlo con la mayor exactitud, porque esta época de mi vida ha tenido en lo sucesivo una influencia que se extenderá hasta el último día de la misma.

LIBRO DÉCIMO

1758.–La fuerza extraordinaria que para abandonar el *Ermitage* me había dado una efervescencia pasajera me abandonó tan luego como hube realizado la mudanza. Apenas establecido en mi nueva vivienda, cuando me acometieron fuertes y vivos ataques de retención de orina, que se complicaron con la nueva molestia de una hernia que me atormentaba desde hacía tiempo, sin saber yo que lo fuese. A poco me vi presa de los más crueles accidentes. El médico Thierry, antiguo amigo mío, vino a verme, y me hizo saber el estado en que ma hallaba. Las sondas, las candelillas, los vendajes, todo el aparato de las enfermedades propias de la edad avanzada, reunido en derredor mío, me dio a entender duramente que el corazón no puede continuar impunemente siendo joven cuando el cuerpo ha dejado de serlo. La estación bella no me devolvió las fuerzas, y pasé todo el año 1758 en un estado de languidez tal que creí tocar al fin de mi vida, cuyo término veía con fruición aproximarse. Desengañado de las quimeras de la amistad, desprendido de cuanto me había hecho amar la vida, nada veía ya en ella que pudiese hacérmela agradable. No descubría sino males y miserias, que me impedían disponer de mí. Anhelaba el momento de quedar libre y escapar de mis enemigos. Pero reanudemos el hilo de los acontecimientos.

Parece que mi retirada a Montmorency desconcertó a la señora de Epinay; probablemente no la había previsto. Mi triste estado, el rigor de la estación, el abandono general en que me hallaba, todo les hizo creer a Grimm y a ella que, reduciéndome al último extremo, me obligarían a pedir merced y a descender a las últimas bajezas para no ser echado de un asilo de donde el honor me ordenaba salir. Desalojé tan bruscamente, que no tuvieron tiempo de prevenir el golpe; y no les quedó otro camino sino echar el resto y acabar de perderme o intentar apaciguarme. Grimm tomó el primer partido; más yo creo que la señora de Epinay hubiera preferido el último; y

lo creo por su respuesta a mi última carta, donde dulcificó mucho el tono que había tomado en las precedentes y en donde parecía abrir la puerta a un arreglo. La mucha tardanza de esta respuesta, que se hizo aguardar un mes entero, indicaba bien a las claras la dificultad que encontraba para darle un giro conveniente y las deliberaciones que la precedieron. No podía ir más allá sin exponerse; pero en vista de sus cartas precedentes, y después de mi brusca salida de su casa, no puede menos de llamar la atención el cuidado con que en esta carta evita toda aspereza. Voy a transcribirla por completo, a fin de que pueda juzgarse con conocimiento de causa:

«*Ginebra, 17 enero de 1758* (legajo B, núm. 23).

»Hasta ayer no he recibido su carta de 17 de diciembre. Hánmela enviado dentro de una caja llena de diferentes objetos, que ha estado todo este tiempo en camino. Sólo responderé a la posdata; en cuanto a la carta, no la entiendo bien; y si estuviésemos en el caso de explicarnos, me parece que todo lo acaecido resultaría ser una mala inteligencia. Volvamos a la posdata; recordará que convenimos en que el salario del jardinero del *Ermitage* pasaría por sus manos, a fin de que mejor conociese que dependía de usted y para evitarle escenas tan ridículas e impropias como las acaecidas con su predecesor. Prueba de ello es que se le han remitido al efecto los primeros trimestres, y que yo había convenido con usted pocos días antes de mi partida en reembolsarle sus adelantos. Ya sé que al principio puso alguna dificultad, pero estos adelantos le había rogado yo que los hiciese; era muy fácil desquitarme, y así lo tratamos. Cahouet me ha participado que no ha querido usted recibir ese dinero; fuerza es que haya en esto algún *quid pro quo*. Doy nuevamente orden para que se lo entreguen, y no veo por qué ha de querer pagar al jardinero, a pesar de nuestros convenios y aun más allá del tiempo que ha vivido en el *Ermitage*. Por consiguiente, espero que, recordando cuanto acabo de decirle, no rehusará que se le reembolse de los adelantos que ha tenido la bondad de hacer por mí.»

No pudiendo confiar en la señora de Epinay, después de cuanto había pasado, no quise reanudar mis relaciones con ella; no respondí a esta carta, y nuestra correspondencia acabó aquí. Viendo que yo había tomado una resolución, ella la tomó también, y entrando desde entonces de lleno en los planes de Grimm y del círculo del barón de Holbach, unió sus esfuerzos a los de éstos para hundirme. Mientras ellos trabajaban en París, ella lo hacía en Ginebra. Acabó lo que ella había empezado el mismo Grimm, que fue a reunirse con ella posteriormente. Tronchin, a quien ganaron sin trabajo, les secundó poderosamente, y vino a ser el más furioso de mis persegui-

dores, sin haber tenido jamás el menor motivo de queja contra mí, lo mismo que Grimm. De acuerdo los tres, sembraron ocultamente en Ginebra el germen de la intriga, que se desarrolló más adelante.

Más trabajo les costó en París, donde yo era más conocido, y donde, menos dispuestos los corazones al odio, no recibieron tan fácilmente sus impresiones. Para asestar sus golpes con más destreza empezaron por divulgar que era yo quien les había abandonado. (Véase la carta de Deleyre, legajo B, núm. 30.) Después de esto, siempre fingiéndose amigos míos, sembraban astutamente sus malignas acusaciones pareciendo quejarse de la injusticia de su amigo. De ahí resultaba que, no recelando nada, todo el mundo estaba más dispuesto a escucharlos y a vituperarme. Las sordas acusaciones de perfidia y de ingratitud se esparcían con más precaución, y, por consiguiente, con mejor éxito. Supe que me imputaban atroces delitos, sin que jamás me fuese posible averiguar en qué los hacían consistir. Por lo que pude deducir de los públicos rumores, se reducían a estos cuatro crímenes capitales: primero, mi retirada al campo; segundo, mi amor por la señora de Houdetot; tercero, haberme negado a acompañar a Ginebra a la señora de Epinay; cuarto, mi salida del *Ermitage*. Si a esto añadieron otros motivos de queja, se precavieron tan bien, que me ha sido completamente imposible llegar a saber jamás en qué se fundaban.

En este punto es donde creo poder fijar la formación de un sistema, adoptado después por los que disponen de mí con un progreso y un éxito tan rápidos, que tendría el carácter de prodigio para los que ignorasen con cuánta facilidad se establece todo lo que tiende a favorecer la malignidad entre los hombres. Es necesario explicar ahora en pocas palabras lo que tiene de visible a mis ojos este oscuro y profundo sistema.

Teniendo ya un nombre conocido y célebre en toda Europa, había conservado la sencillez de mis primitivos gustos. Mi mortal aversión a todo lo que se llama partido, facción, cábala, me había mantenido libre, independiente, sin otro yugo que las afecciones de mi corazón. Solo, extranjero, aislado, sin apoyo, sin familia, atento únicamente a mis principios y a mis deberes, seguía intrépidamente el camino de la rectitud sin adular, sin lisonjear jamás a nadie contra la injusticia y la verdad. Además, retirado en la soledad hacía dos años, careciendo de noticias, sin relaciones con el mundo, sin que me enterasen ni yo tuviese curiosidad de saber cuanto pasaba, vivía a cuatro leguas de París, tan separado de esta ciudad por mi descuido como lo hubiera estado por los mares en la isla de Tinián.

Grimm, Diderot, Holbach, hallándose, al contrario, en el centro del torbellino, vivían en medio del gran mundo, y entre los tres abrazaban casi todas las esferas: grandeza, talento, literatos, abogados y mujeres; de esta suerte, poniéndose de acuerdo, podían hacerse escuchar de todos. Ya se echa de ver la ventaja que esta posición

debe dar a tres hombres perfectamente unidos contra uno solo, en la situación en que me hallaba. Cierto es que Diderot y Holbach no eran (a lo menos no puedo creer que lo fuesen) capaces de tramar maquinaciones infames; el uno no tenía bastante maldad [1], el otro carecía de suficiente habilidad; mas por esto mismo la coalición era más estrecha. Grimm concebía el plan él solo y no revelaba a los otros dos más de lo que necesitaban saber para cooperar a su realización. Facilitaba este concurso el ascendiente que sobre ellos había adquirido, y el efecto del conjunto respondía a la superioridad de su talento.

Con este superior talento fue cómo, conociendo la ventaja que podía sacar de nuestras situaciones respectivas, formó el proyecto de destruir completamente mi reputación y formarme otra enteramente opuesta, sin comprometerse, empezando por elevar en torno mío una muralla de tinieblas que me fue imposible atravesar para descubrir sus manejos y quitarle la máscara.

Esta empresa era difícil, por cuanto era preciso paliar la iniquidad a los ojos de los que debían concurrir a cometerla. Preciso era engañar a las personas honradas, apartar de mí a todo el mundo y no dejarme un solo amigo, pequeño ni grande. ¡Qué digo! Era preciso no dejar llegar hasta mí una sola palabra de verdad. Si un solo hombre generoso hubiese venido diciéndome: «Se las echa de virtuoso, y sin embargo vea cómo le tratan, y de aquí de qué modo le juzgan: ¿qué responde a esto?», la verdad hubiera triunfado y Grimm estaba perdido. Él lo sabía; pero ha sondeado su propio corazón, y ha estimado a los hombres en lo que valen. Siento mucho, por el honor de la humanidad, que calculase con tanto acierto.

Yendo por tan subterráneas vías, sus pasos, para ser seguros, habían de ser muy lentos. Doce años ha que sigue su plan, y todavía le queda que hacer lo más difícil, que es engañar al público entero. Todavía hay en este público ojos que le han seguido más de cerca de lo que se figura. Temiéndolo, no se atreve aún a sacar a luz su trama [2]. Pero ha encontrado el poco difícil medio de hacer entrar en su trama al poder, y éste dispone de mí. Sostenido con semejante apoyo, avanza con menos riesgo. Como los satélites del poder no tienen generalmente empacho de rectitud, y mucho menos de franqueza, no debe temer la indiscreción de ningún hombre de bien; porque lo que sobre todo necesita es que yo permanezca envuelto en impenetrables tinieblas, y que su trama esté siempre oculta a mis

---

[1] Debo confesar que, después de haber escrito este libro, todo lo que a través de los misterios que me rodean puedo adivinar, me hace pensar que no he conocido bien a Diderot.

[2] Después de escrito lo precedente ha dado este paso con el éxito más completo e inconcebible. Creo que Tronchin es quien le ha infundido alientos y le ha facilitado los medios.

ojos, sabiendo muy bien que por mucho arte que haya desplegado en ella jamás podría ocultarse a mis miradas. Su mayor destreza consistía en parecer lisonjearme mientras me calumniaba y aun dar a su perfidia el carácter de la generosidad.

Experimenté los primeros efectos de este sistema con las sordas acusaciones del círculo de Holbach, sin que me fuese posible saber ni aun conjeturar en qué consistían estas acusaciones. Deleyre me decía en sus cartas que se me imputaban ruindades; Diderot me decía lo mismo, aunque con menos claridad; y cuando entraba en explicaciones, todo se reducía a los delitos capitales arriba dichos. En las cartas de la señora de Houdetot notaba un enfriamiento gradual, que no podía atribuir a Saint-Lambert, por cuanto éste continuaba escribiéndome con la misma amistad y hasta vino a verme después de su regreso. Tampoco podía echarme yo mismo la culpa, puesto que nos habíamos separado contentos uno de otro, y por mi parte nada había ocurrido desde entonces sino mi salida del *Ermitage*, de cuya necesidad ella misma se había convencido. No sabiendo a qué atribuir esta frialdad, que no quería ella confesar, pero acerca de la cual mi corazón no se engañaba, me sentía inquieto. Sabía que ella procuraba tener contentos a su cuñada y a Grimm, a causa de su amistad con Saint-Lambert, y temí sus manejos. Esta agitación abrió nuevamente mis llagas y comunicó a mi correspondencia un aire borrascoso, hasta el punto de disgustarla completamente. Yo vislumbraba mil crueldades sin ver nada con claridad. Me hallaba en la situación más insoportable para un hombre cuya imaginación se enciende fácilmente. Si hubiese vivido de todo punto aislado, si no hubiese sabido nada, hubiera estado más tranquilo; pero mi corazón tendía aún a sentimientos por cuyo medio mis enemigos podían herirme mil veces, y los débiles rayos que llegaban hasta mi asilo sólo servían para dejarme ver la lobreguez de los misterios que se me ocultaban.

Indudablemente habría sucumbido a tan cruel tormento, asaz insoportable para mi carácter abierto y franco, que a causa de la imposibilidad de ocultar mis sentimientos me hace temerlo todo de los que se ocultan de mí, si muy afortunadamente no se hubiesen presentado objetos que me interesasen lo bastante para servir de saludable distracción a los que a pesar mío me ocupaban. En la última visita que Diderot me había hecho en el *Ermitage* me había hablado del artículo «Ginebra», que d'Alembert había puesto para la *Enciclopedia;* me había dicho que este artículo, concertado con los ginebrinos de alto rango, tenía por fin el establecer un teatro en Ginebra; que, por consiguiente, estaban tomadas todas las medidas y que no tardaría en realizarse. Como Diderot parecía hallar todo esto perfectamente, como no dudaba del resultado, y yo tenía con él sobrados debates para que además disputásemos acerca de este punto, no le dije nada; pero indignado al ver estos manejos para

seducir a mi patria, esperé con impaciencia el volumen de la *Enciclopedia*, donde se hallaba este artículo, para ver si habría medio de hacerle alguna réplica que pudiese evitar este malhadado golpe. Recibí el volumen poco después de haberme establecido en Mont-Louis, y hallé el artículo escrito con mucho arte y habilidad y digno de la pluma de que había salido. Sin embargo, esto no me hizo desistir de responderle; y a pesar del abatimiento en que me hallaba, a pesar de mis sufrimientos y de mis dolencias, del rigor de la estación y la incomodidad de mi nueva vivienda, que aún no había tenido tiempo de arreglar, puse manos a la obra con un celo que lo venció todo.

Durante un invierno bastante rudo, en el mes de febrero y en la situación que dejo descrita, iba a pasar dos horas cada mañana, y otras tantas cada tarde, en una torrecilla desabrigada que había en el extremo del jardín donde hallábase mi habitación. Esta torrecilla, que terminaba en forma de terrado, estaba situada sobre el valle y estanque de Montmorency, y me ofrecía por término de la perspectiva el sencillo pero respetable castillo de Saint-Gratien, retiro del virtuoso Catinat. En este lugar, entonces cubierto de hielo, fue donde sin abrigo contra el viento y la nieve, y sin otro fuego que el de mi corazón, en el espacio de tres semanas compuse mi *Carta a d'Alembert acerca de los espectáculos*. Éste es el primero de mis escritos (pues la *Julia* estaba aún en la mitad) en que he hallado un verdadero placer en el trabajo. Hasta entonces me había inspirado la indignación de la virtud; mas esta vez me inspiraron la ternura y la dulzura del alma. Las injusticias de que no había sido más que espectador me habían irritado; aquellas de que fui objeto me entristecieron; y esta tristeza sin hiel era la de un corazón sobrado amante, sobrado tierno, que, engañado por los que había creído de su temple, se veía obligado a retraerse dentro de sí mismo. Preocupado con todo cuanto acababa de sucederme, conmovido aún por tan violentas agitaciones de mi corazón, mezclaba el sentimiento de sus pesares con las ideas que la meditación del asunto me había sugerido, y mi trabajo se resintió de esta mezcla. Sin echarlo de ver, describí mi situación presente; pinté a Grimm, a la señora de Epinay, a la de Houdetot, a Saint-Lambert y a mí mismo. Derramé, escribiendo, deliciosas lágrimas, ¡ay de mí! Harto se ve allí que el amor, este amor fatal de que me esforzaba en curar, aún no había salido de mi pecho. A todo esto se mezclaba cierto enternecimiento interno, pues sintiéndome morir, creía dar al público mi último adiós. Lejos de temer la muerte, la veía acercarse con placer; pero me dolía dejar a mis semejantes sin que conociesen lo que valía, sin que supiesen cuánto hubiera merecido ser amado por ellos si me hubiesen conocido mejor. He aquí las secretas causas del tono singular que domina en esta obra y que resalta tan notablemente del de la anterior.

Estaba retocando y poniendo en limpio esta carta, y me disponía a hacerla imprimir, cuando, después de un prolongado silencio, recibí una de la señora Houdetot que me sumergió en una aflicción nueva, la mayor que jamás haya experimentado. En esta carta (legajo B, núm. 34) me decía que mi pasión por ella era conocida en todo París; que habiendo llegado este rumor a oídos de su amante, por poco le cuesta la vida; que al fin le hacía justicia, y habían hecho las paces, pero que por él, por ella misma y para atender a su reputación debía romper completamente conmigo; asegurábame, por lo demás, que ni uno ni otro dejarían nunca de interesarse por mí, que me defenderían públicamente y que de cuando en cuando enviarían a saber de mí.

«¡También tú, Diderot! –exclamé yo–. ¡Indigno amigo!...» Con todo, aun no pude resolverme a juzgarlo. Mi debilidad era conocida de otras personas a quienes podía la carta referirse. Quise dudar..., pero en breve me fue imposible. Poco después Saint-Lambert hizo un acto digno de su generosidad. Conociendo bastante mi corazón, consideró el estado en que debía hallarme, vendido por una parte de mis amigos y desemparado de los otros, y vino a verme. La primera vez pudo detenerse poco tiempo; pero volvió otra en que desgraciadamente, como no le esperaba, me halló fuera de casa, y conversó con Teresa durante más de dos horas, en las cuales se dijeron mutuamente varias cosas que me convenía supiésemos él y yo. La sorpresa con que supe por él que nadie dudaba de que hubiese yo vivido con la señora de Epinay, del mismo modo que Grimm ahora, no se puede comparar sino con la que experimentó él mismo al saber que este rumor era completamente falso. Con gran sentimiento de la dama, Saint-Lambert se hallaba en el mismo caso que yo, y toda la luz que resultó de esta conversación acabó de extinguir en mi corazón el menor escrúpulo de haber roto definitivamente con ella. Con respecto a la señora de Houdetot, refirió detalladamente a Teresa varias circunstancias que ella y aun la misma señora de Houdetot ignoraban, que no sabía nadie más que yo, que yo sólo había revelado a Diderot en el seno de la amistad; y precisamente fue Saint-Lambert a quien escogió para confiárselo. Este último rasgo me decidió, y resuelto a romper con Diderot para siempre, no deliberé sino en cuanto al modo, pues había observado que en los rompimientos secretos salía yo perjudicado, por cuanto dejaban la máscara de la amistad a mis enemigos más crueles.

Las reglas de urbanidad establecidas en el mundo sobre este punto parecen dictadas por el espíritu de la falsedad y de la traición. Seguir pareciendo amigo de una persona cuando se ha dejado de serlo es reservarse medios de hacerle daño, sorprendiendo a la gente honrada. Acordéme de que cuando el ilustre Montesquieu rompió con el padre de Tournemine se apresuró a declararlo en voz alta, diciendo a la faz del mundo: «No se den oídos al padre de Tourne-

mine ni a mí cuando hable uno de otro, porque hemos dejado de ser amigos.» Esta conducta fue muy aplaudida y todo el mundo alabó su franqueza y generosidad. Yo me resolví a seguir este ejemplo con Diderot; pero ¿cómo publicar este rompimiento, desde mi retiro, auténticamente, pero sin escándalo? Ocurrióme introducir en forma de nota en mi obra un pasaje del *Eclesiástico* que revelaba este rompimiento, y aun su causa, con bastante claridad para todo el que estuviese al corriente, y nada significaba para el resto del mundo, cuidando además de no designar en mi obra al amigo a que renunciaba sino con la consideración que siempre se debe a la amistad, aún extinguida. Todo esto puede verse en la misma obra.

Todo en el mundo es suerte o desgracia, y parece que todo acto de valor es un crimen en la adversidad. El mismo paso que se había admirado en Montesquieu a mí solamente me valió reproches y vituperios. Tan luego como estuvo impreso mi escrito y tuve ejemplares remití uno a Saint-Lambert, quien la misma víspera me había escrito en nombre de la señora de Houdetot, y en el suyo propio, una carta impregnada de la amistad más tierna (legajo B, núm. 37). He aquí la que me escribió devolviéndome el ejemplar:

«*Eaubonne, 10 de octubre de 1758* (legajo B, número 38).

»Muy señor mío: Yo no puedo en verdad aceptar el presente que acaba de hacerme. Al llegar al pasaje de su prefacio donde hablando de Diderot cita un texto del *Eclesiastés* (se equivoca, es el *Eclesiástico*), se me ha caído el libro de las manos. En las conversaciones de este verano le creí convencido de la inocencia de Diderot en las pretentidas indiscreciones que le imputaba. Puede ser que le haya ofendido; lo ignoro; pero sé muy bien que no le ha dado derecho para insultarle en público. Usted no ignora las persecuciones que sufre, y une la voz de un antiguo amigo a los gritos de la envidia. No puedo disimularle cuánto me exaspera esta atrocidad. No vivo en intimidad con él, pero le respeto, y me duele mucho el pesar que causa usted a un hombre de quien, a lo menos delante de mí, no ha manifestado otra queja que la de tener alguna debilidad. Diferimos demasiado en cuanto a principios para que podamos estar conformes. Olvide mi existencia, lo que no le será muy difícil. Yo jamás he hecho a ningún hombre beneficio ni daño de los que se recuerdan largo tiempo. Por mi parte, le prometo olvidar su persona y no recordar sino su talento.»

Esta carta me causó tanta indignación como dolor, y recobrando nuevamente mi altivez, en el exceso de mi miseria, le respondí lo siguiente:

»Montmorency, 11 de octubre de 1758.

»Muy señor mío: Al leer su carta, le he dispensado el honor de sorprenderme de ella y he cometido la tontería de trastornarme; pero la he juzgado indigna de contestación.

»Le participo que no quiero continuar copiando para la señora de Houdetot. Si no le conviene conservar las copias mías que tiene, puede devolvérmelas; yo le devolveré su dinero. Si las conserva, de todos modos debe enviar por el resto del papel y del dinero. Al mismo tiempo le ruego que me devuelva el prospecto de que es depositaria. Adiós.»

El valor en el infortunio irrita a los corazones cobardes, pero agrada a los generosos. Parece que este billete hizo entrar en razón a Saint-Lambert, y que se arrepintió de lo que había hecho; pero a su vez, sobrado orgulloso para confesarlo de plano, aprovechó y preparó quizá el medio de amortiguar el golpe que me había asestado. Quince días después recibí del señor de Epinay la siguiente carta:

«Jueves, 26 (legajo B, núm. 10).

»Muy señor mío: He recibido el libro que ha tenido la amabilidad de remitirme y que leo con el mayor placer. Igual sentimiento he experimentado siempre con la lectura de todas las obras que han salido de su pluma. Le doy las más cumplidas gracias. Hubiera ido a dárselas en persona si mis negocios me hubiesen permitido permanecer algún tiempo en su vecindad; pero este año he podido estar muy poco tiempo en la Chevrette. Los señores Dupin deben venir el domingo próximo a comer en casa. Creo que serán de la partida los señores de Saint-Lambert, de Francueil y la señora de Houdetot; le agradecería en el alma que se aviniese a tomar parte en ella. Todas las personas que habrá en casa desean verle y se alegrarán de compartir conmigo el placer de pasar con usted una parte del día. Tengo el honor de repetirme su afectísimo, etc.»

Esta carta me hizo latir horriblemente el corazón. Después de haber sido durante un año el blanco de las conversaciones en París, la idea de dar un espectáculo frente a frente de la señora de Houdetot me hacía temblar, y apenas me sentía con valor para sostener esta prueba. No obstante, puesto que ella y Saint-Lambert lo deseaban, puesto que Epinay hablaba en nombre de todos los convidados y que no nombraba a ninguno a quien yo no desease ver, creí

que, después de todo, no me comprometía aceptando una comida a la cual, hasta cierto punto, era invitado por todos. Prometí, pues, asistir. El domingo hizo mal tiempo; el señor de Epinay me envió su coche y fui.

Mi llegada causó sensación. Jamás he recibido una acogida más halagüeña. Diríase que todos conocían cuánto necesitaba que me infundiesen confianza. Solamente los corazones franceses conocen esta clase de delicadezas. Sin embargo, hallé más gente de la que esperaba; entre otros, al conde de Houdetot, que me era completamente desconocido, y a su hermana la señora de Blainville, que no me hubiera hecho falta ninguna. El año anterior había venido varias veces a Eaubonne; su cuñada, en nuestros paseos solitarios, a menudo la había plantado, y a consecuencia de esto tenía contra mí un resentimiento que satisfizo a sus achas en esta comida, pues ya se ve que la presencia del conde de Houdetot y de Saint-Lambert me ponía en una situación difícil, y que un hombre que sentía dificultad y molestia en las conversaciones más sencillas no haría un gran papel en semejante ocasión. Jamás he sufrido tanto, ni me he hallado tan encogido ni recibido ataques tan imprevistos. En fin, cuando nos levantamos de la mesa me alejé de aquella arpía, y tuve el placer de ver acercarse a mí a Saint-Lambert y a la señora de Houdetot; hablamos juntos, una parte de la tarde, de cosas indiferentes, a la verdad, pero con la misma familiaridad que antes de mi delirio. Este proceder me llegó hasta el alma, y si Saint-Lambert hubiese podido leer en ella, de seguro que hubiera quedado satisfecho de mí. Puedo jurar que, aunque al llegar, la vista de la señora de Houdetot me había causado una gran agitación, al regreso casi no pensaba en ella, y sólo me preocupaba Saint-Lambert.

A pesar de los malignos carcasmos de la señora de Blainville esta comida me hizo mucho bien, y me felicité de no haberme negado a asistir. Allí conocí que las intrigas de Grimm y de los tertulianos de Holbach no me habían enajenado los amigos antiguos [1]; pero lo que más me halagó fue ver que los sentimientos de la señora de Houdetot y de Saint-Lambert estaban menos modificados de lo que yo había creído, y comprendí al fin que al tenerla apartada de mí era más bien por celos que por menosprecio. Esto me consoló y me tranquilizó. Seguro ya de no ser objeto de menosprecio para los que merecían mi estimación, me dediqué a modificar los movimientos de mi corazón con más valor y mejor éxito. Si no logré extinguir completamente en él una pasión culpable y desdichada, a lo menos sometí tan bien sus restos, que desde entonces no me han hecho cometer imprudencia alguna. Las copias para la señora de Houdetot, que ella me hizo tomar de nuevo; mis obras, que continué

---

[1] He aquí lo que, en la sencillez de mi alma, creía aún cuando escribí mis *Confesiones*.

remitiéndole a medida que se publicaban, aún me proporcionaron de cuando en cuando algunos recados y cartas suyas indiferentes, pero halagüeñas. Aún hizo más, como se verá en lo que sigue, y la conducta recíproca de los tres, cuando hubo cesado nuestro trato, puede servir de ejemplo para el modo de separarse los hombres de bien cuando no les conviene verse más.

Otra ventaja me proporcionó esta comida, y fue la de que se hablase de ella en París, sirviendo de refutación incontestable al rumor que esparcían mis enemigos por todas partes de que yo estaba reñido mortalmente con todos los comensales, y sobre todo con el señor de Epinay. Al salir del *Ermitage* le había escrito una carta dándole las gracias con toda delicadeza, a la que respondió con no menos finura; y las mutuas atenciones no cesaron, así con él como con su hermano el señor de Lalive, que hasta vino a verme a Montmorency y me envió sus grabados. Exceptuando a las dos cuñadas de la señora de Houdetot, jamás he estado mal con ninguno de la familia.

Mi carta a d'Alembert tuvo un éxito extraordinario. Todas mis obras lo habían tenido, pero éste me fue más favorable. Enseñó al público a desconfiar de las insinuaciones del círculo de amigos de Holbach. Éste, con su ordinaria suficiencia, había predicho que yo no estaría tres meses en el *Ermitage*. Cuando vio que había estado veinte y que obligado a salir de él continuaba fijando mi resudencia en el campo, sostuvo que era esto pura obstinación; que yo me aburría en gran manera en mi retiro, pero que, irritado por el orgullo, prefería morir allí, víctima de mi tenacidad, a retractarme y volver a París. La carta a d'Alembert respiraba una dulzura de alma que claramente se veía no ser fingida; si yo hubiese vivido con mal humor, mi estilo se habría resentido de ello; así se notaba en los escritos que había hecho en París. En el primero que compuse en el campo, aquella sombra había desaparecido. Para los que saben observar, esta prueba era decisiva. Así se vio que yo estaba en mi elemento.

A pesar de la dulzura que reinaba en ella, esta obra me granjeó un nuevo enemigo entre los literatos, por efecto de mi aturdimiento y de mi mala fortuna. Había conocido a Marmontel en casa del señor de La Poplinière, y posteriormente le había visto varias veces en casa del barón. A la sazón, Marmontel publicaba *El Mercurio de Francia.* Como yo tenía el orgullo de no enviar mis obras a los periodistas, y sin embargo quería enviarle a él ésta, pero sin que se creyese que era a título de tal ni que hablase de ella en *El Mercurio*, escribí en su ejemplar que no le enviaba al director de *El Mercurio*, sino al señor Marmontel. Yo creí hacerle un bello cumplido; él creyó ver en esto una cruel ofensa, y se convirtió en enemigo mío irreconciliable. Escribió contra esta misma carta con urbanidad, pero con una hiel que se percibe fácilmente, y desde entonces jamás ha perdido ocasión alguna de hacerme daño en la sociedad y de mal-

tratarme indirectamente en sus obras; tan difícil es dejar de herir el muy irritable amor propio de los hombres de letras, y tal es el cuidado que debe ponerse en los obsequios que se les tributan, para no dejar pasar nada que pueda tener siquiera la menor apariencia de equívoco.

1759.–Tranquilo ya por todos conceptos, aproveché la calma e independencia que disfrutaba para trabajar de nuevo con más constancia. En este invierno acabé la *Julia* y se la remití a Rey, que la imprimió al año siguiente. Con todo, este trabajo fue interrumpido por una ligera diversión, bastante desagradable. Supe que se preparaba en la Ópera una nueva representación del *Adivino*, e incomodado al ver que aquella gente disponía arrogantemente de lo mío, tomé de nuevo la Memoria que había escrito al señor d'Argenson y que quedara sin respuesta; y habiéndola retocado, por medio del señor *Sellon*, ministro residente de Ginebra, que tuvo la amabilidad de encargarse de ello, la remití con una carta al señor conde de Saint-Florentín, quien había reemplazado a Argenson en el departamento de la Ópera. Saint-Florentín prometió responder, pero no lo hizo. Duclos, a quien escribí lo que pasaba, habló a los violines, quienes ofrecieron devolverme, no mi ópera, sino las entradas, que de nada podían servirme. Viendo que de ningún lado podía esperar justicia, abandoné este asunto; y la dirección de la Ópera, sin atender a mis razones ni escucharlas, ha continuado disponiendo y aprovechándose como de cosa propia del *Adivino de la aldea*, que incontestablemente me pertenece a mí sola [1].

Desde que hube de sacudir el yugo de mis tiranos llevaba una vida bastante tranquila y apacible; privado del placer de ciertas amistades harto enérgicas, también estaba libre del peso de sus cadenas. Disgustado de amigos protectores, que querían disponer absolutamente de mi destino y a pesar mío esclavizarme a sus pretendidos beneficios, estaba resuelto a no apartarme en adelante de las relaciones de simple benevolencia que, sin cercenar la libertad, hacen la vida grata y cuyo fundamento estriba en un fondo de igualdad. De esta clase tenía todas las que me eran necesarias para gozar de las delicias de la sociedad sin sufrir su tiranía; y tan luego como hube ensayado este género de vida conocí que era el necesario a mi edad para acabar mis días en calma, lejos de la tempestad, de las disensiones y de los enredos en que acababa de verme medio sumergido.

Durante mi permanencia en el *Ermitage*, y cuando estuve en Montmorency, había adquirido en la vecindad algunas relaciones que me eran gratas y que a nada me sujetaban. Era la primera la del joven Loyseau de Mauleón, quien, empezando a la sazón la carrera

---

[1] Ahora es suya, por efecto de un nuevo arreglo que fue hecho recientemente conmigo.

del foro, ignoraba qué lugar le tocaría en ella. Yo no participaba de sus dudas: pronto le señalé la ilustre carrera que se le ve recorrer hoy día. Le vaticiné que si era severo en la elección de las causas y jamás defendía más que la justicia y la virtud, su genio, elevado por este sentimiento sublime, igualaría al de los más grandes oradores. Ha seguido mi consejo y ha tocado sus resultados. Su defensa del señor de Portes es digna de Demóstenes. Todos los años venía a Saint-Brice, distante un cuarto de legua del *Ermitage*, a pasar las vacaciones en el feudo de Mauleón, que pertenecía a su madre, y donde había vivido en otro tiempo el gran Bossuet. He ahí un feudo cuya nobleza sería difícil sostener a la altura a que la elevaría una sucesión de semejantes dueños.

En el mismo pueblo de Saint-Brice tenía al librero Guerin, hombre de talento, instruido, amable y de los de más rango en su clase. Éste me hizo conocer a Juan Néaulme, librero de Amsterdam, corresponsal y amigo suyo, quien posteriormente imprimió el *Emilio*.

Más cerca aún tenía al señor Maltor, cura de Grosley, hombre nacido más para estadista y ministro que para cura de aldea, y a quien hubiera dado por lo menos una diócesis si para repartirlas se atendiese al mérito. Había sido secretario del conde de Luc y había conocido mucho a Juan Bautista Rousseau. Estimando en mucho la memoria de este ilustre desterrado, y lleno de horror por la del trapacero Saurin, que causó su perdición, sabía de los dos muchas anécdotas curiosas, que Séguy no había puesto en la historia de aquél, todavía manuscrita; y me aseguraba que el conde de Luc, lejos de tener nunca queja ninguna de él, hasta su muerte le había profesado la más ardiente amistad. El señor Maltor, a quien el de Vintimille había proporcionado aquel retiro bastante agradable, después de la muerte de su protector, había estado en otro tiempo ocupado en varios negocios de que aún conservaba memoria, a pesar de su vejez, y acerca de los cuales razonaba muy bien. Su conversación, tan instructiva como amena, no se resentía de su curato; a los conocimientos propios del hombre retirado en su estudio reunía el tono de un hombre de mundo. De todos mis vecinos permanentes fue aquél el que más me hizo disfrutar con su compañía y de quien más me dolió apartarme.

En Montmorency estaban los oratorianos, y entre ellos el padre Berthier, profesor de Física, a quien me aficioné, a pesar de cierto barniz de pedantería, por el aspecto de hombría de bien que tenía. Con todo, no me era fácil concertar esta gran sencillez con el arte y deseo que tenía de meterse en todas partes: en casa de los grandes, de las mujeres, de los filósofos y de los devotos. Sabía hacerse a todo Yo me complacía con él y hablaba del profesor a todo el mundo, lo que seguramente llegó a sus oídos. Un día me dio las gracias, chanceándose, de que le tuviese por hombre de bien. Había en su sonrisa

no sé qué de sardónico que a mis ojos cambió totalmente su fisonomía, y desde entonces la he recordado con frecuencia. No hallo mejor comparación para esta sonrisa que la de Panurgo comprando los carneros de Dindenaut. Nuestras relaciones databan desde el principio de mi llegada al *Ermitage,* donde venía a verme muy a menudo. Ya me hallaba yo establecido en Montmorency cuando él partió para volver a vivir en París, donde veía con frecuencia a la señora Le Vasseur. Un día, cuando menos lo pensaba, me escribió de parte de esta mujer, partipándome que el señor Grimm se ofrecía a encargarse de su manutención, y pidiéndome permiso para aceptar la oferta. Supe que se trataba de una pensión de trescientas libras y que la señora de Le Vasseur debía ir a vivir a Deuil, entre la Chevrette y Montmorency. No hablaré de la impresión que esta nueva me causó, que habría sido menos sorprendente si Grimm hubiese tenido diez mil libras de renta, o relaciones más comprensibles con esta mujer, y si no hubiesen hallado tan criminal el hecho de llevarla al campo, donde ahora le agradaba volverla, como si desde entonces se hubiese vuelto joven. Comprendí que la buena vieja no me pedía este permiso, que no le hubiera hecho ninguna falta de negárselo yo, sino a fin de exponerse a perder lo que le daba yo por mi parte. Aunque esta caridad me pareció muy extraordinaria, no me sorprendió tanto entonces como me ha sorprendido después. Pero aun cuando hubiese sabido lo que después he penetrado, tampoco habría dejado de dar mi consentimiento, como lo hice y como estaba obligado a hacerlo, a menos de sobrepujar la oferta del señor Grimm. Desde entonces el padre Berthier me curó un poco de la imputación de hombría de bien, que tan chocante le había parecido y que tan ligeramente le había yo echado a cuestas.

Este mismo padre Berthier era conocido de dos hombres que procuraron trabar relaciones conmigo, y no sé por qué, pues sus gustos y los míos tenían poca afinidad. Eran hijos de Melchisedec, y nadie conocía su país, familia y probablemente ni aun su verdadero nombre. Eran jansenistas y pasaban por unos sacerdotes disfrazados quizá a causa de su modo ridículo de llevar las tizonas, que nunca olvidaban. El gran misterio de que siempre se rodeaban les daba un aire de cabecillas, y siempre he creído que hacían la *Gacetilla Eclesiástica.* El uno, alto, apacible y zalamero, se llamaba Ferraut; el otro, pequeño, rechoncho, fisgón, quisquilloso, se llamaba Minard. Se daban el nombre de primos; vivían en París con d'Alembert, en casa de su nodriza, llamada la señora Rousseau, y habían tomado una pequeña habitación en Montmorency para los veranos. Ellos mismo se hacían el gobierno de la casa, sin criado ni mandadero, encargándose alternativamente una semana cada uno de ir a la compra, hacer la cocina y barrer la casa. Por lo demás, vivían muy bien, y algunas veces comíamos unos en casa de otros. No sé por qué se ocupaban de mí; pero yo no me cuidaba de ellos sino porque

jugaban al ajedrez; y para hacer una mezquina partida sufría cuatro horas de fastidio. Como se colaban en todas partes y querían meterse en todo, Teresa les llamaba las *comadres*, nombre que se les ha quedado en Montmorency.

Tales eran, con mi huésped el señor Mathas, que era un buen hombre, mis principales conocidos del campo. En París me quedaban bastantes para vivir allí agradablemente, cuando quisiera, fuera del círculo de los literatos, donde no tenía otro amigo que Duclos, pues Deleyre era todavía demasiado joven, y aunque después de haber visto de cerca los manejos de la pandilla filosófica respecto a mí se hubiese apartado completamente de ella, o a lo menos así lo había yo creído, no me era posible olvidar la facilidad con que había sido el comodín de aquella gente cerca de mí.

En primer lugar tenía a mi anciano y respetable amigo el señor Roguin. Era un amigo de mis buenos tiempos, no debido a mis escritos, sino a mí mismo, y por esta razón lo he conservado siempre. El bueno de Lenieps, compatriota mío, y su hija, que a la sazón vivía aún, la señora Lambert. Un joven ginebrino llamado Coindet, al parecer buen muchacho, cuidadoso, oficioso, activo, pero ignorante, confiado, glotón, presumido, que había venido a verme desde el principio de mi estancia en el *Ermitage,* y sin otro introductor que él mismo, a poco, y a pesar mío, había establecido sus reales en mi casa. Tenía éste algún gusto por el dibujo y conocía a los artistas, así es que me sirvió para las láminas de la *Julia;* se encargó de la dirección de los dibujos y de las planchas, y salió bien de su empeño.

Tenía allí también la casa del señor Dupin, la cual, si bien brillaba menos que durante los buenos tiempos de la señora Dupin, seguía siendo aún, por el mérito de sus dueños y lo escogido de las personas que en ella se reunían, una de las mejores casas de París. Como a nadie me había dedicado con preferencia a ellos; como no les había dejado sino para vivir libre, no cesaron de tenerme amistad y yo estaba seguro de ser siempre bien recibido por la señora Dupin. Además podía contarla entre mis vecinas del campo desde que al fin se había decidido a edificar una habitación en Clichy, donde a veces iba yo a pasar uno o dos días y donde habría ido más si la señora Dupin y la de Chenonceaux hubiesen vivido mejor avenidas. Mas la dificultad de dividirme en una misma casa entre dos mujeres que no simpatizaban me hacía hallar Clichy harto molesto. Unido a la señora de Chenonceaux con una amistad más familiar y más íntima, tenía el placer de verla más desahogadamente en Deuil, casi a la puerta de mi casa, donde ella había alquilado una casita, y aun en mi propia casa, adonde venía a verme con bastante frecuencia.

Tenía a la señora de Créqui, que, habiéndose entregado a la devoción, había cesado de ver a los d'Alembert, a los Marmontel y a la mayor parte de los literatos, exceptuando, si no me equivoco, el abate Trublet, que era a la sazón una especie de zorro, del que ella

misma estaba enojada. Había procurado conocerme y no dejé perder su benevolencia ni su correspondencia. Me remitió pollas cebadas del Mans como aguinaldo, y estaba dispuesto a visitarme al año siguiente, cuando se interpuso un viaje de la señora de Luxemburgo. Le debo aquí un lugar señalado, y siempre lo ocupará en mis recuerdos.

Contaba con otro hombre a quien, a falta de Roguin, hubiera debido colocar en primer lugar: mi antiguo colega y amigo Carrió, antes secretario titular de la Embajada española en Venecia, luego en Suecia, donde estuvo encargado por su corte de muchos negocios, y al fin nombrado realmente secretario de Embajada en París. Vino a sorprenderme a Montmorency cuando menos lo esperaba. Pertenecía a una Orden de caballería, cuyo nombre he olvidado, y llevaba una hermosa cruz de pedrería. Al hacer las pruebas se había visto obligado a añadir una letra a su nombre de Carrió, y llevaba el de caballero de Carrión. Le hallé igual que antaño, con el mismo excelente corazón, y cada día más amable. Hubiera recobrado con él la intimidad de antes si Coindet, interponiéndose, como de costumbre, no hubiese aprovechado mi alejamiento para insinuarse en lugar y nombre míos en su confianza y suplantarme a fuerza de celo en servirle.

La memoria de Carrión me recuerda uno de mis vecinos del campo, y haría mal si lo pasara en silencio, en cuanto he de confesar mi proceder inexcusable con respecto a él. Era éste el honrado señor Le Blond, que me había hecho un favor en Venecia, y que como viniera a hacer un viaje por Francia con su familia había alquilado una casa de campo en la Briche, no lejos de Montmorency [1]. Tan luego como supe que era vecino mío me alegré en el alma, y convertí en placer más que en obligación el deseo de visitarle. Al efecto partí al día siguiente; pero encontré por el camino otras personas que venían a verme a mí, y fue preciso retroceder. Dos días después salí de nuevo al efecto, y encontré que había ido a París a comer con toda su familia. La tercera vez estaba en su casa, pero oí voces de mujeres y vi a la puerta un coche que me asustó. Yo quería, a lo menos por vez primera, verle con libertad y hablar de nuestras antiguas relaciones. En fin, fui dejando la visita un día por otro, de suerte que la vergüenza de llenar semejante deber tan tarde hizo que lo dejase completamente. Después de haber osado esperar tanto, ya no me atreví a presentarme. Esta dejadez, de que el señor Le Blond debe estar justamente indignado, dio a sus ojos el carácter de ingratitud a mi pereza, y sin embargo yo me sentía tan poco culpable, que si hubiese podido hacer algo que agradase a dicho señor, aun sin saberlo él, estoy bien seguro de que no me hubiera hallado perezoso.

---

[1] Cuando esto escribía, lleno de mi antigua y ciega confianza, estaba muy lejos de sospechar el verdadero motivo y el efecto de este viaje a París.

Pero la indolencia, el descuido y las dilaciones en los pequeños deberes que tenía que llenar me han hecho más daño que los grandes vicios. Mis peores faltas han sido de omisión: raras veces he hecho lo que no debía hacer, y desgraciadamente aun he hecho menos veces lo que convenía.

Puesto que he vuelto a mis conocidos de Venecia, no debo olvidar uno que con ellos se enlaza y cuyas relaciones no había interrumpido, así como las otras, sino desde hacía mucho menos tiempo. Me refiero al señor de Joinville, quien había continuado dándome muestras de amistad después de su vuelta a Génova. Le agradaba mucho verme y hablar conmigo de los asuntos de Italia y de las locuras del señor de Montaigu, de quien, por su parte, conocía muchas anécdotas por las oficinas de Negocios Extranjeros, donde tenía muchos conocidos. También tuve el gusto de ver nuevamente en su casa a mi antiguo camarada Dupont, que había comprado un destino en su provincia y cuyos negocios le llevaban algunas veces a París. El señor de Joinville fue mostrándose cada día más aficionado a mi trato, hasta que llegó a serme molesto, y aunque vivíamos en barrios muy apartados, había querellas entre nosotros cuando pasaba una semana entera sin ir a comer a su casa. Cuando iba a Joinville, quería siempre que yo fuese con él; mas habiendo pasado una vez ocho días allí, que se me antojaron larguísimos, no quise volver otra vez. El señor de Joinville era ciertamente un hombre galante, y aun amable hasta cierto punto, pero de escaso ingenio; era un buen mozo, un poco prendado de sí y medianamente fastidioso. Tenía una colección singular, quizá única en el mundo, de la que se ocupaba mucho y de la que hacía ocuparse a sus huéspedes, que a veces no hallaban la diversión tan agradable como él. Era una colección completa de *Vaudevilles* de la corte y de París, desde hacía más de cincuenta años, donde se hallaban muchas anécdotas que inútilmente se buscarían en otra parte. He aquí unas Memorias para la historia de Francia que no se hallarían en ninguna otra nación.

Un día, en lo mejor de nuestra amistad, me recibió de un modo tan frío, tan glacial e inusitado en él, que después de haberle dado ocasión de explicarse, y aun de haberle instado a ello, salí de su casa con la resolución, que he cumplido, de no volver a poner los pies en ella, pues yo no vuelvo adonde he sido mal recibido una vez, y aquí no había un Diderot que abogase por el señor de Joinville. Yo me devanaba en vano los sesos buscando qué agravio podía haberle hecho. Estaba seguro de no haber hablado de él ni de los suyos sino del modo más honroso, pues le quería sinceramente, y además de que no tenía que decir de él más que bien, mi máxima más inviolable ha sido siempre no hablar sino honrosamente de las casas que frecuentaba.

He aquí lo que conjeturé a fuerza de pensar y repensar en ello. La última vez que nos habíamos visto me había dado de cenar en

casa de unas muchachas que él conocía, en compañía de dos o tres empleados de Negocios Extranjeros, gentes muy amables, que no parecían libertinos; y puedo jurar que por mi parte pasé la velada meditando tristemente sobre la desdichada suerte de aquellas criaturas. Yo no pagué escote, porque estábamos convidados a cenar por el señor de Joinville; tampoco di nada a las chicas, porque no les hice ganar, como a la *Padoana,* lo que hubiera podido ofrecerles. Salimos todos bastante alegres y muy amigos. Tres o cuatro días después, sin haber vuelto a aquella casa, fui por la tarde a la de Joinville, a quien no había visto desde entonces, y me recibió como llevo dicho. No pudiendo atribuirlo a otra causa que a alguna mala inteligencia relativa a esta cena y viendo que no quería explicarse, tomé mi resolución y dejé de verle, pero continué enviándole mis obras; a menudo me hizo dar parabienes, y habiéndole encontrado un día en el salón de descanso de la Comedia me dijo cuánto sentía mi ausencia de su casa, instándome para que fuese a verle, pero no me dejé vencer. Así, pues, más bien parecía esto una querella que un rompimiento. Con todo eso, no habiéndole vuelto a ver ni oído hablar de él desde entonces, hubiera sido tarde para reanudar nuestras relaciones después de una interrupción de años. He aquí por qué no entra el señor de Joinville aquí en lista, aunque hubiese frecuentado bastante tiempo su casa.

No alargaré ahora esta misma lista con muchos otros conocidos menos familiares, o que por mi ausencia habían dejado de serlo y que no dejé de ver alguna vez en el campo, así en mi casa como en la vecindad, tales como, por ejemplo, los abates de Condillac y de Mablu, los señores de Mayrand, de Lalive, de Boisgelou, Vatelet, Ancelet y otros que sería largo enumerar. Tampoco insistiré sobre mis relaciones con el señor de Margency, gentilhombre del rey con ejercicio, antiguo miembro del círculo de Holbach, del que había salido como yo, y antiguo amigo de la señora de Epinay, de quien, como yo, se había apartado; lo mismo haré acerca de las que me unían con su amigo Desmahis, autor célebre, pero efímero, de la comedia *El impertinente.* El primero era vecino mío de campo, pues Margency se hallaba cerca de Montmorency. Eramos antiguos conocidos; pero la vecindad y cierta conformidad de experiencias nos hicieron más íntimos. El segundo murió poco después. Era hombre de mérito y de ingenio, mas también tenía un poco del tipo de su comedia; era un tanto fatuo con las mujeres, y no fue muy sentida su muerte.

No obstante lo dicho, no puedo omitir una nueva correspondencia de aquel tiempo que ha influido demasiado sobre el resto de mi vida para que deje de consignar su comienzo. Me refiero al señor de Lamoignón de Malesherbes, primer presidente de la *Cour des Aides,* a la sazón encargado de la librería, que dirigía con tanta ilustración como afabilidad y contentamiento de los literatos. No había

ido a verle a París ni una sola vez; sin embargo, siempre había encontrado en él la mayor benevolencia en cuanto a la censura; y yo sabía que más de una vez hubo de dejar bastante malparados a los que escribían contra mí. Con motivo de la impresión de la *Julia* tuve nuevas manifestaciones de su bondad; las pruebas de obra tan larga era muy costoso hacerlas venir de Amsterdam por el correo, y teniendo él franco el porte, permitió que le fuesen dirigidas, para enviármelas a mí, igualmente francas de porte, como lo hacía, gracias al sello del señor canciller, su padre. Cuando la obra estuvo impresa no permitió su venta en el reino sino después que se hubo hecho una edición que él mandó hacer para mí, a pesar de mí mismo; como esta edición hubiera sido por mi parte un robo hecho a Rey, a quien había vendido el manuscrito, no sólo no quise aceptar el presente que me correspondía por esto sin su consentimiento, que dio muy generosamente, sino que quise partir con él cien pistolas, a que ascendió este presente, y que no quiso admitir. Por estas cien pistolas tuve el disgusto de ver horriblemente mutilada mi obra, cosa de que Malesherbes no me había prevenido, y de impedir la venta de la edición buena hasta que la mala estuvo agotada.

Siempre he tenido al señor de Malesherbes por hombre de una rectitud a toda prueba. Nunca me ha hecho dudar un momento de su probidad nada de lo que me ha ocurrido; pero tan débil como honrado, a veces daña a las personas por quienes se interesa a fuerza de quererlas preservar. No solamente hizo eliminar más de cien páginas en la edición de París, sino que hizo una eliminación que podía tener el carácter de infidelidad en un ejemplar de la edición buena que remitió a la señora de Pompadour. En alguna parte de esta obra he dicho que la mujer de un carbonero es más digna de respeto que la mujer de un príncipe. Esta frase se me había ocurrido en el calor de la composición sin pensar en nadie, lo juro. Al releer la obra vi que se vería en esto una alusión. Sin embargo, por efecto de la máxima muy imprudente de no quitar nada por temor a las alusiones que pudiesen hacerse mientras en mi conciencia tuviese el testimonio de no haberlas hecho al escribir, no quise quitar esta frase, y me contenté con sustituir a la palabra *rey,* que había puesto al principio, la de príncipe. Este paliativo no pareció al señor de Malesherbes suficiente; él la quitó toda, con un cartón que hizo imprimir expresamente y meter con tanta limpieza como fue posible en el ejemplar de la señora de Pompadour. Ella no ignoró esta sustitución, pues hubo algún alma caritativa que se la comunicó. Pero yo no lo supe sino mucho tiempo después, cuando empecé a experimentar sus consecuencias.

¿No es también aquí donde tuvo origen el odio encubierto, pero implacable, de otra dama que se hallaba en un caso semejante [1], sin

[1] La condesa de Boufflers, amiga del príncipe de Conti.–*N. del T.*



Busto de Cristian Guillermo de Lamoignon de Malesherbes,
por J. B. Lemoine. Colección de M. Édouard Kann

Foto Archivo Espasa-Calpe.

que yo supiese nada de ello, ni aun la conociese cuando escribí aquel pasaje? Cuando se publicó el libro yo la conocía ya, y esto me inquietó mucho. Así se lo dije al caballero de Lorency, que se rió de mí, asegurándome que tampoco la había ofendido y que ni siquiera le había llamado la atención. Le creí, quizá con harta ligereza, y me tranquilicé en seguida.

Al entrar el invierno recibí una nueva prueba de la benevolencia del señor de Malesherbes, que le agradecí en extremo, aunque no juzgase conveniente aprovecharla. Había en el *Journal des Savants* una plaza vacante. Margency me escribió proponiéndomela como cosa que salía de él mismo. Pero fácil me fue comprender, por el giro de su carta (legajo C, núm. 33), que estaba instruido y autorizado; y él mismo me dijo posteriormente (legajo C, núm. 47) que había tenido el encargo de hacerme este ofrecimiento. El trabajo de esta plaza era poca cosa. No había que hacer sino dos extractos cada mes, para los que me llevarían los libros, sin que tuviese necesidad de ir a París una sola vez, ni aun para hacer al magistrado una visita de gracias. Por ende entraba en una sociedad de literatos de primer orden, los señores de Mairan, Clairaut, de Guignes y el abate Barthélemy, en los cuales conocía ya a los dos primeros y me hubiera gustado entrar en relaciones con los otros dos. En fin, por un trabajo tan poco penoso y que podía hacer tan cómodamente se me ofrecía un sueldo de ochocientos francos, anejos a esta plaza. Antes de resolverme estuve deliberando algunas horas, y puedo jurar que sólo me hizo deliberar el temor de incomodar a Margency y de disgustar al señor de Malesherbes. Mas al fin la molestia insoportable de no poder trabajar a mi antojo y de hallarme sujeto a trabajar en días determinados, y más aún la certeza de que llenaría mal las funciones de que había de encargarme, sobrepujó a todo y me resolvió a rehusar un empleo para el cual tan poco a propósito me sentía. Yo sabía que todo mi talento consistía en cierto entusiasmo por las materias que había de tratar, y que solamente podía animar mi ingenio el amor de lo grande, de lo verdadero, de lo bello. ¿Y qué me hubieran importado la mayor parte de los asuntos que hubiera tenido que compilar de los libros y los libros mismos? Mi indiferencia hubiera helado mi pluma y empobrecido mi ingenio. Figurábanse que yo podía escribir por oficio, como los demás literatos, cuando jamás he sabido escribir sino movido por la pasión, y no era esto seguramente lo que necesitaba el *Journal des Savants.* Por lo tanto, escribí a Margency una carta dándole las gracias, con toda la discreción posible, detallándole mis motivos, de tal suerte, que ni él ni el señor de Malesherbes pudieran atribuir a esquivez ni orgullo el hecho de rehusar su ofrecimiento. Así, pues, aprobaron ambos mi resolución, sin que me diesen la menor muestra de desagrado; y esta cuestión quedó tan secreta, que el público jamás ha tenido de ella la menor noticia.

Esta proposición no se me hizo en ocasión a propósito para que yo la aceptara, pues hacía algún tiempo ya que proyectaba abandonar completamente la literatura y sobre todo la ocupación de autor. Cuanto acababa de sucederme me había disgustado en extremo de los literatos y estaba convencido de que era imposible continuar la misma carrera sin tener alguna conexión con ellos. No lo estaba menos de la gente del gran mundo, y en general de la vida mixta que acababa de llevar mitad para mí y mitad para las sociedades para las que no servía. Conocía más que nunca, y por una experiencia constante, que toda asociación desigual es siempre desfavorable a la parte débil. Viviendo en medio de gentes opulentas y de diferente clase de la que yo había escogido, sin tener casa como ellos, me veía obligado a seguirles en muchas cosas, y varios pequeños gastos que no eran nada para ellos eran para mí tan ruinosos como indispensables. Cualquier otro cuando va a una quinta se lleva su criado, que le sirve así en la mesa como en su cuarto; manda buscar lo que le hace falta, no teniendo nada que hacer directamente con los servidores de la casa, no viéndolos siquiera, no les da gajes sino cuando y como le place; pero yo, solo, sin criado, estoy a la merced de los de la casa; simpatías es necesario captarse a fin de no tener que sufrir mucho; y tratado como un igual de su amo, es indispensable tratar a la gente como tal y aun hacer por ellos más que ninguno otro, porque en efecto tenía de ello una verdadera necesidad. Vaya con Dios aún cuando hay pocos sirvientes; pero en las casas a que he ido he encontrado muchos, todos muy arrogantes, tunantes y listos en cuanto se refiere a su interés, y los muy ladinos se componían de suerte que yo necesitase sucesivamente de todos. Las mujeres de París, dotadas de tanta penetración, no tienen acerca de esto idea alguna exacta, y a fuerza de querer ahorrarme gastos me arruinaban. Si cenaba algo lejos de mi casa, en vez de permitir que enviase por un coche, la señora de la casa hacía enganchar los caballos para volverme; ella quedaba contenta evitando el gasto de los veinticuatro sueldos del simón, pero no pensaba en el escudo que yo regalaba al lacayo y al cochero. Una mujer me escribía desde París al *Ermitage* o a Montmorency, y pensando que su carta me había de costar cuatro sueldos de porte, me la remitía por uno de sus criados, que llegaba sudando a mares, y a quien daba yo de comer y un escudo, que seguramente tenía bien ganado. Proponíame ir a pasar ocho o quince días en su quinta, diciendo para sí: «Siempre será un ahorro para ese pobre muchacho, pues durante ese tiempo nada le costará su manutención», sin considerar tampoco que durante aquel tiempo yo no trabajaba, que mi casa, mi alquiler, mi ropa y mis vestidos no ahorraban nada; que el barbero me costaba el doble, y que no dejaba de costarme el vivir en su casa más de lo que me hubiera costado en la mía. Aunque limitase mis pequeñas larguezas a las casas donde habitualmente iba no dejaban de serme ruinosas, y

puedo asegurar que he dejado más de veinticinco escudos en casa de la señora de Houdetot, en Eaubonne, donde no he dormido arriba de cuatro o cinco veces, y más de cinco pistolas entre Epinay y la Chevrette, durante los cinco o seis años en que fui su concurrente más asiduo. Estos gastos son inevitables para un hombre de mi carácter, que no sabe proveerse de nada, ni ingeniarse, ni soportar el aspecto de un criado que refunfuña y que sirve de mala gana. En casa de la misma señora Dupin, donde era considerado como de familia y donde hacía mil favores a los sirvientes, jamás he obtenido los suyos sino a cambio de mi dinero. En lo sucesivo ha sido preciso renunciar completamente a esas pequeñas liberalidades, que mi situación no me ha permitido continuar; y así es cómo me han hecho sentir con más dureza el inconveniente de alternar con gentes de otra posición que la propia.

Aun si ésta hubiese sido de mi gusto me habría consolado de un oneroso dispendio consagrado a mi placer; pero arruinarse fastidiándose era demasiado insoportable; y yo había sentido tanto el peso de este género de vida que, aprovechando el intervalo de libertad en que por entonces me hallaba, había determinado perpetuarlo, renunciando totalmente a la alta sociedad, a escribir obras literarias, a toda relación con literatos y a encerrarme por el resto de mi vida en la esfera estrecha y apacible para que me sentía nacido.

El producto de la *Carta a d'Alembert* y de la *Nueva Eloísa* había reanimado un poco mi bolsillo, que se había agotado mucho en el *Ermitage*, y me veía con cerca de mil escudos. *El Emilio*, que me puse a escribir seriamente cuando hube concluido la *Eloísa*, estaba muy adelantado, y su producto debía doblar por lo menos esta suma. Formé el proyecto de colocar estos fondos de manera que produjesen una pequeña renta vitalicia la cual, unida al producto de copiar, me diese lo bastante para subsistir sin escribir más. Aún tenía comenzadas otras dos obras. La primera era mis *Instituciones políticas*. Examiné el estado de este libro, encontré que aún exigía muchos años de trabajo, y no tuve valor de proseguirlo y esperar a que estuviese concluido para llevar a cabo mi proyecto. Así, pues, renunciando a esta obra, resolví sacar de ella lo que pudiese utilizar para quemar todo el resto; y realizando este trabajo con ahínco, sin interrumpir el del *Emilio*, en menos de dos años di la última mano al *Contrato social*.

Quedaba el *Diccionario de música*. Éste era un trabajo de obrero, que podía hacerse en cualquier tiempo y que no tenía otro móvil que un producto pecuniario. Reservé para más tarde el proseguirlo o abandonarlo a mi comodidad, según que reunidos mis otros recursos me hiciesen aquel trabajo necesario o superfluo. En cuanto a la *Moral sensitiva*, que sólo estaba en bosquejo, la abandoné completamente.

Como tenía por último proyecto, si podía vivir sin copiar música, la idea de alejarme de París, donde la afluencia de forasteros me

hacía la subsistencia costosa y me arrebataba el tiempo de proveer a ella, para evitar en mi retiro el fastidio en que dicen cae un autor cuando ha dejado la pluma, me reservaba una ocupación que pudiese llenar el vacío de mi soledad sin que me diese la tentación de hacer imprimir nada en vida. No sé por qué capricho Rey me instaba respetuosamente hacía mucho tiempo a que escribiese las Memorias de mi vida. Aunque hasta entonces no fuesen muy interesantes por los hechos, yo conocía que podían llegar a serlo por la franqueza que era capaz de usar; y resolví formar con ellas una obra única, por su veracidad sin ejemplo, a fin de que, a lo menos una vez siquiera, pudiese verse a un hombre tal como es interiormente. Siempre me había reído de la falsa sinceridad de Montaigne, quien, fingiendo confesar sus defectos, pone gran cuidado en no atribuirse sino aquellos que tienen carácter agradable; cuando yo, que siempre me he creído y, bien considerado, aun me creo el mejor de los hombres, estoy convencido de que no hay interior humano, por puro que sea, que no tenga algún vicio feo. Yo sabía que se me presentaba a los ojos del público bajo un aspecto tan poco parecido al mío y a veces tan disforme que, a pesar de lo malo, de que no quería callarme nada, no podía menos de ganar, aun mostrándome tal cual soy. Por otra parte, como esto no era hacedero sin sacar a la luz también el modo real de ser de otras personas, y, por consiguiente, no pudiendo esta obra aparecer sino después de mi muerte y la de muchos otros, esto me animó a hacer mis *Confesiones*, de las que jamás habría de tener que avergonzarme delante de nadie. Por tanto, determiné consagrar mis ocios a llevar a buen término esta empresa, y me puse a recoger las cartas y papeles que podían guiar o despertar mi memoria, echando de menos en gran manera todo lo que había rasgado, quemado y perdido hasta entonces.

Este proyecto de retiro absoluto, uno de los más sensatos que en mi vida haya formado, estaba impreso firmemente en mi espíritu, y ya me ocupaba en llevarlo a cabo cuando el Cielo, que me preparaba otra suerte, me arrojó en un nuevo torbellino.

Montmorency, este antiguo y hermoso patrimonio de la ilustre casa de este nombre, no le pertenece ya desde la confiscación. Con la hermana del duque Enrique ha pasado a la casa de Condé, quien ha cambiado el nombre de Montmorency por el de Enghien; y este ducado no tiene otro castillo más que una vieja torre, donde están los archivos y donde se recibe el homenaje de los vasallos. Pero en Montmorency, o en Enghien, se ve un hostal particular, construido por Croisat, llamado el *Pobre*, el cual, teniendo la magnificencia de los más soberbios palacios, merece y lleva el nombre de tal. El aspecto imponente de este hermoso edificio, el terraplén sobre el cual se levanta, su vista quizá única en el mundo, su vasto salón pintado de mano maestra, su jardín plantado por el célebre Le Nostre, todo ello forma un conjunto cuya sorprendente majestad tiene, sin

embargo, un nosequé de sencillez que sostiene y acrecienta la admiración. El señor mariscal duque de Luxemburgo, que ocupaba entonces esta casa, iba todos los años al país que había pertenecido a sus antepasados a pasar cinco o seis semanas en dos veces, como simple habitante, pero con un lujo que no desdecía del antiguo esplendor de su casa. En el primer viaje que hizo después que hube fijado mi residencia en Montmorency, el señor mariscal y su señora enviaron un ayuda de cámara a saludarme de su parte, invitándome a cenar en su casa siempre que quisiese. Cada vez que fueron no dejaron de reiterar el mismo cumplido y la misma invitación. Esto me recordaba a la señora de Beuzenval convidándome a comer a segunda mesa. Los tiempos habían cambiado, pero yo seguía el mismo; yo no quería que me dejasen a segunda mesa, y me importaba poco la de los grandes. Hubiera preferido que me dejasen siendo lo que era, sin festejarme ni rebajarme. Respondí discreta y respetuosamente a la cortesía de los señores de Luxemburgo, pero no acepté sus ofrecimientos; y estremeciéndome, así por causa de mis molestias como de mi timidez y poca locuacidad, a la sola idea de presentarme en una asamblea de personas de la corte, ni me presenté en el palacio tan siquiera a hacer una visita para manifestar mi agradecimiento, aunque comprendí muy bien que esto era lo que querían y que todo este empeño era más bien debido a curiosidad que a benevolencia.

Siguieron sin embargo las invitaciones, y aun fueron en aumento. Habiendo venido a Montmorency la señora condesa de Boufflers, que tenía mucha intimidad con la señora mariscala, envió a saber de mí, añadiendo que deseaba visitarme. Respondí como debía, pero no solté las amarras. En el viaje de Pascuas del siguiente año 1759, el caballero de Lorenzy, que pertenecía a la corte del señor príncipe de Conti y al círculo de la señora de Luxemburgo, vino a verme varias veces; trabamos relaciones y me instó a que fuese a palacio, pero no lo hice. En fin, una tarde, cuando menos lo pensaba, me veo llegar al señor mariscal de Luxemburgo, seguido de cinco o seis personas. Entonces no hubo medio de resistir, so pena de pasar por soberbio y mal educado, y no pude por menos que devolverle la visita e ir a hacer la corte a la señora mariscala, de parte de la cual me había colmado de frases halagüeñas. Así, bajo funestos auspicios, empezaron unas relaciones que no pude evitar por más tiempo, pero que un presentimiento asaz fundado me hizo temer hasta que estuve comprometido en ellas.

Yo temía mucho a la señora de Luxemburgo. Sabía que era amable; la había visto varias veces en el teatro y en casa de la señora de Dupin, hacía diez o doce años, cuando era duquesa de Boufflers, y brillaba aún por su primera hermosura. Pero pasaba por maligna, y en tan gran señora esta reputación me hacía temblar. Apenas la vi quedé subyugado. La encontré encantadora, con esa belleza que no

altera el tiempo, la más influyente sobre mi corazón. Esperaba hallar en ella una conversación mordaz y llena de epigramas; pero, lejos de esto, la hallé muy superior. La conversación de la señora de Luxemburgo no manifiesta una imaginación fogosa. No abunda en agudezas, no es tampoco propiamente sutil; pero tiene una delicadeza exquisita que no admira nunca y agrada siempre. Sus alabanzas son tanto más embriagadoras cuanto que son más sencillas; diríase que se le escapan sin pensar y que es sólo su corazón el que las deja brotar, únicamente porque se encuentra henchido de ellas. Desde la primera visita, y a pesar de mi encogimiento y mi tosca frase, creí notar no haberle desagradado. Todas las mujeres de la corte saben darnos a entender lo mismo cuando quieren, sea o no verdad; pero no todas saben, como la de Luxemburgo, hacernos esta persuasión tan dulce que ni siquiera se nos ocurre dudar. Desde el primer día mi confianza en ella hubiera sido tan completa como no tardó en serlo, si su nuera, la señora duquesa de Montmorency, joven loquilla, bastante maligna y a mi entender algo enredadora, no la hubiese emprendido conmigo y, a fuerza de elogios de su mamá y fingidas lisonjas de cuenta propia, no hubiese despertado en mí la sospecha de ser objeto de burla.

Tal vez me habría tranquilizado difícilmente si las excesivas bondades del señor mariscal no hubiesen confirmado su formalidad. Nada más sorprendente, visto mi tímido carácter, que la prontitud con que admití su deseo de considerarnos como iguales, si ya no es la facilidad con que él admitió la independencia en que manifesté yo querer vivir. Persuadidos ambos de la razón que me asistía al estar contento de mi situación y no querer cambiar, ni él ni la señora de Luxemburgo han parecido intentar ocuparse del estado de mi bolsillo o de mi fortuna; aunque no podía dudar del tierno interés que por mí se tomaban, jamás me han propuesto ningún empleo, ni me han ofrecido su influencia, exceptuando una sola vez en que la señora de Luxemburgo pareció decidida a hacerme entrar en la Academia Francesa. Yo alegué mi religión; replicó que esto no era un obstáculo, y que, de lo contrario, ella se encargaba de obviarlo. Entonces dije que aun cuando fuera para mí un alto honor pertenecer a tan ilustre cuerpo, no habiendo admitido la oferta del señor de Tressan y en cierto modo del rey de Polonia, de entrar en la Academia de Nancy, ya no podía dignamente entrar en ninguna, y la señora de Luxemburgo no habló más del asunto. Esta sencillez de relaciones con tan altos personajes, que todo lo podían en mi favor, siendo y mereciendo ser el señor de Luxemburgo amigo particular del rey, contrasta singularmente con el continuo cuidado, no menos importuno que oficioso, de los amigos protectores que acababa de rechazar, y que más bien procuraban rebajarme que favorecerme.

Cuando el señor mariscal fue a verme a Mont-Louis me fue imposible recibirle cómodamente con su comitiva en mi humilde

habitación, no porque me viese obligado a ello por la falta de limpieza, sino porque el piso estaba en estado ruinoso y temía que el peso de la comitiva lo hundiese. Menos preocupado por el peligro que me rodeaba que por el que corría el mariscal, a causa de su afabilidad para conmigo, me apresuré a sacarle de allí y a llevarle a mi destartalada torrecilla; le dije la razón de lo que había hecho; él se lo dijo a la señora mariscala, y ambos me instaron a aceptar, para mientras reparasen mi habitación, una en el palacio, o, si lo prefería, un edificio aislado que se hallaba en medio del parque, llamado el pequeño castillo. Este último merece especial mención.

El parque o jardín de Montmorency no se hallaba situado en un llano, como el de la Chevrette: es desigual, quebrado, sembrado de colinas y hondonadas, de las que el hábil artista sacó partido para dar variedad a los bosquecillos, los adornos, aguas, puntos de vista y, por decirlo así, para multiplicar a fuerza de arte y de ingenio un espacio en sí mismo bastante limitado. Este parque está coronado en lo alto por el terraplén y el castillo; en el fondo hay una garganta que se abre y prolonga por el valle, cuyo ángulo llena un gran estanque. Entre los naranjos, que ocupan esta prolongación, y el agua, rodeada de laderas ornadas de árboles y bosquecillos, se halla el edificio mencionado. Éste y el terreno que le rodea habían pertenecido al célebre Le Brun, quien se complació en edificarlos y adornarlos con ese gusto exquisito de arquitectura y ornato en que se había amamantado tan gran pintor. Desde entonces ha sido reedificado este castillo, pero siempre bajo el plan de su primer dueño. Es pequeño y sencillo, pero elegante. Como se encuentra situado en un fondo, entre el estanque de los naranjos y el gran depósito de agua, por consiguiente sujeto a la humedad, le atraviesa una galería que corre entre dos líneas de columnas, por medio de la cual el aire, recorriendo todo el edificio, le mantiene seco, a pesar de su situación. Cuando se mira este edificio desde la altura opuesta que le hace perspectiva parece completamente rodeado de agua, y se creería una isla encantada, o la más bella de las tres Borromeas, llamada *Isola Bella*, en el lago Mayor.

En este solitario edificio fue donde me dieron a escoger entre los cuatro departamentos que encerraba completos, además de los bajos, que contenían un salón de baile, una sala de billar y una cocina. Tomé el más pequeño y modesto, situado sobre la cocina, que tuve también. Reinaba allí una limpieza encantadora; el moblaje era blanco y azul. En esta profunda y deliciosa soledad, en medio de los bosques y de las aguas, de los conciertos de variedad de pájaros, percibiendo el perfume de la flor del naranjo, fue donde compuse en un continuo éxtasis el quinto libro de *Emilio*, cuyo colorido bastante fresco se debe en gran parte a la impresión del sitio en donde lo escribía.

Con qué anhelo corría al peristilo todas las mañanas, al salir el sol, a respirar un aire embalsamado; allí tomaba con Teresa un deli-

cioso café con leche; el perro y la gatita nos hacían compañía. Este solo cortejo me hubiera bastado para toda mi vida, sin experimentar jamás un momento de fastidio. Aquello era para mí el paraíso terrestre, pues vivía con igual inocencia, gozando la misma felicidad.

En el viaje de julio, los señores de Luxemburgo me dispensaron tantas atenciones y tanto me lisonjearon, que, viviendo en su casa y colmado de sus bondades, no pude por menos de corresponder viéndoles a menudo. Casi no me apartaba de su lado; por la mañana iba a saludar a la señora mariscala, y me quedaba a comer; por la tarde iba a paseo con el mariscal, pero no me quedaba a cenar a causa de la mucha concurrencia y porque se cenaba demasiado tarde para mí. Hasta entonces todo iba perfectamente, y no hubiera habido mal alguno si yo hubiese sabido atenerme a esto. Pero jamás he sabido guardar un término medio en mis afectos y llenar simplemente los deberes de la sociedad. Siempre he querido ser todo o nada; pronto fui todo, y viéndome festejado, acariciado por personas de esta consideración, traspasé los límites y sentí por ello una amistad que no es permitida sino entre iguales. Desplegué toda familiaridad en mis modales, mientras ellos jamás se cansaron de la cortesía a que me habían acostumbrado. Sin embargo, nunca estuve completamente con todo mi aplomo en presencia de la señora mariscala, pues aunque no estaba perfectamente tranquilo acerca de su carácter, aún temía más su ingenio. Esto era sobre todo por lo que más me imponía. Yo sabía que era un poco difícil en la conversación y que tenía derecho a serlo; sabía que las mujeres, y sobre todo las grandes damas, quieren absolutamente que se las entretenga; que mejor es ofenderlas que fastidiarlas; y por sus comentarios acerca de lo que habían dicho las que se habían marchado deducía lo que debía pensar de mis tonterías. Así, apelé a un suplemento para salvar con ella mi dificultad de hablar, y fue leer. Ella había oído hablar de *Julia;* sabía que se estaba imprimiendo, y manifestó deseos de ver esta obra; yo le ofrecí leérsela, y ella aceptó. Cada mañana iba sobre las diez; el señor de Luxemburgo venía también, y se cerraba la puerta. Yo leía junto a su lecho, y medía de tal modo mis lecturas, que habría habido materia para todo el tiempo de su permanencia en Montmorency, aun cuando no hubiere sido interrumpido [1]. El éxito de este expediente sobrepujó mis esperanzas. La señora de Luxemburgo se interesó por la *Julia* y por su autor; no hablaba sino de mí, no se ocupaba sino de mí, me lisonjeaba todo el día, abrazándome diez veces al día. Quiso que estuviese siempre a su lado en la mesa, y cuando algún personaje quería tomar este sitio ella le decía que era el mío, y le hacía colocar en otro. Ya se comprenderá la impresión que esta encantadora actitud me causaba, a mí, que me

---

[1] La pérdida de una gran batalla, que afligió mucho al rey, obligó al señor de Luxemburgo a volver precipitadamente a la corte.

dejo subyugar por las menores muestras de afecto. Yo me aficionaba realmente a ella a proporción del interés que me manifestaba. Todo mi temor al ver este capricho y al sentirme interiormente incapaz de sostenerlo era que se cambiase en disgusto, y desgraciadamente para mí este temor fue harto fundado.

Fuerza es que hubiese entre su modo de sentir y el mío una oposición natural, puesto que independientemente del sinnúmero de patochadas que se me escapaban a cada instante en la conversación, aun en mis cartas, y cuando en mejores relaciones me creía estar con ella, había cosas que la desagradaban sin que yo pudiese imaginar por qué. No citaré sino un ejemplo como podría citar veinte. Supo que yo hacía para la señora de Houdetot una copia de la *Eloísa* a tanto la página y quiso poseer una con las mismas condiciones. Se la prometí, y considerándola por esto entre mis parroquianas, le escribí una carta respetuosa y discreta con este motivo, a lo menos tal era mi intención. He aquí su respuesta, que me dejó más frío que la nieve:

«*Versalles, hoy martes* (legajo C, núm. 43).

»Estoy embelesada, estoy satisfecha; vuestra carta me ha causado un placer infinito, y me apresuro a participárselo y a daros las gracias.

»He aquí textualmente los términos de vuestra carta: *"Aunque es usted en verdad una parroquiana muy buena, me duele tener que admitir su dinero, cuando debería de ser yo el que pagara el placer de trabajar para usted."* No le digo más. Estoy quejosa de que nunca me hable usted de su salud, cuando es lo que más me interesa. Le quiero de todo corazón, y le aseguro que me duele tenerle que escribir, pues me gustaría poderlo decir personalmente. El señor de Luxemburgo le quiere y le abraza cordialmente.»

Al recibir esta carta me apresuré a contestarla, esperando mejor aclaración para protestar contra cualquier interpretación viciosa; y después de haberme ocupado durante algunos días en este examen con la inquietud que es de suponer y siempre sin comprender una palabra, he aquí cuál fue mi última carta sobre este asunto:

«*Montmorency, 8 de diciembre de 1757.*

»Desde mi última carta he examinado mil y mil veces el pasaje en cuestión. Lo he considerado en su sentido propio y natural y en todos los sentidos que se le pueden dar, y francamente, señora mariscala, no sé si soy yo o usted quien debe excusarme.»

Diez años hace que se escribieron estas cartas. A menudo he pensado en ellas durante este tiempo, y tal es aun hoy día mi estupidez en este punto, que no he logrado conocer qué pudo encontrar en este pasaje no sólo de ofensivo, sino ni siquiera de desagradable.

A propósito de este ejemplar manuscrito de la *Julia* que quiso poseer la señora de Luxemburgo debo decir aquí lo que imaginé para hacer que se distinguiese de cualquier otro. Tenía escritas aparte las aventuras de milord Eduardo, y había vacilado mucho acerca de si las incluiría o no, ya por entero, ya en extracto, en esta obra, donde me parecían hacer falta. Al fin me resolví a excluirlas enteramente, porque no teniendo el mismo carácter del resto habrían perjudicado a su interesante sencillez. Cuando conocí a la señora de Luxemburgo tuve para obrar así otra razón más poderosa, y era que en estas aventuras había una marquesa romana de carácter odioso, algunos rasgos de la cual, sin serle aplicables, hubieran podido serle aplicados por los que no la conocían más que de reputación. Por consiguiente, me felicité de haber tomado esta determinación y me afirmé en ella. Mas, en el ardiente deseo de enriquecer su ejemplar con algo que no tuviese otro alguno, tuve la desgraciada idea de pensar en esas aventuras y proponerme hacer un extracto para añadirlas a él. Proyecto insensato, cuya extravagancia no puede explicarse sino por la ciega fatalidad que me arrastraba hacia mi perdición.

Quos vult perdere, Jupiter dementat [1].

Cometí la estupidez de hacer ese extracto con gran cuidado y mucho trabajo, y enviárselo como si fuera lo mejor del mundo, indicándole al propio tiempo que había quemado el original, que el resumen solamente lo tendría ella y que nadie lo vería, a menos de que lo mostrase ella misma; lo que, lejos de probarle mi prudencia y mi discreción, como yo creía, no era más que advertirle el juicio que yo mismo formaba acerca de la aplicación de los rasgos que hubieran podido ofenderla. Tal fue mi imbecilidad, que no dudaba de que le agradaría en extremo mi proceder. Pero no recibí de ella los elogios que esperaba, y, con gran sorpresa mía, jamás me habló del cuaderno que le había remitido. Yo, por mi parte, siempre satisfecho de la conducta en este punto por mí observada, no comprendí el efecto que había producido hasta mucho tiempo después por otros indicios.

Para dar realce a su manuscrito, tuve además otra idea más razonable, pero que no ha dejado de serme igualmente funesta, aunque por efectos más lejanos: de tal modo concurre todo a realizar la obra del destino cuando éste consagra a alguno a la desgracia. Pensé

---

[1] Júpiter enloquece a los que quiere perder.

ornar este manuscrito con dibujos de las láminas de la *Julia,* que tenían el mismo tamaño que el manuscrito. Pedí los dibujos a Coindet, dibujos que me pertenecían por todos conceptos, tanto más cuanto que le había cedido el producto de las láminas, que se vendieron en gran número. A Coindet le sobraba la astucia que a mí me falta. A fuerza de hacerse pedir estos dibujos logró saber para qué los quería. Entonces, so protexto de añadirles algún ornato, hizo que se le dejaran y acabó por presentarlos él mismo.

Ego versículos feci, tulit alter honores [1].

Esto acabó de introducirlo en el palacio de Luxemburgo con cierto carácter. Desde mi establecimiento en la pequeña quinta venía a verme con mucha frecuencia, y siempre aparecía por la mañana, sobre todo cuando los señores de Luxemburgo se hallaban en Montmorency. Esto hacía que por pasar el día con él no fuese a palacio; quejáronse de mi ausencia, dije la causa, y me instaron a que llevase a Coindet conmigo. Esto es lo que buscaba el ladino. Así, pues, gracias a la excesiva bondad que por mí tenían, un dependiente del señor Thélusson, que a veces le daba asiento en su mesa cuando no tenía quien le acompañase, se halló de repente admitido en la de un mariscal de Francia, con los príncipes, las duquesas y cuanta grandeza había en la corte. Nunca olvidaré que un día en que se veía obligado a regresar antes que de costumbre a París, el señor mariscal dijo, después de comer, a sus comensales: «Vamos a pasear por el camino de Saint-Denis; así acompañaremos al señor Coindet.» El pobre muchacho perdió la serenidad; yo me conmoví de tal modo, que no pude pronunciar una sola palabra y seguí detrás de todos, llorando como un niño y pensando que había que besar las huellas de este buen mariscal. Mas la prosecución de la historia de las copias me ha hecho anticipar los sucesos. Volvamos a seguir los acontecimientos por su orden, en cuanto me lo permita mi memoria.

Tan luego como la casita de Mont-Louis estuvo dispuesta, hícela amueblar decente y sencillamente y me fijé de nuevo en ella, no pudiendo renunciar a la ley que yo mismo me había impuesto, al abandonar el *Ermitage,* de vivir siempre en una habitación que fuese mía; mas tampoco pude resolverme a abandonar mi departamento de la quinta. Conservé la llave, y prendado de aquellos deliciosos almuerzos del peristilo, iba con frecuencia a dormir allí, pasando a veces dos o tres días como en una casa de campo. Entonces era yo quizá el hombre que tenía la vivienda mejor y más agradable de Europa. Mi casero, el señor Mathás, que era el mejor hombre del mundo, había dejado enteramente bajo mi dirección las obras de reparación de Mont-Louis; puso a mis órdenes sus trabajadores, y ni

[1] Yo hice los versillos; otro cosechó los honores—*De Virgilio.*

siquiera quiso meterse en nada. Así fue cómo hallé medio de hacerme construir en el piso principal, de una sola sala que tenía antes, una habitación completa, compuesta de alcoba, antecámara y guardarropa. En los bajos estaba la cocina y el cuarto de Teresa. La torrecilla me servía de gabinete, gracias a una buena pared de cristales y a una chimenea que se mandó construir. Cuando volví allá me entretuve en arreglar la terraza, donde ya daban sombra las ramas de dos hileras de tilos jóvenes, que aumenté con otras dos para formar un gabinete de verdor; hice colocar en medio una mesa y dos bancos de piedra; rodeélos de lilas, jeringuillas, madreselvas; hice colocar una platabanda de flores paralela a las hileras de los árboles; y esta terraza, más elevada que la del castillo, cuya vista era por lo menos igualmente bella, y en la cual había yo reunido multitud de pájaros, me servía de salón para recibir a los señores de Luxemburgo, al duque de Villeroy, al príncipe de Tingry, al marqués de Armentières, a la duquesa de Montmorency, a la duquesa de Boufflers, a la condesa de Valentinois, a la condesa de Boufflers y otras personas de este rango, que no se desdeñaban de venir en peregrinación desde el palacio hasta Mont-Louis por una cuesta muy fatigosa. Estas visitas las debía todas al favor que me dispensaban los señores de Luxemburgo; yo lo conocía así y mi corazón les rendía homenaje. En uno de estos raptos de ternura fue cuando una vez dije al señor de Luxemburgo, abrazándole: «¡Ah, señor mariscal, yo aborrecía a los grandes antes de conoceros; ahora les aborrezco más aún, desde que me hacéis comprender tan bien cuán fácil les sería hacerse adorar!»

Por lo demás, reto a los que me han visto durante esta época a que digan si jamás han notado que ese brillo me haya seducido un solo instante, ni el vapor de este incienso me haya desvanecido; si me han visto menos igual en mi compostura, menos sencillo en mis maneras, menos afable con la gente del pueblo, menos familiar con mis vecinos, menos pronto a prestar un servicio a todo el mundo, cuando he podido, sin cansarme jamás de las importunidades sin número, y a menudo nada razonables, con que me han agobiado. Si mi corazón me conducía al palacio de Montmorency, por el sincero cariño que a sus dueños profesaba, también me llevaba a la vecindad para gozar las delicias de esta vida igual y sencilla, fuera de la cual no hay dicha para mí. Teresa había trabado amistad con la hija de un albañil, vecino mío, llamado Pilleu; yo la trabé con el padre; y después de haber comido, no sin pesar, en palacio, por complacer a la señora mariscala, ¡con qué solicitud volvía por la tarde para cenar con el bueno de Pilleu y su familia, ya en su casa, ya en la mía!

Además de estas dos habitaciones tuve, a poco, una tercera en el palacio de Luxemburgo, cuyos dueños tanto me instaron a que fuese a verles de cuando en cuando, que al fin cedí, a pesar de mi aversión por París, donde no había estado, desde mi retiro en el *Ermitage*,

sino dos veces únicas, como lo tengo referido, y aun no iba allá sino en los días convenidos, únicamente para cenar y volverme a la mañana siguiente. Yo entraba y salía por el jardín que daba al paseo; de modo que podía decir, sin faltar a la verdad más estricta, que no había puesto los pies en las calles de París.

En medio de esta prosperidad pasajera, se preparaba de lejos la catástrofe que debía ponerle fin. Poco tiempo después de mi regreso a Mont-Louis contraje, bien a pesar mío, como de ordinario, relaciones con una nueva persona, que forma también época en mi historia; por lo que sigue se deducirá si en bien o en mal. Fue la marquesa de Verdelin, vecina mía, cuyo marido acababa de comprar una quinta en Soisy, cerca de Montmorency. La señorita de Ars, hija del conde del mismo nombre, varón de elevada alcurnia, pero pobre, había casado con el señor de Verdelin, viejo, feo, sordo, duro, brutal, celoso, con una cicatriz en la cara, tuerto, aunque por lo demás buen hombre, si se le sabía llevar el genio, y poseedor de quince o veinte mil libras de renta, con las cuales la casaron. Este galán que blasfemaba, gritaba, gruñía, echaba pestes y hacía llorar a su mujer todo el día, acababa por hacer cuanto ella quería, y esto para hacerla rabiar, puesto que ella sabía darle a entender que era él quien lo quería y no ella. El señor de Margency, de quien he hablado, era amigo de la señora y vino a serlo del señor. Hacía algunos años que les había alquilado su quinta de Margency, entre Eaubonne y Andilly, donde se hallaban precisamente cuando mis amores con la señora de Houdetot. Esta señora y la de Verdelin se conocían por mediación de la Aubeterre, su común amiga; y como el jardín de Margency obstruía el camino que la de Houdetot hacía para ir al Monte Olimpo, su paseo favorito, la de Verdelin le entregó una llave para pasar. Por medio de esta llave frecuentemente pasaba yo con ella; mas como nunca me han gustado los encuentros imprevistos, cuando por casualidad la señora de Verdelin se hallaba por allí, yo dejaba a las dos, sin decirle nada, y me adelantaba. A causa de este proceder poco galante no podía tenerme ella en buen concepto, y sin embargo, cuando fue a Soisy no dejó de buscarme. Vino varias veces a Mont-Louis sin encontrarme, y viendo que yo no le devolvía la visita acudió, para obligarme, al expediente de remitirme macetas de flores para mi terraza. Entonces fue preciso ir a darle las gracias. No hubo menester más para que quedásemos amigos.

Estas relaciones comenzaron tempestuosas, como todas las que contraía a pesar mío, y aun en lo sucesivo jamás fueron enteramente tranquilas. El modo de sentir de la señora de Verdelin era demasiado opuesto al mío. Las maliciosas agudezas y los epigramas son tan naturales en ella, que es preciso una atención continua, muy fatigosa para mí, para conocer cuándo se burlan de uno. Ahora recuerdo una bagatela que bastará para darlo a conocer. Su hermano acababa de obtener el mando de una fragata en corso contra los ingleses. Yo dis-

curría sobre el modo de armarla, sin perjudicar su ligereza, cuando ella dijo con naturalidad: «Si no se toman más cañones de los que se necesitan para batirse.» Raras veces la oí hablar bien de ninguno de sus amigos ausentes sin hallarle algún *pero*. Donde no encontraba algo malo veía algo ridículo, sin exceptuar a su mismo amigo Margency; pero lo más insoportable que tenía esta mujer era la continua molestia de sus interminables envíos, de sus regalitos, de sus billetitos, cuya contestación me costaba grandes esfuerzos y siempre una nueva molestia para dar las gracias o para rehusar. No obstante, a fuerza de verla acabé por aficionarme a ella. Tenía sus pesares, lo mismo que yo. Las recíprocas confidencias hicieron interesantes nuestras entrevistas; nada enlaza tanto los corazones como llorar juntos. Nos buscábamos para consolarnos, y a menudo esta necesidad me ha hecho olvidar muchas cosas. Desplegué tanta dureza en mi sinceridad con ella, que después de haber manifestado alguna vez tan poco aprecio por su carácter era preciso tenerlo realmente en mucho para creer que pudiese perdonarme. He aquí una muestra de las cartas que le he escrito algunas veces, donde es de notar que en ninguna de sus respuestas pareció haberse dado por ofendida en lo más íntimo:

«Montmorency, 5 de noviembre de 1760.

»Señora: Decís no haberos explicado bien para hacerme comprender que yo me explico mal, y me habláis de vuestra pretendida tontería para darme a conocer la mía. Decís que no sois más que una pobre mujer, como si temieseis que se os tratase así, y me dais una satisfacción con el objeto de indicar que os la debo yo. Sí, señora; lo sé perfectamente; yo soy quien escoge mal los términos para el gusto de una bella dama francesa, que se fija tanto en las palabras y habla tan bien como vos. Pero tened en cuenta que yo las tomo en el sentido común de la lengua, sin estar al corriente, o sin curarme de las discretas acepciones que les da la virtuosa sociedad de París. Si alguna vez mis frases son equívocas, creo que mi conducta debe resolver la ambigüedad», etc.

El resto de la carta continuaba poco más o menos por el mismo estilo. Véase la respuesta (legajo D, núm. 241), y considérese cuánta moderación encierra un corazón de mujer, capaz de no sentir por semejante carta más resentimiento del que respira esta respuesta, único que jamás ha mostrado. Emprendedor y atrevido hasta el descaro, Coindet, que espiaba la ocasión de agarrarse a mis amigos, no tardó en introducirse en casa de la señora de Verdelin y a poco tuvo en ella más familiaridad que yo mismo. Era un tipo singular; presentábase en mi nombre a todos mis amigos, se plantaba allí y comía sin

aprensión ninguna. Llevado de su gran celo por mi bien, jamás hablaba de mí sin asomarle las lágrimas a los ojos; pero cuando venía a verme se guardaba muy bien de decirme nada de esto y menos aún lo que sabía que me interesaba. En vez de revelarme lo que había sabido, dicho o visto que me importase, me escuchaba y hasta me hacía preguntas, y nunca sabía de París más de lo que yo mismo le decía; en fin, aunque todo el mundo me hablaba de Coindet, él jamás me hablaba de nadie; no era reservado y misterioso sino con su amigo. Pero dejemos ahora a Coindet y a la señora de Verdelin; ya los hallaremos de nuevo.

Algún tiempo después de mi regreso a Mont-Louis vino a verme el pintor Latour, trayendo un retrato mío al pastel que había expuesto en la galería de pinturas hacía algunos años. Este retrato me lo había querido regalar; yo no lo acepté; mas la señora de Epinay, que me había dado el suyo y quería poseer éste, me había obligado a pedírselo; en este intervalo ocurrió mi rompimiento con la señora de Epinay, le devolví su retrato, y no creyéndome ya obligado a entregarle el mío, lo coloqué en mi cuarto de la torrecilla. El señor de Luxemburgo lo vio, le pareció bien, se lo ofrecí, lo aceptó y se lo remití. Tanto el mariscal como su mujer comprendieron que yo me alegraría de poseer los suyos; mandáronlos hacer en miniatura por hábil mano, los hicieron colocar en una caja de dulces de cristal de roca, montada en oro, y me la regalaron de un modo tan fino que me dejó prendado. La señora de Luxemburgo no consintió de ningún modo que su retrato se colocase en el lugar preferente de la caja. Varias veces me había echado en rostro que yo quería más al mariscal que a ella; yo lo había negado, porque era la verdad, y me manifestó así claramente, aunque con galantería, que no había olvidado esta preferencia.

Poco más o menos, por este tiempo cometí una tontería que seguramente no contribuyó a conservarme sus simpatías. Aunque yo no conocía al señor de Silhouette y me sentía poco inclinado hacia él, tenía una idea ventajosa de su administración. Cuando empezó a cargar la mano sobre los agiotistas, vi que no lo hacía en tiempo oportuno; pero hice votos por su buen éxito, y cuando supe que había perdido su plaza le escribí en mi atolondramiento la siguiente carta, que no trataré de justificar:

«Montmorency, 2 de diciembre de 1759.

»Dignaos admitir el homenaje de un solitario a quien no conocéis, pero que os aprecia por vuestros conocimientos, que os respeta por vuestra administración y que os hizo el honor de creer que no la conservaríais mucho tiempo. No pudiendo salvar el Estado sino a expensas de la capital que lo ha perdido, habéis arrostrado los cla-

mores de los especuladores. Cuando os veía aplastar a estos miserables, envidiaba vuestro lugar; cuando os veo abandonar el puesto con valor, os admiro. Podéis estar satisfecho de vos mismo, porque os queda un honor de que gozaréis sin rival por largo tiempo. Las maldiciones de los malvados son la gloria del hombre justo.»

1760.—La señora de Luxemburgo, que supo haber yo escrito esta carta, me habló de ella en el viaje de Pascuas; yo se la puse de manifiesto; deseó una copia, y se la di; pero cuando se la entregué, yo ignoraba que ella era del número de aquellos especuladores que estaban interesados en los subarriendos y que habían hecho caer a Silhouette. Hubiérase dicho, en vista de mis tonterías, que me complacía en excitar el odio de una mujer, amable y poderosa, a quien en realidad quería más y más cada día y de quien estaba bien lejos de querer caer en desgracia, aunque a fuerza de torpezas hacía todo lo necesario para conseguirlo. Creo superfluo advertir que a ella se refiere la historia de la opiata del señor Tronchin, de que hablé en la primera parte [1]; la otra dama era la señora de Mirepoix. Ni una ni otra me han vuelto a hablar jamás de ello ni parecido acordarse en lo más mínimo; pero presumir que la señora de Luxemburgo lo haya podido olvidar, realmente me parece muy difícil, aun cuando nada se supiese de los subsiguientes acontecimientos. Yo, por mi parte, procuraba tranquilizarme al considerar el resultado de mis tonterías, pensando que no había cometido ninguna con intención de ofenderla: como si hubiese mujer capaz de perdonar semejantes faltas, aun teniendo la seguridad más completa de que no ha tomado en ellas la voluntad parte alguna.

Aunque ella parecía no ver ni sentir nada y yo no observara aún disminución en sus atenciones ni cambio alguno en su modo de proceder, la continuación y hasta el aumento de presentimientos harto fundados me hacían temer sin cesar que este afecto se trocase en fastidio. ¿Podía esperarse de tan gran señora una constancia a toda prueba, dada mi poca destreza en sostenerla? Ni siquiera sabía ocultarle este sordo presentimiento, que me inquietaba y me encogía más y más, como podrá verse por la siguiente carta, que encierra una extraña predicción.

N. B.—Esta carta, sin fecha en mi borrador, es del mes de octubre a lo más tarde:

«¡Cuán crueles son vuestras bondades! ¿A qué turbar la paz de un solitario que renuncia a los placeres de la vida por no experimentar sus pesares? En vano he pasado mi vida yendo en pos de

[1] Libro III.

sólidas afecciones; jamás he podido encontrarlas entre las personas que pertenecían al estado donde podía yo esperarlas; ¿será acaso entre las de vuestra condición donde deba buscarlas? No me tientan la ambición ni el interés; soy poco vano y poco miedoso; todo puedo resistirlo menos los halagos. ¿Por qué me atacáis ambos a dos por un flaco que es necesario vencer, puesto que, con la distancia que nos separa, los desbordamientos de los corazones sensibles no deben aproximar el mío al vuestro? ¿Será bastante el agradecimiento para un corazón que no conoce dos maneras de entregarse y no conoce más que la amistad? ¡La amistad, señora mariscala, he aquí mi desdicha! En vos y en el señor mariscal es muy hermoso el uso de esta expresión; pero yo soy un insensato en querer cogeros por la palabra. Vos os divertís, yo me aficiono; y al final del juego me esperan nuevos pesares. ¡Cuánto detesto vuestros títulos y os compadezco porque los llevéis! ¡Tan digna me parecéis de gozar las delicias de la vida privada! ¡Qué lástima que no viváis en Clarens! Yo iría allí a buscar la felicidad de mi vida. Pero ¿acaso es en el castillo de Montmorency o en el palacio de Luxemburgo donde debe verse a Juan Jacobo? ¿Es acaso a esos sitios adonde un amigo de la igualdad debe llevar los afectos de un corazón sensible que, pagando así el aprecio que se le demuestra, cree dar tanto como recibe? Vos también sois buena y sensible, lo sé, lo he visto y me duele no haberlo podido creer más pronto; pero en el rango a que pertenecéis, en vuestro modo de vivir, no hay impresión alguna duradera; y tantos objetos nuevos se borran mutuamente de un modo tan completo, que ninguno permanece. Vos me olvidaréis, señora, después de haberme imposibilitado para imitaros. Habréis hecho mucho para hacerme desgraciado y no merecer perdón.»

Yo me refería igualmente en esta carta al señor de Luxemburgo con objeto de hacer el cumplido menos duro para ella, pues, por lo demás, estaba perfectamente seguro de él; tanto, que ni siquiera se me había ocurrido la menor duda sobre la duración de su amistad. Nada de cuanto me intimidaba por parte de la señora mariscala se extendió jamás hasta él. Jamás he tenido la menor desconfianza acerca de su carácter, que yo sabía débil, pero recto. No me esperaba un enfriamiento, ni tampoco un afecto heroico; y la sencillez y familiaridad de nuestro trato indicaban cuánto contábamos recíprocamente el uno con el otro. Ambos teníamos razón; yo honraré y amaré mientras viva la memoria de tan digno señor; y sea lo que fuere lo que hayan podido hacer para que me privase de su aprecio, estoy tan seguro de que murió queriéndome como si yo hubiese cerrado sus ojos.

En el segundo viaje a Montmorency, el año 1760, habiendo concluido la lectura de la *Julia*, recurrí a la del *Emilio* para sostenerme

al lado de la señora de Luxemburgo; mas esta vez no me salió tan bien, ya sea porque el asunto no le agradase tanto, ya porque al fin la fastidiase tanta lectura. Sin embargo, como ella estaba en que yo me dejaba engañar por los libreros, quiso encargarse de hacer imprimir esta obra a fin de sacar de ella mejor partido. Yo accedí, bajo la condición expresa de que no se imprimiría en Francia; en este punto tuvimos una larga discusión; yo pretendía que era imposible obtener un permiso tácito, y que era imprudente, además, el pedirlo, y no quería que la obra se imprimiese de otra suerte en el reino; ella sostenía que esto ni aun sería una dificultad para la censura, con el sistema que el Gobierno había adoptado. Halló medio de hacer entrar en sus miras al señor de Malesherbes, y éste me escribió una larga carta de su puño, para probarme que la *Profesión de fe del vicario saboyano* era precisamente una obra tal, que había de merecer la aprobación de todo el género humano, y por de pronto la de la corte especialmente. A mí me sorprendió ver a este magistrado, siempre meticuloso, presentarse tan decidido en este asunto. Como la impresión de un libro que merecía su aprobación era legítima por este solo hecho, no me quedaba objeción alguna que hacer. Con todo, por un escrúpulo extraordinario, exigí siempre que la obra se imprimiese en Holanda, y aun por el librero Néaulme, que no me contenté con indicar, sino a quien previne expresamente; consintiendo, por lo demás, en que la edición se hiciese a cuenta de un librero francés, y que cuando estuviese concluida se vendiese en París, o donde mejor les pluguiera, atendido a que en esta venta no tenía yo nada que ver. He aquí exactamente lo que fue convenido entre la señora de Luxemburgo y yo; después de lo cual, le entregué mi manuscrito.

Había traído consigo en este viaje a su nieta, la señorita de Boufflers, que es hoy la señora duquesa de Lauzún. Llamábase Amelia. Era una niña encantadora, de una figura, de una suavidad y una timidez verdaderamente virginales. Su aspecto era lo más amable e interesante; los sentimientos que inspiraba, los más tiernos y más castos. Por otra parte, era todavía muy niña: apenas tenía once años. La señora mariscala, que la encontraba muy tímida, se esforzaba en animarla; varias veces me permitió que le diera un beso, lo que hice con mi ordinaria tosquedad; en vez de los primores que habría dicho otro cualquiera en mi lugar, yo me quedaba mudo, cortado, y no sé cuál de los dos se ruborizaría más, si la pobre niña o yo. Un día la encontré en la escalera de la quinta; venía de ver a Teresa, con quien se hallaba todavía su aya. No sabiendo qué decirle le pedí un beso, que en la inocencia de su corazón no me negó, habiendo recibido uno aquella misma mañana por orden de su abuela y en su presencia. Al día siguiente, leyendo el *Emilio* a la cabecera de la cama de la señora mariscala, di precisamente en un pasaje donde con razón censuro lo que había hecho en la víspera. Ella halló la refle-

xión muy justa, y con este motivo dijo algo muy sensato que me hizo ruborizar. Cuánto maldigo mi increíble estupidez, que tan a menudo me ha hecho parecer vil y culpable, cuando no era sino tonto y encogido, estupidez que se toma por una mala excusa en un hombre a quien se cree dotado de talento; y puedo jurar que en este reprensible beso, así como en los demás, mi corazón y mis sentidos no eran menos puros que los de la niña Amelia, y hasta debo añadir que, si hubiese podido evitar su encuentro, lo hubiera hecho; no porque no me agradase verla, sino por la dificultad de hallar de paso alguna frase agradable que decirle. ¿Cómo es que una niña intimida a un hombre a quien no ha asustado el poder de los reyes? ¿Qué partido tomar, cómo debe conducirse un hombre que no acierta a decir nada de repente? Si me empeño en hablar a las personas a quien encuentro, suelto infaliblemente una barbaridad; si no digo nada, soy un misántropo, un huraño, un oso. Mejor me hubiera sido ser completamente imbécil; pero las prendas que me han faltado en el mundo han hecho de las que he tenido los instrumentos de mi perdición.

Hacia el fin del verano de este mismo año la señora de Luxemburgo hizo una buena obra, de que a mí me tocó alguna parte. Habiendo ofendido Diderot muy imprudentemente a la princesa de Robeck, hija del señor de Luxemburgo, Palissot, a quien ella protegía, la vengó por medio de la comedia *Los filósofos*, en la que a mí se me puso en ridículo y Diderot fue en extremo maltratado. El autor me trató con alguna consideración, menos, según creo, a causa de lo que me debía que por temor de disgustar al padre de su protectora, que sabía que me apreciaba. El librero Duchesne, a quien yo no conocía entonces, me envió esta pieza cuando estuvo impresa; y sospecho que fue por orden de Palissot, quien tal vez creyó que vería con placer los ultrajes inferidos a un hombre con quien había roto mis relaciones, y se equivocó de medio a medio. Al romper con Diderot, a quien creía menos malo que indiscreto y débil, no he dejado de conservar en el alma un cariñoso afecto hacia él, y aun estimación y respeto por nuestra antigua amistad, que durante mucho tiempo fue tan sincera por su parte como por la mía. Bien diferente fue con Grimm, hombre falso por naturaleza, que no me amó jamás, que ni siquiera es capaz de amar, y que de propósito, sin motivo alguno de queja y sólo para satisfacer su negra envidia, se ha convertido, hipócritamente, en mi más cruel calumniador. Éste nada es ya para mí; el primero siempre será mi antiguo amigo. Al ver esta odiosa pieza se me exaltó la bilis; no pude soportar su lectura, y sin concluirla se la devolví a Duchesne acompañada con la siguiente carta:

«*Montmorency, 21 de mayo de 1760.*

»Muy señor mío: El verme alabado en la pieza que me habéis remitido me ha hecho temblar de indignación. No puedo aceptar este horrible presente. Estoy persuadido de que, al remitírmela, no ha olvidado que he tenido el honor de ser amigo de una persona respetable, vilmente manchada y calumniada en este libelo.»

Duchesne enseñó esta carta, y Diderot, a quien hubiera debido conmover, se incomodó por ella. Su amor propio no le dejó perdonarme la superioridad de un proceder generoso, y supe que su mujer se desencadenaba en todas partes contra mí con una acritud que me inquietó muy poco, sabiendo que era tenida generalmente por una verdulera.

A su vez, Diderot halló un vengador en el abate Morellet, que hizo contra Palissot un escrito imitando *El pequeño profeta*, intitulado *La visión*, donde injuriaba muy imprudentemente a la señora de Robeck, cuyos amigos le hicieron meter en la Bastilla; pues en cuanto a ella, naturalmente poco vengativa, y a la sazón moribunda, estoy persuadido de que no tuvo la menor parte en ello.

D'Alembert, que era íntimo del abate Morellet, me escribió con el objeto de inducirme a pedir a la señora de Luxemburgo que solicitase su libertad, prometiéndole en agradecimiento tributarle elogios en la *Enciclopedia* [1]. He aquí mi respuesta:

«Muy señor mío: No he esperado vuestra carta para manifestar a la señora mariscala el pesar que me causaba la detención del abate Morellet. Ya sabe ella el interés que por él me tomo, y sabrá el que os tomáis vos; y para interesarse ella misma, le bastará saber que es un hombre de valer. Por lo demás, aunque ella y el señor mariscal me honran con una benevolencia que es el consuelo de mi vida, y el nombre de vuestro amigo sea para con ellos una recomendación para el abate Morellet, ignoro hasta qué punto les convendrá, en la ocasión presente, emplear la influencia aneja a su rango y a la consideración debida a sus personas. Mas yo no creo que la desdicha en cuestión se deba a la señora princesa de Robeck tanto como parece lo creéis vos; y aun cuando así fuese, no debe suponerse que el placer de la venganza pertenezca exclusivamente a los filósofos, y que cuando éstos quieren ser mujeres, ellas querrán ser filósofos.

»Os pondré al corriente de lo que me diga la señora de Luxemburgo cuando la presente vuestra carta, y, entre tanto, creo cono-

---

[1] Esta carta y otras muchas desaparecieron del palacio de Luxemburgo mientras estuvieron depositados mis papeles allí.

cerla bastante para poder aseguraros de antemano que, aun cuando tuviese el placer de contribuir a que se pusiese en libertad al abate Morellet, no aceptaría el tributo de agradecimiento que le ofrecéis en la *Enciclopedia*, aunque se honre con ello, porque no hace el bien por la alabanza, sino para satisfacer las tendencias de su buen corazón.»

Hice cuanto pude para excitar la conmiseración de la señora de Luxemburgo en favor del pobre cautivo, y lo logré de modo que hizo un viaje a Versalles expresamente para ver al conde de Saint-Florentin, viaje que acortó el de Montmorency, pues el señor mariscal se vio obligado a abandonarlo al propio tiempo para ir a Rouen, adonde le enviaba el rey como gobernador de Normandía, a causa de alguna agitación del Parlamento que se quería contener. He aquí la carta que me dirigió la señora de Luxemburgo a los dos días de su partida:

«*Versalles, hoy miércoles* (legajo D, núm. 23).

»Ayer, a las seis de la mañana, partió el señor de Luxemburgo, y aún yo no sé si marcharé a reunirme con él. Espero noticias suyas, porque él mismo ignora el tiempo que estará fuera. He visto al señor de Saint-Florentin, que se halla bien dispuesto en favor del abate Morellet; pero encuentra obstáculos que, no obstante, espera obviar la primera vez que despache con el rey, que será en la próxima semana. También he solicitado la gracia de que no le desterrasen, pues se trataba de hacerlo, enviándole a Nancy. He ahí lo que he podido obtener; pero os prometo no dejar tranquilo al señor de Saint-Florentin hasta que el asunto haya tenido el fin que deseáis.

»Séame ahora permitido deciros cuánto me ha dolido tener que separarme de vos tan pronto; pero me lisonjeo de que no lo dudáis. Os quiero de todo corazón y por toda mi vida.»

Algunos días después recibí de d'Alembert la siguiente carta, que me causó un verdadero placer:

«*Hoy 1 de agosto* (legajo D, núm. 26).

»Gracias a vuestro empeño, mi caro filósofo, el abate ha salido de la Bastilla, y su detención no tendrá ulteriores consecuencias. Sale para el campo, y os da, lo mismo que yo, un millón de gracias y parabienes. *Vale et me ama.*»

El abate me escribió también algunos días después otra carta dándome las gracias (legajo D, número 29), que a la verdad no me pareció respirar mucha efusión y en la cual parecía atenuar en cierto modo el servicio que le había prestado; algún tiempo después supe que d'Alembert y él me habían, no diré suplantado, pero sí hasta cierto punto venido a ser mis sucesores cerca de la señora de Luxemburgo, con quien había yo perdido tanto como ellos habían ganado. Sin embargo, estoy lejos de sospechar que el abate Morellet haya contribuido a mi desgracia; le estimo en mucho para pensarlo. En cuanto al señor d'Alembert, nada diré ahora, pues me ocuparé de él más adelante.

Al mismo tiempo me ocurrió otro incidente, que ocasionó la última carta que he escrito al señor de Voltaire, con motivo de la cual puso el grito en el cielo, pero sin mostrarla jamás a nadie. Yo haré aquí lo que él no ha querido hacer.

El abate Trublet, a quien yo conocía un poco, pero a quien había visto apenas, me escribió el 13 de junio de 1760 (legajo D, núm. 11) participándome que el señor Formey, amigo y corresponsal suyo, había impreso en su periódico mi carta al señor de Voltaire sobre el desastre de Lisboa. El abate Trublet quería saber cómo había podido hacerse esta impresión, y en su estilo picaresco y jesuítico me pedía mi parecer sobre la reimpresión de esta carta, sin querer darme el suyo. Como yo aborrezco soberanamente los ardides de esta clase, le manifesté mi agradecimiento como correspondía, pero me expresé con una dureza que no dejó de sentir y que no le impidó intentar embaucarme aún con dos o tres cartas, hasta que supo cuanto quería saber.

A pesar de cuanto decía Trublet, comprendí muy bien que Formey no había hallado esta carta impresa y que de él procedía la impresión primera. Sabía que era un ladrón desvergonzado, que sin ambages se apropiaba las obras de los otros, aunque todavía no había llegado al increíble impudor de quitar de un libro ya conocido del público el nombre de su autor, sustituirlo con el suyo y venderlo [1]. Mas ¿de dónde sacó el manuscrito? he aquí la cuestión que no era difícil resolver, pero ante la que tuve la simplicidad de estar indeciso. Aunque Voltaire era en esta carta honrado con exceso, como al fin, a pesar de su proceder impropio, hubiera tenido motivo de queja si yo la hubiese hecho imprimir sin su consentimiento, me resolví a escribirle sobre este punto. He aquí esta segunda carta, a que no dio respuesta alguna, y por la que fingió estar irritado hasta el furor, con el fin de satisfacer mejor su brutalidad:

---

[1] De este modo se ha apropiado posteriormente el *Emilio*.



Busto de Francisco Arouet «Voltaire», por J. A. Houdon.
Museo Victoria y Alberto, Londres

Foto Oronoz.

«*Montmorency, 17 de junio de 1760.*

»Muy señor mío: Había creído no volver jamás a tener correspondencia con vos. Pero sabiendo que la carta que os escribí en 1756 ha sido impresa en Berlín, debo daros cuenta de mi conducta sobre este particular, y cumpliré este deber con veracidad y con ingenuidad.

»Habiendo sido realmente dirigida a vos esta carta, no estaba destinada a la impresión. Yo se la comuniqué bajo condición a tres personas a quienes no podía negarlo, por la amistad que les daba derecho a ello, y a quienes ese mismo derecho impedía con mayor razón aún abusar de mi confianza violando su promesa. Estas tres personas son: la señora de Chenonceaux, nuera de la señora Dupin; la señora condesa de Houdetot y un alemán llamado el señor Grimm. La primera, deseando que esta carta se imprimiese, me pidió permiso para ello. Yo le dije que dependía del vuestro. Se os pidió: lo negasteis, y no se trató más del asunto.

»Sin embargo, el señor abate Trublet, con quien no me une ninguna clase de relaciones, acaba de escribirme, con una honradez llena de atención, que habiendo recibido los números de un periódico del señor Formey, había leído en ellos esa misma carta, con una advertencia en que el editor, con fecha 23 de octubre de 1759, dice haberla hallado algunas semanas antes en las librerías de Berlín, y que siendo una de esas hojas volanderas que desaparecen luego para siempre, ha creído deber darle un lugar en su periódico.

»He aquí cuanto sé. Es indudable que hasta ahora nadie había oído hablar siquiera de esta carta en París. Forzosamente, el ejemplar que ha caído en manos del señor Formey, ya sea manuscrito o impreso, no puede haber salido sino de las vuestras, lo que no es verosímil, o de una de las tres personas que he nombrado. Por último, está fuera de toda duda que las dos damas son incapaces de tamaña infidelidad; nada más puedo saber desde este rincón; pero vos tenéis relaciones por medio de las cuales os sería fácil, si valiese la pena, remontar hasta el origen y aclarar el hecho.

»En la misma carta, el abate Trublet me dice tener guardado el periódico y que no lo presentará sin mi consentimiento, el cual podéis estar seguro de que no daré. Mas este ejemplar puede no ser único en París, donde deseo que esa carta no se imprima, y haré para conseguirlo cuanto esté de mi parte. Si no pudiese evitarlo, y sabido con tiempo me fuese dado obtener la preferencia, no vacilaría en hacerla imprimir yo mismo, como lo creo justo y natural.

»En cuanto a vuestra respuesta a la carta en cuestión, no ha sido comunicada a nadie, y podéis estar seguro de que no se imprimirá

sin vuestro consentimiento [1], que seguramente no cometeré la indiscreción de pediros, sabiendo perfectamente que el escrito que un hombre dirige a otro no es para el público. Pero si quisieseis escribir una para ser publicada y dirigírmela, os prometo juntarla fielmente a la mía, sin replicar una palabra.

»No os quiero, caballero; me habéis hecho el daño que más dolor podía causarme, a mí, discípulo y entusiasta vuestro. En premio del asilo que habéis recibido de Ginebra, la habéis perdido; me habéis enajenado las simpatías de mis conciudadanos, en cambio de los aplausos que a la faz de todos ellos os he prodigado; me hacéis insoportable la permanencia en mi país; me haréis morir en extranjera tierra, privado de todos los consuelos de los moribundos, y arrojado, por toda gloria, en un muladar, mientras que se os dispensarán en mi país todos los honores que puede apetecer un hombre. Os aborrezco, en fin, puesto que así lo habéis querido; pero os odio como hombre más digno aún de amaros si lo hubieseis querido. De todos los sentimientos que habíais inspirado a mi corazón no me queda más que la admiración, que no puede negarse a vuestro ingenio, y la afición a vuestros escritos. No es culpa mía si no puedo estimar en vos nada más que vuestro talento. Nunca faltaré al respeto que le es debido ni al modo de obrar que este respeto exige. Adiós» [2].

En medio de todas estas mezquindades literarias, que me confirmaban más y más en mi resolución, recibí el honor más grande que las letras me han proporcionado y el que más me ha lisonjeado: la visita que el príncipe de Conti se dignó hacerme por dos veces, una en la quinta y otra en Mont-Louis, escogiendo además ambas veces la ocasión de que la señora de Luxemburgo no estaba en Montmorency con el objeto de hacer más evidente que venía para mí. Nunca he dudado que las primeras bondades de este príncipe las debo a la señora de Luxemburgo y a la de Boufflers; mas tampoco me cabe duda de que debo a sus propios sentimientos y a mí mismo las que no ha cesado de dispensarme desde entonces [3].

---

[1] Se entiende mientras él y yo vivamos. No puede exigir más los procedimientos más exactos, sobre todo para un hombre que los pisotea todos.

[2] Se notará que en cerca de siete años que lleva de fecha esta carta no he hablado de ella, ni la he mostrado a alma viviente. Lo mismo ha sucedido con las dos cartas que el señor Hume me obligó a escribirle el verano último, hasta que él mismo levantó con ellas la zambra que todo el mundo sabe. Lo malo que tengo que decir de mis enemigos se lo digo a ellos mismos en secreto; lo bueno, cuando existe, lo digo en público de buena voluntad.

[3] Nótese mi existencia en esta ciega y estúpida confianza, en medio de los tratamientos que más debían desengañarme. No me ha abandonado hasta después de mi regreso de París en 1770.

Como mi habitación de Mont-Louis era muy pequeña y la situación de la torrecilla era bellísima, conduje allí al príncipe, quien para colmo de mercedes quiso que tuviese el honor de jugar con él al ajedrez. Yo sabía que él ganaba al caballero de Lorenzy, el cual jugaba más que yo. Sin embargo, a pesar de los signos y gestos del caballero y demás asistentes, que fingí no ver, gané las dos partidas que jugamos. Al concluir le dije con tono respetuoso, pero grave: «Monseñor, venero demasiado a Vuestra Alteza Serenísima para no ganarle siempre en el ajedrez.» Este gran príncipe, dotado de ingenio y de luces, tan digno de no ser adulado, conoció en efecto, a lo menos así lo creo, que no había allí sino yo que le tratase como hombre, y tengo motivos para creer que me lo agradeció realmente.

Aunque no me lo hubiese agradecido, no me arrepentiría de no haberle querido engañar en nada, y tampoco tengo que arrepentirme de haber correspondido mal a sus bondades, pero sí de haberlo hecho alguna vez con poca finura, mientras él usaba una gracia infinita en el modo de dispensármelas. Pasados algunos días, me envió una cesta de caza que recibí como debía. Algún tiempo después me mandó otra, y uno de sus monteros de caza me escribió por orden suya que era de los parques de Su Alteza y muerta por su propia mano. Recibíla también; pero escribí a la señora de Boufflers diciéndola que otra vez no lo admitiría. Esta carta fue generalmente vituperada, y merecía serlo. Rehusar presentes de esta especie de un príncipe de sangre real, que además hacía el regalo con tanta discreción, era más bien portarse como hombre rústico y mal educado, que se olvida de lo que ha sido, que como hombre altivo que quiere conservar su independencia. Jamás he vuelto a leer esta carta en mi colección sin ruborizarme y sin arrepentirme de haberla escrito. Mas al fin no he emprendido mis *Confesiones* para callarme las impertinencias, y ésta me indigna demasiado a mí mismo para permitirme disimularla.

Si no cometí la de convertirme en su rival, poco le faltó, pues a la sazón la señora de Boufflers era todavía su querida, y yo no lo sabía. Venía a verme con frecuencia, acompañada del caballero de Lorenzy; era bella y joven aún; descubríase en ella su sentimiento romano, y yo lo tuve siempre novelesco, lo cual nos aproximaba bastante. Estuve a punto de enamorarme, y creo que ella lo conoció; el caballero lo notó también; a lo menos me habló de ello de manera que parecía darme ánimos. Pero esta vez fui prudente, y ya era tiempo de serlo a los cincuenta años. Penetrado de la lección que acababa de dar a los viejos verdes en mi carta a d'Alembert, me avergoncé de aprovecharla tan mal yo mismo; y por otra parte, instruido de lo que había ignorado, hubiera sido preciso perder la razón para llevar tan allá mi atrevimiento. En fin, mal curado aún tal vez de mi pasión por la señora de Houdetot, conocí que nada podía

reemplazarla en mi corazón y me despedí del amor para siempre. En el momento en que escribo esto acabo de recibir los peligrosos avances de una mujer joven que tiene puestos en mí sus inquietantes ojos; pero si ella ha fingido olvidar mis doce lustros, yo me he acordado de ellos. Después de salir de este paso no temo las recaídas, y respondo de mí para el resto de mis días.

Habiéndose hecho cargo la señora de Boufflers de la emoción que me había causado, pudo notar también que había sabido dominarme. No soy bastante loco ni bastante vanidoso para creer que pudiese quererme a mi edad; mas por algunas conversaciones que tuve con Teresa creí haberle inspirado curiosidad; si esto es así, y ella no me ha perdonado esta curiosidad frustrada, fuerza es confesar que nací para ser víctima de mis flaquezas, puesto que el amor vencedor me fue tan funesto y me lo ha sido más aún vencido.

Aquí termina la colección de cartas que me ha servido de guía en estos dos libros. Desde este momento sólo puedo seguir las huellas de mis recuerdos; pero tales son las que conservo de esta época cruel, y es tan honda la impresión que me ha causado, que, perdido en el inmenso mar de mis desdichas, no puedo olvidar los detalles de mi primer naufragio, aunque de sus efectos sólo me quede un confuso recuerdo. Así, pues, en el libro que sigue podré proseguir aún con bastante seguridad. Si voy luego adelante, sólo podré hacerlo a tientas.

LIBRO UNDÉCIMO

1761.—La *Julia*, que estaba en prensa hacía mucho tiempo, empezaba a meter ruido, aunque no apareció hasta fines de 1760. La señora de Luxemburgo había hablado de ella en la corte y la de Houdetot en París. Ésta obtuvo además, por mediación de Saint-Lambert, mi permiso de hacerla leer ante el rey de Polonia, a quien agradó en extremo. Duclos, a quien la hice leer también, había hablado de ella a la Academia. Todo París estaba impaciente por ver esta novela; las librerías de la calle de Saint-Jacques y las del Palais-Royal se llenaban de gente que preguntaban por ella. Apareció al fin, y, contra lo que suele ocurrir, su éxito correspondió a la impaciencia con que era esperada. La señora esposa del Delfín, que fue de las primeras que la leyeron, habló de ella al señor de Luxemburgo como de una obra encantadora. Entre los literatos, las opiniones anduvieron divididas; pero en el público hubo un sentimiento unánime, y sobre todo las mujeres se prendaron del libro y del autor, hasta el punto de haber pocas, aun entre las de alto rango, a quienes no hubiese yo conquistado de proponérmelo. Tengo de ello datos que no quiero revelar y que sin necesidad de haber hecho la prueba autorizan mi afirmación. Es singular que este libro haya alcanzado en Francia mejor éxito que en el resto de Europa, aunque los franceses, tanto hombres como mujeres, no quedan en él muy bien parados. Contra lo que yo había creído, donde se recibió con más frialdad fue en Suiza, y donde más calurosamente, en París. ¿Imperan, pues, más en París que en ninguna otra parte la amistad, el amor y la virtud? Indudablemente, no; pero reina allí un sentido exquisito que transporta los corazones a su imagen y que nos hace amar en los demás los sentimientos puros, tiernos y honrados que ya nos han abandonado. La corrupción es igual en todas partes; ya no existen virtudes ni buenas costumbres en Europa; pero si aún queda algún cariño hacia ellas, debe buscarse en París [1].

---

[1] Escribí esto en 1769.

A través de tantos prejuicios y pasiones ficticias, es preciso saber analizar bien el corazón humano para encontrar en él los verdaderos sentimientos de la naturaleza. Se necesita una finura de tacto, que no se adquiere sino en el trato del gran mundo, para sentir, si se me permite la frase, la delicadeza de sentimiento de que está llena esta obra. No vacilo en colocar su cuarta parte al lado de la *Princesa de Cleves* y afirmar que, si estos dos trozos no hubiesen sido leídos sino en provincias, jamás se habría comprendido todo su valor. No hay, pues, que asombrarse de que el mayor éxito de este libro fuese el que obtuvo en la corte. Abunda en rasgos llenos de viveza, pero velados, que deben agradar más a la corte porque está más ejercitada en penetrarlos. Con todo, es necesario hacer aún otra distinción: esta lectura no es seguramente a propósito para esa clase de personas de ingenio que sólo son astutas y que no tienen penetración sino para comprender el mal, y que no ven nada en donde no debe verse más que el bien. Por ejemplo, si la *Julia* se hubiese publicado en cierto país que me callo, estoy seguro de que nadie hubiera concluido su lectura y que hubiera muerto al nacer.

He reunido la mayor parte de las cartas que recibí referentes a esta obra en un legajo que se halla en manos de la señora de Nadaillac. Si algún día aparece esta colección se verán en ella cosas muy singulares, y un contraste de opiniones que manifiesta lo que es tener que habérselas con el público. Lo que menos se ha notado en esta obra, siendo lo que la distinguirá siempre, es la sencillez del argumento y el encadenamiento de su interés, que, concentrado en tres personas, se sostiene durante seis volúmenes, sin episodios, sin aventuras novelescas, sin maldad de ninguna clase ni en las personas ni en las acciones. Diderot ha prodigado grandes elogios a Richardson por la prodigiosa variedad de sus cuadros y la multitud de sus personajes. En efecto, Richardson tiene el mérito de haberlos presentado bien caracterizados todos; mas, en cuanto a su número, precisamente es lo que tiene de común con los más insípidos novelistas: que a fuerza de personajes y aventuras suplen su esterilidad. Es muy fácil despertar la atención presentando incesantemente caras nuevas y acontecimientos inauditos, que pasan como las figuras de la linterna mágica; pero sostener esta atención con los mismos objetos y sin maravillosos acontecimientos es, a la verdad, más difícil; y si en igualdad de condiciones, la sencillez de la acción aumenta la belleza de la obra, las novelas de Richardson, superiores en tanto otros puntos, no podrían en éste entrar en paralelo con la mía. Actualmente ha muerto, lo sé y no ignoro la causa, pero resucitará.

Todos mis temores consistían en que, a fuerza de sencillez, mi narración fuese lánguida y en que no hubiese podido darle bastante interés para sostenerla hasta el fin; pero me tranquilizó un hecho que por sí solo me ha lisonjeado más que todos los parabienes que esta obra ha podido granjearme.

Apareció al principio del Carnaval. Un vendedor de libros la llevó a la princesa de Talmont [1] un día de baile en la Ópera. Después de cenar se hizo vestir para ir al baile, e ínterin llegaba la hora se puso a leer la novela. A medianoche ordenó que enganchasen, y siguió leyendo. Fueron a decirle que el coche estaba dispuesto, y nada respondió. Viendo sus criados que iba siendo tarde, fueron a advertirle que eran las dos de la madrugada. «No hay prisa aún», replicó sin dejar de leer. Más tarde, viendo su reloj parado, llamó para preguntar la hora; le contestaron que eran las cuatro. «Siendo así –dijo–, es demasiado tarde para ir al baile; que desenganchen.» Se hizo desnudar, y pasó el resto de la noche leyendo.

Desde que me contaron este rasgo siempre he deseado ver a la señora de Talmont, no sólo para saber por ella misma si era esto exacto, sino también porque siempre he creído que es imposible sentir por la Eloísa un interés tan vivo sin poseer ese sexto sentido, ese sentido moral de que tan pocos corazones están dotados y sin el cual ninguno sería capaz de comprender el mío.

Lo que puso las mujeres tan a mi favor fue la persuasión en que estaban de que yo había escrito mi propia historia y de que el héroe de esta novela era yo mismo. Esta creencia era tan firme, que la señora de Polignac escribió a la de Verdelín suplicándola que procurase lograr de mí que le dejase ver el retrato de Julia. Todo el mundo creía imposible que se pudiesen expresar con tanto calor sentimientos que no se hubiesen experimentado, ni describir así los raptos de amor sino poniendo de manifiesto el propio corazón. En esto andaban acertados: es muy cierto que escribí esta novela bajo el dominio del más ardiente éxtasis, pero se equivocaban creyendo que habían sido necesarios seres reales para producirlos; estaban lejos de concebir hasta qué punto pudieron interesarme seres imaginarios. Sin algunas reminiscencias de juventud y sin la señora de Houdetot, los amores que he sentido y descrito habrían tenido únicamente por objeto las sílfides; pero no quise confirmar ni destruir un error que me era ventajoso. En el prefacio en diálogo que hice imprimir aparte puede verse cómo sobre este particular dejé al público en suspenso. Los rigoristas dicen que yo hubiera debido declarar la verdad abiertamente; no veo qué es lo que podía obligarme a ello, y creo que en esta declaración, hecha sin necesidad, habría habido más estultez que franqueza.

Por este mismo tiempo aproximadamente apareció *La paz perpetua*, cuyo manuscrito había entregado el año anterior a cierto señor de Bastide, autor de un diario llamado *El Mundo*, donde, quieras que no, se empeñaba en insertar todos mis manuscritos. Era conocido de Duclos, y vino en su nombre a instarme para que le

[1] No fue a ella, sino a otra dama cuyo nombre ignoro; pero se me ha confirmado el hecho.

ayudara a llenar *El Mundo.* Había oído hablar de la *Julia* y quería que yo la publicase en su periódico; quería asimismo insertar el *Emilio,* y hubiera deseado hacer lo mismo con el *Contrato social* si no hubiese ignorado su existencia. En fin, apurado por sus instancias, me resolví a cederle por doce luises mi extracto de *La paz perpetua.* Convinimos en que se imprimiría en su periódico; pero tan luego como fue propietario de este manuscrito, juzgó conveniente hacerlo imprimir aparte, con algunas eliminaciones que exigió el censor. ¿Qué tal hubiera sido si le hubiera entregado mi juicio crítico sobre esta obra, del cual, por gran fortuna, no hablé al señor de Bastide y no entró en nuestro trato? Este juicio crítico se halla aún manuscrito entre mis papeles. Si algún día ve la luz pública, se verá en él cuánto han debido hacerme reír las burlas y la presunción de Voltaire acerca de este asunto, viendo tan bien como veía el alcance de este pobre hombre en las materias políticas de que se metía a hablar.

En el colmo de los aplausos que recibía del público y del favor de las señoras, me veía decaer en el palacio de Luxemburgo, no por parte del señor mariscal, quien parecía redoblar cada día su bondad y su amistad hacia mí, sino por parte de la señora mariscala. Desde que ya no me quedaba nada que leerle, no me eran tan accesibles sus habitaciones; y durante dos viajes a Montmorency, aunque yo me presentaba con bastante exactitud, casi no la veía sino en la mesa, donde el lugar que me estaba señalado no se hallaba ya junto al suyo. Como no me lo ofrecía y me hablaba poco y yo no tenía gran cosa que decirle, prefería tomar otro, donde me hallase más libre, sobre todo por la noche, pues maquinalmente y poco a poco iba adquiriendo la costumbre de colocarme más cerca del señor mariscal.

A propósito de la noche, recuerdo haber dicho que no cenaba en el castillo, y esto era verdad al principio de nuestras relaciones; pero como el señor de Luxemburgo no comía y ni siquiera se sentaba a la mesa, resultó de ahí que al cabo de muchos meses, y teniendo ya familiaridad en la casa, todavía no había comido en su compañía, lo que tuvo la amabilidad de hacerme notar, y esto me determinó a cenar allí alguna vez cuando había poca gente. Y me agradaba mucho, porque se comía sin aparato y, como suele decirse, en un rincón de la mesa, mientras que la cena era muy larga, porque se hacía con reposo al volver de un largo paseo; muy buena, porque el señor de Luxemburgo era gastrónomo, y muy agradable, pues la señora de Luxemburgo hacía los honores con una gracia encantadora. Sin esta explicación difícilmente se comprendería el final de una carta del señor de Luxemburgo (legajo C, núm. 86), donde dice que recuerda con placer nuestros paseos; sobre todo, añade, cuando volviendo al anochecer no hallábamos en el patio huella alguna de las ruedas de carrozas; y es que como todas las mañanas se pasaba el rastrillo sobre la arena del patio para borrar los surcos, yo deducía

por el número de ellos el de la gente que había acudido durante la tarde.

En el transcurso de este año 1761 llegaron a su colmo las pérdidas continuas que sufrió este buen señor, desde que yo tenía el honor de verle; como si los males que me preparaba el destino hubiesen debido empezar por el hombre a quien más quería y que más merecía mi cariño. En el primer año perdió a su hermana, la señora duquesa de Villeroy; en el segundo, a su hija, la señora princesa de Robeck; en el tercero perdió en el duque de Montmorency a su único hijo, y su nieto en el conde de Luxemburgo, los únicos y últimos herederos de su nombre y de su familia. Soportó todas estas pérdidas con un valor aparente; pero empezó a declinar su salud y su corazón no dejó de manar sangre durante el resto de su vida. La muerte imprevista y trágica de su hijo debió serle tanto más sensible cuanto que ocurrió precisamente en el momento en que el rey acababa de concederle para dicho hijo y prometerle para su nieto la sucesión de su empleo de capitán de guardias de corps. Tuvo el pesar de ver extinguirse poco a poco la vida de este último, joven de las más bellas esperanzas, y esto por la ciega confianza de la madre en el médico, que hizo morir a este pobre niño de inanición, dándole medicinas por todo alimento. ¡Ah!, si me hubiesen creído, el abuelo y el nieto vivirían todavía. ¡Cuánto no dije, cuánto no escribí al señor mariscal, qué de advertencias no hice a la señora de Montmorency sobre el régimen más que austero a que sujetaba a su hijo por su fe en el médico! La señora de Luxemburgo, que pensaba como yo, no quería usurpar la autoridad de su madre; el señor de Luxemburgo, hombre suave y débil, no era amigo de contrariar. La de Montmorency tenía en Bordeu mucha fe, de la que al fin fue víctima su hijo. ¡Cuán alegre estaba aquel pobre niño cuando le permitían ir a Mont-Louis con la señora de Boufflers, a pedir de comer a Teresa y dar algún alimento a su hambriento estómago! ¡Cuánta lástima me causaban las miserias de la grandeza cuando veía al único heredero de tantos bienes, de tan altos títulos y dignidades devorar con la avidez de un mendigo un mezquino pedacito de pan! En fin, por más que hice y dije, triunfó el médico y el niño murió de hambre.

La misma confianza en los charlatanes que hizo morir al nieto abrió el sepulcro del abuelo, junto con la pusilanimidad en querer ocultar los achaques de la edad. El señor de Luxemburgo había tenido por intervalos un poco de dolor en el dedo gordo del pie, y en Montmorency le dio un ataque que le produjo insomnio y un poco de fiebre. Yo me aventuré a pronunciar la palabra gota y la señora de Luxemburgo me reprendió. El ayuda de cámara, cirujano del señor mariscal, sostuvo que no era gota, y se puso a curar la parte dañada con bálsamo tranquilo. Desgraciadamente se calmó el dolor, y cuando reapareció no dejaron de emplear el mismo remedio que lo había calmado; su constitución se alteró, aumentaron los males y

con ellos los remedios; y la señora de Luxemburgo, que vio al fin que lo que tenía su marido era la gota, se opuso a aquel insensato tratamiento. Entonces se ocultaron de ella, y el señor de Luxemburgo murió por su propia culpa al cabo de algunos años, por haberse obstinado en curar. Pero no nos adelantemos tanto en la relación de las desdichas. ¡Cuántas otras he de referir antes de ésta!

Es singular la fatalidad con que todo lo que podía yo hacer y decir se convertía en motivo de disgusto para la señora de Luxemburgo, precisamente cuando más deseo tenía de conservar su benevolencia. Las repetidas aflicciones que aquejaban al señor de Luxemburgo aumentaban en mí el efecto que le tenía, y, por consiguiente, el que me merecía la señora de Luxemburgo, porque siempre me han parecido tan sinceramente unidos que los sentimientos que uno de ellos me inspiraba se extendía necesariamente al otro. El señor mariscal envejecía; su asiduidad a la corte, los cuidados que le ocasionaba, las continuas cazas y sobre todo la fatiga del servicio exigían el vigor de un joven, y yo no veía el suyo nada capaz de sostener esta carrera. Puesto que sus títulos debían dispersarse y su nombre debía extinguirse con él, poco le importaba continuar una vida laboriosa, cuyo principal objeto había sido obtener el favor del príncipe para sus hijos. Un día en que estábamos solos los tres, quejándose de las fatigas de la corte, como hombre a quien sus pérdidas habían descorazonado, osé hablarle de retiro y darle el consejo que Cineas dio a Pirro. Él suspiró sin responder decisivamente. Mas en el primer momento en que la señora de Luxemburgo me vio a solas me riñó vivamente por este consejo, que pareció haberla alarmado, añadiendo una reflexión que me pareció muy justa y me hizo renunciar a tratar otra vez de este asunto; y es que el hábito prolongado de vivir en la corte se convertía en una necesidad verdadera, que al presente era hasta una distracción para el señor de Luxemburgo, y que el retiro que yo le aconsejaba sería para él más que un destierro, un reposo donde la ociosidad, el fastidio y la tristeza pronto acabarían por consumirle. Aunque ella debió ver claramente que me había persuadido, aunque debió contar con la promesa que le hice y que cumplí, jamás pareció estar completamente tranquila sobre este punto, y recuerdo que desde entonces mis entrevistas con el señor mariscal fueron más raras y casi siempre interrumpidas.

Mientras mi torpeza y mala suerte de consuno me perjudicaban respecto a ella, las personas cuyo trato más frecuentaba y a quienes más quería estaban lejos de favorecerme. Sobre todo el abate de Boufflers, joven tan brillante cuanto es posible serlo, nunca me pareció dispuesto en favor mío; y no solamente fue el único del círculo de la señora mariscala que jamás me dispensó la menor atención, sino que hasta noté que en todos los viajes que hacía a Montmorency perdía yo algo en ella; verdad es que, aun sin quererlo él

mismo, bastaba para ello su sola presencia, pues la sal y gracia de sus agudezas hacían resaltar mis pesados *spropositi*. Los dos primeros años vino raras veces a Montmorency, y entonces me sostuve regularmente por efecto de la indulgencia de la señora mariscala; pero tan pronto como vino más frecuentemente, quedé anonadado sin remedio. Yo hubiera querido refugiarme bajo sus alas y hacer de modo que me cobrase amistad; pero la misma causa que me obligaba a agradarle me impidió lograrlo; y lo que hice con poca destreza para conseguir este fin acabó de perderme con la señora mariscala, sin valerme nada por parte de él. Con tanta capacidad hubiera podido distinguirse en todo; mas la imposibilidad de aplicarse y el gusto por la disipación le han impedido pasar de una medianía. Posee, en cambio, muchos conocimientos, que es cuanto se necesita en el gran mundo, donde él quería brillar. Versificaba regularmente, escribía buenas cartas, tocaba un poco el sistro y pintarrajeaba algo al pastel. Ocurriósele hacer el retrato de la señora de Luxemburgo y resultó un emplasto. Ella dijo que en nada se le parecía y era la verdad. El muy pícaro me consultó a mí, y yo, como un bobo y un embustero, dije que era parecido. Quería lisonjear al abate; pero con esto hacía poco favor a la señora mariscala, quien apuntó este rasgo en el registro de mis torpezas; y el abate, habiendo logrado su objeto, se burló de mí. Este tardío ensayo me enseñó a no querer halagar ni adular a despecho de Minerva.

Mi talento consistía en saber decir a los hombres verdades útiles, pero duras, con bastante valor y energía; fuerza era atenerse a esto. Yo no había nacido para decir lisonjas, ni aun siquiera para cantar alabanzas. El poco acierto de las que he querido formular me ha causado más daño que la acritud de mis censuras. Voy a citar de ello un ejemplo tan terrible que sus consecuencias no sólo han decidido de mi destino para el resto de mi vida, sino que tal vez determinarán mi reputación en la posteridad.

Durante los viajes a Montmorency venía alguna vez el señor de Choiseul a cenar al castillo, adonde un día llegó a tiempo que yo salía. Se habló de mí; el señor de Luxemburgo le refirió lo que me había pasado en Venecia con el señor de Montaigu, y el de Choiseul dijo ser lástima que yo hubiese abandonado aquella carrera, añadiendo que si me resolvía a entrar de nuevo en ella tendría un gran placer en colocarme. El señor de Luxemburgo me lo participó; yo lo agradecí tanto más cuanto que no estaba acostumbrado a verme mimado por los ministros; y a pesar de mis resoluciones, quizá no hubiera sabido abstenerme de cometer la locura de aceptar si mi salud me hubiese permitido pensar en ello. Jamás se apoderó de mí la ambición sino en los cortos intervalos que otras pasiones me dejaban libre; mas uno de estos intervalos hubiera bastado para vencerme. Esta buena intención del señor de Choiseul ganó mi corazón o acrecentó el aprecio en que le tenía por el talento que revelaban

algunas operaciones de su ministerio; particularmente el Pacto de familia me pareció anunciar un hombre de Estado de primer orden. También le era favorable en mi estimación el poco caso que yo hacía de sus predecesores, sin exceptuar a la señora de Pompadour, a quien consideraba como un primer ministro; y cuando corrió el rumor de que uno de los dos echaría al otro, creí hacer votos por la gloria de Francia haciéndolos porque triunfase el señor de Choiseul. La señora de Pompadour siempre me había sido simpática, aun cuando, antes de su fortuna la había visto en casa de La Poplinière llevando todavía el nombre de señorita de Etioles. Posteriormente me disgustó su silencio en la cuestión de Diderot, así como su modo de proceder conmigo, lo mismo con motivo de las *Fiestas de Ramiro* y de las *Musas galantes* como respecto al *Adivino de la aldea,* que no me había valido, en ningún sentido, productos proporcionados al éxito que obtuvo; y en todas ocasiones la había encontrado poco dispuesta a favorecerme. Esto no obstó para que el caballero de Lorenzy me dijese que debería hacer algo en loor de la señora de Pompadour, insinuándome que esto podría serme útil. Esta proposición me indignó tanto más cuanto que vi claramente que no lo decía *motu proprio,* sabiendo que este hombre, nulo por sí mismo, era incapaz de obrar sino por impulso ajeno. Yo no sé contenerme bastante para haber podido ocultarle el desdén que me inspiraba su proposición, ni disimular a nadie mi poca inclinación hacia la favorita; estaba seguro de que ella lo conocía, y todo esto agregaba a mi natural inclinación mi propio interés en los votos que hacía por el señor de Choiseul. Preocupado por el aprecio que su talento me merecía, que era cuanto de él conocía; lleno de agradecimiento por su buena voluntad; ignorando, por lo demás totalmente, desde mi retiro, sus gustos y su modo de vivir, le miraba de antemano como el vengador del público y el mío; y como a la sazón daba al *Contrato social* la última mano, indiqué en él con un solo rasgo lo que pensaba de los Ministerios precedentes y del que empezaba a eclipsarlos. En esta ocasión falté a mi más constante máxima, y además no tuve presente que cuando se quiere alabar o vituperar con energía, sin citar nombres, es preciso adaptar de tal modo los elogios a las personas a quienes se refieren, que el amor propio más susceptible no pueda encontrar en ellos el menor equívoco. En este punto me hallaba tan confiado que ni siquiera se me ocurrió la idea de que pudiese haber quien se equivocase. Pronto se verá si acerté.

Una de las cosas molestas que me ocurrían consistía en tener siempre autoras entre mis relaciones. Yo creía evitarlo, al menos con la grandeza; pero no fue así; aun allí hube de encontrarme con lo mismo. No obstante, que yo sepa, la señora de Luxemburgo jamás tuvo esta manía; pero sí la señora condesa de Boufflers. Escribió ésta una tragedia en prosa que fue leída, paseada y encomiada entre los amigos del señor príncipe de Conti, y acerca de la cual, aún no

satisfecha de tantos elogios, quiso consultarme también a mí para obtener los míos que le dispensé, aunque moderados, tales como la obra los merecía. Además creí deber advertirle que su obra, intitulada el *Esclavo generoso*, se parecía mucho a otra inglesa muy poco conocida, pero, sin embargo, traducida, intitulada *Oroonoko*. La señora de Boufflers me dio las gracias por el aviso, asegurándome, con todo, que su drama nada tenía de común con el otro. Yo jamás he hablado de este plagio a nadie más que a ella misma, y esto para cumplir una obligación que ella me había impuesto; lo que no ha obstado para que este paso me recordase a menudo desde entonces el resultado del que dio Gil Blas cumpliendo con el arzobispo predicador.

Además del abate de Boufflers, que no me quería; además de la señora de Boufflers, que tenía conmigo resentimientos que ni las mujeres ni los autores perdonan jamás, ninguno de los demás amigos de la señora mariscala me pareció nunca dispuesto a serlo mío. Uno de ellos era el presidente Henault, el cual, relacionado con los autores, participaba de sus defectos; entre otros, también la señora du Deffand y la señorita de Lespinasse, ambas muy relacionadas con Voltaire, e íntimas amigas de d'Alembert, con quien acabó por unirse la última, se entiende dignamente y con honor y no puede entenderse de otro modo. Al principio había empezado yo por interesarme mucho por la señora du Deffand, a quien la pérdida de la vista convertía para mí en un objeto de conmiseración; pero su modo de vivir, tan contrario al mío, ya que la hora de levantarse del uno era casi la de acostarse del otro; su ilimitada pasión por los ingenios juguetones; la importancia que daba ya en bien, ya en mal, a los más miserables estropajos que aparecían; el despotismo y apasionamiento de sus oráculos; su capricho exagerado a favor o en contra de cualquier cosa, que no le permitía hablar de nada sino convulsivamente; sus increíbles preocupaciones, su invencible obstinación, el entusiasmo por disparatar a que le llevaba la terquedad de sus apasionados juicios, todo esto desvaneció rápidamente mi deseo de dedicarme a su amistad. Desde aquel momento disminuyó mi asiduidad y bastó que lo notase para enfurecerse conmigo; yo, aunque conociendo cuán temible era una mujer de este carácter, preferí exponerme al azote de su odio que al de su amistad.

Como si no bastase tener tan pocos amigos entre los de la señora de Luxemburgo, tenía además enemigos en la familia. No fue más que uno, pero por la posición en que hoy día me encuentro vale tanto como ciento. No era éste ciertamente su hermano el señor duque de Villeroy, porque no solamente había venido a verme, sino que me había invitado varias veces a que fuese a Villeroy; y como yo había respondido a esta invitación tan discreta y respetuosamente como me había sido posible, partiendo de esta respuesta vaga como si fuese un consentimiento, había dispuesto con los señores de

Luxemburgo un viaje de unos quince días, en el cual debía yo tomar parte y me fue propuesto. Como los cuidados que exigía mi salud no me permitían entonces viajar sin peligro, supliqué al señor de Luxemburgo que tuviese la bondad de excusarme. Por su respuesta (legajo D, núm. 3) puede verse que esto se hizo en la mejor armonía imaginable, y el señor duque de Villeroy no me manifestó menos benevolencia que antes. Su sobrino y heredero el joven marqués de Villeroy no participó respecto a mí de los sentimientos con que su tío me honraba, y, lo confieso, tampoco del respeto que éste me merecía. Sus aires de tronera me lo hicieron insoportable, y mi frialdad me granjeó su aversión. Una noche en la mesa llegó hasta el punto de jugarme una mala pasada, de la que salí malamente porque soy estúpido, porque no tengo presencia de ánimo y porque el enojo, en vez de aguzar el poco que tengo, me lo quita. Yo tenía un perro que me habían dado cachorro a poco de mi llegada al *Ermitage* y a quien puse por nombre *Duque*. Este perro, no bonito, pero sí raro en su especie, en quien tenía un compañero y un amigo, y que ciertamente merecía mejor este título que la mayor parte de los que lo llevan, había llegado a ser célebre en el castillo de Montmorency por su instinto afectuoso, sensible y por el cariño que mutuamente nos profesábamos. Mas por una pusilanimidad muy tonta había cambiado su nombre por el de *Turco*, como si no hubiese otros innumerables perros que se llaman *Marqués*, sin que ningún marqués se ofenda. El marqués de Villeroy, que supo este cambio de nombres, me atacó de tal modo con este motivo que me vi obligado a referir en plena mesa lo que había hecho. Lo que había en ello de ofensivo, en cuanto al nombre de *Duque*, no consistía tanto en habérselo dado al perro como en habérselo quitado, y lo peor fue que estaban presentes varios duques; el señor de Luxemburgo lo era y su hijo también. El marqués de Villeroy, que había de serlo, y lo es hoy día, se gozó cruelmente con el apuro en que me había puesto y con el efecto que esto produjo. Al día siguiente me aseguraron que su tía le había reprendido duramente por ello; puede juzgarse si, dado caso que existiese esta reprimenda, ha podido serme muy favorable en su ánimo.

Contra todo esto no tenía, lo mismo en el palacio de Luxemburgo que en el temple, otro apoyo que el del caballero de Lorenzy, que hizo profesión de ser amigo mío; pero lo era más de d'Alembert, a la sombra del cual pasaba entre las mujeres por un gran geómetra. Era aquél, a la sazón, el chichisbeo, o mejor, el comodín de la señora condesa de Boufflers, muy amiga también de d'Alembert, y el caballero de Lorenzy no existía ni pensaba sino por ella. Por consiguiente, lejos de tener alguien que sirviese de contrapeso a mi inectitud para sostenerme cerca de la señora de Luxemburgo, cuanto la rodeaba parecía concurrir a desprestigiarme. No obstante, fuera del *Emilio*, del que quiso encargarse, me dio por aquel tiempo otra

prueba de interés y benevolencia que me hizo creer que, aun disgustándose conmigo, me conservaba y conservaría siempre la amistad que tantas veces me había prometido para toda la vida.

Tan luego como creí poder contar con este sentimiento de su parte, empecé por aliviar mi corazón con ella, confesándole todas mis faltas, ya que tengo la inviolable máxima de manifestarme a los ojos de amigos tal como soy exactamente: ni mejor ni peor. Le declaré las relaciones que me ligaban a Teresa y todo lo que de ellas había resultado, sin omitir lo que había hecho de mis hijos. Ella recibió mis confesiones muy bien, hasta demasiado bien, no dirigiéndome las censuras que merecía; y lo que sobre todo me conmovió vivamente fue las finezas que prodigaba a Teresa, haciéndole regalitos, llamándola, exhortándola a que fuese a verla, recibiéndola con mil caricias y abrazándola con frecuencia delante de todos. Esta pobre muchacha estaba radiante de alegría y de agradecimiento, que yo compartía con ella, pues los favores que en ella me dispensaban los señores de Luxemburgo me conmovían mucho más vivamente aún que los que me hacían directamente.

Durante mucho tiempo las cosas siguieron así; mas al fin la señora mariscala llevó su bondad hasta el punto de querer retirar uno de mis hijos. Ella sabía que yo había hecho poner una seña en las mantillas del mayor; me pidió el duplicado y se lo entregué. Para ir a buscarlo se valió de La Roche, su ayuda de cámara y hombre de su confianza, que hizo vanas pesquisas, no hallando nada, aunque al cabo de sólo doce o catorce años, si los registros de la Inclusa hubiesen estado en debido orden, o las investigaciones se hubiesen hecho con cuidado, esa señal hubiera debido encontrarse. Sea como quiera, este mal resultado no me causó tanto pesar como si no hubiese perdido de vista a este niño desde su nacimiento. Si a favor de la señal me hubiesen presentado alguno por mío, la duda de si en efecto lo era, de si no habría sido sustituido por otro me habría oprimido el corazón a causa de la incertidumbre y no habría gozado con todo su embeleso; los verdaderos sentimientos de la naturaleza para mantenerse necesitan apoyarse en el hábito, a lo menos durante la infancia. El alejamiento prolongado de un hijo a quien no se conoce debilita y destruye al fin los sentimientos paternos y maternos; y jamás amaremos tanto al que se da a una ama de leche como el que se ha criado a nuestros ojos. Esta reflexión puede atenuar mis culpas en sus efectos, pero en cambio las agrava en su origen.

Quizá no será inútil consignar que por medio de Teresa este mismo La Roche conoció a la señora de Le Vasseur, a quien Grimm continuaba teniendo en Deuil, junto a la Chevrette, y muy cerca de Montmorency. Cuando yo partí me valí de La Roche para seguir remitiendo a esta mujer el dinero que nunca he cesado de enviarle y creo que a menudo le llevaba también presentes de parte de la señora mariscala; así, pues, no había por qué compadecerla, aunque

ella se quejaba siempre. En cuanto a Grimm, como no me gusta hablar de las personas a quienes debo aborrecer, jamás hablé de él a la señora de Luxemburgo sino a pesar mío; pero ella lo trajo a colación diversas veces, sin decirme qué concepto le merecía y sin dejarme penetrar jamás si era o no conocido suyo. Como no me gusta ser reservado con las personas a quienes amo, si no lo son conmigo, sobre todo cuando se trata de lo que les concierne a ellas, posteriormente he pensado varias veces en aquella reserva, pero solo cuando otros hechos han traído esta reflexión naturalmente.

Después de haber pasado mucho tiempo sin oír hablar del *Emilio*, desde que lo había entregado a la señora de Luxemburgo, supe al fin que se había vendido en París al librero Duchesne, y éste había realizado un trato acerca de la misma obra con Néaulme, de Amsterdam. La señora de Luxemburgo me envió los dos duplicados del contrato celebrado con Duchesne para que los firmase. En éstos vi que la letra era de la misma mano que la de las cartas que me dirigía el señor de Malesherbes, quien no me escribía de su propio puño, y esta certeza de que aquel contrato se hacía a la vista y con anuencia del magistrado hizo que los firmase con confianza. Duchesne me daba seis mil francos por el manuscrito, mitad al contado y creo que cien o doscientos ejemplares. Habiendo firmado los dos duplicados se los devolví a la señora de Luxemburgo, quien así lo deseaba, y conservó uno, entregando el otro a Duchesne, sin devolverme el primero, que jamás he vuelto a ver.

El agradecimiento que debía a los señores de Luxemburgo me había distraído un tanto de mi proyecto de retiro; pero no me había hecho renunciar a él. Aun en el período en que más favor gozaba por parte de la señora mariscala, siempre conocí que mi sincero afecto hacia el señor mariscal o hacia ella era lo único que podía hacerme soportable cuanto les rodeaba; y todos mis apuros consistían en conciliar esta afición con un género de vida más conforme con mis gustos y menos contraria a mi salud, que continuamente mantenían alterada aquellas cenas y molestias, a pesar de todo el cuidado que ponían en no exponerme a empeorar, porque así en este punto como en todo, las atenciones que me tenían fueron llevadas hasta donde era posible; por ejemplo, todas las noches el señor mariscal, que se acostaba temprano, quieras que no, me acompañaba al retirarme, lo que no dejó de hacer sino hasta poco antes de mi desgracia, sin que me sea posible adivinar la causa.

Aun antes de notar el enfriamiento de la señora mariscala, a fin de no exponerme a él, ya deseaba realizar mi antiguo proyecto; mas careciendo de medios para realizarlo, me vi obligado a esperar la conclusión del contrato sobre el *Emilio*. Ínterin di la última mano al *Contrato social* y se lo remití a Rey, admitiendo los mil francos que me dio por él. Tal vez no debo omitir un hecho que tiene relación

con este manuscrito, remitílo bien cerrado a Duvoisin, pastor del país de Vaud y capellán del palacio de Holanda, que venía a verme alguna que otra vez, y se encargó de enviarlo a Rey, con quien estaba en relaciones. Este original, escrito en letra menuda, era muy pequeño y no llenaba su faltriquera. Sin embargo, al entrar en la ciudad, no sé cómo, cayó en manos de los guardas, quienes lo abrieron, lo examinaron, y cuando lo reclamó en nombre del embajador lo devolvieron en seguida; lo que le facilitó poder leerlo, y me confesó ingenuamente haberlo hecho, elogiando mucho la obra y sin decir una palabra de crítica ni de censura, reservándose indudablemente ser el vengador del cristianismo para cuando se hubiese publicado. Volvió a cerrar el manuscrito y se lo remitió a Rey. Tal fue en sustancia la narración que me hizo en la carta en que me dio cuenta de este asunto, y es cuanto de ello he sabido.

Además de estos dos libros y de mi *Diccionario de música,* en que seguía trabajando a intervalos, tenía algunos otros escritos de menos importancia, todos en disposición de publicarse, y que aún me proponía dar a luz, separadamente o bien incluyéndolos en una colección completa de mis obras, si alguna vez llegaba a emprenderla. El principal de estos escritos, cuya mayor parte se halla aún manuscrita en poder de Peyron, era un *Ensayo sobre el origen de las lenguas,* que di a leer al señor de Malesherbes y al caballero de Lorenzy, quien me lo elogió. Yo contaba con que todas estas producciones reunidas me reportarían por lo menos, pagados los gastos, un capital de ocho a diez mil francos, que quería colocar en renta vitalicia a nombre mío y de Teresa; después de lo cual iríamos, como tengo dicho, a vivir juntos en un rincón de provincia, sin dar más al público materia para ocuparse de mí y sin ocuparme yo mismo en otra cosa que en terminar apaciblemente mi carrera, sembrando alrededor mío todo el bien que me fuese posible y escribiendo a mis anchas las Memorias que meditaba.

Tal era mi proyecto, cuya ejecución vino a facilitar la generosidad de Rey, la que no he de callar. Este librero, de quien tanto mal me dijeron en París, era, no obstante, de cuantos he tratado, el único de quien tuve siempre motivos para quedar satisfecho [1]. A la verdad teníamos con frecuencia disputas sobre la impresión de mis obras; él era ligero, yo arrebatado. Mas en punto a intereses y a lo que se relaciona con ellos, aunque jamás formulásemos contrato alguno en forma, siempre ha obrado conmigo con la mayor exactitud y probidad. Él es también el único que me ha confesado francamente que con mis obras le iba bien; y a menudo me ha dicho que me debía su fortuna, ofreciéndome darme parte de ella. No pudiendo traducir en

[1] Cuando escribía esto estaba muy lejos de imaginar y de creer los fraudes que he descubierto posteriormente en la impresión de mis obras y que se ha visto obligado a confesar.

hechos su gratitud directamente en favor mío, quiso darme un testimonio de ella, a lo menos en la persona de mi ama, a quien señaló una pensión vitalicia de trescientos francos, consignando en el acta que era en agradecimiento a los beneficios que yo le había proporcionado. Esto lo hizo de modo que quedó entre los dos, sin ostentación, sin pretensiones, sin ruido, y si no hubiese sido yo el primero en hablar de ello a todo el mundo, nadie lo hubiera sabido. Este proceder me conmovió de tal modo que desde entonces me hallo ligado a Rey con una amistad verdadera. Algún tiempo después deseó que fuese padrino de una de sus hijas; yo accedí a ello, y una de las cosas que más siento en la situación a que me han reducido es que me hayan imposibilitado de hacer que en adelante mi afecto sea útil a mi ahijada y a sus padres. ¿Por qué siendo tan sensible a la modesta generosidad de este librero, lo soy tan poco a las ruidosas demostraciones de tantas personas de alto copete, que pregonan pomposamente el bien que han querido hacerme y que jamás he experimentado? ¿Es culpa suya o mía? ¿Es que son ellos vanidosos o que yo soy ingrato? Lector sensato, pesa y decide; yo por mi parte me callo.

Esta pensión fue un gran recurso para la manutención de Teresa y un grande alivio para mí. Mas fuera de esto, estaba yo bien lejos de aprovecharme de ella directamente, así como tampoco de los regalos que le hacían. Siempre ha dispuesto de todo ella misma. Cuando yo guardaba su dinero le rendía cuentas con toda fidelidad, sin emplear jamás un ochavo en nuestros gastos comunes, aun cuando ella tenía más dinero que yo. «Lo que es mío es de los dos –le decía–, y lo tuyo te pertenece a ti sola.» Jamás he dejado de portarme con ella en conformidad con esta máxima que le he repetido con frecuencia. Los que han cometido la bajeza de acusarme de que recibía en sus manos lo que rehusaba en las mías juzgaban, sin duda, de mi corazón por los suyos y me conocían muy mal. Yo aceptaría sin escrúpulo el pan que ella hubiese ganado, pero nunca lo que otros le hubiesen dado. En este punto apelo a su propio testimonio ahora y cuando, según el curso natural de las cosas, me sobreviva. Desgraciadamente es poco económica bajo todos conceptos, poco cuidadosa y gasta mucho, no porque sea vana y golosa, sino únicamente por negligencia. Nada es perfecto aquí abajo; y puesto que es preciso que sus excelentes cualidades tengan un contrapeso, prefiero que tenga defectos a que tenga vicios, aunque aquéllos nos causen tal vez más daño a entrambos. Los cuidados que me he tomado por ella, como en otro tiempo por *mamá*, a fin de acumularle algunos ahorros que pudiesen servirle algún día de recurso, son inimaginables; pero siempre fueron trabajo perdido. Ni una ni otra han podido contar jamás consigo mismas; y a pesar de todos mis esfuerzos, siempre han gastado cuanto han recibido. Por sencillamente que Teresa vistiera, la pensión de Rey jamás le habría bastado para ello si yo no le hubiese añadido algo todos los años. Ni ella ni yo hemos

nacido para ser ricos jamás; pero esto no lo cuento en el número de nuestras desdichas.

El *Contrato social* se imprimía con bastante rapidez. No así el *Emilio*, cuya publicación esperaba para realizar el proyecto de retiro que acariciaba. De cuando en cuando Duchesne me enviaba modelos de impresión para escoger, y cuando había elegido, en vez de empezar me remitía otros. Cuando al fin hubimos resuelto acerca de la forma y de la letra y cuando había ya muchas hojas impresas, por una ligera modificación que hice en una prueba lo empezó todo de nuevo, y al cabo de seis meses nos encontrábamos como el primer día. Durante todos estos ensayos vi claramente que la obra se imprimía en Francia al mismo tiempo que en Holanda y que hacían a la vez dos ediciones. Lejos de haber sido cómplice en la edición de Francia, siempre me había opuesto a que se hiciese; mas al fin, puesto que de grado o por fuerza se llevaba a cabo, y puesto que servía de modelo para la obra, era forzoso verla y corregir las pruebas, a fin de evitar que estropeasen y desfigurasen mi libro. Por otra parte, el magistrado se conformaba de tal modo con la impresión de esta obra, que en cierto modo era él mismo quien dirigía la empresa; me escribía muy a menudo y hasta vino a verme con este motivo en la ocasión de que voy a hablar en breve.

Mientras que Duchesne avanzaba a paso de tortuga, retenido por él, Néaulme seguía aún más lentamente, pues no le remitían con fidelidad los pliegos a medida que se imprimían. Creyó éste notar mala fe en el proceder de Duchesne, es decir, de Guy, que hacía sus veces; y viendo que no se cumplía lo pactado me escribía carta sobre carta llenas de clamores y quejas que yo podía remediar menos aún que las que yo mismo tenía. Su amigo Guerin, que a la sazón me veía con frecuencia, me hablaba incesantemente de este libro, pero siempre con la mayor reserva. Sabía y no sabía que se imprimía en Francia; sabía y no sabía que el magistrado andaba en ello; compadeciéndome por los quebrantos que me iba a causar este libro, parecía acusarme de imprudencia, sin quererme decir jamás en qué consistía ésta; siempre hablaba con segunda intención y buscaba rodeos; parecía no hablar sino para hacerme hablar a mí. Mi confianza era entonces tan completa que me reía del tono circunspecto y misterioso que empleaba en este asunto como de una costumbre contraída en los despachos de los ministros y magistrados que frecuentaba. Seguro de haber procedido en toda regla bajo todos conceptos de esta obra, firmemente persuadido de que no sólo podía contar con las simpatías y la protección del magistrado, sino que hasta merecía y tenía el favor del ministerio, me felicitaba de mi valor para hacer bien, y me reía de mis pusilámines amigos que parecían temer por mí. Uno de ellos fue Duclos, y confieso que mi confianza en su rectitud y en sus luces había podido alarmarme, como lo estaba él, si la hubiese tenido menos en la utilidad de la obra y en la

probidad de sus patrocinadores. Desde casa del señor Baille vino a verme a tiempo que el *Emilio* estaba en prensa y me habló del mismo. Yo le leí la *Profesión de la fe del vicario saboyano;* escuchó muy tranquilamente y me parece que con gran placer. Cuando hube concluido me dijo: «Esto, ciudadano, ¿forma parte de un libro que se imprime en París?» «Sí –dije yo– y deberían imprimirlo en el Louvre por orden del rey.» «Convengo en ello –replicó–, pero hágame el favor de no decir a nadie que me ha leído este trozo.» Esta sorprendente manera de expresarse me extrañó sin asustarme. Sabiendo que Duclos veía con frecuencia a Malesherbes, me parecía extraño que pensase de un modo tan diferente sobre el mismo punto.

Hacía más de cuatro años que vivía en Montmorency sin haber pasado solo un día en cabal salud. Aunque allí el aire es excelente, las aguas son malas, y esto podía muy bien ser una de las causas que contribuían a empeorar mis habituales dolencias. Hacia fines del otoño de 1761 se agravó mi enfermedad, y pasé un invierno entero sufriendo sin descanso. El mal físico era aumentado con mil inquietudes; de ahí que éstas fuesen aún más sensibles. Hacía algún tiempo que me turbaban sordos y tristes presentimientos, sin que yo mismo supiese la causa. Recibía cartas anónimas bastante singulares y también otras firmadas que no lo eran menos. Entre ellas recibí una de un consejero del Parlamento de París, quien, descontento del orden de cosas establecido y no augurando un porvenir lisonjero, me consultaba sobre la elección de un asilo en Ginebra o en Suiza para retirarse con su familia. Otra recibí del señor de..., magistrado presidente en el Parlamento de..., quien me proponía redactar para este Parlamento, que a la sazón estaba mal con la corte, Memorias y representaciones, ofreciéndome todos los documentos y materiales que necesitase. Cuando sufro soy susceptible de mal humor; en esta situación me hallaba al recibir estas cartas y se vio en mis respuestas, rehusando redondamente lo que me ofrecían. No me arrepiento de mis denegaciones, porque esas cartas podían ser lazos tendidos por mis enemigos [1], y lo que me pedían era contrario a principios de que entonces menos que nunca quería apartarme, mas pudiendo rehusar con dulzura lo que hice con dureza, y en esto es lo que hice mal.

Las dos cartas que acabo de citar se hallarán entre mis papeles. La del consejero no me sorprendió del todo, porque yo pensaba, como él y muchos otros, que el Estado de Francia amenazaba un próximo trastorno. Los desastres de una guerra desgraciada [2], que procedían de faltas todas del Gobierno; el increíble desorden de la

---

[1] Sabía, por ejemplo, que el presidente... estaba entregado a los enciclopedistas y a los amigos de Holbach.

[2] La guerra de los Siete años.–*N. del T.*

Historia; la continua incertidumbre de la administración, presa hasta entonces de dos o tres ministros en guerra abierta entre sí, y que para hacerse mutuamente daño precipitaban el reino a su ruina; el descontento general del pueblo y de todos los cuerpos del Estado; la contumacia de una mujer obstinada que, sacrificando siempre a sus gustos sus luces, si es que las tenía, separaba siempre de los empleos a los más capaces para colocar a los que le agradaban más; todo concurría a justificar la previsión del consejero, del público y la mía. Esta previsión me puso varias veces en el caso de pensar yo mismo en buscar un asilo fuera del reino, antes de que sobreviniesen las sublevaciones que parecían amenazarle; pero tranquilizado por la idea de mi pequeñez y de mi carácter apacible, creí que ninguna tempestad podía penetrar hasta el seno de la soledad en donde yo deseaba vivir, y sólo me inquietaba ver que en este estado de cosas el señor de Luxemburgo se prestaba a desempeñar comisiones que debían hacerle perder algo del buen concepto que merecía en su gobierno. Yo hubiera querido que él se procurase una retirada a todo evento, por si llegaba el caso de que la gran máquina se desplomase, como parecía de temer en semejante estado de cosas; y aún hoy mismo me parece indudable que si las riendas del Gobierno no hubiesen pasado al fin a una sola mano [1] la monarquía francesa se hallaría ahora reducida a último extremo.

A medida que empeoraba mi estado iba con más lentitud la impresión del *Emilio,* y fue al fin suspendida, sin que pudiese saber por qué motivo, sin que Guy se dignase escribirme ni responderme, sin saber nada de nadie ni de cuanto pasaba, pues Malesherbes hallábase a la sazón en el campo. Una desdicha, cualquiera que sea, jamás me turba ni abate mientras sé en qué consiste; pero tengo propensión a temer las tinieblas; me asusta y me repugna su lobreguez; lo misterioso me inquieta siempre y es harto contrario a mi carácter, abierto hasta la imprudencia. Creo que el aspecto del más horroroso monstruo me asustaría poco; mas si de noche creo ver una figura bajo un lienzo blanco tengo miedo. He ahí, pues, cómo mi imaginación se inflamaba con este prolongado silencio y se empeñaba en forjar fantasmas. Cuanto más a pecho tomaba la publicación de mi mejor y última obra más me atormentaba buscando qué podía detenerla; y llevándolo siempre todo al extremo, en la suspensión de la impresión del libro creía ver su supresión. Entretanto, no pudiendo imaginar ni por el qué ni el cómo, hallábame en la incertidumbre más cruel del mundo. Escribía carta sobre carta a Guy, al señor Malesherbes, a la señora de Luxemburgo, y las respuestas no venían o no llegaban cuando las aguardaba, lo que me preocupaba de tal modo que me hacía delirar. Por desdicha supe en aquel mismo

---

[1] El duque de Choiseul.—*N. del T.*

tiempo que el padre Griffet, jesuita, había hablado del *Emilio* y había citado algunos personajes. En aquel instante mi imaginación voló como un rayo y me descubrió todo el misterio de iniquidad; vi su marcha tan clara y seguramente como si me hubiese sido revelada. Figuréme que los jesuitas, furiosos por el tono despreciativo con que hablaba de los colegios, se habían apoderado de mi obra; que eran los que habían detenido la edición; que instruidos por Guerin, su amigo, de mi estado presente y previendo mi muerte próxima, de la que yo no dudaba, querían retardar la impresión hasta entonces, con el designio de cortar y alterar mi obra y de achacarme, para llenar sus miras, sentimientos distintos de los míos. La multitud de hechos y de circunstancias que vinieron a agolparse en mi ánimo a causa de esta locura a darle verosimilitud, más aún, a manifestarme su evidencia y demostración, fue extraordinaria. Yo sabía que Guerin estaba entregado en cuerpo y alma a los jesuitas; y al consejo de éstos atribuía todas las manifestaciones de amistad que aquél me había hecho. Creí que por instrucción suya me había instado a tratar con Néaulme; que habían obtenido los primeros pliegos de mi obra de dicho Néaulme; que luego habían encontrado medio de detener la impresión en casa de Duchesne, y tal vez de apoderarse de mi manuscrito para modificarlo a su comodidad, hasta que mi muerte les dejase libres para publicarlo disfrazado a su gusto. A pesar de la zalamería del padre Berthier, siempre hube de comprender que los jesuitas distaban mucho de quererme, no sólo por ser enciclopedista, sino porque todos mis principios eran aún más opuestos a sus máximas y a su influencia que la incredulidad de mis compañeros, puesto que el fanatismo ateo y el fanatismo devoto, siendo afines por su común intolerancia, pueden hasta llegar a unirse, como lo han hecho en la China y como lo hacen contra mí; mientras que la religión razonable y moral, destruyendo todo poder humano sobre las conciencias, deja sin recurso a los árbitros de este poder. Yo sabía que el señor canciller era también muy amigo de los jesuitas y temía que el hijo, intimidado por el padre, se viese obligado a abandonarles la obra que había protegido. Hasta creía ver el efecto de este abandono en los embrollos que comenzaban a suscitarse con motivo de los primeros libros; exigían cartones por meras bagatelas, cuando los otros dos volúmenes estaban, como lo sabían muy bien, tan llenos de cosas más fuertes, que hubiera sido necesario refundirlos completamente si hubiesen querido censurarlos al tenor de los primeros. Además sabía, y el mismo señor de Malesherbes me lo había dicho, que el abate de Grave, a quien había encargado inspeccionase esta edición, era también partidario de los jesuitas. No veía más que jesuitas por todas partes, sin pensar que, en vísperas de ser anonadados y enteramente asaltados en su propia defensa, les importaba más ocuparse en otras cosas que en ir a entorpecer la impresión de un libro donde no se trataba de ellos. No

digo bien al decir *sin pensar*, porque lo cierto es que pensé en ello; y fue también una objeción que no se olvidó de hacerme el señor de Malesherbes, tan luego como tuvo noticia de mi desvarío; pero por una de esas extravagancias del hombre que desde el fondo de su retiro quiere dar con el secreto de los grandes negocios, sin saber de ellos una palabra, jamás quise creer que los jesuitas estuviesen en peligro y el rumor que en este sentido se esparcía me pareció ser un señuelo armado por ellos para adormecer a sus adversarios. Sus pasadas victorias, que jamás se habían desmentido, me daban una idea tan terrible de su poder que yo deploraba ya la vileza del Parlamento. Sabía que el señor de Choiseul había estudiado con los jesuitas, que la señora de Pompadour no estaba mal con ellos, y que su liga con las favoritas y los ministros había parecido siempre a unos y a otros ventajosa contra sus comunes enemigos. La corte parecía no meterse en nada; y persuadido de que si la compañía recibía algún rudo golpe, jamás lo recibiría del Parlamento, porque éste no sería bastante fuerte para asestárselo, en esta inacción de la corte hallaba yo el fundamento de su confianza y el augurio de su triunfo. En fin, no viendo en todos los rumores que corrían más que un artificio suyo para poder acudir a todo, no dudaba de que a poco aplastarían al jansenismo, al Parlamento, a los enciclopedistas y a cuanto no hubiera tolerado su yugo; y que si al fin dejaban aparecer mi libro no sería sin haberlo transformado de modo que les sirviese de arma, prevaliéndose de mi nombre para sorprender a mis lectores.

Me sentía morir. No comprendo cómo esta extravagancia no acabó de sepultarme; tan horrible era para mí la idea de que mi memoria sería deshonrada después de mi muerte en mi mejor y más digna obra. Jamás he temido tanto la muerte, y creo que si me hubiese abandonado la vida en estas circunstancias, habría muerto desesperado. Hoy mismo que veo desarrollarse sin obstáculo la más negra, la más horrenda trama que jamas se ha formado contra la memoria de un hombre, moriré mucho más tranquilo, seguro de dejar en mis escritos un testimonio que triunfará, tarde o temprano, de las maquinaciones de los hombres.

1762.–El señor de Malesherbes, testigo y confidente de mis inquietudes, empleó para calmarlas una diligencia que prueba la inagotable bondad de su corazón. La señora de Luxemburgo contribuyó a esta buena obra, y fue muchas veces a casa de Duchesne para saber lo que sucedía con esta edición. Al fin se volvió a trabajar en la impresión y siguió con más regularidad, sin que jamás haya podido saber por qué se había suspendido. El señor de Malesherbes tuvo la amabilidad de venir a Montmorency para tranquilizarme, y pudo lograrlo; mi perfecta confianza en su rectitud triunfó del extravío de mi cabeza e hizo eficaz todo lo que él practicó para calmarme. Habiendo visto mi angustia y mi delirio, era natural que me

hallase digno de compasión, y así fue. Entonces recordó las murmuraciones constantemente desmentidas de la cábala filosófica que le rodeaba. Cuando fui a vivir al *Ermitage* divulgaron, como tengo dicho, que yo no aguantaría mucho tiempo. Cuando vieron que perseveraba, dijeron que era por obstinación, por orgullo, por vergüenza de retractarme, pero que me fastidiaba atrozmente y que vivía allí infeliz. El señor de Malesherbes lo creyó así y me lo escribió. Impresionado al ver que participaba de este error un hombre a quien tenía en tanto aprecio, le escribí cuatro cartas consecutivas, donde, haciendo la exposición de los verdaderos motivos de mi conducta, le describía fielmente mis gustos, mis inclinaciones, mi carácter y lo que mi corazón sentía. Estas cuatro cartas, escritas sin borrador, precipitadamente, a vuela pluma y aun sin ser releídas, son quizá la única cosa que he escrito con facilidad en toda mi vida, y, lo que es muy sorprendente, en medio de mis sufrimientos y del extremo abatimiento en que me hallaba. Gemía, sintiéndome desfallecer, al pensar que dejaba en el ánimo de las gentes honradas una opinión tan falsa de mí; y por medio del bosquejo trazado rápidamente en estas cuatro cartas, procuraba suplir en algún modo la falta de las Memorias que me había propuesto escribir. Estas cartas que agradaron al señor de Malesherbes, el cual las mostró en París, son una especie de sumario de lo que refiero aquí más detalladamente, y por esto mismo merecen ser conservadas. Entre mis papeles se hallará la copia que hizo sacar él, a ruego mío, y me remitió algunos años después.

Lo único que en lo sucesivo me afligió, creyendo hallarme próximo a la muerte, fue no tener ningún literato de confianza en cuyas manos pudiese depositar mis papeles para que hiciese una elección después de mi muerte. Desde mi viaje a Ginebra había contraído amistad con Moultou, a quien me sentía inclinado y deseaba que viniese a cerrar mis ojos. Le manifesté mi deseo y creo que él habría realizado con gusto dicho acto de humanidad si sus negocios y su familia se lo hubiesen permitido. Privado de este consuelo, quise a lo menos manifestarle mi confianza, remitiéndole la *Profesión de fe del vicario* antes de su publicación. Esto le fue grato; mas por su respuesta vi que no participaba de la confianza con que yo esperaba el efecto que había de producir. Deseó poseer algún trozo mío que no lo tuviese nadie más, y le remití una *Oración fúnebre del difunto duque de Orleans,* que había compuesto para el abate de Arty y no fue pronunciada por no habérsele encargado a él, contra lo que esperaba.

Cuando se reanudó la impresión, fue siguiendo hasta el fin tranquilamente y noté la singularidad de que, habiendo exigido severamente varias correcciones en los dos primeros tomos, dejaron pasar los dos últimos sin decir nada y sin que su contenido obstase en lo más mínimo para la publicación. Con todo, aún experimentaba

algún temor que no debo pasar en silencio. Después de haber temido a los jesuitas, temí a los jansenistas y a los filósofos. Enemigo de cuanto lleva el nombre de partido, facción o cábala, jamás he esperado nada bueno de las personas que a ellos pertenecen. Las *comadres* habían abandonado hacía algún tiempo su antigua estancia y se habían establecido en mi vecindad; de modo que desde su vivienda se oía cuanto se hablaba en la mía y en mi azotea, y desde su jardín podía escalarse muy fácilmente mi torrecilla. En ésta había yo establecido mi gabinete de estudio, de suerte que allí estaba mi mesa cubierta de pruebas y hojas del *Emilio* y del *Contrato social;* y cosiendo estas hojas a medida que me las remitían, tenía mis volúmenes mucho tiempo antes de su publicación. Mi indiscreción, mi dejadez, mi confianza en el señor Mathás, dentro de cuyo jardín me hallaba encerrado, hacía que, olvidándome con frecuencia de cerrar mi torrecilla, la hallase abierta por la mañana; cosa que no me hubiera inquietado si no hubiese creído notar trastorno en mis papeles. Después de haber hecho esta observación diferentes veces, tuve más cuidado en cerrar la torre, aunque el cerrojo era malo y no podía darse más que media vuelta a la llave. Fijándome mejor, vi que el desarreglo entonces era más grande que cuando lo dejaba todo abierto. En fin, uno de mis volúmenes se eclipsó durante un día y dos noches, sin que me fuese posible dar con él hasta la mañana del tercer día que lo hallé sobre mi mesa. Jamás he sospechado del señor Mathás ni de su sobrino Dumoulin, porque ambos me querían y tengo confianza completa en ellos. En cambio empezaba a tenerla menor en las *comadres*. Sabía que, a pesar de ser jansenistas, estaban algo relacionadas con d'Alambert y vivían en la misma casa. Esto me inquietó y me obligó a estar más atento. Llevé los papeles a mi cuarto y cesé completamente de ver aquella gente, porque supe que se vanagloriaban en muchas casas de tener el primer volumen del *Emilio,* que yo había cometido la imprudencia de prestarles; y aunque continuaron siendo mis vecinos, hasta que yo me marché, desde entonces no he vuelto a tener comunicación con ellos.

El *Contrato social* salió a luz uno o dos meses antes que el *Emilio.* Rey, de quien siempre había exigido que no introduciría furtivamente en Francia ninguno de mis libros, se dirigió al magistrado para obtener el permiso de introducir éste por Rouen, adonde hizo el envío por mar. No logró respuesta alguna, y sus fardos permanecieron en Rouen muchos meses, al cabo de los cuales se los reexpidieron, después de haber intentado confiscarlos; pero metió Rey tanto ruido, que se los devolvieron. Algunos curiosos trajeron de Amsterdam unos cuantos ejemplares que circularon con poco ruido. Mauleón, que había oído hablar de este libro y que había leído alguna cosa, me habló de él con un tono tan misterioso, que me sorprendió, y hasta me hubiera inspirado cuidado si, seguro de estar en

regla bajo todos conceptos y no tener que reprocharme nada, no me hubiese tranquilizado con mi máxima. Además, no dudaba de que el señor de Choiseul, ya dispuesto en favor mío, y agradecido al elogio que el aprecio que me merecía me dictara al escribir esta obra, me sostendría en esta ocasión contra la malevolencia de la señora de Pompadour.

A la sazón tenía motivos para contar más que nunca con la bondad del señor de Luxemburgo, y en caso necesario con su apoyo, porque nunca me dio pruebas de amistad más frecuentes ni más afectuosas. En el viaje de Pascuas no me permitió ir al castillo en el triste estado en que me hallaba; entonces él fue a verme todos los días; y viéndome sufrir sin tregua, tanto se empeñó, que me determinó a ser visitado por fray Côme; le envió a buscar, lo trajo él mismo, y tuvo el valor, a la verdad raro y meritorio en un gran señor, de quedarse durante la operación, que fue cruel y larga. Sin embargo, no se trataba sino de sondar; pero jamás había podido serlo, ni aun por Morand, que lo probó muchas veces, siempre en vano. Fray Côme, que tenia una destreza y una ligereza de manos sin igual, logró al fin introducir una algalia muy pequeña, después de haberme hecho sufrir dos horas, durante las cuales me esforcé por retener las quejas, a fin de no desgarrar el compasivo corazón del buen mariscal. Al primer examen, fray Côme creyó encontrar una gran piedra, y me lo dijo; al segundo, no la encontró ya. Después de haber comenzado la operación por segunda y tercera vez, con un cuidado y una exactitud que me hicieron hallar más largo el tiempo, declaró que no había piedra, pero que la próstata era cirrosa y de un tamaño extraordinario; halló la vejiga grande y en buen estado, y acabó por declararme que yo sufriría mucho y que viviría largo tiempo. Si la segunda predicción se cumple como la primera, no está próximo el fin de mis males.

Así es como, después de haber sido tratado sucesivamente durante tantos años por males que no tenía, supe al fin que mi enfermedad incurable, sin ser mortal, duraría tanto como yo. Mi imaginación, reprimida por este conocimiento, no me presentó ya la perspectiva de una muerte cruel en medio de los dolores del cáculo. Cesé de temer que un cabo de candelilla que hacía mucho tiempo se me había roto en la uretra hubiese formado el núcleo de una piedra. Libre de los males imaginarios, para mí más crueles que los reales, sobrellevé mejor estos últimos. Desde entonces he sufrido constantemente mucho menos de mi enfermedad, y nunca puedo acordarme de que debo este alivio al señor de Luxemburgo sin enternecerme nuevamente con su memoria.

Vuelto, por decirlo así, a la vida, y más que nunca ocupado en el plan con arreglo al cual quería pasar el resto de ella, para ejecutarlo sólo esperaba la publicación del *Emilio*. Pensaba en la Turena,

donde había estado ya, y que me agradaba mucho, tanto por la dulzura del clima como por la de los habitantes.

La terra molle e lieta e dilettosa
simili a se gli abitator produce [1].

Yo había hablado ya de mi proyecto al señor de Luxemburgo, que quiso hacerme desistir de él; mas otro día le volví a hablar del mismo como de cosa resuelta. Entonces me propuso el castillo de Merleu, a quince leguas de París, como un asilo que podía convenirme, y en el cual él y la duquesa tendrían un placer en establecerme. Esta proposición me conmovió y no me desagradó. Ante todo era preciso ver el lugar, y convenimos el día en que el señor mariscal había de enviar a su ayuda de cámara con un coche para llevarme allá. El día convenido me sentí muy incómodo; preciso fue aplazar el viaje, y los contratiempos que sobrevinieron me privaron de llevarlo a cabo. Posteriormente supe que Marleu no pertenecía al señor mariscal, sino a su señora, y esto me consoló más fácilmente de no haber ido.

Al fin apareció el *Emilio,* sin que oyese hablar más de cartones de ninguna otra dificultad. Antes de su publicación el señor mariscal me pidió todas las cartas de Malesherbes referentes a esta obra. La gran confianza que ambos me merecían y mi profunda tranquilidad de espíritu me impidieron reflexionar en lo que esto tenía de extraordinario y aun de alarmante. Anteriormente el señor de Malesherbes me había indicado que retiraría las cartas escritas por mí a Duchesme durante mi inquietud acerca de los jesuitas, y fuerza es confesar que no hacían mucho honor a mi razón. Mas yo le dije que en ningún caso quería pasar por mejor de lo que era y que podía dejarle aquellas cartas. Ignoro lo que hizo.

Este libro no fue recibido con aquel estrépito de aplausos que alcanzaban todos mis escritos. Jamás hubo publicación alguna que obtuviese tantos elogios particulares, ni tan poca aprobación del público. Lo que de ella me dijeron, lo que me escribieron las personas más capaces de juzgarla, me confirmaron en la creencia de que ésta era la mejor y más importante de mis obras. Pero todo esto fue dicho con las más singulares precauciones, como si hubiese importado conservar secreto lo bien que de ella se pensaba. La señora de Boufflers, que me indicó que el autor de este libro merecía estatuas y el homenaje de todo el género humano, me rogó sin rodeos, al final de su carta, que se la devolviera. D'Alembert, el cual me escribió diciéndome que esta obra ponía fuera de duda mi superioridad, y había de colocarme a la cabeza de todos los literatos, no firmó su carta, aunque había firmado todas las que hasta

[1] La tierra muelle, agradable y deleitosa
produce habitantes iguales a ella.–*Tasso.*

entonces me había dirigido. Duclos, amigo seguro, hombre veraz, pero circunspecto, que apreciaba este libro, evitó hablarme de él por escrito. La Condamine se fijó en la *Profesión de fe*, y se escapó por la tangente. Clairaut en su carta se limitó al mismo trozo; pero no temió expresar la emoción que le había causado, y textualmente me dijo que esta lectura había reanimado su viejo espíritu; de todas las personas a quienes remití mi libro fue el único que dijo alta y libremente a todo el mundo el buen concepto que le merecía.

Mathás, a quien asimismo di un ejemplar antes de que se pusiese de venta, lo prestó al señor de Blaire, consejero del Parlamento, padre del intendente de Estrasburgo. Blaire tenía una quinta en Saint-Gratien, y Mathás, antiguo conocido suyo, iba a verle allí algunas veces cuando podía. Dióselo a leer antes de haber circulado, y Blaire, al devolvérselo, le dijo estas mismas palabras que me fueron repetidas el mismo día: «He aquí un libro magnífico, señor Mathás, pero del cual se hablará en breve más de lo que desearía su autor.» Cuando éste me lo dijo me eché a reír, no viendo en ello más que la importancia de un togado que hace de todo un misterio. Ninguna de las frases alarmantes que se me dirigieron me causó más impresión, y lejos de prever de ningún modo la catástrofe que tan cerca estaba, seguro de la utilidad y de la bondad de mi libro; seguro de haber obrado en toda regla bajo todos conceptos; seguro, como creía estarlo, de la influencia de la señora de Luxemburgo, y hasta del favor del Ministerio, yo mismo me aplaudía la resolución de retirarme en lo mejor de mis triunfos, y cuando acababa de aplastar a todos mis émulos.

Sólo una cosa me inquietaba en la publicación de esta obra, y esto menos por mi seguridad que por descargo de mi corazón. En el *Ermitage* y en Montmorency había visto de cerca y con indignación las vejaciones que un exceso de celo en favor de los placeres de los príncipes hace caer sobre los infelices labradores, obligados a sufrir los perjuicios que causa la caza en sus campos, sin osar defenderse, a no ser a fuerza de ruido, y viéndose en la necesidad de pasar la noche junto a sus habas y guisantes, con calderos, tambores y cascabeles, para ahuyentar a los jabalíes. Testigo de la bárbara crueldad con que el señor conde de Charolais hacía tratar a esas pobres gentes, había dicho algo sobre esta crueldad hacia el fin del *Emilio*. Ésta fue otra infracción de mis máximas que no ha quedado impune. Supe que los oficiales del señor príncipe de Conti no se portaban con mucha menos dureza en sus tierras; temí que este príncipe, a quien tenía un respeto y agradecimiento profundos, creyese dicho para él lo que me había inspirado el sentimiento de humanidad irritado contra su tío y se ofendiese por ello. No obstante, como mi conciencia estaba complétamente segura de este punto, me tranquilicé apoyándome en ella, e hice bien. A lo menos nunca he sabido que

este gran príncipe se haya fijado en este pasaje, escrito mucho antes de que él me conociera.

Pocos días antes o después de la publicación de mi libro, porque no recuerdo exactamente el tiempo, apareció otra obra sobre el mismo tema, sacada, palabra por palabra, de mi primer tomo, a excepción de algunas vulgaridades que habían mezclado en este extracto. Este libro llevaba el nombre de un ginebrino llamado Balexsert, y en la portada decía haber ganado el premio en la Academia de Harlem. Fácilmente comprendí que esta Academia y este premio eran una creación flamante para ocultar el plagio a los ojos del público; mas también vi que había en esto alguna intriga previa de que no comprendí una palabra, ya porque se hubiese comunicado mi manuscrito, sin lo cual no hubiera podido hacerse este robo, ya con el objeto de inventar la historia de este pretendido premio, a la cual era preciso dar algún fundamento. Hasta muchos años después no penetré el misterio, y entreví a los que habían puesto en juego al señor Balexsert, por algunas palabras escapadas a Invernois.

Los sordos rugidos que preceden a la tempestad empezaban a dejarse oír, y todas las personas de alguna penetración vieron claramente que con motivo de mi libro, y de mí, se tramaba una conjuración que no tardaría en estallar. Por mi parte, tal fue mi confianza y mi estupidez, que, lejos de prever mi desdicha, ni siquiera sospechaba la causa después de haber sentido sus efectos. Empezaron a divulgar con bastante destreza que pues había tal encono contra los jesuitas, no podía manifestarse una indulgencia parcial para con los libros y los autores que atacaban a la religión. Me echaban en cara el haber puesto mi nombre en el *Emilio,* como si no hubiese hecho lo mismo con todos mis demás escritos, a lo que nada habían tenido que oponer. Parecían temer verse obligados a practicar algunas diligencias desagradables, pero que harían necesarias las circunstancias a que había dado lugar la imprudencia mía. Llegaron a mí estos rumores sin inquietarme en lo más mínimo; ni siquiera se me ocurrió la idea de que pudiese haber en todo esto nada tocante a mi persona, pues me sentía perfectamente irreprensible, apoyado en regla bajo todos conceptos, y no temía que la señora de Luxemburgo me dejase en un atolladero por una culpa que, si existía, era completamente suya. Pero sabiendo cómo van las cosas en semejantes ocasiones, y que es costumbre proceder contra los libreros, dejando a los autores, estaba con cuidado por el pobre Duchesne, si el señor de Malesherbes le llegaba a abandonar.

Yo seguí tranquilo. El ruido cambió y pronto varió de tono. El público, y sobre todo el Parlamento, parecían irritarse al ver mi tranquilidad. Al cabo de algunos días la fermentación fue terrible, y cambiando de objeto las amenazas, se encaminaron directamente a mí. Oíase decir sin rebozo a los individuos del Parlamento que de nada servía quemar los libros, y era necesario quemar a sus autores.

En cuanto a los libreros, nadie se ocupaba de ellos. La primera vez que llegaron a mí estos propósitos, más dignos de un inquisidor de Goa que de un senador, creí firmemente que sería una invención de la jauría holbáchica, que tendría por objeto asustarme para hacerme huir. Me reí de esta trama pueril, y me decía, burlándome de ellos, que si hubiesen sabido la verdad de las cosas habrían buscado otro medio para infundirme miedo; mas tales llegaron a ser los rumores, que se vio claramente que la cosa iba de veras. Los señores de Luxemburgo habían adelantado este año su segundo viaje a Montmorency, de suerte que ya estaban allí a principios de junio. Oí hablar muy poco de mis nuevos libros, a pesar del ruido que metían en París, y los dueños de la casa no me hablaron de ellos una sola palabra. Sin embargo, una mañana en que me hallaba solo con el señor de Luxemburgo, me dijo: «¿Ha hablado mal del señor de Choiseul en el *Contrato social*?» «¿Yo? –le dije, retrocediendo de sorpresa–. No; se lo juro; al contrario, con una pluma que no es lisonjera he hecho de él el mejor elogio que ministro alguno haya recibido.» Y en seguida le cité el pasaje. «¿Y en el *Emilio*?», volvió a preguntar. «Ni una palabra –respondí–; allí no hay nada que a él se refiera.» «¡Ah! –dijo con más viveza que de ordinario–; era preciso hacer lo mismo en el otro libro, o ser más claro.» «Yo he creído serlo –añadí–; le apreciaba bastante para ello.» Iba a tomar de nuevo la palabra; le vi próximo a abrir los labios; pero se detuvo y calló. ¡Desdichada política de cortesano, que en los mejores corazones domina a la amistad misma!

Esta conversación, aunque corta, me dio luz sobre mi situación, al menos en cierto modo, y me hizo comprender que, en efecto, era a mí a quien se quería dañar. Deploré esta inaudita fatalidad que hacía redundar en perjuicio mío cuanto bien hacía o decía. Sin embargo, puesto que en este asunto la señora de Luxemburgo y el señor de Malesherbes eran mi escudo, no comprendí cómo podían componérselas para descartarlos a ellos y venirse directamente a mí; porque conocí muy bien desde entonces que ya no se trataba de equidad ni de justicia, y que no se andarían con reparo para examinar si yo era o no culpable. Entretanto, la tempestad rugía más y más. No había nadie, hasta el mismo Néaulme, que en el exceso de su habladuría no manifestase arrepentimiento por haberse metido en nada tocante a esta obra, y la certeza en que parecía estar de la suerte que amenazaba al libro y a su autor. Había con todo una cosa que siempre me daba ánimo; veía a la señora de Luxemburgo tan tranquila, tan contenta y hasta tan risueña, que era necesario estar muy satisfecha de su proceder para no tener la menor zozobra respecto a mí, para no dirigirme una sola palabra de conmiseración ni de excusa, para ver el giro que tomaba este negocio, con la misma sangre fría que si no hubiese tenido en él parte alguna y como si nunca se hubiese interesado por mí. Lo asombroso es que no me

decía nada absolutamente, cuando a mí me parecía que hubiera debido decirme alguna cosa. La señora de Boufflers parecía menos tranquila. Iba y venía con alterado semblante, se agitaba mucho y me aseguraba que el señor príncipe de Conti trabajaba mucho también con objeto de parar el golpe que me preparaban, y que atribuía siempre a las circunstancias, en las cuales importaba mucho al Parlamento no dejarse acusar por los jesuitas de indiferencia en materia de religión. No obstante, parecía contar poco con el resultado de los pasos que daban él y de los suyos. Sus conversaciones, más alarmantes que tranquilizadoras, tendían todas a persuadirme para que me ocultara, y me aconsejaba siempre que fuese a Inglaterra, donde me ofrecía muchos amigos, entre ellos el célebre Hume, que lo era suyo hacía mucho tiempo. Viendo que yo persistía en permanecer tranquilo, acudió a un medio más capaz de doblegarme, y fue darme a entender que si me prendían y me interrogaban, no podría menos de nombrar a la señora de Luxemburgo, y que la amistad que me tenía hacíala acreedora a que no me expusiese yo por no comprometerla. Respondí que en tal caso podía estar tranquila, pues no la comprometería jamás. Ella replicó que era más fácil tomar que cumplir semejante resolución; y en esto tenía razón, sobre todo tratándose de mí, que estaba resuelto a no perjurar ni mentir jamás ante los jueces, cualquiera que fuese el riesgo que pudiese correr diciendo la verdad.

Viendo que esta reflexión me había impresionado algún tanto, sin que no obstante pudiese resolverme a huir, me habló de pasar algunas semanas en la Bastilla, como medio de sustraerme a la jurisdicción del Parlamento, que no entiende de los prisioneros de Estado. Nada objeté a esta singular gracia, con tal que no fuese solicitada en mi nombre. Como no me habló más de esto, posteriormente pensé que sólo me había hecho esta proposición para sondearme y que no había querido emplear un medio que ponía término a todo.

Pocos días después el señor mariscal recibió del cura de Deuil, amigo de Grimm y de la señora de Epinay, una carta en que le decía saber por buen conducto que el Parlamento debía proceder contra mí con la mayor severidad, y que en tal día, que precisaba, se daría orden de prenderme. Este aviso me pareció venir de los amigos de Holbach; sabía que el Parlamento era muy afecto a los procedimientos legales y que era infringirlos todos el comenzar en este caso por un auto de prisión, antes de saber jurídicamente si yo admitía el libro y si realmente era su autor. Solamente, decía yo a la señora de Boufflers, los crímenes que envuelven una amenaza a la seguridad pública pueden motivar un decreto de prisión contra el acusado, por temor de que eluda el castigo. Mas cuando se quiere castigar un delito como el mío, que merece honores y recompensas, se procede contra el libro, evitando habérselas con el autor. A esto respondió

haciendo una distinción sutil que he olvidado, encaminada a probarme que decretaban mi prisión para hacerme un favor, en vez de señalarme día para ser oído. Al día siguiente recibí una carta de Guy, que me participaba que, hallándose aquel mismo día en casa del procurador general, había visto en su despacho el borrador de una requisitoria contra el *Emilio* y su autor. Nótese que el expresado Guy era el socio de Duchesne, quien había impreso la obra; el cual, por su parte, perfectamente tranquilo, daba por caridad este aviso al autor. Puede juzgarse cuán poco digno de crédito juzgué todo esto. ¿Era tan sencillo, tan natural, que un librero, admitido en audiencia por el señor procurador general, leyese tranquilamente los manuscritos y los borradores esparcidos sobre el despacho de este magistrado? La señora de Boufflers y otros me confirmaban lo mismo. En vista de los absurdos con que me atronaban incesantemente los oídos, tentado estuve de creer que todos se habían vuelto locos.

Conociendo perfectamente que había en todo esto algún misterio que no querían revelarme, esperaba tranquilamente los acontecimientos, descansando en mi rectitud y en mi inocencia, y teniéndome por harto afortunado, cualquiera que fuesen las persecuciones que me esperasen, con ser llamado al honor de sufrir por la verdad. Lejos de temer y ocultarme, iba todos los días a palacio y todas las tardes daba el paseo de costumbre. El día 8 de junio, víspera del decreto, lo di en compañía de los dos profesores oratorianos, el padre Alamanni y el padre Mandard. Nos llevamos a los Champeaux una merienda que saboreamos con muy buen apetido. Habíamos olvidado los vasos, suplimos su falta con pajas de centeno, con las cuales aspiramos el vino de la botella, jactándonos de elegir tubos muy anchos para chupar a cual más. En mi vida he estado tan alegre.

Ya dije cómo perdí el sueño en mi juventud. Desde entonces tenía la costumbre de leer por la noche en la cama, hasta que sentía cerrárseme los ojos. Entonces apagaba la luz y procuraba adormecerme algunos instantes, que no eran muy largos. Mi lectura ordinaria de la noche era la Biblia, y de esta suerte la leí toda lo menos cinco o seis veces seguidas. Aquella noche, hallándome más desvelado que de ordinario, prolongué más mi lectura, y leí todo el libro que termina con el *Levita de Efraín*, y que si no me equivoco es el libro de los Jueces, pues desde entonces no he vuelto a verlo. Esta historia me impresionó vivamente y me hallaba preocupado por una especie de sueño, cuando de repente fui distraído de él por el ruido y la luz. Teresa, que la llevaba, alumbraba al señor La Roche, quien, viéndome incorporarme bruscamente, me dijo: «No se alarme; vengo de parte de la señora mariscala, que le escribe y envía una carta del señor príncipe de Conti.» En efecto, en la carta de la señora de Luxemburgo hallé la que un expreso del señor príncipe acababa de llevarle avisándole que, a pesar de todos sus esfuerzos, se había resuelto proceder contra mí con todo rigor. «La fermenta-

ción –le decía– es extrema, nada puede evitar el golpe; lo exige la corte y lo quiere el Parlamento; a las siete de la mañana se decretará su prisión e irán a prenderle en seguida. He logrado que si se aleja no se le persiga; mas, si persiste en dejarse coger, se le prenderá.» La Roche me instó, de parte de la señora mariscala, a que me levantase y fuese a conferenciar con ella. Eran las dos y acababa de acostarse. «Le espera –añadió La Roche– y no quiere dormirse sin haberle visto.» Yo me vestí aprisa y corrí hacia allá.

Me pareció hallarla agitada, siendo la primera vez que así la veía. Su turbación me conmovió, y en este momento de sorpresa, en medio de la noche, yo mismo no estaba exento de emoción; mas al verla me olvidé de mí mismo para no pensar sino en ella y en el triste papel que iba a representar si yo me dejaba prender, porque sintiéndome con bastante valor para no decir nunca más que la verdad, aunque debiese perjudicarme y perderme, no me sentía con bastante presencia de ánimo ni suficiente destreza, ni quizá con la firmeza necesaria para no comprometérmela si me veía acosado. Esto me decidió a sacrificar mi gloria a su tranquilidad, a hacer en esta ocasión por ella lo que nada hubiera sido capaz de obligarme a hacer por mí. Desde el momento en que me hube resuelto, se lo declaré, no queriendo disminuir el precio de mi sacrificio haciéndoselo comprar. Estoy seguro de que no pudo equivocarse acerca del motivo de mi determinación; sin embargo, ni una sola palabra me dijo que revelase agradecimiento. Esta indiferencia me chocó tanto que hasta tuve impulsos de retractarme; pero vino el señor mariscal y a poco llegó de París la señora de Boufflers. Ellos hicieron lo que hubiera debido hacer la señora de Luxemburgo. Yo me dejé adular; me dio vergüenza retractarme, y ya no se trató sino del lugar donde me escondería y de la ocasión de mi marcha. El señor de Luxemburgo me propuso permanecer en su casa algunos días de incógnito para deliberar y tomar despacio las medidas necesarias; yo no consentí en ello, como tampoco en la proposición de ir secretamente al Temple, y me obstiné en querer partir aquel mismo día, antes que permanecer oculto en parte alguna.

Conociendo que tenía en el reino enemigos secretos y poderosos, juzgué que, a pesar de mi apego a Francia, debía salir de ella para mi tranquilidad. Mi primer impulso fue retirarme a Ginebra; pero un instante de reflexión bastó para disuadirme de cometer esta necedad. Sabía que el Ministerio francés, más poderoso aún en Ginebra que en París, no me dejaría más tranquilo en una de estas ciudades que en la otra, si había resuelto atormentarme. Sabía que el *Discurso sobre la desigualdad* había excitado contra mí en el Consejo un odio tanto más peligroso, cuanto que no osaba manifestarse. Y sabía, por último, que cuando apareció la *Nueva Eloísa*, a instancias del doctor Tronchin, se había apresurado a prohibirla; pero viendo que nadie le imitaba, ni aun en París, se avergonzó de esta ligereza y

levantó la prohibición; por consiguiente, no me cabía duda de que, hallando ahora una ocasión más propicia, tendría buen cuidado de aprovecharla. Además no ignoraba que, a pesar de ponerme buena cara, en todos los corazones ginebrinos reinaba contra mí una secreta envidia, que sólo esperaba una ocasión oportuna para saciarse. Con todo, el amor a la patria me atraía hacia la mía, y si hubiese podido lisonjearme de vivir en paz en ella, ni un instante hubiera vacilado; mas no permitiéndome el honor ni la razón refugiarme allí como un fugitivo, resolví acercarme solamente a ella, e ir a esperar en Suiza la determinación que tomasen en Ginebra respecto a mí. Luego se verá que esta incertidumbre no duró mucho tiempo.

La señora de Boufflers desaprobó grandemente este plan y se esforzó nuevamente para determinarme a pasar a Inglaterra; mas no pudo vencerme. Jamás he tenido simpatía ni por Inglaterra ni por los ingleses; y sin que acertase a comprender la causa, lejos de vencer mi repugnancia, toda la elocuencia de la señora de Boufflers parecía aumentarla.

Resuelto a partir en aquel mismo día, desde la mañana, para todo el mundo, me marché; y La Roche, a quien envié a buscar mis papeles, no quiso decir ni aun a Teresa si estaba o no ausente. Desde que me había resuelto a escribir algún día mis Memorias había acumulado muchas cartas y otros papeles; de suerte que fueron necesarios varios viajes para transportarlos. Puse aparte un montón de esos papeles ya escogidos, y empleé el resto de la mañana en seguir escogiendo entre los demás, a fin de no llevarme sino lo que pudiese servirme y quemar el resto. El señor de Luxemburgo quiso ayudarme en este trabajo, el cual resultó tan largo que no pudimos concluirlo en toda la mañana, y no me quedó tiempo para quemar nada. El señor mariscal me ofreció encargarse de terminarlo, quemar él mismo lo que no sirviese, sin fiarse de nadie, y remitirme todo lo que hubiera separado. Yo acepté la oferta, contento con poder librarme de este cuidado, para poder pasar las pocas horas que me quedaban con personas queridas que iba a dejar para siempre. Tomó la llave del cuarto donde dejé los papeles, y a ruego mío envió a buscar a mi pobre *tía*, que se consumía en la mortal duda de lo que habría sido de mí y de lo que sería de ella, esperando a cada instante a los alguaciles, sin saber cómo conducirse ni qué responderles. La Roche la condujo al castillo sin decirle nada; ella me creía muy lejos ya, y al verme llenó el aire con sus gritos y se precipitó en mis brazos. ¡Oh amistad, correspondencia de los corazones, hábito, intimidad! En este dulce y cruel momento se compendiaron todos los días de felicidad, de ternura y de paz pasados juntos, para hacerme sentir más lo desgarrador de la primera separación, después de haber vivido cerca de diecisiete años, casi sin perdernos de vista ni un solo día. El mariscal, testigo de este abrazo, no pudo contener las lágrimas y nos

dejó. Teresa no quería apartarse de mi lado; mas yo le hice comprender el inconveniente que había en seguirme en aquellos momentos y la necesidad de que se quedara para liquidar mis efectos y recoger mi dinero. Cuando se decreta la prisión de un hombre es costumbre el apoderarse de sus papeles, sellar sus efectos, o inventariarlos y nombrar un depositario. Era, pues, necesario que se quedase para observar lo que ocurriera y sacar de todo el mejor partido posible. Le prometí que nos reuniríamos en breve; el señor mariscal confirmó mi promesa; mas nunca quise decirle adónde iba, a fin de que, al ser interrogada por los que fueran a prenderme, pudiese alegar con verdad su ignorancia sobre este punto. Al abrazarla en el momento de separarnos, yo mismo experimenté una conmoción muy extraordinaria, y en un momento de transporte, ¡ay de mí!, harto profético, le dije: «Hija mía, es necesario que te armes de valor. Has compartido conmigo la prosperidad de mis días más felices; ahora sólo te queda compartir mis miserias ya que lo quieres. No esperes más que afrentas y calamidades en mi compañía. La suerte que para mí empieza en este triste día me perseguirá hasta mi hora postrera.»

No tenía que hacer sino pensar en la marcha. Los alguaciles debían haber venido a las diez. Eran las cuatro de la tarde cuando partí, y aún no habían llegado. Se había resuelto que tomaría la posta. Como yo no tenía silla, el señor mariscal me dio un birlocho y me prestó caballos y un postillón hasta la primera posta, donde, en virtud de sus diligencias, no tuvieron dificultad en proporcionarme caballos.

Como no había comido en la mesa ni me había dejado ver en el castillo, las señoras vinieron a despedirse de mí en el entresuelo, donde había pasado el día. La señora mariscala me besó varias veces con semblante asaz triste; pero ya no sentí en estos besos el calor que animaba los que me había prodigado dos o tres años antes. La señora de Boufflers me besó también y me dirigió muy lisonjeras frases. El beso que más me sorprendió fue el de la señora Mirepoix, pues también estaba presente. La señora mariscala de Mirepoix tiene un temperamento extremadamente frío, es muy honesta y reservada, y me parece que no está completamente exenta de la altivez propia de la casa de Lorena. Nunca había hecho gran caso de mí. Sea porque me halagase este inesperado honor, y procurase aumentar su precio, o que este abrazo llevase de su parte algo de esa conmiseración que es natural en los corazones generosos, ello es que hallé en su acción y en su mirada no sé qué de enérgico que me llegó al alma. Pensando con frecuencia nuevamente en ello, he sospechado después que, no ignorando la suerte a que estaba condenado, no había podido evitar un momento de compasión por mi destino.

El señor mariscal no decía una palabra; estaba pálido como un cadáver, y quiso acompañarme de todos modos hasta la silla que me

esperaba en el abrevadero. Atravesamos todo el jardín sin desplegar los labios. Yo tenía una llave del parque, de la que me serví para abrir la puerta; hecho lo cual, en vez de guardármela, se la devolví sin decir nada, y él la tomó con sorprendente vivacidad, hecho en que no he podido menos de pensar a menudo desde entonces. Jamás he tenido un instante tan amargo como el de esta separación. El abrazo fue largo y mudo: uno y otro presentíamos que era nuestro último adiós.

Entre la Barre y Montmorency hallé una carroza de alquiler donde iban cuatro hombres vestidos de negro que me saludaron sonriendo. Por lo que Teresa me ha dicho acerca del aspecto de los alguaciles, de la hora de su llegada y del modo como procedieron, no me cabe duda de que eran ellos; sobre todo habiendo sabido posteriormente que en vez de darse a las siete la orden de prenderme, como me lo habían anunciado, no se había dado hasta las doce. Fue preciso atravesar todo París. En un calesín completamente descubierto no se puede ir muy oculto, y en las calles vi a muchas personas que me saludaron como conocidas, mas no reconocí a ninguna. Por la noche me desvié del camino con el objeto de pasar por Villeroy. En Lyón los correos deben ser presentados al comandante, cosa que podía ser embarazosa para mí, que no quería mentir ni cambiar de nombre. Por tanto, fui con una carta de la señora de Luxemburgo a suplicar al señor de Villeroy que hiciese de modo que se me exceptuase de esta obligación. El señor de Villeroy me dio una carta de la que no hice uso porque no pasé por Lyón, y ha quedado cerrada aún entre mis papeles. El señor duque me instó grandemente a que pasase la noche en Villeroy; mas yo preferí volver a tomar el camino, y en el mismo día anduve dos postas.

Mi silla era ruda y yo me hallaba harto incómodo para poder hacer largas jornadas. Por otra parte, mi aspecto era poco imponente para que me sirviesen bien; y es sabido que en Francia los caballos de posta no corren sino dando latigazos al postillón. Creí suplir el ademán y las palabras pagando con exceso; esto fue peor aún. Me tomaron por un patán que viajaba por encargo y que iba en posta por vez primera en su vida. Desde entonces no me dieron sino rocines, siendo juguete de los postillones, y acabé por donde hubiera debido empezar, teniendo paciencia y resignándome, a callar e ir como mejor les pluguiese.

No podía fastidiarme por el camino, pues me ocupaban harto las reflexiones que se me ocurrían sobre cuanto acababa de sucederme; pero ni mi cabeza ni la situación de mi corazón estaban para ello. La facilidad con que olvido el mal pasado, por muy reciente que sea, es extraordinario. Cuanto más me asusta y me turba preverlo mientras está por venir, tanto más se debilita su recuerdo en mi memoria y se extingue fácilmente después de haberlo pasado. Mi cruel imaginación, que se atormenta sin cesar con los males no presentes todavía,

divierte mi memoria y me impide recordar los que han pasado. Contra lo que ha pasado no es necesario precaverse, y es inútil ocuparse de ello. En cierto modo sufro de antemano mis desdichas; y cuanto más pesar me ha costado su perspectiva, tanto mayor facilidad hallo en olvidarlas; mientras que, por el contrario, constantemente preocupado por mi pasada felicidad, la recuerdo pensando y fijándome en ella, hasta el punto de poder gozarla nuevamente cuando quiero. A esta feliz disposición debo el no haber conocido nunca ese humor rencoroso que fermenta en un corazón vengativo por efecto del continuo recuerdo de las ofensas recibidas y se atormenta a sí mismo con todo el daño que quisiera causar a su enemigo. Naturalmente colérico, he sentido la ira, y hasta el furor en los primeros impulsos; pero jamás se ha arraigado en mi corazón un deseo de venganza. Me acuerdo poco de la ofensa para que me preocupe mucho su autor. No pienso en el mal que me ha hecho, sino en el que puede causarme todavía, y si estuviese seguro de no recibir otro alguno, en el mismo instante olvidaría el que me hubiese inferido. Se nos predica mucho el perdón de las ofensas; indudablemente es una virtud muy hermosa, pero que yo no tengo. Ignoro si mi corazón sería capaz de sofocar su rencor, porque jamás lo ha sentido, y olvido demasiado a mis enemigos para tener el mérito de perdonarlos, y no diré cuánta molestia se dan ellos mismos para molestarme a mí. A su merced estoy; pueden hacer cuanto quieran y hacer uso de esa facultad. Sólo una cosa está por encima de su poder, y en esto los desafío; y es que, atormentándose por mí pueden obligarme a que me atormente por causa suya.

Al día siguiente de haberme puesto en camino, tan completamente había olvidado cuanto acababa de suceder y al Parlamento, a la señora de Pompadour, al señor de Coiseul, Grimm, d'Alembert y sus tramas, y a sus cómplices, que ni siquiera me habría vuelto a acordar de ellos durante todo el viaje a no ser por las precauciones que me veía obligado a tomar. Lo que recordé en lugar de todo esto fue mi última lectura de la víspera de mi partida. Asimismo recordé los *Idilios* de Géssner, que me había enviado su traductor Hubert hacía algún tiempo. Estas dos ideas se refrescaron de tal modo en mi memoria, se mezclaron de tal suerte en mi mente, que probé a reunirlas tratando el tema del *Levita de Efraim* al estilo de Géssner. Este estilo bucólico y candoroso no parecía muy a propósito para un asunto tan atroz, y tampoco era de presumir que mi situación me sugiriese ideas muy risueñas para amenizarlo. Apenas lo hube ensayado, cuando me sorprendió lo florido de mis ideas y la facilidad con que las vertía. En tres días compuse los tres primeros cantos de este pequeño poema, que acabé posteriormente en Motiers; y estoy seguro de no haber hecho en mi vida otra obra en que reine una pureza de costumbres más tierna, un colorido más fresco, pinturas más candorosas, mayor propiedad, una sencillez más

al gusto antiguo en todo, y esto a pesar de lo horrible del asunto, que en el fondo es abominable; de suerte que además tuve el mérito de la dificultad vencida. Si el *Levita de Efraim* no es la mejor de mis obras, será siempre para mí la más querida. Jamás la he vuelto a leer, ni lo haré, sin sentir el aplauso interno de un corazón sin hiel, que lejos de agriarse por sus desdichas se consuela consigo mismo, y en sí mismo encuentra medio de desquitarse. Que se junten todos esos grandes filósofos, tan superiores, según sus libros, en la adversidad que no sufrieron jamás: póngaseles en una situación semejante a la mía, y en los primeros momentos de la indignación del honor ultrajado déseles a componer una obra de este género y veremos cómo salen del paso.

A partir de Montmorency para Suiza había determinado pararme en Iverdún, en casa de mi antiguo y buen amigo el señor Roguin, que se había retirado allí hacía algunos años y me había invitado a que fuese a verle. Por el camino supe que yendo por Lyón se daba un rodeo; esto me dispensó de pasar por él. Mas en cambio era preciso pasar por Besançon, plaza de guerra, y, por consiguiente, sujeta al mismo inconveniente. Entonces se me ocurrió desviarme del camino y pasar por Salins, so pretexto de ir a ver al señor de Mayrand, sobrino de Dupin, que tenía un empleo en las salinas, y tiempo atrás me había instado vivamente a que le hiciese una visita. Este recurso me produjo buen efecto; no encontré al señor de Mayrand; satisfecho al verme dispensado de detenerme, seguí mi camino sin que nadie me molestase.

Al entrar en territorio de Berna hice parar el calesín; bajé, me prosterné, abracé, besé la tierra y exclamé en un momento de arrebato: «¡Oh cielo, protector de la virtud, te doy gracias! ¡Estoy al fin en tierra de libertad!» De esta suerte, confiado y ciego en mis esperanzas, siempre me he apasionado por lo que había de ser causa de mis desgracias. El postillón, sorprendido, me creyó loco; volví a subir en mi silla, y pocas horas después tuve el placer, tan puro como vivo, de hallarme en los brazos del respetable Roguin. ¡Ah, respiremos algunos instantes en casa de este digno huésped! Necesito cobrar valor y fuerzas; pronto hallaré en qué emplearlos.

Si me he extendido en el relato que acabo de hacer, sobre todo en las circunstancias que he podido recordar, no ha sido sin motivo. Aunque no parezcan muy luminosas, cuando se tiene el hilo de la trama pueden arrojar luz sobre su curso, y, por ejemplo, sin dar la primera idea del problema que voy a proponer, facilitan mucho su resolución.

Supongamos que para el buen éxito de la maquinación, cuyo objeto era yo, fuese absolutamente necesario mi alejamiento. Para lograrlo, todo debía pasar poco más o menos como pasó; pero si, no dejándome asustar por la embajada nocturna de la señora de Luxemburgo y turbar por sus alarmas, hubiese continuado con la fir-

meza con que había empezado, y en vez de permanecer en palacio me hubiese vuelto a mi cama a dormir tranquilamente la fresca mañana, ¿se hubiera decretado igualmente mi prisión? Tesis magna de que depende la solución de muchas otras, y para el examen de la cual no es inútil tener presentes la hora de decreto conminatorio y la del decreto real. Ejemplo grosero, pero palpable, de la importancia de los menores detalles en la exposición de los hechos, cuyas secretas causas se buscan, para descubrirlas por inducción.

LIBRO DUODÉCIMO

1762.–Aquí empieza el cúmulo de tinieblas en que me hallo enterrado hace ocho años, sin que, por ninguno de los medios que he ensayado, me haya sido posible atravesar su espantosa oscuridad. En el abismo de males en que me hallo sumergido siento las heridas de los golpes que me asestan; vislumbro el instrumento inmediato, pero no puedo ver la mano que lo dirige ni los medios que pone en juego. El oprobio y las desgracias caen sobre mí como por sí mismos y sin dejar rastro. Cuando mi corazón desgarrado deja escapar algún gemido parezco un hombre que se queja sin motivo; y los autores de mi ruina han encontrado el inconcebible arte de hacer al público cómplice de sus maquinaciones, sin que lo sospeche ni descubra el efecto. Al narrar, pues, los hechos que me conciernen, los malos tratos que he sufrido y cuanto me ha pasado, me es imposible remontarme a la mano directiva y fijar las causas al relatar los hechos. Estas causas primitivas se hallan indicadas en los tres libros precedentes; todos los intereses relativos a mí, todos los motivos secretos están indicados allí. Pero me es imposible explicar, ni aun por conjeturas, cómo se combinan estas diversas causas para producir los extraños acontecimientos de mi vida. Si entre mis lectores hay alguno bastante generoso que quiera profundizar estos misterios y descubrir la verdad, vuelva a leer con cuidado los tres libros anteriores; a cada hecho que lea en los siguientes tome los informes que estén a su alcance, remóntese de intriga en intriga y de agente en agente hasta los primeros motores de todo; ya sé a punto fijo el término a que le conducirán sus pesquisas; mas yo me pierdo en la oscura y tortuosa senda de los subterráneos que a él le han de guiar.

Durante mi permanencia en Iverdún conocí a toda la familia del señor Roguin, y, por tanto, a su sobrina la señora Boy de la Tour y a sus hijas, cuyo padre conocí en otro tiempo en Lyón, según creo haber dicho. Esta señora había ido a Iverdún para ver a su tío y a sus

hermanos; su hija mayor, de unos quince años de edad, me embelesó por su buen sentido y su excelente carácter, y trabé la más tierna amistad con madre e hija. Esta última estaba destinada por el señor Roguin a ser esposa de un coronel, sobrino suyo, ya de cierta edad, que también me manifestaba el mayor afecto; mas aunque el tío estaba empeñado en este matrimonio, aunque el sobrino lo deseaba mucho también y yo me tomé un gran interés por la satisfacción de ambos, la gran desproporción de edades y la extremada repugnancia de la niña me hicieron cooperar con la madre a estorbar este casamiento, que no se llevó a efecto. El coronel se casó después con la señorita Dillán, pariente suya, que poseía un carácter y una belleza muy gratos a mi corazón y que lo hizo el más feliz de los maridos y de los padres. Con todo, el señor Roguin no ha podido olvidar que yo me opuse a sus deseos en esta ocasión. Me he consolado de ellos con la certeza de haber llenado, así respecto de él como de su familia, los más santos deberes de la amistad, que no consisten en hacerse siempre agradables, sino en aconsejar siempre lo mejor.

No estuve mucho tiempo en duda acerca de la acogida que me esperaba en Ginebra, en el caso de que me ocurriese volver allá. Quemaron mi libro, y decretaron mi prisión el día 18, esto es, nuevo después de haberlo hecho en París. Había en este segundo decreto tal cúmulo de increíbles absurdos, y en él estaba tan formalmente violado el edicto eclesiástico, que no quise dar crédito a los primeros que me lo dieron a conocer; cuando lo vi bien confirmado temí que una infracción tan manifiesta de las leyes, empezando por la del buen sentido, causaría un trastorno en Ginebra. Mas pude tranquilizarme, pues todo siguió como antes. Si algún rumor se levantó en el populacho fue únicamente contra mí, y fui tratado públicamente por todas las vocingleras y los pedantes como un escolar a quien se amenaza con el látigo por no haber sabido la lección de catecismo.

Dichos decretos fueron la señal del grito de maldición que se levantó contra mí en toda Europa con un furor sin ejemplo. Todas las gacetas, todos los periódicos, todos los folletos levantaban contra mí el más terrible somatén. Sobre todo los franceses, ese pueblo tan dulce, tan cortés, tan generoso, que tanto se precia de benévolo y deferente con los desgraciados, olvidando repentinamente sus virtudes favoritas, se distinguió por el número y la violencia de los ultrajes con que me agobiaba a porfía. Yo era un impío, un ateo, un forajido, un furioso, una bestia feroz, un lobo. El continuador del *Journal de trèvoux* hizo una digresión sobre mi pretendida *licantropía* que revelaba la suya con bastante claridad. En fin: hubiérase dicho que en París temía tener que habérselas con la policía, quien al publicar algún escrito, cualquiera que fuese el asunto de que tratase, se olvidara meter en él algún insulto a mí encaminado. Buscando en vano la causa de esta unánime animosidad estuve tentado por creer

que todo el mundo se había vuelto loco. ¡Cómo! ¡El redactor de la *Paz perpetua* alimenta la discordia; el editor del *Vicario saboyano* es un impío; el autor de la *Nueva Eloísa*, un lobo; el del *Emilio*, un furioso! ¡Dios mío! ¿Qué hubiera sido de haber publicado el libro *Del espíritu o cualquier otra obra semejante?* Y, sin embargo, en la tempestad que se movió contra el autor de este libro, el público, lejos de unir su voz a la de sus perseguidores, le vengó con sus elogios. Compárese sus libros con los míos, la diferente acogida que han obtenido, el trato que han recibido ambos autores en los diversos Estados de Europa; hállense para estas diferencias causas que puedan satisfacer a una persona sensata; he ahí cuanto pido, y me doy por satisfecho.

Tan bien me hallaba en Iverdún, que accedí a las reiteradas instancias de Roguin y de toda su familia para que me quedase. El señor de Moiry de Gingins, bailío de esta ciudad, también me animaba con su benevolencia a permanecer en el lugar de su mando. El coronel se empeñó de tal modo en que aceptara un pequeño pabellón que había en su casa, situado entre el patio y el jardín, que al fin lo admití, y en seguida se apresuró a prepararlo y amueblarlo con todo lo necesario a mi reducida estancia. El mesnadero Roguin, uno de los más asiduos a mi lado, no me dejaba en todo el día. Estaba siempre agradecido a tantos halagos, pero a veces también me importunaban. Se había designado ya el día en que se desalojaría mi casa, y había escrito a Teresa que podía venir a reunirse conmigo, cuando supe de repente que se levantaba en Berna una tempestad contra mí, atribuida a los fanáticos, y cuya primera causa jamás he podido penetrar. El Senado, movido sin saber por quién, no quería dejarme tranquilo en mi retiro. Al primer aviso que tuvo el señor bailío de esta fermentación, escribió en favor mío a varios miembros del gobierno, censurando su ciega intolerancia y avergonzándoles de que rehusasen a un hombre de mérito el asilo que tantos bandidos encontraban en sus Estados. Personas sensatas han presumido que el calor de estos reproches habían contribuido a agriar más bien que a dulcificar los ánimos. Como quiera que sea, ni su influencia ni su elocuencia fueron bastantes a parar el golpe. Conociendo la orden que debía darme de antemano me previno, y por no esperar esta orden resolví partir al día siguiente. La dificultad estaba en saber adónde ir, viendo que para mí estaban cerradas Ginebra y Francia, y previendo perfectamente que en este asunto cada cual se apresuraría a imitar a su vecino.

La señora Boy de la Tour me ofreció una casa vacía, pero amueblada, que pertenecía a su hijo y estaba situada en la aldea de Motiers, en Val-de-Travers, condado de Neufchâtel. Para llegar allá sólo tenía que atravesar una montaña. La oferta venía tanto más a propósito, cuanto que en los Estados del rey de Prusia debía yo estar naturalmente al abrigo de las persecuciones, ya que a lo menos la

religión no podía servir de pretexto. Mas había una secreta dificultad, que no me convenía descubrir y era bastante a hacerme vacilar. El innato amor a la justicia que siempre devoró mi corazón, unido a mi oculta inclinación a Francia, me había inspirado aversión hacia el rey de Prusia, quien, con sus máximas y su conducta, me parecía que hollaba todo respeto hacia la ley natural y a todos los deberes humanos. Entre los cuadros con estampas con que había adornado mi torrecilla de Montmorency había un retrato de este príncipe que llevaba al pie un dístico que acababa así:

«Piensa como filósofo y obra como rey.»

Este verso, que puesto por otra pluma hubiera sido un elogio, tenía en la mía un sentido nada equívoco, y que, por otra parte, aclaraba bastante el verso precedente. Cuantos habían ido a verme, y no eran pocos, habían visto dicho dístico. El caballero de Lorenzy hasta lo había copiado para dárselo a d'Alembert, de quien yo no dudaba que habría tenido el buen cuidado de indisponerme, gracias a él, con el príncipe. Además había aumentado este primer agravio en un pasaje del *Emilio,* donde bajo el nombre de Adrasto, rey de los daunios, se veía bastante a quien aludía, observación que no había escapado a los glosadores, puesto que la señora de Boufflers me había puesto en el caso de hablar de este asunto varias veces. Así, pues, tenía la seguridad de estar inscrito con tinta roja en los registros del rey de Prusia; y suponiendo, además, que sus principios eran los que osaba atribuirle, por esto sólo ni mis escritos ni su autor podían serle agradables; porque es sabido que los malvados y los tiranos siempre me han aborrecido de muerte, aun sin conocerme, y sólo por las lecturas de mis obras.

No obstante, me atreví a entregarme en sus manos, y creí correr poco riesgo. Sabía que las pasiones bajas no subyugan sino a los hombres pequeños y hacen poca mella en las almas de gran temple, tal como siempre había considerado la suya. Juzgué que en su arte de reinar entraba el de mostrarse magnánimo en semejantes ocasiones y que no estaba fuera de su carácter el serlo en efecto. Juzgué que no titubearía un instante entre una vil y fácil venganza y el amor de la gloria; y poniéndome en su lugar, creí muy posible que se valiese de las circunstancias para agobiar con el peso de su generosidad a un hombre que había pensado mal de él. Fui, pues, a establecerme en Motiers, con una confianza, cuyo valor le creí capaz de comprender, diciendo para mis adentros: Cuando Juan Jacobo se eleva hasta ponerse al lado de Coriolano, ¿no estará Federico a la altura del general de los volscos?

El coronel Roguin quiso de todas maneras pasar la montaña conmigo e ir a instalarse en Motiers. Una cuñada de la señora Boy de la Tour, llamada Giradier, que se hallaba muy cómoda en la casa que

yo iba a ocupar, no me vio con mucho gusto, pero me puso de buen grado en posesión de mi estancia, e ínterin venía Teresa a mi pequeño ajuar quedaba instalado comí con ella.

Desde mi salida de Montmorency, conociendo muy bien que en adelante iría fugitivo por la tierra, vacilé en permitirle que viniese a juntarse conmigo y a participar de la vida errante a que me veía condenado. Presentía que por efecto de esta catástrofe iban a cambiar nuestras relaciones y que cuanto hasta entonces había sido favor y buenas obras por mi parte, en lo sucesivo lo serían por la suya. Si su cariño era bastante a resistir la prueba de mis desgracias, su corazón tendría que sentirse desgarrado y su dolor aumentaría mis males. Si mi desgracia entibiaba su corazón, ella haría valer su constancia como un sacrificio; y en vez de experimentar el placer con que yo partiría con ella el último pedazo de pan, no vería más que el mérito que contraía siguiéndome voluntariamente doquiera que me llevase la suerte.

Fuerza es decirlo todo: no he disimulado los defectos de mi pobre madre ni los míos; no debo hacer una excepción en favor de Teresa; y por grande que sea el placer que encuentro en tributar el honor debido a una persona que me es tan cara, tampoco quiero ocultar sus faltas, aun suponiendo que un cambio involuntario en las afecciones del corazón sea verdaderamente un defecto. Hacía mucho tiempo que reparaba el enfriamiento del suyo. Conocía que yo no era ya para ella lo que fui en nuestros buenos años, y lo sentía tanto más, cuanto que ella era para mí siempre la misma. Volví a dar con el mismo inconveniente, cuyo efecto había experimentado cerca de *mamá,* y este efecto fue el mismo con Teresa. No vayamos a buscar perfecciones que no ofrece la naturaleza: lo mismo sucedería con otra mujer cualquiera. Por muy razonable que me hubiese parecido el partido que había tomado respecto de mis hijos, jamás me había dejado el corazón completamente tranquilo. Al meditar sobre mi *Tratado de la educación* vi que había descuidado deberes de que nada podía dispensarme, y mis remordimientos fueron, al fin, tan vivos que casi me arrancaron la confesión pública de mi falta; al principio del *Emilio* tan fácilmente se trasluce, que parece imposible que, en vista de este pasaje, haya habido quien tuviese valor de echármela en cara. Mi situación era entonces la misma y aún peor por efecto de la animosidad de mis enemigos, que no deseaban otra cosa sino hallarme en falta. Temí la reincidencia, y no queriendo correr este riesgo, preferí condenarme a la abstinencia a exponer a Teresa a verse de nuevo en el mismo caso. Por otra parte, había observado que el uso de las mujeres empeoraba sensiblemente mi estado. Este doble motivo me había hecho tomar determinaciones que alguna vez había infringido, pero en que persistía con mayor constancia hacía tres o cuatro años; de esta época data también el enfriamiento de Teresa. Me tenía la misma adhesión por deber, mas

ya no me lo tenía por amor. Necesariamente esto hacía menos agradables nuestras relaciones, y yo me imaginaba que, segura de la continuación de mis cuidados por ella, dondequiera que estuviese, tal vez prefería quedarse en París, a errar conmigo. No obstante, había manifestado tanto dolor en el acto de nuestra separación, me había exigido tan formales promesas de que nos reuniríamos, tan vivamente manifestaba este deseo desde mi partida, así al señor príncipe de Conti como al señor de Luxemburgo, que lejos de tener valor para hablarle de separación apenas lo tuve para pensarlo yo mismo, y habiendo sentido dentro de mi corazón cuán imposible me era prescindir de ella, no pensé más que en llamarla incesantemente. Así, pues, le escribí que se pusiese en camino, y así lo hizo. Apenas hacía dos meses que nos habíamos separado; pero en tantos años era la primera vez, y para ambos había sido muy cruel. ¡Qué conmoción al abrazarnos! ¡Cuán dulces son las lágrimas de ternura y de alegría! ¡Cuánto se sacia mi corazón con ellas! ¿Por qué me han hecho derramar tan pocas de esta especie?

Al llegar a Motiers había escrito a milord Keith, mariscal de Escocia, gobernador de Neufchâtel, para participarle mi retiro a los Estados de su majestad y pedirle su protección. Respondióme con la generosidad que era notoria en él y que de él esperaba. Invitóme a ir a verle, lo que verifiqué en compañía del señor Martinet, alcaide del castillo de Val-de-Travers, que gozaba de gran favor cerca de su excelencia. El venerable aspecto de este ilustre y virtuoso escocés me conmovió profundamente, y desde aquel mismo instante comenzó entre los dos el vivo afecto que por mi parte ha sido siempre el mismo y que lo hubiera sido igualmente por la suya si los traidores que me han arrebatado todos los consuelos de la vida no hubiesen aprovechado mi alejamiento para abusar de su ancianidad y desfigurarme ante sus ojos.

Jorge Keith, mariscal hereditario de Escocia y hermano del célebre general Keith que vivió gloriosamente y murió en el campo del honor, había salido de su país cuando joven; fue proscrito de él por haber sido adicto a la causa de los Estuardos, de quienes se disgustó, en breve, con motivo del espíritu de injusticia y tiranía que en ellos descubrió y que fue siempre su carácter dominante. Permaneció largo tiempo en España, cuyo clima le agradaba mucho, y acabó lo mismo que su hermano, por adherirse al rey de Prusia, quien sabía conocer a los hombres, y les acogió como ellos merecían. Vio bien recompensada esta acogida con los servicios que le prestó el mariscal Keith y con otra cosa mucho más preciosa aún: la sincera amistad de milord mariscal. La grande alma de este hombre digno y enteramente republicano sólo podía doblegarse bajo el yugo de la amistad; pero se le entregó tan completamente, que teniendo principios muy diferentes no vio más que a Federico desde el momento en que le tomó cariño. El rey le encomendó negocios

importantes, le envió a París, a España, y, al fin, viéndole ya viejo y que necesitaba descanso, le dio como retiro el gobierno de Neufchâtel, con la deliciosa ocupación de hacer feliz a esta pequeña comarca.

Los neufchatelenses, que sólo gustan de oropeles y cosas que hagan ruido, que nada entienden en el fondo de las cosas y aguzan el ingenio para construir frases pomposas, viendo un hombre frío y poco ceremonioso tomaron su sencillez por altanería, su franqueza por rusticidad, su laconismo por ignorancia; mostráronse ariscos a sus benévolos cuidados, porque queriendo ser útil y no mimoso no sabía acariciar a las personas que no estimaba. En el ridículo asunto del ministro Petitpierre, que fue echado por sus compañeros por no haber querido que se condenasen eternamente, habiéndose opuesto milord a las usurpaciones de los ministros, vio a todo el país, cuyo partido tomaba, levantarse contra él; cuando llegué yo, aquella estúpida murmuración no había cesado aún. Cuando menos, pasaba por hombre que se dejaba imbuir; y de cuanto se le imputaba, tal vez era esto lo menos injusto. Al ver a aquel venerable anciano, mi primer impulso fue enternecerme al considerar lo flaco de su cuerpo, ya descarnado por los años; mas al fijar la vista en su animada fisonomía franca y noble me sentí embargado por un respeto mezclado de confianza, que fue superior a cualquier otro sentimiento. Al corto cumplido que le dirigí al presentarme, respondió hablando de otra cosa como si hiciese ocho días que estuviese yo allí. Ni siquiera nos invitó a que nos sentásemos; el tieso castellano permaneció en pie, mas yo vi en la penetrante y fina mirada de milord cierto no sé qué tan cariñoso, que, hallándome desde luego sin encogimiento, fui sin cumplidos a sentarme a su lado en el sofá. Por el tono familiar que adquirió en seguida, conocí que esta libertad le agradaba y que él mismo se decía: Éste sí que no es neufchatelense.

¡Singular efecto de la gran conexión de caracteres! En una edad en que el corazón ha perdido su natural color, el de este buen viejo se reanimó para mí de un modo que sorprendió a todo el mundo; vino a verme so pretexto de cazar codornices y pasó dos días conmigo sin tocar una escopeta; y entre ambos se estableció una amistad tal, porque ésta es la verdadera expresión, que no podíamos prescindir uno de otro. El castillo de Colombier, donde pasaba el verano, distaba seis leguas de Motiers; allá iba yo a pasar veinticuatro horas cada quince días por lo menos; luego volvía como había ido, esto es, como peregrino, y cada vez más prendado de él. La emoción que en otro tiempo experimentaba en mis excursiones desde el *Ermitage* a Eaubonne era muy diferente sin duda; pero no más dulce que la que me embargaba al aproximarme a Colombier. ¡Cuántas lágrimas de ternura he derramado en el camino pensando en las paternales atenciones, en las amables virtudes y en la dulce filosofía de este respetable anciano! Yo le llamaba padre y él me

daba el nombre de hijo. Estos dos nombres dan en parte una idea del afecto que nos unía, pero no la da enteramente de lo que nos necesitábamos uno a otro y del continuo deseo de estar juntos. Él quería de todos modos darme habitación en el castillo de Colombier, y me instó durante mucho tiempo a que tomase por vivienda el departamento que ocupaba cuando iba. Al fin le dije que en mi casa me hallaba con más libertad y que prefería pasar mi vida yendo a visitarle. Esta franqueza mereció su aprobación, y no me habló más del asunto. ¡Oh buen milord! ¡Oh digno padre mío! ¡Cuánto se enternece mi corazón al pensar en ti! ¡Ah, bárbaros, qué golpe me han asestado apartándole de mí! Pero no, no, grande hombre, eres y serás siempre el mismo para mí, que soy constante; te han engañado, pero no te han cambiado.

Milord mariscal no carece de defectos; es un sabio, pero es un hombre. A pesar de su penetración del más fino tacto que puede darse, del más profundo conocimiento de los hombres, a veces se deja engañar, y entonces no se desengaña jamás. Tiene un carácter singular, y en su modo de sentir hay algo de caprichoso y extravagante. Parece olvidar a las personas que ve todos los días, y cuando menos lo esperan se acuerda de ellas: sus finezas parecen inoportunas; sus regalos son de capricho y no de conveniencia. Da o envía repentinamente lo primero que se le ocurre, de gran precio o de ningún valor, indistintamente. Un joven ginebrino que deseaba entrar al servicio del rey de Prusia se presentó a él: milord, en vez de una carta, le dio un saquito de guisantes con encargo de presentarlo al rey, quien empleó inmediatamente al portador de tan extraña recomendación. Estos genios elevados tienen entre sí un lenguaje que las almas vulgares no comprenderán jamás. Estas pequeñas rarezas, semejantes a los caprichos de una mujer bonita, me hacían a milord mariscal más interesante. Estoy seguro, y lo he experimentado en lo sucesivo, de que ninguna influencia ejercían en sus sentimientos ni en las atenciones que le prescribía la amistad en los casos formales. Asimismo, en su modo de favorecer empleó la misma regularidad que en sus costumbres. No citaré más que un rasgo acerca de una bagatela. Como la jornada de Motiers a Colombier era muy larga para mí, yo la dividí ordinariamente en dos, partiendo después de comer y anocheciendo en Brot, a mitad del camino. El hostelero, llamado Sandoz, tenía que solicitar en Berlín una gracia que le importaba extraordinariamente, y me rogó que impetrara de su excelencia el pedirla por él. Yo le llevé conmigo de buen grado; le dejé en la antecámara y hablé del asunto a milord, que no me respondió palabra. Pasa la mañana, y al atravesar la sala para ir a comer encuentro al pobre Sandoz que se consumía esperando. Yo creyendo que milord lo había olvidado le vuelvo a hablar de él antes de sentarnos a la mesa; tampoco me respondió nada. Este modo de darme a entender cuánto le importunaba me pareció duro, y me

callé compadeciendo, por lo bajo, al pobre Sandoz. Al día siguiente, cuando volvía, me sorprendió dándome las gracias por la buena acogida y la buena mesa que había hallado en casa de su excelencia, quien además había admitido su solicitud. Tres semanas después milord le envió el rescripto que había pedido, expedido por el ministro y firmado por el rey, y esto sin haberme querido decir jamás ni responder una sola palabra, ni tampoco a él, sobre este asunto, del que creí no quería encargarse.

Quisiera no cesar de hablar de Jorge Keith; a él debo mis últimos recuerdos felices; todo el resto de mi vida no ha sido más que aflicciones y opresiones de corazón. Su memoria es tan triste y tan confusa, que no me es posible establecer orden alguno en mis relatos: en adelante me veré obligado a coordinarlos al acaso y según se presenten.

No estuve mucho tiempo inquieto acerca de mi asilo, pues me sacó de dudas la respuesta del rey a milord mariscal, en quien, como se comprende, hallé un buen abogado. No sólo su majestad aprobó lo que él había hecho, sino que le encargó (porque ha de decirse todo) que me diese doce luises. El buen mariscal, embarazado con semejante comisión y no sabiendo cómo cumplirla cortésmente, procuró atenuar el insulto transformando este dinero en provisiones e indicándome que tenía orden de proveerme de leña y de carbón para inaugurar mi pequeño menaje; y añadió, quizá de su cosecha, que el rey tendría un placer en hacerme construir una casa a gusto mío si yo quería escoger terreno. Esta última oferta me conmovió mucho y me hizo olvidar la mezquindad de la otra. Sin aceptar ninguna de las dos consideré a Federico como a bienhechor y protector mío, y me aficioné tan sinceramente a él, que me tomé desde entonces tanto interés por su gloria como había hallado injustos sus triunfos. En la paz que hizo poco tiempo después manifesté mi alegría con una iluminación de muy buen gusto: era un cordón de guirnaldas, con que adorné la casa que vivía, y donde en verdad tuve la vengativa altivez de gastar casi tanto dinero como él había querido darme. Hecha la paz, creí que habiendo llegado al colmo de su gloria militar y política la adquiría de otro género dando nueva vida a sus Estados, haciendo reinar en ellos el comercio y la agricultura, creando un nuevo suelo y cubriéndolo con un pueblo nuevo, manteniendo buenas relaciones con todos sus vecinos y constituyéndose en árbitro de Europa, después de haber sido su terror. Podía deponer la espada sin riesgo alguno, seguro de que nadie le obligaría a tomarla nuevamente. Viendo que no procedía al desarme temí que hiciese mal uso de sus ventajas y que no fuese grande sino a medias. Atrevíme a escribirle con este motivo, y tomando el tono familiar, adecuado a los hombres de su temple, elevé hasta él esta santa voz de la verdad que tan pocos reyes pueden escuchar. Sólo en secreto, y entre los dos, me tomé esta libertad, sin hacer partícipe de ellos ni

al mismo milord mariscal, y remití mi carta al rey bien cerrada. Milord la remitió sin preguntar su contenido. El rey no respondió a ella; y algún tiempo después, habiendo ido milord mariscal a Berlín, le dijo únicamente que yo le había reñido mucho. Con esto comprendí que mi carta había sido mal recibida y que la franqueza de mi celo se había tomado por la rusticidad de un pedante. En el fondo, esto podía ser muy bien; tal vez no dije lo que convenía y no tomé el tono que correspondía. No puedo responder sino del sentimiento que me puso la pluma en la mano.

Poco tiempo después de haberme establecido en Motiers-Travers, teniendo todas las seguridades posibles de que me dejarían tranquilo, adopté el traje armenio. No era esto una idea nueva: en el curso de mi vida se me ocurrió varias veces, y pensé en ello a menudo en Montmorency, donde el frecuente uso de las sondas, condenándome a permanecer mucho en mi cuarto, me hizo conocer mejor todas las ventajas del traje talar. La proporción de conocer a un sastre armenio que venía de cuando en cuando a ver a un pariente que tenía en Montmorency me indujo a aprovecharla para adoptar este nuevo traje, aun a riesgo del qué dirán, que me importaba muy poco. Con todo, antes de tomarlo quise consultar a la señora de Luxemburgo, a quien le pareció muy bien. Me pertreché pues, de un pequeño equipo armenio; pero el huracán levantado contra mí fue causa de que difiriese su uso para más tranquilos tiempos, y sólo hasta algunos meses después, cuando me vi reducido a recurrir a las sondas por nuevos ataques, creí poder tomar en Motiers este nuevo traje sin riesgo alguno, sobre todo después de haber consultado con el pastor de la comarca, quien me dijo que podía llevarlo, aun en el mismo templo, sin escándalo. Adopté, pues, la chaqueta, el caftán, el gorro forrado y el cinturón; y después de haber asistido así vestido al culto divino, no hallé inconveniente en llevarlo a casa de milord mariscal. Viéndome su excelencia vestido de este modo, por todo cumplimiento me dijo: *Salameleki;* después de esto no hablamos más del asunto y no llevé otro vestido.

Habiendo abandonado completamente la literatura no pensé más que en llevar una vida dulce y tranquila, en cuanto de mí dependiese. Hallándome solo jamás he conocido el fastidio, aun no teniendo absolutamente nada que hacer; mi imaginación, llenando todo vacío, es bastante por sí sola para ocuparme. Lo que jamás he podido soportar es la habladuría de las tertulias, donde están todos sentados unos enfrente de otros, sin tener más que mover la lengua. Cuando se va de camino, cuando se pasea, vaya con Dios; a lo menos los pies y los ojos hacen alguna cosa; pero permanecer quieto, con los brazos cruzados, hablando del tiempo que hace y de las moscas que vuelan, o lo que es peor, dirigirse mutuos cumplidos es para mí un suplicio insoportable. Por no vivir como un salvaje se me antojó aprender a fabricar cordoncillos; iba a hacer mis visitas

con la almohadilla, o me colocaba, como las mujeres, a la puerta de la casa trabajando y hablando con los transeúntes. Esto me hacía soportar lo vacío de la charla y pasar el tiempo sin fastidiarme en casa de mis vecinas, muchas de las cuales eran bastante amables y no carecían de ingenio. Una de ellas, llamada Isabel de Ivernois, hija del procurador general de Neufchâtel, me pareció bastante apreciable para entablar con ella una amistad particular, que le ha sido grata por los provechosos consejos que le he dado y por las atenciones que le he devuelto en ocasiones importantes; de suerte que, al presente, digna y virtuosa madre de familia, tal vez me debe su razón, su marido, su felicidad y su vida. Por mi parte yo le debo muy dulces consuelos, sobre todo durante un invierno muy triste en que, en lo más recio de mis males y de mis penas, venía a pasar con Teresa y conmigo largas veladas que considerábamos muy cortas por efecto de su carácter alegre y del mutuo desahogo de nuestros corazones. Ella me llamaba su papá, yo la llamaba hija mía, y espero que estos nombres, que seguimos dándonos, no dejarán de serle tan caros como a mí. A fin de que mis cordoncillos sirviesen de utilidad, los regalaba a mis jóvenes amigas cuando se casaban, a condición de que criarían ellas mismas a sus hijos. De este modo regalé uno a su hermana, y lo ha merecido; Isabel recibió también otro, que no ha merecido menos por su buen deseo, pero no ha tenido el gusto de ver cumplida su voluntad. Al enviarles estos cordones escribí una carta a cada una; la primera de estas dos cartas ha sido divulgada; mas la segunda no estaba destinada a tanto ruido: la amistad no se aviene con la ostentación.

Entre las relaciones que adquirí en la vecindad, en cuyo detalle no entraré, debo consignar la del coronel Pury, que tenía una casa en la montaña, adonde iba a pasar los veranos. Yo no tenía empeño alguno en conocerle, porque sabía que no era bien visto en la corte ni por milord mariscal, a quien no visitaba. Sin embargo, como fue a verme y me prodigó finezas me vi precisado a visitarle yo también; esto siguió y alguna vez comíamos juntos. En su casa conocí al señor De Peyrou, con quien trabé una amistad demasiado íntima para que pueda pasarla por alto.

El señor De Peyrou era americano, hijo de un comandante de Surinam, cuyo sucesor, el señor de Chambrier, de Neufchâtel, se casó con la viuda. Habiendo quedado viuda por segunda vez, fue a establecerse al país de su segundo marido. Peyrou, hijo único, muy rico, y tiernamente amado por su madre, había sido criado con bastante esmero y había sabido aprovechar la educación. Poseía, aunque someramente, muchos conocimientos, alguna afición a las artes, y, sobre todo, se preciaba de haber cultivado su inteligencia; su aire de holandés, frío y filosófico, su atezado rostro, su carácter silencioso y retraído favorecían mucho esta opinión. Aunque joven aún, era sordo y padecía de la gota. De aquí que todos sus movi-

mientos fuesen muy pausados, muy graves; y aunque le agradaba disputar, alguna vez hasta largamente, en general hablaba poco, porque no oía. Este exterior me subyugó. Dije para mis adentros: «He aquí un hombre pensador, discreto; un hombre tal que ha de ser una felicidad tenerle por amigo.» Para acabar de preocuparme dirigíame a menudo la palabra, sin decirme jamás el menor cumplimiento. Me hablaba poco de mí, poco de mis libros y muy poco de sí mismo; no carecía de ideas, y cuanto decía era bastante exacto.

Esta exactitud y esta uniformidad me atrajeron. No tenía el ánimo elevado de milord mariscal ni su figura, pero sí su naturalidad; esto siempre era parecérsele en algo. No me entusiasmé con él, pero le cobré aprecio, y poco a poco éste trajo la amistad. Con él olvidé completamente la objeción que había hecho al barón de Holbach de ser demasiado rico, y creo que hice mal. He aprendido a dudar de que a un hombre que goza de una gran fortuna, sea quien fuere, puedan agradarle sinceramente mis principios y mi persona.

Durante bastante tiempo vi con poca frecuencia a Peyrou, porque yo no iba a Neufchâtel y él no venía sino una vez al año a la montaña del coronel Pury. ¿Por qué no iba yo a Neufchâtel? Es una puerilidad que no debo callar.

Aunque protegido por el rey de Prusia y por milord mariscal, si al principio evité la persecución en mi asilo, no pude evitar las murmuraciones del público, de los magistrados municipales y de los ministros. A consecuencia del impulso dado por Francia no era de buen tono dejar de inferirme al menos algún insulto; hubiérase temido parecer que desaprobaban a mis perseguidores, dejando de imitarles. Las personas de rango de Neufchâtel, esto es, los amigos de los ministros de esta ciudad, dieron el primer impulso, intentando excitar contra mí el Consejo de Estado. No habiendo obtenido buen éxito en esta tentativa, los ministros se dirigieron al magistrado municipal, quien hizo prohibir mi libro incontinenti, y tratándome en todas ocasiones con poca mesura, daba a entender y aun decía que si yo hubiera querido fijarme en la ciudad no lo habría permitido. Llenaron su *Mercurio* de impertinencias y de las más chabacanas gazmoñerías, que, haciendo reír a las personas sensatas, no dejaban de excitar al pueblo y animarle contra mí. Todo esto no impedía que, al decir de ellos, debiese estarles muy agradecido por la extraordinaria gracia que me dispensaban dejándome vivir en Motiers, donde ninguna autoridad tenían; de buena gana me habrían medido el aire por jarros, con tal de que lo hubiese pagado bien caro. Querían que les agradeciese la protección que el rey me dispensaba a pesar de ellos, y sin cesar trabajaron para quitármela. En fin, no pudiendo lograrlo, después de haberme causado todo el daño que pudieron y de haber empleado todas sus fuerzas en difamarme, haciendo de necesidad virtud, se jactaron de la bondad que conmigo empleaban tolerándome en su país. Yo hubiera debido reírme en sus

barbas por toda respuesta; pero fui tan tonto que me enfadé y cometí la estupidez de no querer ir a Neufchâtel; resolución que cumplí durante cerca de dos años, como si fuese honrar demasiado a tales gentes el prestar atención a su manera de obrar, que, buena o mala, no puede atribuírseles, porque jamás obran *motu proprio*. Por otra parte, los espíritus faltos de luz y de cultura, que no conocen otro objeto de su aprecio que la fama, el poder y el dinero, están muy lejos aún de sospechar que se le debe algún respeto al talento y que se deshonra el que lo ultraja.

Cierto alcalde de aldea, que por sus malversaciones había sido depuesto, decía al lugarteniente de Val-de-Travers, marido de mi Isabel: «Dicen que ese Rousseau tiene mucho talento; tráiganmelo, y veremos si es verdad.» Seguramente, el descontento de un hombre que usa este tono debe importar poco a los que de él son objeto.

En vista del modo como se me trataba en París, en Ginebra, en Berna y en Neufchâtel mismo, no esperaba mayores miramientos del pastor del pueblo. No obstante, habiéndole sido recomendado por la señora Boy de la Tour, me había recibido muy bien; mas en este país donde se halaga igualmente a todo el mundo, las caricias no significan nada. Pero después de mi solemne reconciliación con la Iglesia reformada y viviendo en un país reformado, no podía, sin faltar a mi obligación y deber de ciudadano, desatender la profesión pública del culto en que había vuelto a entrar; por consiguiente, asistía al servicio divino. Por otra parte, presentándome a la mesa sagrada temía exponerme a la afrenta de una repulsa y no era probable que, después del alboroto levantado en Ginebra por el Consejo y en Neufchâtel por cierta clase, quisiese administrarme tranquilamente la comunión en su iglesia. Viendo, pues, aproximarse la época me resolví a escribir al señor de Montmollin (tal era el nombre del ministro), para dar testimonio de buena voluntad y participarle que seguía siempre unido de corazón a la Iglesia protestante, y al mismo tiempo, para evitar cavilaciones acerca de los artículos de fe, le dije que no quería explicación ninguna especial sobre el dogma. Habiéndome así puesto en regla tocante a este punto, quedé tranquilo, en la persuasión de que el señor de Montmollin no rehusaría admitirme sin la discusión previa, en que yo no quería entrar, y que así quedaría hecho todo sin que pudiese achacárseme la menor falta. Nada de esto sucedió: en el momento en que menos lo esperaba, el señor de Montmollin vino a declararme que no solamente me admitía a la comunión en la forma por mí propuesta, sino que además él y los ancianos se tendrían por muy honrados contándome en su rebaño. En mi vida recibí mayor ni más consoladora sorpresa. Vivir siempre aislado en la tierra me parecía un destino muy triste, sobre todo en la adversidad. En medio de tantas proscripciones y persecuciones hallaba un deleite inefable en poder decirme: «A lo menos estoy

entre mis hermanos»; y fui a comulgar con tal emoción y lágrimas de ternura, que tal vez fue la preparación que más grata puede ser a Dios.

Algún tiempo después milord me envió una carta de la señora de Boufflers llegada, al menos así lo presumo, por conducto de d'Alembert, que conocía a milord mariscal. En dicha carta, la primera que esta señora me escribía desde mi salida de Montmorency, me reprendía vivamente por la que había escrito al señor de Montmollin y sobre todo por haber comulgado. Comprendí tanto menos a qué venía su amonestación, cuanto que, después de mi viaje a Ginebra, siempre había declarado abiertamente ser protestante, y había ido muy públicamente al hotel de Holanda, sin que nadie encontrase en ello nada que decir. Me parecía chistoso que la señora condesa de Boufflers quisiese meterse a dirigir mi conciencia en materia de religión. No obstante, como no me cabía duda de que su intención (aunque no comprendía una palabra) era la mejor del mundo, no me ofendió esta singular reprimenda, y le respondí sin enojo, diciéndole mis motivos.

Entretanto las injurias impresas seguían su curso, y sus benignos autores vituperaban al poder público de que me tratara con harta suavidad. Este concurso de ladridos, que seguía, encubriéndose sus autores, tenía algo de siniestro y espantoso. Por mi parte dejaba decir sin inmutarme. Me aseguraron que la Sorbona había pronunciado contra mí una censura, a la que no di crédito alguno. ¿Cómo podía la Sorbona inmiscuirse en este asunto? ¿Querría tal vez asegurar que yo no era católico? Todo el mundo lo sabía. ¿Querría probar que yo no era un buen calvinista? ¿Qué le importaba? Esto hubiera sido tomarse un cuidado muy extravagante, constituirse en sustituto de nuestros ministros. Antes de haber visto ese escrito creí que lo dejaban pasar por emanado de la Sorbona, para mofarse de ella; después de haberlo visto lo creí más todavía. En fin, cuando ya no pude dudar de su autenticidad, sólo me fue dado creer que debían encerrar en el manicomio a la Sorbona.

1763.–Más me afectó otro escrito, porque procedía de un hombre a quien siempre aprecié y cuya constancia admiraba, lamentando su ceguedad. Me refiero a la pastoral del arzobispo de París contra mí. Creí deber responderle, lo que podía hacer sin rebajarme; éste era un caso poco más o menos como el del rey de Polonia. Nunca me han gustado las disputas brutales, a lo Voltaire; yo no sé batirme sino con dignidad; y quiero que el que me ataque no deshonre mis estocadas, para que me digne defenderme. No me cabía duda de que esta pastoral era debida a los jesuitas; y aunque a la sazón también ellos estaban en desgracia, reconocía en esto su antigua máxima de aplastar a los desgraciados. Yo también podía, pues, seguir mi antigua máxima de honrar al autor titular y fulminar rayos contra la obra; y esto es lo que creo haber hecho con bastante éxito.

La estancia en Motiers me era muy grata, y para resolverme a acabar allí mis días sólo me faltaba un medio seguro de subsistir; mas en este país se vive muy caro, y yo había visto deshacerse todos mis antiguos proyectos a causa de la disolución de mi casa por tener que cambiar de residencia, por la venta o disipación de todos mis muebles y por los gastos que había tenido que hacer desde mi salida de Montmorency. Veía disminuirse cada día el pequeño capital que me quedaba, sin que vislumbrase medio de substituirlo, a menos de volver a escribir, tarea funesta a que había renunciado ya.

Persuadido de que todo cambiaría en breve respecto a mí y de que el público, repuesto de su frenesí, obligaría a los poderosos a avergonzarse del suyo, sólo procuraba prolongar mis recursos hasta que llegase este feliz cambio, que me dejaría más en estado de escoger entre los que pudieran ofrecerse. Al efecto, tomé de nuevo mi *Diccionario musical,* que con diez años de trabajo tenía muy adelantado y al que solamente faltaba dar la última mano y ponerlo en limpio. Mis libros, que me habían sido remitidos hacía poco tiempo, me facilitaron los medios necesarios para concluir esta obra; con mis papeles, que recibí al propio tiempo, pude empezar la tarea de mis *Memorias,* única obra de que en adelante quería ocuparme, y comencé por copiar cartas en una colección que pudiese ayudar a mi memoria en el orden de los hechos y de las épocas. Tenía hecha ya la elección de las que a este efecto había querido conservar, y en cerca de diez años no había interrupción alguna. Mas al disponerme a transcribirlas hallé un vacío que me sorprendió. Comprendía cerca de seis meses, desde octubre de 1756 hasta el mes de marzo inmediato. Recordaba perfectamente haber hallado en el acto de escoger mis papeles cartas de Diderot, de Deleyre, de la señora de Epinay, de la Chenonceaux. etc., que llenaban este vacío, y que luego no encontré en parte alguna. ¿Qué había sido de ellas? ¿Había puesto alguien la mano en mis papeles durante los meses que estuvieron en el palacio de Luxemburgo? Esto no era creíble, y yo había visto que el señor mariscal tenía la llave del cuarto donde habían sido depositadas. Como muchas cartas de mujeres y todas las de Diderot estaban sin fecha y me había visto obligado a suplirlas de memoria y por tanteo, para colocarlas por orden, creí al principio haber cometido errores al poner las fechas, y examiné todas las que carecían de ella, o que las llevaban puestas por mí, a fin de ver si encontraba las que faltaban. Nada conseguí con este ensayo; vi que el vacío era muy positivo, y no pude dudar de que las cartas habían sido substraídas. ¿Por quién y para qué? He aquí lo que había: estas cartas anteriores a mis grandes disputas correspondientes a la época de mi primer delirio por la *Julia* no podían interesar a nadie. En ellas se veían, a lo más, algunos chismes de Diderot, algunas bromas de Deleyre, muestras de amistad de la señora de Chenonceaux y aun de la de Epinay, con quien estaba en aquel entonces en el mejor

acuerdo. ¿A quién podían interesar tales cartas? ¿Qué se proponían hacer con ellas? Hasta siete años más tarde no he sospechado el execrable objeto de este robo.

El convencimiento de la realidad de este déficit me impulsó a revistar mis borradores para ver si descubriría algún otro, y encontré algunos que, vista mi falta de memoria, me hicieron suponer que habría otros entre la multitud de mis papeles. Los que noté fueron el borrador de la *Moral sensitiva* y el del extracto de las *Aventuras de milord Eduardo.* Este último confieso que me hizo sospechar de la señora de Luxemburgo. Quien me remitió esos papeles fue La Roche, su ayuda de cámara, y no creí que hubiera nadie más que ella en el mundo a quien pudiese importarle este mamotreto; mas ¿qué había en el otro que pudiese interesarle, ni en las cartas substraídas, que, aun suponiendo malos designios, no podían servir para causarme daño alguno, a menos de falsificarlas? Del señor mariscal, cuya invariable rectitud y verdadero afecto por mí me eran conocidos, no pude sospechar ni un solo instante; ni aun me fue dado fijar durante mucho tiempo mis sospechas en la señora mariscala. Lo más razonable que se me ocurrió, después de haberme fatigado largamente buscando al autor de este robo, fue imputarlo a d'Alembert, quien, relacionado ya con la señora de Luxemburgo, habría encontrado medio de escudriñar estos papeles y apoderarse de lo que le hubiese venido en voluntad, así en punto a manuscritos como entre las cartas, ya fuese para ver de jugarme alguna mala pasada, ya para apropiarse lo que pudiese convenirle. Supuse que, engañado por el título de la *Mora sensitiva,* había creído hallar el plan de un verdadero tratado de materialismo, del cual habría sacado contra mí el partido que es de suponer. En la seguridad de que pronto se desengañaría con el examen del borrador, y resuelto a abandonar completamente la literatura, estos hurtos me tuvieron sin cuidado, no siendo los primeros que había sufrido de la misma mano [1] sin quejarme. A poco dejé de pensar en esta infidelidad como si no me hubiesen hecho ninguna, y me puse a reunir los materiales que me habían dejado para trabajar en mis *Confesiones.*

Durante mucho tiempo creí que en Ginebra el cuerpo de ministros, y por lo menos los ciudadanos y burgueses, reclamarían contra la infracción del edicto en el decreto dictado contra mí. Mas todo estaba tranquilo, a lo menos en la apariencia, pues había un descontento general que no esperaba más que una ocasión para manifes-

[1] En sus *Elementos de música* había visto muchas cosas sacadas de lo que sobre el particular tenía yo escrito para la *Enciclopedia* y que le fue remitido muchos años antes de la publicación de sus *Elementos.* Ignoro la parte que puede haber tenido en un libro titulado *Diccionario de Bellas Artes;* pero he hallado en él artículos de los míos copiados palabra por palabra, y esto mucho tiempo antes de que estos artículos se insertasen en la *Enciclopedia.*

tarse. Mis amigos, o lo que se llamaban tales, me escribían carta sobre carta exhortándome a que fuese a ponerme a su frente, asegurándome una reparación pública del Consejo. El temor del desorden o de los disturbios que podía ocasionar mi presencia me impidió ceder a sus instancias; y fiel al juramenteo que había hecho en otro tiempo de no mezclarme jamás en ninguna discusión civil en mi país, preferí dejar subsistir el agravio y desterrarme para siempre de mi patria antes que volver a entrar en ella por medios violentos y peligrosos. Verdad es que había llegado a esperar que la burguesía o clase media haría representaciones legales y pacíficas contra una infracción que le interesaba en extremo, pero no fue así; los que la dirigían buscaban menos la verdadera reparación de los agravios que la ocasión de hacerse necesarios. Se tramaban maquinaciones, pero se guardaba silencio dejando alzar la voz, digámoslo así, a los vocingleros y camanduleros que el Consejo atizaba para hacerme odioso a los ojos del populacho y hacer atribuir su desafuero al celo por la religión.

Habiendo esperado en vano más de un año a que alguien reclamase contra un procedimiento ilegal, tomé al fin una resolución: viéndome abandonado de mis conciudadanos resolví renunciar a mi ingrata patria, donde nunca había vivido, de la cual no había recibido favor ni servicio alguno y que en premio de la honra que había procurado ofrecerle me trataba tan indignamente con consentimiento unánime, puesto que aquellos que debían hablar nada dijeron. Por consiguiente, escribí al primer síndico, que en aquel año lo era, si no me equivoco, el señor Fabre, una carta en que abdicaba solemnemente mi derecho de ciudadanía, y en la cual, por lo demás, observé la decencia y la moderación que siempre he empleado en los actos de altivez, que la crueldad de mis enemigos me ha arrancado a menudo en medio de mis desdichas.

Este paso abrió, al fin, los ojos a los ciudadanos: conociendo que, por la cuenta que les tenía, habían hecho mal abandonando mi defensa, la tomaron cuando ya era tarde. Tenían otras quejas que añadir a ésta, e hicieron con ellas una serie de representaciones muy bien razonadas que ensancharon y reforzaron a medida que las duras y repugnantes denegaciones del Consejo, que se veía sostenido por el Ministerio de Francia, les hicieron comprender mejor la realidad del proyecto de someterlos. Estos altercados dieron origen a varios folletos que nada decidían, hasta que de repente aparecieron las *Cartas escritas desde el campo*, obra escrita en favor del Consejo, con sumo arte, por efecto de la cual el partido de las representaciones, reducido al silencio, quedó por algún tiempo anonadado. Este trabajo, monumento imperecedero del raro talento de su autor, era del procurador general Tronchin, hombre capaz e ilustrado y muy conocedor de las leyes y del gobierno de la república. *Siluit terra.*

1764.–Repuestos de su primer abatimiento los autores de las representaciones emprendieron una respuesta, de la que salieron medianamente airosos con el tiempo. Mas todos los ojos se dirigieron hacia mí como hacia el único capaz de lidiar con tal adversario con probabilidad de confundirle. Confieso que pensaba lo mismo; e impedido por mis antiguos conciudadanos, que juzgaban obligado ayudarles con mi pluma en un apuro en que yo les había traído, puse manos a la obra de la refutación de las *Cartas escritas desde el campo,* y parodié este título con el de *Cartas escritas desde la montaña,* que puse a las mías. Concebí y realicé este proyecto tan secretamente que en una entrevista que tuve en Thonón con los representantes para hablar de sus negocios, durante la cual me enseñaron el plan de su réplica, no les dije una palabra de la mía, que estaba ya terminada, temiendo que sobreviniese algún obstáculo a su impresión si llegaba la menor noticia de ella, ya fuese a los magistrados o a mis enemigos particulares. A pesar de esto no pude evitar que esta obra fuese conocida en Francia antes de su publicación; mas prefirieron dejarla aparecer a que pudiese yo averiguar cómo habían descubierto mi secreto. Acerca de este hecho diré lo que he sabido, que se reduce a muy poca cosa, y me callaré lo que he conjeturado.

En Motiers recibía yo tantas visitas como en el *Ermitage* y en Montmorency; pero la mayor parte era de una especie muy diferente. Los que hasta entonces habían ido a verme eran personas que teniendo conexión conmigo por la clase de conocimientos, de gustos o de principios, los alegaban como causa de sus visitas, y me ponían, desde luego, en el caso de tratar de materias en que podía conversar con ellos. En Motiers ya no era así, sobre todo tratándose de Francia. Venían oficiales u otras personas que no tenían la menor afición a la literatura, que la mayor parte ni siquiera habían leído mis obras y que, según ellos decían, no dejaban de haber andado treinta, cuarenta, sesenta, cien leguas para venir a verme y admirar al hombre ilustre, célebre, muy célebre, al gran hombre, etc. Porque desde entonces no han cesado de echarme groseramente al rostro las más imprudentes lisonjas, de que me había librado hasta la sazón la estima de los que me habían rodeado. Como la mayor parte de estas inesperadas visitas no se dignaban nombrarse ni decir su condición; como sus conocimientos y los míos eran muy diferentes y no habían leído ni hojeado mis obras, no sabía de qué hablarles, y esperaba a que lo hiciesen ellos, puesto que debían saber y decirme a qué venían. Como se comprende, esto no me proporcionaba conversaciones muy interesantes, aunque pudiesen serlo para ellos, según lo que querían saber, pues como yo no desconfiaba de los tales, me expresaba sin reserva sobre todas las preguntas que tenían por conveniente hacerme, y comúnmente se iban casi tan enterados de mi situación como yo mismo.

Fue a verme, por ejemplo, un señor de Feins, escudero de la reina y capitán de caballería del regimiento de la Reina, quien tuvo la constancia de pasar muchos días en Motiers y aun de seguirme a pie a Ferrièe, llevando su caballo de las riendas, sin tener conmigo otro punto de contacto que el de ser ambos conocidos de la señorita Fel y saber como yo jugar al dominguillo. Antes y después del señor de Feins recibí otra visita mucho más extraordinaria. Llegaron dos hombres a pie conduciendo cada uno un mulo cargado con su pequeño equipaje, se alojaron en la posada, dieron ellos mismos el pienso a sus mulos y preguntaron por mí. Por el traje de estos arrieros se creyó que eran contrabandistas, y en seguida corrió la voz de que unos contrabandistas venían a visitarme. Por su manera de presentarse comprendí desde luego que eran gente de otra condición; pero sin ser contrabandistas podían muy bien ser aventureros, y esta duda me tuvo algún tiempo en guardia. No tardaron en tranquilizarme. Uno era el señor de Montauban, llamado el conde de la Tour du Pin, gentilhombre del Delfinado, y el otro el señor Dastier, de Carpentras, antiguo militar que no pudiendo ostentar su cruz de San Luis se la había metido en el bolsillo. Estos señores, ambos muy amables, tenían mucho ingenio; su conversación era agradable e interesante, su manera de viajar tan acomodada a mi gusto como ingrata para los gentilhombres franceses, despertó en mí una especie de afición a ellos que con nuestro trato no podía menos de consolidarse. No pararon aquí estas relaciones, pues todavía subsisten, y han venido a verme varias veces, aunque ya no a pie; esto era bueno para la introducción. Pero cuanto más les trataba, menos conexión hallaba entre sus gustos y los míos, entre sus máximas y las mías; mejor veía que no estaban familiarizados con mis escritos, que entre ellos y yo no existía una verdadera simpatía. ¿Qué buscaban, pues, en mí? ¿Por qué vinieron a verme con semejante aparejo? ¿A qué permanecer varios días conmigo? ¿A qué venir tantas veces? ¿A qué desear tan vivamente ser mis huéspedes? En aquel entonces no se me ocurrieron estas preguntas; he pensado en ellas algunas veces con posterioridad.

Agradecido a su iniciativa, mi corazón se entregaba sin reflexión, sobre todo al señor Dastier, cuyas maneras más espontáneas me agradaban más. Hasta llegué a estar en correspondencia con él, y cuando quise hacer imprimir las *Cartas de la montaña* me valí de él para dar esquinazo a los que esperaban mi paquete por el camino de Holanda. Me había hablado mucho y tal vez adrede de la libertad de la Prensa de Aviñón, y me había ofrecido sus buenos oficios para el caso de que me conviniese hacer imprimir allí alguna cosa. Aproveché este ofrecimiento, y sucesivamente le remití por el correo mis primeros cuadernos. Después de haberlos conservado durante bastante tiempo me los devolvió, manifestándome que ningún librero se había atrevido a tomarlos, y me vi obligado a volver a Rey, tomando

la precaución de no remitir los cuadernos sino uno a uno y no soltar los siguientes hasta tener aviso de la recepción de los anteriores. Antes de la publicación de la obra supe que había sido vista en las secretarías de los ministros, y d'Escherny, de Neufchâtel, me habló de un libro del *Hombre de la montaña,* que de Holbach le había dicho ser mío. Yo le aseguré, como era la verdad, no haber escrito ningún libro que llevase tal título. Cuando aparecieron las *Cartas* se puso furioso y me acusó de mentiroso aunque no le hubiese dicho más que la verdad. He aquí cómo tuve la seguridad de que mi libro era conocido. No dudando en la fidelidad de Rey me vi obligado a encaminar por otro lado mis conjeturas, y lo que me pareció más acertado fue que mis remesas habían sido abiertas en el correo.

Otra de las relaciones adquiridas poco más o menos por aquel mismo tiempo, que al principio sólo consistió en cartas, fue la de cierto señor Laliaud, de Nimes, quien desde París me escribió rogándome que le remitiese el perfil de mi retrato sacado a la silueta, diciendo que lo necesitaba para mi busto en mármol, que hacía labrar por Le Moine, con el objeto de colocarlo en su biblioteca. Si hizo esto con objeto de insinuarse en mi ánimo, fuerza es confesar que se salió con la suya. Creí que un hombre que deseaba tener mi busto en mármol en su biblioteca estaría prendado de mis obras; que, por consiguiente, sería partidario de mis principios, y que me amaría por tener un alma seria del temple de la mía. Era difícil que esta idea no me sedujese. Posteriormente vi al señor Laliaud, quien se ha mostrado muy atento en prestarme multitud de pequeños favores, para entrometerse mucho en mis ordinarios quehaceres. Por lo demás, dudo mucho que ninguna de mis obras forme parte del pequeño número de libros que ha leído en su vida. Ignoro si tiene biblioteca y aun si es mueble de su uso; en cuanto al busto, se ha limitado a un boceto en barro, hecho por Le Moine, con arreglo al cual ha hecho grabar un retrato horrible que no deja de correr con mi nombre, como si en algo se me pareciese.

El único francés que pareció venir a verme por predilección, por mis sentimientos y mis obras fue un joven oficial del regimiento de Lemosin, llamado Séguier de Saint-Brissón, a quien se ha visto y tal vez se ve aún brillar en París y en el mundo por sus amables cualidades y por sus aspiraciones a la agudeza de ingenio. Había ido a verme a Montmorency en el invierno que precedió a mi calamidad, y encontré en él una viveza de sentimiento que me agradó. Posteriormente me escribió a Motiers; y sea que quisiese halagarme o que realmente se encaprichase con el *Emilio,* el caso es que me participó que abandonaba el servicio para vivir independiente y que iba a aprender el oficio de carpintero. Tenía éste un hermano mayor, capitán en el mismo regimiento, que era el predilecto de la madre, devota exagerada, dirigida por no sé qué abate gazmoño y enemiga del menor, a quien acusaba de irreligioso y hasta del irremisible

crimen de mantener relaciones conmigo. He aquí los agravios por los cuales quiso romper y tomar la resolución que dejo indicada; todo por echárselas de *Emilito*.

Alarmado de ver esta petulancia me apresuré a escribirle para hacerle cambiar de resolución, empleando en mis exhortaciones toda la energía de que era capaz, y fueron escuchadas. Volvió a cumplir con su deber respecto de su madre y retiró de las manos de su coronel la dimisión que le había presentado y de la que éste tuvo la prudencia de no hacer uso alguno, para dejarle tiempo de reflexionarlo mejor. Vuelto en sí de sus manías dio en otra algo menos chocante, pero que no me disgustaba menos: fue la de hacerse autor. Dio sin interrupción dos o tres folletos que revelaban algún talento, mas no tengo que arrepentirme de haberle dispensado elogios que le animasen a proseguir en esta senda.

Algún tiempo después vino a verme, e hicimos juntos la romería de la isla de San Pedro. En este viaje le hallé muy diferente de cuando fue a verme a Montmorency: tenía un no se qué de afectado, que al pronto no me chocó mucho, pero que después he recordado con frecuencia. Aún fue a verme otra vez al hotel de Saint-Simón, a mi paso por París, para ir a Inglaterra. Allí supe (lo que no me había dicho) que vivía en el gran mundo y que veía con bastante frecuencia a la señora de Luxemburgo. En Trye no dio señales de vida, ni me hizo decir nada por su parienta la señorita Seguier, que era vecina mía y la que jamás me pareció serme favorable. En una palabra, el apasionamiento del señor de Saint-Brissón fue momentáneo, como la amistad del de Feins; pero éste nada me debía, y el primero me debía alguna cosa, a menos de que las locuras que yo le había ahorrado no hubiesen sido más que una comedia suya: lo que en el fondo podría ser muy bien.

Otras y aun más visitas recibí procedentes de Ginebra. Los Deluc, padre e hijo, me tomaron sucesivamente por enfermero: el padre cayó enfermo por el camino; el hijo ya lo estaba al salir de Ginebra, y ambos vinieron a establecerse en mi casa. Ministros, parientes, santurrones, quídams de todos géneros venían de Ginebra y de Suiza, mas no como los de Francia, para admirarme y mofarse de mí, sino para reñirme y catequizarme. El único que me fue agradable fue Moultou, que vino a pasar tres o cuatro días conmigo y hubiera querido retenerle más tiempo. De todos ellos el más constante, el más tenaz y que me dominó a fuerza de importunidades, fue un comerciante de Ginebra llamado Ivernois, francés refugiado y pariente del procurador general de Neufchâtel. Este señor de Ivernois, de Ginebra, iba dos veces al año a Motiers, sin otro objeto que el de visitarme; permanecía en mi casa desde la mañana a la noche durante una porción de días seguidos, se hacía mi acompañante en mis paseos, me traía innumerable variedad de regalitos, se insinuaba, a pesar mío, en mi confianza y se mezclaba en todos mis asuntos, sin

que entre él y yo hubiese la menor conformidad de ideas, ni de inclinaciones, ni de sentimientos, ni de nociones. Dudo que en toda su vida haya leído un libro entero de ninguna especie y que sepa siquiera de qué tratan los míos. Cuando empecé a herborizar me siguió en mis excursiones botánicas, sin ser aficionado a ello y sin tener nada que decirme ni yo a él. Hasta tuvo el valor de pasar tres días conmigo en un figón de Goumoins, desde donde había esperado echarle a fuerza de fastidiarle y de hacerle comprender cuánto me fastidiaba; y todo esto sin que jamás me haya sido posible apurar su increíble constancia ni penetrar su fundamento y causa.

Entre todas las relaciones que adquirí y mantuve, sólo por fuerza, no debo omitir la única que me fue grata y me inspiró un verdadero interés: es la de un joven húngaro que vino a establecerse a Neufchâtel y luego pasó a Motiers algunos meses después de mi llegada. En el país se le conocía con el nombre de barón de Sauttern, bajo el cual había sido recomendado desde Zurich. Era alto y bien formado, de simpático semblante y de un trato afable y dulce. Dijo a todo el mundo, y a mí mismo me dio a entender, que sólo había ido a Neufchâtel por mí y para avezarse a la virtud con mi trato. Su fisonomía, su tono y sus maneras me parecieron conformes con sus palabras, y hubiera creído faltar a uno de los más sagrados deberes despidiendo a un joven en quien nada veía que no fuese amable y que me buscaba con tan respetable motivo. Mi corazón no sabe entregarse a medias. En breve obtuvo toda mi amistad, toda mi confianza, y llegamos a ser inseparables. Formaba parte de todas mis correrías pedestres y se complacía en ellas. Le presenté a milord mariscal, quien le prodigó mil halagos. Como aún no podía expresarse bien en francés, no me hablaba ni me escribía sino en latín: yo responddía en francés y esta mezcla de las dos lenguas en nada disminuía la facilidad y la viveza de nuestras conversaciones. Me habló de su familia, de sus negocios, de sus aventuras, de la corte de Viena, cuyos detalles íntimos parecía conocer muy bien. En fin, durante cerca de dos años que pasamos en la mayor intimidad siempre hallé en él una dulzura de carácter a toda prueba, costumbres no sólo decorosas, sino hasta elegantes, gran pulcritud en su persona, una decencia extraordinaria en sus conversaciones, en una palabra, todas las señales de un hombre bien nacido, que me lo hicieron harto apreciable para que no fuese querido.

En lo más vivo de nuestras relaciones, Ivernois, de Ginebra, me escribió que estuviese alerta con el joven húngaro que me acompañaba, pues le habían asegurado ser un espía que el gobierno de Francia había puesto a mi lado. Este aviso podía parecer tanto más alarmante cuanto que en el país donde me hallaba todo el mundo me advertía que anduviese con cuidado, que me espiaban y que procuraban hallar medio de atraerme hacia el territorio de Francia para jugarme allí una mala pasada.

Para cerrar de una vez para siempre la boca a estos impertinentes soplones propuse a Sauttern, sin advertirle nada, un paseo pedestre a Pontarlier, que admitió. Cuando hubimos llegado allí le di la carta de Ivernois para que la leyera, y luego, abrazándole con calor, le dije: «Sauttern no necesita que yo le dé pruebas de mi confianza, pero es necesario probar al público que sé ponerla en buena parte.» Este abrazo fue muy placentero; fue uno de estos goces del alma que los perseguidores son incapaces de conocer y de arrebatar a los oprimidos.

Jamás creeré que Sauttern fuese un espía ni que me haya hecho traición; pero me ha engañado. Mientras yo desahogaba mi pecho sin reserva con él, tuvo valor para cerrarme constantemente el suyo y engañarme con mentiras. No sé qué historia hilvanó, que me hizo creer necesaria su presencia en su país, y le exhorté que partiese a la mayor brevedad. Partió, y cuando le juzgaba ya en Hungría supe que se hallaba en Estrasburgo. No era ésta la vez primera. Anteriormente había causado allí disturbios entre un matrimonio, y el marido, sabiendo que Sauttern me visitaba, me había escrito. Nada omití para encaminar a la esposa a la virtud y para llamarle a él a su deber; mas cuando ya les creía perfectamente desprendidos uno de otro, se había reunido de nuevo, y el marido tuvo la condescendencia de volver a acoger él mismo al joven en su casa; desde entonces no me quedó nada que hacer. Supe que el pretendido barón me había engañado con un cúmulo de mentiras. No se llamaba Sauttern, sino Sautersheim. En cuanto al título de barón que se le daba en Suiza, yo no podía tacharle de farsante, porque jamás lo había tomado; mas no me cabe duda de que fuese por lo menos hidalgo; y milord mariscal, que era muy ducho en punto a conocer a los hombres y que había estado en su país, siempre le consideró y trató como a tal.

Tan luego como se hubo marchado, la sirviente de la posada donde comía en Motiers se confesó embarazada de él. Era una mujer tan asquerosa, y Sauttern, generalmente estimado y considerado en todo el país por su conducta y sus buenas costumbres, se preciaba tanto de pulcro, que esta imprudencia chocó a todo el mundo. Las más lindas jóvenes del país, que le habían prodigado inútilmente sus zalamerías, estaban furiosas: yo estaba lleno de indignación, hice cuanto pude para que se prendiese a esta desvergonzada, ofreciendo pagar todos los gastos y salir fiador de Sauttersheim, a quien escribí, en la firme persuasión de que no sólo este embarazo no era obra suya, sino que era fingido y que todo esto no era más que un enredo puesto en juego por sus enemigos y los míos. Yo quería que volviese para confundir a esta infame y a los que la impulsaban a hablar. La flojedad de su respuesta me sorprendió. Escribió al pastor de la parroquia a que pertenecía aquella desvergonzada y procuró que se acallara el asunto; visto lo cual, dejé de

mezclarme en ello, pasmado de ver que un hombre tan crapuloso hubiese podido ser bastante dueño de sí mismo para engañarme con su reserva en la más íntima familiaridad.

Desde Estrasburgo, Sauttersheim fue a París a buscar fortuna, y no encontró más que miseria. Me escribió diciendo su *peccavi,* y me conmoví recordando nuestra antigua amistad y le envié algún dinero. El año siguiente, a mi paso por París, volví a verle poco más a menos en el mismo estado, pero grande amigo del señor Laliaud, sin que me fuese dable saber de dónde procedían sus relaciones ni si eran antiguas o recientes. Dos años después Sauttersheim volvió a Estrasburgo, desde donde me escribió y donde ha muerto. He aquí en compendio la historia de nuestras relaciones y lo que sé de sus aventuras; mas al deplorar la suerte de este desdichado joven jamás dejaré de creer que era bien nacido y que todo el desorden de su conducta se debe a las circunstancias en que se encontró.

Tales fueron las amistades y relaciones que adquirí en Motiers. Mas ¡cuántas como éstas no hubieran sido necesarias para compensar las crueles pérdidas que sufrí al mismo tiempo!

Fue la primera la del señor de Luxemburgo, quien, después de haber sido atormentado durante mucho tiempo por los médicos, fue al fin su víctima, pues trataron su enfermedad, en que no quisieron reconocer la gota, como si pudiesen curarla.

Si he de hacer caso de la relación que me hizo La Roche, criado de confianza de la señora mariscala, es indudable que por este ejemplo, tan crudo como memorable, se deben deplorar las miserias de la grandeza.

La pérdida de este buen señor fue tanto más sensible para mí cuanto que era el único amigo verdadero que yo tenía en Francia; y la afabilidad de su carácter era tal, que me había hecho olvidar completamente su rango, de modo que me avisté con él como si fuese un igual mío. No cesaron nuestras relaciones con mi huida; siguió escribiéndome como antes; pero me pareció notar que la ausencia, o mi desdicha, había entibiado su afecto. Es muy difícil que un cortesano conserve su adhesión a quien sabe que está en desgracia con el Poder. Por otra parte, conceptué que el notable ascendiente que sobre él ejercía la señora de Luxemburgo no me había sido propicio y que ésta habría aprovechado mi alejamiento para influir contra mí en su ánimo. En cuanto a ella, a pesar de alguna demostración afectada y cada día más rara, fue progresivamente mostrando más a las claras el cambio que en ella se apoderó respecto a mí. Me escribió a Suiza de cuando en cuando hasta cuatro o cinco veces, después de lo cual no me volvió a escribir; y era necesaria toda mi preocupación, toda mi confianza, toda la ceguedad que aún me dominaba, para no ver en ella más que tibieza conmigo.

El librero Guy, socio de Duchesne, quien después de mi partida frecuentaba mucho el palacio de Luxemburgo, me escribió dicién-

dome que yo estaba comprendido en el testamento del señor mariscal. Nada había en esto que no fuese muy natural y muy creíble, así es que no lo dudé. Esto me hizo deliberar conmigo mismo acerca de mi conducta respecto del legado. Bien considerado todo, resolví admitirlo, cualquiera que pudiera ser, y hacer esta distinción por un hombre que, en un rango donde la amistad penetra raras veces, me la había tenido verdadera. Pero me vi dispersado de cumplir con este deber porque no oí hablar más de este legado, real o ficticio, y a la verdad me hubiera costado un pesar tener que infringir una de las grandes máximas de moral lucrando con la muerte de alguien cuya existencia me hubiese sido querida. Durante la última enfermedad de nuestro amigo Mussard, Lenieps me propuso que aprovechara el agradecimiento que mostraba a nuestros cuidados, para insinuarle que hiciese algo en favor nuestro. «¡Ah, amigo Lenieps –le dije–, no manchemos con pensamientos de interés los tristes pero sagrados deberes que llenamos con nuestro moribundo amigo! Espero no ver nunca mi nombre en el testamento de nadie y sobre todo en el de ningún amigo mío.» Poco más o menos por este mismo tiempo milord mariscal me habló del suyo y de lo que se proponía hacer por mí, a lo que le respondí lo que dejo dicho en la primera parte.

Mi segunda pérdida, aún más sensible y mucho más irreparable, fue la de la mejor de las mujeres y de las madres, quien, ya cargada de años y agobiada de enfermedades y de miserias, abandonó este valle de lágrimas para ir a la mansión de los buenos, donde el grato recuerdo del bien que acá abajo se ha hecho constituye su eterna recompensa. ¡Id, alma dulce y bienhechora, junto a los Fenelón, los Bernex, los Catinat y los que, en situación más humilde, han abierto, como ellos, sus corazones a la verdadera caridad! ¡Id a gozar el fruto de la vuestra y preparad para vuestro discípulo el lugar que espera ocupar algún día a vuestro lado! ¡Dichosa, porque en medio de vuestros infortunios, a los que puso término el Cielo, no tuvisteis el cruel espectáculo de los suyos! Temiendo contristarla con el relato de mis primeros desastres no le había escrito desde mi llegada a Suiza; pero escribí al señor de Conzié preguntándole por ella y él fue el que me participó que había dejado de consolar a los que sufrían y de sufrir también ella. Pronto dejaré asimismo de sufrir yo; pero si creyese no volver a verla en la otra vida, mi débil imaginación se vería privada de la idea de la felicidad perfecta que allí me prometo.

Mi tercera pérdida y la última, porque desde entonces no me han quedado amigos que perder, fue la de milord mariscal. No murió; pero, cansado de servir a ingratos, abandonó Neufchâtel, y desde entonces no le he visto más. Vive aún y creo que me sobrevivirá; gracias a él no se han roto todas mis afecciones de la tierra: aún existe un hombre digno de mi amistad, porque su verdadero precio se halla aún más en la que se experimenta que en la que uno inspira;

pero he perdido los consuelos que la suya me prodigaba, y solamente puedo colocarle en el rango de aquellos a quienes amo todavía, mas con quienes no me liga vínculo alguno. Fue a Inglaterra a recibir su indulto del rey y rescatar sus bienes anteriormente confiscados. No nos separamos sin hacer propósito de reunirnos, que parecían casi tan gratos para él como para mí. Pensaba establecerse en su castillo de Keith-Hall, inmediato a Aberdeen, y yo debía después ir allá; mas este proyecto me halagaba demasiado para poder esperar que se realizase. No permaneció en Escocia; la tierna solicitud del rey de Prusia le volvió a Berlín, donde luego se verá cómo me vi imposibilitado de reunirme con él.

Previendo la tormenta que empezaba a suscitarse contra mí, antes de marcharse me envió espontáneamente cartas de naturaleza, que parecían ser una preocupación muy segura para que no pudiesen echarme del país. La comunidad de Couvet en Valde-Travers, imitando el ejemplo del gobernador, me dio cartas gratuitas de *comunero*, como las primeras. Pasando así a ser de todo punto ciudadano del país, me hallaba al abrigo de toda expulsión legal, hasta para con el príncipe; pero jamás ha sido por las vías legales como han podido perseguir al hombre que mejor ha respetado siempre las leyes.

No creo deber contar en el número de las pérdidas que sufrí por este tiempo la del abate de Mably. Habiendo vivido en casa de su hermano, me había relacionado algún tanto con él, pero jamás con tanta intimidad; y tengo algún motivo para creer que sus sentimientos para conmigo habían cambiado de naturaleza desde el momento en que había adquirido más celebridad que él. Pero cuando la publicación de las *Cartas de la montaña* vi la primera manifestación de su mala voluntad. Corrió por Ginebra una carta dirigida a la señora Saladin que se atribuía a él, en la cual se hablaba de esa obra como se hablaría de los clamores sediciosos de un demagogo desenfrenado. El aprecio que me merecía el abate de Mably y el caso que hacía de sus luces no me permitió creer ni un solo instante que esta extravagante carta fuese suya. Por consiguiente, tomé la resolución que me inspiró mi franqueza de remitir una copia de la carta advirtiéndole que se la atribuían. No me respondió. Este silencio me dejó pasmado; pero considérese mi estupor cuando la señora de Chenonceaux me dijo saber que la carta era realmente del abate y que la mía le había dejado confundido en extremo. Porque, en fin, aun cuando hubiese tenido razón, ¿cómo podía escusar un paso ruidoso y público, dado voluntariamente, sin obligación, sin necesidad, con el único fin de abrumar en lo más recio de su desgracia a un hombre a quien siempre había manifestado benevolencia y que jamás le había faltado en nada? Algún tiempo después aparecieron los *Diálogos de Foción*, donde no vi más que una compilación de mis escritos hecha sin recato y sin vergüenza. Al leer este libro

comprendí que su autor estaba decidido en cuanto al modo de portarse conmigo y que en adelante no tendría peor enemigo que él. No creo que me haya perdonado el *Contrato social*, harto superior a sus fuerzas, ni la *Paz perpetua*, y estoy seguro de que sólo mostró empeño en que yo extractase las obras del abate de Saint-Pierre, porque suponía que no saldría tan airoso del paso.

Cuanto más avanzo en el curso de mi relato menos orden y encadenamiento puede guardar en él. La agitación del resto de mi vida no ha dejado a los acontecimientos tiempo suficiente para ordenarse en mi mente. Han sido demasiado numerosos, harto embrollados; sobrado desagradables para que se puedan narrar sin confusión. La única impresión viva que me han dejado es la del horrible misterio que cubre su origen y del estado deplorable a que me han reducido. Mi narración ya no puede continuar sino a la ventura según como los hechos se presenten a mi espíritu. Recuerdo que en el tiempo de que vengo hablando, enteramente ocupado en mis *Confesiones*, hablaba muy imprudentemente de ellas a todo el mundo, no imaginando siquiera que nadie pudiese tener interés, ni voluntad, ni poder para oponer obstáculos a esta empresa; y aun cuando lo hubiese creído no habría sido mucho más discreto, por la imposibilidad total en que me hallo, por efecto de mi carácter, de tener oculto nada de cuanto siento y pienso. Por lo que puedo colegir, el conocimiento de este mi propósito fue la verdadera causa de la tormenta que levantaron para expulsarme de Suiza y ponerme a merced de quien me impidiese llevarlo a cabo.

Otro proyecto tenía en ciernes que no era visto con mejores ojos por los que temían el primero: era el de hacer una edición general de mis escritos. Ésta me parecía necesaria para hacer constar cuáles de los libros que llevaban mi nombre eran verdaderamente míos, y poner al público en el caso de poder distinguirlos de los escritos con nombres supuestos que mis enemigos me atribuían para desacreditarme y envilecerme. Fuera de esto, esta edición era un medio sencillo y decoroso de asegurarme el pan; y era el único, puesto que, habiendo renunciado a escribir, mis *Memorias* no podían aparecer mientras yo viviese, y no ganando un ochavo de ninguna otra manera y gastando siempre, veía acabarse mis recursos con el producto de mis últimos escritos. Esta razón me había obligado a dar mi *Diccionario de música* aun informe. Éste me había valido cien luises al contado y cien escudos de renta vitalicia; pero también había de ver agotados en breve los cien luises, pues que gastaba al año más de sesenta; y cien escudos de renta no eran nada para un hombre sobre quien llovían incesantemente, como estorninos, los prójimos y pordioseros.

Presentóseme una Compañía de negociantes de Neufchâtel con el fin de emprender una edición general de mis obras, y un impresor o librero de Lyón, llamado Reguillat, vino no sé cómo a meterse

entre ellos para dirigirlos. El trato se hizo bajo condiciones razonables y suficientes para llenar mi objeto. Entre obras impresas y manuscritos tenía que llenar seis volúmenes en cuarto; además me comprometí a corregir la edición; en pago debían darme una pensión vitalicia de mil seiscientas libras de Francia y mil escudos al contado.

1765.—Ya estaba concluido el trato, aunque no firmado, cuando aparecieron las *Cartas escritas desde la montaña.* El terrible escándalo que se levantó contra esta obra infernal y su abominable autor espantó a la Compañía y se deshizo el negocio. Yo podría comparar el efecto producido por esta última obra al de la *Carta sobre la música francesa* si esta carta, atrayéndome el odio y exponiéndome a los peligros, no me hubiese dejado a lo menos la consideración y el aprecio. Pero al ver esta última obra pareció que en Ginebra y en Versalles extrañaban que se dejase respirar a un monstruo como yo. El Consejo, excitado por el ministro residente de Francia y dirigido por el gobernador general, dio sobre mi obra una declaración en la cual, en medio de los más atroces calificativos, declaraba que era indigna de ser quemada por el verdugo, añadiendo, con una maestría que tiene algo de burlesco, que no se puede replicar a ella ni mencionarla para nada sin deshonrarse. Quisiera poder copiar aquí este documento; pero desgraciadamente no lo tengo, y no recuerdo de él una sola palabra. Deseo ardientemente que alguno de mis lectores, animado por el amor a la verdad y a la equidad, tenga a bien leer por completo las *Cartas escritas desde la montaña,* y me atrevo a decir que conocerá la estoica moderación que reina en ellas, recordando los sensibles y crueles ultrajes con que a porfía abrumaban a su autor. Mas no pudiendo corresponder a las injurias, porque no las había, ni a las razones, porque eran incontestables, tomaron el partido de parecer demasiado enfurecidos para querer replicarme, y lo cierto es que si tomaban por injurias los argumentos irrefutables debían darse por muy ofendidos.

El partido de las representaciones, lejos de presentar queja alguna contra esta odiosa declaración, siguió la senda que aquélla le trazaba; y en vez de valerse como de un trofeo de las *Cartas de la montaña,* que disfrazaron para escudarse con ella, cometieron la vileza de no honrar ni hacer justicia a esta obra, escrita para su defensa y a ruego suyo, ni mencionarla, ni nombrarla, aunque tácitamente sacasen de ella todos sus argumentos y a pesar de que la exactitud con que siguieron el consejo con que termina fue la única causa de su salvación y su victoria. Ellos me habían impuesto este deber; yo lo había llenado; había servido a mi patria y su causa hasta el fin. Les rogué que abandonasen la mía y que no se acordasen sino de sí mismos en sus desavenencias. Hiciéronlo al pie de la letra, y yo sólo me he mezclado en sus asuntos para exhortarles sin cesar a mantener paz, no dudando que si se obstinaban se verían aplastados

por la Francia. Esto no ha sucedido; comprendo la razón, pero no es éste el lugar de decirla.

El efecto producido por las *Cartas de la montaña* en Neufchâtel fue al principio muy tranquilo. Remití un ejemplar al señor de Montmollin, quien lo recibió bien y lo leyó sin objeción. Estaba enfermo, lo mismo que yo. Cuando estuvo restablecido vino a verme y no me habló de nada. No obstante, empezaban las murmuraciones, y quemaron el libro no sé dónde. Desde Ginebra, de Berna, y quizá de Versalles, el foco de efervescencia pasó muy pronto a Neufchâtel, y sobre todo a Val-de-Travers, donde aun antes de que las clases elevadas hubiesen hecho ningún movimiento aparente habían empezado a concitar al pueblo por ocultos medios. Me atrevo a decir que yo debía ser querido del pueblo en aquel país, como lo he sido en todos aquellos en donde he morado, puesto que derramaba las limosnas a manos llenas, no dejaba que hubiese indigente alguno en derredor mío, no rehusaba a nadie ningún servicio que estuviese a mi alcance y fuese justo y me familiarizaba demasiado tal vez con todo el mundo, evitando con todas mis fuerzas cualquier distinción que pudiese excitar la envidia. Todo esto no fue bastante a impedir que el populacho, levantado secretamente no sé por quién, se animase por grados contra mí hasta el furor y me insultase públicamente en pleno día no sólo en el campo y en los caminos, sino en medio de la calle. Aquellos que más beneficios me debían eran los más encarnizados, y había gente a quien todavía continuaba dispensándolos que, no atreviéndose a mostrarse, excitaban a los otros, pareciendo querer vengarse así de la obligación en que estaban conmigo. Montmollin parecía no ver nada, y no se presentaba todavía; mas como se acercaba la época de la comunión, vino a mi casa para aconsejarme que me abstuviese de presentarme, asegurándome, por lo demás, que no me quería causar daño alguno y me dejaría tranquilo. Este obsequio me pareció extravagante, y recordando la carta de la señora de Boufflers no podía concebir a quien importaba tanto que yo comulgase o no. Como consideraba que acceder a ello hubiera sido una cobardía de mi parte, y además no quería dar al pueblo este nuevo pretexto de clamar contra el impío, me negué abiertamente a las pretensiones del ministro, quien se volvió a su casa descontento, diciéndome que me arrepentiría de ello.

Él no podía prohibirme la comunión por su sola autoridad: era preciso que lo hiciera el Consistorio que me había admitido; y mientras éste no dijese nada, yo podía presentarme libremente sin temor de ser rechazado. Montmollin se hizo dar por la clase elevada la comisión de citarme ante el Consistorio para que se diese cuenta de mi fe y excomulgarme en caso de negativa. Esta excomunión sólo podía dictarla el Consistorio y por mayoría de votos. Pero los labradores que, con el nombre de ancianos, componían esta asamblea, presididos y, como se comprende muy bien, dirigidos por su

ministro, no debían naturalmente ser de un parecer contrario al suyo, principalmente en materias teológicas, que aún entendían menos que él. Por consiguiente, fui citado, y resolví comparecer.

¡Qué feliz circunstancia y qué triunfo para mí si yo hubiese sabido hablar y, por decirlo así, hubiese tenido mi pluma en la boca! ¡Con qué superioridad, con qué facilidad hubiera aterrado a este pobre ministro en medio de sus seis patanes! Habiendo olvidado el clero protestante todos los principios de la Reforma por la avidez de dominar, para recordárselos y reducirle al silencio me bastaba comentar mis primeras *Cartas de la montaña*, que habían cometido la torpeza de censurarme. La materia estaba ya completa; no tenía que hacer sino desarrollarla, y nuestro hombre quedaba confundido. No hubiese sido yo tan tonto que me mantuviese a la defensiva; me era muy fácil convertirme en agresor aun sin que él lo notara o sin que pudiese esquivarlo. Los cleriguillos de la clase, no menos atolondrados que ignorantes, me habían puesto ellos mismos en la posición más ventajosa que hubiera podido desear para aplastarlos a discreción. Mas era preciso hablar, y hablar de improviso, hallar las ideas, los giros, las palabras más oportunas en el momento, tener siempre presencia de ánimo, siempre una constante sangre fría y no turbarme jamás un solo instante. ¿Qué podía yo esperar de mí, conociendo mi ineptitud para expresarme de repente? Me había visto reducido al más humilde silencio en Ginebra, ante una asamblea dispuesta toda en favor mío y de antemano resuelta a aprobarlo todo. Ahora sucedía todo lo contrario; tenía que habérmelas con un quisquilloso que tenía la astucia a cambio del saber, que me tendería mil lazos antes de que yo descubriese ninguno y que estaba resuelto a cogerme en falta a toda costa. Cuanto más examinaba esta situación tanto más peligrosa me parecía, y conociendo la imposibilidad en salir airoso en ella imaginé otro recurso. Medité un discurso para pronunciarlo ante el Consistorio, donde me recusé dispensándome de responder. Esto era muy sencillo: escribí el discurso y me puse a estudiarlo de memoria con singular ardor. Teresa se reía de mí oyéndome hablar entre dientes y repetir incesantemente las mismas frases para que se me quedasen en la memoria. Esperaba que al fin retendría todo el discurso; que el alcaide del castillo, como empleado del príncipe, asistiría al Consistorio; que a pesar de los manejos y de las botellas de Montmollin, la mayor parte de los ancianos estarían prevenidos en favor mío; tenía de mi parte la razón, la verdad, la justicia, la protección del rey, la autoridad del Consejo de Estado, los votos de todos los buenos patricios a quienes interesaba el establecimiento de esta información; todo contribuía a animarme.

La víspera del día señalado sabía todo el discurso de memoria y le recitaba perfectamente. Lo repasé durante toda la noche mentalmente; mas al día siguiente ya no lo sabía; tartamudeaba a cada

palabra, me creía ya en presencia de la ilustre asamblea, me turbaba, balbuceaba y se me iba la cabeza; en fin, casi al momento de marchar me faltó el valor completamente, me quedé en casa y me resolví a escribir al Consistorio enumerando rápidamente mis motivos y pretextando mis achaques, que, realmente, en el estado que a la sazón me hallaba, difícilmente me habría permitido sostenerme durante la sesión entera.

El ministro, turbado con mi carta, remitió la sesión a otro día. En el ínterin, por sí mismo y por medio de los suyos dio mil pasos para seducir a aquellos de los ancianos que, siguiendo la inspiración de su conciencia antes que la de él, no opinaban a su gusto ni al de las personas de categoría. Por muy poderosos que para esta clase de gente debiesen ser sus argumentos, sacados de la bodega, no pudo granjearse ninguno fuera de los dos o tres que ya le eran adictos y a quienes se daba el nombre de sus almas condenadas. El empleado del príncipe y el coronel Pury, que en esta ocasión se mostró muy activo, mantuvieron a los otros en su deber; y cuando el de Montmollin quiso proceder a la excomunión, el Consistorio, por mayoría de votos, se la negó rotundamente. Reducido entonces al último recurso de amotinar al populacho, se puso a trabajar con sus cofrades y otros abiertamente y con tan buen éxito, que a pesar de los vivos y frecuentes rescriptos del rey, a pesar de todas las órdenes del Consejo de Estado, al fin me vi obligado a abandonar el país para no exponer al empleado del príncipe a que se hiciese asesinar defendiéndome.

De todo esto tengo un recuerdo tan confuso, que me es imposible establecer orden ni enlace alguno en las ideas que vuelven a mi memoria, y no puedo relatarlas sino dispersas y aisladas, tal como se presentan. Recuerdo que había habido con las clases altas una especie de negociación, de que Montmollin había sido mediador. Había fingido que se temía fuese turbada la tranquilidad del país a causa de mis escritos y que se le hiciese un cargo de la libertad en que me dejaba de escribir. Me había hecho saber que si yo me obligaba a abandonar la pluma se olvidaría lo pasado, y como yo estaba ya resuelto a hacerlo no titubeé en tratar con él y con aquellas clases, condicionalmente y sólo en materia de religión. Halló medio de obtener este escrito por duplicado a favor de una modificación que en él exigió. Habiendo sido rechazada la condición por aquellas clases, le pedí que se me devolviese el escrito, y solamente me devolvió uno de los dos ejemplares, conservando el otro, que decía habérsele extraviado. Después de esto, el pueblo, impelido abiertamente por los ministros, se burló de los rescriptos del rey, de las órdenes del Consejo de Estado, y ya no conoció freno alguno. Fui declarado el anticristo en el púlpito y perseguido en el campo como un espíritu maligno. Servía de señal al populacho mi traje de armenio, cuya inconveniencia experimentaba cruelmente; pero me

parecía una cobardía quitármelo en tales circunstancias. No pude resolverme a hacerlo, y me paseaba tranquilamente por mi país con mi caftán y mi gorro de pieles, rodeado de los gritos de los chiquillos y a veces de sus pedradas. Muchas veces al pasar junto a las casas oía que sus habitantes decían: «Traedme la escopeta, que voy a pegarle un tiro.» Yo no por esto apresuraba el paso, lo que les ponía furiosos: pero jamás pasaron de la amenaza, a lo menos en punto a las armas de fuego.

Durante toda esta fermentación no dejé de experimentar algunos grandes placeres que me llegaron al alma. El primero fue poder hacer un acto de agradecimiento por conducto de milord mariscal. Todas las personas honradas de Neufchâtel, indignadas al ver los malos tratamientos que yo sufría y los manejos de que era víctima, execraban a los ministros, conociendo muy bien que obedecían a extrañas sugestiones y que no eran más que los satélites de otros que se ocultaban haciéndoles obrar, y temiendo que lo hecho conmigo diese origen al fundamento de una verdadera inquisición. Los magistrados, y sobre todo el señor Meurón, sucesor del de Ivernois en el cargo de procurador general, empleaban todas sus fuerzas para defenderme. Aunque simple particular, el coronel Pury hizo más y con mejor resultado; él fue quien encontró medio de obligar a que Montmollin cediese en el Consistorio, manteniendo a los ancianos firmes en su deber. Como tenía influencia, la empleó cuanto pudo para contener la sedición; pero no tenía más que la autoridad de las leyes, de la justicia y de la razón que oponer a la del dinero y del vino. La partida era desigual, y en este punto venció Montmollin. No obstante, agradecido a sus cuidados y a su diligencia, hubiera querido poder devolverle beneficio por beneficio y pagarle así lo que por mí había hecho. Yo sabía que él quería en extremo una plaza de consejero del Estado; mas no habiéndose portado a gusto de la corte en la cuestión del ministro Petitpierre, estaba en desgracia con el príncipe y el gobernador. No obstante, me aventuré a escribir en favor suyo a milord mariscal; hasta me atreví a hablar del empleo que deseaba, y con tan buena suerte, que, contra lo que todo el mundo esperaba, le fue conferido casi inmediatamente por el rey. Así es cómo la suerte, que siempre me ha colocado demasiado alto o demasiado bajo, seguía llevándome al retortero de uno a otro extremo; y mientras el populacho se cubría de lodo yo hacía un consejero de Estado.

Otra de mis satisfacciones fue la visita que vino a hacerme la señora de Verdelín con su hija, a quien había llevado a los baños de Bourbonne, desde donde llegó hasta Motiers y se alojó dos o tres días en mi casa. A fuerza de atenciones y cuidados había vencido al fin mi tenaz repugnancia; y vencido mi corazón por sus halagos, le pagaba toda la amistad que durante tanto tiempo me había manifestado. Este viaje me conmovió, sobre todo en las circunstancias por

que atravesaba, en las cuales, para sostener mi valor, necesitaba mucho los consuelos de la amistad. Temiendo que le impresionasen los insultos que me infería el populacho, hubiera querido evitarle semejante espectáculo; pero no me fue posible, y aunque su presencia contuvo algún tanto a los insolentes, durante nuestros paseos vio lo bastante para conocer lo que pasaba en las otras ocasiones. Durante su permanencia en mi casa fue cuando empezaron a atacarme de noche hasta en mi propia habitación. Su doncella halló una mañana la ventana de mi cuarto cubierta de piedras, arrojadas durante la noche. Un banco muy pesado y perfectamente sujeto que había en la calle junto a la puerta fue desprendido, arrastrado y apoyado de punta contra la puerta; de suerte que, a no haberlo visto, el primero que hubiese abierto la puerta para salir hubiera sido forzosamente aplastado. La señora de Verdelín no ignoraba nada de cuanto pasaba, pues además de lo que ella misma veía, su criado, hombre de confianza, era muy conocido en el pueblo, se trataba con todo el mundo y hasta se le vio hablando con Montmollin. No obstante, ella pareció no fijarse en nada de cuanto me sucedía, no me habló de Montmollin ni de nadie y apenas respondió a lo que acerca de este asunto le dije alguna vez. Únicamente pareciendo persuadida de que la residencia en Inglaterra me convenía más que en ninguna otra parte, me habló mucho del señor Hume, quien a la sazón se hallaba en París, de la amistad que me tenía y de su deseo de serme útil en su país. Ya es tiempo de decir algo del señor Hume.

En Francia, y sobre todo entre los enciclopedistas, había adquirido una gran reputación con sus tratados de comercio y de política, y últimamente notable fama con su *Historia de la Casa de los Estuardos,* única de sus obras de que yo había leído alguna cosa en la traducción del abate Prevôt. A falta de haber leído sus demás obras, creía, por lo que de él me habían dicho, que el señor Hume unía a un espíritu muy republicano las paradojas inglesas en favor del lujo. En virtud de esta opinión, toda su apología de Carlos I me parecía un prodigio de imparcialidad, y me formé una gran idea de su virtud, así como de su ingenio. El deseo de conocer a este hombre raro y de obtener su amistad había aumentado mucho las tentaciones que de pasar a Inglaterra me daban por efecto de las instancias de la señora de Boufflers, íntima amiga de Hume. Al llegar a Suiza recibí de él, por conducto de esta dama, una carta en extremo lisonjera, en la cual, además de elogiar altamente mi ingenio, me invitaba con premura a que pasase a Inglaterra, ofreciéndome toda su influencia y todos sus amigos para que aquella residencia me fuese grata. Hallé un nuevo motivo en milord mariscal, compatriota y amigo del señor Hume, quien me confirmó en el buen concepto que yo había formado y me refirió además de una anécdota literaria a él referente que le había sorprendido mucho y que me sorprendió también a mí mismo.

Hallándose Vallace, que había escrito contra Hume con motivo de la población de los antiguos, ausente cuando se imprimía su obra, Hume se encargó de corregir las pruebas y vigilar la edición. Esa conducta era propia de mi carácter; de un modo análogo había vendido yo copias a diez cuartos el ejemplar de una canción que habían hecho contra mí. Por consiguiente, me hallaba predispuesto en favor de Hume, cuando la señora de Verdelín vino a hablarme vivamente de la amistad que él decía tenerme y de su solicitud para hacerme los honores de Inglaterra, porque así es como ella se expresaba. Instóme mucho a que aprovechase este afecto y escribiese al señor Hume; mas como yo no tenía naturalmente gran inclinación a Inglaterra y no quería tomar esta resolución sino en el útimo extremo, no quise escribir ni prometer, pero la dejé dueña de hacer cuanto juzgase conveniente para mantener al señor Hume en sus buenas disposiciones. Al marcharse me dejó en la persuasión, por todo lo que me había dicho acerca de este hombre ilustre, de que era amigo mío y más aún de que ella era amiga suya.

Después que hubo marchado, Montmollin dio nuevo impulso a sus manejos. y el populacho ya no conoció freno alguno. Yo, sin embargo, seguía paseándome tranquilamente en medio de los gritos, y dando nuevo incentivo a mis paseos, a la botánica, que iniciaba al lado del doctor de Ivernois, me hacía recorrer el país herborizando, sin inmutarme por los clamores de toda aquella canalla, cuyo furor se excitaba con mi sangre fría. Una de las cosas que más me afectaron fue ver que las familias de mis amigos [1], o de los que se llamaban tales, tomaban parte ostensiblemente en la liga de mis perseguidores; por ejemplo, los Ivernois, sin exceptuar siquiera el padre y el hermano de mi Isabel, Boy de la Tour, pariente de la amiga en cuya casa yo moraba, y la señora Girardier, su cuñada. Este Pedro Goy era tan imbécil, tan estúpido y se portó tan brutalmente, que por no encolerizarme me prometí burlarme de él, y escribí un folleto de pocas páginas, al estilo del *Pequeño profeta*, intitulado la *Visión de Pedro de la montaña, llamado el Vidente*, en el cual hallé medio de excitar bastante la risa con los milagros que a la sazón servía de pretexto a mi persecución. Du Peyrou hizo imprimir en Ginebra este escrito de ningún valor, que en el país logró un éxito mediano; a

---

[1] Esta fatalidad comenzó desde mi estancia en Iverdún, pues habiendo muerto el mesnadero Roguin uno o dos años después de mi salida de esta población, el anciano padre Roguin tuvo la buena fe de indicarme con dolor que entre los papeles de su pariente se habían encontrado pruebas de que formaba parte de la confabulación formada para expulsarme de Iverdún y del Estado de Berna. Esto probaba claramente que aquella trama no era, como quería hacerse creer, debida a los santurrones, puesto que el mesnadero Roguin, lejos de serlo, llevaba el materialismo y la incredulidad hasta la intolerancia y el fanatismo. Por lo demás, en Iverdún nadie me había señalado tantas simpatías, nadie me había prodigado tantas finezas, elogios y halagos como él. Seguía al pie de la letra el plan predilecto de mis perseguidores.

pesar de toda su agudeza, los neufchatelenses apenas perciben la sal ática ni la broma en cuanto es un poco sutil.

Puse un poco más de cuidado en otro escrito de la misma época, cuyo manuscrito se hallará entre mis papeles y cuyo motivo conviene decir aquí.

En medio del mayor furor de los decretos y de la persecución los ginebrinos se habían distinguido particularmente gritando tumultuosamente contra mí y acosándome con todas sus fuerzas; y mi amigo Vernes, entre otros, con una generosidad verdaderamente teológica, escogió precisamente aquellas circunstancias para publicar contra mí unas cartas donde pretendía probar que yo no era cristiano. Estas cartas nada valían a pesar del tono presuntuoso con que estaban escritas, aunque, según se aseguraba, tuviese parte en ellas el naturalista Bonnet: porque éste, a pesar de ser materialista, no deja de tener una ortodoxia muy intolerante en cuanto se trata de mí. No tuve la menor tentación ciertamente de responder a esta composición; pero habiéndose presentado la oportunidad de decir sobre ella dos palabras en las *Cartas de la montaña*, puse en ellas una nota bastante desdeñosa que enfureció a Vernes. Atronó éste a Ginebra con sus gritos de ira, e Ivernois me indicó que estaba fuera de sí. Algún tiempo después apareció una hoja suelta anónima, que en vez de con tinta parecía escrita con agua del Flegetón. En esta carta se me acusaba de haber abandonado a mis hijos en medio de la calle y de llevar conmigo una corredora de cuerpos de guardia, de estar consumido por los vicios, corrompido por el gálico y otras gentilezas por el estilo. No me fue difícil reconocer a su autor. Al leer este libelo mi primera idea fue dar su verdadero valor a todo lo que entre los hombres se llama fama y reputación, viendo tratar de frecuentador de burdeles a un hombre que no los conoció en su vida y cuyo mayor defecto consistió siempre en ser tímido y vergonzoso como una virgen, y que me hacían pasar corrompido por el gálico, a mí que no sólo ni tuve en la vida el menor síntoma de ningún mal de esta especie, sino que, según los peritos en el arte, me hallo conformado de suerte que no podía contraerlo. Bien considerado todo, creí que el mejor modo de refutar este libelo era hacerlo imprimir en la ciudad donde hubiese vivido más tiempo, y lo envié a Duchesne para que lo imprimiese tal cual estaba, con una advertencia en que nombraba al señor Vernes y algunas ligeras notas para la aclaración de los hechos. No contento con haber hecho imprimir esta hoja, la remití a muchas personas, entre ellas al señor príncipe Luis de Wurtemberg, quien había tomado la iniciativa en nuestras relaciones con mucha delicadeza y con quien a la sazón estaba en correspondencia. Este príncipe, Du Peyrou y otros parecieron dudar de que Vernes fuese el autor del libelo y me reprobaron haberle nombrado con tanta ligereza. En virtud de sus manifestaciones, me entró escrúpulo y escribí a Duchesne que suprimiese esta hoja. Guy me escribió

haberlo hecho; ignoro si era verdad; lo he hallado mentiroso en tantas ocasiones que una más no sería maravilla, y desde entonces me hallo envuelto en estas profundas tinieblas a través de las cuales me es imposible penetrar verdad ninguna.

El señor Vernes soportó esta imputación con una moderación que hubiera sido más que sorprendente en un hombre que no la hubiese merecido, sobre todo teniendo en cuenta el furor que antes había revelado. Me escribió dos o tres cartas muy comedidas, cuyo objeto me pareció era ver de penetrar por mis respuestas hasta qué punto estaba yo enterado y si tenía alguna prueba contra él. Yo le respondí a las dos primeras corta, seca y duramente en el sentido, pero sin grosería, de lo cual no se incomodó. Viendo en su tercera carta que trataba de entablar una especie de correspondencia le dejé sin réplica; entonces hizo que me hablase Ivernois. La señora de Cramer escribió a Du Peyrou diciéndole que tenía la seguridad de que el libelo no era de Vernes. Nada de esto fue bastante para debilitar mi persuasión; mas como al fin podía equivocarme, y en este caso debía dar una satisfacción auténtica, hícele decir por Ivernois que se la daría tal que la hallaría cumplida si podía indicarme quién era el verdadero autor del libelo, o a lo menos probar que no lo era él. Aún hice más: conociendo perfectamente que, después de todo, si no era culpable no tenía yo derecho de exigir que me probase nada, me resolví a escribir en una memoria bastante lata las razones de mi persuasión y someterla al fallo de un árbitro que Vernes no pudiese recusar. Difícilmente se acertaría cuál fue el que yo elegí: puse por tal el Consejo de Ginebra. Yo declaraba al terminar la Memoria que si después de haberla examinado y hecho las indagaciones que hubiese creído necesarias, las cuales le eran muy fáciles, declaraba el Consejo que el señor Vernes no era el autor del libelo dejaría sinceramente de creer que lo fuese desde aquel mismo instante e iría a echarme a sus plantas para pedirle perdón hasta que lo hubiese obtenido. Me atrevo a decir que mi celo ardiente por la equidad, la rectitud, la generosidad de mi alma, mi confianza en este amor a la justicia, innato en todos los corazones, jamás se revelaron tan completa y visiblemente como en esta discreta y conmovedora Memoria, donde, sin vacilar, tomaba a mis más implacables enemigos por árbitros entre el calumniador y yo. Leí esta composición a Du Peyrou, quien opinó que la suprimiese, y así lo hice. Me aconsejó que esperase las pruebas que Vernes prometía, las cuales esperé y espero todavía; fue su parecer que me callase mientras esperaba; callé, pues, y callaré durante el resto de mi vida, quedando vituperado por haber achacado a Vernes un delito grave, falsamente y sin pruebas, aunque yo sigo interiormente persuadido, convencido como de mi propia existencia, de que él es el autor del libelo. Mi Memoria se halla en manos del señor Du Peyrou; si algún día ve la luz pública se hallarán allí los motivos que yo tenía, y espero que en

ella se conocerá al alma de Juan Jacobo, que mis contemporáneos han conocido tan mal.

Tiempo es ya de volver los ojos a la catástrofe que cayó sobre mí en Motiers, y a mi salida de Val-Travers, después de una estancia de dos años y medio, y de haber sufrido con inquebrantable constancia durante ocho meses el trato más indigno. Me es imposible recordar con claridad los detalles de esta época ingrata; pero se encontrarán en la relación que publicó Du Peyrou, y de la cual tendré que hablar después.

Desde que hubo partido la señora de Verdelín iba siendo la agitación más viva; y a pesar de los reiterados rescriptos del rey, a pesar de las frecuentes órdenes del Consejo de Estado, a pesar de las diligencias del alcaide y de los magistrados del lugar, el pueblo, considerándome de veras como el anticristo y viendo la inutilidad de sus clamores, pareció al fin creer pasar a vías de hechos; en los caminos empezaban ya a rodar los guijarros alrededor mío, aunque lanzados todavía de muy lejos para que pudiesen alcanzarme. En fin, la noche de la feria de Motiers, que es a principios de septiembre, me vi atacado en mi casa de tal modo, que corrió peligro la vida de los que habitaban en ella.

A medianoche oí un gran ruido en la galería que había detrás de la casa. Una lluvia de piedras lanzadas contra una puerta y una ventana que daban a esta galería cayó con tal estrépito, que mi perro, que dormía en ella y había empezado por ladrar, se calló de miedo y se ocultó en un rincón royendo el piso es busca de salida. Yo me levanté al estrépito, e iba a salir de mi cuarto para ir a la cocina, cuando un guijarro, lanzado con vigorosa mano, atravesó la cocina después de haber roto la ventana, abrió la puerta de mi cuarto y vino a caer al pie de mi cama; de suerte que, si me adelanto un segundo, me hubiera dado en el estómago. Pensé que el ruido tenía por objeto atraerme hacia allá, y el guijarro recibirme a mi salida. Corro a la cocina, donde hallo a Teresa, que también se había levantado y venía hacia mí toda temblorosa. Nos guarecimos contra una pared, fuera de la dirección de la ventana, para evitar que nos alcanzasen las piedras y deliberar sobre lo que debíamos hacer: porque salir para pedir socorro era el medio más seguro de hacernos apedrear. Afortunadamente, la criada de un buen viejo que vivía debajo de mi habitación se levantó al ruido y corrió a llamar al alcaide, cuya casa estaba inmediata a la nuestra. Saltó aquél de su lecho, y casi a medio vestir vino inmediatamente con la guardia, que a causa de la feria rondaba aquella noche y casualmente se halló cerca. La vista de aquel estrago sobrecogió de tal modo al alcaide, que le hizo palidecer; y al ver tantas piedras que llenaban la galería exclamó: «¡Dios mío, esto es una cantera!» Examinando el piso bajo se halló forzada la puerta de un pequeño patio, por donde habían intentado escalar la galería para entrar en la casa. Al indagar por qué la guardia no

había notado o impedido el desörden, resultó que los de Motiers se habían obstinado en hacer esta guardia sin corresponderles, aunque tocaba el turno a otro lugar. Al día siguiente el alcaide envió una relación al Consejo de Estado; el cual dos días después le ordenó que abriese una información sobre este hecho, que prometiese una recompensa y el secreto a los denunciadores de los culpables y que en el ínterin pusiese guardias, a expensas del príncipe, en mi casa y en la suya. Al día siguiente, el coronel de Pury, el procurador general Meuron, el alcaide Martinet, el recaudador Guyenet, el tesorero Ivernois y su padre, en una palabra, cuantas personas distinguidas había en el país, vinieron a verme y unieron sus instancias para inducirme a que cediese ante la borrasca y a que saliese, por lo menos por algún tiempo, de una parroquia donde yo no podía vivir con tranquilidad y consideración. También observé que el alcaide, asustado por los furores del populacho arrebatado, y temiendo que llegasen hasta él, hubiera visto con gusto que me alejara lo más pronto posible, a fin de no hallarse en el compromiso de protegerme y poder marcharse también él, como lo hizo poco después de mí. Cedí, pues, y aun con bastante pena, pues no podía soportar el espectáculo del furor popular que me desgarraba el corazón.

Más de un retiro tenía para escoger. Desde que la señora de Verdelín había vuelto a París me había hablado en varias cartas de cierto señor Walpole, a quien llamaba ella milord, el cual, penetrado de un gran celo en favor mío, me ofrecía en una de sus posesiones un asilo, que ella me describía en los términos más lisonjeros, entrando, en punto a la subsistencia, en tales detalles, que revelaban hasta qué punto se ocupaba con ella en este proyecto dicho milord Walpole. Milord mariscal siempre me había recomendado Inglaterra o Escocia, y me ofrecía igualmente un asilo en sus posesiones; pero me brindaba también con otro, que me tentaba mucho más, en Postdam, cerca de su residencia. Acababa de participarme una conversación que con él había tenido el rey acerca de mí, y era una especie de invitación a que fuese allá; y la señora duquesa de Sajonia-Gotha estaba tan persuadida de que se realizaría este viaje, que me escribió instándome a que fuese a verla de paso y me detuviese algún tiempo a su lado; pero la Suiza tenía para mí tal atractivo, mientras me fuese posible vivir en ella, que aproveché esta ocasión para realizar un proyecto en que me venía ocupando hacía algunos meses y de que no he podido hablar aún por no cortar el hilo de la narración.

Consistía este proyecto en ir a establecerme en la isla de San Pedro, perteneciente al hospital de Berna, en medio del Lago de Bienne. En una excursión a pie que hice el verano anterior con Du Peyrou visitamos esta isla, y me agradó de tal manera, que desde entonces pensé sin cesar en los medios de establecerme en ella. El mayor obstáculo consistía en que la isla era propiedad de los berneses, quienes tres años antes me habían arrojado groseramente de

su país; además de que mi amor propio se resentía de volver adonde tan mal me habían recibido, tenía motivos para creer que no me dejarían más tranquilo en esta isla de lo que me habían dejado en Iverdún. Sobre este punto había consultado a milord mariscal, quien pensando, como yo, que los berneses me verían con gusto relegado en esta isla, teniéndome en rehenes para los escritos que pudiese tener la tentación de publicar, había hecho sondear su ánimo por cierto señor Stúrler. antiguo vecino suyo de Colombier. Éste se dirigió a los jefes del Estado, y en vista de su respuesta, aseguró a milord mariscal que los berneses, arrepintiéndose de su anterior conducta, deseaban verme establecido en la isla de San Pedro y dejarme allí tranquilo. Para mayor precaución, antes de arriesgarme a ir a fijar allí mi residencia, hice tomar nuevos informes por el coronel Chaillet, quien me confirmó lo mismo; y habiendo recibido el recaudador de la isla orden de sus superiores de darme alojamiento, creí no correr riesgo alguno yendo allí con el consentimiento tácito así del soberano como de los propietarios; porque no podía esperar que los señores de Berna reconociesen abiertamente el proceder injusto que había observado conmigo y faltasen así a la máxima más inviolable de todos los soberanos.

La isla de San Pedro, llamada en Neufchâtel isla de la Motte, en medio del lago de Bienne, tiene cosa de media legua de perímetro; mas en este pequeño espacio ofrece todas las principales producciones necesarias a la vida. Hay en ella campos, prados, huertos, bosques, viñas, y gracias a su terreno variado y montañoso, está el conjunto distribuido de un modo tanto más agradable cuanto que, no descubriéndose todas sus partes juntamente, se realzan unas a otras y favorecen de suerte que la isla parece más grande de lo que realmente es. Un terraplén muy elevado constituye su parte occidental, que mira hacia Gleresse y Bonneville. En este terraplén hay plantada una extensa alameda, cuyo centro ocupa un gran salón, donde durante la vendimia se reúnen todos los domingos los vecinos de las cercanas riberas para bailar y regocijarse. En toda la isla no hay más que una casa, pero grande y cómoda, donde vive el recaudador, y sita en una hondonada que la tiene al abrigo de los vientos.

A quinientos o seiscientos pasos de la isla, por la parte Sur, hay otra isla mucho más pequeña, inculta y desierta, que parece haberse desprendido en otro tiempo de la mayor por las tempestades, y entre cuyas arenas no se ven más que sauces y persicarias, mas donde hay, sin embargo, un montículo elevado, cubierto de césped y muy agradable. La forma de este lago es un óvalo casi regular. Sus costas, menos ricas que las de los lagos de Ginebra y de Neufchâtel, no dejan de ofrecer una perspectiva bastante bella, sobre todo en la parte occidental, que está muy despoblada, y sembrada de viñas al pie de una cadena de montañas, poco más o menos como la Côte-Rôtie, aunque no da un vino tan excelente. Yendo en dirección de

Sur a Norte se encuentra la bailía de San Juan, Bonneville, Bienne y Nidau en el extremo del lago, todo mezclado con lugares muy agradables.

Tal era el asilo de que me había prendado, y donde resolví ir a fijarme al abandonar a Val-de-Travers [1]. Esta elección estaba tan conforme con mi carácter pacífico y mi inclinación a la soledad y a la pereza, que la enumero entre los dulces sueños que más vehementemente me han apasionado. Parecíame poder estar en esta isla más separado de los hombres, más el abrigo de sus injurias, más olvidado; en una palabra, mejor entregado a las dulzuras de la ociosidad y de la vida contemplativa. Yo hubiera querido verme de tal modo en esta isla que no hubiese tenido en adelante trato alguno con los mortales; y es muy cierto que tomé todas las medidas imaginables para sustraerme a la necesidad de mantener ninguno.

Era necesario subsistir; y así por lo caro de los géneros como por la dificultad de los transportes, la subsistencia es cara en esta isla, donde además se vivía a la discreción del recaudador. Esta dificultad fue obviada por medio de un arreglo que Du Peyrou quiso hacer conmigo en substitución de la Compañía que había emprendido y abandonado la edición general de mis obras. Hice su arreglo y distribución, me comprometí a enviarle las Memorias de mi vida y le hice depositario general de mis papeles, con la expresa condición de no hacer uso de ellos hasta después de mi muerte, deseando acabar tranquilamente mi carrera sin despertar en el público mi memoria. Por este medio, la pensión vitalicia que se encargaba de pagarme bastaba a mi subsistencia. Habiendo recobrado todos sus bienes, milord mariscal me había ofrecido una de dos mil doscientos francos, que yo no quise aceptar sino a condición de reducirla a la mitad. Entonces quiso entregarme el capital con el objeto de emplearlo, lo que rehusé también por la dificultad de colocarlo. Entrególo, pues, a Du Peyrou, en cuyas manos ha quedado y quien me paga la renta vitalicia en la forma convenida con el instituidor. Juntando, pues, mi arreglo con Du Peyrou, la pensión de milord mariscal, cuyos dos tercios eran reversibles a Teresa después de mi muerte, y la renta de trescientos francos que acreditaba Duchesne, podía contar con una subsistencia decorosa para mí, y, faltando yo, para Teresa, a quien dejaba setecientos francos de renta entre la pensión del rey y la de milord mariscal: así no debía temer que le faltase el pan, como tampoco a mí. Pero estaba decretado que el honor

---

[1] No será inútil, tal vez, advertir que dejaba allí a un enemigo particular en cierto señor Terraux, alcalde de Verrières, hombre poco estimado en el país, pero que tiene un hermano que goza de buena fama y está empleado en las oficinas del señor de Saint-Florentin a quien había ido a ver el alcalde antes de la aventura citada. Las pequeñas observaciones de esta especie, aunque nada significan, pueden conducir en lo sucesivo al descubrimiento de muchos caminos subterráneos.

me obligaría a rechazar todos los recursos que la fortuna y mi trabajo me proporcionasen y moriría tan pobre como he vivido. Considérese si, a menos de ser el más vil de los infames, hubiera podido admitir ciertos arreglos que han tenido siempre el buen cuidado de presentar como ignominiosos, procurando arrebatarme todo recurso para obligarme a consentir en mi deshonra. ¿Cómo pudieron dudar del partido que tomaría en esta alternativa? Siempre han juzgado de mi corazón por los suyos.

Tranquilo en cuanto a la subsistencia, nada había que me tuviese con cuidado. Aunque abandonaba libre el campo a mis adversarios, en el noble entusiasmo que había dictado mis escritos y en la constante uniformidad de mis principios dejaba un vivo testimonio de mi espíritu que correspondía al que toda mi conducta ofrecía de mi carácter. No necesitaba otra defensa contra mis calumniadores; podían éstos pintar otro hombre con el nombre mío; mas no podían engañar sino a los que quisiesen ser engañados. Yo podía entregarles mi vida para que la criticasen y escudriñasen desde el principio al fin, y estaba seguro de que, en medio de mis faltas y de mis flaquezas, en medio de mi ineptitud para soportar yugo alguno, siempre se hallaría un hombre justo, bueno, sin hiel, sin odio, sin envidia, pronto a reconocer sus propias faltas, más pronto aún a olvidar las ajenas, que busca su felicidad en las pasiones cariñosas y dulces, y que en todas las cosas emplea una sinceridad que raya en imprudencia y en el más increíble desinterés.

Me despedía, pues, en cierto modo de mi siglo y de mis contemporáneos, y daba un adiós al mundo, confinándome a esta isla por el resto de mis días; pues ésta era mi resolución, y allí era donde pensaba al fin llevar a cabo el gran proyecto de esta vida ociosa a que hasta la sazón había consagrado en vano toda la poca actividad que el cielo me había concedido. Aquella isla iba a ser para mí la de Papimania, este venturoso país donde se duerme.

Se hace más aún, pues no se hace allí nada [1].

Éste más aún lo era todo para mí, pues yo nunca había echado de menos el sueño; la ociosidad me bastaba; y con tal de no hacer nada, prefiero a dormir soñar despierto. Habiendo huido la edad de los proyectos novelescos, y habiéndome aturdido más bien que halagado el humo de la gloria vana, por última esperanza no me quedaba más que la de vivir sin sujeciones, en una calma eterna. Ésta es la vida de los bienaventurados en la celeste morada, y en ella consistía en adelante mi felicidad.

Los que tantas contradicciones me achacan no dejarán de ver otra en lo presente. Dije que me hacía insoportable las reuniones su

---

[1] La Fontaine: «Le diable de Papefiguières».–*N. del T.*

sociedad, y heme aquí buscando la soledad para entregarme en ella únicamente al reposo. Con todo, soy así; si hay en esto alguna contradicción, acháquese a la naturaleza y no a mí; mas tan poca es la que puede haber, que por esto precisamente es por lo que siempre soy el mismo. La ociosidad de las reuniones es mortal por ser forzada; la del aislamiento es encantadora por ser libre y voluntaria. Estando en compañía, me mortifica no hacer nada, por lo mismo que estoy obligado a ello; fuerza es permanecer allí clavado en una silla o en pie, plantado como una estaca, sin mover pies ni cabeza, sin atreverme a correr, saltar, gritar ni gesticular cuando me viene tal deseo, sin atreverme ni aun a meditar, teniendo a la vez todo el fastidio de la ociosidad y todo el tormento de la sujeción; obligado a prestar atención a todas las tonterías que se dicen, a todos los cumplimientos que se hacen y a fatigar incesantemente mi espíritu para no dejar de colocar a mi vez mi equivoquillo y mi embuste. ¿Y a esto se llama ociosidad? Esto es un trabajo propio de forzados.

El sosiego que yo deseo no es el de un haragán, que permanece con los brazos cruzados, en total inacción, y no piensa, porque no se mueve. Es a la vez el de un niño que se mueve sin cesar para no hacer nada, y el de un viejo chocho que divaga en tanto que sus brazos permanecen quietos. Me gusta ocuparme en hacer bagatelas, empezar mil cosas sin acabar ninguna, ir y venir a mi antojo, cambiar de proyectos a cada instante, seguir el vuelo de una mosca, querer perforar una roca para ver lo que está debajo, emprender con ardor un trabajo de diez años y abandonarlo sin pesar a los diez minutos, malgastar el día entero sin orden ni concierto y no seguir más que el capricho del momento.

La botánica, tal como la he considerado siempre y del modo como empezaba a constituir una pasión para mí, era precisamente un estudio odioso, capaz de llenar de pasatiempos toda mi vida, sin dejar espacio a los delirios de la imaginación ni al fastidio de una ociosidad completa. Vagar perezosamente por los bosques y la campiña, tomar maquinalmente esto o aquello, ya una flor, ya una rama; coger las hierbas al acaso, observar mil veces lo mismo y siempre con igual interés, porque todo lo olvidaba, era bastante a pasar la eternidad sin aburrirme un solo instante. Por elegante, admirable y variada que sea la estructura de los vegetales, no llama bastante la atención de los ignorantes para despertar su interés. Esta constante analogía, hermanada, no obstante, con esta variedad prodigiosa que reina en su organización, no maravilla sino a los que tienen alguna idea del sistema vegetal; los demás, ante el espectáculo de todos estos tesoros de la naturaleza no sienten más que una admiración estúpida y monótona. No ven detalle alguno, porque ni siquiera saben lo que es necesario mirar; tampoco ven el conjunto, porque no tienen idea de esta cadena de relaciones y combinaciones que abruma con sus maravillas al espíritu del observador. Yo me hallaba,

y mi falta de memoria debía mantenerlo siempre, en el dichoso caso de saber sobrado poco para que fuese nuevo para mí. Los diversos terrenos en que la isla, aunque pequeña, estaba dividida, me ofrecían una variedad de plantas suficiente para el estudio y el esparcimiento de toda mi vida. No quería dejar un solo palmo sin examen, y ya me disponía para hacer, con una inmensa colocación de observaciones curiosas, la *Flora petrinsularis*.

Llegó Teresa con mis libros y mis efectos. Nos pusimos a pensión en casa del recaudador de la isla. Su mujer tenía hermanas en Nidau, que venían a verla sucesivamente una después de otra y hacían compañía a Teresa. Así hice el ensayo de una vida tranquila, como hubiera querido pasar la mía, y la afición que le cobré sólo me sirvió para hacerme sentir más las amarguras de la que tan prontamente debía sustituirla.

Siempre me ha gustado extraordinariamente la vista de las aguas, y su aspecto me sumerge en un delicioso ensueño, aunque a menudo sin determinado objeto. Cuando hacía buen tiempo, jamás dejaba, al levantarme, de acudir a la azotea y respirar el aire saludable y fresco de la mañana, ni de tender la vista sobre el horizonte de este hermoso lago, cuyas riberas y las montañas que las decoran alegraban mi vista. No hallo homenaje más digno a la Divinidad que esta muda admiración, excitada por la contemplación de sus obras, y que no se expresa por medio de actos determinados. Comprendo que los habitantes de las ciudades, que no ven sino paredes, calles y crímenes, tengan poca fe; mas no puedo comprender cómo pueden carecer de ella los campesinos, y sobre todo los solitarios. ¿Cómo no se eleva su espíritu cien veces cada día en éxtasis hacia el autor de las maravillas que los sorprenden? En cuanto a mí, una prolongada costumbre me lleva a esas elevaciones del corazón, que no imponen la fatiga de pensar sobre todo al levantarme, cuando me hallo rendido por mis insomnios. Mas para esto es preciso que hiera mis miradas el encantador espectáculo de la Naturaleza. En mi cuarto, mis plegarias son más raras y más rudas; pero al contemplar un hermoso paisaje me siento conmovido sin saber por qué. He leído que un sabio obispo, al visitar su diócesis, halló una vieja que, por toda oración, no sabía decir mas que «¡Oh!», y le dijo: «Buena vieja, continúe rogando siempre así; su oración vale más que las nuestras.» Esta mejor oración es también la mía.

Después de almorzar me apresuraba a escribir con repugnancia algunas desdichadas cartas, anhelando ardientemente el dichoso tiempo de no tener que escribir ninguna. Revolvía durante cortos momentos mis libros y papeles, para desembalarlos y ordenarlos, más bien que para leerlos; y este arreglo, que venía a ser para mí el trabajo de Penélope, me proporcionaba el placer de andar de ceca en meca breve rato, y fastidiándome de ello a poco, lo dejaba, para pasar las tres o cuatro horas que me quedaban de la mañana en el

estudio de la botánica y sobre todo del sistema de Linneo, por el cual adquirí una pasión de que jamás he podido curarme bien, aun después de haber conocido su vaciedad. A mi entender, este gran observador es el único que, con Ludwig, hasta el presente ha visto la botánica como naturalista y filósofo; pero la ha estudiado demasiado en herbarios y jardines y no lo bastante en la Naturaleza misma. De mí sabré decir que tenía por jardín la isla entera. Tan luego como necesitaba hacer o comprobar alguna observación, con el libro debajo del brazo me trasladaba a los bosques o a los prados, y una vez allí me reclinaba en tierra junto a la planta en cuestión para examinarla en el mismo terreno con comodidad. Este método me ha servido mucho para conocer los vegetales en su estado natural, antes de haber sido cultivados y desnaturalizados por la mano del hombre. Se dice que Fagón, primer médico de Luis XIV, sabía nombrar y conocía perfectamente todas las plantas del Jardín Real; pero era tan ignorante en el campo, que no conocía ninguna. Yo soy precisamente todo lo contrario: conozco algo de lo que produce la Naturaleza, pero nada del arte del jardinero.

Por la tarde me abandonaba completamente a mi carácter sosegado y perezoso y a seguir sin regla el impulso del momento. Cuando no soplaba el viento iba a menudo, inmediatamente después de levantarme de la mesa, a meterme solo en una barquilla, que el recaudador me había enseñado a guiar con un solo remo, y me engolfaba en medio del agua. El momento en que me apartaba de la orilla me causaba una satisfacción que llegaba a estremecerme, cuya causa me es imposible decir ni comprender bien, si no es quizá un secreto placer de verme así fuera del alcance de cualquier malvado. Luego vagaba solo por este lago, acercándome a veces a las riberas, sin abordar jamás. A menudo, dejando mi lancha a merced del viento y del agua, me abandonaba a meditaciones sin objeto, que no por ser estúpidas eran menos gratas. A veces exclamaba con ternura: «¡Oh Naturaleza, oh madre mía! Heme aquí bajo tu sola custodia; aquí no hay ningún hombre sagaz y trapacero que se interponga entre tú y yo.» Así me alejaba hasta media legua de la tierra, y hubiera querido que aquel lago fuese el Océano. No obstante, para complacer a mi pobre perro, a quien no le gustaba tanto como a mí tan larga permanencia en el agua, seguía ordinariamente un rumbo determinado, y consistía en ir a desembarcar en el islote, pasearme por él una o dos horas, o tenderme sobre el césped, en la cima del montecillo, para embriagarme con el placer de admirar aquel lago o su contorno, para examinar y analizar todas las hierbas que se hallaban a mi alcance y para forjarme, como otro Robinsón, una vivienda imaginaria en esta pequeña isla; así llegué a aficionarme vivamente a este cerrillo. ¡Cuán ufano me sentía yo de ser el piloto y guía de la barquita cuando en ella podía llevar de paseo a Teresa con la recaudadora y sus hermanas! Con toda pompa llevamos a la islilla

conejos para poblarla, y he aquí otro motivo de fiesta para Juan Jacobo. Esta colonización me hizo aún más interesante el islote, adonde iba desde entonces más a menudo y con mayor placer para ver los progresos de sus habitantes.

A estas diversiones agregaba una que me traía a la memoria la dulce vida de los Charmettes y a que la estación me brindaba particularmente. Consistía en el detalle de los cuidados rústicos para la recolección de las legumbres y de las frutas, que Teresa y yo teníamos un placer en compartir con la recaudadora y su familia. Recuerdo que habiendo venido a verme un bernés llamado Kirchbérger, me halló encaramado en un gran árbol, con un saco atado alrededor de la cintura, y ya tan lleno de manzanas que no podía moverme. No me disgustó esta sorpresa y otras parecidas, pues esperaba que los berneses, testigos del empleo de mis ocios, no tratarían ya de turbar mi sosiego y me dejarían en paz con mi soledad. Hubiera preferido verme confinado por su voluntad a serlo por la mía propia, porque así hubiese estado más seguro de no ver turbado mi reposo.

He aquí otra confesión respecto de la cual cuento de antemano con la incredulidad de mis lectores, obstinados siempre en juzgarme por sí mismos, aunque en todo el curso de mi vida se hayan visto forzados a ver mil afecciones internas muy distintas de las suyas. Lo más extraño es que, negándome todos los sentimientos buenos o indiferentes de que carecen, se hallan siempre dispuestos a suponérmelos tan malos, que ni siquiera pueden existir en corazón humano; entonces hallan muy sencillo ponerme en abierta contradicción con la naturaleza y hacer de mí un mostruo tal que hasta sea imposible. Nada les parece increíble, por absurdo que sea, como tienda a denigrarme; nada extraordinario les parece posible desde el momento en que tienda a honrarme.

Mas, crean o digan lo que quieran, no por ello dejaré de exponer fielmente lo que fue, hizo y pensó Juan Jacobo Rousseau, sin explicar o justificar las singularidades de sus sentimientos y de sus ideas, ni averiguar si otros han pensado como él. Tanto me aficioné a la isla de San Pedro, y la vida en ella me era tan grata, que, a fuerza de circunscribir todos mis deseos a esta isla, concebí el de ni salir más de ella. Las visitas que había de devolver a los vecinos, las excursiones que hubiera debido hacer a Neufchâtel, a Bienne, a Iverdún, a Nidau fatigaban ya mi imaginación. Tener que pasar un día fuera de la isla me parecía arrebatárselo a mi felicidad, y salir del recinto de este lago era para mí salir de mi elemento. Por otra parte, la experiencia de lo pasado me había hecho temeroso; bastaba que halagase mi corazón alguna ventura para que hubiese de esperar su pérdida, y el vivo deseo de acabar mis días en esta isla era inseparable del temor de verme forzado a salir de ella. Había contraído el hábito de ir por la tarde a sentarme sobre la arena de la orilla, sobre

todo cuando el lago estaba agitado. Experimentaba un goce singular viendo quebrarse las ondas a mis pies. Allí veía un trasunto del mundano bullicio y de la paz de mi mansión, y esta idea me enternecía a veces hasta el punto de sentir las lágrimas correr por mis mejillas. No turbaba este sosiego, que disfrutaba con apasionamiento, más que el temor de perderlo; pero esta inquietud era tal, que llegaba a menoscabar aquella dulzura. Veía mi situación tan precaria que no osaba contar con ella. ¡Ah, con cuánto placer, me decía, cambiaría la libertad de salir de aquí, que para nada quiero, por la seguridad de poder quedarme para siempre! ¡Ojalá me tuviesen retenido por fuerza en vez de consentir mi estancia por favor! Los que no hacen sino tolerarme pueden echarme a cada instante; ¿puedo esperar que mis perseguidores, viéndome aquí dichoso, me permitan seguir siéndolo? ¡Ah, tolerar mi estancia es poco; quisiera que me confinasen en la isla, y estar obligado por fuerza a vivir en ella, para no verme obligado a tener que salir de la misma! Yo miraba con envidiosos ojos al dichoso Micheli Ducret, quien tranquilo en el castillo de Arberg, para ser feliz no había tenido más que quererlo. En fin, a fuerza de entregarme a estas reflexiones, siempre prontas a desencadenarse sobre mí, llegué a desear con increíble ardor que, en vez de consentir solamente mi permanencia en esta isla, me fuese designada por prisión perpetua; y puedo jurar que si de mí solo hubiera dependido el hacerme condenar a ello, lo habría hecho con el mayor gusto, prefiriendo mil veces la necesidad de pasar allí el resto de mi vida al peligro de ser expulsado.

No permaneció este temor largo tiempo vano. Cuando menos lo esperaba recibí una carta del señor bailío de Nidau, en cuyo gobierno estaba la isla de San Pedro: en esta carta me estimaba, de parte de sus excelencias, la orden de salir de la isla y de sus Estados. Creí soñar al leerla. Nada menos natural, nada menos razonable, nada menos previsto que una obra semejante, pues yo había considerado mis presentimientos más bien como las inquietudes propias de un hombre alarmado por su desdicha que como una previsión que tuviese el menor fundamento. Las medidas que había tomado para asegurarme del sobrentendido beneplácito del soberano, la tranquilidad con que me habían permitido establecerme, las visitas de varios berneses y del mismo bailío, quien me había colmado de obsequios y agasajos; el rigor de la estación, durante la cual era una barbaridad expulsar a un hombre enfermo, todo me hizo creer, como a muchas otras personas, que había en esta orden alguna equivocación y que algunos malintencionados habían escogido a propósito la época de las vendimias y el escaso concurso al Senado para asestarme bruscamente este golpe.

Si hubiese dado oídos a mi primera indignación habría partido inmediatamente. Mas ¿adónde ir? ¿Qué hacer al entrar el invierno, sin objeto, sin preparativos, sin conductor, sin vehículo? A menos de

abandonarlo todo, papeles, muebles, ropa e intereses, se necesita mucho tiempo para disponerlo, y en la orden no se expresaba si me lo daban o no. La continuidad de desdichas empezaba a postrar mi valor. Por vez primera sentí mi natural altivez doblarse bajo el yugo de la necesidad; y, a pesar del descontento de mi corazón, fue preciso humillarme a pedir una prórroga. Para hacerla interpretar me dirigí al señor de Graffenried, que me había enviado la orden. Éste la reprobaba vivamente en la carta y me intimaba con el mayor pesar; el testimonio de dolor y de estimación de que rebosaba me pareció una dulce invitación a que le abriese mi corazón, y así lo hice. También creí que mi carta abriría los ojos a aquellos hombres inicuos y comprenderían su barbarie, y si tan cruel orden no era revocada, por lo menos me concederían un plazo razonable, y quizá el invierno entero, para preparar mi retiro y escogerlo.

Esperando la respuesta, me puse a reflexionar sobre mi situación y a deliberar sobre el partido que debía tomar. Tantas dificultades hallé por todos lados, la desazón me había afligido tan profundamente, y mi salud era por entonces tan mala, que me dejé abatir completamente, y el efecto de mi abatimiento fue quitarme los pocos recursos que podían quedar en mi ánimo para salir lo menos mal posible de mi triste situación. Era evidente que, en cualquier asilo adonde pudiese refugiarme, no podría substraerme a ninguno de los dos modos de expulsión que habían empleado: la una, levantando contra mí el populacho por ocultos caminos, y la otra, lanzándome abiertamente sin alegar motivo alguno. No podía, pues, contar con ningún asilo seguro, a menos de ir a buscarlo más lejos de lo que mis fuerzas y la estación parecían permitirme. Llevando todo esto de rechazo mi pensamiento a las ideas que acababan de preocuparme, me atrevía a desear y proponer que prefiriesen disponer de mí en cautividad perpetua a obligarme a errar incesantemente sobre la tierra, expulsándome sucesivamente de todos los asilos que escogiese. Dos días después de mi carta primera escribí otra al señor de Graffenried, rogando que hiciese esta proposición a sus excelencias. La respuesta de Berna a una y otra fue una orden, concebida en los términos más formales y más duros, de que saliese de la isla y de todo el territorio mediato e inmediato de la república, en el espacio de veinticuatro horas, y que no volviese a entrar jamás en él, bajo las más terribles penas.

Este momento fue horrible. Posteriormente me he encontrado en angustias mayores; en apuros más grandes, jamás. Pero lo que más me afligió fue tener que renunciar al proyecto por el cual deseaba pasar el invierno en la isla. Tiempo es ya de relatar la fatal anécdota que ha puesto el colmo a mis desastres y que ha arrastrado en mi rutina a un pueblo afortunado, cuyas nacientes virtudes prometían igualar un día a las de Esparta y Roma. Yo había hablado de los

corsos, en el *Contrato social* [1], como de un pueblo nuevo, el único de Europa que no estaba gastado para la legislación; y había indicado lo mucho que podía esperarse de un pueblo semejante, si tenía la fortuna de hallar un sabio guía. Mi obra fue leída por algunos corsos, que quedaron agradecidos a la manera honrosa con que hablaba de ellos; y en el caso en que se hallaban de trabajar por el establecimiento de su república hizo pensar a sus jefes en pedirme mis ideas sobre este importante asunto. Cierto señor Butta-Foco, que pertenecía a una de las primeras familias del país y era en Francia capitán en el Royal-Italien, me escribió al efecto y me facilitó varios datos que yo le había pedido para ponerme al corriente de la historia de la nación y del estado del país. El señor Paoli me escribió también varias veces, y aunque ya conocía yo que semejante empresa era superior a mis fuerzas, creí no poder negar mi concurso para una obra tan grande y hermosa, cuando hubiese adquirido todas las instrucciones necesarias para ello. En este sentido contesté a uno y a otro, y esta correspondencia continuó hasta mi partida.

Precisamente por el mismo tiempo supe que Francia enviaba tropas a Córcega y que había concluido un tratado con los genoveses. Este tratado, este envío de tropas me inquietaron; y, sin imaginar aún que tuviese yo nada que ver con ello, juzgué imposible y ridículo trabajar en una obra que exige un sosiego tan profundo como las instituciones de un pueblo en el momento en que quizá iba a ser sojuzgado. No ocultaba mis inquietudes al señor Butta-Foco, que me tranquilizó con la certeza de que, si hubiese algo en este tratado contrario a la libertad de su nación, un buen ciudadano como él no seguiría sirviendo a Francia. En efecto, el interés que se tomaba por la legislación de los corsos y sus íntimas relaciones con el señor Paoli no podían inspirarme sospecha alguna por su parte; y cuando supe que hacía frecuentes viajes a Versalles y a Fontainebleau, y que estaba relacionado con el señor de Choiseul, no deduje sino que estaba seguro del verdadero intento de la corte de Francia, y me lo dejaba entrever, sin querer explicarse claramente, por las cartas.

Todo esto me tranquilizaba en parte. Sin embargo, no pudiendo explicarme este envío de tropas francesas, no sabiendo razonablemente imaginar que fuesen allá para proteger la libertad de los corsos, que se hallaban perfectamente en estado de defenderse solos contra los genoveses, no podía tranquilizarme por completo ni ocuparme seriamente en la legislación propuesta hasta tanto que tuviese pruebas sólidas de que todo esto no era un juego dispuesto para burlarme. Hubiera deseado en gran manera tener una entrevista con Butta-Foco, verdadero medio de obtener las aclaraciones que necesitaba. Hízomela esperar y yo aguardaba con la mayor impaciencia. Ignoro si él proyectaba verdaderamente tenerla; pero,

---

[1] Publicado con los números 469-470 en la «Colección Universal» Calpe.

aun cuando la hubiese deseado, mis desastres me habrían impedido aprovechar este deseo.

Cuando más meditaba sobre la propuesta empresa, cuanto más me engolfaba en el examen de los documentos que tenía en mis manos, tanto más experimentaba la necesidad de estudiar de cerca el pueblo cuyas instituciones se habían de establecer, la tierra que habitaba y las relaciones a que era necesario apropiar estas instituciones. Cada día veía más claro que me era imposible adquirir de lejos todos los datos necesarios para encaminarme. Así lo escribí a Butta-Foco. Él mismo lo conoció, y si no me resolví determinantemente a pasar a Córcega, me ocupé mucho en los medios de hacer este viaje. Hablé de él al señor Dastier, quien habiendo servido anteriormente en dicha isla a las órdenes del señor de Maillebois debía conocerla; pero éste se esforzó en hacerme desistir de mi propósito; y confieso que la horrible pintura que me hizo de los corsos y de su país enfrió mucho el deseo que tenía de ir a vivir en medio de ellos.

Mas cuando las persecuciones de Motiers me hicieron pensar en salir de Suiza, se reanimó en mí este deseo, con la esperanza de hallar al fin entre aquellos insulares ese reposo que no querían dejarme en parte alguna. Sólo una cosa me espantaba en este viaje: era la ineptitud y la aversión que tuve siempre por la vida activa a que iba a verme condenado. Nacido para meditar a mis anchas en la soledad, no era a propósito para hablar, agitarme, tratar de negocios entre los hombres. La Naturaleza, que me había concedido el primero de estos dones, me había negado el segundo, y conocía que, sin tomar parte directa en los asuntos públicos, me vería obligado, tan luego como llegase a Córcega, a corresponder a la solicitud del pueblo y a conferenciar muy frecuentemente con los jefes. El mismo objeto de mi viaje exigía que, en vez de procurar el retiro, buscase en el seno de la nación las luces que necesitaba. Era indudable que ya no sería dueño de mí mismo; que, arrastrado a pesar mío en un torbellino para el cual no había nacido, llevaría una vida enteramente opuesta a mis inclinaciones y serviría para mi descrédito. Preveía que sosteniendo mal con mi presencia la fama de capacidad que hubiesen podido conquistarme mis libros, me desacreditaría en Córcega y perdería la confianza que me habían dispensado, en perjuicio suyo tanto como en el mío, y sin la cual yo no podía llevar a cabo con buen éxito el trabajo que de mí esperaban. Estaba seguro de que saliendo así de mi esfera acabaría por serles inútil y labraría mi desgracia.

Atormentado, combatido por tempestades de todos géneros, cansado de viajes y persecuciones durante muchos años, sentía vivamente necesidad del reposo de que mis bárbaros enemigos se complacían en privarme; entonces, más que nunca, deseaba esta amable ociosidad, esta dulce quietud de espíritu y de cuerpo que tanto había codiciado y a la que limitaba mi corazón su felicidad suprema,

vuelto en sí de las quimeras del amor y de la amistad. Entreveía con terror los trabajos que iba a emprender, la tumultuosa vida a que iba a entregarme; y si la magnitud, la belleza, la utilidad del objeto daban aliento a mi valor, me lo quitaba la imposibilidad de salir airoso en mi empresa. Veinte años de meditación profunda, en medio de los hombres y de los negocios, y seguro de obtener mal éxito.

Acudí a un recurso que me pareció capaz de conciliarlo todo. Perseguido en todos mis refugios por los secretos amaños de mis ocultos perseguidores, y no viendo más que la Córcega donde pudiese esperar para mis ancianos días el reposo que no querían dejarme en parte alguna, resolví trasladarme allá con las instrucciones de Butta-Foco, tan luego como me fuese posible; mas para vivir tranquilo tenía que renunciar al trabajo de la legislación, al menos en apariencia, y, para pagar a mis huéspedes su hospitalidad, limitarme a escribir su historia sobre el mismo terreno, salvo tomar sin ruido las instrucciones necesarias para serles más útil si veía oportunidad para lograrlo. Empezando así por no comprometerme a nada, esperaba hallarme en estado de meditar en secreto y con más desahogo un plan que pudiese convenirles, pero esto sin renunciar completamente a mi cara soledad ni sujetarme a un género de vida que me era insoportable y para el cual no servía.

Mas este viaje, dada mi situación, no era cosa fácil. Por lo que me había dicho el señor Dastier, no había de encontrar las más simples comodidades de la vida, sino llevándolas conmigo; ropa blanca, vestidos, vajilla, batería de cocina, papel, libros, todo había de llevarlo conmigo. Para trasladarme allí con mi ama era preciso pasar los Alpes, y en un trayecto de doscientas leguas llevar en pos inmenso bagaje; era preciso atravesar los Estados de varios soberanos; y por el espíritu que reinaba en toda Europa debía naturalmente esperar que, tras de mis males, hallaría obstáculos por todas partes, y cada cual tendría a honor agobiarme con alguna nueva desgracia y violar conmigo todos los derechos de gentes y de humanidad. El coste inmenso, las fatigas, los riesgos de un viaje semejante me obligaban a calcular anticipadamente lo que podía ocurrir, y a pesar bien todas las dificultades. La idea de hallarme al fin solo, sin recursos, a mi edad, y alejado de todos mis conocidos, a merced de ese pueblo bárbaro y feroz, tal y como me lo pintaba el señor Dastier, era muy propia para hacerme pensar en su resolución semejante antes de llevarla a cabo. Deseaba ardientemente la entrevista que Butta-Foco me había hecho esperar, y aguardaba si efecto para resolverme.

Mientras andaba en estas vacilaciones ocurrieron las persecuciones de Motiers que me obligaron a retirarme. No me hallaba dispuesto a emprender un largo viaje, y sobre todo el de Córcega; esperaba noticias de Butta-Foco, y me refugié en la isla de San Pedro, de

donde fui arrojado al entrar el invierno, como dejo dicho. Los Alpes, cubiertos de nieve, hacían entonces para mí esta emigración impracticable, sobre todo con la precipitación que me prescribían. Cierto que la extravagancia de semejante orden imposibilitaba su realización: pues aun cuando hubiese tenido alas, apenas hubiera podido obedecer teniendo que salir de esta soledad, encerrada en medio de las aguas, sin más tiempo que veinticuatro horas desde la intimación de la orden para preparar la marcha, hallar barcos y coches para salir de la isla y de todo el territorio. Así lo escribí al señor bailío de Nidau al contestar a su carta, y me apresuré a dejar este país de iniquidad. He aquí cómo fue preciso renunciar a mi acariciado proyecto y cómo, no habiendo podido en mi desaliento obtener que dispusiesen de mí, resolví, a invitación de milord mariscal, trasladarme a Berlín, dejando a Teresa pasar el invierno en la isla de San Pedro, con mis efectos y mis libros, y depositando mis papeles en manos de Du Peyrou. Tanta prisa me di, que a la mañana siguiente salí de la isla y llegué a Bienne aún antes de mediodía. A punto estuvo de poner término a mi viaje un incidente, cuyo relato no debe ser omitido.

Tan luego como se divulgó el rumor de que yo tenía orden de abandonar mi asilo, tuve una afluencia de visitas del vecindario, y sobre todo de berneses, que venían con la más detestable falsía a adularme, apaciguarme y asegurarme que se había aprovechado el momento de las vacaciones y escasa concurrencia al Senado para dictar e intimarme esta orden, contra la cual, decían, estaba indignado todo el Consejo de los Doscientos. Entre esta turba de consoladores vinieron algunos de la ciudad de Bienne, pequeño Estado libre enclavado en el de Berna, y entre ellos un joven llamado Wildremet, cuya familia pertenecía al primer rango y tenía la mayor influencia en esta pequeña ciudad. Wildremet me invitó vivamente, en nombre de sus conciudadanos, a que escogiese mi retiro entre ellos, asegurándome que deseaban solícitamente recibirme; que sería para ellos una gloria, un deber, hacerme olvidar las persecuciones que había sufrido; que allí no tenía que temer influencia alguna de los berneses; que Bienne era una ciudad libre que no recibía leyes de nadie, y que todos los ciudadanos estaban resueltos unánimemente a no escuchar sugestión alguna que me fuese contraria.

Viendo Wildremet que no lograba vencer mi resistencia, se hizo apoyar por varias otras personas, así de Bienne como de sus cercanías, y hasta de Berna mismo, entre las cuales se contaba el mismo Kirchberger, de quien he hablado, cuyas prendas y principios le hacían interesante a mis ojos, y el cual me había visitado con frecuencia desde mi instalación en Suiza. Pero la solicitud menos prevista y más viva fue la del señor Barthés, secretario de la Embajada de Francia, quien vino a verme con Wildremet, me instó repetida-

mente a que cediese a su invitación, y me sorprendió por el vivo y tierno interés que parecía tomarse por mí. Yo no conocía absolutamente a este señor; no obstante, veíale emplear en sus razonamientos el calor y el celo de la amistad, y veía que realmente anhelaba persuadirme a que me estableciese en Bienne. Hízome el más pomposo elogio de esta ciudad y de sus habitantes, con quienes se manifestaba tan íntimamente unido, que los llamó en presencia mía, varias veces, protectores y padres suyos.

Esta conducta de Barthés me desorientó en todas mis conjeturas. Siempre había sospechado que el señor de Choiseul era el autor oculto de todas las persecuciones que yo experimentaba en Suiza. La conducta del ministro de Francia residente en Ginebra y la del embajador en Soleura confirmaban claramente esta sospecha; veía la oculta influencia de Francia en cuanto me sucedía en Berna, en Ginebra, en Neuchâtel, y no creía tener en Francia ningún enemigo poderoso sino el duque de Choiseul. ¿Qué podía pensar, pues, de la visita de Barthés y del tierno interés que parecía tomarse por mi suerte? Aún mis desdichas no habían destruido esa confianza natural en mi corazón, y la experiencia no me había enseñado aún a ver siempre emboscadas en los halagos. Quería, en medio de mi sorpresa, hallar la razón de esta benevolencia de Barthés: no era bastante cándido para creer que observase este proceder *motu proprio;* veía en ello una publicidad y aun una afectación que revelaban ocultas intenciones, y estaba bien lejos de haber hallado jamás en ninguno de esos agentes subalternos esa intrepidez generosa que, en semejante situación, había enardecido mi corazón con frecuencia.

En otro tiempo había conocido un poco al caballero de Beauteville, en casa del señor de Luxemburgo, y me había manifestado alguna benevolencia desde que era embajador, me había dado algunas pruebas de acordarse de mí y hasta me había invitado a que fuese a verle a Soleura; invitación que, sin admitirla, agradecí en extremo, pues no estaba acostumbrado a verme tratar con tanta finura por los empleados. Presumí, por consiguiente, que el señor de Beauteville, sujeto a seguir sus instrucciones en lo relativo a los asuntos de Ginebra, condoliéndose de mis desdichas, me había procurado por su iniciativa particular este asilo de Bienne, donde pudiese vivir tranquilo bajo sus auspicios. Agradecí en el alma esta atención, mas no quise aprovecharla, y ya bien determinado a emprender el viaje a Berlín, anhelaba ardientemente el momento de reunirme a milord mariscal, persuadido de que sólo a su lado hallaría un verdadero sosiego y una felicidad duradera.

Cuando salí de la isla, Kirchberger me acompañó hasta Bienne, donde hallé a Wildremet y algunos berneses que me aguardaban en el punto de desembarque. Comimos juntos en la posada, y al llegar, mi primer cuidado fue hacer buscar una silla de posta, pues quería partir a la mañana siguiente. Durante la comida, aquellos señores

reiteraron sus instancias para retenerme entre ellos, y esto con tal calor y tan conmovedoras protestas, que, a pesar de mi firme propósito, mi corazón, que jamás ha sabido resistirse a las caricias, se dejó vencer por las suyas. Tan luego como me vieron titubear, redoblaron de tal modo sus esfuerzos, que al fin cedí, consintiendo en quedarme, por lo menos hasta la próxima primavera.

Wildremet se apresuró en seguida a procurarme una habitación, y me encareció como una gran suerte haber encontrado un cuarto interior, pequeño y feo, en un tercer piso que daba sobre un corral, donde tenía por regalo la vista de las hediondas pieles de un gamucero. Mi patrón era un hombre pequeño, de mala traza y asaz bribón, de quien supe al siguiente día que era un libertino jugador y muy mal visto en el barrio; no tenía hijos, ni mujer, ni criados. Tristemente encerrado en mi solitaria celda, en el más alegre país del mundo, me hallaba de tal suerte que había para morirse de melancolía en pocos días. Lo que me afectó más, a pesar de cuanto me habían dicho de la solicitud de los habitantes en recibirme, fue que al pasar por las calles no vi en ningún semblante el menor asomo de afecto en las miradas, ni la menor deferencia en las maneras. Con todo, aún estaba determinado a quedarme allí, cuando supe, vi y experimenté, desde el mismo día siguiente, que había en la ciudad una fermentación terrible por mi causa. Varias personas solícitas vinieron galantemente a decirme que al otro día debían intimarme, del modo más duro posible, la orden de salir inmediatamente del Estado, esto es, de la ciudad. Yo no sabía a quién dirigirme; cuantos habían contribuido a retenerme se desvanecieron; Wildremet había desaparecido, de Barthés no oí hablar más, y parece que su recomendación no me hubiera sido muy útil entre los protectores y los padres que se había atribuido en mi presencia. Cierto señor de Vau-Travers, Cernés, que tenía una casa cercana a la ciudad, me ofreció, no obstante, un asilo en ella, esperando, me dijo, que allí podría evitar verme apedreado; pero esta merced no me pareció bastante halagüeña para tentarme a prolongar mi estancia en este hospitalario pueblo.

Entretanto, habiendo perdido tres días con este retraso, habían pasado con mucho las veinticuatro horas que los berneses me habían dado para salir de sus Estados, y conociendo su dureza, no dejaba yo estar intranquilo acerca de cómo me dejarían atravesarlos; el señor bailío de Nidau vino muy a propósito para sacarme de apuros. Como él había reprobado altamente el violento proceder de sus excelencias, creyó, en su generosidad, deber darme una prueba pública de que no tomaba en él parte alguna, y no temió salir de su bailío para hacerme una visita a Bienne. Vino la víspera de mi partida, y, lejos de hacerlo de incógnito, hasta ostentó el ceremonial, viniendo *in fiocchi* en su carroza, con su secretario, y me trajo un pasaporte en nombre suyo, para atravesar el Estado de Berna con

comodidad y sin temor a verme molestado. La visita me fue más grata que el pasaporte, y casi la hubiera agradecido tanto, aun cuando hubiese tenido por objeto favorecer a otra persona que a mí. Nada hay que influya más sobre mi corazón que un acto de valor hecho a propósito en favor del débil injustamente oprimido.

En fin, después de procurarme con trabajo una silla de posta, salí, a la mañana siguiente, de esta tierra homicida, antes de que llegase la diputación con que debían honrarme, y aun antes que pudiese volver a ver a Teresa, a quien había indicado que viniese a reunirse conmigo cuando creí detenerme en Bienne, y a quien apenas tuve tiempo de escribir dos palabras participándole mi nuevo desastre. Si algún día tengo valor para escribir la parte tercera, se verá cómo, creyendo partir para Berlín, partí, en efecto, para Inglaterra, y cómo las dos damas que querían disponer de mí, después que a fuerza de intrigas me habían echado de Suiza, donde no me tenían bastante en poder suyo, lograron al fin ponerme en manos de su amigo.

Añadí lo siguiente a la lectura que de este escrito hice a la señora condesa de Egmont, al señor príncipe Pignatelli, a la señora marquesa de Messues y al señor marqués de Juigné:

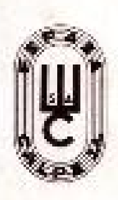
«He dicho la verdad; si hay quien sepa algo contrario a lo que acabo de exponer, aun cuando fuese mil veces probado, no sabe sino mentiras e imposturas; y si rehúsa profundizarlas y ponerlas en claro conmigo mientras estoy en vida, no es amante de la justicia ni de la verdad. Por mi parte, lo declaro altamente y sin temor: cualquiera que, aun sin haber leído mis obras, examinando con sus propios ojos mis sentimientos, mi carácter, mis costumbres, mis inclinaciones, mis placeres, mis hábitos, pueda creerme un malvado, es un hombre digno de ser ahorcado.»

Así acabé mi lectura, y todos se callaron. La señora de Egmont fue la única que me pareció conmovida; estremecióse visiblemente, pero se repuso en breve y guardó silencio, así como los demás. Tal es el fruto que saqué de esta lectura y de mi declaración.



JUAN JACOBO ROUSSEAU

Nació en Ginebra el 28 de junio de 1712. Murió en Ermenonville (Francia) el 2 de julio de 1778. Autodidacto, de vida azarosa, relojero en su infancia, músico, poeta, viajero, filósofo, pedagogo y tratadista político. La Revolución Francesa adoptó el lema *Igualdad, Libertad y Fraternidad* tomado de su obra. SELECCIONES AUSTRAL presenta ahora sus **CONFESIONES,** obra que Rousseau, atacado por todos, incluso por sus antiguos amigos y colaboradores, escribió durante seis años (1765-1770) con el propósito de explicar y justificar su vida y descubrir al mundo la inequívoca pretensión que le había animado siempre: ser sí mismo. Es inútil intentar comprender la obra de Rousseau sin leer sus **CONFESIONES,** ya que en este autor, pensamiento y vida anduvieron siempre íntimamente unidos, influyéndose y modelándose mutuamente. Desde estas páginas se nos revela un hombre que, como él mismo afirma, aprendió a sentir antes que a pensar, haciendo de este sentimiento el eje de toda su filosofía, en contraposición a la Razón, que animó el siglo en que vivió. Ortega ha visto en este libro «el primer ensayo» de verter la propia persona en la obra y es este intento de volcarse, de vivir y de sentir en su labor creativa, lo que convierte a Rousseau en el precursor de un tipo de concepción vital distinto, la del hombre romántico



Impreso en España
Printed in Spain

